



**FRANCISCO JAVIER ASPAS**

# **LOS HIJOS DEL FÜHRER**

Eran sólo unos niños cuando se consagraron a Hitler.  
Pero Hans Petersen quiso llegar más lejos...



**Lectulandia**

Durante los años del Tercer Reich, los niños y los adolescentes alemanes fueron adoctrinados por una de las organizaciones más inquietantes del régimen nazi, las Juventudes Hitlerianas...

Junto a su equivalente femenina, la Liga de Muchachas Alemanas, moldearon a millones de ellos, contando con la inestimable ayuda de las escuelas nacionalsocialistas e incluso, en algunos casos, de sus propias familias.

Construida bajo los cánones de una tragedia wagneriana, esta novela nos traslada al día a día de aquellos chicos, a lo más profundo de sus pensamientos y de sus sueños, nos muestra el efecto de la ideología en sus jóvenes mentes e incide en uno de los aspectos más desconocidos de su formación: los efectos que la activación de determinados mitos paganos causó en su vida, suplantando los clásicos fundamentos de la cultura cristiana e ilustrada en la que habían nacido para introducirlos en un universo heredado del primigenio mundo germánico.

La suma de todos estos factores provocó que, ya convertidos en adolescentes, integraran los destacamentos de las Juventudes Hitlerianas que combatieron durante los trágicos días del hundimiento, donde sobresalieron por su fanatismo, entrega y ferocidad.

Muchos desaparecieron para siempre entre las ruinas y los escombros de Alemania...

Esta es la historia de uno de ellos, Hans Petersen, un personaje que se hará inolvidable para el lector y ejemplifica el impulso de quienes, en su entrega juvenil al Führer, quisieron llegar más lejos que los demás, hasta el extremo de la rendición absoluta del cuerpo y del alma.

**Lectulandia**

Francisco Javier Aspas

# **Los hijos del führer**

ePub r1.0

Banshee 02.01.14

Título original: *Los hijos del führer*  
Francisco Javier Aspas, 2012

Editor digital: Banshee  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Adolfo Domingo*

*(1928-2011)*

*La gran tragedia alemana durante el Tercer Reich  
consistió en activar el mito de Wotan.*

*CARL GUSTAV JUNG*

## OBERTURA (ENTRE LAS RUINAS I)

*Berlín, un sótano en las cercanías del Reichstag, madrugada del 28 al 29 de abril de 1945, 3:30 horas.*

Estaban atrapados. Y lo sabían. Estaban atrapados en la zona centro. En el único lugar en el que no querían combatir.

Hans Petersen, de quince años, natural de Dahlem, en Berlín, se incorporó sobre la pared del sótano y se asomó por un pequeño ventanuco. Elevó su mirada hacia el cielo.

El cielo rojo. El maldito cielo rojo sobre Berlín.

Era el cielo de sus sueños infantiles. Él lo llamaba «el cielo del lobo», porque el lobo siempre estaba sobre el risco, y sobre él, el cielo siempre era rojo.

Miró hacia la calle. Estaba tranquila en esos momentos. Las llamas de los incendios dibujaban sombras chinescas sobre los muros derruidos de las casas. Sobre las ruinas. No había luz. Sólo una neblina rojiza, mezcla de humo y hollín.

Estaban atrapados. Atrapados en la zona centro. Hans volvió a sentarse sobre el frío y húmedo suelo del sótano. Un sótano que, imagino, en otro tiempo, en otra vida, debió de servir para amontonar trastos viejos o como carbonera. Olía a humo, pero Hans ya no sabía si ese olor provenía del propio sótano o de la calle. Ya no distinguía bien los olores, o para decirlo mejor, su nariz ya se había acostumbrado a todo ese tipo de olores, al fuerte olor del humo, al dulzón olor de la cadaverina... todos esos olores que inundaban ese montón de escombros de lo que antes había sido la ciudad de Berlín.

Hans Petersen desabrochó el bolsillo de su guerrera y sacó de él su armónica. Le gustaba tocarla con sus manos, jugar con ella. Le hubiese gustado ponérsela en sus labios y poder tocarla. Había sido un regalo de su padre, Kurt, por su primera acampada. Siempre la llevaba consigo, en su bolsillo. Era para él una especie de talismán. Bueno, su armónica y la Cruz de Hierro de su hermano Harald concedida a título póstumo, y que Hans guardaba en su otro bolsillo. Desde hacía días, se aferraba a esas cosas, a esos objetos, a esos talismanes. A Hans le hubiese gustado ponerse la Cruz de Hierro de su hermano sobre su guerrera, lucirla orgulloso. Pero aunque durante esos días en las calles de Berlín, Hans había visto muchas cosas extrañas en la uniformación, él creía en la disciplina y sabía que aún no había hecho méritos suficientes para poder lucir una distinción tan alta. De momento, sólo había alcanzado dos tanques soviéticos T-34 con su Panzerfaust. Pero si ganaban esa guerra, seguro que le condecorarían con la Cruz de Hierro por su valor en el combate, por los servicios prestados a la patria y por la inquebrantable lealtad a su Führer, Adolf Hitler. De momento, se conformaba con lucir orgulloso la medalla al mérito para la juventud que consiguió a los catorce años, cuando pertenecía al *Jungvolk*, la

rama infantil de las Juventudes Hitlerianas. La insignia consistía en una runa *Sieg* o runa de la victoria, símbolo de las Juventudes, rodeada de un círculo de rama de roble con la inscripción *Hitlerjugend* y una cruz esvástica en el centro. Hans llevaba también sobre su guerrera parda una insignia de tela recién colocada como miembro del improvisado destacamento *Feldherrnhalle*, uno de los cientos que crearon las Juventudes el día de la movilización general, cuando Berlín quedó cercado y la avalancha de fuego soviético se cernía ya sobre el centro de la ciudad.

Hans y los dos compañeros con los que compartía el oscuro sótano, eran todo lo que quedaba del destacamento. De unos noventa muchachos que lo componían, sólo ellos habían sobrevivido a la matanza.

Los habían mandado a realizar una misión de camuflaje y ataque, no muy lejos de la estación de Görlitz, en el canal de Landwehr. Al principio consiguieron sorprender a los rusos. La acción de camuflaje fue un éxito. Destruyeron tres tanques soviéticos, pero apareció un cuarto tanque, uno de esos ISU-152 que hacía labores de retaguardia de los tres primeros, y este... provocó la carnicería. Hans tuvo allí, en el canal, su momento de gloria, dejando inutilizados dos de los tanques rusos. Sin embargo, el precio pagado por los chicos de las Juventudes fue demasiado alto.

Hans, Junker y la chica de los penetrantes ojos azules, a la que llamaban la «pequeña Greta», intentaron cruzar la ciudad y enrumbar hacia el Reichssportsfeld para ponerse a las órdenes del *Reichsjugendführer* Artur Axman y los cuadros superiores de las Juventudes que coordinaban desde allí, junto a Otto Hamann, todos los destacamentos de las Juventudes Hitlerianas que combatían en Berlín. Junker, que era más ambicioso, quería alcanzar los puentes y las posiciones defensivas sobre el Havel y el Spree. Pensaba que era el mejor lugar para que combatieran Panzerfaust como ellos. Junker había combatido en uno de esos puentes, el de Pichelsdorf, sobre el Havel. Les había contado algo horroroso sobre lo que pasaba en Pichelsdorf. Los rusos habían convertido uno de los edificios situados enfrente del puente en un centro de violaciones. Mujeres, niñas, incluso ancianas, eran violadas allí sin piedad, algunas hasta la muerte. Por la noche, los gritos eran tan insoportables que los jóvenes soldados no podían resistirlo. Intentaban no escucharlos, cantando, tapándose los oídos, pero algunos no lo aguantaban, sacaban sus pistolas y se volaban la cabeza. Junker quería ir allí, quería matar a todos esos hijos de puta rusos que violaban mujeres alemanas. Hans también los odiaba, pensaba que eran *Untermenschen*, infrahumanos, como decía el partido, seres inferiores dotados de una maldad intrínseca, fruto de su propia naturaleza. Babeaban como locos cuando veían una mujer alemana, robaban y lo destruían todo. Las hordas del Este avanzaban ahora sobre el centro de Berlín, destruyendo y arrasando todo a su paso. Todo lo que ellos ocuparan, quedaría sumergido en la oscuridad y el silencio eterno. Hans creía firmemente, que por cosas como esas, no podían perder esa guerra.



Había sido esa misma tarde, mientras intentaban alcanzar el Reichssportsfeld, cuando se desencadenó el virulento ataque ruso, desde todas las posiciones, contra el centro de la ciudad. Y quedaron cortados, atrapados en la zona centro, el distrito gubernamental. El único lugar en el que no querían combatir. Hans, a quien le había apasionado la guerra, que había escuchado todos los partes militares, siguiendo en el gigantesco mapa de Europa en la habitación de su casa de Dahlem los avances de la gloriosa Wehrmacht y también, lamentablemente, sus retrocesos; él, que había estudiado a todos los generales y sus tácticas, comprendió inmediatamente que se habían metido en una ratonera. Sabía que para los rusos, el distrito gubernamental era el gran premio, la joya de la corona. El último acto en la gran tragedia final del Tercer Reich.

Hans era muy consciente de que Junker tenía razón. Debían intentar llegar al Reichssportsfeld como fuera para ponerse a las órdenes de los mandos superiores de las Juventudes. Ellos les indicarían lo que tenían que hacer, las misiones a cumplir, las posiciones a defender. La zona centro no era una zona para niños, era una zona para hombres. Y Hans, que toda su vida había soñado con ser soldado, comprendió que ellos no eran soldados, sólo eran niños. Aunque pensó que se trataba de niños muy especiales, niños a los que la guerra les había obligado en pocos días a tomar decisiones que sólo podían tomar los hombres. Pero la batalla de la zona centro, exigía tomar un tipo distinto de decisiones, un tipo de decisiones que estaban muy lejos de su conocimiento. Y ellos no estaban preparados para tomar ese tipo de decisiones. No señor, no lo estaban.

---

\* \* \*

---

La situación de la batalla en la zona gubernamental de Berlín aquella madrugada del 29 de abril era desastrosa. La zona gubernamental era una enorme extensión urbana que iba desde la estación de Anhalter, al sur, hasta los puentes sobre el Spree, al norte. La defensa de la zona centro recaía en el general Wilhelm Monkhe, que a su vez, estaba bajo las órdenes del general Helmuth Weidling, comandante del área de defensa de Berlín. Ambos dirigían la defensa final de la ciudad desde el complejo de búnkeres conocido como *Bendlerblock* en la Bendlerstrasse. Bajo esta área, que también se conocía como *Citadella*, se encontraban entre otros, la defensa del Reichstag y de la mismísima Cancillería del Reich, en cuyo búnker, Adolf Hitler, Führer del Tercer Reich, dirigía la defensa final de la capital desde las entrañas de la tierra, desde la última guarida del lobo.

Las fuerzas que defendían esta zona eran la expresión final del gigantesco desastre de la otrora todopoderosa maquinaria de guerra alemana. Además de los destacamentos de las Juventudes Hitlerianas, se encontraban miembros del

*Volkssturm*, la milicia civil que incluía a funcionarios del partido e incluso ancianos. Algunos de ellos se habían presentado con sus viejos uniformes, antiguas *guillerminas*, que les hacían parecer personajes salidos de un viejo museo de la guerra. Su propio padre, como funcionario del partido, había sido movilizadado por el *Volkssturm*, el mismo día que Hans abandonó su casa y partió para la trinchera del canal de Landwehr. Se les unían miles de efectivos de una Wehrmacht en total descomposición, hombres que llevaban demasiado tiempo combatiendo, que estaban cansados, agotados, desmoralizados. Hombres que habían perdido hacía ya mucho tiempo sus divisiones y regimientos, y que se batían literalmente en retirada. Había un diezmado Primer Regimiento de las Waffen SS *Anhalt*, en algún lugar cercano entre el edificio de la Ópera Kroll y el Ministerio del Interior, al otro lado de la gran explanada de la Königsplatz, no muy lejos del sótano donde se encontraban Hans y sus compañeros. El resto, irónicamente, era una auténtica legión extranjera: elementos de la *Division Panzergrenadier Nordland*, escandinavos, algunos de las viejas divisiones de las SS nórdicas, como la *Niederlande*, la *Norge* y las *Freikorps Danmark*; los restos de la *SS Grenadier Division Carlomagno*, franceses (especialmente virulentos en el combate), e incluso voluntarios de los Camisas Negras italianos y de la Legión Azul española, porque aunque el general Franco había ordenado su retirada en el invierno de 1944, muchos de ellos continuaban combatiendo a título personal. Todo esto, convertía la batalla de Berlín en una batalla especialmente europea.

Hans lo sabía. Sabía que lo que se libraba en Berlín era algo más que el último acto de la batalla por Alemania. Era la batalla final por el control de Europa. Si ellos fracasaban, la cultura occidental moriría con ellos. Entonces, todo lo culto, lo hermoso, todo aquello por lo que merecía la pena vivir, luchar y morir, desaparecería de la faz de la tierra. Hans pensaba, que los soviéticos no se detendrían en Berlín, ni en Alemania. Arrasarían la vieja Europa y entonces, el negro velo de la cultura asiática lo cubriría todo. Por mil años. Así lo había advertido el doctor Goebbels en los mensajes radiofónicos, que Hans había escuchado. Los había escuchado todos. Era por eso, por lo que de ninguna manera podían permitirse perder esa batalla. No podían consentir no sólo que Berlín se convirtiera en la pira funeraria del Tercer Reich, sino que Berlín se acabara convirtiendo en la pira funeraria de la cultura occidental.

Hans se estremeció. Instintivamente, tocó uno de sus Panzerfaust. *Balmung*, otra vez esa palabra cruzó por su mente. Hans se había entrenado en el uso y el manejo del Panzerfaust conocido como modelo 60. Él hubiera preferido usar el modelo 100, el que usaba Junker, una especie de Panzerscherk móvil y desechable. Tenía mucho más alcance que los que usaba Hans, pero en las Juventudes se solían entregar los Panzerfaust según la altura y el peso del combatiente. Y en ese aspecto, Hans estaba

en desventaja.

Hans Petersen alzó los ojos y miró a Junker. A Hans no le gustaba Junker. Junker era un «coleccionista de medallas». A diferencia de Junker, Hans se consideraba así mismo un combatiente, un fanático. Conocía a Junker desde hacía mucho tiempo. En realidad, Junker se llamaba Rudi Reisinger y era natural de Friedenau, un barrio al norte de Dahlem. Junker había sido instructor de Hans cuando este pertenecía al *Jungvolk*. Por aquel entonces, hacían las pruebas físicas en el Grunewald y fue allí, donde Junker le puso el apodo de «pequeño Hansi». Y Hans odiaba aquel apodo. Sabía que el motivo del apodo estribaba en su estatura. A diferencia de su hermano Harald o del propio Junker, que rondarían el 1'80, Hans siempre fue un niño más bien bajo. Pero eso para él nunca fue un impedimento. Nunca fue un impedimento para ser soldado, el mejor de los soldados.

Junker era un tirano. Y un bocazas. Y sobre todo, un frustrado. Junker siempre había tenido delirios de grandeza. Hans había oído comentar en la sede de las Juventudes en Dahlem, que Junker había sido uno de los miles de jóvenes que solicitaron el ingreso en la *12 Panzer Division Hitlerjugend*, cuando las SS la formaron con voluntarios de las Juventudes en 1943. Incluso llegó a hacer las prácticas en uno de esos campos de entrenamiento, los llamados *WE-lager*. Pero las SS no lo admitieron. Fue entonces cuando Junker se convirtió en un amargado. Se acabó conformando con ingresar en el *HJ-Streifendienst*, el Servicio de Patrulla, la élite de las Juventudes Hitlerianas.

Hans miró a sus compañeros. El cansancio de los últimos días había hecho mella en ellos. Dormían recostados contra la pared del fondo del sótano. A Hans le recordaron a una pareja de novios. De hecho, de no ser por los uniformes hubieran formado una bonita pareja. Ambos eran unos años mayores que Hans. Y más altos. Como todos los chicos que habían llegado al canal desde Friedenau, llevaban el casco de hierro de la Wehrmacht, del que jamás se desprendían. Sin embargo, tanto Hans como los más de setenta chicos que habían acudido desde Dahlem, llevaban la vieja gorra chata de las Juventudes, además del viejo uniforme, el uniforme reglamentario. Hans sabía, que la Wehrmacht había repartido esos uniformes que llevaban sus compañeros y los cascos de hierro entre algunos destacamentos de las Juventudes. Pero él, prefería llevar el viejo uniforme, el uniforme reglamentario. Hans Petersen, por nada del mundo, se hubiera saltado nunca el reglamento.

Cuanto más los miraba, más le recordaban a una pareja de novios. Ambos eran altos, ambos eran rubios, con unos penetrantes ojos azules. La esencia misma de la raza aria. Ella tenía ese corte típico, perfilado, del rostro nórdico. Él, el arquetípico rostro duro, ampuloso, de los *Junkers*, los orgullosos militares prusianos. De ahí, y de su propensión natural a dar órdenes y a tratar a todo el mundo como súbditos, venía su apodo.

Observando a la chica que dormía, Hans pensó, mientras pasaba su mirada por las largas trenzas rubias que asomaban por debajo de su casco, que se parecía a esas muchachas que el partido dibujaba en sus murales llamando a la mujer alemana a la lucha y al sacrificio por la patria. Al igual que Junker, llevaba una vieja guerrera de la Wehrmacht, pero le quedaba corta, casi raquítica. La chica pertenecía al *Bund Deutscher Mädchen*, la Liga de Muchachas Alemanas, o BDM como se conocía vulgarmente a la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas. Últimamente, se las había comenzado a conocer como *Blitzmädel*, las «muchachas relámpago», las chicas de la guerra. Bajo la raquítica guerrera gris, llevaba la blusa blanca con el tradicional pañuelo negro anudado al cuello, con el lazo de fidelidad. Llevaba también la falda azul larga, casi hasta los pies, y las botas negras de media caña.

La chica no hablaba, pero Hans sabía que no era muda. La había visto hablar en un círculo con sus compañeras de Friedenau, el día que llegaron al canal. Además, aquella terrible noche en la trinchera del canal de Landwehr, él la había escuchado cantar junto al resto de las chicas una estúpida canción alpina que a Hans no se le iba de la cabeza. Simplemente, ahora, no hablaba. Hans sabía que la chica había sufrido una fuerte impresión. Lo supo en el momento que la vio allí, de pie, desorientada, bañada en sangre, rodeada de cuerpos desmembrados, en mitad de la batalla. Ella había visto algo que nunca debería haber visto. Algo que nadie debería ver jamás. Fue quizás en ese momento, cuando la chica perdió el habla. Hans vio cómo la chica intentaba gritar, pero ningún sonido brotaba de su garganta. Esas cosas eran corrientes en el infierno demencial en el que se había convertido Berlín desde el 23 de abril. Fue Junker quien le puso el apodo de «pequeña Greta», a propósito del tipo de Panzerfaust que la chica usaba, una versión actualizada del Panzerfaust 30, más pequeño, más ligero y de menor alcance que los de Hans y Junker. El modelo popularmente se conocía como *Gretchen*, y la joven los llevaba colgados en la espalda con una cincha de cuero, como si fueran unas mortíferas alas metálicas.

Pero a pesar de todo, Hans no perdía la esperanza de conocer el nombre real de la chica, no perdía la esperanza de que ella volviera a hablar. Deseaba más que cualquier otra cosa preguntarle su nombre, saber de dónde era, poder hablar con ella. No era que la chica le gustara, la verdad, no tenía tiempo para eso. No se tiene tiempo para esas cosas cuando vas a morir. Porque si algo tenía claro Hans era que ninguno, ni ellos tres, ni los miles de soldados que se parapetaban en sus posiciones defensivas y tras las barricadas, ni los miles de civiles atrapados en el distrito gubernamental, en sótanos, en búnkeres, en estaciones de metro y ferrocarril o en sus propias casas, ninguno, iba a salir vivo de allí. Su destino último era matar o morir, o simplemente morir. No existía tercera vía.

La muerte. Hans Petersen no temía a la muerte. Es más, repasando su corta pero intensa vida, Hans pensaba que toda ella había sido una preparación para su

encuentro con la muerte. Desde el momento que acudió con sus padres al congreso del partido en Núremberg en 1936, cuando pese a sus cortos seis años de edad, la fiebre del nacionalsocialismo y el amor al Führer penetró en sus venas, hasta ese sótano húmedo y tenebroso en el que ahora se encontraba, toda su existencia había girado en torno a ese momento supremo. Para un nacionalsocialista convencido como él, sólo la muerte heroica justificaba la vida. La muerte natural te convertía en tierra, ese era el proceso que les esperaba a las personas sin gloria. Pero la muerte en el campo de batalla te convertía en héroe. Y en inmortal. Porque el partido nunca olvidaba a sus héroes, ni a sus mártires. Y la patria nunca consentiría que fueras olvidado. Una vieja canción de las Juventudes Hitlerianas decía: «Porque allí, en algún lugar, la gloria espera por mí», y Hans estaba convencido de que allí, sobre las humeantes ruinas de Berlín, en aquel mes de abril, la gloria le esperaba a él. Pensaba que el círculo de su vida se cerraría allí. Que el reloj, que un día fuera inoculado en su cerebro con su trágica cuenta atrás, llegaría allí a su hora cero. Pero él estaba preparado, preparado para saltar al abismo.

Junker se incorporó. Hans guardó la armónica en su bolsillo. Junker se acercó hasta él con paso tambaleante y se asomó por el pequeño ventanuco. La calle seguía sumergida en el silencio, el silencio tenso que precede a la batalla. Sólo de vez en cuando se escuchaba el derrumbe de algún muro. Los resplandores de los incendios seguían iluminando las derruidas paredes de los edificios de enfrente. Ahora, la neblina rojiza había dado paso a una niebla más espesa. Al hollín y al humo se le había unido la niebla de la madrugada. Sobre los pocos tejados que seguían en pie se veían los reflectores, que giraban de derecha a izquierda y de izquierda a derecha, iluminando el enrojecido cielo de Berlín. Eran los reflectores que manejaban los chicos de la Luftwaffe. «La Luftwaffe... ¿Dónde coño estaba ahora la Luftwaffe?», pensó Hans.

—Despierta a la muda, Hansi —dijo Junker, sin dejar de mirar por el ventanuco.

—No es muda, Junker. No la llames así, no me gusta —respondió Hans de forma airada.

—Me importa una puta mierda que esta jodida loca sea muda o no. Despiértala. Nos largamos de aquí, este jodido sótano no es seguro. Los rusos nos pueden freír aquí como a ratas.

Hans permaneció unos segundos mirándolo fijamente, con una mirada desafiante.

—¿Sabes una cosa, Petersen? Eres bueno, muy bueno con los Panzerfaust —Junker se golpeó la cabeza tres veces con el puño—, pero estás un poco mal de aquí. Deberías haberla dejado allí, en la trinchera, y no hacernos cargar con una chica por todo Berlín. Total, es carne de cañón, la matarán al doblar cualquier esquina, pequeño Hansi.

—Tiene agallas, Junker. Ya la has visto. Además, todos somos carne de cañón.

Todos —repuso Hans.

—No tiene agallas, está loca, como decía Gretl. Y todos no somos carne de cañón, Petersen. Tú y yo, no.

Hans se incorporó y caminó hacia donde se encontraba la «pequeña Greta». Junker tenía razón, tenían que salir de allí. Al principio, cuando todo comenzó, los Panzerfaust de las Juventudes Hitlerianas habían creado el caos entre los tanques soviéticos que comenzaban a entrar en Berlín. Pero los rusos no eran tontos. Pronto comenzaron a proteger sus tanques con soldados de infantería que caminaban al lado de los blindados. Los rusos conocían la consigna que el doctor Goebbels, ministro de Propaganda y jefe de distrito de Berlín, había dado el día de la movilización general: «La batalla de Berlín se librará calle por calle, casa por casa, patio por patio. Ni un metro de tierra será entregado al enemigo». Y así estaba sucediendo. Por eso ahora, los soldados rusos que acompañaban a los blindados tiroteaban todas las ventanas, todos los tejados, y arrojaban granadas a todos los sótanos. A sótanos como aquel.

Hans se acercó a la «pequeña Greta» y la despertó agitándola por los brazos. La joven se sobresaltó y echó mano rápidamente a su espalda, buscando sus *Gretchen*. Hans observó que la chica estaba empapada en sudor y tenía cara de fiebre. Clavó sus profundos ojos azules en los ojos de Hans. Asintió con la cabeza y se incorporó. En el poco tiempo que se conocían, Hans y ella habían desarrollado una especie de lenguaje mental, un lenguaje basado en las miradas. Hans ya había desarrollado antes ese lenguaje con Helga, su madre. Y en sus sueños infantiles, con otro ser.

Hans y la «pequeña Greta» caminaron hacia Junker que ahora dibujaba con un pequeño carboncillo algo sobre la pared del sótano. Hans miró por el ventanuco. Le pareció que el cielo estaba ahora más rojo que antes, hasta la luna, una redonda y fría luna de abril, parecía tachonada de manchas rojizas. Como si fueran manchas de sangre.

—Vale, tenemos que llegar al Reichssportsfeld como sea, pero desconocemos lo que nos podemos encontrar por el camino. Allí, tras aquellas casas —Junker señaló a través del ventanuco—, se detecta actividad. Son las inmediaciones del Reichstag. Iremos hasta allí, preguntaremos por la situación y si la zona es segura, proseguiremos camino. Yo propongo llegar hasta el puente de Koprinzen, cruzarlo y, en línea recta, caminar hasta la Charité...

La Charité. Allí estaría Katrin, su cuñada. Servía en el cuerpo de enfermeras del Reich. Quizás Hans consiguiera localizarla, hablar con ella y conseguir información sobre sus padres. No sabía nada de su familia desde que abandonara su casa de Dahlem cinco días antes.

—... después seguiremos por aquí —Junker seguía con el dedo la línea que había trazado con el carboncillo—, e intentaremos alcanzar el Reichssportsfeld atravesando esta zona de Moabit. Eso, si antes los rusos no nos fríen los huevos, claro —dijo

Junker soltando una fuerte carcajada—, bueno, los huevos a nosotros. A ti, lo tuyo — Junker lanzó una mirada lasciva a la *Blitzmädel*—. ¿Entendido?

—Entendido, Junker. Lo importante es salir de aquí como sea. Y no caer en la ratonera de la gran explanada del Reichstag. Esa no es nuestra guerra. Allí no seremos de ninguna utilidad. Pero sólo tengo una duda. En la ruta que has trazado... —estaba diciendo Hans, cuando Junker le interrumpió.

—¿Qué le pasa a la ruta que he trazado?

—Lo de esa zona de ahí, las callejas que conducen a la gran explanada... no sé, no me gusta. ¿Desde aquí no nos resultaría más sencillo llegar hasta el puente de Weidendamm y...?

—No. Recuerda que cuando llegamos hasta aquí, se combatía ya en los alrededores de la estación de Friedrichstrasse. Como los rusos lancen otra ofensiva como la de esta tarde, entonces sí que nos veremos avocados a combatir en la gran explanada de la Königsplatz. Y entonces estaríamos perdidos. Le he dado muchas vueltas. El camino más corto será cruzando el puente de Koprinen, aunque para eso tengamos que cruzar esas callejas y acercarnos a la Königsplatz. Además, aun poniéndonos en lo peor, en esas callejas es seguro que hay posiciones defensivas en las que podemos ser de utilidad. Esta era una zona de ministerios y embajadas, ahora de edificios destruidos, y ya sabes, que las ruinas son nuestras mejores aliadas. Supongo que el Reichstag estará protegido por todos los flancos. Mejor es eso que morir achicharrados en uno de estos sótanos...

El eterno miedo de Hans a morir atrapado, bajo techo, regresó a él, como cuando tenía que pasar las noches en el refugio de Dahlem. No hacía calor en el sótano, pero estaba empezando a sudar. Sólo pensar que podía morir en ese sótano... seguirían adelante. Antes de perecer allí, entre cuatro paredes, prefería hacerlo en la gran explanada de la Königsplatz, al aire libre, bajo el cielo de Berlín, respirando su aire.

—Está bien, Junker, no discutamos más. Vamos a seguir tu plan. Iremos por donde tú digas. Tú parece conocer mejor que yo esta parte de la ciudad.

—Pues en marcha, tenemos que darnos prisa. El amanecer se acerca y comenzará la sinfonía.

Hans sabía a lo que se refería Junker. A primera hora de la mañana, los «órganos de Stalin» comenzarían a sonar. Así llamaban a las baterías de cohetes *Katyuscha*. Y a continuación, vendría el gran bombardeo de artillería pesada sobre el centro de la ciudad. El *Morgenkonzert*. Y regresaría el infierno. Y el baile con la muerte. Todos los días era igual.

Los tres miembros de las Juventudes Hitlerianas se dispusieron a abandonar el sótano y se dirigieron hacia la puerta. Junker, que era el único de los tres que llevaba armas cortas, desenfundó su Walther y la colocó en posición de guardia. Hans cargó con la bolsa de repuestos Panzerfaust. La *Blitzmädel* cerraba el grupo.

Antes de abandonar el sótano, Hans Petersen volvió a mirar hacia el cielo a través del pequeño ventanuco.

Hacia el cielo rojo.

El maldito y asqueroso cielo rojo. El derrumbe de los muros de muchas de las casas de enfrente era lo que permitía ver el cielo, convertido en una inmensa bóveda rojiza. Ese era su cielo, el cielo del lobo. Un cielo que sólo veía él.

Pero para Hans Petersen, de quince años de edad, natural de Dahlem, en Berlín, hubo un tiempo, en otra vida, en que el cielo le hablaba de belleza y no de muerte. De grandeza, y no de derrota. De sueños e ilusiones, pero no de ilusiones perdidas y sueños quebrados. Ahora, en ese momento crucial de la batalla, con toda su carga de melancolía crepuscular, él solía refugiarse en esos recuerdos, desviar su pensamiento hacia esa época gloriosa.

Hubo una época, en que las banderas y los estandartes se alzaban orgullosos y desafiantes y los soldados, esos soldados a los que él siempre admiró, martilleaban el asfalto con sus botas al paso de la oca. Una época en que las filas marchaban firmes y seguras por las calles de Alemania. La época en que el cielo sobre él era azul, y él, soñaba con lobos. Y con seres legendarios que emergían de abismos, de oscuros abismos...



# PRIMERA PARTE

## INICIACIÓN

*Una nación viene a la existencia con su mitología. [...] La unidad de su pensamiento, que significa una filosofía colectiva, está presente en su mitología; por tanto, su mitología contiene el destino de la nación.*

Friedrich Wilhelm Joseph von Schelling

*Pero no fueron sus escritos políticos los que inspiraron los mitos de una moderna Germania, a la que proporcionaron una Weltanschauung germánica que Hitler y los nazis, con alguna justificación, consideraban recogida en la obra de Wagner; sino en sus óperas más grandiosas, que recordaban tan vívidamente el mundo de la antigüedad germana con sus mitos heroicos, sus dioses y héroes paganos y luchadores, sus demonios y sus dragones, sus disputas sangrientas y sus tribales códigos primitivos, su sentido del destino, del esplendor del amor y de la vida y de la nobleza de la muerte.*

William L. Shirer

# I

## LOS OJOS DEL LOBO

*A estas horas dejan ya la ciudad decenas de militantes del partido. Mientras aún evocan el congreso en su memoria, otros ya empiezan a preparar la próxima convocatoria. Y de nuevo las gentes vendrán y se irán, y en cada nueva ocasión saldrán emocionadas y entusiasmadas. Pues la idea y el movimiento son la expresión viva de nuestro pueblo. Y por lo tanto, un símbolo de lo eterno.*

Adolf Hitler

*Toda la educación debería estar concebida de manera que las horas libres de un muchacho puedan consagrarse al saludable ejercicio de su cuerpo. Un niño no tiene derecho, a vagar ocioso por las calles, provocando disturbios y embadurnando las fachadas de las casas; concluida su faena diaria, deberá dedicarse a curtir su joven cuerpo de suerte que la vida no lo sorprenda débil y desprevenido cuando necesite luchar por la misma.*

Adolf Hitler

*Núremberg, congreso anual del Partido Nazi. Septiembre de 1936.*

El tren de la *Reichbahn* llegó a la estación central de Núremberg a primera hora de la mañana. Era uno de los miles de trenes que la *Reichbahn* había fletado desde Berlín para trasladar a los invitados al congreso del partido. Para Hans, un niño de seis años, el viaje había sido largo y pesado. Pero no se había quejado. Primero, porque era un niño disciplinado que no quería molestar ni enfadar a sus padres. Y segundo, porque la ilusión por llegar a Núremberg era tan grande, que ni siquiera pensó en que el viaje pudiera ser largo y pesado. Para Hans este viaje suponía la primera vez que salía de Berlín. Y además, ¡a Núremberg! ¡A Baviera!

Nada más salir de la estación, el pequeño Hans se sumergió en otro mundo. Porque el Núremberg de 1936 era eso, otro mundo. Hans se giró hacia la fachada central de la estación, que estaba cubierta por una enorme bandera roja con una gigantesca esvástica negra dentro de un disco blanco. Cuando se giró, no pudo por más que abrir la boca. Gente. Pero más gente, de la que Hans hubiese podido ver en toda su vida. Y uniformes. Uniformes pardos, verdes, grises y negros. Uniformes de las SS y de las SA, de las Juventudes Hitlerianas y de la Liga de Muchachas Alemanas. De la Wehrmacht o como el que llevaba su padre Kurt, de funcionarios del partido. Y eso, volvía loco a Hans. Porque Hans soñaba con vestir de uniforme. Porque quería ser soldado. Soñaba que de mayor sería un miembro de la Wehrmacht, o mejor, como era su hermano Harald, de las SS. Aunque Hans sabía que nunca podría ser como su hermano, porque este era perfecto en todo, demasiado perfecto.

Al mirar hacia el frente, Hans vio la inmensa mole oscura y tétrica de una construcción medieval.

—Esa es la König Tor, Hans. Por la puerta que ves debajo, se entra en la ciudad.

Luego iremos allí, hijo, pero lo primero es instalarnos —le explicó Kurt.

Su madre aprovechó ese momento para colocar bien su pequeña corbata y arreglarle el abrigo negro que le había comprado una semana antes en los almacenes KaDeWe. Aunque la capital de Franconia los había recibido con un luminoso cielo azul, el implacable otoño bávaro provocaba que soplara un viento fresco. A Hans le molestaban esos gestos de su madre. Eran gestos que no se hacían a los niños, que más tarde, serían soldados. Además, él no tenía frío, no comprendía por qué su madre tenía que abrocharle el abrigo.

Hans y sus padres cogieron las maletas y se dirigieron hacia la parada del tranvía. Kurt Petersen, su padre, era un hombre alto, delgado, de una constitución más bien débil. Kurt era funcionario del *Deutsche Arbeitsfront*, el Frente del Trabajo Alemán, al que todo el mundo conocía más simplemente por las siglas DAF. Siempre iba un poco acelerado, como ahora con las dos maletas. Y tenía tendencia a sudar y a que se le empañaran las gafas, porque Kurt siempre llevaba gafas. Su padre era un nazi convencido. Siempre había votado al Partido Nazi y creía que el Führer tenía grandes planes para Alemania y que los sacaría de la miseria y la humillación en que los había sumergido la República de Weimar. Detestaba a los socialdemócratas, a los católicos, a los judíos, a los comunistas y a los socialistas, y en eso, chocaba con su mujer, porque aunque nunca lo nombraran, el abuelo materno de Hans, fallecido el pasado invierno, había sido un viejo socialista.

Helga Petersen, la madre de Hans, era una mujer «imponente» en palabras de su padre. Y realmente lo era. Ahora, Hans la veía caminar de manera elegante hacia la parada del tranvía, con un precioso vestido blanco y negro, que Kurt le había comprado en una de esas lujosas tiendas de la Kurfürstendamm y con un sombrero a juego, de esos que tenían una pluma azul como tocado. Era más bien delgada, con una preciosa melena rubia y unos grandes ojos de color azul turquesa. Kurt solía decir que Helga era el estereotipo de la perfecta mujer prusiana. Era una mujer seria, más bien callada, sin embargo tenía una gran comunicación con Hans, sobre todo, a través de los ojos. Aunque Hans era un niño serio y disciplinado, como niño, tendente a las trastadas. Cuando cometía una de estas, Hans solía mirar a su madre y ella le desaconsejaba la acción, con su mirada dura y fría. Pero en otras ocasiones, también las aprobaba con lo que su mirada terminaba en una amplia sonrisa. El lenguaje de los ojos. A Hans le gustaba emplearlo, casi tanto o más que el hablado. Hans Petersen no era el tipo de niño hablador, si no más bien el tipo de niño observador. A Hans le gustaba mirarlo todo, observarlo todo, incluso podría decirse, que para su corta edad, había desarrollado un rico mundo interior. El lenguaje de los ojos formaba parte de ese mundo. Esa era una de las cosas que le agradecería eternamente a su madre, que le hubiera iniciado en el lenguaje de los ojos. Años más tarde, en otra época, en otra vida y bajo otro cielo, lo volvería a hablar con otra chica. Una chica que lo miraría

con unos penetrantes ojos azules desde el fondo de una oscura trinchera.

Hans volvió a mirar a su madre. Se sentía orgulloso de ella. Pero durante esos siete días que iban a pasar en Núremberg, la relación con su madre cambiaría. Algo entre ellos dos iba a cambiar quizás para siempre. Porque a Hans, lo iba a cambiar mucho esa visita a Núremberg. Lo iba a cambiar de una manera determinante.

---

\* \* \*

---

Cogieron el tranvía en dirección a la Regensburgerstrasse, a las afueras de la ciudad. Allí, el Frente Nacional del Trabajo había construido catorce edificios de viviendas y un edificio comunitario para trabajadores y funcionarios, donde Hans y sus padres se alojarían mientras durara el congreso.

—Nuestra residencia te va a gustar mucho, Hans —le dijo su padre—. Está muy cerca de donde se van a celebrar los actos más importantes del congreso. Podremos ir al encuentro del Führer con la juventud, al homenaje a los caídos, a la consagración de las banderas y estandartes, e incluso si te portas bien, tu padre te llevara a la noche del fuego...

—¿La noche del fuego, papá? ¿Harán hogueras y llevarán antorchas?

Kurt pasó su mano sobre la cabeza de Hans, alborotando su pelo. Todo el mundo lo hacía siempre.

—Sí, hijo...

—¿La noche del fuego? ¿Ese no es el acto de la directiva política? —dijo Helga lanzando una fría mirada a su marido. Helga iba sentada en el asiento frente a ellos en el interior del atestado tranvía.

—Sí, Helga, es la noche...

—Hans es demasiado pequeño para asistir a un acto que termina a altas horas de la madrugada, Kurt. A ese tipo de actos no asisten los niños...

—Me las arreglaré para que el chico venga, Helga. Quiero que durante estos días la fiebre del nacionalsocialismo entre en él. Es una experiencia única. Una experiencia que el chico no olvidará en toda su vida. Espero que tú no lo estropees, Helga.

Helga no contestó. Desvió la mirada hacia la calle a través de la ventanilla del tranvía. Frunció el ceño y guardó silencio. Últimamente lo hacía mucho.

Todas esas cosas que le decía su padre le parecían muy bien, pero lo que realmente él quería ver era el desfile. Porque Hans quería ser soldado. Y los soldados desfilarían esa misma tarde ante el Führer. Y él estaría allí y además vería desfilar a su hermano Harald. Unos meses antes, Harald había enviado a sus padres los pases para que pudieran ver desde la tribuna de invitados todos los actos en los que él participaría. Harald servía en la *Sturmbann 1, Standarte Germania* de las SS. Junto al

*SS-VT Standarte Deutschland* y el *Leibstandarte Adolf Hitler*, la guardia personal del Führer, eran las primeras unidades de combate de las SS armadas, las que con el tiempo, se convertirían en las temidas y admiradas *Waffen SS*. Kurt le había explicado a Hans, que durante el congreso, el Führer consagraría el estandarte del regimiento de su hermano, y que el próximo noviembre, en una ceremonia en Munich a la que también asistirían, el regimiento de Harald haría el juramento de fidelidad. Juramento de fidelidad, ¡qué bien sonaba!, esas eran las cosas que le gustaban a Hans. Por eso quería ser soldado. Lo malo era que la fuerte disciplina a la que Harald estaría sometido, le impediría ver a sus padres y a su hermano. Desde que Harald ingresó en la base de su regimiento en Radolfzell, a las afueras de Hamburgo, Hans tan sólo había podido ver a su hermano de forma esporádica, durante escasos permisos de fin de semana. Y eso a Hans le dolía, porque si él quería a alguien en el mundo, era a su hermano.

---

\* \* \*

---

Descendieron del tranvía. Hans pudo ver por primera vez el lugar en el que se alojarían durante el congreso. Y volvió a abrir la boca. Rodeadas de abetos, había un gran número de casas típicas de Franconia, con sus tejados de pizarra en forma de triángulo. En el centro se veía un edificio gris, bastante más feo, de tipo funcional. Estaba cubierto con enormes banderas con grandes esvásticas y lemas del partido.

—¿Dónde nos vamos a alojar, papá, en esas casas tan bonitas?

—No, hijo, esas casas son para los trabajadores. Nosotros nos alojaremos en el edificio del centro.

En la cara de Hans se dibujó un rictus de gran desilusión. Miró a su padre, que sonriendo, estaba mirando a su madre.

—Ya ves, Helga, esto le hubiera encantado a tu padre. En la nueva Alemania, la categoría de los trabajadores está muy por encima de la de los funcionarios.

Pero Helga no sonrió. Apretó más fuerte la mano de su hijo y continuó caminando.

Caminaron hacia el edificio. Desde algún lugar, llegaba el sonido de tambores lejanos. Hans sabía que se trataba de los chicos de las Juventudes Hitlerianas, que se preparaban para el desfile del día siguiente. Hans lo sabía, porque en numerosas ocasiones los había visto desfilar por las calles de Berlín con sus grandes tambores. Hans tocaría uno. Todavía no tenía la edad, pero pronto cumpliría siete años y sólo le faltarían tres para poder ingresar en el *Jungvolk*, la rama infantil de las Juventudes. Lo sabía, porque su padre se lo había prometido y le había dicho, que ese era el primer paso, el paso imprescindible para poder ser soldado.

Dentro del edificio, todo parecía más acogedor de lo que se veía desde fuera. La

melodía y los coros de la *Procesión de Lohengrin*, de Richard Wagner, que salía de cuatro grandes altavoces que habían colocado en las cuatro esquinas de la sala de recepción, los recibió. Posiblemente sería una emisión de la Radio del Reich. Eso sucedía ahora en todos sitios, entraras donde entraras, fuera un edificio oficial, un banco o un comercio, la presencia de la Radio del Reich era omnipresente. En algunas ocasiones, cuando se iba a ofrecer una noticia de relevancia o un importante discurso, sonaba una alarma y todo el mundo corría hacia la radio. El resto del tiempo se ofrecía música, principalmente, música clásica.

Lo primero que Hans observó, era que todos llevaban el mismo uniforme que su padre, incluso las dos chicas que estaban detrás del amplio mostrador de la recepción. En cuanto los vieron, las dos chicas levantaron el brazo casi al unísono y gritaron, ¡*Sieg Heil!*

—¡*Sieg Heil!* —contestó su padre, mientras su madre se limitaba a hacer un vago gesto—. Somos Herr y Frau Petersen, de Dahlem, Berlín. Venimos con el niño...

Pero cuando Kurt se giró para presentarlo, Hans ya había desaparecido.

---

\* \* \*

---

Hans había descendido por unas pequeñas escaleras y había entrado en un amplio comedor. Era un comedor que mezclaba el estilo funcional con el tradicional, porque al fondo se podía ver una pequeña *Biersaal*. Las camareras iban vestidas con el traje tradicional de Franconia, aunque eso sí, sobre el brazo izquierdo portaban el brazalete del partido con la esvástica. Lo que a Hans más le llamó la atención de la sala, fueron dos enormes cuadros del Führer que decoraban dos de las tres paredes del comedor. Sorteando a las camareras, que a esa hora ya servían las primeras comidas, se acercó a los cuadros. En uno, se veía al Führer de pie, con su uniforme pardo y llevando entre sus manos la bandera del partido con la esvástica. Detrás de él, se distinguían legiones de uniformados, todos con banderas, y por encima de él, en el cielo, una enorme luz que se abría paso entre las nubes, y la figura imperial y majestuosa de un águila. Bajo la figura del Führer, Hans pudo leer, como lee un niño de seis años, *Es lebe Deutschland!* (¡Viva Alemania!), y debajo, el nombre del autor: K. Stauber.

Como sus padres no lo llamaban (debían de seguir haciendo los trámites), Hans se dirigió hacia la pared donde se encontraba situado el otro cuadro. Y este le gustó más, porque era de soldados.

En el cuadro se veía un campo de batalla, donde un soldado herido o muerto reposaba sobre los brazos de un camarada. Del campo de batalla, se elevaban los fantasmas de los soldados muertos. Atravesando las nubes, los fantasmas llegaban a un templo coronado por una gran esvástica.

Con la cabeza girada hacia un lado, Hans permaneció largo tiempo contemplando

el cuadro. Sabía que algo faltaba en él (lo sabía porque él había leído una y mil veces el libro de mitos germánicos que les había hecho comprar Herr Fritz). Hans sabía lo que significaba ese templo al que se dirigían los fantasmas de los soldados muertos (lo sabía porque había leído una y mil veces el libro de mitos germánicos que les había hecho comprar Herr Fritz), pero allí, en aquel cuadro, faltaban los seres que transportaban las almas de los soldados muertos al Valhalla. Él lo sabía. Bajo el cuadro, Hans pudo leer el nombre de la pintura: «Visión de grandeza». Y el nombre del autor: Richard Spitz.

Mientras dejaba atrás el cuadro, Hans pensó, que el problema de ese tal Richard Spitz tenía que haber sido no leer el libro de mitos germánicos que les había hecho comprar Herr Fritz. «Sí, ese ha sido su problema», se dijo Hans para sí mismo.

La *Biersaal* del fondo del local era toda de madera. Sobre las paredes, habían cabezas disecadas de animales, como ciervos, corzos, e incluso un oso. Debajo de la cabeza del oso, unos hombres con uniformes de la DAF bebían grandes jarras de cerveza. Los hombres lo miraron y le sonrieron. En ese momento, Helga apareció en el comedor y lo llamó. Hans corrió a su encuentro.

---

\* \* \*

---

Tras subir unas grandes escaleras, llegaron a la zona de apartamentos. El suyo estaba en la segunda planta. A Hans le llamó rápidamente la atención que todos eran iguales. Sobre la puerta había una corona floral y en medio de ella, un retrato del Führer.

Entraron en el apartamento. Era muy pequeño, sólo un poco más grande que la habitación de un hotel. Oía muy bien, a limpio, como si estuviera recién arreglado. Repartidas en jarrones por toda la estancia, habían colocado flores frescas. En los últimos tiempos, desde que el proyecto «embellecimiento en todas partes» se había puesto en práctica, la presencia de las flores se había convertido en obsesiva en Alemania. Las ventanas de las casas, las calles, los restaurantes, los edificios públicos, los puestos de trabajo... las flores estaban por todas partes.

Los muebles eran sencillos, funcionales, pero muy bien cuidados. En el fondo había una cama grande, la de sus padres, y en horizontal a esta, una más pequeña que Hans dedujo que era la suya. Enfrente de su cama se encontraba el baño, y a un lado, una ventana. El baño estaba perfectamente equipado con ducha, lavabo... pero pronto comprobaron que la puerta no podía cerrarse bien, estaba medio atrancada.

Helga Petersen se sentó al borde de la cama. El detalle de la puerta del baño no le había hecho ninguna gracia. Ella era una mujer tradicional, educada en unas condiciones muy diferentes a las que ahora le estaba tocando vivir. Educada a la «vieja usanza». En su casa de Dahlem, Hans y su hermano Harald tenían prohibido entrar en la habitación de sus padres sin tocar antes a la puerta, y menos, si ella no

estaba aún arreglada. Como toda buena Frau prusiana, Helga Petersen era muy reservada para sus cosas. Kurt y ella tenían incluso el cuarto de baño dentro de su habitación, mientras que Hans y Harald compartían uno en el pasillo, al lado de sus habitaciones. Por todo eso, a Helga, la idea de tener que compartir su intimidad durante siete días con un niño de seis años, no le gustó nada, aunque ese niño fuera su hijo.

—Este lugar no me gusta nada, Kurt —dijo Helga.

—Pues a mi me parece perfecto, Helga —contestó Kurt mientras miraba toda la habitación.

—Habías dicho que era un apartamento. No un cubículo.

—No te pongas pesada. Son sólo siete días...

—¿Y la puerta del baño, Kurt? Por lo menos, podrías pedir que la arreglaran...

—No te preocupes por eso, Helga. Podrás arreglarte tranquilamente por las mañanas, antes que Hans se despierte.

---

\* \* \*

---

Mientras sus padres discutían, Hans corrió hacia la ventana, la abrió y se asomó a ella. Desde allí, se podía ver una gran extensión de abetos, y entre ellos, las pequeñas casitas de los trabajadores. Toda la ventana estaba rodeada de guirnaldas de flores, y una gran bandera del partido se descolgaba por toda la fachada. Hasta allí, llegaba también el sonido de los tambores lejanos, los tambores de los chicos de las Juventudes Hitlerianas que se preparaban para su encuentro con el Führer del día siguiente. Hans cerró la ventana y se dirigió hacia la cama de sus padres.

A ambos lados de la cama, había dos pequeñas mesitas de noche. Y sobre ellas, dos libros. Hans cogió uno de ellos. La cara del Führer lo miró directamente. Debajo de la cara del Führer, había unas hermosas letras góticas en rojo brillante que formaban dos palabras: *Mein Kampf*. Era el libro del Führer. Su padre solía leerlo muy a menudo y le había comentado que, en un futuro, él también tendría que leerlo. Pero Hans era muy pequeño todavía, ni para poder leerlo ni mucho menos entender lo que decía. Hans ya había comenzado a trabajar con el libro alemán de lectura, que su profesor Herr Fritz les había obligado a comprar en el colegio de primaria al que asistía en Dahlem. Ese mismo verano, Herr Fritz les había aconsejado comprar el libro sobre la historia de los mitos germanos, que se había convertido en el amigo inseparable de Hans. Hans iba con él a todos sitios, lo leía y lo releía mil veces. Hasta había conseguido aprenderse los poemas épicos de memoria.

Hans volvió a fijarse en el rostro del Führer. A Hans le gustaba ese rostro. Era un rostro duro, de guerrero, de soldado. Le gustaba ese corte de pelo militar y el flequillo. Él mismo lo llevaba, antes de viajar a Núremberg, su padre lo había llevado



a una peluquería de Berlín y le habían cortado el pelo al estilo de los chicos de las Juventudes Hitlerianas: muy corto por la nuca y por los lados, y con un gran flequillo que caía sobre el lado izquierdo de su frente.

Pero lo que a Hans más le gustaba del rostro del Führer, eran los ojos. Aunque también reconocía que era lo que más le asustaba de él. Eran unos ojos profundos y despiadados, unos ojos fanáticos. Eran como los ojos de un lobo. A Hans le recordaban a los ojos de Freki, uno de los lobos que junto al águila y los cuervos siempre acompañaban a Wotan, como aparecían en una ilustración del libro de mitos germánicos que tanto le entusiasmaba. Herr Fritz, su viejo profesor, que era miembro de la Liga de Profesores Nacionalsocialistas, les había dicho que ese rostro era el que debía reconocer todo niño que quisiera ser un buen alemán. Y Hans quería ser precisamente eso, un buen alemán.

En ocasiones, desde su pupitre en la clase de su escuela de Dahlem, Hans se quedaba largo tiempo mirando el rostro del Führer que, amenazador, les observaba desde encima de la pizarra. Hans recordó que una vez Rudi, su compañero de pupitre, le había comentado:

—Sabes una cosa, Hans, a veces tengo la sensación de que esté donde esté, los ojos del Führer están clavados en mí. Como si se moviesen, como si me siguieran. ¿Tú no has tenido esa sensación, Hans?

Ese día, Hans no le contestó. No le dijo nada. Porque Rudi tenía razón; él había tenido la misma sensación. Muchas veces, todos los días.

Mientras observaba el rostro del Führer, Hans no paraba de tararear una canción que Herr Fritz les había enseñado, y que todos los niños cantaban por las mañanas antes de empezar la jornada escolar:

*Adolf Hitler es nuestro salvador, nuestro héroe.*

*Él es el ser más noble de todo el mundo.*

*Por Hitler vivimos.*

*Por Hitler morimos.*

*Nuestro Hitler es nuestro señor,*

*quien ordena las reglas del nuevo mundo.*

Giró la cabeza y buscó el rostro de su madre. Le sonrió. Pero sin embargo, ella no lo hizo. Puso un gesto duro, y siguió colocando sus vestidos en el armario. Hans no comprendió esa actitud de su madre. Supuso que era una forma de reprenderle por perder el tiempo mirando el libro del Führer.

Hans dejó el libro y comenzó a deshacer su pequeña maleta. Hans era un niño excesivamente ordenado. Conforme deshacía su pequeña maleta, iba guardando su ropa en el armario, por estricto orden de colores. Muchos años más tarde, entre las ruinas de una sangrienta batalla, alguien lo observaría limpiando la Cruz de Hierro de su hermano, concedida a título póstumo, y brillantando la armónica que le regalara

su padre, echando sobre ella vaho de su boca y frotándola con su pañuelo de las Juventudes Hitlerianas. Ese alguien, pensaría al verlo: «He ahí un caso extremado y fanático del famoso sentido de la pulcritud y el orden alemán».

---

\* \* \*

---

El desfile. El Führer había llegado a la ciudad y esa tarde sería el desfile, el momento más esperado por Hans. Para él, fue el momento más emocionante de su corta vida. El que nunca olvidaría. Desde el momento que junto a sus padres, cruzó por debajo del arco de la König Tor, Núremberg se desplegó ante él como una ciudad de cuento, de fantasía. Era el lugar más bonito que jamás hubiera visto. No es que Dahlem y Berlín no le gustaran, de hecho, le gustaban mucho. Le gustaba su barrio, lleno de bonitas casas alineadas a ambos lados de la calle, donde vivían muchos de los *Prominenten*, los hombres más importantes del partido del Führer. Aunque todo había que decirlo, la parte donde él vivía, el *Hof*, tenía mucho menos encanto. También le gustaba cuando sus padres lo llevaban al centro, a Berlín, y podía ver las grandes avenidas, como la Unter Den Linden o la Kurfürstendamm, decoradas con las grandes columnas blancas coronadas por el águila del Reich, y las banderas del partido que se desplegaban por las fachadas de las casas. O los días que sus padres lo llevaban a pasar el día en los grandes parques de la ciudad, como el Tiergarten o el más cercano a su casa, el Grunewald... pero aquella ciudad, Núremberg, en aquella preciosa y soleada tarde de septiembre, bajo aquel intenso cielo azul, lo cautivó desde el principio. Los tres miembros de la familia Petersen ascendieron por la Königstrasse, camino de la Markplatz, donde habían instalado las tribunas desde las que verían el desfile. Hans, muy callado, estaba como absorto contemplando las preciosas fachadas medievales, los edificios góticos, los tejados de dos aguas. Todas las casas estaban engalanadas con grandes banderas del partido y con sus puertas y ventanas rodeadas de flores. Por todos los lados se veían grandes retratos con el rostro del Führer. Y gente. Más gente de la que Hans jamás hubiese visto. Desde las ventanas, grupos de chicas de la BDM lanzaban sobre los transeúntes pétalos de rosas.

A mitad de la calle, Hans y sus padres descubrieron una pequeña tienda donde se vendían recuerdos del partido. Entraron en ella. Allí dentro había de todo: muñecos de las SA y las SS, jarras de cerveza, platos, vasos, brazaletes, abridores... todos ellos con el retrato del Führer o el emblema de la esvástica. A Hans le gustó sobre todo, un pequeño organillo doméstico con una manivela a un lado. Sobre la tapa, llevaba la inscripción *Horst Wessel Lied*, la canción de Horst Wessel, el himno del partido. Aunque el pequeño Hans se empeñó en que sus padres le compraran el organillo doméstico, Kurt se limitó a comprarle una pequeña bandera del partido, para que

Hans pudiera agitarla durante el desfile. Eso sí, le prometieron a Hans que volverían a esa tienda antes de que abandonaran Núremberg.

Mientras caminaban hacía un puente, Hans no dejaba de contemplar la pequeña bandera. En una ocasión, en su clase, Heinz, otro amigo de Hans, le había preguntado a Herr Fritz cuál era el significado de la bandera del partido. Herr Fritz, que en ese momento paseaba por la tarima, con las manos entrelazadas detrás de la espalda, algo que era muy típico en él, se detuvo en seco y preguntó a los niños:

—¿No lo sabéis? Muy bien, os lo voy a explicar, y en palabras del propio Führer.

Herr Fritz se sentó en su mesa y cogió el libro del Führer, *Mein Kampf*, que siempre tenía encima de esta y se dirigió a un auditorio de niños boquiabiertos:

—Dice el Führer: «Yo mismo después de innumerables ensayos, logré precisar una forma definitiva: sobre un fondo rojo, un disco blanco y, en el centro de este, la cruz gamada en negro. Como nacionalsocialistas, veremos en nuestra bandera nuestro programa. En el rojo, la idea social del movimiento; en el blanco, la idea nacionalista, y en la esvástica la misión de luchar por la victoria del hombre ario y, al mismo tiempo, por el triunfo de la idea del trabajo productivo, idea que es y será siempre antisemita».

Como en muchas de las cosas sobre el Führer que les explicaba Herr Fritz, Hans y sus amigos no comprendieron nada. Pero eso daba igual, porque si el Führer lo decía, estaría en lo cierto y sería verdad. Porque como Herr Fritz y Kurt, su padre, le habían dicho muchas veces, el Führer siempre decía la verdad. Así que Hans y sus inseparables amigos, Heinz y Rudi, lo que hicieron fue aprenderse de memoria la explicación que Herr Fritz les había dado sobre la bandera del partido, repitiéndola en voz alta muchas veces. Hans sabía que aprenderse de memoria las cosas importantes era la mejor manera de que estas no se olvidaran.

Atravesaron un precioso puente sobre el río Pegnitz y se adentraron en una zona de la ciudad donde, para sorpresa de Hans, todavía había más gente. Muchos eran hombres de las SA, los conocidos como «camisas pardas». Cuando los vio, Helga agarró con fuerza la mano de su hijo. Algo le decía a Hans, que su madre no se fiaba de esos hombres. Pasaron por delante de una cervecería. Numerosos camisas pardas entraban y salían del local con grandes jarras de cerveza en sus manos. Dentro de la cervecería, sonaban canciones patrióticas y gritos estridentes. Había un grupo de perros pastor alemán con grandes bozales, atados con gruesas cadenas a la puerta de la cervecería. Eran ese tipo de perros que llevaban los SA auxiliares, que acompañaban a la policía durante sus patrullas por las calles alemanas.

Al pasar junto a un grupo de camisas pardas especialmente bullicioso, Hans se dio cuenta de que algunos de ellos miraban a su madre y hacían gestos y sonidos raros con la boca. Hans escuchó a su madre murmurar «menuda gente más vulgar». Su padre no dijo nada.

Sobre la puerta de entrada de la cervecería, había un cartel que decía: «Prohibida la entrada a perros y judíos». Los judíos. Hans había oído hablar muchas veces de los judíos, pero no sabía muy bien quiénes eran. Así, que abandonó la mano de su madre y acercándose a su padre le preguntó:

—Papá, ¿quiénes son los judíos?

—Gente mala, Hans. Ellos no son como nosotros.

—¿Y nos van a hacer daño, papá? —preguntó el niño.

—No, Hans, no te preocupes. El Führer no lo consentirá. Sabes, Hans, el Führer tiene grandes proyectos para nosotros, los alemanes. Pero en esos proyectos, no figuran los judíos. Porque los judíos, aunque vivan entre nosotros, no son alemanes.

Helga Petersen se detuvo en seco y lanzó una mirada de desaprobación a su marido. Ante la sorpresa de este, le hizo la siguiente pregunta:

—¿Y en qué proyecto del Führer figuran entonces los judíos, Kurt?

Los padres de Hans se miraron. Se produjo un silencio tenso. Casi empujados por la marea de gente que se dirigía al desfile, los tres entraron en la gigantesca Markplatz.

Era en la Markplatz donde estaban situadas las tribunas, desde donde Hans y sus padres iban a presenciar el desfile. Eran tribunas muy altas que, de hecho, casi tapaban la mitad de la Frauenkirche, una de las catedrales góticas más grandes de Alemania. Consistían en una ante tribuna, donde se instalarían los oficiales del ejército y altos mandos políticos del Estado; y una tribuna general, donde estarían el resto de invitados, en su mayoría o pequeños cargos del partido, o como en el caso de Hans y sus padres, familiares de los soldados participantes en el desfile. Voluntarios de las Juventudes Hitlerianas y de la Liga de Muchachas Alemanas eran los encargados de acomodar a los asistentes. A Hans y a sus padres los ubicaron en un lateral de la plaza, cerca de un precioso monumento al que llamaban Schöner Brunnen, que en ese momento ya se encontraba rodeado de cientos de seguidores del partido.

Hans Petersen observaba en silencio todos los rincones, como si quisiera guardar en su retina cada uno de los detalles de esa experiencia única para él. Desde su posición, podía ver perfectamente la gran calle por donde transcurriría el desfile. Todas las fachadas estaban engalanadas con grandes banderas con la esvástica que ondeaban al viento. La multitud se arremolinaba a ambos lados de la calle. Había ancianos, niños, muchos niños con banderitas como la que sus padres le habían comprado. Y mujeres, cientos de mujeres. Había jóvenes subidos encima de señales de tráfico. Y en las ventanas, familias enteras esperaban ansiosos la llegada de Adolf Hitler, Führer del Tercer Reich. Mucha gente llevaba prismáticos, como su madre que los había comprado en Berlín. Aunque Hans sabía que no los había comprado para ver al Führer sino para ver a Harald.

Mientras Hans pensaba en esto, pasó algo. En ese momento, todas las campanas de todos los campanarios de Núremberg comenzaron a sonar a la vez. Se escuchó un clamor entre la multitud. Muchos se levantaron para gritar *Heil Hitler!* y *Sieg Heil!*

—¿Por qué tocan las campanas, papá? —le preguntó Hans a Kurt.

—Eso significa que el Führer ha salido ya de su cuartel general y se dirige hacia aquí, hijo —contestó Kurt.

Durante los días de su estancia en Núremberg, el Führer establecía su cuartel general en el hotel Deutscher Hof, su hotel favorito en la ciudad. El Deutscher Hof estaba rodeado por un gran foso, y por la noche, muchos simpatizantes del partido se reunían alrededor de este, esperando que Hitler se asomara a la ventana de su habitación para saludarlos. Cuando lo hacía, que era en contadas ocasiones, la gente lo aclamaba y lo vitoreaba.

Una banda de música de las SA, situada frente a las tribunas, comenzó a interpretar las notas de la *Banderweiler March*, la marcha militar que anunciaba siempre la llegada del Führer. Ese fue el momento en que todos los asistentes se levantaron, haciendo el saludo nazi. En la plaza, en las tribunas y en la calle, cundió el histerismo. Los gritos de *Heil Hitler!* arreciaron. El propio Hans, como su padre, se incorporó, saludando y gritando, haciendo lo que hacía toda la gente. Toda la gente, excepto su madre, que continuaba muy seria y que solamente se había puesto en pie.

Y entonces, lo vio. Cinco grandes coches negros descapotables, hicieron su entrada triunfal en la Markplatz. En el primero de ellos, de pie, muy erguido y saludando al público fanático que lo aclamaba, con el brazo muy extendido, iba él, Adolf Hitler, nacido en Braunau am Inn, Austria, Führer y señor supremo del Tercer Reich.

Hans Petersen se alzó todo lo que pudo para poder verlo bien. El Führer llevaba la vieja camisa parda del partido, el brazaletes y, prendida de un bolsillo de su camisa, la Cruz de Hierro de primera clase que ganara en las trincheras de la Gran Guerra. Pero sobre todo, Hans se fijó en sus ojos. Por primera vez en su corta vida, Hans Petersen pudo ver de cerca esos ojos centelleantes, astutos, casi diabólicos. Los ojos, que día tras día, lo miraban desde un cuadro encima de la pizarra de su clase en la escuela de Dahlem.

Sucedió durante una fracción de segundo. Sucedió como a cámara lenta. Mientras se giraba para saludar a los seguidores que lo aclamaban en las tribunas, los ojos del Führer quedaron clavados en los suyos. Los ojos de un lobo. Los ojos de Freki, el lobo de Wotan, el lobo que aparecía en el libro de mitos germánicos que les había hecho comprar Herr Fritz. Como sucede muchas veces en esas circunstancias, Hans habría jurado que durante esa eterna fracción de segundo, los ojos del Führer sólo lo miraron a él. Y que le hablaron. En un lenguaje oculto, un lenguaje que sólo conocían el Führer y él, un lenguaje que quedaría codificado en su cerebro. Un lenguaje

inoculado en lo más profundo de su mente, en un lugar determinado. Ese lugar, donde la razón y la locura mantienen una batalla épica, una batalla eterna. Y en ese momento, allí, en las cavernas más desconocidas del pensamiento humano, un reloj se activó. Allí en su interior, comenzó la cuenta atrás.

Hans Petersen había entrado esa tarde del mes de septiembre, bajo un cielo inmenso y azul, en la Markplatz de Núremberg como un niño. Y como un niño saldría de allí. Pero ese niño luego sería un joven, y posteriormente, un hombre, y durante todo el tiempo que existiera, sería una persona con una misión. Una misión que había quedado sellada con una mirada.

---

\* \* \*

---

El coche del Führer, un Mercedes descapotable negro, quedó instalado en el centro de la plaza. Al Führer lo acompañaban las más altas instancias del partido y del Estado. Como el hombre que descendía ahora del coche del Führer, un hombre alto y fuerte, con la cabeza completamente rapada y que Hans pensó que tenía cara de bestia.

—¿Quién es ese hombre que acompaña al Führer, papá?

—Se llama Julius Streicher. Es el jefe del distrito de Franconia, Hans. Como el doctor Goebbels en Berlín.

En los otros coches, se encontraba un selecto grupo de invitados, entre ellos británicos y norteamericanos, a los que al Führer le gustaba mostrar cómo se sentía él cuando era aclamado por su pueblo. Durante la semana que duraba el congreso, estos invitados se alojaban en el Grand Hotel de la Bahnhofsplatz.

Hans observó cómo todos los acompañantes e invitados del Führer descendían de los vehículos. Todos menos el propio Führer, que permanecía erguido sobre su vehículo.

Tres hombres, uno de ellos abanderado, entraron en la plaza dando comienzo al desfile. Hans sabía que ese hombre era Jakob Grimminger, el hombre encargado de portar la *Blutfahne*, la Bandera de la Sangre, la reliquia más sagrada del nacionalsocialismo.

—Mira hijo, esa es la *Blutfahne* —dijo Kurt.

La *Blutfahne*. Esas eran las cosas que le gustaban a Hans. Esas eran las cosas por las que quería ser soldado. Hans conocía la historia de la Bandera de Sangre, porque una mañana Herr Fritz se lo había explicado a los niños, de esa manera como Herr Fritz explicaba esas cosas, de esa manera en la que conseguía tener un auditorio de niños entregados y boquiabiertos.

Hans recordaba que era un día gris y lluvioso del otoño pasado. Esa mañana, Herr Fritz les explicó, mientras miraba por la ventana:

—Mirad niños, durante una mañana gris y lluviosa, como esta, en el Munich de

1923, los primeros mártires del nacionalsocialismo mezclaron su sangre con la lluvia que cubría el pavimento de la capital de Baviera, en un lugar conocido como la Odeonsplatz. Fue en el momento en que la policía de Baviera abrió fuego, cobardemente, contra nuestro Führer y sus camaradas que intentaban llegar al ayuntamiento de la ciudad. A consecuencia de los disparos, nuestro propio Führer resultó herido en un brazo. Uno de los camaradas del Führer, que también había resultado herido, recogió del suelo una solitaria bandera que había quedado abandonada y la arrastró, quedando esta empapada con la sangre de Andreas Bauriedl, que yacía muerto en el suelo.

En aquel momento, Herr Fritz se volvió hacia los niños, que lo miraban con sus ojos abiertos de par en par.

—Desde aquel día, la enseña ensangrentada sería considerada como el talismán sagrado del nacionalsocialismo, nuestro símbolo más venerado.

Hans clavó su mirada en la bandera. Unos días antes de viajar a Núremberg, su padre le explicó que durante ese congreso, el Führer ungaría con la bandera los nuevos estandartes, entre ellos los del regimiento *Germania* de las SS, regimiento en el que servía su hermano Harald.

---

\* \* \*

---

Las SA, los grupos de asalto, los conocidos camisas pardas, tenían el honor de abrir el desfile. Era el grupo de combatientes más antiguo del partido, aunque a la vez, el más controvertido. Tres años atrás, durante la noche de los cuchillos largos, Hitler trató de limpiar las SA, que bajo el mando de Ernst Röhm, se estaban convirtiendo en un problema para el partido. Ahora era Víktor Luzte su máximo responsable y habían realizado un nuevo juramento de lealtad hacia el Führer, aunque la desconfianza entre las SA y el partido eran aún visibles.

Era el propio Luzte el que marchaba al frente de los camisas pardas de las SA. Este inició un ritual que imitarían todos los líderes de los cuadros que marchaban al frente de sus hombres: al llegar a la altura del Führer, abandonaban el desfile para presentarse ante él. A continuación le dirigían unas palabras (que desde la posición donde se encontraba Hans no se escuchaban), antes de hacer el saludo reglamentario y ser correspondidos con otro saludo del Führer. Luzte, como más tarde harían Göring o Himmler, se situaba debajo de Hitler, y este, colocaba su mano sobre el hombro del jerarca militar en señal de aprecio y confianza.

A su vez, en las gradas, tenía lugar otro ritual. Como si de una ceremonia religiosa se tratara, cada vez que una formación hacía su entrada en la plaza, toda la tribuna se ponía en pie haciendo el saludo nazi. Algunos gritaban las conocidas consignas *Sieg Heil!* y *Heil Hitler!*, para luego volver a sentarse. Kurt, que esa tarde

estaba especialmente entusiasmado, daba un toquecito en el hombro de Hans cada vez que este tenía que levantarse, hacer el saludo y gritar las consignas. Mientras tanto su madre, permanecía sentada, seria y muy callada. Hans empezaba a pensar que a su madre no le interesaba nada del desfile, ni todas esas cosas que a él le entusiasmaban, ni el Führer, ni el partido... Nada. Desde que habían llegado a la Markplatz, Hans sólo había visto a su madre dirigirse a su padre, para decirle que el Führer parecía más alto en persona que en las fotografías de los periódicos.

Después de las SA, desfiló la Luftwaffe con Hermann Göring al frente. Y tras ellos, comenzó el desfile de todos los cuerpos de la Wehrmacht, los que en pocos años se convertirían en la todopoderosa maquinaria de guerra del Tercer Reich.

Pero la gran atracción del desfile estaba por llegar. Se comenzó a sentir en la gente, en los fanáticos, hasta en la madre de Hans, aunque en ella por otros motivos, en el momento en que los primeros uniformes negros empezaron a ser visibles desde las tribunas de la Markplatz. La *Schutzstaffel*, las SS. La más admirada y querida, la más respetada y temida organización del Tercer Reich. La élite racial, militar y política de la nueva Alemania. El *Reichsführer* SS Heinrich Himmler marchaba al frente de sus hombres. Llevaba el sable desenvainado, que rindió delante del Führer.

—Ya viene Harald, Hans —le dijo Helga a su hijo mientras lo besaba en la cabeza. A Hans no le gustaba que su madre lo besara. No se besa a los soldados.

Las SS disponían de tres bandas de música propias, que reemplazaron a la banda de la SA frente a las tribunas. Entraron en la plaza tocando sus grandes fanfarrias, decoradas por una banderola donde sobre fondo negro sobresalía la calavera blanca. La calavera. Hans recordó una anécdota que sucedió unos meses antes, al inicio del verano. Harald había tenido uno de sus primeros permisos de fin de semana y había viajado desde Hamburgo a Berlín para pasar unos días con su familia. Estaban en el *Biergarten* de un restaurante cerca del pabellón de caza, en el Grunewald. Hans jugueteaba con la gorra de plato de su hermano y observaba aquella calavera plateada. Le fascinaba, aunque resultaba un poco siniestra. Entonces Hans le preguntó:

—¿Qué significa esta calavera, Harald? ¿Es por la gente que vas a matar con tu fusil?

Harald rio. Le revolvió el pelo con su mano, cosa que solía hacer. A Hans no le gustaba que nadie le revolviera el pelo, pero todo el mundo parecía estar empeñado en hacerlo. No se revuelve el pelo de un soldado.

—No, Hans, no es por eso. Este símbolo se llama *Totenkopf*, cabeza de la muerte, y representa la fidelidad que en las SS tenemos por nuestro Führer. Una fidelidad que perdurara más allá de la muerte.

Hans estuvo varios días pensando en esa palabra. Fidelidad. Eso le gustaba. Por cosas como esas quería ser soldado.



Los primeros en desfilar eran las conocidas *Allgemeine SS*, las SS generales. Ese mismo año de 1936, Himmler había conseguido unificar a todas las fuerzas policiales alemanas bajo el negro manto de la orden negra. Su poder crecía día a día. Himmler era el hombre mejor informado de Alemania, los ojos que todo lo veían, los oídos que todo lo escuchaban. El ascenso más sorprendente, la figura más emergente, la mano derecha del Führer.

Tras ellos, llegaron las SS armadas. Las futuras y temibles *Waffen SS*. Años más tarde, poco antes del desembarco de Normandía, alguien se referiría a ellas como «el espinazo del diablo». Y al frente de ellas, la élite de la élite. El *Leibstandarte Adolf Hitler*, la guardia personal del Führer. Los mejores entre los mejores. Las gorras de plato dieron paso a los cascos negros, a los uniformes negros, a las botas negras, a los capotes negros. Negros como la noche. Negros como la muerte.

Fue entonces cuando lo vieron. Los tres se levantaron exaltados. Helga, por primera vez, usó los prismáticos. Tras el *Leibstandarte*, marchaban los regimientos *Germania* y *Deutschland*. Al frente del *Germania* estaba el *Sturmbannführer* Hilmar Wäckerle, el «jefe» de Harald. Harald desfilaba detrás de él, en la segunda fila. Llevaba el casco negro con las dos runas *Sieg*, el uniforme de gala y el sable recostado sobre el hombro. Marchaba al paso de la oca. Hans aplaudía y vitoreaba como un loco. Se sentía orgulloso de su hermano. Tenía ganas de decirle a todo el mundo: «Ese es mi hermano, el mejor soldado de Alemania». Harald era el hombre hoy, que Hans quería ser mañana. Lleno de excitación, se giró hacia sus padres. Kurt seguía gritando emocionado. Helga, su madre, se había sentado. Estaba llorando.

El desfile había terminado. El coche del Führer se puso en marcha. Las masas lo aclamaban. Y volvió a suceder. Por un segundo, Hans tuvo la sensación de que el Führer sólo lo miraba a él, que se había desentendido de todo y de todos y que miraba fijamente a ese niño rubio, que lo saludaba con el brazo levantado, mientras con su otra mano, agitaba una pequeña banderita del partido. Aquella tarde de septiembre, sin él saberlo, Hans Petersen había entrado en una fase nueva de su vida. Sin él saberlo, había comenzado a hablar otro lenguaje. El lenguaje que todo buen nacionalsocialista tenía que hablar, los códigos que tenía que comprender. Durante años, Hans pondría todo su empeño en comprender ese nuevo lenguaje, en descifrar esos códigos. Incluso durante la noche, en sueños que luego no recordaría, gran parte de esos códigos le serían descifrados.

Había comenzado el proceso. Había entrado en él la fiebre, la fiebre que no lo abandonaría durante los próximos años. Es muy difícil saber, qué sucede en el cerebro de un ser humano, para que comience a habitar en él el ente fanático. Es posible que baste una pequeña explosión, como una mirada, para que todo el proceso comience. A lo mejor, la exposición de la mente a la propaganda y el efecto de la sugestión pueden ser suficientes. Pero aunque esto se produzca en una mente joven,

no formada y altamente sugestionable, puede suceder también que active en nosotros códigos ocultos, códigos que permanecen dormidos desde nuestro nacimiento, algo que siempre ha estado ahí y que pertenece a lo más profundo y secreto de nosotros mismos. Quizás aquella tarde en Núremberg, todos aquellos códigos dormidos comenzaran a despertar dentro del cerebro de Hans. Sólo haría falta unir la fantasía de un niño, a toda la propaganda y las consignas que estaba recibiendo, para que esa bomba de relojería que es el cerebro humano se pusiera en funcionamiento.

El Mercedes negro del Führer ascendió por la cuesta que conducía al ayuntamiento y a la iglesia de San Sebald, hasta que desapareció de la vista de Hans. El niño cogió la mano de sus padres y comenzó a descender de la tribuna. Estaba contento. Su padre tenía razón, Herr Fritz tenía razón, todos ellos tenían razón. Pese a su corta edad, Hans empezó a descubrir los grandes planes que el Führer tenía pensados para el pueblo alemán, los grandes planes que tenía pensados para él.

---

\* \* \*

---

A la mañana siguiente del desfile, se celebró el encuentro del Führer con la juventud. El acto tenía lugar en el Städtischesstadion, no muy lejos de la residencia de la DAF. Kurt y Hans entraron en el gigantesco estadio, donde 50.000 jóvenes de las Juventudes Hitlerianas y 5.000 chicas de la rama femenina, la BDM, se iban a dar cita. Kurt y Hans fueron instalados en un lateral del estadio desde donde gozaban de una buena vista. Helga no los había acompañado en esta ocasión, había preferido quedarse en la residencia leyendo una de esas estúpidas revistas de la sección femenina de la DAF, llamada *Frau und Werk*, mujer y trabajo. Esto reforzaba la idea de Hans de que a su madre sólo le interesaban los actos en los que participaba Harald.

Hans sabía que era importante asistir a ese encuentro, porque si quería ser soldado, su formación debería empezar en las Juventudes Hitlerianas. A Hans le faltaban sólo tres años para entrar en el *Jungvolk*, la rama infantil de las Juventudes. Había calculado que eso sucedería a principios de 1940. Hans sabía que tendría que permanecer en el *Jungvolk* desde los diez hasta los catorce años, y sólo entonces, podría ingresar en el *Kern*, el núcleo real de las Juventudes Hitlerianas. Allí permanecería hasta los dieciocho años, momento en que estaría preparado para ser soldado como Harald, su hermano. Y como él, soldado de las SS.

El Führer hizo su aparición en el estadio, en el mismo coche con el que presidiera el desfile. En esta ocasión, Hans lo vio desde una mayor distancia y no pudo fijarse bien en él.

La locura en el estadio fue total, porque los jóvenes eran, si cabe, más fanáticos y estaban más entregados que los adultos. Hitler iba acompañado en el coche por Baldur Von Schirach, al que todo el mundo conocía como el «Führer de la juventud».

Schirach había organizado desde la universidad la Liga de Estudiantes Alemanes Nacionalsocialistas, uno de los embriones originarios de lo que luego serían las Juventudes Hitlerianas. Una vez constituidas estas, se convirtió en su jefe nacional en 1931, sustituyendo a Kurt Gruber, que las había dirigido desde 1925.

El Führer y Von Schirach ascendieron hasta una tribuna desde la que presidirían el acto. Tras ellos, se descolgaba una gran bandera negra con una solitaria runa *Sieg* blanca, el símbolo de las Juventudes Hitlerianas.

A través de todas las puertas del estadio, comenzaron a entrar las formaciones de las Juventudes. Entraron los tambores, entraron las banderas. Llevaban el uniforme denominado «de campamento», el conocido uniforme con los pantalones cortos. Todos ellos coreaban una de las más célebres canciones de las Juventudes: *La bandera es más que la muerte*.

Mientras tanto, Hans observó, que rodeando todo el estadio habían desplegado una bandera donde, en grandes letras góticas, estaba escrita la famosa consigna que el Führer había dado a la juventud alemana: «Espero de vosotros que seáis, rápidos como el galgo, flexibles como el cuero y duros como el acero».

Las formaciones de las Juventudes Hitlerianas quedaron situadas alrededor de todo el estadio. Hans observó que las banderas y los estandartes eran diferentes a los tradicionales del partido. Para empezar, la bandera era roja, blanca y roja, y la esvástica estaba rodeada por una figura de forma romboidal.

En ese momento, hicieron su aparición las chicas de la BDM que ocuparon todo el césped del estadio, mientras tronaban los tambores. Iban divididas en tres formaciones. La primera formación iba equipada con un vestido blanco deportivo, corto y ajustado, con el escudo romboidal de las Juventudes Hitleriana en el pecho. Esta formación se encargó de hacer unos ejercicios de conjunción de movimientos con mazas, pelotas y aros. La segunda formación llevaba un vestuario de inspiración clásica, con grandes túnicas de vivos colores que flotaban al viento. Las chicas realizaron unas extrañas danzas rituales, que Hans no comprendió. En la tercera formación, llevaban trajes tradicionales bávaros y hacían bailes de inspiración «pastoril». Todo el espectáculo había sido minuciosamente preparado y ensayado durante semanas. Todo había sido pensado para que el Führer fuera testigo del buen estado de forma de su juventud, y de su compromiso con el partido y con la patria.

Baldur Von Schirach ofreció su tradicional mensaje a las Juventudes, que fue numerosas veces interrumpido por una salva de *Sieg Heil!* y el retumbar de los tambores. Y después del «Führer de la juventud», habló el Führer. Adolf Hitler les dio aquel día y allí, bajo el azul y brillante cielo de Núremberg, un mensaje que ninguno de ellos olvidaría el resto de su vida:

*«Vosotros debéis fortaleceros durante la juventud... Tenéis que aprender a sacrificaros sin derrumbaros, porque hagamos lo que hagamos y digamos lo que digamos, somos efímeros. Pero en*

*vosotros, Alemania va a seguir existiendo. Y cuando un día no quede nada ya de nosotros, deberéis entonces coger en vuestras manos la bandera que antaño nosotros izamos desde la nada».*

Hans Petersen sintió un estremecimiento cuando escuchó esta frase de la boca del Führer. Los tambores retumbaron, los histéricos gritos de *Sieg Heil!* inundaron el estadio, entre ellos, los del pequeño Hans. Kurt miraba a su hijo con un gesto de satisfacción en su rostro. Y el Führer prosiguió:

*«Sé que esto no puede ser de otra manera. Porque vosotros sois carne de nuestra carne, sangre de nuestra sangre, y en vuestra joven mente arde el mismo espíritu que domina en nosotros. No podéis existir de ningún otro modo que ligados a nosotros. Y cuando las grandes formaciones de nuestro movimiento marchen cantando por toda Alemania, estoy seguro de que os sumaréis a estas columnas y que en este momento, ante todos nosotros se extenderá Alemania, dentro de nosotros marchará Alemania y detrás de nosotros, vendrá Alemania».*

En ese momento el suelo tembló. Como si un pequeño terremoto sacudiera la ciudad de Núremberg. Pero el temblor no fue causado por movimiento sísmico alguno, fue porque todos, los miles de tambores del estadio, comenzaron a tronar a la vez. El efecto se conocía como «el trueno de la juventud». Hans no pudo soportarlo y se tapó los oídos. Y así permaneció, mientras el negro coche del Führer daba la vuelta al estadio. Kurt, alzó a su hijo en el aire para que pudiera ver todo mejor. Mientras, el niño continuaba tapándose los oídos con sus manos. Y de repente, el trueno cesó. Y miles de brazos se alzaron hacia el cielo. Y mientras cantaban, miles de gargantas proclamaron al mundo que el mañana les pertenecía.

---

\* \* \*

---

Los problemas de Hans Petersen con las pesadillas comenzaron en Núremberg, durante aquel mes de septiembre de 1936, y no lo abandonarían hasta que cumplió los nueve años de edad, cuando quizás, comenzó a tener formación suficiente para comprender la naturaleza de su existencia o quizás, cuando una pesadilla peor, la guerra, entró en su vida. Es un hecho, que fueron muchos los niños y los jóvenes, que bajo el Tercer Reich sufrieron pesadillas y miedos nocturnos, lo que incluso repercutió en que tuvieran malos resultados escolares. Esto último no sucedería, sin embargo, con Hans Petersen.

Los sueños de Hans eran recurrentes. Hans Petersen siempre soñaba con lobos, o al menos estos siempre aparecían en sus sueños. Lobos y seres legendarios que emergían de oscuros abismos. Y cielos rojos, cielos inyectados en fuego y en sangre. Aquella noche, después de asistir con su padre al encuentro del Führer con la juventud, Hans Petersen tuvo su primer sueño, su primera pesadilla. Su primer encuentro con el lobo.

*Había un bosque, un bosque gigantesco, un bosque que lo cubría todo. Un bosque que se perdía en el horizonte.*

*Una niebla espesa y viscosa impregnaba el bosque. No tenía nada que ver con la fría niebla invernal a la que él estaba acostumbrado en Berlín. Esta era una niebla diferente, porque dentro de aquel bosque todo parecía diferente. Sobre él, había un cielo oscuro, azulado. Un cielo cubierto de estrellas.*

*Hans tenía mucho frío y jadeaba. Porque había corrido, había corrido mucho. Estaba desnudo. Fue entonces, cuando Hans fue consciente de que era él, sólo que no era como ahora. Había crecido. Era un adolescente, casi un hombre. Tenía un cuerpo musculoso, construido a costa de un gran sacrificio físico, un cuerpo de soldado, un cuerpo como el que tenían los héroes en el libro de mitos germánicos de Herr Fritz. Hans avanzaba entre los árboles. Y así, llegó a un claro del bosque.*

*Al final del claro, había una pequeña pero escarpada montaña. Hans desvió la mirada de la montaña y entonces los vio. En mitad del claro, estaban sus padres. Ellos también estaban desnudos, pero no tenían el cuerpo como él. Tenían su cuerpo real, porque aunque sus padres lo ignoraran, él sabía cómo era su cuerpo real. No era el cuerpo de los héroes y de los dioses del libro de mitos germánicos de Herr Fritz.*

*Sus padres lo llamaban, sabía que gritaban su nombre, pero Hans no los escuchaba. Porque ningún sonido salía de sus gargantas. Y porque había concentrado su mirada en otro lugar del bosque. En la pequeña pero escarpada montaña. Porque en lo más alto de ella, sobre una roca solitaria, había aparecido un lobo. Un lobo grande, muy grande. Un lobo poderoso, muy poderoso. Y sobre el lobo, el cielo había dejado de ser oscuro, azulado. Y en ese cielo, habían dejado de ser visibles las estrellas. Sobre él, el cielo se había tornado rojo. Rojo como la sangre. Rojo como una gran bola de fuego.*

Hans despertó. Estaba bañado en sudor, como cuando el invierno pasado cogió la gripe y tuvo que pasar una semana en cama por culpa de la fiebre. Abrió los ojos, escuchó correr el agua, miró hacia el baño y vio a sus padres desnudos, como los había visto en el sueño. Sus padres creían que Hans dormía, pero Hans los estaba observando. Los observaba todos los días. Aunque su madre se aseguraba todas las mañanas de que el niño estuviera dormido antes de meterse en la ducha, Hans conseguía engañarla. Fue así como descubrió cómo era el cuerpo de sus padres, un cuerpo que no tenía parecido alguno con el de los héroes, los dioses y las diosas de su

libro de mitos germánicos.

Hans recordó lo que sucedió un día en su escuela de Dahlem y comenzó a comprender. Los padres de su amigo Rudi, Artur y Magda Rausch, se presentaron en la escuela y exigieron ver a Herr Fritz. La conversación tuvo lugar en el pasillo y Hans pudo escucharla porque se había quedado en el aula terminando un dibujo.

Los padres de Rudi se quejaron a Herr Fritz sobre el libro de mitos germánicos que este les había hecho comprar a los chicos para ese verano. El padre de Rudi utilizó unas palabras que Hans no había oído nunca, como «inmoral» o «pornográfico». Eran palabras que no aparecían en su libro alemán de lectura. Herr Fritz rio y les dijo:

—¿Conocen ustedes el David de Miguel Ángel, El nacimiento de Venus de Botticelli o las esculturas de Kolbe?

—Sí, naturalmente —contestaron los padres de Rudi.

—¿Y creen que son inmorales o pornográficas? Miren, recientemente el Führer se refirió a este asunto en unas declaraciones. El Führer dijo: «La idea de la desnudez únicamente atormenta a los curas, ya que la educación que han recibido hace de ellos unos pervertidos». Claro, que me olvidaba... ¿Ustedes son católicos, no?

Esa frase perturbó a Hans. Pensó, que cuando estuviera con Rudi, tendría que preguntarle sobre eso, sobre si era verdad que sus padres eran «católicos». Hans pensaba, que al igual que él o Rudi o Heinz o sus padres, Kurt y Helga, o su hermano Harald, los padres de Rudi eran como ellos, alemanes.

Pero lo que realmente Hans estaba empezando a comprender, era lo que había molestado a los padres de Rudi. Y sabía que no era el libro de mitos germánicos. Era que ni Rudi ni él tendrían cuando fueran mayores el cuerpo de sus padres. Que ellos tendrían cuerpos perfectos, cuerpos de soldado, no cuerpos de «escribientes». Porque como decía Herr Fritz, el Führer estaba construyendo un mundo para ellos. Porque ellos eran los futuros portadores de la antorcha. Porque ellos no eran los hijos de sus padres, ellos eran los hijos del Führer.

Mientras pensaba en todo esto y miraba a sus padres, Hans se volvió a dormir. Y volvió al claro del bosque. Allí seguían sus padres, desnudos, llamándolo. Y allí, en lo alto de la montaña seguía el lobo. Solo, con su silueta recortándose sobre el cielo rojo.

---

\* \* \*

---

*Hans, que era él pero con otro cuerpo, con cuerpo de soldado, no dudó. El lobo lanzó un aullido sobrecogedor y Hans comenzó a trepar por la montaña para acudir a su encuentro. Hans se lastimaba los pies y las manos, cuando estas se clavaban en las piedras de la montaña, pero a él, le daba igual. No sentía el dolor, no tenía*

tiempo para eso. El lobo lo había llamado y él tenía que acudir a su llamada.

Sólo cuando llegó junto a él, se dio cuenta de su enorme tamaño. No era un lobo común del bosque, era un lobo poderoso, un lobo que Hans ya conocía. Era Freki, el lobo de Wotan.

El animal babeaba, olía mal, a animal salvaje, a una mezcla de sudor y orina rancia. El lobo gruñía. Hans se acercó a él, lo tocó, lo acarició. El lobo seguía gruñendo. El aliento fétido de la bestia golpeaba su rostro.

Hans miró sus ojos. Los reconoció enseguida. Los profundos ojos azules, casi translúcidos, fanáticos, diabólicos, centelleantes. Eran los ojos que lo miraban desde encima de la pizarra de su clase en la escuela de Dahlem, los ojos que se posaron sobre los suyos el día del desfile. Eran los ojos del Führer.

Y entonces, el lobo le habló. Le habló a través de sus ojos. El lenguaje de los ojos. El mismo lenguaje que había practicado tantos años con su madre. Ese mismo lenguaje le serviría para entenderse con el lobo.

«Eh, soldado. Tú y yo tenemos una misión. Y esa misión la sellamos con una mirada —le dijo el lobo».

«Ya lo sé, mi Führer. Y ese sello no lo romperá ni la muerte —le contestó Hans».

Y los dos, el chico y el lobo, echaron a andar juntos. Y dejaron atrás la montaña y el claro del bosque, y a los padres de Hans que seguían llamándolo, gritando su nombre, aunque ningún sonido saliera de sus gargantas.

Ambos, el chico y el lobo, siguieron caminando, bajo un inmenso cielo rojo. Rojo como la sangre. Rojo como una gran bola de fuego.

---

\* \* \*

---

La noche del fuego. Desde el primer día que llegaron a Núremberg y su padre le comunicó que pretendía llevarlo a ver la noche del fuego, Hans había soñado con que llegara ese momento. Era el Día de la Directiva Política, y se solía celebrar en el ecuador del congreso. Para los funcionarios del partido como Kurt, era su particular encuentro con el Führer. El hecho de celebrarse por la noche y querer que el chico asistiera, le acabó costando a Kurt una fuerte discusión con Helga. Pero estaba decidido. Kurt quería que el pequeño Hans experimentase sensaciones más poderosas, que viera que el movimiento nacionalsocialista era algo más que el ejército y las agrupaciones paramilitares que lo sustentaban, que no sólo siendo soldado, podría serle útil al Führer y a Alemania. Mientras pensaba en esto, Kurt sonrió. Le hacía gracia la idea del chico de ser soldado. Sabía que no era nada más que un intento de emular a su hermano, al que el chico admiraba desde su más tierna infancia.

Kurt y Hans llegaron al Zeppelinfeld a media tarde. Les costó mucho acceder al

gigantesco recinto, porque aquella noche, entre el terreno y las gradas, se iban a dar cita allí más de doscientas mil personas. Los acomodaron en una grada lateral, cerca de la Zeppelintribüne, con los miembros de más edad del partido, porque la idea de situarse debajo de la tribuna con el chico a hombros no le gustó. Kurt había notado aquella tarde algo extraño en el ambiente. Era como si fuera a pasar algo grande, había mucho ajeteo, mucho nerviosismo entre los trabajadores del partido que ultimaban los preparativos del acto. Mientras tanto, Hans miraba boquiabierto la gigantesca tribuna que había frente a él. Era un gran edificio clásico, construido en piedra caliza, adornado por cientos de columnas y a cada extremo de la tribuna, dos grandes pebeteros donde ardía el fuego eterno. En el centro habían colocado una especie de púlpito, al que se conocía como «púlpito del Führer». Coronaba la tribuna una gran esvástica rodeada por una corona de hojas de roble.

La ceremonia comenzó en ese momento, en que la tarde daba paso a la noche. Un gran foco iluminó el púlpito donde el Führer ya esperaba. Hans lo vio allí, recto, marcial, contemplando a los miles de fieles que lo vitoreaban y lo jaleaban. Llevaba la vieja camisa parda, con la Cruz de Hierro sobre el pecho, el símbolo eterno del ejército alemán. Tenía la mirada perdida en algún punto, en la lejanía, como si estuviera viendo algo, algo que todos los demás no podían ver, algo que escapaba a los cánones de racionalidad con los que está concebido el cerebro humano. Adolf Hitler caía muchas veces en estos estados de trance, incluso durante los actos públicos.

A los sonos de la obertura *Egmont* de Beethoven, comenzó el desfile. Miles y miles de abanderados hicieron su entrada por todos los accesos del Zeppelinfeld. La mayor concentración de banderas que Hans vería en toda su vida. Treinta y dos mil banderas avanzaron entre la gente allí concentrada, para ir a reunirse delante de la tribuna del Führer. Era el denominado «mar de banderas».

Cuando todos los abanderados quedaron colocados en su sitio, se hizo la oscuridad. La oscuridad absoluta. Instintivamente, Hans cogió la mano de su padre.

Alemania, Europa, vivían en aquellos días de la década de los treinta una era de cambios, una era de prodigios. Y uno de esos prodigios, iba a tener lugar ante los ojos de Hans.

Como si surgieran de lo más profundo de las entrañas de la tierra, cientos de reflectores de luz se elevaron hacia el cielo.

Todo el recinto quedó rodeado por los haces de luz.

En el Zeppelinfeld se escuchó una exclamación de asombro general.

Todos los reflectores convergieron en un punto. Y cerraron el recinto. Los haces de luz separaron a los presentes del cielo de Núremberg.

El efecto había sido creado por Albert Speer. Se le conocía como «la catedral de luz».



Hans lo contemplaba con la boca enormemente abierta. Ni siquiera podía cerrarla para preguntarle a su padre qué era aquello.

Alguien diría, años más tarde, haberse sentido en ese momento como en el interior de una catedral de hielo.

Las banderas se inclinaron, los brazos se alzaron al cielo, y uno de los reflectores iluminó al único hombre que era visible bajo el prodigio: el Führer.

Aquella noche, bajo la catedral de luz, el círculo comenzó a cerrarse dentro del cerebro de Hans Petersen. Todo aquello que su padre y Herr Fritz le habían explicado sobre el Führer, se convirtió para él en la única verdad. Hans pensó, que como Herr Fritz decía, sólo si aquel hombre triunfaba, triunfaría Alemania. «El Führer no es sólo un gran alemán, el Führer es Alemania. Mucho lo antecedió, pero nada le precederá. Y él tiene para todos vosotros una misión, niños. Porque sólo vosotros sois el futuro de Alemania». Herr Fritz les repetía esto todos los días. Muy lentamente, Hans Petersen pasó sus ojos por los haces de luz que cubrían el cielo de Núremberg. Después, con la misma lentitud, posó la mirada en su padre. Porque por un segundo, Hans recordó algo del sueño de la noche anterior: la pequeña pero escarpada montaña y el gran lobo sobre ella. Hans pensó en ese momento, que sus padres no eran realmente sus padres, que tan sólo eran los encargados de cuidarlo y educarlo. Pero que él no les pertenecía. Él pertenecía al Führer, todos los niños pertenecían al Führer. Todos ellos eran los niños del Führer. Y esa noche pensó, que toda su vida lucharía para ser un soldado, pero no para ser un soldado más, sino para ser un soldado del Führer.

Bajo la catedral de luz, Adolf Hitler comenzó a hablar. Dio inicio a su discurso. Un discurso que Hans Petersen no comprendería. Pero daba igual, no hacía falta, no era necesario que Hans Petersen comprendiera ese discurso:

*«Hace unos años, nos encontramos por primera vez en este campo, en la revisión general de líderes del Partido Nacionalsocialista. Doscientos mil hombres están ahora reunidos, convocados exclusivamente por mandato de su corazón, por mandato de su lealtad. La gran miseria sufrida por nuestro pueblo, fue la que nos unió y nos llevó a esforzarnos y engrandecernos. Es por ello que los que no padecieron la misma miseria en su pueblo, no puedan entenderlo. Les parece enigmático y misterioso, el motivo que hace que se reúnan estos cientos de miles de personas que aguantaron calamidades, sufrimiento y privaciones. No encuentran otra explicación a que eso ocurra, que por orden del Estado. Se equivocan. No es el Estado el que nos manda, sino nosotros los que mandamos en el Estado. No es que el Estado nos haya creado, sino que nosotros estamos creando nuestro propio Estado. El movimiento está vivo, y sus cimientos son firmes como una roca. Y mientras uno solo de nosotros, aún pueda respirar, prestará sus fuerzas al movimiento y lo apoyará tanto como en estos últimos años. Entonces, el tambor se unirá a su sonido, la bandera se unirá a la bandera, la tropa a la tropa, el distrito al distrito, y finalmente, esta enorme formación, que antes era un pueblo dividido, se convertirá en una nación unida. Sería un sacrilegio dejar que se perdiese aquello que costó tanto trabajo, tantas preocupaciones, tanto sacrificio, tantas privaciones y tanta lucha conseguir. Uno no puede ser desleal a lo que ha dado sentido y propósito a toda una vida. Algo así, no surgiría de la nada, de no haber detrás una orden imperiosa. Y esta orden no nos la ha dado ningún superior terrenal. Nos la ha dado el dios que creó a nuestro pueblo».*

La masa se puso en pie. Los gritos de *Sieg Heil!* retumbaron en la noche. Hans que no entendía nada del discurso, pero que sabía que el Führer tenía razón, porque todo el mundo lo aclamaba y porque el Führer no podía equivocarse, le preguntó a su padre:

—¿Papá, cuál es el dios que nos creó?

Kurt Petersen no contestó. Se limitó a dejar de aplaudir, lo hacía entusiasmado, y a revolver el pelo de su hijo. Hans odiaba que hiciera eso, pero todo el mundo parecía hacerlo. En la tribuna, Hitler continuó:

*«Nuestro voto esta noche será, por lo tanto, pensar cada hora, cada día, solamente en Alemania, y en el pueblo y en el Reich. Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!».*

Los haces de luz se desvanecieron. Dos grandes lenguas de fuego surgieron a los dos lados de la gigantesca tribuna Zeppelin.

Las banderas iniciaron un lento desfile delante de la tribuna del Führer, mientras este las saludaba haciendo el saludo del partido. Después, comenzaron a abandonar el recinto.

Los miles de asistentes cogían las antorchas que les proporcionaban jóvenes miembros del partido, y las prendían en las grandes lenguas de fuego. A Hans le hubiese gustado poder llevar una de aquellas antorchas, pero Kurt no le dejó. Le dijo que era muy tarde, que su madre estaría preocupada y que tenían que regresar a la residencia. Hans observó que las antorchas iniciaban una lenta procesión, un desfile detrás de las banderas. Le preguntó a su padre:

—Papá, por favor... ¿podemos ir detrás de las banderas y las antorchas en el desfile?

—Hans, ya te he dicho que tu madre estará...

—Por favor, por favor, papá...

El niño parecía tan entusiasmado, que Kurt cedió.

Sólo cuando descendieron de las gradas y bajaron al terreno del Zeppelfeld, Hans pudo darse cuenta del gigantesco tamaño de la tribuna, iluminada en ese momento por una tenue luz blanquecina, de la altitud de sus columnas, de las dimensiones de los pebeteros. Intentando buscar el final de la cola de los fieles del partido que abandonaba el recinto, llegaron bajo el púlpito desde el que había hablado el Führer. Ahora estaba vacío. No había rastro del Führer por ningún sitio, era como si la tierra lo hubiese engullido. Igual que lo había hecho con los haces de luz que habían brotado de ella.

Los dos se unieron a los miles de asistentes que procesionaban detrás de las banderas y las antorchas. Y todos se encaminaron hacia Núremberg.

Aquella noche, Núremberg estaba completamente a oscuras, hasta que comenzaron a llegar las antorchas. Las antorchas y las banderas. Las antorchas iluminaban las bellas fachadas medievales, los edificios góticos, las pequeñas y estrechas callejas de la ciudad vieja. La canción de Horst Wessel retumbaba por las plazas y las calles, en los puentes sobre el río Pegnitz. Para Hans Petersen, aquella noche, Núremberg era una ilusión, una fantasía, la expresión máxima de lo misterioso. Y para incrementar esa sensación, un fuerte viento comenzó a soplar sobre la vieja capital de Franconia y al viento, lo acompañó la lluvia. Sin embargo, el viento y la lluvia no impidieron que la procesión continuase, no impidieron que las banderas ondearan, y no provocaron que las antorchas se apagarán, porque ese fuego era el símbolo de lo eterno.

Era septiembre de 1936. Alemania les pertenecía. Europa no tardaría en hacerlo. Y quizás el mundo. Porque si penetráramos en la mente de Hans o de Kurt o de cualquiera que contemplara aquella noche la procesión que recorría las calles de la hermosa ciudad de Núremberg, el tronar de los tambores, el eco de las voces cantando al unísono el himno de partido, una y otra vez, el resplandor de las antorchas, el sonido de las banderas ondeando al viento, arrojados por la oscuridad, mientras el viento los barría y la lluvia los empapaba, comprenderíamos que ese era el sonido del poder, el sonido del mañana. Y que nada ni nadie, en ese instante, les podía arrebatarse su momento. Aquel era su tiempo, el tiempo de los lobos. Lobos que te observaban con sus pequeños ojos, ojos en los que se reflejaba la sangre de sus víctimas. La sangre que no tardaría en correr en Europa.

Hans sólo lamentaba que su madre no participase de todo eso. Helga había salido muy poco de la residencia desde que llegaron a Núremberg. Tan sólo el día del desfile y dos mañanas que su padre la llevó de compras. El resto del tiempo lo pasaba en la residencia de la DAF. Siempre ponía excusas. Decía que le dolía la cabeza, pues tenía fuertes jaquecas desde que nació Hans, o que se quedaba a leer, o que prefería escuchar música en la pequeña terraza de invierno de la residencia. Hans había empezado a sospechar que su madre no compartía muchas de las ideas del Führer, o que simplemente no le gustaban. Lo empezó a sospechar después de aquel comentario sobre los judíos que le hizo a su padre. Hans no sabía quiénes eran los judíos, pero le bastaba saber que al Führer no le gustaban, porque el Führer siempre tenía razón y, como le decían su padre y Herr Fritz, siempre tenía sus motivos. Hans Petersen tampoco sabía quién era el dios que había creado a los alemanes, porque su padre no se lo había explicado, pero empezó a intuir que no era ese Dios al que la gente rezaba en las viejas iglesias, porque Herr Fritz les explicó una vez, que el Führer nunca asistía a la iglesia. Lo más probable era, que fueran algunos de esos dioses que aparecían en su libro de mitos germánicos. Hans pensaba que tendría que preguntarle esas dudas que tenía sobre los judíos o sobre el dios que creó a su pueblo a Herr Fritz o a su hermano Harald. Sí, posiblemente se lo preguntaría a Harald. Su

hermano era un soldado de las SS y, por lo tanto, mucho más listo e instruido que sus padres. Harald debía de ser tan listo casi como Herr Fritz. Hans decidió que la primera ocasión que tuviera, la aprovecharía para preguntarle sus dudas a Harald.

En aquel momento, Hans Petersen desconocía que eso no iba ser necesario.

---

\* \* \*

---

A la mañana siguiente, Kurt y Hans recorrieron los lugares donde se concentraban muchos de los participantes en el congreso. Iniciaron su visita por Langwasser, el cuartel general de las Juventudes Hitlerianas durante el congreso. En aquel lugar, las Juventudes habían instalado un campamento con cuatrocientas tiendas de campaña, que acogían a casi diez mil miembros de la organización juvenil nazi. Durante un largo rato, Kurt y Hans contemplaron en silencio a los chicos de las Juventudes Hitlerianas mientras estos marchaban haciendo tocar sus tambores. A Hans le gustó que la disciplina que imperaba en aquel recinto fuese totalmente militar. Sabía que muy pronto él debería pertenecer a ese mundo, que como decía su padre, era el paso obligado para ser soldado. Él esperaba ansioso que llegara ese momento. Contaba los días que faltaban para poder ingresar en el *Jungvolk*.

Visitaron los grandes proyectos en construcción que se encontraban dentro del recinto del congreso del partido. Cerca de Langwasser, la organización dependiente de la DAF, *Kraft Durch Freude*, la fuerza a través de la alegría, estaba construyendo una nueva ciudad para acoger a los trabajadores en los congresos futuros. También muy cerca de la residencia de la DAF, donde se alojaba la familia Petersen, se encontraba en construcción el Kongresshalle, que estaba siendo diseñado por el arquitecto del Führer, Albert Speer.

Kurt y su hijo hicieron una breve parada en la gigantesca cervecería Frankenhalle, que tenía una capacidad para más de siete mil personas. Era allí, donde los camisas pardas de las SA recibían su constante avituallamiento de cerveza. Kurt pidió una gran cerveza, él siempre llamaba a la cerveza «el néctar de los dioses», y un refresco para el chico. La Frankenhalle era una típica casa bávara de madera. La casa estaba rodeada por un *Biergarten*, cientos de mesas y largos asientos donde Kurt y Hans se instalaron. Aunque era muy temprano, el *Biergarten* estaba ya prácticamente lleno. Hans estaba un poco asustado porque muchos de los camisas pardas estaban completamente borrachos, se subían en las mesas y entonaban canciones tradicionales e himnos del partido. Alrededor del *Biergarten*, había una gran cantidad de policías, que en ocasiones, obligaban a los camisas pardas a bajarse de las mesas, a lo que ellos respondían riendo y lanzando gritos de *Heil Hitler!*

De vuelta hacia la residencia, pararon en el Dutzendteich, el gran lago donde Hans dio de comer a los cisnes y a los patos. Ese día tenían que regresar pronto a la

residencia. Su madre les esperaba para comer, porque esa tarde se celebraban «La llamada a los caídos» y la consagración de las banderas y los estandartes en la Luitpoldhain, en la que participaría Harald. Por lo tanto, en esta ocasión, Helga sí que los acompañaría.

---

\* \* \*

---

La llamada a los caídos. La gran cita del nacionalsocialismo con la muerte. La muerte por la causa, el objetivo final de todo buen nacionalsocialista. La muerte heroica, la muerte en el campo de batalla, la muerte y el sacrificio supremo por la patria y el partido, eso era lo único que justificaba la vida, que le daba sentido. Hans Petersen lo sabía. Sabía que, como soldado, algún día tendría que morir de forma heroica luchando por su patria. Y como había aprendido aquellos días en Núremberg, luchando por el Führer. Porque el Führer y la patria eran lo mismo.

Sentado allí junto a sus padres, en la gigantesca tribuna de la Luitpoldheim, Hans Petersen pensó que nunca había visto, y que quizás nunca vería, una concentración de soldados como aquella. Todos los cuerpos de la Wehrmacht, las SS y las SA estaban formados allí, haciendo un gran pasillo por el que caminaban tres personas. El mar de banderas, que Hans había visto la noche del fuego, era ahora un mar de cascos. De cascos de hierro, de cascos de guerra.

Sentada junto a él, Helga Petersen estaba muy triste esa tarde. Sabía que entre aquella marabunta de soldados sería imposible ver a Harald, el único motivo por el que había acompañado a su marido hasta Núremberg. Y además, con el niño. Kurt no era la primera vez que asistía a ese acto, pero en ocasiones anteriores, ella y Hans habían permanecido en Berlín. Hans, ese era otro de los motivos por el que Helga se sentía triste y muy preocupada. Veía al chico muy excitado desde que llegaron a Núremberg. Toda esa historia de que quería ser soldado... un niño de tan sólo seis años sometido a toda aquella locura de propaganda, todo ese efectismo. Todo eso no podía ser bueno para él. Helga ya se preocupó cuando el chico comenzó a obsesionarse con ese libro de mitos germánicos que les mandó leer Herr Fritz, el libro que Hans llevaba a todas partes. Un día Helga ojeó el libro y, para qué engañarse, se escandalizó. Vale que ella conocía todas esas leyendas: la de Sigfrido, las valkirias, Wotan, el Valhalla, los nibelungos... Las conocía por Wagner, del que era una incondicional. Pero aquel libro... Helga consideraba que era un libro violento, sangriento, un libro «excesivo». Incluso llegó a pensar que sus ilustraciones resultaban pornográficas. Helga recordaba un dibujo del libro, un dibujo de Sigfrido. En él, el héroe aparecía dando muerte a *Faffner*, el dragón, con su gran lanza. Sigfrido aparecía desnudo, al igual que otros héroes, dioses y seres míticos que aparecían en el libro. Pero esos desnudos eran... bueno, pensó Helga, los nazis y su

obsesión por la desproporción. Todo era desproporcionado en la nueva Alemania, los edificios, las estatuas o las concentraciones del partido. Lo que más le dolía era, que no podía compartir esas cosas con Kurt. Kurt era un funcionario del partido y un nazi convencido. Pero la educación del niño le preocupaba, la escuela de Dahlem, Herr Fritz, el libro sobre mitos germánicos, la propaganda constante, toda esa exposición a lo explícito. Helga había notado algo en Hans durante el desfile. Notó algo en sus ojos. Y ella era una experta en eso, en leer los ojos. Dentro de los ojos de su hijo brillaba algo, algo extraño aquella tarde. Como si durante aquellas dos horas, algo hubiese cambiado dentro del niño, como si este hubiese visto algo, percibido algo. Quizás sólo eran imaginaciones suyas, o la impresión que a Hans le pudo causar ver al Führer en persona, era la primera vez que lo hacía. Pero por otro lado...

Helga Petersen miró a su hijo. Pero este no le devolvió la mirada. El niño estaba absorto, mirando fijamente a los tres hombres que avanzaban por el pasillo entre la multitud de uniformes negros y pardos. Bueno, concretamente, sólo miraba a uno. Al que marchaba en el centro.

Hans Petersen observaba a las tres figuras que avanzaban entre las formaciones de hombres. El Führer iba en medio, con su gorra en la mano. Víktor Luzte, líder de las SA, caminaba a su derecha y Heinrich Himmler de las SS, a su izquierda. Sonaba una marcha fúnebre. Se dirigían hacia un pequeño monumento que había en el centro del Luitpoldhain. Allí, rodeado de seis pebeteros de los que brotaba el fuego, el símbolo de lo eterno, les esperaba una pequeña comitiva de tres hombres. El hombre que estaba en el centro de esa pequeña comitiva portaba la Bandera de Sangre. Bajo ellos, como si brotara del suelo, una pequeña llama eterna recordaba a los caídos del partido y del movimiento.

Cuando los tres líderes nazis llegaron a ese punto, se detuvieron. En todo el recinto reinaba un silencio sepulcral, todo el mundo parecía contener la respiración. Hans Petersen parecía imbuido de ese mismo espíritu que invadía a todos los presentes. Helga Petersen, que seguía mirando a su hijo, se dio cuenta que Hans ni siquiera pestañeaba.

Ante el monumento a los caídos, el Führer, Luzte y Himmler continuaban en silencio, con el brazo extendido en señal de saludo y la cabeza agachada, mirando fijamente la pequeña llama.

Dado por terminado el tributo, los tres hombres volvieron a caminar hacia la tribuna principal. La Bandera de Sangre marchaba tras ellos. Sonaban los acordes de *La canción del camarada*.

Mientras los tres hombres regresaban, Hans desvió la mirada hacia la tribuna y especialmente, hacia las tres gigantescas banderas de veinticuatro metros de altura que se desplegaban tras ella. Permaneció con la mirada fija en las banderas, hasta que el Führer ocupó su lugar en la tribuna.

Una vez en la tribuna, el Führer dio una orden. Todos los soldados se giraron hacia él. Ahora, sonaban los acordes de una marcha militar. En ese momento, los cientos de nuevos estandartes, los que iban a ser consagrados, hicieron su aparición. Todos llevaban bordado el lema *Deutschland Erwache*, ¡Despierta Alemania!, la que fuera la divisa del partido en sus apariciones electorales.

Cuando todos los estandartes quedaron frente al Führer, Himmler y Lutze se dirigieron a él, renovando la fidelidad de sus hombres hacia su figura. Adolf Hitler estaba solo, imperial, en el centro de la tribuna. La Bandera de Sangre ondeaba tras él. Un poco más rezagado, en un lateral, se encontraba su lugarteniente en el partido, Rudolf Hess. En aquella ceremonia, el Führer dijo sólo unas pocas palabras, cuando Lutze y Himmler terminaron el juramento de fidelidad:

*Yo os saludo, como mis fieles y leales hombres de las SS y las SA de toda la vida. Sieg Heil!*

Hans estaba entusiasmado. La fidelidad, una de esas cosas por las que quería ser soldado. Aún no entendía muy bien lo que esa palabra significaba, pero le encantaba, le gustaba mucho. Miró hacia sus padres. Su madre miraba a través de los prismáticos hacia el mar de uniformes negros, intentando buscar a Harald.

—No lo veo, Kurt —le dijo a su padre.

Hans no lo podía comprender. Él también quería a su hermano, a él también le hubiera gustado verlo, pero... ¿Cómo podía su madre buscar a Harald, cuando el Führer estaba allí presente? Hans no podía entenderlo. Aunque desde hacía unos días, no comprendía casi nada de su madre. Incluso cuando la miraba, no sentía lo mismo que antes. Y le costaba más. Le costaba más leer sus ojos.

Los estandartes comenzaron a ascender por las escaleras laterales de la tribuna principal. Jakob Grimminger, el guardián de la bandera sagrada, y el Führer se acercaron a los estandartes. El Führer llevaba cogida la Bandera de Sangre en su mano y con ella, tocaba cada estandarte. Sonaba repetitivamente el himno del partido, la canción de Horst Wessel. Un grupo de soldados de artillería lanzaban potentes salvas desde el centro del recinto, una por cada estandarte bendecido. Hans Petersen se vio obligado a taparse los oídos debido a las explosiones. Su cuerpo se estremecía con cada nueva explosión. Cerró los ojos y se maldijo por ello. Iba a ser soldado, no podía asustarse por algo así. Si lo viera, el Führer se enfadaría, no comprendería su comportamiento.

Porque ese comportamiento no era digno de un futuro soldado.

---

\* \* \*

---

*Hans Petersen corría, corría y corría por las estrechas callejas de la ciudad vieja de Núremberg. Sentía un fuerte dolor en los pies, pues iba descalzo, estaba empapado y*

tenía frío, porque igual que la noche que en compañía de su padre recorrió las calles de la vieja ciudad tras las banderas y las antorchas, esa noche, en su sueño, llovía y soplaban un fuerte viento. Y él volvía a estar desnudo.

Hans era consciente que era él, pero que él no era. Porque en su sueño, Hans Petersen volvía a tener su magnífico cuerpo de soldado, su cuerpo musculoso, un cuerpo construido a costa de un gran sacrificio físico.

Tampoco Núremberg parecía ser la misma ciudad que descubrió el día del desfile, ni la noche que acompañó a las banderas y las antorchas. Porque esa noche, mientras Hans corría y corría, lo hacía por calles vacías. Calles vacías por donde no desfilaban las banderas, ni las antorchas, ni los hombres cantaban el himno del partido, porque además, esa noche en las calles de Núremberg, no había hombres. Sólo Hans.

Esa noche, en las calles de Núremberg, aparte de él, sólo había lobos. Grandes manadas de lobos. Grandes manadas de lobos, que corrían por entre las callejas de la ciudad, grandes manadas de lobos que llenaban sus plazas, grandes manadas de lobos que descansaban sobre sus puentes. Hans Petersen corría entre los lobos, aunque estos no le hacían nada, sólo lo miraban con sus ojos amarillentos como si él fuera uno de ellos.

Hans se había dado cuenta de que esos lobos no eran como el gran lobo que vio sobre la pequeña pero escarpada montaña. El lobo que se parecía a Freki, el lobo que tenía los ojos del Führer. Estos eran lobos grises, lobos comunes, lobos que babeaban asustados, temblorosos, todos ellos iguales. Todos.

Hans Petersen corría hacia un punto concreto. Hacia un punto sobre el cual el cielo era rojo. Hans sabía que bajo el cielo rojo siempre se encontraba el lobo. Pero no esos lobos que corrían junto a él, sino el lobo que se parecía a Freki, el lobo que tenía los ojos del Führer.

Hans llegó a la Markplatz. Ese era el lugar. Porque sobre la Markplatz, el cielo era rojo. Sólo que la Markplatz en sí, había desaparecido. El lugar donde se encontraban las tribunas desde las que él y sus padres habían presenciado el desfile se había convertido en un enorme torbellino, un torbellino que penetraba hasta las entrañas de la tierra. Un torbellino que giraba y giraba. Un abismo.

Tras ese torbellino, tras ese abismo, en la base de la Frau enkirche, había un púlpito. Y tras él, se encontraba el lobo. El lobo que se parecía a Freki, el lobo de Wotan que aparecía en su libro de mitos germánicos. El lobo que tenía los ojos del Führer.

Ahora el rostro de Hans estaba iluminado. Y un sofocante calor lo invadía. Una luz y un calor que emanaban de una antorcha, una antorcha que Hans llevaba en su mano.

Los lobos habían desaparecido. Ahora, junto a él, al otro lado del abismo, del



torbellino, había cientos de niños y niñas, chicos y chicas. Todos ellos portaban antorchas. Todos ellos miraban al lobo.

Todos ellos estaban desnudos, pero ninguno de ellos sentía vergüenza. Porque todos ellos tenían cuerpos perfectos, los cuerpos que tenían los héroes y los dioses en su libro de mitos germánicos. Cuerpos de soldado. Una pregunta sacudió a Hans. Todos esos niños, esas niñas, esos chicos y esas chicas, ¿eran esos los lobos entre los que él había corrido? ¿Había sido él mismo, uno de esos lobos?

Ahora todos ellos miraban a Freki. Y Freki, los miraba a ellos. En Freki brillaban los ojos fanáticos, los ojos feroces, los ojos diabólicos. Los ojos del Führer.

Hans observó que detrás del púlpito donde se encontraba Freki, la Frauenkirche ardía. Pero ardía por dentro. Las llamas eran visibles a través de sus vidrieras. Pero esas llamas, no salían del templo.

Un coro. Un coro se escuchaba en el interior del abismo, en el interior del torbellino. Hans había escuchado alguna vez ese coro, pero no sabía dónde, era muy pequeño, tenía muy poca memoria. Aunque en el sueño fuera mayor, aunque en el sueño fuera un soldado.

Sin saber cómo, un ente, un ser, emergió del interior del abismo. La noche se iluminó, como si de pronto se hubiese hecho de día, porque el ente, el ser, era muy brillante. De entre todos los niños, todas las niñas, todos los chicos y todas las chicas surgió una exclamación. Surgió cuando ese ente, ese ser voló por encima de ellos.

Hans estaba asustado, no sabía muy bien lo que era ese ser. Lamentó que en esos momentos sus padres no estuvieran allí junto a él. Aunque claro, eso no podía suceder. Porque sus padres no eran perfectos, no tenían el cuerpo de los héroes y los dioses de su libro de mitos germánicos. Porque sus padres no eran soldados.

Al volar por encima de ellos, Hans pudo darse cuenta que ese brillo, esa luz cegadora que salía del ser, del ente, era provocada por una especie de niebla que lo cubría, que lo ocultaba. Pero quedaba claro que dentro de aquella niebla, había algo, había alguien. Algo que los miraba, que los observaba, moviendo muy rápidamente su cabeza. Eso, podía distinguirse a través de la niebla que lo envolvía. También eran visibles más cosas, como una pequeña luz que se encendía constantemente a la altura del lugar donde el ser debía de tener la boca, como si fuera una pequeña llamarada. Y algo más, se escuchaba un aleteo. Pero no era el tipo de sonido que provocarían las alas de un ave. Era un aleteo metálico, como si grandes cuchillas de metal chocaran entre ellas.

El ser, el ente cubierto por la niebla, dio un rápido giro y voló. Voló hacia el lugar donde se encontraba Freki, y allí, sobre el púlpito del lobo, el ser al que la niebla cubría, quedó suspendido.

Todas las miradas se apartaron del ente que había surgido del abismo, del torbellino, y se concentraron en los ojos del lobo. Y el lobo concentró sus ojos en los

de cada uno de los niños y de las niñas, de los chicos y de las chicas allí reunidos. Y les habló.

—Ya sabéis, soldados, que tenemos una misión. Vosotros sois los elegidos. Vosotros sois los nuevos portadores de la antorcha. Sois carne de mi carne, sangre de mi sangre, porque en vuestra joven mente domina el mismo espíritu que domina en mí. Ahora, quiero enseñaros algo.

Lentamente, una mano primero, y después un brazo, asomaron de entre la niebla que cubría al ser, al ente. Era una mano de chica, posiblemente, de una chica muy joven.

Después apareció otra. Otra mano. Y otro brazo. Una mano y un brazo de una piel muy blanca, blanca como la nieve.

Muy despacio, la mano se abrió. Y de ella brotó una potente luz, un potente haz de luz. Un haz de luz como los que iluminaron el cielo de Núremberg la noche que Hans asistió boquiabierto a ese prodigio llamado catedral de luz. Pasó lo mismo con la otra mano. Otro potente haz de luz brotó de ella.

Los haces de luz, uno al oeste de la plaza, otro al este, alumbraban dos grandes alambradas que habían surgido de la nada. Tras ellas, se apretujaba un gran número de personas.

Eran personas horribles, personas asquerosas que hacían cosas asquerosas, cosas que Hans ni siquiera comprendía. Aquellos que eran alumbrados por el haz que apuntaba al oeste, eran distintos a los que alumbraba el haz del este, pero en ambos lados, esas personas realizaban los mismos actos asquerosos.

En un momento determinado, cada uno de los portadores de la antorcha lanzó una exclamación. Hans también lo hizo.

Fue cuando, entre las personas que iluminaba el haz del oeste, distinguió a su madre, Helga Petersen.

El lobo, que seguía mirándolos fijamente a los ojos, dijo:

—Estos son los que como nosotros no son.

Y todos comprendieron.

Dicho esto, el lobo elevó su cabeza hacia el cielo, el cielo rojo, y aulló. Un gran espumarajo de baba cayó de su boca.

Sobre él, las manos de las que brotaban los haces de luz, se cerraron. La luz desapareció. Ahora, las manos del ser, del ente, que asomaban de entre la niebla que lo cubría, habían cambiado. Ya no eran las manos de una chica, las delicadas manos de una chica muy joven. Eran unas manos verduscas, viscosas, cubiertas por algo que se asemejaba a la piel de un reptil. Las uñas, unas uñas largas parecidas a las de las brujas de los cuentos, señalaron hacia las alambradas, donde aún ahora, a oscuras, se seguía escuchando a aquellos que como ellos no eran.

Y entonces, mientras el lobo aullaba y el ser, el ente, señalaba, todos, los niños y

*las niñas, los chicos y las chicas gritaron: Sieg Heil!*

*Y con sus antorchas como arma, corrieron contra ellos. Contra los que como ellos no eran.*

---

\* \* \*

---

Dio un fuerte alarido. Hans Petersen se incorporó en su cama. Helga se despertó sobresaltada y se arrojó de la cama que compartía con Kurt. Corrió por la oscura habitación hacia la cama de su hijo. Kurt, que también se había despertado, encendió la luz.

—Hans, hijo... ¿Qué ha pasado? ¿Qué te pasa? —preguntó Helga cuando llegó junto al niño.

Hans no contestó. Estaba muy blanco, con todo el pelo alborotado, cubierto por el sudor. Jadeaba.

—No te preocupes hijo, sólo ha sido un sueño, una pesadilla.

Helga puso su mano sobre la frente de Hans. Parecía que el chico tuviera fiebre. Le tomó el pulso. El corazón le palpitaba muy rápido, como si hubiese estado corriendo.

Helga acostó al niño en la cama y lo cubrió con las sábanas.

Hans odiaba esas cosas. Odiaba que su madre le pusiera la mano en la frente, le tomara el pulso o lo tapara con las sábanas. No se hace eso con un soldado. Qué pensaría su hermano si lo viera.

—Duérmete, Hans. Sólo ha sido un sueño. Mañana estarás bien —Helga Petersen besó a su hijo en la frente.

Otra cosa que Hans odiaba. Eso especialmente.

Antes de volver a dormirse, Hans escuchó cómo su madre le decía a su padre:

—Estoy muy preocupada, Kurt. El chico está muy nervioso, muy excitado. Quizás debería haberme quedado con el en Berlín, quizás no ha sido buena idea venir...

—No digas tonterías, Helga. El chico está bien, está disfrutando mucho de todo esto. Sólo ha tenido una pesadilla, eso es normal.

—Pero...

—Duérmete Helga, es muy tarde. Hablaremos mañana.

Hans se volvió a dormir. A la mañana siguiente no recordaría casi nada de esa pesadilla. Pero daba igual, porque aunque el consciente no lo haga, el subconsciente retiene todo, incluidos los sueños. Hans Petersen nunca le preguntó a su hermano Harald quiénes eran los judíos, ni quién era el dios que creó a su pueblo. Porque ya lo sabía.

La última mañana que Hans pasó en Núremberg, regresaron a la tienda que vendía recuerdos del congreso en la Königstrasse, como sus padres le habían prometido. Mientras que Kurt y Helga compraban algunos regalos para sus familiares y amistades de Berlín, Hans paseaba mirándolo todo por los pasillos. Había estado contemplando una serie de postales y estampas de Núremberg, y de líderes del partido. Especialmente le llamó mucho la atención una postal en la que se veían cuatro rostros, los de Federico el Grande, Otto Von Bismarck, el general Hindenburg y el propio Führer, Adolf Hitler, aunque era este último el único que él conocía. Ahora volvía a tener entre sus manos el pequeño organillo que tocaba el himno del partido; Hans sabía que su padre... cuando de repente vio algo. Dejó el organillo en la estantería, y lentamente, se acercó al nuevo objeto que había visto.

Era un cuadro. Un grabado que recordaba a las ilustraciones del libro que les hizo comprar Herr Fritz, impresionantes y gráficas figuras del universo germánico. En el grabado, sobre una gran roca, se veía la imagen de un guerrero. Sobre este, como suspendida en el aire, había una figura. Era una chica, una chica joven y hermosa, mucho más hermosa que las heroínas y las diosas que aparecían en el libro de mitos germánicos de Herr Fritz. Era muy blanca, casi transparente. Estaba desnuda y tenía la marca, la marca de las heroínas y las diosas, la marca que no tenía su madre. La chica era muy rubia, su pelo era casi blanco. Sobre su cabeza llevaba un casco dorado, y en este, dos pequeñas alas. Hans observó que el guerrero que enarbolaba la espada, tenía sangre en su filo, sin embargo parecía que no estaba peleando con nadie. Sobre ellos, el cielo era un gran torbellino, como un abismo.

Hans estaba tan entusiasmado mirando el cuadro, que no vio a la chica que se colocó detrás de él. Era muy joven, de unos quince años, llevaba dos largas trenzas rubias y el uniforme de la Liga de Muchachas Alemanas, la BDM. La chica puso su mano sobre el hombro de Hans y le preguntó:

—¿Te gusta?

Hans se sobresaltó. Miró a la chica, a sus grandes y despiertos ojos azules, y mientras volvía a mirar el cuadro, contestó:

—Sí, mucho.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Me llamo Hans. Hans Petersen. Soy de Berlín.

Mientras hablaba con la chica, Hans no dejaba de mirar obsesionado el cuadro.

—¿Sabes quiénes son? —preguntó la chica.

—No, no lo sé. ¿Quiénes son? —preguntó Hans muy interesado.

—Él es Helgi, el guerrero, y ella es Kara, la valquiria. Mira, Hans, nuestros antepasados creían que todos los guerreros tenían una valquiria que los protegía en los combates. Las valquirias eran invisibles y estaban separadas de los mortales por una

cortina de niebla. Pero esta valquiria, Kara, cometió un error. Se enamoró de Helgi, el guerrero al que debía proteger. El gran dios Wotan no permitía que entre ambos seres existieran sentimientos. La misión de las valquirias, una vez que el destino hubiera decidido que ellos murieran, era recoger sus almas y subirlas al Walhalla, la casa de los dioses. Pero nunca, nunca, podían enamorarse de ellos.

Hans estaba absorto escuchando el relato de la chica. Eso era lo que le gustaba a él, relatos de guerreros, de soldados, de seres legendarios que protegían a los guerreros. Quiso decirle a la chica, que de mayor, él iba a ser soldado, que su hermano Harald, ya era un soldado de las SS. Pero estaba tan entusiasmado con la historia del guerrero y la valquiria, que le preguntó a la chica:

—¿Y qué pasó luego?

—Un día Wotan llamó a Kara ante su presencia y le comunicó que había llegado el momento en que Helgi debía morir. Pero Kara estaba tan enamorada, que decidió romper la cortina de niebla que la separaba de Helgi para avisarle, y así, evitar su muerte. Pero, aún en nuestro mundo, las valquirias son invisibles. Estaban en mitad de una gran batalla. Helgi no vio que Kara sobrevolaba por encima de él, y al levantar la espada, le cortó la cabeza. La decapitó. Helgi no podría convertirse en un soldado inmortal ese día, porque ninguna otra valquiria podía subir su alma al Walhalla. Pero Wotan se enterneció tanto con la historia de la valquiria que se enamoró de un mortal, que permitió que Helgi muriera como un héroe y así, que el alma de los dos, de Helgi y de Kara, pudieran ascender juntas al Walhalla.

—Pero es una historia muy triste, ¿no?

—Sí, triste y trágica, Hans. Pero quizás así sea nuestro pueblo, triste y trágico.

Entonces, sin saber por qué, Hans hizo una pregunta que dejó tan sorprendida a la chica como a él mismo:

—Y en esa historia... ¿No aparecía un lobo? ¿Un lobo grande como...?

—No, Hans, en esa historia no salía ningún lobo —dijo la chica y señaló con el dedo—, el lobo está allí.

Hans se quedó petrificado, porque lo que la chica estaba señalando no era el retrato de un lobo. Era el retrato del Führer, de Adolf Hitler.

Pero además, no era un retrato cualquiera. Era el mismo retrato que lo miraba todas las mañanas desde lo alto, por encima de la pizarra de su clase en la escuela de Dahlem.

—Pero ese es el Führer, no es un lobo —los dos caminaron hacia el cuadro.

—Sí, Hans, es una fotografía de los primeros años de lucha, en Munich, en los años veinte —le explicó la chica—. Verás, en aquellos años, el Führer tenía entre sus camaradas un nombre en clave. Le llamaban *Wolf*. Lobo.

Hans y la chica, que era dependienta de la tienda, se acercaron al mostrador con los dos cuadros, donde los padres de Hans acababan de pagar.

—Su hijo quiere estos dos cuadros. ¿Se los pongo? —dijo la joven dirigiéndose a Kurt y a Helga.

Los padres de Hans miraron los cuadros. Helga contempló horrorizada el rostro de Hitler, que le pareció el retrato más siniestro que había visto del líder nazi.

—Los dos no, son muy caros... —estaba diciendo Kurt, cuando la chica le dijo:

—No, paguen sólo el del Führer, el cuadro de la valquiria y el guerrero se lo regalo yo al chico.

—¿Este retrato del Führer es muy antiguo, no? —preguntó Helga a la joven.

—Sí, es de los primeros años de lucha —contestó la joven—. Incluso creo, que fue la fotografía que se utilizó en una de las primeras ediciones del *Mein Kampf*.

Helga volvió a mirar la foto del Führer. Y no pudo evitar sentir un estremecimiento.

---

\* \* \*

---

Esa noche todo Núremberg, pero también toda Alemania, esperaba ansiosa el discurso que el Führer iba a ofrecer ante la cúpula política del partido, el discurso que iba a poner el punto y final al congreso anual del NSDAP, del Partido Nacionalsocialista. Era por eso, que esa noche, toda Alemania en sus casas, en las tabernas, las cervecerías, en las ciudades y en el campo, toda la nación, estaba reunida delante de la radio.

Hans y Kurt esperaban el discurso en el salón de actos de la residencia de la DAF, que estaba ya repleta de fanáticos seguidores del partido y donde habían instalado un gigantesco receptor de radio, la conocida como *Volksempfänger*, la radio del pueblo. Hans tenía uno de esos receptores en su casa de Dahlem, uno de los pequeños, de los que costaban treinta y seis *Reichsmarks*, pero en el que iban a escuchar la alocución de esa noche, a través de la emisora de la Radio del Reich, era de los grandes, de los que costaban setenta y seis *Reichsmarks*. Su padre le había comentado que gracias al bajo costo de los receptores de la radio del pueblo, Alemania había superado en receptores por habitante a Estados Unidos, algo muy meritorio.

Helga no había acompañado a Hans ni a Kurt una vez más. Le dolía otra vez la cabeza, algo que se estaba convirtiendo ya en habitual. Pero a Hans ya no le engañaba. Hans estaba empezando a conocer la naturaleza oculta de su madre. Había visto cómo su madre miró el cuadro del Führer que habían comprado esa misma mañana. Pero a Hans eso ya le daba igual. En cuanto llegaran a Berlín, le pediría a su padre que le colgara los cuadros en su habitación, el de la valquiria en la pared detrás de la cabecera de su cama, porque él iba a ser un soldado, un guerrero, y necesitaba

que uno de esos mágicos seres le protegiera. Y el del Führer, en la pared frente a su cama, y así, sería lo primero que viera cada mañana al despertarse y lo último cada noche antes de dormir. Y le daba igual lo que pensara su madre. Porque ella no era su madre. Ni Kurt su padre. Porque todos ellos, todos los niños, todos los jóvenes, eran los hijos del Führer. Sus padres actuales los estaban educando, cuidando, alimentándolos, pero en un momento dado, el Führer los llamaría a su lado. Hans lo sabía, porque se lo había dicho el Führer. No sabía cuándo, quizás lo escuchó en alguno de sus discursos, pero de una cosa estaba seguro: que el Führer lo había dicho.

En esos pensamientos andaba Hans, mientras el locutor de la Radio del Reich describía grandilocuentemente lo que sucedía. La llegada del Führer y la cúpula del movimiento nacionalsocialista, la entrada de la Bandera de Sangre, los estandartes... hasta que de pronto, una voz familiar, la voz de Rudolf Hess, anunció:

—*¡Habla el Führer!*

Y en el salón de la residencia de la DAF en Núremberg, se hizo el silencio. Adolf Hitler dio comienzo a su gran discurso:

«El congreso del movimiento está llegando a su final. Lo que quizás parezca una gigantesca escenificación de poder político, a los que están fuera de nuestras filas, ha sido mucho más para los cientos de miles de luchadores. El gran encuentro personal y espiritual de los viejos combatientes y compañeros de lucha.

Pese a la evidente grandiosidad de esta revista del partido, puede que algunos se acuerden, con nostalgia en el corazón, de los días en que aún era difícil ser nacionalsocialista. Estando aún nuestro partido, formado por siete hombres tan solo, ya enunció dos propósitos: primero quería ser un partido con una auténtica ideología y, segundo, quería ser sin condiciones, el único y exclusivo poder en Alemania. Tuvimos que permanecer como partido minoritario, pues movilizábamos en la nación las cualidades de la lucha y el espíritu de sacrificio, los cuales nunca han residido en la mayoría, sino siempre en la minoría. Una vez que la élite racial de la nación alemana, auto evaluándose con orgullo, reclamó audazmente el liderato del Reich y del pueblo, este se reunió. El pueblo alemán está contento al saber que el fantasma de la huida eterna, ha sido sustituido por un punto de referencia fijo. Aquel que se siente y se sabe portador de la sangre más pura, ha arrebatado el liderato de la nación y está decidido a conservarlo, llevarlo a cabo y no abandonarlo nunca. Inevitablemente, sólo una parte del pueblo está formada por luchadores activos. De ellos, se exige más que de los otros millones de compatriotas. A ellos, no se les llega con hacer la confesión «Yo creo», sino el juramento «Yo lucho». El partido va a ser para siempre, la élite del pueblo alemán que lleve el liderato político. Será invariable en su doctrina, adaptable en su táctica; en su conjunto, sin embargo, como una orden religiosa. El objetivo consiste, en que todos los alemanes decentes se conviertan en nacionalsocialistas, aunque sólo los mejores nacionalsocialistas deben ser miembros del partido.

Antaño, nuestros enemigos procuraron librar al movimiento de elementos inferiores que iban apareciendo en este, mediante prohibiciones y persecuciones ocasionales. Hoy en día tenemos que examinarnos y deshacernos nosotros mismos de aquello que resulte ser malo y que por eso, en el fondo no forma parte de nosotros. Es nuestro deseo y nuestra voluntad, que este Estado y este Reich perduren los próximos milenios. Podemos ser felices sabiendo que el futuro nos pertenece por completo. Quizás los que ya tienen una cierta edad pueden vacilar; pero sólo cuando colaboremos todos en el partido para encarnar lo más elevado del pensamiento y del ser nacionalsocialista, el partido constituirá un pilar eterno e indestructible del pueblo y del Reich alemán. Entonces, el magnífico y glorioso ejército, orgullosa y ancestral institución armada de nuestro pueblo, va a tener a su lado a la dirección política del partido, que no tiene menos tradición, para que, entre ambas instituciones eduquen y fortalezcan al hombre alemán y lleven sobre sus hombros al Estado alemán, al Reich alemán.

A estas horas dejan ya la ciudad decenas de miles de militantes del partido. Mientras unos aún evocan el congreso en su memoria, otros ya empiezan a preparar la siguiente convocatoria. Y de nuevo, las gentes vendrán y se irán, y en cada nueva ocasión saldrán emocionadas y entusiasmadas. Pues la idea y el movimiento son la expresión viva de nuestro pueblo y, por lo tanto, un símbolo de lo eterno.

¡Viva el movimiento nacionalsocialista! ¡Viva Alemania!».

En ese momento, la residencia de la DAF estalló. Los fieles seguidores del partido gritaban, chillaban *Heil Hitler!* y *Sieg Heil!*, muchos de los asistentes, sobre todo las chicas, se abrazaban. El mismo ambiente se escuchaba a través de la Radio del Reich, hasta que la voz de Rudolf Hess volvió a tronar:

*El partido es Hitler. Hitler, sin embargo, es Alemania como Alemania es Hitler. Hitler Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!*

Fue el éxtasis, la locura colectiva total. La canción de Horst Wessel, el himno del partido, atronó a través de la radio. Y Hans Petersen permaneció allí, con el brazo levantado en señal de saludo, cantando una letra que no entendía, después de haber escuchado un discurso que no había entendido. Pero todo eso daba igual. Hans Petersen había llegado siete días antes a Núremberg siendo un niño de seis años, cuya máxima ilusión en el mundo era ser soldado. Pero algo había cambiado en él, algo había cambiado para siempre. El círculo se seguía cerrando, en el interior de su cerebro el reloj proseguía su lenta y trágica cuenta atrás. En sus ojos ya brillaba la llama. Su cuerpo ya sentía la fiebre. En unas pocas horas, Hans Petersen dejaría Núremberg. Pero espiritualmente no lo dejaría nunca.

De todas las palabras que había escuchado durante esos días, había una que le gustaba sobre todas ellas. Combatiente. Aquella noche en la residencia de la DAF, Hans Petersen se juró que el resto de su vida sólo sería eso, un soldado y un combatiente. Un soldado y un combatiente del nacionalsocialismo.



## II

### LA NOCHE DE LA SANGRE

*Te ofrendamos, Adolf Hitler, nuestra lealtad y valentía. Te juramos obediencia personal a ti y a los superiores que nombres, hasta la muerte, ante Dios.*

Juramento de Honor de las SS

*Munich, entre el 7 y el 10 de noviembre de 1936.*

Hans Petersen regresó a Baviera poco tiempo después. Concretamente, dos meses más tarde. En esta ocasión, Kurt, Helga y Hans iban a asistir a uno de los momentos más importantes en la vida de su hermano Harald, su juramento como miembro de las SS ante el propio Führer. Este acto se celebraría en la cuna del nacionalsocialismo, en Munich, ante el Feldherrnhalle, el santuario del movimiento. Era la denominada «Noche de la Sangre» y siempre se celebraba entre el 8 y el 9 de noviembre, coincidiendo con el aniversario del *Putsch* de la cervecería de 1923. Era la ceremonia más sagrada, el gran culto a la muerte del nazismo, y además, su ceremonia más misteriosa, enigmática y, sobre todo, más siniestra.

En esta ocasión, para Hans, el viaje desde Berlín fue bastante peor que el que realizara a Núremberg. Habían viajado durante toda la noche y Hans había caído enfermo. El tren iba lleno, demasiado lleno. Había gente en todos los sitios, en los compartimentos, que iban atestados, y en los pasillos donde mucha otra gente, sobre todo soldados, dormían sobre sus grandes macutos.

Hans y sus padres viajaban en uno de los compartimentos, en compañía de otra familia que no paraba de hablar. Hans se puso malo porque se durmió. Y soñó. Soñó con lobos. Él no recordaba nada, pero todos los sueños continuaban ahí, guardados, protegidos, dentro de su cerebro. Además ahora, cada vez que soñaba quedaba envuelto en sudor y al despertar, vomitaba.

Kurt había pasado toda la noche leyendo un grueso libro, *El mito del siglo xx*, del filósofo y miembro del partido Alfred Rosenberg. Helga llevaba al niño recostado sobre su regazo. Y fue allí donde el niño vomitó, poniendo perdido el bonito y caro vestido que Helga había comprado en una tienda de la Kurfürstendamm. En esta ocasión, Helga estaba más ilusionada que durante los días del congreso que pasaron en Núremberg, porque en esta ocasión, sí que podrían encontrarse con Harald, aunque sólo fuera durante unas horas. Sin embargo, ocasionalmente, el rictus de preocupación volvía a su rostro. Cada vez que pensaba en Hans.

Nada más llegar a su casa de Dahlem, tras regresar de Núremberg, Hans le pidió a su padre que colgara en su habitación los cuadros que habían comprado en la tienda de recuerdos del partido. Durante aquellos meses, Helga observaba que en su hijo

menor había crecido esa obsesión por ser soldado y formar parte de las Juventudes Hitlerianas, y además, descubrió que el niño había iniciado un pequeño ritual con los cuadros. Todas las mañanas, nada más levantarse de la cama, Hans pasaba un largo rato haciendo el saludo ante el cuadro del Führer, mientras en voz baja recitaba algo, algo que Helga no había podido escuchar. Y lo mismo hacía todas las noches antes de acostarse. Pero otro día, vio algo más sorprendente. Hans había salido de la ducha y se había metido en su cuarto. A través de la puerta entreabierta, Helga pudo ver cómo Hans, que estaba desnudo en el centro de su habitación, miraba como un poseído el cuadro de la valquiria, mientras tocaba su cuerpo, sus brazos, sus piernas, y luego, dirigiéndose al cuadro, hacía un gesto suplicante, como si le estuviese pidiendo algo.

Hans volvía a andar todo el día con el libro de mitos germánicos de Herr Fritz, pese a que al empezar el nuevo curso, Herr Fritz les había mandado comprar libros nuevos.

Un día, Helga le había comentado su preocupación por el asunto del libro a Magda, la madre de Rudi, uno de los compañeros de Hans. Magda le contó, que tanto ella como su marido Artur, habían intentado hablar con el viejo profesor sobre ese tema. Le llegaron a decir, que algunas ilustraciones del libro incluso les parecían inmorales y pornográficas y que Herr Fritz, aludió a una frase del Führer para, recordándoles su condición de católicos, humillarlos. Magda le confesó, que ella creía que Hitler y los nazis eran paganos, y que cuando acabaran con los judíos, la emprenderían con los católicos y con los cristianos en general. Helga le recomendó que no hiciese comentarios como esos, porque no corrían buenos tiempos en Berlín para utilizar ese tipo de expresiones. Y estuvo a punto de decirle algo, algo que jamás creía que se le pudiera pasar por la cabeza. Que sobre todo, no dijera nada delante de su hijo Rudi.

La preocupación que sentía por Hans no eclipsaba que en los últimos meses, Helga hubiera ampliado esa preocupación a su otro hijo, a Harald. Harald, su primer hijo, en el que ella había puesto tantas esperanzas y que ahora, se había convertido en uno de esos jóvenes de uniforme negro, en un miembro de las SS. Helga temía los rumores que, en aquel otoño de 1936, hablaban de guerra. Cada vez eran más extendidos, porque cada vez, los discursos de los líderes nazis eran más incendiarios.

Los nazis y el *Lebensraum*, su obsesión por el espacio vital. Helga pensaba que los nazis disfrazaban sus intereses imperialistas, que sin duda habitaban en ellos, con los ataques o las falsas persecuciones que sufrían las minorías alemanas en algunas naciones de Europa central. Así, intentaban manipular la política interna de Austria; afilaban sus uñas sobre Checoslovaquia utilizando el problema de las minorías germanas de los Sudetes; estaba el asunto del corredor y de la ciudad libre de Dantzing, en litigio con los polacos. En fin, Europa central era un hervidero, un polvorín a punto de estallar. Y mucha gente en Berlín, gente sensata como ella,

pensaba que si Hitler ponía en práctica el plan de ruta que apuntaba en sus discursos, Francia e Inglaterra no se quedarían quietas, que volverían a las trincheras como en la Gran Guerra. Y su hijo, era militar. Helga Petersen ya había enterrado a sus dos hermanos durante la Gran Guerra. No quería que ese horror, que ese dolor se repitiera. Para empeorar más su estado anímico, se unía el hecho de no poder hablar de todo esto con Kurt. Kurt siempre decía, que lo que hiciera el Führer sería lo mejor para Alemania. Helga, por supuesto, no estaba en nada de acuerdo con esta apreciación. En realidad, ella no se consideraba una antinazi, de hecho las ideas socialistas de su padre tampoco eran de su agrado, e incluso podía llegar a reconocer que Hitler había conseguido cosas muy positivas para Alemania. Hitler había levantado la moral y el ánimo de una nación humillada y derrotada tras la Gran Guerra, había creado empleo y acabado con las colas y la pobreza, con la miseria de la «gran depresión». Sí era objetiva, y a Helga le gustaba ser objetiva, casi todo había mejorado en Alemania. Claro que, luego estaban esas otras cosas. Esas cosas que Helga detestaba. El fanatismo, las masas ciegas, los matones de las SA, toda esa ritualidad wagneriana, en definitiva, todas esas cosas que estaban atrapando la mente de su hijo Hans. Y Helga presumía, que de todos los niños y los jóvenes de la nueva Alemania. Y sobre todo, el peor asunto de todos, el que a Helga más le asqueaba. El asunto de los judíos.

Helga Petersen no podía entender ese odio visceral y ciego contra el pueblo judío. Kurt siempre decía que el judaísmo era el peor cáncer, la peor enfermedad que se extendía por Alemania, por Europa y por todo el mundo. Y cuando lo escuchaba decir eso, a Helga le daban ganas de preguntarle: ¿pero por qué? ¿Por qué lo dice tu Führer? ¿Qué te han hecho a ti los judíos, Kurt? Helga no conocía a muchos judíos, pero los pocos que conocía en su barrio de Dahlem, le parecían buenas personas, muy educados, gente preparada. Cerca de su casa estaba el doctor Weizmann. Helga había llevado allí a sus hijos muchas veces, cuando estos habían sufrido las típicas enfermedades infantiles. Weizmann siempre los había tratado muy bien y su mujer, que además hacía las veces de enfermera, era una señora encantadora. Y estaba la frutería del señor y la señora Lieberman, una pareja muy simpática y agradable que tenía dos hijos, uno de ellos un poco mayor que Hans, que siempre le ayudaba a llevar la compra a casa. No podía entender todo ese odio hacia los judíos. Aunque a veces recordaba que su padre, siendo ella joven, también culpaba a los judíos y a su capital, y a su forma de amasar dinero, como uno de los grandes males de la sociedad capitalista que él detestaba. Helga había comenzado a pensar que en Alemania, tanto en la derecha como en la izquierda, afloraban sentimientos antisemitas. Y probablemente pasara también en toda Europa. Helga, que pensaba así, tenía que convivir con un marido funcionario del Partido Nazi, su hijo mayor miembro de las SS, y su hijo menor, que día a día se estaba convirtiendo en el más fanático de todos

ellos.

Últimamente, le asustaba Hans. Sobre todo, le asustaban sus ojos. Helga no sabía lo que era, pero algo había cambiado en los ojos de su hijo desde que regresaron de Núremberg. Algo se había endurecido dentro de ellos. Hans no era ya el niño dócil y ordenado que ella había criado. Incluso a veces, Helga tenía la sensación que el chico la miraba como si desconfiara de ella. No sabía si esas historias que circulaban por Berlín sobre niños de las Juventudes Hitlerianas que denunciaban a sus padres, podían ser ciertas. Pero de serlo... ¿Qué estaba haciendo el régimen con sus hijos? ¿Se los estaban robando? ¿Qué tipo de sentimientos y valores les estaban inculcando en las escuelas y los colegios? Si su hijo era así con siete años y aún no había entrado en las Juventudes Hitlerianas... ¿Cómo sería con quince años? Todas esas preguntas atormentaban a Helga. Y luego, estaban las pesadillas, ¿por qué sudaba y le palpitaba el corazón como si hubiera estado corriendo? ¿Y con qué soñaba? Una noche en Núremberg, le pareció escuchar que, en sueños, Hans hablaba de lobos. ¿Era posible que Hans soñara con lobos? ¿Qué significaban los lobos? Entonces, Helga recordó una frase: «Lobos que, en manadas de ocho o diez, se abalanzan una y otra vez sobre sus enemigos». Esa era la manera con que se refería Hitler a sus hombres de las SA en *Mein Kampf*. ¿Les habría leído Herr Fritz parte de la biblia del nacionalsocialismo a los niños? Como ávida lectora e incluso un poco por curiosidad, Helga había leído el libro del Führer. Un libro que le había parecido tosco, burdo y un poco confuso. Un libro salido, sin duda, del interior de una mente brumosa. Sí, estaba segura que esa frase sobre los lobos aparecía en *Mein Kampf*, aunque en realidad, era tanta la presencia del Führer en la prensa y en la radio, que ya lo dudaba. Pese a todo, Helga reconocía que Hitler no iba desencaminado cuando hacía esa comparación. A ella, también le recordaban a eso los camisas pardas de las SA, cada vez que iba de compras por la Kurfürstendamm y los veía caminar por la calle, insultando a los transeúntes, gritando barbaridades contra los judíos o silbando a las mujeres, mujeres como ella. Manadas de lobos hambrientos. Menos mal que su hijo Harald no se había juntado con esa gentuza, que estudió, que se formó en una academia militar e ingresó en las SS. Las SS eran distintas, distinguidas, elegantes, respetuosas. Pero Hans... dentro de tres años ingresaría en las Juventudes Hitlerianas, Kurt así lo quería. ¿Y luego? Porque al paso que iba... ¿Acabaría también en las SA? ¿Acabaría siendo miembro de una de esas manadas de lobos?

---

\* \* \*

---

Harald les había conseguido una habitación en un precioso hotel muy cerca de la estación, frente a la Karlstor y al Palacio de Justicia. Munich les recibió en un día lluvioso, ventoso, triste y gris. Y hacía frío. Era noviembre y muy pronto, el riguroso

invierno de Baviera haría acto de presencia. La primera visita que la familia Petersen hizo en Munich, fue a la galería de almacenes Karstadt para comprar paraguas.

A Helga le desagradó la ciudad en cuanto puso el pie en ella. Algunas de sus amistades de Berlín le habían comentado que Munich era una ciudad provinciana, y que los bávaros eran tipos ariscos, conservadores, orgullosos de sus antiguas tradiciones. Helga no les hizo mucho caso, porque conocía la tradicional rivalidad entre los berlineses y los muniqueses. Pero debía reconocer que su primera sensación al llegar a la ciudad fue la contraria a la que tuvo en Núremberg. Si Núremberg le pareció una ciudad de cuento de hadas, Munich le pareció una ciudad de cuento de brujas. A lo mejor tenía mucho que ver ese cielo gris y bajo que la cubría, pero la ciudad le pareció siniestra.

Para Hans era todo lo contrario. Estaba en la cuna del movimiento, el lugar donde había comenzado todo. Para Hans, era un lugar onírico, mágico. Esa sensación tenía cada vez que, una vez terminada la clase, Herr Fritz les contaba esas historias de los primeros años de lucha, de los oscuros y neblinosos callejones del Innenstadt, donde por la noche, los primeros combatientes nazis se enfrentaban en duras peleas con los comunistas, con los bolcheviques. Hans no sabía muy bien quiénes eran los comunistas, sólo lo que les decía Herr Fritz, que eran personas especialmente malvadas, igual que los judíos, y por tanto, enemigos del Führer. Herr Fritz les hablaba de lugares que debían de ser muy importantes: la Hofbraühaus, la Bürgerbräukeller, el Circo Krone, los lugares donde el Führer hablaba; y sobre todo, el Feldherrnhalle, donde esa noche su hermano Harald iba a jurar fidelidad al Führer. Y Hans también lo haría, repetiría cada palabra, una por una, y aunque todavía le faltaban tres años para entrar en las Juventudes Hitlerianas y hacer su propio juramento, todos esos años se sentiría como si el juramento ya estuviese hecho.

---

\* \* \*

---

Años más tarde, cuando Berlín estuviese sometido a intensos bombardeos aliados, Hans recordaría aquella noche de noviembre en Munich. Sería la oscuridad la que provocaría ese recuerdo. Porque aquella noche, todo el centro de la ciudad de Munich se encontraba sumergido en la más absoluta oscuridad para que el magnífico espectáculo que el nacionalsocialismo iba a tributar a sus muertos, a sus caídos, tuviese el esplendor que la ocasión requería.

Cuando Hans y sus padres entraron en la Odeonsplatz, el regimiento de Harald, el *Germania*, se encontraba ya formado en el centro de la plaza. Todos con su casco negro, su uniforme negro, su capote negro, sólo el brazalete rojo con la esvástica rompía una uniformidad completa: un símbolo exterior de la uniformidad interior, mental, de ellos con ellos mismos, con Alemania y con su Führer.

Hans contemplaba emocionado el panorama que ofrecía la plaza. Se habían situado cerca de la entrada del Hofgarten, el bello jardín de estilo italiano que lindaba con el palacio del Residenz. Frente a ellos, se alzaba la Iglesia de los Teatinos, con su fachada barroca y amarillenta. En el norte de la plaza se encontraba el mismísimo Feldherrnhalle, desde donde el Führer oficiaría la llamada a los caídos. Y hacia el sur la inmensa avenida de Ludwigstrasse por donde, muy lentamente, circulaba ahora el coche del Führer. La comitiva había partido de la Isastor, y sólo cuando las campanas anunciaran la medianoche, el coche del Führer haría su entrada en la plaza.

Esa misma tarde el Führer había ofrecido uno de sus famosos discursos «secretos», aquellos que estaban reservados sólo a los más leales, a los más fieles, a los *Alterkamaraden*. Ese discurso se ofrecía todos los 8 de noviembre en la cervecería de la Bürgerbräukeller.

Hans escrutaba con los ojos muy abiertos hasta el mínimo rincón de la plaza. El interior del monumento del Feldherrnhalle se encontraba cubierto bajo sus grandes arcos, por un enorme tapiz de color rojo que contaba en su centro con el disco blanco y la esvástica negra. Delante de él, dieciséis pebeteros coronados por dieciséis grandes copas, donde ardía el fuego eterno, recordaban a los dieciséis primeros caídos del movimiento nazi. Los pebeteros, también de color rojo, estaban decorados con un águila dorada del Reich que sostenía entre sus garras la cruz gamada. Delante de ellos, a ambos lados de la escalinata por donde ascendería el Führer, se encontraban los dos leones de Baviera de piedra, vigilándolo todo, observándolo todo. Kurt le había contado a su hijo, una vieja historia que leyó sobre los leones del Feldherrnhalle. El león de la izquierda que miraba hacia el palacio del Residenz, la que fuera sede de la monarquía de los Wittelsbach, gruñía. El león de la derecha, en cambio, miraba hacia la Iglesia de los Teatinos y guardaba silencio. Rugidos contra el poder político y silencio ante el poder espiritual. En sí mismos, todo un simbolismo.

Toda la Odeonsplatz estaba asimismo iluminada por los pebeteros gigantes coronados por las grandes copas. Y estos mismos pebeteros se extendían a lo largo de toda la Ludwigstrasse hasta perderse en la lejanía, más allá de la Isastor. Y luego estaban las antorchas humanas. Cientos de miembros de las SA y las SS, unos con sus uniformes pardos, otros con sus uniformes negros, hacían guardia a los dos lados de la plaza Odeon y de la avenida de Ludwigstrasse, portando grandes antorchas que se reflejaban sobre el pavimento mojado. El olor de las teas otorgaba al acto un sentido casi religioso. Había también banderas, grandes banderas del partido que se descolgaban por la fachada del Residenz, y en otro ángulo de la plaza banderas negras con las dos runas *Sieg*, banderas que representaban a las SS. Hans vio que en uno de los extremos del Feldherrnhalle se encontraba la eterna Bandera de Sangre, casi en el mismo lugar donde trece años antes, un día tal como ese, la policía de Baviera había disparado sobre los militantes nazis.

En su joven mente, la fantasiosa mente de un niño, mientras el coche del Führer en la lejanía continuaba avanzando lentamente hacia la Odeonsplatz, Hans recreaba la escena que Herr Fritz tantas veces les había contado sobre el desastre del Feldherrnhalle. Hans podía ver aquella fría, gris y lluviosa mañana de noviembre de 1923, cuando los combatientes nazis caminaban por la angosta Residenzstrasse, y a la altura del monumento a los mariscales eran detenidos por un destacamento de la policía de Baviera. Hans sabía que el Führer marchaba al frente de sus hombres. Sus hombres también se habían detenido, unos apuntaban con sus bayonetas caladas a los policías bávaros, otros con sus pistolas. Una calma tensa se apoderó de la plaza. Hasta que se escuchó un disparo. Y comenzó el baile. El baile de la muerte. Hans podía ver al Führer, que al ser arrastrado hacia el suelo por un camarada, se había golpeado en el brazo. Mentalmente veía cómo el Führer era introducido en un vehículo, que a gran velocidad, abandonaba la plaza. Podía ver también cómo, en mitad de la confusión, un joven combatiente se fijaba en una bandera, una bandera que había quedado en el suelo, abandonada. El joven, arrastrándose hasta ella en mitad del tiroteo, la recogía, y al arrastrarla, mientras volvía a su posición, empapaba la enseña con la sangre de los mártires que yacían muertos en el suelo...

Durante todo el tiempo en que Hans recreó esa escena en su cabeza, el niño no había apartado la mirada de la Bandera de Sangre, de la enseña sagrada.

Mientras tanto, Helga paseaba su mirada por toda la plaza, y ocasionalmente, miraba hacia la Ludwigstrasse, donde aproximadamente a mitad de esta se encontraba ahora el coche del Führer. En la plaza, el ambiente se podía describir como «electrizante». Las masas se apretujaban detrás de la barrera de antorchas humanas, creando una ambientación sobrecogedora. De hecho, todo estaba pensado para que el Führer no viera a nadie detrás de la cortina de fuego, pudiendo experimentar así la sensación de sentirse solo. Mientras paseaba su mirada por la plaza, Helga se dirigió a Kurt y le dijo:

—Esto es increíble. Parece la puesta en escena de una gigantesca ópera de Wagner.

Wagner. Hans sabía que su madre era una apasionada seguidora de Wagner, igual que el Führer. En su casa de Dahlem, su madre tenía una gran colección de discos del compositor que ella misma se había ido comprando poco a poco y que escuchaba en un gramófono que le había regalado su padre y que ella guardaba en su habitación como si fuera un pequeño tesoro. Un día que su madre no se encontraba en casa, Hans, que hacía sus deberes con el libro alemán de lectura, se percató de los discos que su madre guardaba en un mueble acristalado del salón. Hans se acercó al mueble, abrió el cristal corredizo que los protegía, y extrajo los discos para poder verlos. Allí estaban: *Tristán e Isolda*, *Parsifal*, *Tannhäuser*, *Los maestros cantores de Núremberg*, *Lohengrin*, *El holandés errante* y por su puesto, los cuatro discos del ciclo de *El*

*anillo de los nibelungos: El oro del Rin, La valkiria, Sigfrido y El crepúsculo de los dioses.* Las ilustraciones de las portadas de los discos y de las contraportadas eran muy bonitas, muy impactantes, pero muy diferentes a las que Hans tenía en su libro de mitos germánicos. A Hans le gustaron especialmente las ilustraciones del disco de *Sigfrido*. En la portada del disco, se veía al guerrero, con su cuerpo de soldado, el cuerpo que Hans tendría algún día, arrodillado y bebiendo en un arroyo, y detrás de él, se distinguía la figura de Hagen, el malvado, el asesino, con la lanza alzada para clavarla sobre el cuerpo del héroe. Y en la contraportada había una imagen de Brunilda, la valkiria, en su roca de la montaña, rodeada por una cortina de fuego. Una cortina de fuego con la que Wotan había intentado aislarla de los mortales, una barrera de fuego que sólo sortearía Sigfrido, el héroe. A Hans comenzaban a fascinarle todas esas historias, todas esas leyendas, leyendas de sus antepasados. De los dioses que crearon a su pueblo.

Wagner. Helga era una gran admiradora del compositor de Bayreuth. Y sabía que Hitler también. Y eso le preocupaba, le preocupa mucho. Porque Helga sabía leer las óperas de Wagner, no sólo escucharlas como hacía la mayoría de la gente. Había una cosa en la que estaba de acuerdo con el Führer: esas obras transcendían el sentido de lo racional. En una ocasión, en una de esas revistas de la DAF que Kurt solía llevar a su casa, leyó una frase de Hitler sobre Wagner, que decía: «Cuando escucho a Wagner, me parece como si estuviera oyendo ritmos de un mundo pasado. Me digo a mí mismo que un día la ciencia descubrirá, en las ondas puestas en movimiento por *El oro del Rin*, unas secretas interrelaciones conectadas con el orden del mundo». ¿Sería eso verdad? ¿Habría algo oculto, misterioso, dentro de esa música que podría generar un hipnótico poder de sugestión? Helga reconocía que a veces, cuando escuchaba algunas partes de *Rienzi*, sentía cosas, sentía sensaciones extrañas. En otra ocasión, Helga leyó en el diario *Der Angriff* (el diario fundado por Josef Goebbels en 1927 y que ahora se había convertido en el órgano oficial de la DAF), una semblanza del Führer que se realizaba por su cumpleaños. En ella aparecía una anécdota en relación con Hitler y *Rienzi*. Contaba el periódico que durante su juventud, una noche, Hitler y un amigo suyo, August Kubizek, habían asistido en un teatro de Linz a una representación de *Rienzi*, que en Hitler causó un profundo impacto. A continuación, Hitler le pidió a su amigo que lo acompañara a la montaña de Freinberg, en mitad de la noche, desde donde se divisaba toda la ciudad. Y que allí, como si Hitler hubiese tenido una premonición, o una visión, algún tipo de experiencia mística, en palabras del Führer, dijo: «Mi destino me fue revelado, allí comenzó todo». Eso sucedió antes de que Hitler fuera a Viena intentando convertirse en arquitecto y pintor, en lo que fracasó. Aunque claro, Kurt siempre decía que su fracaso se debía a que Viena estaba dirigida por los judíos, no porque el Führer fuera ningún fracasado. Después de leer esto, Helga aún sintió más desasosiego, porque



también ella solía emocionarse con *Rienzi*.

Había algo en los turbulentos años que vivía Alemania, que después de volver de Núremberg, Helga estaba empezando a considerar. En algún lugar del cerebro de Helga, allí donde en oscuras habitaciones residen los pensamientos más secretos, esos que no puedes compartir con nadie y aún menos en su caso, se estaba forjando una teoría, la única posible para poder explicar desde el punto de vista racional, la locura del advenimiento del Tercer Reich. Helga recordaba la portada del disco de *El holandés errante*. En mitad de un mar embravecido, se elevaba la silueta del buque fantasma, y detrás de él había una especie de torbellino, una especie de abismo. Helga había empezado a llamarlo el «abismo wagneriano», porque representaba muy bien todo el universo oculto de la obra del gran compositor. Y Helga creía que ese «abismo», ese mundo wagneriano se había abierto sobre Alemania. Y que de él habían emergido antiguos seres, antiguos entes, seres y entes dormidos ahora nuevamente activados. Seres y entes procedentes de otra época, una época anterior al cristianismo, al humanismo, anterior al pensamiento más racional. Seres procedentes del primigenio mundo germánico. Y que esos seres, esos entes míticos, con ayuda de los nazis y la sugestiva figura de su líder, habían «poseído» a las masas. Sólo así se entendería lo que ella había vivido en Núremberg, lo que estaba viendo esa misma noche en Munich. Sólo así se entenderían las masas histéricas, las masas fanáticas, las que adoraban a un hombre, que era sólo eso, un hombre, como si ese hombre fuera un dios. Pero claro, de ahí su temor, porque como en las tragedias wagnerianas, como murieron Tristán e Isolda o Sigfrido y Brunilda; como Wotan incendiara el Walhalla, dando por muerta la era de los dioses, de los viejos mitos, Alemania estaba condenada a vivir su particular *Götterdämmerung*, su particular crepúsculo de los dioses. Y entonces, ese torbellino, ese abismo se lo acabaría tragando todo, se acabaría tragando a todos. Se acabaría tragando a Alemania.

Mientras observaba la Odeonsplatz de Munich esa noche de noviembre de 1936, Helga Petersen meneó la cabeza, de una manera casi imperceptible. El «abismo wagneriano». Quizás, tendría que cambiarle el nombre. Quizás, en la situación actual, lo más apropiado sería llamarlo el «abismo alemán».

---

\* \* \*

---

En ese mismo momento, las campanas de la Iglesia de los Teatinos comenzaron a sonar. Y sonaron a muerto. Con la misma lentitud con la que había ascendido por la Ludwigstrasse, el coche del Führer hizo su entrada en la Odeonsplatz. Hans volvió a mirar directamente al Führer, quizá esa fuera la ocasión en que más cerca lo vio. Pero esta vez, el Führer no lo miró a él. Porque el Führer tenía la mirada puesta en otro lugar de la plaza, en el viejo monumento del Feldherrnhalle. Hans reconoció la vieja

camisa parda, aunque el uniforme que el Führer llevaba esa noche, no lo conocía muy bien. Al día siguiente, su hermano Harald le explicaría que a ese uniforme se le conocía como «histórico».

El coche del Führer avanzaba ahora entre las filas de jóvenes reclutas de las SS, que en breves momentos le jurarían fidelidad y entre los cuales se encontraba Harald, su hermano. El coche se detuvo a los pies de la escalinata del Feldherrnhalle. El Führer descendió de él. De manera marcial, Adolf Hitler ascendió por la escalinata del viejo monumento, que estaba también adornada por una alfombra roja. El Führer se detuvo justo en el centro del monumento. En algún lugar de la plaza, sonó un solitario tambor. Y el Führer, el gran orador, el hombre que magnetizaba a las masas, dio el más espeluznante discurso que ofrecía al año. El discurso del silencio, del silencio absoluto. Porque allí, en aquella plaza, no se escuchaba ni siquiera la respiración de los presentes. Sólo el solitario redoble del tambor.

El Führer levantó su brazo e hizo el saludo nazi. Y miles de brazos se alzaron a la vez. Y fue entonces cuando Rudolf Hess, que estaba situado a su derecha, comenzó a leer una lenta letanía de nombres, de los mártires del movimiento. Mientras Hess leía los nombres de los mártires, las banderas y los estandartes del partido iniciaron una lenta procesión bajo el monumento. Banderas y estandartes, que se rendían cuando pasaban bajo la figura del Führer. Hans pensó, que aquel acto no tenía nada que ver con lo que había vivido en Núremberg, ni con el mar de banderas, ni con la catedral de luz, ni con el trueno de la juventud. Ese era el encuentro del nacionalsocialismo con la muerte, con el momento supremo en que la vida humana queda justificada. Porque esos nombres que relataba Hess, a los que acompañaba el solitario redoble del solitario tambor, no morirían nunca, aunque ya hubieran muerto, nunca caerían en el olvido. Porque eran inmortales, como los héroes y los dioses del libro de mitos germánicos de Herr Fritz.

Entre los nombres que Hess pronunciaba, a Hans le pareció escuchar el de Horst Wessel, el joven camisa parda asesinado en Berlín y cuya canción se había convertido en el himno del partido. Hans recordó una conversación que tuvo con sus amigos Rudi y Heinz a propósito de Horst Wessel. Herr Fritz, que ellos sabían muy bien era un sabio, les había explicado en clase que Horst Wessel era un joven miembro de las SA que se instaló en un barrio proletario de Berlín, donde predicó la doctrina del nacionalsocialismo, hasta que la bala de un asesino comunista acabó con su vida. Pero ese mismo día al salir de clase, Heinz, que tenía un hermano mayor, Karl, un joven camisa parda muy conocido en el barrio por ser novio de una chica de mala reputación llamada Astrid, les contó algo que había escuchado en su casa, un día que Karl, Astrid y alguno de sus camaradas estaban charlando en el salón:

—Sabéis, a lo mejor Herr Fritz no es tan sabio como creemos —había dicho Heinz.

Hans y Rudi que caminaban a su lado se detuvieron en seco:

—¿Por qué? —preguntaron a la vez.

—Karl y sus amigos contaron una historia muy diferente hace unos días sobre Horst Wessel, yo los estaba espiando y lo escuché. Mi hermano dijo que Horst Wessel era un camisa parda que se instaló en un barrio obrero de Berlín, como ha dicho Herr Fritz, pero según mi hermano, lo que pasó es...

—¿Qué es un barrio obrero...? —preguntó Rudi, que como era habitual, escuchaba con la boca entreabierta.

—Calla, Rudi —dijo Hans—. Sigue, Heinz.

—Mi hermano dijo, que Horst Wessel se había enamorado de una chica llamada Erna Jänichen o algo así, que era una «puta». Según mi hermano, quien mató a Horst Wessel fue el ex novio de la chica, que además era su «chulo»...

—¿Qué es una «puta»? —preguntó Rudi.

Con aires de superioridad, Heinz contestó:

—Alguien como Astrid, la novia de mi hermano. Alguien a la que se han «follado» todos los chicos del barrio.

—¿Y qué es «follado»? —Rudi continuaba con la boca semiabierta.

Heinz y Hans se encogieron de hombros.

—¿Y qué es «chulo»? —Rudi volvió con su batería de preguntas.

Esta vez, sin hacerle caso a Rudi, Heinz le dijo a Hans:

—Aunque a lo mejor, Herr Fritz sí que es un sabio, porque mi padre dice que mi hermano Karl es un burro que no vale para nada, que tiene más músculo que cabeza...

—Tu padre debe ser un sabio como Herr Fritz —dijo Hans—, yo estaba pensando lo mismo. Además, si Herr Fritz dijo que lo mató un comunista, es que lo mató un comunista. Ya sabemos que son gente malvada, como los judíos.

Hans y Heinz se miraron y sonrieron. Esperaban la siguiente pregunta de Rudi...

---

\* \* \*

---

En la plaza, en ese momento, el *Reichsführer* Heinrich Himmler se había situado bajo las escaleras del Feldherrnhalle, y con el brazo extendido en forma de saludo, le estaba dedicando unas palabras al Führer, que desde la posición en la se encontraba Hans, no se escuchaban muy bien. Pero Hans sabía que se acercaba el momento. Sus padres se cogieron de la mano, y Kurt puso su otra mano sobre el hombro de Hans momentos antes de que Harald, y el resto de reclutas de las SS hicieran el juramento de fidelidad ante el Führer.

El silencio era total en la Odeonsplatz. Hasta el tambor dejó de sonar. Y entonces, las voces de los jóvenes SS rasgaron la noche de Munich:

*Te ofrendamos Adolf Hitler nuestra lealtad y valentía. Te juramos obediencia personal a ti y a los superiores que nombres, hasta la muerte, ante Dios.*

Un enorme grito de *Sieg Heil!* brotó de la garganta de todos los presentes y entonces, los jóvenes reclutas de las SS comenzaron a entonar el himno de la orden negra:

*Aunque todos sean infieles,  
nosotros permaneceremos fieles,  
para que siempre en la tierra  
haya un grupo para vosotros.  
Compañeros de nuestra juventud,  
vosotros, imagen de tiempos mejores,  
que nos habéis consagrado a la virtud viril  
y a la muerte por amor.  
No os apartéis jamás de nosotros,  
estad siempre a nuestro lado,  
¡Fieles como los robles alemanes!  
¡Como la luna y la luz del sol!  
Un día se hará la luz  
en la mente de todos los hermanos;  
volverán a la fuente  
con amor y felicidad.  
Han combatido bien  
los héroes de este tiempo.  
Mas, ahora que la victoria ha llegado,  
Satán recurre a nuevas astucias.  
Pero cualquiera que haya de ser  
el tiempo de la vida,  
tú no debes envejecer,  
Oh, sueño de belleza.  
Vosotras, estrellas, sed nuestros testigos,  
que nos miráis en lo alto:  
aunque todos los hermanos callen  
y confíen en falsos ídolos,  
nosotros no queremos faltar a la palabra  
ni hacernos malvados.  
Queremos predicar y hablar  
del Sacro Imperio Alemán.*

Cuando el himno acabó, Hans se dio cuenta que estaba llorando. Sus padres también lo hacían, y la gente que estaba a su alrededor. Aunque Hans sabía que su madre lloraba por otro motivo. Por Harald, su madre todo lo hacía por Harald. La ceremonia había llegado a su clímax, y Hans, como prometió, había jurado con su hermano lealtad al Führer. Hans Petersen, pese a sus sólo siete años, había hecho esa noche en Munich un juramento que no rompería nunca. Nunca seguiría a otra persona, ni a otra idea que no fuera al nacionalsocialismo. Elevó sus ojos hacia el cielo, un cielo frío y estrellado de noviembre, y siguió llorando. Por Harald, que ya era un soldado de verdad, por él, que había jurado con su hermano. Y lo había hecho

allí, sobre el suelo de Baviera, bajo el cielo de Alemania.

---

\* \* \*

---

A la mañana siguiente, Hans y Kurt se levantaron muy temprano para asistir a los actos del 9 de noviembre. Helga, como era ya habitual, se quedó en el hotel probándose un precioso vestido negro que se había comprado en Berlín, especialmente para ver esa tarde a su hijo Harald. Hacía mucho frío esa mañana y el cielo estaba cubierto de amenazadoras nubes negras. Munich parecía ese día una ciudad mucho más siniestra que el día anterior, algo que casaba perfectamente con el acto que iban a presenciar. Cuando llegaron a la Marianplatz, Hans levantó la mirada hacia la romántica torre gótica del Alter Rathaus y a la bóveda de linterna de la Peterskirche. Tras ellas, las nubes negras corrían a gran velocidad. Hans tuvo la sensación de que esas nubes los iban a engullir. Era como si esas nubes se fueran a tragar toda la ciudad.

Cientos de personas se dirigían hacia la Odeonsplatz, llevando consigo grandes banderas del partido. Hans y Kurt intentaron acceder a la plaza, pero esta estaba ya repleta de gente, así que tuvieron que ver el acto desde la angosta Residenzstrasse. Hans observó que la plaza en torno al Fedherrnhalle estaba igual que la noche anterior, salvo que de los grandes pebeteros se habían retirado las copas que contenían el fuego, y ahora, debajo del águila del Reich y de la esvástica se habían añadido los nombres de los mártires del movimiento nazi. Habían muchos uniformes negros de las SS entre el público congregado, porque ese acto estaba reservado a los camisas pardas, a los viejos militantes del movimiento. Hans, que había sido aupado por su padre sobre sus hombros, buscó entre los uniformes negros a su hermano Harald, pero no lo encontró.

En el momento en que Hans y Kurt llegaron a la Residenzstrasse, el Führer estaba colocando una corona de flores en el lugar exacto donde los primeros militantes nazis perdieron la vida. El *Deutschlandlied*, el himno nacional, sonaba muy lento, muy triste, interpretado por una banda del ejército que se encontraba en mitad de la plaza. Desde la posición en que se encontraban, y gracias al esfuerzo de su padre de llevarlo sobre los hombros, Hans podía ver perfectamente al Führer y notó que ese día tenía una expresión muy distinta a la que había observado en él en otras ocasiones. Ese día, el Führer tenía la mirada cansada, triste. Sus ojos no tenían ese brillo fanático, casi diabólico, que hacía que se pareciesen a los ojos de Freki, el viejo lobo de Wotan. El Führer parecía «abatido». Quizás, pensó Hans, se debía a la ceremonia que presidía o por los recuerdos que le evocaba esa fecha.

En ese momento, un gigantesco estruendo retumbó en la plaza. Y otro. Y otro más. Y así, hasta dieciséis, dieciséis salvas de artillería, una por cada uno de los

muertos de aquella mañana de 1923. Grandes columnas de humo blanco se elevaron de la plaza hacia el tormentoso cielo de Munich, donde se fusionaron con las amenazadoras nubes negras que lentamente iban cubriendo todo el cielo de la capital bávara. El olor a pólvora envolvió la plaza. Y el silencio. Un sobrecogedor silencio, un silencio muy similar al que se había vivido en la misma plaza la noche anterior. Hans pensó que estas ceremonias que habían vivido en Munich, tampoco tenían nada que ver con la llamada a los caídos a la que asistió en Núremberg. Que aunque era muy pequeño, y todavía no podía comprenderlo bien, estas ceremonias de Munich eran más tristes, más sentidas, más importantes.

El coche del Führer abandonó la Odeonsplatz en dirección a la Königsplatz. Daba así comienzo lo que se conocía como «la marcha de la victoria». Una marabunta humana comenzó a caminar muy lentamente detrás de la comitiva. En unos camiones, similares a los que en los años veinte utilizaban los *Freikorps*, los antecesores del NSDAP, habían instalado unos potentes altavoces que emitían repetitivamente la canción de Horst Wessel. Hans y Kurt penetraron siguiendo a la comitiva en la Odeonsplatz. Hans todavía subido a hombros de su padre, pudo pasar muy cerca de los viejos leones de piedra que presidían el Feldherrnhalle. Allí, aún envueltos por el humo que habían provocado las salvas, los viejos leones le parecieron mucho más grandes y amenazadores que la noche anterior.

A ambos lados de la calle por donde discurría la marcha, cientos de miembros de las SA y de las Juventudes Hitlerianas, portaban grandes banderas del partido, que inclinaban y «rendían» al paso del coche del Führer. Hans miraba con envidia el uniforme de los chicos de las Juventudes Hitlerianas, el primer paso para ser un auténtico combatiente nazi, un soldado, el gran sueño de Hans. La noche anterior, cuando regresaba junto a sus padres al hotel frente a la Karlstor, Hans vio un cartel, que en el último año, se podía ver en cada rincón de cada ciudad, de cada pueblo de Alemania. En ese cartel se veía a un joven rubio como él, ario como él, mirando al frente de manera desafiante. Y detrás de él, estaba el rostro del Führer, pero ese sí que era el rostro del lobo, el rostro de la firmeza, de la certidumbre, de la fe absoluta en sí mismo, en el partido y en el movimiento. Los ojos fanáticos, los ojos de Freki. Era un cartel de llamamiento para alistarse en las Juventudes Hitlerianas. Y Hans no pudo casi dormir esa noche, pensando que aún le faltaban tres años para ingresar en las Juventudes y deseando que fuera ya el mañana, que durante esa noche pasaran los tres años y que a la mañana siguiente, al despertarse, se levantara y pudiera ponerse su uniforme y coger su bandera. Y desfilar. Desfilar para el Führer.

Hans y su padre acompañaron a la comitiva hasta que esta se detuvo al final de la Königsplatz, allí donde empezaba la Briennerstrasse. En ese lugar, se levantaban dos edificaciones abiertas de estilo clásico, un monumento al que se conocía como «el templo del honor». En su interior, había ocho tumbas de piedra, en cada uno de los

edificios, que representaban a los dieciseis muertos del 9 de noviembre de 1923. Entre las altas columnas de piedra, dos pebeteros de fuego ardían de forma permanente. Junto a ellos, soldados de las SS rendían a los caídos una vigilancia eterna. Mientras observaba al Führer colocar otra corona de flores en la escalinata del edificio, Hans Petersen pensó que esas palabras que habitualmente les decía Herr Fritz eran verdad, eran ciertas. Que el Führer y el partido nunca olvidaban a sus muertos. Que el recuerdo, como el fuego, era eterno.

---

\* \* \*

---

Hans y sus padres habían quedado en encontrarse con Harald en la plaza del Hof. A Hans el paseo desde el hotel hasta la vieja plaza muniquesa le pareció fascinante. Había atravesado los oscuros callejones del Innenstadt, los mismos donde muchos años antes, al caer la noche, los primeros combatientes del movimiento nazi se habían enfrentado a los malvados comunistas. A Hans todas esas historias que les contaba Herr Fritz le encantaban, hacían que volara su imaginación.

Harald apareció con su elegante uniforme negro. Sus padres se abrazaron a él, particularmente su madre, que permaneció mucho tiempo abrazada a su hijo, besándolo y cogiendo su cabeza entre sus manos. Luego, Harald cogió a Hans, lo levantó en el aire, le restregó su rubio pelo como hacía siempre y lo que a Hans más le gustó, le llamó soldado.

—¿Qué pasa, soldado?

Esas fueron las palabras de su hermano. Harald seguía siendo el mismo, el mismo joven alegre, optimista, cariñoso y vital de siempre. Hans estaba muy orgulloso de él, de pasear con él, un auténtico miembro de las SS, un soldado de verdad, con su guerrera negra, su gorra de plato negra, sus botas negras, su capote negro... le hubiese gustado decirle a todo el mundo: «Eh, mirad, este es mi hermano, y yo algún día seré como él».

---

\* \* \*

---

La Hofbräuhaus era una de las cervecerías más antiguas e importantes de Munich, y sin duda, la más conocida. Fue aquí, en 1920 donde nació el NSDAP, el Partido Nazi, donde el propio Führer expuso sus famosos «veinticinco puntos». Fue en esa misma taberna donde Adolf Hitler se dio a conocer como gran orador. Y fue en esa cervecería donde en 1921, las tropas de asalto, los camisas pardas de las SA tuvieron su «bautismo de fuego» en la que se conoció como «la batalla de la Hofbräuhaus». Pero el aspecto que tenía la cervecería aquella tarde de noviembre, cuando la familia Petersen al completo entró por el gran portalón de madera, no tenía nada que ver con

la imagen habitual que todo el mundo tenía de un lugar como aquel, antes de que los nazis llegaran al poder. Sólo las camareras con sus trajes tradicionales bávaros y portando grandes jarras de cerveza, quedaban de la imagen de tiempos pasados. Porque en la abarrotada cervecería prácticamente sólo había uniformes. Uniformes pardos de las SA, negros de las SS, uniformes del partido como el de Kurt y de las Juventudes Hitlerianas. Hasta la típica orquesta bávara que tocaba en el centro de la sala había sido sustituida por una banda de las SA que interpretaba temas patrióticos e himnos del partido.

Lo primero que sorprendió a Hans al entrar en la cervecería fue el olor. Olor a cerveza vieja, a humedad, a «antigüedad». Y a comida. A la comida que camareras y camareros llevaban en grandes bandejas de madera sobre el hombro. Se sentaron en una mesa larga, al lado de unos oficiales de la Wehrmacht a los que Harald saludó de manera marcial, a lo que ellos respondieron levantando sus jarras. Harald pidió para él y sus padres tres grandes jarras de cerveza, mientras Hans se entretenía comiendo un *Pretzel* que cogió de una cestita y que no le gusto nada. Le pareció duro, salado y con sabor a rancio. Hablaron de muchas cosas, de la instrucción de Harald, de los estudios administrativos que estaba realizando dentro de las SS, del juramento de la noche anterior ante el Führer... Harald ostentaba ahora el rango de *SS Sturmmann*, con lo que Kurt bromeó diciendo que así había empezado el Führer, aunque Harald les comunicó que próximamente iba a ser ascendido. Toda la conversación transcurrió con normalidad y en un ambiente jovial, hasta que Helga sacó el tema de la guerra:

—Harald, en Berlín hay mucha gente que piensa que es probable que haya otra guerra, que Hitler...

—No te preocupes, mamá —contestó Harald, poniendo su mano sobre la de su madre—, yo no creo que haya guerra, por lo menos en nuestro regimiento no hemos tenido ninguna constancia de ello. Nosotros seguimos con nuestra formación habitual, no hemos tenido ningún cambio de planes ni movilizaciones de ningún tipo. Son sólo habladurías de la gente de Berlín, mamá...

—Ya lo sé, Harald, pero comprenderás que me preocupe, tú estás ahora en el ejército y está ese asunto de Austria y el contencioso con Checoslovaquia...

—Créeme mamá, por las informaciones que nosotros tenemos, el Führer no tiene ninguna intención de iniciar una nueva guerra... claro que nuestros enemigos...

—¿Nuestros enemigos? ¿Qué enemigos, Harald? —preguntó Helga.

—Los judíos —concluyó Kurt de forma tajante.

—¿Los judíos? ¿Qué tienen que ver los judíos en todo esto?

—Conspiran —dijo Harald. Se había agachado sobre la mesa y había bajado mucho la voz, como si fuera a contar un secreto de Estado. Pasaba su mirada de Helga a Kurt y de Kurt a Helga—, conspiran contra nosotros, contra el Reich, contra



el Führer. Conspiran e intoxican a los gobiernos de Londres y París para ponerlos en nuestra contra. Se inventan cosas, hablan de persecuciones que no existen, divulgan mentiras...

—¿Verdad que los judíos y los comunistas son gente malvada, Harald? Lo dice papá y Herr Fritz... —dijo Hans mirando a su hermano, con un gesto de gran convicción en su rostro.

Helga fue a decirle algo a su hijo pequeño, pero no le dio tiempo. Harald se había incorporado de golpe, se había cuadrado y haciendo el saludo reglamentario había gritado *Sieg Heil!*

Un grupo de oficiales había entrado en la cervecería y entre ellos, el *Stürmbanführer* Hilmar Wäckerle, el «jefe» de Harald. El oficial se acercó a Kurt al que estrechó la mano, y luego a Helga, a la que muy educadamente besó en la mano. Luego se dirigió a Kurt:

—Un gran muchacho su hijo, Herr Petersen, estamos muy orgullosos de él. Le auguro una gran carrera en las SS.

Harald se acercó entonces a Hans y se lo presentó a Wäckerle.

—Este es mi hermano Hans, mi *Stürmbanführer*, de mayor quiere ser soldado.

Hans que se había quedado como petrificado mirando la inmensa figura del oficial, los duros rasgos de su rostro, su porte marcial, su impecable uniforme con sus galones y condecoraciones, dijo:

—Ya sólo me faltan tres años para ingresar en las Juventudes Hitlerianas. Luego seré soldado como mi hermano.

Wäckerle, Harald y sus padres rieron. Luego, el gigantón militar alborotó el rubio pelo de Hans, costumbre que parecía tener todo el mundo, y le dijo:

—Seguro que el Führer y Alemania estarán orgullosos de tener en el futuro, soldados como tú, Hans. Pero primero estudia, como tu hermano. La formación es muy importante en nuestra profesión.

Para Hans esas palabras fueron las más importantes que había escuchado en su vida. Por supuesto que estudiaría, haría cualquier cosa para ser soldado, y pensó, que esa tarde allí, en esa cervecería de Munich, había dado un paso de gigante en su objetivo.

El oficial siguió su camino tras despedirse de todos y se sentó unas mesas más adelante. En ese momento, en el fondo del local, un niño un poco mayor que Hans, de unos diez años, fue aupado a lo alto de una mesa. Lucía el uniforme de las Juventudes Hitlerianas y comenzó a cantar su himno. La orquesta de la SA lo siguió y todo el mundo levantó sus jarras y comenzaron a cantar. Y entonces, Hans pensó que era la persona más feliz del mundo. Sus padres estaban felices, Harald estaba feliz, Alemania estaba feliz. Y mientras el niño proclamaba que el futuro les pertenecía por completo, Hans pensó que era verdad. Que estaban viviendo un sueño. Y que nadie,

nadie, tenía derecho a despertarlos.

---

\* \* \*

---

Caminaron charlando animadamente hasta la puerta del hotel. Una fría niebla de otoño había descendido sobre la ciudad. Se despidieron de Harald. El joven les dijo que en cuanto tuviera ocasión, regresaría a Berlín. Que estaba ansioso por volver a su casa, tener unos días de tranquilidad y volver a ver a sus amigos del barrio. Cuando la figura de Harald desapareció engullida por la niebla de otoño tras la Karlstor, Hans y sus padres entraron en el hotel. Era su última noche en Munich, al día siguiente regresarían a Berlín. Hans estaba muy alterado esa noche, muy nervioso. Le costó mucho dormirse y cuando lo hizo, regresaron sus sueños. El peor sueño de todos, su peor pesadilla. Una revelación.

---

\* \* \*

---

*Corría. Volvía a estar desnudo y corría. Otra vez por un bosque, un inmenso bosque de robles cubierto por la niebla. Y otra vez era él, pero él no era. Porque volvía a tener el cuerpo de soldado, el cuerpo de guerrero. El cuerpo que quería tener cuando fuera mayor. Al final de la extensa masa de robles el cielo estaba rojo, como una gran bola de fuego. Allí estaba el lobo. Porque siempre sobre el lobo, el cielo era rojo. Él lo llamaba, y Hans corría a su encuentro. No podía decir que no. Porque lo había jurado. Sobre el suelo de Baviera, bajo el cielo de Alemania.*

*Llegó a un claro. Había un gran círculo de piedras, como si fueran menhires o pequeños monolitos. Y tras el círculo, sobre una roca, estaba él. El lobo. Freki, el lobo de Wotan.*

*Hans se sintió transportado, ahora no andaba, flotaba. Descendió al otro lado del círculo, enfrente del lobo. Miró a su alrededor. Eran cientos. Niños y niñas, chicos y chicas, todos perfectos, todos desnudos, todos soldados. Y llevaban antorchas. Las chicas decoraban su cabeza con unos adornos florales en forma de corona. Y los chicos, con dorados cascos metálicos. Hans comenzó a comprender por qué iban siempre desnudos, como los héroes y los dioses del libro de mitos germánicos de Herr Fritz. Porque la desnudez, es lo natural, la esencia misma de la naturaleza, y cubrirla la envilece. No se puede cubrir la naturaleza. Como siempre decía Herr Fritz, eso es algo vil, algo cristiano.*

*El interior del círculo de menhires, de monolitos, había desaparecido. Ahora había vuelto el abismo, el enorme torbellino que giraba y giraba. El lobo miró directamente a Hans y mentalmente, desde lo más profundo de sus grandes ojos azules, casi translúcidos, le dijo:*

—Soldado, acércate al abismo. Sitúate delante de él. Te voy a mostrar aquello que somos, aquello que habita en nosotros.

Hans se acercó al torbellino que giraba y giraba. Y entonces, algo emergió de él. Un ente, un ser luminoso, envuelto por una cortina de niebla. El mismo ente, el mismo ser luminoso con el que había soñado en Núremberg.

El ente, el ser luminoso quedó delante de él. De la cortina de niebla se desprendían pequeñas gotitas de agua, que al caer sobre la piel de Hans, le proporcionaban pequeñas quemaduras. Como si fuera agua sulfurosa, agua hirviendo. Pero Hans no se quejó del dolor. Al lobo no le gustaría que lo hiciera.

—Soldado, prepárate. Eres un privilegiado. Vas a descubrir qué se esconde más allá de la cortina de niebla.

Y casi sin darse cuenta, la niebla que cubría al ser luminoso se abalanzó sobre él. Ahora Hans sintió un terrible dolor, como si miles de pequeños alfileres se clavaran en cada poro de su piel. Hacía frío, mucho frío allí, en el interior de la cortina de niebla. Tardó unos segundos en atravesarla, unos segundos en que el dolor aumentó. Hans no pudo soportarlo y lanzó un alarido. Aunque el lobo se enfadase.

Estaba dentro. Estaba dentro de la cortina de niebla. Ni siquiera en los días más fríos del duro invierno berlinés, Hans había experimentado una sensación de tanto frío como el que hacía allí dentro. Grandes nubes de vapor emergían de su boca mientras allí, rodeado del silencio y la oscuridad absoluta, observaba al ser, al ente que habitaba tras la cortina de niebla. Mientras lo observaba atónito, a Hans le pareció escuchar una conocida melodía que emanaba del torbellino, del abismo que se abría a sus pies. Quizás fuese una de esas melodías de los discos de su madre, de los que ella escuchaba una y otra vez en el gramófono que tenía en su habitación. Pero no distinguió cuál era la melodía concreta, no podía hacerlo, era demasiado pequeño para eso.

No podía ser, aquello no era real, aquello era sólo un sueño. Porque el ser que estaba viendo no existía, no era real, era sólo un mito, así se lo había explicado Herr Fritz. No señor, no podía ser.

El ser, el ente, voló hacia él. Allí dentro, el sonido metálico de sus alas al batirse perforó sus tímpanos. Hans estuvo tentado de llevarse las manos a los oídos, pero no quería disgustar más al lobo. El ser, el ente, se situó a escasos centímetros de él. Hans casi podía tocarlo, las rodillas del ser estaban frente a su rostro. Era muy grande, muy alto, tan alto y tan grande como las estatuas de piedra que decoraban los parques berlineses, y que a Hans siempre le habían parecido gigantescas.

Hans elevó lentamente la vista hacia él. Pese a su gran altura, el ser parecía una chica, una chica adolescente. Pero no lo era. Se parecía también a Kara, la valquiria de su cuadro. Pero no lo era. Naturalmente, pensó Hans, porque esta era de verdad, no un dibujo en su libro de mitos germánicos, no una reproducción en un lienzo

*comprado en una tienda de recuerdos del partido en Núremberg.*

*—Oh, dios mío... ¿es una valquiria?*

*Hans pensó en voz alta. Se llevó las manos a la boca. No quería que el lobo lo escuchara, no quería que notara que tenía miedo. Mucho miedo.*

*—¿Es mi valquiria?*

*Había vuelto a hablar en alto. Volvió a llevarse las manos a la boca y dio un paso atrás, en dirección a la cortina de niebla. Pero el ente, el ser, la valquiria, volvió a volar junto a él.*

*Despedía un potente olor. La valquiria olía a naturaleza salvaje, a humedad. Como huele la hierba después de una tormenta de verano. Y a antiguo. A algo que venía de muy lejos, de otra época, o mejor, de otro mundo. Quizás de un mundo dormido, de un mundo olvidado, pero que ahora había vuelto a resurgir.*

*El color de todo su cuerpo era de un blanco muy brillante, resplandeciente, como el color que adquiere la nieve cuando es iluminada por la luna en una noche de invierno. Sus pies y sus piernas eran como los de una chica normal, aunque estas eran muy largas. Bajo su vientre, entre sus piernas, tenía como una brecha, una especie de labios. Hans no sabía lo que eran, pero había observado que todas las niñas y las jóvenes que portaban antorchas y las diosas de su libro de mitos germánicos, también la tenían. Como él sólo había visto desnuda a su madre, pensó que esa debía de ser la marca de las mujeres perfectas, de las mujeres elegidas. Por eso su madre no la tenía.*

*Encima de esa brecha tenía una especie de dibujo, un dibujo grabado en su piel. Era como una flor blanca. Y eso sí que lo reconoció. Era la flor que todas las niñas y las jóvenes que portaban antorchas, llevaban sobre su cabeza y que Herr Fritz, en su clase de ciencias naturales les había dicho que se llamaba la flor de Edelweiss.*

*Los pechos de la valquiria eran muy pequeños, demasiado pequeños para ser los de una mujer, pero demasiado grandes para ser los de un hombre.*

*Había llegado un momento que a Hans le daba especial temor. El rostro. Mirar su rostro. Hans comenzó a sudar. Muy lentamente, ascendió con la mirada desde los pechos de la valquiria hasta su rostro.*

*Era un rostro de una gran belleza. Por su forma se diría, que la valquiria tenía el rostro de una chica muy joven. Pero Hans sabía que eso era sólo una ilusión, una fantasía. Que tenía milenios. Que estaba contemplando el origen de su pueblo. A los mitos de la raza aria.*

*Hans observó su boca. La tenía semiabierta. Y de ella, salía fuego. Una pequeña llama, como la llama eterna que decora un monumento a los caídos, como el fuego que nunca se apaga. Los ojos eran muy grandes, de un color blanquecino azulado, del color del hielo. Pero sus retinas eran un torbellino, un abismo que giraba y giraba. Eran unos ojos que habían visto mundos, mundos lejanos, mundos extraños,*

lugares que conseguirían hacer enloquecer a la mente más cuerda. Posiblemente, como decía sobre los dioses el libro de Herr Fritz, esos ojos ya observaban el mundo cuando los hombres, los «mortales», aún no caminaban sobre él.

Con un rápido movimiento, la valquiria se dio la vuelta. Hans miró el casco dorado adornado por dos pequeñas alas. Salvo por este detalle, el casco era como el que Hans y los chicos que portaban las antorchas llevaban, por este detalle y porque en el caso de la valquiria, el casco nacía de ella, surgía de su propia cabeza. Sucedió lo mismo con las alas de su espalda, surgían del interior de esta, a la altura de los omóplatos, y se extendían casi hasta los talones de sus pies. Eran muy grandes en proporción a su cuerpo, también doradas. Y despedían un potente olor a metal.

Las nalgas de la valquiria eran como las de cualquier chica, como las de las diosas del libro de mitos germánicos, pero Hans se dio cuenta que a lo largo de ellas, saliendo de sus piernas, había unas inscripciones o unos símbolos que parecían haber sido esculpidos sobre su piel. Hans se acercó todo lo que pudo a la valquiria para poder leerlos. Ahora, el olor a humedad, a naturaleza salvaje era mucho mayor, casi insoportable. Hans puso su mano sobre la nalga izquierda de la valquiria. La piel era muy suave, como el terciopelo, y estaba muy fría, helada, como si fuera un trozo de hielo desprendido de un glaciar. Lentamente, Hans tocó con sus dedos cada uno de esos extraños símbolos y se dio cuenta que estos se iluminaban y formaban letras. Allí había una F, una A, una C, una K, una E y una L. FACKEL. Pasó luego a tocar los símbolos que había encima del cóccix del ser. Allí se descubrieron ante él, una F, una E, una U, una E y una R. FEUER. Por último, pasó a leer las letras que se iluminaban en la nalga derecha del ser: una S, una C, una H una W, una E, una R y una T. SCHWERT. FACKEL, FEUER Y SCHWERT. Antorcha, fuego y espada. Hans no comprendió en ese momento el código allí escrito, pero tuvo la certidumbre de que no tardaría en comprenderlo.

Hans observó que todo el cuerpo de la valquiria estaba grabado por esos extraños símbolos, símbolos que se iluminarían convirtiéndose en letras, letras que formarían palabras, palabras que formarían frases, frases en las que estaría escrito el código de su vida. Porque eso era la valquiria. Un código. No sólo la protectora y la encargada de subir el alma de los soldados caídos en el campo de batalla al Valhalla, sino el ser dónde estaba escrito el pasado, el presente y el futuro de los soldados. Su pasado, su presente y su futuro, porque él iba a ser un soldado. El pasado, el presente y el futuro de todos ellos, porque todos ellos iban a ser soldados. Allí, sobre el cuerpo de la valquiria, estaba grabado el día de su nacimiento y el día de su muerte. El día y la hora. El día y la hora, en que la valquiria descendería de la casa de los dioses para recoger su alma en un campo de batalla cualquiera, y subirla a la presencia de su dios, del dios que creó a su pueblo. Otra alma. Otro mártir. Otro héroe. Hans sintió un estremecimiento. Esas eran las cosas que a él le gustaban. Por

eso quería ser soldado.

La valkiria dio otro rápido giro y volvió a quedar situada frente a él. Lentamente, el ser comenzó a doblarse como si hiciese el «puente», el movimiento gimnástico. Echó la cabeza para atrás, y su dorado cabello, tan dorado como su casco, cayó como una catarata sobre el abismo. En esa posición, abrió de par en par sus piernas y sus brazos, mientras extendía sus dos manos hacia Hans, como si fuera a entregarle algo.

De las palmas de sus manos comenzaron a emerger dos afiladas puntas. Estas rasgaban su piel, pero misteriosamente la valkiria no sangraba. Lentamente, muy despacio, las dos puntas dieron paso a dos brillantes hojas, y ante Hans se desplegaron dos enormes espadas. De la boca de la valkiria, salía ahora una gran llamarada de fuego, como la que sale de la boquilla de un lanzallamas. Hans sudaba ahora mucho más, porque la valkiria se había quedado allí estática, con la extraña brecha de su vientre a la altura de la cara de Hans, y el calor que emanaba de las grandes llamaradas de su boca era ahora insoportable. De pronto, se incorporó. La valkiria le mostró las dos espadas. Eran muy antiguas y estaban decoradas con grandes runas plateadas. Años más tarde, durante una acampada en el macizo del Harz, en vísperas de un solsticio de verano, Hans Petersen estudiaría las runas, pero en ese momento, no las comprendió. Pero lo que sí pudo entender era el nombre de las espadas que figuraba sobre su empuñadura. La espada de la mano derecha que miraba hacia Occidente se llamaba NOTHUNG. Y la espada de la mano izquierda, que miraba hacia Oriente se llamaba BALMUNG. Hans reconoció rápidamente ese nombre, porque estaba en el libro de mitos germánicos de Herr Fritz. Balmung, la espada del héroe, de Sigfrido, forjada con sus propias manos, la espada con la que daría muerte a Faffner, la bestia milenaria. Ese pasaje le gustaba especialmente a Hans, era su favorito. Sin embargo, no reconoció el otro nombre, Nothung.

La cortina de niebla que protegía a la valkiria había desaparecido. Ahora, Hans podía ver al lobo alzado sobre su roca, al otro lado del abismo. Este lo miró fijamente y le dijo:

—Soldado, elige tu espada.

Hans agarró la empuñadura de la espada llamada Balmung y tiró de ella. La valkiria lanzó un horrible chillido, que provocó que el cielo rojo desapareciera y se transformara en un diabólico cielo negro de tormenta. Mientras Hans intentaba sacar la espada de la mano de la valkiria, esta seguía chillando y se retorció, como si Hans le estuviese arrancando un trozo de su propio cuerpo, de su propio ser.

Cuando la espada estuvo completamente en su mano, Hans volvió a sentirse transportado, esta vez al interior del grupo de jóvenes que portaban las antorchas. Salvo que ahora todos, los niños y las niñas, los chicos y las chicas, portaban espadas. Hans pensó, que todos habían tenido la misma experiencia que él, todos

*habían estado a solas con ese ser, porque todos eran uno. Y tuvo la seguridad, que esa valquiria, no era sólo «su» valquiria. Era la valquiria de todos, de todos ellos.*

*La valquiria estaba ahora detrás del lobo. Giraba muy rápido la cabeza y alumbraba el abismo con las llamas de su boca. Y de sus manos, donde habían estado las espadas, brotaban ahora, otra vez, como el primer día que la vio, dos reflectores de luz. Y el lobo habló:*

*—Soldados, agruparos. Recibid a la tormenta.*

*El lobo aulló. Un aullido sobrecogedor que rasgó la noche. Comenzó a diluviar. Y entonces ellos, los niños de hoy, los jóvenes perfectos, los soldados del mañana, levantaron las espadas y gritaron Sieg Heil!*

*La valquiria, que parecía una chica muy joven, pero que no lo era, que se parecía a Kara, la valquiria de su cuadro, pero que no lo era, porque era una valquiria de verdad, alumbró con el foco de su mano hacia Occidente. Y muchos de ellos, alzando al aire sus espadas, corrieron en esa dirección. Y con el foco de su otra mano alumbró a Oriente. Y otros muchos, entre ellos Hans, alzando sus espadas, corrieron en esa dirección.*

*Y Hans corría, y gritaba, y seguía corriendo...*

---

*\* \* \**

---

Hans despertó bañado en sudor. Jadeaba. Levantó la cabeza y miró en dirección a la cama de sus padres. Dormían. Esta vez por lo menos, su madre no se había despertado. Se quedó mirando hacia el techo. Estaba muy cansado, como si en lugar de dormir hubiera estado corriendo toda la noche. Tres palabras acudían a su cabeza: antorcha, fuego y espada. No sabía lo que significaban, pero daba igual, a la mañana siguiente, Hans las habría olvidado. Eran la antorcha que iba a portar, la espada que iba a blandir y el fuego en el que iba a arder, en una gran hoguera llamada Berlín. Pero para eso, faltaban muchos años. Ahora lo importante era que el reloj que un día fuera inoculado dentro de su cerebro seguía su trágica y dramática cuenta atrás. Que el círculo se seguía cerrando. Y que su iniciación, continuaba según los cálculos previstos.

### III

## LAS ESPADAS Y LA NIEBLA

*Hoy he cumplido, con la mayor misión de mi vida. Como Führer y canciller de la nación alemana doy parte a la historia de que mi patria se incorpora hoy al Reich alemán.*

Adolf Hitler en la Heldenplatz de Viena,  
13 de marzo de 1938

*Viena, finales de marzo de 1938.*

Las peores previsiones de Helga sobre el futuro de Europa se cumplieron la mañana del 12 de marzo de 1938. Ese día las tropas del Tercer Reich invadieron Austria. Pero a diferencia de lo que Helga había pensado, en Austria no se disparó ni un solo tiro. Los austriacos recibieron a las tropas alemanas con flores y banderas, con multitudes exaltadas, con grandes pancartas descolgándose por las fachadas de las casas proclamando la consigna: «Un Führer, Un pueblo, Un Reich». Otra vez las masas fanáticas, otra vez las masas histéricas, las mismas que ella había visto en Núremberg, las mismas que ella había visto en Munich. Helga no se lo esperaba. No esperaba escuchar el discurso de Hitler, recibido como un dios, como un liberador, en la Heldenplatz el 13 de marzo. Pensaba que los austriacos opondrían resistencia, que lucharían por su independencia, por su libertad. Pero no fue así, y en realidad ella se alegró, no por Hitler —cada día sentía más desconfianza hacia él—, sino por Harald, porque había participado en la invasión. El regimiento *Germania* entró en Austria por Linz junto al *Leibstandarte* para luego poner rumbo a Viena. Allí algunas unidades quedaron estacionadas en lugares estratégicos, mientras otras pasaban a ocupar posiciones que desde la noche del 12 de marzo el *Reichsführer SS* Himmler había ordenado ocupar a elementos de las *SS Allgemeine* austriaca, como edificios oficiales y otros. Así que los únicos disparos que escuchó Harald fueron los besos y los piropos de las jóvenes austriacas y las flores que les tiraban desde los balcones. De hecho, desde un principio, la invasión alemana de Austria se conoció como la *Blumenkrieg*, la guerra de las flores.

Hans había crecido, había madurado en este año y medio desde que lo dejáramos en Munich. Ahora tenía ya ocho años, pronto cumpliría nueve y le faltaría sólo un año para ingresar en el *Jungvolk*, la rama infantil de las Juventudes Hitlerianas. En todo este tiempo no había dejado de soñar, y por lo tanto, tampoco de iniciarse. Había estudiado y sacado muy buenas notas, destacando especialmente en dibujo, seguía siendo el chico maniático del orden de siempre y había obedecido en todo a sus padres. Incluso había vuelto a confiar en su madre, a hablar con ella a través de los ojos, aunque eso no iba a tardar mucho en cambiar, en romperse para siempre. Pero



por otro lado, su fanatismo había ido *in crescendo*. Se había endurecido. Se había convertido en un niño «duro».

La operación del *Anschluss*, de la unificación de Alemania y Austria, le apasionó desde el principio. Y más cuando se enteró que su hermano Harald iba a participar en ella. Pero se decepcionó cuando no tuvo noticias de combates ni de batallas. Seguía el día a día de la invasión en la Radio del Reich, y en ella, escuchó el famoso discurso del Führer en la Heldenplatz. Hans se volvió a emocionar, incluso ante el estupor de Helga, hasta lloró. Pero para él la mayor de las alegrías se produjo el día que recibieron en casa un telegrama de Harald, en el que el joven les decía que aprovechando un permiso de fin de semana, les invitaba a pasarlo con él en Viena.

Para Hans significaba por primera vez en su vida visitar una ciudad y un país «extranjero», aunque claro, ahora Austria se llamaba *Ostmark* y había sido anexionada al Reich alemán. Ahora Austria les pertenecía y como decía Herr Fritz, no tardando mucho les pertenecería toda Europa.

Para Helga era también un sueño, aunque por otro lado, le preocupaba ir a una ciudad que estaba viviendo una situación tan turbulenta. Harald la tranquilizó en un telegrama posterior, diciéndole que todo estaba controlado, que allí los trataban como a héroes y que la nueva administración nazi era muy eficiente y había tardado muy poco en devolver la normalidad a la ciudad. Helga tenía muchas ganas de visitar Viena por otros motivos. Viena siempre le fascinó. Era la cuna de la música, del arte, la ciudad de las cafeterías y las tertulias literarias. Aunque claro, pensando en el páramo cultural en que se había convertido Alemania bajo el dominio de los nazis, no dudó en imaginar que las cosas habrían cambiado mucho en la capital austriaca. Helga comenzó a ser consciente de la llegada de esa era de sombras, cuando en mayo de 1933 asistió boquiabierta y escandalizada a la quema de libros en la Opernplatz de Berlín. Allí, grupos de estudiantes arrojaron a las llamas libros de autores alemanes como Stefan Zweig, Heinrich y Thomas Mann, Erich Maria Remarque, Wassermann, Preuss..., o de grandes clásicos de la literatura mundial como Jack London, Upton Sinclair, H. G. Wells, Gide, Proust, Zola... Helga no olvidaba, que frente a las llamas de aquella infame hoguera, el flamante ministro de Propaganda, Josef Goebbels, se había dirigido a los estudiantes, diciendo: «Estas llamas no sólo iluminan el final definitivo de una vieja era; iluminan también el principio de otra». Helga pensaba que al igual que en Alemania, muchos de esos artistas e intelectuales austriacos que ella admiraba eran judíos y ahora todo su rastro habría desaparecido. Y luego, estaban los artistas e intelectuales que no compartían la visión nazi de la vida. «Degenerados» les llamaban. Estos también habrían sido borrados de la vida cultural vienesa, como habían sido borrados de la de Berlín. Pero por encima de todo eso, Viena seguía siendo la ciudad de la Ópera de la Ringstrasse, de los palacios del Hofburg y de Schönbrunn, del Prater y los jardines del Belvedere, del gótico y del

barroco... y todos esos lugares ella los quería conocer.

---

\* \* \*

---

Viena los recibió con un mortecino cielo de finales de invierno. Se alojaron en una habitación del hotel Sacher, muy cerca del palacio de la Ópera de la Ringstrasse, en la concurrida y siempre llena de vida Kärtnerstrasse. Uno de los hoteles más exclusivos de Viena. Helga empezaba a entender cuáles eran los grandes cambios que estaban experimentando sus vidas. Habían pasado de la triste residencia de la DAF en Núremberg, al hotel frente a la Karlstor en Munich, y ahora a todo un hotel de lujo en Viena. Claro que, ahora ellos, los alemanes, eran los dueños de Viena. Y además el hotel se lo había reservado su hijo, un *Hauptscharführer* de las SS, la élite de los nuevos señores de Austria. Harald incluso había conseguido entradas para asistir a una representación de *Lohengrin* en la Ópera de la Ringstrasse, a la que asistiría toda la nueva «aristocracia» social de la vida vienesa. Eso era algo que la familia Petersen nunca podría haberse permitido. Pero los tiempos estaban cambiando demasiado deprisa en Alemania. Quizá demasiado para lo que a Helga le gustaría. Y persistía en ella la percepción de que todo eso no iba a acabar bien.

Harald los recogió en la estación. Viajaron hasta el centro en un coche de las SS con distintivos. Helga estaba un poco asustada, temía viajar en un vehículo que posiblemente los vieneses consideraran perteneciente a un ejército de ocupación. Pero pronto cambió de opinión, bueno, lo que estaba viendo le hizo cambiar de opinión. Desde que entraron en el centro de la ciudad, Helga observó que todas las casas estaban engalanadas con banderas del Reich y del partido, con retratos de Hitler, con lemas que hablaban de un solo pueblo y un solo Reich. Casi todos los distintivos, banderas y emblemas del estado austriaco habían desaparecido. En una calle, pudo ver un retrato del líder alemán que cubría toda la fachada de un edificio. A sus pies, las jóvenes austriacas habían depositado tal cantidad de flores, que los peatones se veían obligados a bajar a la calzada (jugándose el pescuezo), para poder sortearlas.

Kurt, con su eterno uniforme del partido, iba sentado en el asiento delantero del vehículo junto a Harald, que conducía. Helga y Hans iban en el asiento de atrás. Helga no dejaba de mirar a su hijo que parecía enloquecido con todo lo que estaba viendo y además, debía estar encantado viajando en un auténtico coche de las SS, él que quería, que soñaba con ser soldado. Esa obsesión por ser soldado no había desaparecido, muy al contrario, cada día parecía más convencido. Seguía haciendo esos extraños rituales con los cuadros que compraron en Núremberg. Ahora además, había colocado un enorme mapa de Europa, que él mismo había dibujado, en una de las paredes de su habitación, y había comprado, con el pequeño sueldo semanal que le daba Kurt, unas pequeñas chinchetas de colores para marcar los frentes cuando

comenzara la «guerra». La guerra. ¿Por qué estaba tan convencido Hans de que iba a estallar una guerra? En vísperas de la invasión de Austria, el niño estaba tan exaltado que Helga le preguntó qué le pasaba y, Hans le contestó con rostro entusiasmado:

—Estoy ansioso porque empiece la guerra, mamá. Podré seguir los combates y las batallas, y escucharé los partes militares en la Radio del Reich, y colocaré las chinchetas en el mapa de mi habitación, y así podré seguir día a día los avances del ejército alemán y...

—¿Pero por qué estás tan seguro que va a estallar una guerra, hijo?

Hans la miró fijamente con esos ojos fanáticos que ponía en ocasiones y le dijo:

—Porque ahora las espadas se han alzado, mamá.

¿Las espadas se han alzado? ¿Pero quién le estaba metiendo todas esas ideas raras en la cabeza? ¿Herr Fritz? Helga pensó que quizá, como hicieran los padres de Rudi, tendría que ir a hablar con el viejo profesor. Toda esa propaganda, esa inyección constante de proclamas y marchas militares, de banderas y simbología, todo eso no podía ser bueno para un chico de ocho años. Tenía un calendario que había confeccionado él mismo, en el que llevaba una cuenta atrás del tiempo que le faltaba para entrar en el *Jungvolk*. Seguía teniendo pesadillas, aunque más suaves y más espaciadas, a lo mejor una o dos veces al mes. Pero luego estaban las preguntas, las extrañas preguntas. Un día, Helga planchaba la ropa de Kurt y de Hans en un rincón del salón, mientras el chico dibujaba en la mesa. Le había pedido a su madre los discos de Wagner, y estaba dibujando la portada de *El holandés errante*. El chico miraba como poseído la imagen del barco fantasma, o eso le pareció a Helga. De pronto el niño levantó la vista de la portada del disco y le preguntó:

—Mamá, ¿tú crees que de un torbellino como este pueden surgir cosas?

Helga dejó la plancha sobre la tabla. Se había quedado muy sorprendida por la pregunta. El niño señalaba un torbellino, una especie de abismo que cubría el cielo sobre el barco fantasma. Helga recordó que la noche que Harald realizó su juramento de honor ante el Führer en la Odeonsplatz de Munich, ella también tuvo un pensamiento sobre torbellinos, abismos y seres que escapaban de ellos. Helga le contestó:

—Eso es una tormenta, Hans. De ahí sale la lluvia, los relámpagos, los truenos...

—No, si eso ya lo sé, mamá. Me refiero a otras cosas, a cosas extrañas.

Helga no supo qué contestar. Pero en realidad, la fantasía y la imaginación de un niño son muy poderosas y siempre suelen sorprender a los padres con esas preguntas. Y Helga pensó que había hecho bien en no darle más importancia. ¿O no?

Su fanatismo también había aumentado. El día de la invasión de Austria, Helga estaba muy nerviosa. Estaba muy preocupada por Harald, por la posibilidad de que le pasara algo en Austria, algo horroroso, algo parecido a lo que les pasó a sus hermanos en Bélgica durante la Gran Guerra. Lo estaba comentado con Kurt mientras comían,

cuando Hans dejó la cuchara en su plato y mirándola con esos ojos fanáticos que se estaban convirtiendo en habituales en él, dijo:

—¿Pero de qué te preocupas, mamá? Harald está haciendo la cosa más importante que un ser humano puede hacer por su patria. Luchar en una guerra. Luchar por el Führer, al que le debemos todo lo que somos y seremos en el futuro. Y luchar por Alemania, devolverle con nuestra sangre, la sangre que nos dio al nacer. ¿Puede haber algo más importante?

Helga se quedó sin habla. Los ojos del chico brillaban, fijos en ella, sin parpadear. Cuando se recobró, quiso probar a su hijo. Y le dijo:

—Entonces, ¿tú no estás preocupado, Hans? ¿No te importa que tu hermano pueda resultar herido si hay combates, si los austriacos oponen resistencia? ¿Y si muere?

—¿Qué es morir, mamá? Un combatiente nacionalsocialista que muere en combate no muere nunca, mamá. Al contrario, según nos explicó Herr Fritz, vive para eso, para morir por el Führer. Así cada 9 de noviembre tu nombre es pronunciado en la ceremonia de los caídos y te conviertes en eterno, en inmortal. Entrás en el Valhalla, mamá, como en el cuadro que teníamos en el comedor de la residencia de Núremberg. Esa es la forma de que el Führer escuche nuestro nombre, como mártires, y se acuerde de nosotros. ¿Eso no lo sabías?

Esa fue la gota que colmó el vaso para Helga. Esa falta de sentimientos hacia su hermano, esa ausencia de preocupación no era ya normal en un niño como Hans. Y decidió que había llegado el momento de mantener una charla con el maldito Herr Fritz.

---

\* \* \*

---

Se presentó en la escuela del chico a última hora de la tarde, cuando los alumnos, incluido su hijo, se habían ido ya a casa. Buscó el aula de Hans y entró. Era un aula grande, junto a Hans asistían a su clase casi cuarenta niños, y tenía una gran ventana que se asomaba a un bonito parque. La escuela estaba situada en una de las zonas residenciales más exclusivas de Dahlem. Nada más entrar en el aula, lo primero que llamó la atención de Helga fue un gran retrato del Führer que colgaba encima de la pizarra. Cuando lo vio se quedó paralizada. Era el mismo viejo retrato que Hans se había empeñado que le compraran en Núremberg, y que ahora estaba colgado en su habitación, frente a su cama. Era esa vieja fotografía del líder nazi, en la que parece que te sigue con la mirada, como si te observara, como si hicieras lo que hicieras, él te vigilara. Helga no pudo evitar un estremecimiento. Debajo del retrato, enganchado a la pizarra, había un ramo de flores frescas. Hans le explicaría más tarde, que todas las mañanas, las chicas de la BDM pasaban por cada aula y las colocaban antes de

empezar las clases.

Herr Fritz estaba sentado en su mesa corrigiendo unos trabajos. Era mayor, de unos sesenta años. Tenía muy poco pelo, ya encanecido, y llevaba unas de esas gafas redondas, que estaban tan de moda en la Alemania de aquellos años, unos «quevedos», como los que habitualmente llevaba el *Reichsführer SS*, Heinrich Himmler. Tras esas gafas se escondían unos pequeños ojos azules, unos ojos astutos. Mientras hablaba con él, a Helga le recordaron esos ojos a los de un zorro. A los de un pequeño zorro. Los ojos de Helga fueron inmediatamente a la solapa de su chaleco, donde el profesor llevaba una aguja con la esvástica del partido, que lo identificaba como miembro de la Liga de Profesores Nacionalsocialistas. Pero a pesar de todo eso, Herr Fritz tenía un aspecto calmado y tranquilo y, como pudo comprobar, era una persona muy educada.

Tras presentarse como la madre de Hans Petersen, Helga le comentó que acudía a él porque estaba muy preocupada con el comportamiento de su hijo, que Hans estaba teniendo comportamientos muy raros, muy extraños para un niño tan ordenado y tranquilo como él. Herr Fritz la tranquilizó. Le explicó que era normal, por su edad, por los grandes cambios que todos estaban sufriendo, por los tiempos que vivían, tiempos de conceptos nuevos, de creencias nuevas. Pero que Hans era un niño muy bueno, ordenado y educado, lo consideraba muy inteligente, sacaba muy buenas notas, destacaba en todas las materias, especialmente en dibujo y además, nunca causaba problemas. De hecho, para Herr Fritz, Hans era su alumno preferido. Todo eso tranquilizó a Helga. Pensó que se había precipitado, que quizás fuera ella la que estaba excesivamente preocupada y nerviosa con todo ese asunto de la guerra, y que posiblemente su hijo sólo se comportaba como lo hacían todos los niños de su edad, muy influenciados por toda la propaganda y el boato sugestivo que el nazismo estaba dando a su movimiento. Al entrar en el aula, y además del retrato del Führer, Helga había recaído en una especie de estandarte negro que decoraba una de las paredes y, donde en letras góticas blancas, se podía leer: *Heute behort uns Deutschland, und morgen die ganze Welt*. Hoy nos pertenece Alemania, y mañana el mundo entero. Consignas como esas eran con las que los nazis estaban llenando la cabeza de los niños y de los jóvenes alemanes. Y Hans era sólo un niño y como tal, sugestionable e influenciable. Helga consideró que tendría que tener paciencia, conforme creciera y madurara esa obsesión de ser soldado se desvanecería, y posiblemente si perseveraba en su afición al dibujo, se convertiría en un artista, algo que habría entusiasmado a su padre, al abuelo de Hans. El primer artista en la familia Petersen. Todo un logro.

Helga decidió no comentarle nada a Herr Fritz sobre las pesadillas y los miedos nocturnos de Hans, ni sobre su insensibilidad ante asuntos como la guerra o la muerte. Pero cuando se disponía a despedirse del viejo profesor, este le dijo:

—Sabe una cosa, Frau Petersen, creo que es usted una mujer afortunada, muy

afortunada. Tiene una magnífica familia. Su marido es funcionario del partido, su hijo mayor, según tengo entendido por Hans, sirve en la *Waffen SS*, la élite de nuestro nuevo estado nacionalsocialista, y en cuanto a su hijo Hans, baste con decirle que yo lo pongo como ejemplo diariamente ante todos sus compañeros. De verdad, no se preocupe. Disfrute, disfrute de esta magnífica familia que tiene usted.

—Gracias, Herr Fritz. La verdad, me ha tranquilizado usted...

—¿Puedo hacerle una pregunta, Frau Petersen? —dijo el profesor mirándola fijamente con sus astutos ojos.

—Naturalmente, Herr Fritz.

—¿Antes de convertirse en Frau Petersen, era usted *Fraülein* Badstuber, no? Creo recordar que conocía a su padre...

—No vaya por ahí, Herr Fritz. Esto no tiene nada que ver con las ideas políticas de mi padre. A mí misma sus ideas no me entusiasmaban...

—Disculpe, Frau Petersen, no he querido molestarla...

—Está disculpado, Herr Fritz.

El profesor pasó su mirada por Helga. Esa tarde, Helga se había puesto una falda azul claro con una chaqueta a juego, bajo ella una bonita camisa blanca y una boina del mismo color que la falda y la chaqueta. Se había recogido el pelo. Todo ese conjunto se complementaba perfectamente con sus ojos azul turquesa. Sus ojos. Su padre solía decirle habitualmente: «Helga, tienes los ojos más bonitos de Alemania. Unos ojos dulces en una nación de miradas duras».

—Sabe una cosa, mañana felicitaré a su hijo.

—¿Lo felicitará? ¿Por qué?

—Por su madre. Es usted una mujer muy guapa y muy elegante, Frau Petersen. Un ejemplo para la mujer de la nueva Alemania. Sabe, no es muy habitual recibir aquí a mujeres tan guapas y elegantes como usted...

---

\* \* \*

---

Tras despedirse del profesor, Helga se dispuso a abandonar la escuela mucho más tranquila. Pero su repentino cielo azul volvió a cubrirse de nubes negras justo en el momento en que enfilaba el pasillo que la conducía a la puerta de salida. En la pared izquierda del pasillo, había una gran pizarra de corcho y numerosos dibujos colgados en ella. Eran de la clase de Hans. Sobre los dibujos unas grandes letras decían: «Dibuja tu animal favorito». Helga se detuvo momentáneamente y luego se dirigió hacia los dibujos buscando el de su hijo.

El dibujo de su hijo estaba situado en un lugar preferente, entre el de un niño llamado Erich Kluge, que había dibujado un águila que volaba con las alas extendidas sobre una gran montaña nevada, y el de una niña llamada Hilde Weiss, que había

dibujado un caballo dentro de un establo. Pero Helga apenas los miró. Se había quedado sobrecogida mirando el dibujo de su hijo.

Sin duda, era el dibujo más realista que había en el tablón. Nadie diría que lo había pintado un niño de ocho años. Era un lobo. Hans había pintado un lobo, un lobo grande y poderoso sobre una roca. Pero lo que realmente sobrecogió a Helga, lo que provocó que por segunda vez esa tarde se estremeciera, fueron sus ojos. Porque no eran los ojos de un lobo. Eran los ojos del Führer. Los mismos ojos que miraban a Hans todos los días, en su aula, desde encima de la pizarra. Los mismos ojos que lo miraban en el cuadro que había colgado frente a su cama. Los mismos ojos que parecía que te seguían a todos lados. Hans había creado con sus manos el mismo efecto que creara Heinrich Hoffmann, el fotógrafo de Hitler con su cámara. Helga dio media vuelta y apresuradamente abandonó la escuela.

Mientras lo hacía, Helga Petersen, de soltera Badstuber, dijo en voz alta, sin darse cuenta:

—¡Dios mío, Helga, te estás volviendo loca...!

Pero ella sabía que no se estaba volviendo loca. Ni mucho menos.

---

\* \* \*

---

Durante el trayecto entre la Estación Central de Viena y el hotel Sacher, Helga tuvo la oportunidad de ver muchas cosas, cosas inquietantes. Cerca de la Ringstrasse, miembros de los camisas pardas austriacos sacaban muebles y objetos de numerosas casas particulares, mientras los propietarios de las mismas observaban la escena desde la calle, en silencio. Los camisas pardas bajaban por las escaleras de los domicilios cargando con relojes, mesas, sillones, candelabros, vajillas y cuberterías completas. Incluso, cuando Harald se vio obligado a detener el vehículo debido a un pequeño atasco, vieron que varios camisas pardas sacaban de una casa un gran piano negro. Helga supo reconocer que se trataba de un *Bechstein*, porque en casa de su madre habían tenido uno. Helga no pudo más y le preguntó a su hijo:

—¿Qué es esto, Harald? ¿Por qué están desvalijando esas casas, hijo?

—Ah, eso —Harald sonrió—. Son camisas pardas austriacos, mamá. Están expropiando a los judíos y a los enemigos del partido todos sus bienes. A nosotros, el *Reichsführer* en persona nos ha dado órdenes de que no intervengamos. Esto es un asunto de los austriacos.

Helga vio muchas más cosas inquietantes durante el recorrido por las calles de la vieja capital imperial. En muchos comercios propiedad de los judíos se habían pintado sobre los cristales símbolos hebreos o calaveras. Calaveras como las que decoraban los botes o los frascos de productos tóxicos. Bajo la calavera, y seguramente en tono de advertencia para los ciudadanos austriacos, habían añadido la

palabra *Juden*. Incluso, en un puente sobre el canal del Danubio, habían colocado una pancarta donde se podía leer: «Los judíos podrán atravesar este puente bajo su responsabilidad». Era sorprendente, pero en ese breve recorrido por las calles de Viena, Helga Petersen había sido testigo de más muestras de antisemitismo que en Berlín en los cinco años que Hitler llevaba en el poder.

---

\* \* \*

---

Cuando llegaron al hotel, Hans se sintió el niño más afortunado del mundo. Nunca en toda su vida, había visto un sitio más bonito que ese. Desde que puso los pies en el hall, Hans se quedó boquiabierto mirando hacia el techo y observando las grandes lámparas de araña que decoraban la estancia. Cuando entraron en la habitación que les reservara Harald, el primer comentario de Hans fue para su madre:

—Mira, mamá. La habitación es más grande que toda nuestra casa de Dahlem.

La habitación disponía de dos grandes camas, un salón y una antesala donde se encontraba el ropero. Un baño enorme, grandes armarios y preciosos cuadros con motivos de la Viena Imperial. Hans recordó que lo primero que hizo cuando llegó a la habitación de la residencia de la DAF en Núremberg fue asomarse a la ventana, pero en esa habitación del hotel Sacher no había sólo una ventana, sino todo un balcón al que Hans no tardó en asomarse. Desde allí se divisaba la concurrida Kärtnerstrasse, y al fondo, las bellas torres góticas de la catedral de San Esteban por cuya fachada se descolgaba una gran bandera del Reich. Esto en su momento dio pie a una agria polémica durante los primeros días de la anexión, entre la Iglesia Católica vienesa y la nueva administración nazi de Austria. Incluso se produjo una manifestación de los católicos exigiendo que se retirara la enseña nazi de la fachada de la catedral.

Hans lamentó tener que estar sólo tres días en Viena, porque en ese lugar le hubiese gustado quedarse una semana entera, incluso, pensó, podía haberse quedado allí toda la vida.

---

\* \* \*

---

Harald les invitó a comer en un precioso restaurante del Graben. Comieron las célebres salchichas rojas vienesas con ensalada de patatas, que a Hans le encantaron. Desde siempre, las salchichas habían sido su comida preferida. Y de postre, un *Strudel*, el mejor que habían probado en su vida. Mientras disfrutaban de un delicioso café *Julius Meinl*, Harald les explicó toda la operación militar que habían desarrollado, desde la movilización previa a la invasión, hasta su entrada en Viena. Hans pidió permiso a sus padres para poder ver a un grupo de jóvenes de las Juventudes Hitlerianas, que estaban realizando una exhibición con sus tambores junto



a un monumento al que llamaban Pestsäule, que era una columna dedicada a la epidemia de peste que asoló Viena en 1679.

Hans llegó hasta la base de la columna, donde se arremolinaba un buen número de personas. La mayoría era gente mayor, algunos de la edad de sus padres, otros ancianos. Rápidamente, Hans se abrió paso entre la gente, como hacen los niños, hasta quedar colocado frente a los chicos que hacían tronar sus tambores. Para Hans Petersen, la figura de aquellos chicos era la imagen del poder. Hans hubiese deseado más que cualquier otra cosa en el mundo, ser uno de esos chicos, haber iniciado ya su formación como soldado. De momento, se conformó con observarlos, embelesado. Pasó su mirada por la camisa parda, por el brazalete blanco y rojo con la esvástica negra en el interior de un rombo del mismo color; por la cincha de la que llevaban prendido su tambor, adornada con un águila del Reich dorada; por su cinturón, con la hebilla plateada y el pequeño puñal que colgaba de él.

De repente, el estruendo de los tambores cesó. Sólo uno de ellos inició un lento redoble. Y la voz de todos esos chicos se fusionó en una sola voz, una voz que se unió al solitario tambor. Algún tiempo más tarde, la canción que brotaba de la garganta de esos chicos sería una de las favoritas de Hans en las Juventudes Hitlerianas. La cantaría muchas veces, en las marchas dominicales, en las acampadas, en los actos del partido. Pero aquel día, lo único que Hans hizo fue escuchar la canción, hipnotizado, con su vista fija en la cara de los muchachos y en las manos que tocaban el tambor. A su alrededor, y sin el que él se diera cuenta, los rostros de las personas que veían la exhibición habían cambiado. Ahora, eran rostros de escepticismo, de preocupación. Algunos eran rostros de aprensión. Muchas de las personas allí concentradas, vieneses de a pie, se miraban entre ellos en silencio. Esos rostros de aprensión iban en aumento, cada vez que los chicos repetían el estribillo de la canción:

*Cuando la sangre chorrea por el filo de nuestros cuchillos...*

---

\* \* \*

---

Después de que Hans se hubiese marchado, Harald se puso muy serio. Y les contó a sus padres una historia, una inquietante historia que sucedió el 13 de marzo, el día que el Führer hizo su entrada triunfal en Viena.

Harald les contó, que durante el día, cuando el Führer ofreció el famoso discurso desde el balcón del palacio del Hofburg, el ejército llevó la voz cantante en las celebraciones. Formados en la Heldenplatz, se encontraban las unidades del Octavo Regimiento de Keitel y los tanques de las divisiones acorazadas de Guderian. Pero a mitad de la tarde, en cuanto oscureció, las tropas del ejército desaparecieron e

hicieron su aparición las SS. Del ejército había sido el día. De las SS, sería la noche.

El regimiento de Harald, el *Germania*, el *Leibstandarte Adolf Hitler* y el *Deutschland*, recibieron órdenes del *Reichsführer* Heinrich Himmler de ocupar el centro de la ciudad y desalojarlo completamente. Desde el hotel Imperial, donde se alojaba Hitler, hasta el palacio del Hofburg, los soldados de las SS fueron formados a los dos lados de la calle, vistiendo uniforme de gala, sable y antorcha de gas. Harald quedó instalado en el último tramo de la plaza de San Miguel, frente a la puerta posterior del Hofburg, esa que está custodiada por dos gigantescos atlantes de piedra. Desde esa posición, pudo ver mucho de lo que pasó aquella enigmática noche.

Cuando las campanas de las iglesias de la ciudad imperial anunciaron la medianoche, las luces de Viena se apagaron por completo. El coche del Führer salió entonces del hotel Imperial, recorrió muy despacio la Ringstrasse hasta la Ópera, torció entonces por la Kärtnerstrasse y penetró en la ciudad interior por el Graben. Recorrió la Kohlmarkt y aparcó en la puerta del Hofburg. Harald pudo ver cómo Hitler y Himmler descendían del coche. Harald reconoció también a la pequeña comitiva de tres hombres que esperaba en la puerta del histórico palacio vienés: Wolfram Sievers, máximo dirigente del *Ahnenerbe*, la Oficina para el estudio de la Herencia Ancestral, también conocida en los ambientes de las SS como la oficina de ocultismo del Reich; Walter Buch, experto legal; y el nuevo hombre fuerte de Austria, Ernst Kaltenbrunner. Tras los saludos de rigor, todos ellos entraron en el palacio.

Harald escuchó más tarde comentarios de compañeros que decían que la pequeña comitiva se había dirigido hacia la *Schatzkammer*, la cámara del tesoro. Allí permanecieron durante al menos cuatro horas. Los mismos compañeros comentaron que en el pequeño patio cercano a la cámara del tesoro, se encontraba la guardia personal de Führer y un destacamento elegido del *Leibstandarte* y que por lo visto, allí, en aquel patio, se celebró una extraña ceremonia. Aunque ninguna de esas fuentes quiso revelar nada de lo que allí se vio y se escuchó. Pero lo que Harald sí que pudo ver, es lo que sucedió en torno a las cinco de la mañana cuando Hitler y su comitiva abandonaron el palacio vienés. Harald contó a sus padres, que vio salir al Führer del Hofburg dando tumbos, como mareado, y que fue introducido en su coche por el propio *Reichsführer* Himmler. El coche abandonó el lugar precipitadamente.

Detrás del coche del Führer, habían aparcado otro vehículo. Harald vio cómo en ese segundo coche, la guardia personal del Führer introdujo un pesado cofre. Algunos compañeros le explicarían más tarde, que en ese cofre llevaban la Corona Imperial, el Toisón de Oro, las cruces, la Espada Imperial y un extraño objeto al que algunos llamaban *Heilige Lanze* y otros, la Lanza de Longinos, una de las más antiguas e importantes reliquias del cristianismo, la lanza con la que el centurión romano Cayo Longinos atravesó el costado de Jesucristo en el monte Gólgota. Todos estos

elementos conformaban el tesoro del Sacro Imperio Romano Germánico. Harald contó a sus padres, que entre su regimiento había corrido el rumor de que a la mañana siguiente, miembros de la guardia personal del Führer trasladaron el cofre hasta la Estación Central de Viena, donde esperaba un tren que Hitler había hecho traer expresamente para trasladar el tesoro. Y que al parecer, ese tren partió rumbo a Núremberg.

Dos palabras acudieron a la mente de Helga: saqueo y expolio. Ya no se conformaban con confiscar los bienes de los judíos y los enemigos del partido, como decía Harald. Ahora también robaban los tesoros de otras naciones. ¿Qué sería lo próximo? ¿Saquear los museos? Ante Helga, la imagen del Führer se deterioraba cada día más. Política de rapiña, en eso se estaba convirtiendo el nacionalsocialismo. Política de rapiña no dirigida por un «dios» al que aclamaban las masas fanáticas, las masas histéricas, sino por un charlatán de feria. Un cabo austriaco, hijo de un levanta barreras ferroviario, convertido en tahúr del Mississippi. ¿Cómo no podía darse cuenta de eso el pueblo alemán?

A lo largo de esa tarde, sus oscuros presagios sobre el Reich que dirigía Adolf Hitler darían una vuelta más, un giro mayor. Un giro irrevocable. Un giro definitivo.

---

\* \* \*

---

Esa tarde, la familia Petersen al completo paseaba por la Rotenturmstrasse. Harald y Kurt charlaban animadamente, comentando los grandes cambios que la Alemania de Adolf Hitler había conseguido. Por el contrario, Helga, muy seria, marchaba detrás llevando a Hans de la mano. Ambos caminaban en silencio, cada uno de ellos perdido en sus propios asuntos, en sus propios pensamientos. En mitad de la calle escucharon una gran algarabía. Un grupo de personas se arremolinaba en la calle, entre ellos un grupo de camisas pardas austriacos. Todos parecían estar mirando algo. La familia Petersen se acercó al grupo de personas allí reunido.

Helga observó que en medio del grupo había unas treinta o cuarenta personas arrodilladas. Helga lo comprendió enseguida. Eran judíos. Algunos llevaban largas barbas blancas y parecían rabinos. Otros eran gente corriente. Había hombres, mujeres, ancianos y algunos niños. Estaban fregando el suelo con unos cepillos de mano de madera y púas. Los camisas pardas austriacos arrojaban al suelo cubos de agua y detergente, y obligaban a los judíos a restregar el asfalto con los cepillos. Los estaban haciendo borrar pintadas proaustriacas. Los judíos no protestaban.

Era la escena más humillante que Helga hubiera presenciado en toda su vida. Helga pensó, que peor que el comportamiento de los camisas pardas, era el de la gente que se arremolinaba viendo la escena. Porque nadie protestaba, nadie protestaba ante lo que estaban viendo. Al contrario. Un grupo de jóvenes se reía. Un señor mayor muy bien vestido, un anciano, vociferaba: «¡Fregad, fregad, malditos

judíos!». Y luego estaban los niños. Algunos, como Hans, miraban fascinados. Otros, como en el caso de una pequeña niña rubia, señalaba a los judíos con su mano, miraba a su madre y se reía. Hans se giró hacia Helga y le dijo:

—Mira mamá, mira cómo friegan.

Helga no podía soportarlo más. Se dirigió a Harald y a Kurt y les dijo:

—¿Pero qué es todo esto? Nunca antes había visto nada igual, ni siquiera en Berlín. ¿Pero qué está pasando aquí?

—Ya te lo dije antes, mamá. Nosotros conocíamos esto, pero se nos ha prohibido intervenir. Parece ser que aquí, en Viena, había mucho odio acumulado contra los judíos.

Helga sintió unas repentinas ganas de vomitar. No podía soportar más asistir a esa escena.

—Kurt, por favor, no me encuentro bien. Volvamos al hotel —dijo dirigiéndose a su marido.

—¿Pero por qué, mamá? ¡Si es muy divertido! —repuso Hans.

Helga Petersen lanzó una mirada glacial a su hijo, que provocó que el pequeño Hans se callase al instante. A Hans, a un niño de ocho años, esa escena le resultaba divertida. ¿Pero qué clase de monstruo era?, pensó, mientras miraba los ojos suplicantes de su hijo. Helga dio un fuerte tirón del brazo de Hans que hizo que el niño lanzase una exclamación de protesta, y ante la mirada atónita y preocupada de Harald y Kurt, dando grandes zancadas, caminó en dirección al hotel.

---

\* \* \*

---

Era de madrugada. Hans y Kurt dormían. Pero Helga no, no podía. Las imágenes que había visto en las calles de Viena no se iban de su cabeza, no las podía borrar. Se levantó sin hacer ruido y sigilosamente caminó hacia el baño. Entró en él.

Lentamente se quitó el camisón y la ropa interior y entró en la ducha. Dejó que el agua cayera por su cuerpo. Comenzó a llorar.

Cogió una manopla y empezó a restregarse, mientras seguía llorando. Primero, restregó todo su cuerpo de forma pausada. Luego, más rápido, y más rápido, y más rápido. Y al final de forma histérica. Se restregaba las piernas, el vientre, los pechos, la cara, la espalda, con la misma rabia que lo hace la víctima de una violación. Porque se sentía sucia. Se sentía sucia por ser alemana. Sucia por ser la mujer de un funcionario del Partido Nazi. Sucia por ser la madre de un miembro de las SS. Y sucia por tener un hijo pequeño que caminaba a pasos agigantados hacia su conversión en un monstruo. Y mientras se restregaba y se restregaba, seguía llorando. Extensas manchas rojas se extendían por todo su cuerpo.

Tuvo una sensación. Había algo o alguien allí parado, en la puerta, observándola.

Lentamente se dio la vuelta.

Allí estaba.

Hans estaba en la puerta del baño, con su pelo rubio despeinado y sus grandes ojos azules clavados en su madre.

—¿Qué estás haciendo, mamá? —dijo el chico.

Sintió miedo. Helga Petersen sintió miedo al observar los ojos de su hijo. De su hijo pequeño. Sus ojos... Helga ya casi no reconocía los ojos de Hans. Pensó algo rápido. Por un lado, no podía permitir que el niño se diera cuenta de su temor, pero por otro, no sabía que contestarle. Cerró el grifo de la ducha y se plantó delante de Hans. El niño pasaba su mirada por las grandes manchas rojas que cubrían su cuerpo.

—Nada, Hans, por favor, vuelve a la cama. Ya sabes que es de mala educación entrar en el baño sin llamar. Vuelve a la cama. Y cierra la puerta.

Helga Petersen se quedó observando cómo su hijo daba media vuelta y caminaba hacia la cama. Pero no cerraba la puerta. Vio al niño meterse en su cama y quedarse allí, mirando al techo. Hubiera jurado que los ojos de Hans brillaban en la oscuridad de la habitación.

Hans, su hijo.

O lo que quedaba de él.

---

\* \* \*

---

Hans no debió dormirse esa noche. Él lo sabía, sabía que después del incidente con su madre, iba a tener una pesadilla. Pero os aseguro, que si aquella noche en la habitación del hotel Sacher de Viena, Hans hubiera sabido el tipo de pesadilla que iba a tener, nunca hubiera cerrado los ojos, nunca se hubiera dormido. Porque ante él, se iba a desplegar algo que difícilmente puede soportar una mente racional. Y mucho menos, la mente de un niño de ocho años. Dentro de su proceso mental de iniciación, Hans iba a descubrir aquello que nunca se podrá comprender. Aquello que, por años o siglos que pasen, el ser humano nunca acabará de entender. Pero que para la iniciación de Hans, era necesario. Imprescindible.

---

\* \* \*

---

*Volvía a correr, volvía a estar desnudo y volvía a tener su cuerpo de soldado, su cuerpo del futuro. Pero esta vez, no había ningún bosque. Esta vez, corría a través de un enorme páramo. Un páramo que de existir, habría sido concebido en el interior del cerebro del mismísimo diablo.*

*Al final del páramo había dos edificios. Uno era muy alto, muy grande, recto, perfecto, coronado por una enorme águila del Reich. Hans creía haber visto ese*

edificio de líneas perfectas en algún sitio, quizás en una revista o en uno de los periódicos que su padre solía llevar a casa. Sobre él, el cielo era rojo, como una enorme bola de fuego.

El otro edificio era bajo, con dos tenebrosas torretas. Estaba torcido y era muy oscuro, como si estuviera construido a base de ladrillos grises o negros. A Hans le pareció que todo el edificio estaba rodeado de una alambrada. Sobre él, el cielo era negro. Negro como la boca de un lobo.

Hans, que seguía corriendo, se dirigía hacia el edificio alto, bajo el cielo rojo. Porque él siempre acudía a la llamada del lobo. Y el lobo, siempre se encontraba bajo el cielo rojo.

Hans llegó a la puerta del edificio. Entró en su interior, y no pudo por menos que abrir la boca. El edificio tenía tal altura, que ni siquiera se veía su final. Estaba sostenido por enormes columnas perfectas, porque todo el edificio en sí, era perfecto. Sonaba una música trágica, pero muy hermosa, que Hans ya había escuchado antes, quizás en alguno de los discos de su madre. Ahora que lo recordaba, era la misma música que emergía del torbellino que giraba y giraba, del abismo, cada vez que la valquiria emergía de él. Pero en el interior del torbellino esa música sonaba muy baja, muy lejana, mientras que en el interior del edificio sonaba como si la estuviesen interpretando cien órganos. A Hans le recordó ese edificio a una vieja catedral, una catedral que una vez su padre le llevó a ver en algún lugar de Berlín. Salvo que allí, en aquel edificio, no reinaba Dios. Aquel era el reino del lobo.

En el interior del edificio estaban todos. Las niñas y chicas, que en esta ocasión portaban antorchas. Y los niños y los chicos, que portaban espadas. Y detrás de todos ellos, sentado en un gran púlpito de piedra, estaba él, Freki, el lobo de Wotan.

Hans avanzó entre el pasillo que todos, los chicos y las chicas, los niños y las niñas, le estaban haciendo. Porque todos lo estaban esperando a él.

Cuando Hans ocupó su lugar entre los chicos que portaban las espadas, sólo entonces, hablando desde el interior de su cerebro, más allá de sus ojos azules, casi translúcidos, el lobo les dijo:

—Soldados, mirad bien, porque hoy os voy a mostrar lo que nosotros no somos. Hoy os voy a enseñar a los enemigos de nuestro movimiento, los enemigos de nuestro pueblo.

Sin saber cómo, estaban todos formados en la puerta del gran edificio. Entre ellos y el pequeño y oscuro edificio de enfrente se encontraba el abismo, el torbellino que giraba y giraba. Y sobre él, mirándolos, estaba la valquiria. La valquiria que parecía una chica joven, pero que no lo era. La valquiria, que se parecía a Kara, la valquiria del cuadro de Hans, pero que tampoco lo era porque, claro, esta era una valquiria de verdad. Ahora Hans y todos ellos la podían ver bien, muy bien. Porque la cortina de niebla que la cubría había desaparecido. Había desaparecido para

siempre.

*La valquiria chilló. Lanzó una gran llamada por su boca y sin saber cómo, él, ellos, todos ellos, cruzaron el abismo.*

*Estaban en el interior del edificio oscuro. No se veía nada, allí dentro, no había luz. Ni siquiera podían ver a la valquiria, pero la seguían, se guiaban por el sonido metálico de sus alas. Oía muy mal allí dentro, como a excrementos, a vómitos, a orina. Un agua sucia y fangosa mojaba sus pies desnudos. Hans creyó estar en el interior de un baño público. Y eso lo aterrorizó.*

*Unos años antes, siendo Hans un niño mucho más pequeño, su padre lo había llevado a un baño público. Dejó a Hans en la entrada del baño, junto a los lavabos, mientras Kurt entraba en un retrete. Allí, en uno de los lavabos, había un hombre muy alto, rubio, con un jersey blanco con rayas azules. Parecía un marinero. Pero claro, en Berlín no había mar. El hombre lo miraba a través de un viejo y enmohecido espejo, mientras se lavaba las manos. De pronto, el hombre se volvió hacia Hans. Y mientras lo miraba fijamente, comenzó a hacer extraños gestos con su cara, gestos que Hans no comprendió, pero que le aterrorizaron. Cuando se escuchó la cadena del retrete donde estaba su padre, se volvió hacia el lavabo, abrió el grifo y continuó lavándose las manos. Hans no le dijo nada a su padre. No entendió lo que había pasado, pero se sentía terriblemente avergonzado. Desde ese día, Hans tenía pánico a los baños públicos.*

*La valquiria alumbró el recinto con el haz de luz de una de sus manos. Las paredes estaban cubiertas con pequeñas baldosas blancas manchadas de sangre, de sangre seca. Grandes ganchos se balanceaban delante de ellos. Hans comprendió. Era un matadero. El nunca había estado en un matadero, pero uno de sus compañeros en la escuela de Dahlem, Sven, sí. El padre de Sven era carnicero y este tenía que acompañar a su padre muchos días al matadero local a recoger la carne. Sven odiaba ese lugar, tanto como Hans los baños públicos.*

*Una cosa sorprendió a Hans. La alambrada que antes había visto rodeando el edificio, ahora estaba en su interior. Y tras ella, se percibía gente. Personas. Cientos de personas. Quizás, miles de personas. Porque aquel matadero no parecía tener fin.*

*La valquiria estaba ahora en lo alto de la alambrada. Con sus dos manos, convertidas en dos grandes focos de luz, iluminó a aquellos que se encontraban detrás de la alambrada. Aquellos que como ellos no eran. Los enemigos de su movimiento. Los enemigos de su pueblo.*

*Hans y todos los demás los pudieron observar. Allí estaban todos. Los judíos y los comunistas, claro, porque eran gente malvada, como le habían explicado muchas veces su padre y Herr Fritz. Y los «infrahumanos» y los «degenerados». Esas palabras se las había enseñado su amigo Heinz, porque siempre las usaba el hermano de este, Karl, el camisa parda a cuya novia, Astrid, se habían «follado»*

todos los chicos del barrio. Y también se encontraban allí, al otro lado de la alambrada, las personas como su madre que no creían en el Führer. Hans no la podía ver, pero estaba seguro que su madre estaba allí. Estaba seguro.

En ese momento la valquiria lanzó una especie de aullido. Hans sintió un estremecimiento. Porque miró su rostro. Miró el rostro de la valquiria. Si hubiera que poner un nombre a ese rostro, sólo podría ser uno: cólera. Era un rostro colérico el que miraba a aquellos que se encontraban tras la alambrada. Todos ellos parecieron enloquecer, víctimas del pánico. Estaban viendo la cólera de la valquiria. La cólera de los dioses. La cólera de los viejos mitos.

La valquiria abrió la boca. La abrió tanto, que Hans pensó que sus mandíbulas se iban a partir en dos. Ahora, no salía fuego de su boca. Sino otra cosa. Niebla.

Pero no era una niebla normal, no. No era como la niebla que cubría Berlín durante el otoño o el invierno. Esa niebla fría a Hans siempre le había gustado. Era una niebla espesa, maloliente, viscosa, pegajosa. Una niebla que se dirigía a aquellos que habitaban el otro lado de la alambrada. A aquellos, que como ellos no eran.

Un frenesí de gritos, chillidos estridentes y aullidos invadió a todos los que habitaban al otro lado de la alambrada, mientras la niebla que emergía de la boca de la valquiria descendía sobre ellos. Ese frenesí duró unos minutos. Después, la boca de la valquiria se cerró de golpe, provocando un gran estruendo, como si cientos de pequeños dientes metálicos chocaran entre sí. Y el silencio, el silencio total reinó en el matadero. A un lado y a otro de la alambrada.

La valquiria se giró hacia ellos. Ahora su rostro había cambiado, volvía a ser el rostro de siempre con la pequeña llama que salía de su boca, como la llama eterna que decora un monumento a los caídos.

En la lejanía, más allá del abismo, en el gran edificio de líneas perfectas, el lobo aulló. Y ellos, los niños y las niñas de hoy, los soldados del mañana, alzaron sus antorchas y sus espadas y corrieron en su busca. Y la valquiria se quedó allí, en el pequeño y oscuro edificio, en el matadero, agitando sus poderosas alas metálicas y lanzando grandes llamaradas de fuego por su boca. Proclamando su victoria.

Y Hans corría y corría, sin importarle siquiera, la saliva que caía de su boca...

---

\* \* \*

---

Hans se despertó sudando más que nunca. Esta vez su madre sí se enteraría de su sueño. No podría ocultarlo. Porque había vomitado. Había vomitado sobre la almohada de su cama.

Se levantó sin hacer ruido, entró en el baño y encendió la luz. Cerró la puerta. Se miró en el espejo del baño. Una gran mancha de vómito se extendía también por su



pijama, a la altura de su pecho. Intentar limpiarla sería inútil, su madre se daría cuenta de todas maneras.

Hans sonrió. Sonrió a su imagen reflejada en el espejo. No sabía por qué, pero tenía ganas de sonreír. El reloj seguía contando. Un *tic, tac, tic, tac*, implacable. El círculo había avanzado mucho esa noche buscando su broche final. La iniciación avanzaba imparable.

Hans sonreía. Tenía motivos para sonreír. Tenía motivos para sentirse feliz. Porque había caído otra hoja del calendario, una de esas hojas que lo separaban de poder convertirse en un miembro del *Jungvolk*. Ahora, ya faltaba menos. Se sentía feliz porque sabía que iba a ser un soldado. Se sentía feliz por ser miembro de la raza elegida, la raza superior, como siempre les recordaba Herr Fritz.

Y no le importaba lo que le dijera su madre. Ahora le gustaba soñar, ya no tenía miedo. Ahora sabía, que no tenía que temer a nada.

Que en el futuro, tendrían que temerle a él.

---

\* \* \*

---

El Prater. A la mañana siguiente, Harald quiso llevar a su familia a conocer el célebre parque vienés. Y lo hizo sobre todo por Hans. Esa noche Harald y sus padres asistirían a una representación de *Lohengrin* en la Ópera de la Ringstrasse, y tendrían que dejar solo a Hans en el hotel, así que Harald decidió dedicarle la mañana al niño.

Era una triste y fría mañana de marzo, pero como era domingo, el parque estaba muy concurrido. Desde el incidente de la tarde anterior, Harald observó que su madre casi no hablaba. A Harald le preocupaba su madre. Helga era una mujer culta y elegante, muy guapa y con muy buen cuerpo pese a sus cuarenta y dos años, pero desde hacía un tiempo, Harald sabía que su madre casi siempre estaba triste. Era conocedor de que la relación entre su madre y su padre se había enfriado en los últimos años, y además, Helga parecía estar muy preocupada por Hans. Harald no podía comprenderlo, porque Hans era todo menos un niño problemático. Era tranquilo, educado y muy listo. Sólo tenía esa obsesión por ser soldado, pero ¿qué niño en la Alemania de los años treinta no la tenía?

Harald y Hans subieron esa mañana en la *Riesenrad*, la famosa noria del Prater. El chico estaba encantado disfrutando como un loco en la noria y en la compañía de su hermano, que lucía su elegante uniforme de gala negro de las SS. Helga los observaba desde una pequeña cafetería cubierta que había cerca de la *Riesenrad*. Estaba sentada con Kurt tomando ese delicioso café vienés al que espolvorean con un poco de chocolate. Helga miró fijamente a Kurt y le dijo:

—Hablamos poco, Kurt. Hablamos poco de Hans, poco de tu trabajo, poco de nosotros. Y yo, tengo preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas, Helga?

—Pues... por ejemplo, sobre los judíos, Kurt.

—¿Los judíos? ¿Qué te puedo decir yo sobre los judíos? —Kurt se mostró muy sorprendido con la pregunta de su mujer.

—Tú eres miembro del partido, Kurt, llevas su uniforme. Trabajas en la Fehrbelliner Platz. Tú debes saber cosas, debes saber qué está pasando con los judíos...

—Pero Helga, por favor, yo sólo soy un funcionario administrativo de la DAF, sólo conozco a miembros del partido de nuestro distrito, ni siquiera he cruzado algo más que el saludo con el *Doktor Ley*... ¿Qué puedo saber yo del problema judío?

—¿Problema judío? ¿Qué tipo de problema son los judíos, Kurt?

—Helga, el Führer dice que...

—¡El Führer, el Führer! ¡Estoy harta del Führer, Kurt! —Helga levantó mucho la voz. Kurt miró a los dos lados, esa mañana la cafetería estaba muy concurrida, no interesaba que las cosas que decía Helga fueran escuchadas. En aquellos días, las casas, las calles, los parques y las cafeterías de Viena tenían oídos. Kurt le hizo un gesto, pero ante su asombro, Helga continuó hablando en el mismo tono—. ¿Y qué piensas tú? ¿Es que ya no tienes ideas propias, Kurt? ¿Te las han borrado? ¿Y Hans? ¿Y nuestro hijo, Kurt? ¿Su comportamiento te parece normal? Mira lo que dijo ayer. Que era divertido lo que le estaban haciendo a esa pobre gente. ¡Esa humillación! Dios mío, Kurt... ¿Cómo puede parecerle a alguien eso divertido? ¿Qué clase de monstruo habita dentro de él, Kurt? Sólo tiene ocho años, ¡ocho años! Anoche volvió a soñar, vomitó en la almohada, en su pijama... ¿Qué le pasa, Kurt? ¿Qué nos está pasando a todos? A veces ni tan siquiera lo reconozco. No reconozco sus ojos...

Kurt permaneció en silencio. Esperó que Helga se tranquilizara. Luego cogió su mano. Ante su sorpresa, Helga la rechazó.

—Tranquilízate, Helga. Estás demasiado nerviosa estos días. Tenemos todo lo que queremos, dos hijos maravillosos, una buena posición económica, salud...

Como Herr Fritz. La misma respuesta que le dio el viejo profesor de Hans. Todo el mundo parecía decirle lo mismo. Pero si tenía una familia tan idílica, tan maravillosa... ¿Por qué persistía en ella la sensación de estar viviendo permanentemente al borde de un precipicio?

—... y no somos judíos, Helga. Mira, Alemania está viviendo momentos de cambio, de transformación, pero a nosotros no nos afectan. Disfruta de todo esto, de Viena. Y deja al chico en paz. A Hans no le pasa nada, es un buen chico que sueña con ser soldado como su hermano, Helga, nada más. Y por favor, no vuelvas a levantar la voz con ese asunto de los judíos. No nos conviene.

—¿Ah no? ¿Pero no dices que a nosotros no nos afectan los cambios y las transformaciones que se están produciendo en Alemania? Entonces... ¿Por qué no

puedo levantar la voz cuando hablo de los judíos, Kurt?

---

\* \* \*

---

Aquella mañana, antes de abandonar el parque del Prater, sucedió un incidente. Helga llevó a Hans a un pequeño puesto para comprarle unos dulces. Mientras Helga estaba pidiendo, llegó una madre de la misma edad que ella con un niño de la mano un poco más pequeño que Hans, de unos cinco años. Eran austriacos. Hans miró al niño y le sonrió. Pero el otro niño se acercó a él y le escupió. Le escupió en la cara. Hans se quedó muy sorprendido mientras la saliva resbalaba por su cara. Y además, el niño austriaco le dijo algo más:

—¡Alemán! ¡Nazi de mierda!

La madre del niño se asustó mucho, lanzó una mirada desconcertada a Helga y le dijo:

—Por favor, señora, perdone. Disculpe a mi hijo...

—No pasa nada, son cosas de niños —dijo Helga mientras cogía a Hans de la mano.

La mujer austriaca abandonó apresuradamente el puesto y se llevó al niño, diciéndole mientras le pegaba en el culo:

—Te has pasado, Peter. Esta vez te has pasado. Ahora, te vas a quedar sin dulces...

Helga se agachó, sacó un pañuelo de su bolso y comenzó a limpiar el salivazo de la cara de su hijo.

—No te preocupes, Hans. Es un niño pequeño, sólo ha sido una trastada. Tú alguna vez también las has hecho...

Pero Hans se había quedado como hipnotizado mirando fijamente al niño, al que su madre seguía pegando en el culo. Desvió lentamente la mirada hacia Helga y la clavó en ella, con los mismos ojos encendidos, con el mismo rictus en su rostro.

No, no había sido una trastada. Hans Petersen sabía muy bien por qué el niño le había escupido y sabía muy bien por qué Helga, su madre, lo había disculpado. Porque para Hans, los dos eran iguales. Los dos eran de aquellos que como ellos no eran.

---

\* \* \*

---

Estaban en la Estación Central de Viena, momentos antes de partir hacia Berlín. Harald se despidió de sus padres y de su hermano, porque esa misma mañana se reincorporaba al regimiento *Germania*. La noche anterior, había llevado a sus padres a la Ópera. Fue una velada inolvidable. Incluso su madre, Helga, por unas horas,

volvió a ser una mujer feliz, una mujer dichosa.

Mientras se despedían de Harald, Helga buscó con su mirada al pequeño Hans. El chico estaba mirando un gran mapa que los nazis habían colocado por todos los sitios, donde Austria había sido ya incorporada al Reich alemán. A Helga le sorprendió la actitud con la que Hans observaba ese mapa. Estaba absorto en él, como hechizado, como ausente, sin hacer el mínimo caso de la marabunta de gente que se movía a su alrededor, aunque algunos, víctimas de las prisas, incluso lo empujaban al pasar a su lado. A Helga le preocupó también el aspecto del rostro del niño. Hans estaba muy pálido, muy blanco, como si en lugar de estar mirando un mapa, estuviese viendo un fantasma. Helga dejó momentáneamente a Kurt y a Harald y caminó hasta donde estaba el niño, situándose tras él.

—¿Qué miras, Hans? ¿El mapa? —preguntó Helga.

Hans se dio la vuelta y miró a su madre, mientras le decía:

—¿Tú lo ves, mamá?

Helga se quedó muy sorprendida con la pregunta de su hijo. No entendía lo que Hans quería que ella viera allí. Porque allí sólo había un mapa del Reich.

—¿Si veo qué, Hans? ¿Si veo el mapa del Reich?

—No, mamá, la cabeza. La cabeza de un lobo.

¡Otra vez esas tonterías de los lobos! Helga iba a empezar a reprender a su hijo, pero no lo hizo, porque mientras miraba el mapa, comprendió lo que Hans quería decir. Helga se quedó helada mirando el mapa.

El chico tenía razón. El nuevo mapa del Tercer Reich tenía la forma de una imperfecta cabeza de lobo. Austria, el último territorio anexionado al Reich, formaba la mandíbula inferior del feroz animal. En el centro, había quedado Checoslovaquia como si estuviese a punto de ser devorada.

---

\* \* \*

---

Casi un año después, el 15 de marzo de 1939, las tropas del Tercer Reich invadieron Checoslovaquia. Esa misma tarde, el Führer hizo su entrada triunfal en Praga. Pero allí, no fue recibido por masas fanáticas, ni masas históricas, ni nadie lanzaba flores a sus tropas, ni ondeaban las banderas. Hitler entró en Praga en un día frío, gris y lluvioso, y las gentes que lo recibieron eran una masa triste, oscura y silenciosa que observaba a las tropas alemanas, callaba y agachaba la cabeza a su paso.

Esa misma tarde, desde el histórico castillo de Hradcany, Hitler proclamaba: «Checoslovaquia ha dejado hoy de existir». Desde allí, anunció la creación del Protectorado de Bohemia y Moravia, anexionado al Reich alemán. Ese era sólo el principio. Alemania y Europa se encaminaban hacia una nueva guerra, irremisiblemente, como si en una reunión de dioses en el Valhalla, las tesis del dios

Tyr, el dios de la guerra, se hubieran impuesto.

Ahora, las espadas se habían alzado. Y guardada en algún oscuro sótano o en algún oscuro almacén, la niebla, la niebla que Hans Petersen viera emerger en uno de sus sueños de la boca de la valquiria legendaria, esperaba a que llegara su momento para descargar sobre los inocentes su esencia mortal, su esencia criminal.

Una niebla, que no era niebla.

Una niebla, que era gas.

Un gas llamado Zyklon B.

## IV

### RAGNARÖK

*Todo ha terminado. Silenciosa, abandonada, enlutada, rota, Checoslovaquia ha entrado en la oscuridad. No crean que este es el final. Es sólo el comienzo del ajuste de cuentas. Es sólo el primer sorbo de una bebida amarga que nos harán tragar año tras año.*

Winston Churchill

*El horóscopo de la época no señala la paz, sino la guerra.*

Adolf Hitler

*Berlín, 9 de noviembre de 1938.*

La tarde del 7 de noviembre de 1938, unos meses antes de que Hitler invadiera Checoslovaquia, un joven judío de diecisiete años, Herschel Grynszpan, entró en el consulado alemán de París. Ernst Von Rath, un joven diplomático alemán, tuvo la mala suerte de cruzarse en su camino. El joven judío sacó un arma corta del bolsillo y disparó contra él. Grynszpan, aunque residía en Francia, se había criado en Alemania y había conocido que su familia, concretamente sus padres, estaban entre los futuros deportados que las autoridades nazis querían enviar a Polonia. La madrugada del 8 al 9 de noviembre, Von Rath murió en un hospital de París. La tarde del 9 de noviembre, Kurt y Hans estaban realizando unas compras en el centro de Berlín y no pudieron enterarse, pero la Radio del Reich había anunciado la muerte del diplomático alemán. A consecuencia de eso, esa tarde de noviembre, Hans Petersen iba a ser testigo del inicio de uno de los mayores *Progrom* de la historia, un frenesí de locura y violencia que el mundo conocería como la *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos.

Esa tarde, Kurt había recogido a Hans en su escuela de Dahlem. Quería darle una sorpresa a Helga comprándole un vestido, que Hans le había contado, que le había gustado mucho a su madre y que habían visto una tarde que ambos paseaban por la Unter den Linden. Hans tuvo la idea de apuntar en su libreta de escritura el nombre de la tienda, para ir con su padre a comprárselo. Kurt era consciente, que Helga comenzaba a tener un ropero que podía igualarse al de Zara Leander o Christina Söderbaum, las grandes «divas» del cine alemán de la época, ya que prácticamente todos los meses, él acudía a casa con un vestido, unos zapatos o un sombrero nuevo. En realidad, no sabía ya qué hacer con su mujer. Desde que regresaran de Viena, su relación era prácticamente inexistente. Helga se había refugiado en su casa. Casi no salía, permanecía la mayor parte del tiempo en su habitación, no se arreglaba, escuchaba música todo el día y pasaba mucho tiempo en el cuarto de baño, dentro de la bañera, donde Kurt no se atrevía a entrar, para que ella no creyese que se entrometía en su intimidad. Seguía obsesionada con el comportamiento de Hans, un

comportamiento que a Kurt le parecía de lo más normal. Helga se negaba a escuchar las noticias, los mítines de los líderes del partido, o los discursos del Führer. Kurt había intentado hablar en más de una ocasión con ella, pero era imposible. Todo terminaba siempre en el mismo punto fijo. Durante la última fiesta nacional del trabajo, Helga se había negado incluso a asistir a la recepción que el *Doktor Ley* ofrecía a sus empleados en la sede central de la DAF, donde trabajaba Kurt, aduciendo unas de sus habituales jaquecas. Para Kurt, definitivamente, Helga no estaba aceptando los grandes cambios que se estaban produciendo en Alemania. Y quizás, aceptaba aún menos las posiciones fanáticas de admiración por el Führer que tenía Hans, al que siempre se refería como «un niño de sólo ocho años». Sin embargo, Kurt sabía que era precisamente entre los niños y los jóvenes, donde la adoración por el Führer era mayor. Kurt tenía compañeros en la DAF, cuyos hijos militaban ya en el *Jungvolk*, en las Juventudes Hitlerianas o en la Liga de Muchachas Alemanas, y todos hablaban de ellos como Kurt hablaba de su hijo. Todos ellos profesaban una admiración por el Führer como la que profesaba Hans. Kurt sabía, que entre los niños y los jóvenes alemanes proliferaba la idea de que el Führer estaba creando un mundo para ellos, un mundo donde los niños y los jóvenes arios serían los dueños y señores, porque ellos eran los futuros guardianes del legado. Los niños y los jóvenes sabían que el Führer y todos los líderes del partido eran efímeros, que llegaría un día en que tendrían que abandonar sus responsabilidades al frente de la nación y del movimiento, y entonces, los niños y los jóvenes de hoy serían los hombres del mañana, los nuevos portadores de la antorcha, los que tendrían que continuar el trabajo iniciado, construir el Reich de los Mil Años. Pero Helga no, Helga no aceptaba todo eso. Ella siempre tenía una crítica, una apostilla, una ironía. Kurt recordó, que unos días antes le había comentado que pronto tendrían que comprar el uniforme de Hans para el *Jungvolk*, dado que este gasto corría a cargo de los padres. Helga en uno de sus comentarios críticos habituales, le dijo:

—Uniformes. Esto es en lo que se ha convertido Alemania. En un país de uniformes.

Kurt guardó silencio. Eso era lo que hacía últimamente siempre que su mujer lanzaba uno de esos comentarios. Guardar silencio, la única manera de no iniciar con ella una agria discusión.

---

\* \* \*

---

Hans empezó a escuchar la algarabía en la calle, cuando su padre todavía estaba pagando el vestido que le habían comprado a su madre. Era un griterío ensordecedor, ruido de camiones llenos de hombres vociferantes, alguna explosión, e incluso le pareció escuchar en la lejanía ruido de cristales, cristales que se rompían, que se

hacían añicos. Cristales rotos. ¿Habría estallado la guerra? ¿Estarían siendo atacados? Hans se dirigió a su padre:

—¿Qué pasa, papá?

—No lo sé, Hans. Nos vamos a casa, hijo.

Kurt se abrió paso entre las dependientas de la tienda que se habían amontonado en la puerta para ver lo que pasaba. Salieron a la calle. De forma apresurada, cruzaron la calle, buscando el bulevar central de la Unter den Linden. Kurt, llevando a su hijo de la mano, giró sobre sí mismo observando las columnas de camiones, cargados con exaltados vociferantes que recorrían la conocida avenida berlinesa. Kurt había nacido en el centro de Berlín, se había criado allí y allí había vivido hasta que dos años antes de nacer Hans, se habían mudado a la periferia de la ciudad, a Dahlem. Por lo tanto, estuviese en el lugar que estuviese, tenía una orientación exacta de la ciudad. Observó que una de las columnas se dirigía, posiblemente, hacia la zona de la Oranienburgerstrasse. La otra columna parecía poner rumbo hacia la Fasaenenstrasse. Kurt lo comprendió inmediatamente. Las sinagogas. Kurt Petersen en ese momento no sabía por qué, pero toda esa gente exaltada se dirigía hacia las sinagogas de Berlín.

—Vamos, Hans, vamos hacia la parada del ómnibus. No sé lo que pasa hijo, pero toda esa gente se dirige hacia las sinagogas.

Las sinagogas. Hans sabía que las sinagogas eran un lugar parecido a las viejas iglesias donde rezaban los cristianos, sólo que en estas, lo hacían los judíos. Hans sabía por Herr Fritz, que eran antiguos lugares de culto, anteriores al Führer. Pero Hans no sabía por qué toda esa gente tan enfadada se dirigían hacia allí. ¿Qué le habrían hecho los judíos al Führer? ¿Cómo habían conseguido enfadarlo tanto a él y a sus partidarios?

Kurt y Hans permanecieron un buen rato observando las columnas de grandes camiones que recorrían el bulevar de la Unter den Linden. Kurt no entendía el motivo, pero había una enorme ira popular. Una ira popular contra los judíos. Los grandes camiones iban atestados de camisas pardas. Y también de civiles, de muchos civiles. Llevaban grandes banderas del partido que hacían ondear al viento. Y retratos del Führer. Lanzaban todo tipo de acusaciones contra los judíos: perros, asesinos, criminales, escoria... esos eran los insultos más suaves que les dirigían. Había caído la noche. Kurt y Hans corrieron por el bulevar.

Llegaron a la Pariser Platz. Normalmente, esperaban allí al tranvía o al ómnibus que los llevaba hasta Dahlem. Había mucha gente en la parada, la mayoría gente mayor. Parecían asustados. Al fondo, detrás de la Brandenburg Tor, más allá del Tiergarten, en la lejanía, se distinguían más columnas de camiones atestadas de enardecidos simpatizantes del partido. Kurt pensó que podrían dirigirse hacia las tiendas judías de la Kurfürstendamm. Era noche cerrada. Kurt sabía que tendría una buena con Helga por llegar tan tarde con Hans, y además, en una noche como esa.



Aunque últimamente Helga no quería escuchar las noticias, supuso que si los disturbios se habían extendido hasta Dahlem, Helga habría puesto la Radio del Reich, se habría enterado de todo y ahora estaría asomada a la ventana esperando que ellos llegaran.

En la puerta del hotel Adlon había un gran número de periodistas, libreta y bolígrafo en mano, tomando notas, intentando hablar con la gente, pero la gente pasaba de largo como si tuviesen mucha prisa, sin detenerse ante ellos. La mayoría de ellos pertenecía a la prensa extranjera, porque el hotel Adlon era habitualmente el lugar de reunión de la prensa internacional. Entonces Kurt escuchó algo. Una señora mayor estaba diciendo:

—Von Rath ha muerto. Ese ha sido el detonante.

Von Rath. El diplomático alemán había resultado herido en un atentado dos días antes, y durante ese tiempo, toda la nación había contenido la respiración esperando que el joven diplomático salvara la vida. Pero no había podido ser. Y el asesino era un judío. No había que ser muy listo para concluir, que en la actual situación, esa noche iba a correr mucha sangre judía, no sólo en Berlín sino en toda Alemania.

El ómnibus llegó. Kurt subió a él llevando a su hijo de la mano.

El trayecto hasta la Leipziger Platz transcurrió con normalidad. Pero fue más allá de esta, en una concurrida calle comercial, donde comenzaron los problemas. Fue en ese momento, cuando Kurt y Hans se convirtieron en testigos presenciales de la ola de violencia indiscriminada que esa noche de noviembre se había desatado en Berlín.

Continuamente, el ómnibus tenía que dar grandes frenazos debido a la cantidad de camiones que se cruzaban en su camino. Kurt tenía que estar sujetando constantemente a Hans, para que este no se cayera. Kurt vio cómo los civiles y las camisetas pardas descendían de los camiones que se cruzaban en la calle y la emprendían contra los comercios judíos. Y contra las propiedades judías. Y los hogares judíos. Había grandes hogueras realizadas con los objetos de los domicilios y comercios.

En mitad de la calle había un judío rodeado por un grupo de camisetas pardas. Le habían colgado un cartel al cuello que decía: «Yo he matado a Von Rath». Todos le escupían y le insultaban mientras se burlaban de él.

Un poco más arriba, en la puerta de un comercio, un judío con unas grandes barbas blancas estaba tumbado en el suelo en medio de un gran charco de sangre. El hombre no se movía. Algunos civiles, entre ellos una niña de la edad de Hans, le daban pequeños golpes en los pies para ver si estaba vivo. Pero el hombre no daba señales de vida.

En el interior del ómnibus, que ahora avanzaba muy lentamente por la calle, nadie hablaba. O bien miraban hacia otro lado de la calle, o bien miraban hacia el suelo. A Kurt le pareció que algunas personas, sobre todo mayores y en voz muy baja, estaban

rezando. En un momento determinado, un hombre mayor que iba sentado junto Kurt, con sus manos apoyadas en un bastón, preguntó en voz alta:

—¿Y la policía? ¿Dónde está la policía?

Nadie contestó. Porque nadie sabía qué contestar.

Kurt pudo comprobar que había también grupos de las Juventudes Hitlerianas y de la Liga de Muchachas Alemanas participando en los linchamientos. Y en los actos de rapiña. Un grupo de chicos de las Juventudes se estaba llevando todos los objetos que podía de una ferretería. Cuando terminó el saqueo, otro joven, este vestido de civil, roció de gasolina el establecimiento y le prendió fuego. Los jóvenes de las juventudes se arremolinaron alrededor del fuego y comenzaron a bailar y a corear uno de sus más conocidos cánticos: *La bandera es más que la muerte*. El dueño de la ferretería estaba sentado en el suelo, con una gran herida en la cabeza de donde no paraba de manar sangre. Inútilmente, el hombre intentaba contener la hemorragia con un pequeño pañuelo.

A Kurt le pareció que las chicas de la BDM eran casi más crueles que los chicos de las Juventudes Hitlerianas. Casi al final de la calle, había una tienda de telas y sobre la marquesina, un gran cartel que decía «Confecciones Weinstein». Habían sacado a las dependientas a la calle, chicas muy jóvenes, y las habían dejado en ropa interior, haciéndolas desfilas con las fregonas sobre el hombro, como si fueran fusiles. Las chicas de la BDM les lanzaban agua con una manguera que habían instalado en una boca de riego cercana. Era una escena terriblemente humillante.

Al frente de la grotesca formación, marchaba una chica muy rubia con dos grandes trenzas que le llegaban más abajo del pecho. En la fregona que portaba la chica habían colocado una raída sábana negra, que otorgaba a la escena el aspecto de una siniestra procesión medieval. Era tal el silencio en el ómnibus, que Kurt pudo escuchar cómo la joven gritaba:

—¡Dejadme en paz, por favor! ¡Yo no soy judía! ¡Me llamo Inga y soy aria! ¡Yo soy aria!

Una chica de la BDM le propinó una patada en el estómago. La joven rubia de las trenzas cayó al suelo. La chica de la BDM, una joven de aspecto fornido, se agachó junto a ella, le agarró de las dos trenzas y le escupió. A continuación, le golpeó en el rostro mientras le gritaba:

—¿Aria? ¿Que tú eres aria? ¡Tú trabajas para un judío y tu marido es un judío! ¡Eres la vergüenza de la mujer alemana! ¡Fornicas con un judío, eres la puta de un judío y por lo tanto, eres una puta judía!

La chica de la BDM estuvo golpeándole la cara hasta que la joven, llamada Inga, quedó inconsciente con su cabeza en medio de un gran charco de sangre.

---

\* \* \*

---

Estas escenas se repitieron durante todo el trayecto hasta Dahlem, y hasta allí, tal como Kurt temiera, también habían llegado los disturbios. Nada más descender del ómnibus, a dos manzanas de su casa, Kurt y Hans comprobaron que la noche olía a humo, y que en su propia calle, las llamas iluminaban los edificios. Habían incendiado la frutería de los señores Lieberman. Ellos, junto a sus hijos, lloraban desconsolados sentados en el bordillo de la calle, mirando hacia el cielo, el oscuro cielo de una noche de noviembre, junto a su negocio en llamas, mientras se preguntaban qué daño le habían hecho a nadie. Pero la noche, no les respondía.

Kurt y Hans vieron entonces a un grupo de las juventudes, que en su propia calle, muy cerca del patio de la casa de la familia Petersen, estaban asaltando la consulta del doctor Weizmann. Los jóvenes habían desplegado las banderas y los estandartes en mitad de la calle, donde un chico de unos doce años tocaba un tambor. Karl, el hermano de Heinz, el compañero y amigo de Hans, y Astrid, su novia, a la que según Heinz se habían «follado» todos los chicos del barrio, aunque Hans nunca había entendido qué significaba eso, dirigían el ataque. Un grupo de chicos cantaban el himno de las Juventudes Hitlerianas, mientras otros, arrojaban por la ventana los utensilios de la consulta del doctor. El matrimonio Weizmann los miraba en silencio desde la calle. Y entonces, sucedió algo.

Hans soltó la mano de su padre y corrió hacia el lugar donde se encontraban los chicos de las Juventudes. Se plantó delante de las banderas y los estandartes, alzó su brazo y realizó el saludo nazi. Karl, el matón, se acercó a él y le dijo:

—Muy bien, Petersen, muy bien hecho. Dentro de poco te unirás a nosotros, y estoy seguro que serás un *Pimpf* cojonudo. Yo mismo te formaré, incluso, si eres muy bueno, te dejaré que te revuelques con Astrid.

Hans no entendió lo que Karl le quiso decir, pero se echó a reír, porque todos los chicos se estaban riendo y por lo tanto, lo de revolcarse con Astrid debía de ser algo divertido.

Kurt se acercó a su hijo, lo cogió de la mano y se lo llevó de allí.

—Vamos, Hans, tu madre debe de estar muy preocupada.

Cuando entraban en el portal de su casa, Kurt se volvió y contempló la escena. La tal Astrid, que era una joven rubia, alta y muy guapa, el prototipo de chica que el partido solía dibujar en sus carteles propagandísticos, había colocado un pequeño tambor de juguete, uno de esos que vendían en las ferias, al cuello del doctor Weizmann. La chica le gritaba:

—¡Toca, toca el tambor, viejo judío! ¡Toca el tambor, judío de mierda!

La mujer del doctor Weizmann desfilaba detrás de él. Un recogedor de basura era su fusil.

Cuando entraron en su casa, esta estaba a oscuras. Una música triste y trágica inundaba la estancia. La música procedía del baño de la habitación de sus padres. A Hans le sorprendió escuchar esa música, porque Hans estaba seguro que la había escuchado antes, en algún otro sitio, o quizás no, quizás la hubiera escuchado como ahora, en los discos de su madre. Pero prevalecía en él la sensación de que no, de que la había escuchado en algún otro lugar... ¿en un sueño? Podía ser, fue por eso, que le preguntó a su padre:

—Papá, ¿qué música es esa?

Kurt no era un entendido en música como su mujer, pero esa melodía que salía del baño de su habitación era lo suficientemente conocida como para no reconocerla al instante:

—Es la despedida de Wotan y la música del fuego, de Richard Wagner, Hans. Pertenece a la ópera *La valkiria*.

Una vez dicho esto, desapareció dentro de su habitación, buscando a Helga. Hans Petersen se sentó en una silla que había pertenecido a la casa de su abuelo y que su madre siempre tenía en el pasillo. Intentaba entender algo de lo que el bajo abaritonado, que daba vida a Wotan, decía en aquella ópera:

*¡Adiós, valiente y gloriosa niña!*

*¡Tú, el más sagrado orgullo de mi corazón!*

*¡Adiós!*

*Si debo evitarte, si mi saludo amoroso ya no podrá nunca saludarte;  
si ya no has de cabalgar más junto a mí, ni servirme aguamiel en  
la mesa; si debo perderte a ti, a quien amé, tú, deleite sonriente  
de mi ojo: ¡un fuego nupcial arderá por ti, como nunca ardió por  
una novia!*

*Fieras llamas rodearan la roca.*

*Con miedos abrasadores que atemoricen a los pusilánimes.*

*¡Huya el cobarde de la roca de Brunilda!*

*Porque sólo un hombre cortejará a la novia, un hombre más libre  
que yo, ¡el dios!*

*El radiante par de ojos*

*que solía acariciar con una sonrisa*

*cuando un beso correspondía a tu ansia de combate y, balbuceando  
como una niña, la alabanza de los héroes fluía de tus amorosos  
labios.*

*Este relumbrante par de ojos que a menudo refulgían sobre mí en la tormenta,  
cuando el anhelo de esperanza quemaba mi corazón, y yo deseaba deleites mundanos de entre temores que se entretejían.  
¡Alégrenme hoy por última vez, con el último beso de despedida!  
Sobre un hombre más feliz brillará su estrella,  
sobre el desventurado inmortal debe cerrarse al partir.  
Así el dios se aparta de ti, así te quita la divinidad. Con un beso.*

---

\* \* \*

---

Mientras escuchaba la triste historia y la trágica melodía, Hans había fijado su mirada en el cuadro que había sobre la cabecera de su cama. El cuadro de Kara, la valquiria que se enamoró de Helgi, el guerrero. Hans no había comprendido nada de la historia que relataba la ópera de Wagner, pero le daba igual. Al igual que la valquiria de su cuadro, todas esas representaciones eran falsas. Era falsa la imagen de la valquiria de su cuadro, eran falsas las imágenes de las valquirias del libro de Herr Fritz, era falsa la imagen de las valquirias en la ópera de Wagner. Hans nunca hubiera podido explicar el porqué, pero él lo sabía. Sabía que todas esas representaciones no tenían nada que ver con esos seres legendarios. Primero, las valquirias no iban vestidas, porque allí de donde venían no había ropa. Hans sabía que las valquirias eran mitos, y como tales, pertenecían al mundo de los sueños. ¿Quién le había dicho eso? ¿Herr Fritz? No lo recordaba. Pero sí sabía que esos seres emergían de abismos, que quizás, estuvieran en nuestra mente, que pertenecieran a mundos interiores en los que nadie puede penetrar, a los que nadie puede acceder. Lo que Hans no sabía era de dónde le venían todas esas ideas, pero las tenía. Hans sonrió. Todos se equivocaban. Hans sabía que las valquirias parecían chicas normales, pero que no lo eran. Que su cuerpo era un código, cubierto de runas y extrañas inscripciones. Y que de su boca brotaba fuego, una pequeña llama o grandes llamaradas, según su estado de ánimo. O a lo mejor, eran sencillamente como cada uno las queríamos ver. Y Hans no sabía dónde, ni cuándo, pero las había visto, la había visto. Había visto a su valquiria. Él la había estudiado y ella le había entregado algo. Él quería ser un soldado, un soldado del ejército alemán. Un soldado del Führer. Y algún día, en ese lugar donde la gloria le esperaba, le esperaría ella, se encontraría con ella. Ella sería la encargada de subir su alma al Valhalla y evitar así, que su nombre se perdiera en el infierno del olvido. Por eso Hans no les tenía miedo. Por eso sabía, que cuando llegara el momento, se abrazaría a ella. Y penetraría con ella hasta el fondo del abismo. Hasta algún lugar

lejano, hasta ese lugar donde residen los mitos y los héroes del nacionalsocialismo.

Aquella trágica noche, mientras en el baño de su dormitorio sus padres mantenían una agria discusión, mientras Berlín y Alemania ardían víctimas de una salvaje ola de violencia contra el pueblo judío, Hans Petersen permanecía allí, sentado en la silla que había pertenecido a la casa de su abuelo y que su madre siempre colocaba en el pasillo, pensando en viejos mitos, en valkirias y en una muerte heroica. Y tomando una decisión.

Las dibujaría. Dibujaría a las valkirias de verdad, para así, en un futuro, cuando otros niños como él observaran los dibujos en los libros de mitos germánicos como el de Herr Fritz, o cuando compraran pequeños cuadros en las tiendas de recuerdos del partido, o cuando miraran las portadas de los discos de Richard Wagner, pudieran ver la auténtica imagen de las valkirias y no la imagen equivocada que aquellos que nunca las habían visto pintaban de ellas.

---

\* \* \*

---

La dramática melodía de la despedida de Wotan inundaba la oscuridad de la habitación. Kurt se quitó la chaqueta y la colgó en una percha de brazos. Se había equivocado. Helga no estaba esperándolos asomada a la ventana, ni parecía tener preocupación alguna por ellos. La luz del baño estaba encendida y Helga estaba dentro, en la bañera, como era costumbre en ella en los últimos meses, desde que regresaron de Viena. Tampoco esa noche había cambiado su hábito.

Kurt entró en el baño y se sentó en el borde de la bañera. Helga estaba dentro, con los brazos descolgándole por fuera de la bañera y los ojos cerrados. Sin abrir los ojos, sin mirarlo, se dirigió a él:

—Ya ha empezado, ¿verdad?

—Von Rath ha muerto, Helga. La gente está furiosa. Lo ha matado un judío y han arremetido contra ellos.

—Un hombre ha muerto en París. ¿Cuántos van a morir aquí esta noche, Kurt, en Berlín, en Alemania? ¿Cientos? ¿Miles?

—Es la ira de la gente, Helga. Ha sido espontáneo, hay camisetas pardas por las calles y chicos de las Juventudes, eso es cierto, pero la mayoría de la gente es civil, Helga. No tienen nada que ver con el Estado...

Helga se incorporó en la bañera y por primera vez, miró a su marido a la cara:

—Eso es mentira y tú lo sabes, Kurt. Detrás de todo esto está el régimen y el partido, tu partido, para el que trabajas, del que comemos. Tú lo sabes, Kurt. Todos lo sabéis. Siempre lo habéis sabido.

Kurt no contestó. Ya estaban llegando al punto fijo.

—Sólo me gustaría que me contestaras a dos preguntas. ¿Por qué los odiáis tanto?

¿Qué os ha hecho esa pobre gente, Kurt?

Kurt Petersen bajó la cabeza. Clavó su mirada en el suelo del baño.

—Me lo imaginaba. Ni siquiera sabes qué contestar.

Helga se levantó y se dispuso a salir de la bañera. Kurt levantó la vista hacia ella, la observó mientras se secaba con una toalla. Había partes de su cuerpo donde se extendían grandes manchas rojas, como si se hubiera frotado muy fuerte. A Kurt le seguía excitando el cuerpo de su mujer. Aunque Helga había cumplido ya los cuarenta y tres años y había traído dos hijos al mundo, seguía conservando un cuerpo magnífico, mejor que el de la mayoría de mujeres de su edad que Kurt conocía, e incluso mejor que el de muchas chicas jóvenes que trabajaban con él. Era algo genético. La madre de Helga había sido una de las mujeres más atractivas de Berlín, una aristócrata asidua a las grandes fiestas de la alta sociedad y codiciada por los jóvenes más adinerados de la ciudad, pero que al final, se había dejado seducir por un profesor de universidad, bohemio y con ideas socialistas.

Cuando acabó de secarse, Helga se giró hacia él y le lanzó una mirada glacial.

—Kurt, por favor, no me vuelvas a mirar así. Me da asco.

«Sólo le ha faltado decir una cosa», pensó Kurt. «Me das asco, todos vosotros me dais asco».

---

\* \* \*

---

Hans no soñó esa noche con lobos, ni tuvo pesadillas. Las escenas que había visto en las calles de Berlín no le habían afectado lo más mínimo; tenía la certeza de que los judíos se lo habían merecido, habían matado a uno de los suyos y el Führer los había castigado. Aquella noche, mientras Hans Petersen dormía placidamente en su casa de Dahlem, las ciudades y las calles de toda Alemania eran testigo de uno de los más bárbaros *Progrom* de la historia. Lo que Hans y su padre habían visto en las calles de Berlín no era nada, sólo el inicio de un frenesí de sangre y fuego como pocas veces antes se había podido ver. En Berlín, ardieron las sinagogas, como la de la Oranienburgerstrasse y la Fasaenenstrasse. En toda Alemania, ardieron más de doscientas sesenta y siete sinagogas, siete mil quinientas tiendas y propiedades judías fueron destruidas, cientos de judíos fueron asesinados y más de veinte mil, detenidos. Fueron muchos los alemanes que como Kurt, quisieron creer que todo eso pertenecía sólo a una espontánea ira popular; otros muchos, como Helga, siempre pensaron que detrás de todo aquello estaba el partido y el Estado. Pero fuera de una manera o de otra, la realidad es que los jóvenes de las Juventudes Hitlerianas tuvieron esa noche una activa participación en los incendios, los saqueos y los asesinatos. Y ninguno de ellos, cuando regresaran a su casa, después de participar en esa orgía de destrucción, soñaría ni tendría pesadillas. Esas cosas no ocupaban sus sueños. Todo eso formaba

parte de un paisaje cotidiano en el día a día de la vida en Alemania: el antisemitismo. Para acciones como esas, habían sido iniciados. Para acciones como esas, estaban siendo formados.

Hans Petersen tardaría casi un año en volver a soñar con lobos, aunque ese sueño, el último, el que cerraría el círculo, el que daría por terminada su iniciación, sería el peor de todos, el más desagradable, el más horripilante, el que forjaría la clave de su trágico destino, el que lo acercaría al borde del abismo, justo en el momento en que el mundo parecía precipitarse hacia él.

*Berlín, finales de agosto de 1939.*

Durante todo ese año, Hans y su padre estuvieron preparando el momento en que Hans ingresara en el *Jungvolk*. Todas las tardes, cuando Kurt regresaba de su trabajo en la DAF, Hans y él se dirigían al Grunewald, donde Kurt preparaba a su hijo para que pudiera superar las pruebas físicas. A sus nueve años, Hans se estaba convirtiendo en un chico fuerte, aunque no excesivamente alto, daba la sensación que nunca tendría la altura de su hermano Harald. A Kurt le venía bien salir con el chico y no tener que estar en casa, porque la convivencia con Helga se había convertido en algo insoportable. Compartían techo, mesa y cama. Pero nada más. Incluso con Hans ya no era la misma de antes, ya apenas compartía nada, y el chico se había dado cuenta. En ocasiones Kurt lo veía muy triste, como ausente, solo en la mesa del salón haciendo sus deberes, mientras Helga seguía enclaustrada en su cuarto, ahora, casi todos los días.

La situación que vivía Europa después de la burla de la conferencia de Munich, la anexión de Austria y la invasión de Checoslovaquia, era explosiva, y en Helga había generado más preocupación. Kurt pensaba que ella se había despreocupado de la política y de la actualidad, porque en casa se negaba a escuchar la Radio del Reich y siempre que sonaba la melodía que anunciaba el boletín informativo, ella cambiaba el dial y sintonizaba alguna emisora que emitiera música. Sin embargo, lo que Kurt desconocía era que todas las mañanas ella compraba el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, el único diario liberal que se editaba en Berlín, desde que en 1937 desapareciera el diario del que ella había sido ávida lectora desde que los nazis alcanzaran el poder, el *Berliner Tageblatt*, diario liberal que aunque de forma críptica o utilizando el humor, se había convertido durante años en el único medio de oposición a la prensa propagandística del Führer. Helga no soportaba el *Völkischer Beobachter*, el órgano oficial del partido, que Kurt llevaba diariamente a casa y que ella había dejado de leer de forma definitiva después de regresar de Viena. Le repugnaba la figura de su director, Max Amman, y de sus colaboradores como Alfred Rosenberg, el filósofo del partido. Tampoco le gustaban todas las soflamas y la propaganda barata del diario oficial de la DAF, *Der Angriff*. Durante años, Helga solía acudir todas las mañanas a



la cafetería Dorfhaus, donde pedía un café y un bollito de crema, mientras leía el *Berliner Tageblatt*, que luego arrojaba a una papelera cercana a su casa. Le gustaba especialmente leer los artículos irónicos y críticos con el régimen, envueltos en una delicada prosa, de Paul Scheffer, que se había formado en la prestigiosa escuela de Theodor Wolff, un amigo personal de su padre. Una vez que el *Tageblatt* desapareció, continuó con su ritual diario leyendo el *Deutsche Allgemeine Zeitung*, aunque reconocía que su director, Karl Silex, un viejo liberal admirador de todo lo inglés, había acabado cayendo bajo la orbita nazi, y en ocasiones, ella misma se preguntaba sino sería mejor leer el *Völkischer*, tranquilamente, en el salón de su casa. Pero luego pensaba, que había algo de furtivo en esas mañanas de la cafetería Dorfhaus, algo que le excitaba, algo que la alejaba de su casa y de la asfixiante y opresiva atmósfera nazi que allí se respiraba.

La conferencia de Munich fue el primer momento en que Helga llegó realmente a preocuparse. Helga siempre pensó, que las democracias occidentales servirían como freno a los impulsos imperialistas del dictador alemán. Pero la debilidad, la fragilidad, el ridículo que los gobiernos de Londres y París hicieron en la conferencia bávara ante Hitler y Mussolini, llegaron a desasosegarla. Helga leyó atónita las declaraciones del primer ministro británico, Neville Chamberlain, al llegar a Londres: «Os traigo de Munich la paz, la paz con honor». Helga no lo pudo comprender. ¿Ellos también? ¿Ellos también se habían dejado convencer por el charlatán de feria, por el tahúr del Mississippi? No podía comprenderlo. Helga pensaba que ese mismo día Hitler y sus secuaces estarían recluidos en su guarida de los Alpes bávaros, en el Obersalzberg, riendo a mandíbula batiente ante la ingenuidad de Chamberlain y Deladier, el *prémier* francés. Él, Adolf Hitler, que quería convertirse en el caudillo de Europa. En el señor del mundo.

Helga no pudo estar más de acuerdo con un político inglés, un político en alza llamado Winston Churchill, cuando este le espetó a Chamberlain en la Cámara de los Comunes: «Usted no ha traído a Inglaterra la paz con honor, usted ha traído la paz de la vergüenza». Los sucesos de Austria y Checoslovaquia le dieron la razón. Hitler no se detendría ante nada, ni ante nadie. Hitler buscaba la guerra, «deseaba» la guerra. Lo había dicho recientemente: «El horóscopo de la época no señala la paz, señala la guerra». Ese era su camino a seguir. Y al final, como en la Gran Guerra, Londres y París tendrían que mandar a sus hombres al frente. Y ella, en esa guerra, había perdido a sus dos hermanos. Y ahora, podía perder a un hijo. Y si la guerra se alargaba, a los dos.

Harald era su mayor preocupación. No lo había vuelto a ver desde Viena, porque Harald estaba siempre de maniobras con su regimiento y escasamente mandaba dos o tres telegramas a casa por mes, casi todos ellos después de haber pasado la censura militar, y siempre, sin desvelar la ubicación de su regimiento. La intranquilidad que

habitaba en Helga, lo hacía también en muchos berlineses. Por aquellos días, se percibía una sensación extraña en las calles, la sensación de que la guerra estaba a la vuelta de la esquina. Y esa sensación había impregnado muchos hogares, a muchas familias, a muchas personas.

Para Helga Petersen, esa sensación alcanzó su clímax la mañana del 31 de agosto de 1939. Había sido un verano luminoso en Berlín, el último verano antes de la guerra. Pero aquella mañana había amanecido gris, con grandes nubes negras cubriendo el cielo de la capital alemana. Como si anunciara la incipiente llegada del otoño. U otra cosa.

Aquella mañana, mientras leía el *Deutsche Allgemeine Zeitung* en la cafetería Dorfhaus, tomando un café y comiendo un bollito de crema antes de hacer la compra diaria, Helga tuvo la sensación de escuchar tambores. Tambores en la lejanía. Tambores de guerra. Helga sabía que esos sonidos eran sólo truenos, ecos de alguna lejana tormenta, una de las últimas del verano. Pero esa sensación, la de escuchar tambores de guerra, persistió en ella durante todo aquel día.

---

\* \* \*

---

Hans no había vuelto a soñar con lobos en mucho tiempo. Volvía muy cansado de entrenar con su padre y dormía siempre de un tirón, sin despertarse en toda la noche. Pero un día, el 31 de agosto de 1939, Hans, sin saber por qué, se encontró más inquieto que de costumbre, más nervioso. Como si tuviera un oscuro presentimiento, el presentimiento de que esa noche, los sueños iban a regresar.

Aquella noche tardó mucho en dormirse. Y tal como él se temía, regresaron. Regresaron los sueños y con ellos, regresaron los lobos. El lobo. Y la valquiria legendaria que emergía del oscuro abismo, del torbellino que giraba y giraba y giraba...

---

\* \* \*

---

*Estaban en un campo, un campo de batalla. Era un amanecer y el cielo, como siempre, volvía a estar rojo. Rojo como una gran bola de fuego. Todos ellos, los niños y las niñas, los chicos y las chicas, desnudos, con sus espadas y sus cuerpos de soldado, sus cuerpos del futuro, estaban formados. El lobo, Freki, con sus ojos fanáticos, diabólicos, los ojos del Führer, los observaba desde lo alto de un risco. Eran cientos, miles. Esperaban, esperaban órdenes. En el otro extremo del campo, había una gruta. Una gruta grande y oscura. Ninguno de ellos quería mirar hacia allí, porque les daba miedo, porque presentían que una bestia grande y monstruosa les esperaba allí dentro, en el interior de esa gruta. Escuchaban sus rugidos. Pese a*

la lejanía, percibían las grandes llamaradas que brotaban de su boca. Hasta ellos, pese a la lejanía, llegaba su repugnante olor a animal viejo, a animal maligno. Hans pasó su mirada por el afilado y brillante filo de su espada, por los símbolos y las runas indescifrables que la cubrían. Pronunció mentalmente el nombre de la espada, Balmung. Balmung, el nombre de la espada de Sigfrido. Hans Petersen sabía quién se escondía en el interior de esa oscura gruta. Sabía que era Faffner, el viejo dragón, la bestia de leyenda.

En ese momento, ante ellos se abrió el abismo. Pero esta vez era un abismo más grande, un torbellino que giraba más rápido, como si se tratase de una gigantesca rueda en movimiento. Una rueda solar.

La valquiria emergió del abismo. La valquiria que parecía una chica, pero que no lo era. La valquiria que se parecía a Kara, la valquiria que había en el cuadro tras la cabecera de su cama, pero que no lo era, porque claro, esta valquiria, era una valquiria de verdad.

La valquiria se posó detrás del lobo. Y el lobo, mirándolos a los ojos, hablándoles desde sus ojos, desde sus ojos fanáticos, diabólicos, casi translúcidos, les dijo:

—Soldados, ahora tenéis que demostrar vuestra fidelidad en el campo de batalla. Estáis a las puertas de la batalla suprema. Sólo si somos realmente superiores, sobreviviremos, y de lo contrario, si no lo somos, pereceremos. Ha llegado el momento de blandir la espada. El viejo dragón nos espera. No me defraudéis. Demostrad que el mundo es nuestro. Que en verdad, el futuro nos pertenece.

Había llegado el momento de la verdad. El momento de convertirse en soldado. Hans miró la brillante hoja de su espada Balmung. Allí estaban los símbolos y las runas, allí estaban las claves para derrotar a Faffner, la bestia. Pero él no sabía leerlo. ¿Cómo lo iba a hacer? ¿Qué podía hacer él para comprender ese código?

La valquiria voló hacia ellos. Se posó ante los soldados, y se acercó muy lentamente mientras giraba la cabeza con movimientos muy rápidos, observándolos a todos. Uno a uno, realizó ante ellos un extraño ritual. Pero cada uno de ellos llegó a pensar que la valquiria, estaba sola, cara a cara con él. Porque todos eran uno.

La valquiria estaba delante de Hans. Otra vez el intenso olor a naturaleza, el intenso olor a humedad, otra vez los grandes ojos del color del hielo, en cuya retina giraban los torbellinos, le miraban fijamente. Acercó sus manos hacia Hans y extendió hacia él sus largos dedos. Hans no se había fijado en ellos anteriormente, pero ahora lo hizo, porque los extraños símbolos que los decoraban se habían iluminado y se habían convertido en nombres. Hans reconoció algunos de esos nombres, por el libro de mitos germánicos de Herr Fritz, pero de los otros no tenía ninguna referencia. En los dedos de la mano derecha, Hans pudo leer los nombres de Wotan, Fricka, Tyr, Loge, Donner... y en los de la mano izquierda, Rosweisse, Siegrune, Waltraute, Helmwige, Gerhilde...

Uno de los dedos de la valquiria, aquel en el que estaba iluminado el nombre de Tyr, el dios de la guerra, se acercó a escasos centímetros del rostro de Hans. Y ante su sorpresa, de él, de ese dedo, brotó agua. El agua impactó directamente en el rostro de Hans. Era un agua natural, un agua muy fresca, como la que brota de un manantial en lo alto de una montaña. Hans lo comprendió. La valquiria los estaba bendiciendo, los bendecía antes de la batalla. Cuando terminó su ritual y con un rápido movimiento, la valquiria voló hacia el centro del abismo, del torbellino. El agua arrojada por el ser resbalaba por el rostro de Hans. Las gotas que caían de su rostro, estaban formando un pequeño charco a sus pies.

La valquiria extendió los brazos y las piernas. Encima de la brecha, de los labios que delataban su sexo, donde terminaba el grabado de la flor de Edelweiss, donde si hubiese sido un ser nacido de mujer, hubiera tenido el ombligo, pero que no lo tenía, porque era hija de los mitos, se formó un pequeño agujero, que luego fue más grande, y más grande, y más grande. La piel de la valquiria se desgarraba y algo asomaba a través de ese agujero formado en su estómago. Algo grande. Esta vez el ser sangraba, no como sucediera cuando las espadas emergieron de sus manos. Por eso, esta vez, Hans no lo pudo soportar y apartó la mirada.

Cuando volvió a mirar, vio lo que era. Estaba allí, clavado en su estómago. Todo el cuerpo de la valquiria estaba ensangrentado. Era un estandarte. La valquiria chillaba y lanzaba grandes llamaradas de fuego por su boca. Con un rápido movimiento, se arrancó la enseña de su ser.

Una joven que a Hans le recordó a Astrid, la novia de Karl, el hermano de Heinz, la chica a la que se habían «follado» todos los chicos del barrio y que Hans ahora ya sabía lo que significaba, abandonó la formación y avanzó hasta el borde del abismo. Y entonces, la Valkiria hizo algo sorprendente. Voló hacia la chica que se parecía a Astrid, se postró delante de ella, replegó sus grandes alas metálicas, agachó su cabeza y con las dos manos en posición de ofrenda, le entregó el estandarte. La chica, que parecía Astrid, cogió el estandarte entre sus manos. La Valkiria levantó la cabeza. Todo su rostro estaba ensangrentado.

La joven se giró hacia ellos y alzó la enseña. Grandes cuajarones de sangre caían de ella. La negrura de la bandera cubierta de sangre, de la sangre de los mitos, de la sangre de los dioses, contrastaba con la blancura de la piel desnuda de la chica. Hans reconoció inmediatamente el estandarte, pese a las manchas de sangre que lo cubrían: sobre fondo negro, una solitaria runa Sieg blanca. La enseña de las Juventudes Hitlerianas. Ahora ya tenían su propia Bandera de Sangre.

La valquiria alumbró con los haces de luz que emergían de sus manos la cueva del dragón.

Primero, se alzaron los brazos. Después, las espadas. El grito de Sieg Heil! retumbó en el campo de batalla, y entonces, todos, los chicos y chicas, los niños y las

*niñas, los jóvenes perfectos, los soldados del mañana, corrieron hacia la guarida de Faffner. Se lanzaron hacia la batalla final.*

---

\* \* \*

---

Hans se despertó sobresaltado. Sudaba, estaba mareado y tenía ganas de vomitar. Eran las 4:45 de la madrugada. Hans Petersen lo desconocía, pero esa hora, era la hora H. En ese mismo momento, el general Gert Von Rundstedt había recibido desde Berlín la orden del Führer de atacar Polonia.

Hans permaneció unos momentos con la mirada clavada en el retrato del Führer. No quería volver a dormirse. Tenía miedo. Pero el cansancio le venció. Volvió a cerrar los ojos. Y regresó la pesadilla, su última pesadilla...

---

\* \* \*

---

*Estaba bañado en sangre. Caminaba desnudo, completamente bañado en sangre, por una enorme explanada. A Hans le pareció que llovía, una leve llovizna. Una lluvia teñida de sangre. A su alrededor, todo eran piezas militares chamuscadas, destrozadas, ardiendo. Carros de combate inutilizados, hasta le pareció ver un cañón antiaéreo Flack inservible, abandonado al lado de un árbol calcinado.*

*Cadáveres. Hans caminaba sobre un mar de cadáveres. Los cadáveres de sus compañeros, de niñas y niños, de chicas y chicos, terriblemente mutilados. Sin brazos unos, descuartizados o decapitados otros, algunos carbonizados.*

*Habían perdido. Habían combatido contra Faffner en una batalla a muerte, pero el viejo dragón les había derrotado. Caminaba con sus compañeros supervivientes, pero estaba cautivo. No tenía su espada. Los soldados de Faffner los conducían al interior de un gran edificio en llamas, mientras les daban latigazos. Hans conocía ese edificio, sabía que lo había visto muchas veces con su padre, pero su estado de destrucción era tan grande, que no lo podía reconocer. El edificio estaba coronado por una gran cúpula, de la que salían grandes cortinas de humo, de un humo muy negro. Sobre el frontispicio, en grandes letras góticas de hierro, se podía leer la siguiente leyenda: Dem Deutschen Volk. «Al pueblo alemán». Hans sabía, que alguna vez había visto ese edificio y leído esa leyenda, pero no recordaba ni cuándo, ni dónde.*

*Ascendieron por una gran escalinata hacia el interior del edificio, una escalinata llena de cadáveres desmembrados. Mientras subían por la escalinata, Hans observó que en las columnas habían escrito con sangre una palabra: Ragnarök. Hans sabía muy bien lo que significaba, había leído esa palabra muchas veces en el libro de mitos germánicos de Herr Fritz. Ragnarök, el crepúsculo de los dioses. Estaba*

*asistiendo al fin de la era de los dioses, de los héroes, de los viejos mitos.*

*Entraron al interior del edificio. A un lado estaba Faffner, victorioso, rodeado de sus soldados infrahumanos. Hans no lo quiso mirar. Le daba miedo, le aterraba tener que mirarlo. Al otro lado yacía el lobo, Freki. Estaba muerto. Hans no pudo soportarlo. Empezó a llorar.*

*Había abiertas grandes heridas en el cuerpo del lobo, de las que manaban cataratas de sangre. Los soldados de Faffner obligaban a los jóvenes perfectos a bañarse en la sangre del lobo, si querían conservar la vida. Hans vio cómo chicos y chicas como él eran obligados a bañarse en la sangre del lobo. Y se producía la transformación. Los cuerpos de soldado daban paso a los cuerpos vulgares, a cuerpos como los de sus padres.*

*Hans no estaba dispuesto a eso, no consentiría nunca perder su cuerpo de soldado. Había luchado toda su vida para tenerlo, y nada, ni nadie, se lo arrebataría. Prefería morir, a vivir con indignidad. Hans salió de la formación y para su sorpresa, nadie se lo impidió. Los soldados de Faffner se limitaron a mirarlo. Hans, haciendo acopio de un gran valor, miró a Faffner, al viejo dragón. Ya lo había visto en la gruta. Era tan terrorífico, tan aterrador, que muchos de sus compañeros murieron sólo al verlo. El dragón abrió una de sus múltiples bocas, llena de miles de pequeños dientes afilados, y le dijo algo así como:*

*—Es tu elección.*

*Hans caminó hacia la puerta de salida del edificio. Pero antes de abandonarlo se giró, y por última vez, miró en dirección al lobo que yacía muerto. Y podría haber jurado que el lobo le estaba sonriendo.*

*Salió al exterior del edificio. El cielo rojo y la gran explanada habían desaparecido. Había un triste y gélido cielo gris. Ahora, todo lo que antes era la gran explanada, se había convertido en un abismo. Pero era un abismo distinto, diferente. No era el torbellino que giraba y giraba. Era un abismo intermitente, mortecino, moribundo.*

*Mientras descendía por la escalinata cubierta de cadáveres, la vio. La valquiria se arrastraba hacia el borde del abismo, dejando en el suelo un reguero de sangre. Hans comprendió que estaba herida, e intentó acercarse a ella. Era muy difícil, porque del interior del abismo brotaba ahora una especie de viento huracanado, como el que antecede a una gran tormenta. Hans, luchando contra ese viento, se acercó a la valquiria y la contempló. Tenía las alas metálicas rotas, una de ellas literalmente arrancada. De esa herida en su espalda salían nervios, venas... Su casco estaba destrozado, y de él manaba sangre. Su larga melena dorada, tan dorada como su casco y sus alas, estaba quemada. De su boca no brotaba ya fuego, solamente un espeso humo negro. Y sus ojos del color del hielo, con sus retinas convertidas en dos torbellinos, eran ahora dos cuencas vacías y oscuras. Su piel,*

blanca como la nieve de la montaña, había adquirido ahora un color azulado. Los símbolos y las runas estaban desapareciendo. Hans lo comprendió. La valquiria legendaria se estaba muriendo. Había comenzado a morir en el mismo momento en que había muerto el lobo. Era todo un mundo el que moría con él. El lobo la había rescatado del olvido, del ostracismo y ahora, la valquiria regresaba a ese oscuro mundo del olvido.

La valquiria miró con sus ojos vacíos a Hans y levantó la mano en dirección al edificio que ardía a sus espaldas. Abrió su boca. Lentamente, de ella salió un gorgojeo, como si quisiera hablar, como si quisiera decir algo. Y ante la sorpresa de Hans, lo dijo:

—Ragnarök.

¿Lo había imaginado? ¿Era posible? ¿Había hablado la Valkiria con voz humana?

—Lo sé —contestó Hans.

La valquiria lanzó un chillido, un enorme y salvaje chillido, un chillido que Hans imaginó, que debía de ser como el que describía el libro de mitos germánicos de Herr Fritz, el chillido de las sirenas que quedaban varadas en el Rin.

La otra ala de su espalda cayó. Y el casco. Y en el lugar donde se encontraba este, creció un pelo rubio, muy largo. Las oscuras cuencas de sus ojos se convirtieron en dos hermosos y penetrantes ojos azules. Su piel, todavía muy blanca, tomó un color terrenal. Y la valquiria legendaria quedó convertida en lo que realmente era. Una niña. Una niña sólo un poco mayor que él, desnuda, temblorosa, asustada, que buscaba con su mano, la mano de Hans.

Y Hans le tendió su mano. Y juntos, luchando contra el viento huracanado, se arrojaron al abismo. Y el abismo los engulló.

Caían. Y siguieron cayendo, siempre, para siempre, porque el abismo no tenía ni tiempo ni época, ni pertenecía a este mundo, ni a cualquier otro, porque el abismo, pertenecía a lo eterno. Y en la eternidad el tiempo está detenido.

---

\* \* \*

---

Hans abrió los ojos. Había amanecido un nuevo día. El círculo se había cerrado definitivamente. Era hora de poner en práctica todo lo visualizado, todo lo aprendido. Sin él saberlo, Hans Petersen había descifrado el código de su vida, su presente y su futuro. Había descifrado la naturaleza de su existencia. Y el reloj que un día le fuera inoculado en el interior de su cerebro, con una sola mirada, proseguía su trágica e implacable cuenta atrás. Pero esa cuenta atrás no era sólo para él. Como Hans Petersen estaba a punto de descubrir, era la cuenta atrás de toda una nación que se avocaba, sin ninguna posibilidad de cambio, hacia la hora cero de su existencia.

Hans se incorporó en la cama. Percibió que había luz en el salón. A través del resquicio abierto de la puerta de su habitación, al final del pasillo, se podía ver el salón. Vio que sus padres estaban sentados en la mesa, muy serios, con la mirada clavada en el aparato de radio. Escuchaban la Radio del Reich. Hans se volvió a dejar caer en la cama. Dirigió su mirada hacia el retrato del Führer. Y sonrió. Sonrió, porque sabía que sus padres estaban escuchando lo mismo que estaba escuchando él.

*Por orden del Führer, comandante supremo de las fuerzas armadas, la Wehrmacht ha asumido la protección activa del Reich. En cumplimiento de la misión encomendada, para poner freno a la potencia polaca, esta mañana, unidades del ejército alemán, han pasado al contraataque en las fronteras entre Alemania y Polonia. Grupos de la Luftwaffe han emprendido el vuelo con la misión de atacar objetivos militares en Polonia. La marina de guerra ha asumido la protección activa del mar Báltico...*

Era 1 de septiembre de 1939.

Había estallado la Segunda Guerra Mundial. La guerra que lo destruiría todo. La guerra que los destruiría a todos.



## INTERLUDIO (ENTRE LAS RUINAS II)

*Una posición en las cercanías del Reichstag, hacia el mediodía del 29 de abril de 1945.*

Estaban atrapados. Atrapados en mitad del infierno. Atrapados bajo un cielo rojo que se cernía amenazante sobre ellos. Hans, Junker y la pequeña Greta avanzaban agachados, en una postura que se había convertido en habitual en el Berlín del ocaso, con el cuerpo casi doblado por la mitad, con el estómago rozando los muslos, intentando esquivar las balas, intentando esquivar las cornisas de los edificios derruidos que se desprendían y caían sobre ellos. Ruinas que caían sobre ruinas. Esa mañana los «órganos de Stalin» no habían sonado. En su lugar, el ejército soviético había lanzado un enorme ataque artillero sobre el distrito gubernamental y sobre los que allí resistían. Eran bombas que destruían edificios ya destruidos, que incendiaban casas que ya estaban en llamas, que calcinaban calles que ya estaban calcinadas. El objetivo, minar en lo posible la moral de los miles de efectivos del ejército, de las SS, del *Volkssturm* y de las Juventudes Hitlerianas que estaban todavía dispuestos a resistir, a resistir hasta el final. Hasta un final que cada vez parecía más próximo.

Se estaban equivocando. Forzados por el ataque artillero ruso, cada vez se introducían más en ese intrincado laberinto de calles y callejas que los conducían hacia el único lugar al que no querían ir: las inmediaciones del Reichstag. Pero no les quedaba más remedio que seguir en esa dirección. Avanzaban muy lentamente. Esa zona de la ciudad, estaba casi totalmente reducida a ruinas. Lo que no hacía mucho tiempo habían sido casas, edificios oficiales o embajadas, eran ahora montañas de ruinas humeantes, donde avanzar unos pocos metros era como avanzar kilómetros en otras circunstancias. Cada pocos pasos, tenían que protegerse en los patios de las casas, porque el bombardeo artillero ahora era constante. Y cada vez que entraban en el patio de un edificio, eran testigos de un drama. Porque la situación de los miles de civiles atrapados en el distrito gubernamental era dramática. Se hacinaban en los sótanos en condiciones deplorables, sin luz, sin agua, sin alimentos. Cuando entraron en uno de los patios, fueron testigos de un espectáculo horrendo. En un pequeño sótano, una madre y sus seis hijos habían metido un caballo muerto dentro. Se lo estaban comiendo. Como si fueran caníbales, arrancaban grandes pedazos de carne del animal y se lo introducían en la boca, devorándolo, mientras se manchaban la cara con la sangre del equino. La pequeña Greta no pudo soportar la escena y vomitó. Junker sacó su Walther y le dijo a Hans:

—Sería mejor que los matáramos, que los matáramos a todos. Por lo menos así dejarían de sufrir.

Hans hizo como si no hubiera escuchado a Junker y buscó a la chica, que había

abandonado el patio y vomitaba en la calle. Era la segunda vez que Junker había hecho un comentario similar. La primera vez fue unos días antes, cuando después de la matanza en la trinchera del canal de Landwehr, se metieron en la ratonera del distrito gubernamental, en la puerta del búnker de la estación de Anhalter. Era una escena demoledora. Los carritos de los bebés se amontonaban a las puertas del búnker porque las autoridades prohibían expresamente que entraran en su interior. Esa mañana, la artillería soviética les había dado un respiro. Aprovechándolo, y aunque pareciese una locura, en la puerta del búnker se había improvisado una boda. Algunos de los civiles que se habían atrevido a salir a la superficie, ejercían de invitados. Los novios eran un hombre y una mujer de mediana edad. Alguien comentó en las proximidades donde se encontraban los tres chicos de las Juventudes Hitlerianas, que la pareja tenía previsto casarse la misma mañana que los soviéticos lanzaron su primer gran ataque contra el centro de Berlín. La pareja avanzó muy lentamente entre el pasillo de improvisados invitados. Caminaban hacia una especie de pupitre tras el cual se encontraba un anciano con unos papeles en la mano escritos a pluma. Quizás el hombre fuera un antiguo juez o un antiguo notario. A un lado del pupitre que hacía la vez de altar, sonaba un viejo gramófono, que una y otra vez, repetía una canción, una canción que en otras condiciones hubiera podido ser una canción alegre, pero que en esas circunstancias, sonaba triste, macabra. Posiblemente era el único disco que habían podido encontrar.

*Cuando mis ojos miran lentamente la puesta de sol...*

La novia lloraba, le era imposible aguantar el llanto ante esa trágica escena que ella misma estaba protagonizando. Llevaba un pequeño ramo de flores en la mano, y una corona floral sobre su cabeza que le había colocado una chica de la BDM.

*Rojas, rojas, rojas son las rosas, rosas que te regalo desde mi corazón...*

Mientras observaba esa escena, fue la primera vez que la pequeña Greta le cogió la mano. Cogió la mano de Hans y entrecruzó con él los dedos. Hans sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. No porque se hubiera excitado ni nada parecido, no, no se tiene tiempo para esas cosas cuando vas a morir. Sino porque... Hans pensó que nunca entendería a las mujeres. En particular, esa tendencia suya al sentimentalismo. Estaban allí, en mitad de una guerra, a un paso de la muerte, y esa chica aún tenía tiempo para ponerse sentimental contemplando esa triste boda. La boda de unos muertos vivientes.

*Rojas, rojas, rojas son las rosas, rosas tan bonitas como nuestro amor...*

Fue entonces cuando Junker dijo:

—No lo puedo comprender. Están a punto de morir allí dentro abrasados como ratas por la artillería rusa y aún tienen tiempo para estas cosas...

Junker miró a Hans, se llevó la mano a la Walther y continuó:

—Sabes una cosa, Hansi, deberíamos matarlos. Quizás sería de la única manera que dejaran de sufrir.

Hans no contestó. En ese momento, Junker se dio cuenta que la pequeña Greta había unido su mano a la de Hans. Cargó sus Panzerfaust al hombro y lanzándoles una mirada glacial, les dijo:

—Venga, nos largamos de aquí. Y vosotros dos, dejad de hacer manitas. Estamos en mitad de una jodida guerra, no en uno de esos estúpidos bailes que organizaban las Juventudes.

Hans no podía soportarlo, le enfermaba Junker. Era como Karl, el hermano de Heinz, un bruto, un vulgar matón, sin reglas, sin códigos. Junker no era un soldado, no era como Hans, no era un auténtico nacionalsocialista. A Junker sólo le hubiera gustado lucir el uniforme de las SS para conseguir privilegios, para conseguir poder. Había conocido a mucha gente así. Hans pensaba que gente como esa había sido la culpable de la situación desesperada en que se encontraba el Tercer Reich. Que habían traicionado al Führer, que lo habían engañado, que habían defendido sólo sus intereses personales y no los intereses del Reich, los intereses del pueblo. Eran gente egoísta, gente que buscaba sólo prestigio personal para lucirlo ante los demás, condecoraciones. Sí, eso eran, coleccionistas de condecoraciones. A lo largo de aquella tarde, Hans tendría un motivo más para odiar a Junker, para conocer realmente el lado más oscuro de su compañero, de su camarada. Un compañero. Un camarada al que estaba obligado a ayudar, incluso a obedecer, porque lo había jurado. Y el juramento en las Juventudes Hitlerianas era algo sagrado.

Habían llegado a una bocacalle. No lejos de allí, se detectaba movimiento, debían estar cerca de uno de los accesos a la Königsplatz, la gran explanada que se abría delante del Reichstag. Lo cierto es, que en la zona en la que se estaban moviendo entre el puente de Weidendamm, la estación de Friedrichstrasse y el Reichstag, Hans había estado muy pocas veces. Había sido tradicionalmente una zona de edificios administrativos y embajadas, y además, la destrucción era tan grande, que lo poco de esa zona que Hans conocía estaba tan destruido, que ahora era irreconocible.

En un portal, había una mujer de unos treinta años con dos niñas pequeñas. Formaban una imagen anacrónica, irracional. Una pequeña pincelada de belleza en medio de un escenario de pesadilla. La mujer llevaba una gabardina gris y un delicado pañuelo en la cabeza. Las niñas que eran muy pequeñas, la mayor de unos seis años y la menor de no más de cuatro, llevaban unos abrigos idénticos, de color negro, y la cabeza cubierta por unos pasamontañas rojos. Pero estábamos en abril. Era estúpido cubrir así a las niñas en esa época del año, pero eran muchas madres las

que lo hacían. Las pobres creían que así, protegían a las niñas y a los niños de los derrumbes de los escombros que caían de los edificios destruidos. Junto a ellas, había unos pequeños atillos, que debían ser las pocas pertenencias que les quedaban. Cuando Hans, Junker y la pequeña Greta aparecieron por la esquina, la mujer no reconoció sus uniformes y comenzó a agitar como una histérica una pequeña bandera blanca que había confeccionado con una sábana y el palo de una fregona. La mujer se quedó inmóvil, paralizada, cuando finalmente reconoció los uniformes. Uniformes de las Juventudes Hitlerianas.

Todo sucedió muy rápido. Junker se plantó delante de ellas. Y desenfundó la Walther. Hans y la chica se frenaron en seco cuando se percataron de que Junker no les seguía. Un coche del ejército pasaba en ese momento por la calle a gran velocidad, sorteando los escombros. Pero no se detuvo.

—¡Maldita hija de puta! ¿Pero qué cojones estás haciendo? ¿Te estás rindiendo, maldita puta?

Junker avanzó con el arma desenfundada hacia la mujer, que lo miraba con los ojos muy abiertos y una horrorosa expresión de pánico en su rostro. Las dos niñas se pusieron a llorar.

—Déjalas, Junker —dijo Hans—, déjalas, sigamos a ese coche del ejército, debemos de estar cerca de alguna posición...

Junker lanzó una mirada despiadada hacia Hans.

—¡Cállate, Petersen, no me jodas!

Junker avanzó hacia la mujer y puso la pistola sobre el rostro de esta, deformando su pómulo entre la nariz y el ojo. La mujer intentó balbucear algo:

—Por favor, no nos haga daño...

—¡Cállate, puta asquerosa! ¿No sabes que el Führer en persona ha prohibido a los civiles rendirse? ¿No sabes que así fomentas el derrotismo? ¿No sabes que ahora os tengo que matar?

La mujer extendió hacia él la mano e intentó decirle algo, pero no le dio tiempo. Junker disparó. La mujer cayó al suelo en medio de las dos niñas. En el centro de su frente había aparecido un oscuro agujero, de donde se desprendían pequeñas porciones de masa encefálica y manaba un gran chorro de sangre. La niña pequeña lloraba ahora de forma histérica. La niña mayor se había quedado congelada. Miraba a Junker como si no entendiera nada, como si no entendiera ni siquiera que su madre había muerto.

Junker miró su arma. Con una cara salvaje, con la cara de un loco. Apuntó al rostro de la niña mayor. Disparó. La pequeña cayó al suelo, junto a su madre, con el rostro terriblemente deformado. A decir verdad, su rostro casi había desaparecido.

Hans y la pequeña Greta estaban inmóviles, paralizados. Sus mentes intentaban comprender, racionalizar la carnicería a la que estaban asistiendo. Junker se giró

hacia ellos con la cara de loco y el arma en la mano. En ese momento, la niña pequeña comenzó a correr calle abajo. Levantaba sus brazos como pidiendo ayuda, intentando alejarse entre los escombros, entre las ruinas.

—¡Junker, por favor, ya basta! ¡Déjala! ¡Deja que se marche! —gritó Hans.

Pero Junker no había saciado sus ansias criminales. Levantó el arma y apuntó a la cabeza de la niña, que intentaba trepar por una montaña de escombros.

Como una sandía. La cabeza de la niña reventó, como revienta una sandía cuando recibe un balazo. El cuerpo de la niña cayó rodando por la montaña de escombros y quedó tendido en el suelo. Como una muñeca rota.

Hans miró a la pequeña Greta. La chica lanzaba rápidas miradas a ambos, con sus grandes ojos azules. Tenía otra vez cara de fiebre, la misma cara que tenía la noche anterior en el sótano.

Hans arrojó sus Panzerfaust y avanzó hacia Junker, dando grandes zancadas. Era mucho más bajo que él, pero eso no impidió que lo agarrara por el cuello y comenzara a zarandearlo.

—¿Pero qué has hecho, pedazo de hijo de puta? ¿Pero estás loco, Junker? ¡No habían hecho nada, maldito cabrón, sólo eran una mujer y unas niñas y además eran alemanas! ¡Eres un maldito asesino, Junker, tú no te mereces llevar ese uniforme!

Junker se soltó de Hans y lo golpeó con el arma en la cara, provocando que este cayera al suelo.

Hans vio la figura de Junker sobre él, una figura enorme que se recortaba contra el cielo rojo de Berlín, el maldito y asqueroso cielo rojo, el cielo que los estaba haciendo a todos enloquecer. Junker se movía arriba y abajo, como un loco, con el arma en la mano, jadeaba, babeaba, grandes espumarajos salían de su boca con cada palabra que decía:

—¡No eran alemanas, Hans! ¡Eran traidoras, han traicionado al Führer, han traicionado a Alemania! ¡Yo cumplo órdenes! ¡Órdenes del Führer! ¡Y las órdenes son muy claras! ¡Disparar! ¡Disparar sobre todos aquellos que intenten rendirse! ¡Me importa una puta mierda que sean niñas, mujeres o un oficial de las SS!

Junker se agachó y colocó la pistola en la cara de Hans, como había hecho con la mujer. Hans sintió el frío acero de la Walther sobre su mejilla. Pero no se inmutó, no tenía miedo.

—¿Qué te pasa, pequeño Hansi? ¿Tú también eres un traidor? ¿Tú también piensas desertar, entregarte a los putos rusos? ¿Qué harás cuando los rusos te apunten con un arma como estoy haciendo yo, pequeño Hansi? ¿Te cagarás en los pantalones y levantarás las manos?

Hans lanzó una mirada a los ojos de Junker. Por un momento, pareció que el tiempo se hubiese detenido. Junker se sobresaltó. Por una razón desconocida, a Junker le asustaron los ojos de aquel chico. Junker hubiera jurado que durante unos

segundos, los ojos de Hans Petersen dejaron de ser humanos. Se habían convertido en otra cosa. En los ojos de un lobo, en los ojos de un animal salvaje. Entonces, Hans comenzó a hablar muy pausado:

—Tú no cumples órdenes del Führer, Junker, las órdenes del Führer las estoy cumpliendo yo. Luchar contra los soviéticos y proteger al pueblo alemán. Tú eres un enfermo, un sádico. Un maldito sádico hijo de puta. Para ti no habrá Valhalla, Junker, tú arderás en el maldito infierno de los cristianos. Y ahora, si te atreves, dispárame también a mí.

Junker iba a responder algo, cuando una ráfaga de metralleta hizo que los tres giraran la cabeza. En una esquina, al fondo de la calle donde estaban, un comando de castigo de las SS acababa de abrir fuego contra un grupo de unos ocho hombres. Eran desertores, hombres mayores, miembros del *Volkssturm*, algunos incluso llevaban el uniforme de la DAF, el mismo que llevaba Kurt, su padre, cuando lo vio por última vez en su casa de Dahlem, antes que el cielo rojo lo cubriera todo. ¿Qué estaba pasando? ¿Alemanes matando a alemanes? ¿Pero habían enloquecido todos? Esas eran las preguntas que se hacía Hans.

Junker se levantó y comenzó a caminar dando grandes zancadas calle abajo. Hans también se incorporó y empezó a limpiarse el polvo de su uniforme. La pequeña Greta se acercó a él y le entregó sus Panzerfaust, que el chico se puso rápidamente sobre el hombro. La chica lo miró y le sonrió. Caminaron calle abajo, y mientras andaban, la chica acariciaba la espalda de Hans, de la misma manera que la princesa de un cuento de hadas acaricia el lomo de un lobo.

---

\* \* \*

---

Arenques rancios. Ese fue el menú del día en el restaurante del infierno. Habían encontrado una posición defensiva en un pequeño cruce de calles, en las inmediaciones del Reichstag. De hecho, desde la posición que ocupaban, se veía una larga calle con lo que, a ambos lados, habían debido ser bellos edificios decimonónicos, ahora destruidos, y al final la Königsplatz, lo que Hans Petersen llamaba «la gran explanada». Se divisaba un gran movimiento, tanto en torno al Reichstag, como en la parte sur del edificio de la Ópera Kroll.

Ellos se habían fortificado en un viejo edificio, quizás algún ministerio o una antigua embajada. El edificio estaba parcialmente destruido, como casi todos los edificios de la zona gubernamental de Berlín, pero su estructura aún permanecía en pie y parecía sólida. Hans observó que el lugar tenía una buena posición para un Panzerfaust como él, ya que disponía de grandes balcones aún intactos, perfectos para apuntar e intentar dañar a los blindados soviéticos, cuando estos penetrasen por los dos callejones que desembocaban en una pequeña plazoleta delante de la posición

defensiva. El objetivo de la posición era claro: intentar que los blindados soviéticos no pudieran avanzar por allí hacia la gran explanada, cuando intentaran alcanzar el Reichstag por ese sector de la ciudad.

La actividad entorno al edificio era frenética. Para definir la situación, a Hans le vino a la cabeza la palabra *pandemonium*. Todo el mundo salía y entraba, daba órdenes, discutían sobre dónde situar las armas. Nadie parecía estar realmente al mando de la posición. Había elementos de las Juventudes Hitlerianas como ellos, de la Wehrmacht, e incluso un numeroso grupo de soldados franceses de la división *Carlomagno*.

Todo el perímetro exterior del edificio había sido fortificado con sacos terreros y recubierto de escombros. Detrás de los escombros habían instalado nidos de ametralladoras y posiciones de Panzerschrek, estos controlados por miembros veteranos de las Juventudes Hitlerianas.

Uno de estos chicos les puso al corriente de la situación de batalla en esa zona de la ciudad. Les dijo que tenían que estar preparados, que lo normal sería que la actividad artillera de largo alcance se reiniciara muy pronto, a lo largo de esa tarde, y los tanques rusos no tardaran en aparecer, porque los combates se escuchaban cada vez más cerca. El chico les contó, que tenían noticias de que se estaban desarrollando fuertes combates en torno a la estación de Friedrichstrasse. Los rusos habían conseguido cruzar el Spree y habían levantado una cabeza de puente cercana a la estación, aunque los puentes de Weidendamm, Koprinen y Moltke todavía estaban «limpios». El joven les advirtió que la batalla allí sería dura, porque los rusos buscaban desesperadamente alcanzar el edificio del Reichstag y la posición en la que ellos se encontraban era un paso obligado por ese flanco. Mientras el joven les hablaba, Hans se había quedado absorto mirando lo que desde allí podía distinguir de la gran explanada. Grandes barricadas se habían levantado en ella, así como una red de trincheras que fortificaban por completo el edificio parlamentario. Lo que más llamó la atención de Hans fue un gran cauce de agua que corría por el centro de la gran explanada de la Königsplatz. El chico de las juventudes les dijo que habían bombeado agua del Spree para llenar ese cauce, un cauce que se había producido como consecuencia de los bombardeos artilleros de larga distancia. Lo que ni Hans ni el chico de las Juventudes sabían, era que en realidad, ese cauce ya estaba hecho. Había sido proyectado por Albert Speer, y allí se iban a iniciar las obras del gigantesco *Volkshalle*, el edificio principal del más quimérico de los sueños nazis: la capital mundial *Germania*. Ese había sido el mayor de los proyectos arquitectónicos de Adolf Hitler. Aunque lo desconocían, el Führer había hecho bajar la gigantesca maqueta de *Germania* al búnker de la Cancillería donde ahora se escondía, aun cuando la derrota total de los ejércitos del Tercer Reich ya se oía en el ambiente.

A un lado de la gran explanada, se encontraba otro de los puntos mejor

defendidos: el edificio de la Ópera Kroll. Ese punto era vital, por si los rusos podían acceder a la gran explanada desde el flanco contrario al que ellos se encontraban, cruzando el puente de Moltke. El chico les explicó, que los defensores de la Ópera habían recibido la orden de proteger el edificio, si era necesario, combatiendo cuerpo a cuerpo en el patio de butacas o hasta sobre el mismísimo escenario. Pero que nunca podían entregar la posición. Desde allí, el acceso al Reichstag sería pan comido para los rusos.

Hans sabía que llegar al Reichsportsfeld sería imposible. Se quedarían allí. Le gustaba la posición que ocupaban y además allí, unos Panzerfaust como ellos, podrían ser de gran utilidad. Eso sí, jamás deberían caer en la trampa de acabar en la gran explanada. Ese sería su final.

El mismo chico les indicó que fueran dentro del edificio, que unos soldados de la Wehrmacht les proporcionarían algo de comer. Lo cierto era, que Hans no recordaba la última vez que había comido, y aunque no tenía tiempo para tener hambre, pensó que les vendría bien comer algo para poder aguantar todo lo que se les iba a venir encima. Así que cogió a la pequeña Greta de la mano, ahora lo hacía continuamente, y se dirigieron hacia el interior del edificio.

Arenques rancios. Ese era el menú del día en el restaurante del infierno. Los soldados les habían dado cuatro o cinco latas, esas latas grises del ejército en las que venía timbrado el águila del Reich y la esvástica. Las devoraron, comiéndolos con las manos, como si fueran perros hambrientos. Estaban sentados sobre las ruinas interiores del edificio. La pequeña Greta terminó de comer sus latas y comenzó a vomitar. Se vomitó sobre su falda azul de la Liga de Muchachas y sobre sus botas. Hans estaba preocupado por la chica, seguía pensando que tenía cara de fiebre, que tenía aspecto de estar enferma. Hans tenía que cuidar de ella, porque ahora estaban solos. Había visto a Junker hablar con los franceses de la *Carlomagno* cuando llegaron al puesto defensivo, pero no había vuelto a saber nada de él. Hans no había vuelto a cruzar una palabra con Junker, de hecho, y aunque él no lo sabía, no volvería a hablar con Junker nunca más. Hans pensaba constantemente en la mujer y las niñas que Junker había matado. No podía dejar de pensar en ellas. Hans no podía entender ese comportamiento. Pensaba que quizás, la presión, el miedo y la desesperación, podían llevar a una persona a actuar así, pero Hans había visto otras cosas en las calles de Berlín, que le indicaban que la eliminación de civiles y desertores comenzaba a ser sistemática. Las SS habían creado comandos de castigo que fusilaban en el acto a desertores y a soldados que abandonaban el puesto de combate. Había visto también a miembros de los camisas pardas, que en grupos de cinco o seis iban por las calles con grandes sogas con las que luego, colgaban a civiles y presuntos desertores de las farolas. Hans había visto a los colgados. Antes de llegar al sótano, habían pasado por una avenida en la que había unas diez personas colgadas,



con sus caras de sufrimiento, sus lenguas negruzcas que asomaban por la mueca en la que se había convertido su boca, y con grandes carteles sobre su pecho en los que escribían frases como: «Soy un desertor» o «He traicionado a la patria». Hans pensaba que todo eso sucedía porque el Führer no estaba al corriente de ello. Hans tenía la firme convicción de que el Führer no lo consentiría, es más, castigaría a los culpables. Pero el Führer estaba ahora muy ocupado, dirigía la fase final y decisiva de una guerra, y otros hombres, hombres de la calaña de Junker, sin preparación, sin principios, sin códigos, estaban tomando esas decisiones. Eran los coleccionistas de condecoraciones, los auténticos culpables de la situación en la que se encontraban. Hans pensaba que aún podían ganar la guerra. Que los rusos no tomarían nunca Berlín, nunca, mientras el Führer estuviera vivo. Sin embargo, creía que él no vería el triunfo del Führer, porque moriría antes allí, en alguna calle de Berlín. Pero estaba convencido, estaba seguro, que cuando el Führer ganara la batalla decisiva que estaban librando, juzgaría a todos esos hombres, a hombres como Junker, para que nunca se convirtieran en héroes del nacionalsocialismo, sino para que se convirtieran en su vergüenza.

Estaba preocupado por la pequeña Greta. Hans la estaba observando. Sonrió. La joven estaba intentando limpiarse el vómito de la falda y de las botas con su pañuelo y un poco de agua. Intentaba adecentarse en medio de ese lugar de pesadilla, sin pensar que quizás en unas horas, podría estar muerta. Otra obsesiva de la limpieza como él. En realidad, desde que entró a formar parte de las Juventudes Hitlerianas no había conocido otra cosa que fanáticos obsesivos del orden, la limpieza y la pulcritud. Hans Petersen pensaba que eso estaba en su propia naturaleza, que formaba parte de sus genes.

Mientras la miraba, Hans pensó que con la pequeña Greta estaba teniendo una relación distinta, diferente, de la que había tenido con la mayoría de las mujeres que había conocido en su vida. Con su madre, Helga, desde que viajaron a Núremberg, cuando Hans sólo tenía seis años, la relación había sido tensa, para luego convertirse en tormentosa. Con Katrin, la mujer de su hermano, había sido al revés, conectaron casi desde el primer momento en que se conocieron. Hans había tenido amigas en las Juventudes, muchas, pero sólo amigas. Su vida había sido un constante sacrificio por el nacionalsocialismo y el Führer. No había tenido tiempo para chicas. Y luego estaba aquella terrible experiencia con Astrid Müller, la novia de Karl, el hermano de Heinz, en junio de 1940, durante una acampada en las montañas del Harz. Pero con la pequeña Greta... estaba empezando a sentir cosas que nunca había sentido en su vida. En realidad pensó, que en otras circunstancias le gustaría conocer a la chica de otra manera, de una manera diferente, aunque ella fuera un poco mayor que él. Había algo en ella que le recordaba a Astrid, las dos eran muy parecidas, quizás fuera eso. Quizás Astrid siempre había sido... bueno, daba igual. La única verdad era que

estaban en Berlín, en mitad de una horrible guerra, y Hans Petersen era consciente que el único romance que podría tener allí sería con la muerte.

Hans se levantó y caminó hacia una de las ventanas de aquel viejo edificio. Alzó la vista y miró hacia el cielo. El cielo rojo, el asqueroso cielo rojo. No se percató del soldado de la Wehrmacht que se acercó a él por detrás y le preguntó:

—¿Qué miras, chico? ¿En qué piensas?

—El cielo. El maldito cielo rojo.

El soldado se quedó muy sorprendido con la respuesta.

—¿Qué cielo rojo, chico? Yo no veo ningún cielo rojo, hay un cielo gris y plomizo, más bien parece que vaya a llover.

—Yo conozco este cielo —dijo Hans. En ningún momento se había girado hacia el hombre—. Este es el cielo del lobo.

El soldado hizo un gesto de incompreensión con los hombros, siguió su camino y dejó allí al chico. El hombre pensó que, el cansancio, la falta de sueño, de comida, la batalla, los estaba volviendo locos a todos. La locura ya no respetaba ni a los más jóvenes.

---

\* \* \*

---

Hans volvió junto a la pequeña Greta y se sentó a su lado. La chica le retiró delicadamente un mechón de su flequillo que se estaba introduciendo en su ojo. Hans no se había podido cortar el pelo en mucho tiempo, y el flequillo le había crecido mucho. Pero claro, no se tiene tiempo para esas cosas cuando vas a morir. Hans agachó la cabeza, como avergonzado, y clavó su mirada en el suelo. La joven sonrió.

Había un gran silencio en el edificio en ese momento. El silencio que precede a la batalla, el mismo tipo de silencio que había aquella fatídica madrugada en la trinchera del canal de Landwehr. La pequeña Greta recostó su cabeza sobre el hombro de Hans intentando descansar. Hans sacó la armónica del bolsillo de su guerrera, la puso en sus labios y comenzó a tocar. La canción de Horst Wessel, el himno del partido. Mientras interpretaba el himno, Hans observaba el rostro de sus compañeros de posición. La mayoría permanecían sentados, en silencio, con la mirada perdida en algún punto, en la lejanía, como si sus ojos buscaran algo, una respuesta, una respuesta que no encontraban. Un grupo de chicos de las Juventudes observaban un fuego, había empezado a hacer frío y lo habían encendido en un pequeño caldero. Las llamas iluminaban sus rostros. Ellos las miraban absortos, sin tan siquiera dirigirse la palabra. El grupo de soldados de las SS de la división *Carlomagno* dormitaban al fondo del recinto. Uno de ellos, tarareaba la canción, mientras dibujaba en la tierra del suelo con la boquilla de su fusil un bonito nombre de mujer, Chantal, le pareció leer a Hans. En aquellos momentos, la convicción de Hans Petersen de que pasara lo

que pasara con ellos, el Führer iba a ganar la guerra, pareció resquebrajarse. Porque aquellos rostros que Hans estaba viendo, eran los rostros de la derrota. La propia canción que él estaba interpretando con su armónica, sonaba en esa mortecina tarde de abril, no como un himno, sino como un réquiem. Hans quiso echar la vista atrás, a otro tiempo, a otra época, bajo otro cielo. Cuando el Tercer Reich sólo cosechaba victorias, triunfos, uno tras otro. Cuando en el mapa de Europa, en su casa de Dahlem, todo eran chinchetas rojas, porque casi toda Europa les pertenecía. Los mejores años de su vida, los más felices, pese al racionamiento, los apagones y los primeros bombardeos. Las primeras ruinas. La época en que ingresó en el *Jungvolk*. El momento en que comenzó a ser soldado.

# SEGUNDA PARTE

## FORMACIÓN

*Cuando un adversario declara: «No seguiré a su lado», yo digo tranquilamente: sus hijos me pertenecen ya [...]. ¿Quién es usted? Usted pasará. Sus descendientes, por el contrario, están ahora en el nuevo campo. En poco tiempo ellos no sabrán más que de esta nueva comunidad.*

Adolf Hitler, noviembre de 1933

*De esta manera se educaba a la juventud para la vida, el trabajo y la muerte en el Tercer Reich. Aunque sus mentes eran envenenadas con método deliberado, interrumpidos sus cursos escolares, la vida hogareña reemplazada hasta el máximo posible, los muchachos y las muchachas, los jóvenes y las jóvenes, parecían inmensamente felices, llenos de entusiasmo por la vida que se ofrecía a las Juventudes Hitlerianas [...]. Ninguna persona de las que recorrió Alemania de arriba abajo en aquella época y habló con los jóvenes en sus campamentos y los vio trabajar, y jugar, y cantar, pudo menos que reconocer que, por siniestra que fuera la enseñanza, allí había un movimiento juvenil increíblemente dinámico.*

William L. Shirer

## V

### JUNGVOLK

*Ningún malvado sacerdote nos impedirá sentir que somos hijos de Hitler. No seguimos a Cristo, sino a Horst Wessel. Basta de incienso y de agua bendita. Sólo la esvástica trae la salvación a la tierra. ¡Balduur Von Schirach, llévame contigo!*

Canción de marcha de las Juventudes Hitlerianas

*Berlín, invierno de 1940.*

En el invierno de 1940, Hans Petersen ingresó por fin en el *Jungvolk*. Sin embargo, no ingresó cuando estaba previsto. Hans tenía que haber hecho las pruebas de entrada en las Juventudes en enero de 1940, pero a partir de la declaración de guerra de Francia e Inglaterra contra Alemania, el 3 de septiembre de 1939, se dictó una orden por la cual, todos los niños y niñas nacidos antes de 1931 debían ingresar obligatoriamente en las Juventudes Hitlerianas y en la Liga de Muchachas Alemanas de forma inmediata. Hans, sus amigos Heinz y Rudi, y todos los demás niños de su clase, nacidos todos ellos en 1930, ingresaron de forma automática. Para Hans fue la mejor noticia que podía recibir. Para él se cumplía un sueño. Para él, comenzaba su formación como soldado.

Las Juventudes Hitlerianas no eran un ente compacto y único, sino que estaba fraccionado en cuatro divisiones. La élite de las Juventudes era el *Kern*, el núcleo. Lo formaban los chicos de catorce a dieciocho años. En el *Kern*, la formación y las actividades estaban totalmente militarizadas, de esta manera, al cumplir los dieciocho, la mayoría de sus miembros ingresaban o bien en la Wehrmacht, o los mejores de ellos eran reclutados por las SS. La rama infantil de las Juventudes Hitlerianas, en las que ingresaría Hans, era el *Jungvolk*. En el *Jungvolk* los chicos permanecían entre los diez y los catorce años. Las pruebas físicas de evaluación personal, que Hans pasó de forma brillante, consistían en correr los 100 metros en menos de doce segundos, saltar 2,75 metros de altura, realizar pruebas de tiro al blanco y participar en una marcha de día y medio de duración. Hans no tuvo ningún problema con estas pruebas, incluso los formadores, chicos ya veteranos de las Juventudes, quedaron muy impresionados con su rendimiento, entre ellos Junker. Junker fue uno de sus formadores en actividades físicas y tiro. Allí fue donde ambos se conocieron, aunque nunca tuvieron una gran relación, entre otras cosas por su diferencia de edad y porque los veteranos de las Juventudes apenas solían relacionarse con los *Pimpf*, los niños, más allá de su tarea de formación. El término *Pimpf* significaba algo así como «lobeznos», algo que estaba muy acorde con el nuevo mundo en el que acababan de ingresar.

La rama femenina de las Juventudes era la Liga de Muchachas Alemanas o BDM. Igualmente estaba dividida en dos grupos. La élite de la Liga eran las chicas de la *Glaube und Schönheit* o GUS. La formaban las chicas de entre catorce y veintiún años. La rama infantil, la de las niñas de la edad de Hans entre los diez y los catorce años era conocida como la *Jungmädel*. También tenían que pasar sus reglamentarias pruebas de evaluación personal, en las que se les pedía correr 60 metros en doce segundos, saltar 2,50 metros de altura, arrojar una pelota a una distancia de 20 metros, nadar 100 metros, realizar saltos acrobáticos y caminar por una cuerda tensa. Tanto los *Jungvolk* como las *Jungmädel* tenían otras muchas pruebas físicas e intelectuales durante su formación en la organización juvenil nazi, antes de que llegara el gran momento, el momento en que se les entregara su primer puñal. El primer paso, hacia su sueño de convertirse en soldados. Pero para eso, aún tenía que pasar un tiempo...

---

\* \* \*

---

La guerra comenzó el 1 de septiembre de 1939, y las dificultades para los berlineses también. A la mañana siguiente de estallar la guerra, Helga se encontraba en casa haciendo sus tareas cotidianas. Escuchaba un programa de música ligera en la Radio del Reich. Kurt estaba en su oficina de la DAF y Hans en la escuela. Le habían cambiado de profesor, Frau Gerda había sustituido a Herr Fritz, que tras jubilarse, había abandonado Berlín para trasladarse a su ciudad natal, una pequeña ciudad de Turingia. Pero daba igual, Frau Gerda pertenecía también a la Liga de Profesores Nacionalsocialista, y ya les había indicado a los niños, que a partir de que tuvieran preparado su uniforme del *Jungvolk*, recomendaría a los padres que los niños y las niñas asistieran siempre a clase con sus uniformes, entre otras cosas, para que no se olvidaran que la nación estaba en guerra.

Sonó el timbre. Helga llegó hasta la puerta, retiró los cerrojos y abrió. Un chico con el uniforme de las Juventudes Hitlerianas y una chica con el de la BDM se encontraban plantados en la puerta. Chicos perfectos, los dos muy rubios, él con un corte de pelo militar, perfecto, ella con dos largas trenzas, perfectas, sus uniformes impecables, perfectos. Los dos lucían una sonrisa perfecta, en su boca perfecta, donde brillaban unos dientes blancos y perfectos. Dos chicos que parecían recién salidos de esos carteles propagandísticos del partido, donde se exaltaba la imagen de la nueva y dinámica juventud alemana. Los dos levantaron sus brazos y gritaron al unísono:

—*Sieg Heil!*

Helga se quedó atónita, sin saber qué hacer o qué decir. Levantó la mano y dijo con desgana:

—*Sieg Heil!*

Por un momento, Helga se asustó. Pensó que venían a comunicarle malas noticias sobre Harald o algo peor... algo sobre Hans. Desechó rápidamente la idea de que la visita tuviera algo que ver con Harald, porque al pertenecer a las SS, lo normal es que se hubieran presentado miembros de esta organización, no de las Juventudes Hitlerianas. El chico llevaba una gran bolsa de color naranja, donde rebuscaba algo. La chica una especie de listado en la mano que comenzó a leer, mientras le decía:

—¿Es usted Frau Helga Petersen, verdad?

—Sí, soy yo. ¿Ha pasado algo? —preguntó Helga.

—No, no se preocupe. ¿Aquí viven tres personas, verdad?

—Sí. Mi marido, Kurt, mi hijo Hans y yo misma.

—Vale —la chica le volvió a sonreír con su dentadura perfecta—. Mire, le dejo estos folletos. Indican la ubicación del refugio antiaéreo más cercano a su domicilio. Dentro hay un plano del refugio, información de cómo acceder a él y de los pasos de seguridad a seguir una vez dentro.

Helga cogió los folletos con un rictus de aprensión en su rostro. El joven que había estado rebuscando en las bolsas, le entregó tres cajas. Le dijo:

—Dentro de las cajas que le he dado, hay tres máscaras antigás. Debe tenerlas siempre preparadas, y no olviden llevarlas siempre encima. En el momento que escuchen las sirenas de aviso de ataque aéreo, cojan las máscaras y diríjense al refugio. *Sieg Heil!* —gritaron los dos a la vez, luciendo su boca perfecta donde brillaban unos dientes blancos y perfectos.

Helga se quedó allí, petrificada, viendo cómo los chicos subían las escaleras que conducían al piso de arriba, donde vivían los señores Kersten.

Cerró la puerta, volvió a echar los cerrojos y entró en su casa. Se sentó en una silla que tenía en el pasillo, una silla que había pertenecido a la casa de su padre y a la que tenía un gran cariño. Una silla donde, durante su infancia, sentada sobre sus rodillas, su padre le había leído los clásicos. No pudo reprimir un estremecimiento. Primero, porque era consciente que en el momento que había abierto esa puerta, el oscuro y siniestro espectro de la guerra había entrado en su casa. Segundo, por los chicos. Con la mirada perdida, Helga movió la cabeza de un lado a otro, mientras hablando sola en voz alta, decía:

—Dios mío... ¡Parecían tan felices...!

---

\* \* \*

---

Al día siguiente de la visita de los chicos de las juventudes, Helga tuvo la oportunidad de comprobar que para ellos, la guerra había comenzado realmente. Estaba en su habitación, eran alrededor de las siete de la tarde. Kurt, que acaba de llegar de las oficinas de la DAF, sacaba brillo a sus zapatos. Hans estaba haciendo los

deberes que para ese fin de semana les había mandado Frau Gerda en la mesa del salón. Y en ese momento, llegó el apagón. Helga creyó que se trataba de un apagón más, un momentáneo corte de suministro eléctrico, que la luz volvería en cualquier momento. Pero entonces, comenzaron a sonar las sirenas. Las sirenas que advertían de un inminente ataque aéreo. Hans entró corriendo en la habitación de sus padres. Helga habría jurado, que el chico no es que estuviera asustado, al revés, es que estaba emocionado. Casi contento.

—¡Mamá, papá, nos bombardean! —gritó Hans.

Corrieron. Helga se asomó rápidamente a la ventana del salón. Toda la ciudad estaba a oscuras. Al fondo, en dirección al centro de la ciudad, a Helga le pareció ver reflectores que se cruzaban y alumbraban el cielo. Era el segundo día de las operaciones militares aéreas en Polonia, y Berlín se encontraba ya ante la posibilidad de sufrir un ataque aéreo. Claro que ese día, Inglaterra y Francia le habían declarado la guerra a la Alemania de Adolf Hitler.

Recogieron rápidamente todo lo que pudieron, cogieron las máscaras antigás y se dispusieron a salir hacia el refugio. Helga llevó consigo los folletos que los chicos de las Juventudes Hitlerianas le habían entregado. Esa misma mañana, Helga había hablado con Magda, la madre de Rudi, que había regresado del centro de la ciudad. Magda le contó, que había visto que en muchos edificios y ministerios oficiales se estaban instalando grandes cañones antiaéreos, así como reflectores. Le comentó también, que casi todo el mundo en el centro había acondicionado los sótanos de sus casas como refugio, porque desconfiaban de los que habían instalado las autoridades. Helga lamentó que ellos no tuvieran sótano.

Les costó mucho moverse por las calles, porque la oscuridad era total. En numerosas ocasiones, tropezaron con los bordillos, con las papeleras, con las bocas de riego, incluso con coches aparcados. El refugio estaba sólo a dos manzanas de su casa, en las cercanías de la parada del tranvía que Kurt cogía todas las mañanas para acudir a su trabajo en las oficinas de la DAF. Desde el primer momento, a Helga le asqueó ese refugio, ese tético búnker. Se accedía hasta él por un largo y angosto túnel, húmedo y muy sucio. En algunos puntos del recorrido por ese largo pasillo había un insoportable hedor a aguas fecales. La entrada al refugio propiamente dicho, era una gran puerta de acero. Dentro estaba dividido en compartimentos, cada uno de los cuales tenía una capacidad para setenta u ochenta personas. Era agobiante. La gente estaba literalmente hacinada. Tenía una luz pobre, mortecina y se sentía un ruido muy molesto, en ocasiones ensordecedor, que provenía del grupo electrógeno que generaba la luz. Habían instalado unos incómodos asientos e incluso una especie de literas, para que en caso de necesidad, fueran acostados allí los niños, personas mayores o enfermas.

Aunque un tiempo más tarde, el refugio se convertiría en el particular descenso a



los infiernos de Hans Petersen, en un principio, el chico estaba como loco por acudir allí. Todas las tardes o las noches que tenían que acudir al refugio, Hans se reencontraba con Heinz y con Rudi, y con otros compañeros de la escuela y pronto fueron ellos los que ocuparon las literas. Podía parecer extraño, pero para los niños esa situación era como una fiesta.

Helga, Kurt y Hans tendrían que acostumbrarse a pasar muchas, muchísimas noches en ese refugio. La mayoría de las noches, tranquilos, como esa misma noche. Cuando más adelante comenzaran los bombardeos, pasarían noches angustiosas, escuchando en la lejanía las explosiones de las bombas y el continuo traqueteo de los cañones antiaéreos. Y algunas noches, caerían presas del pánico, pensando que el apocalipsis había empezado, que en el exterior, los ángeles tocaban ya las trompetas que anunciaban el fin del mundo, cuando las bombas cayeran en las proximidades del refugio. Dahlem no era un lugar estratégicamente importante para los bombarderos aliados. En realidad, el único lugar destacado podía ser el Instituto de Investigación Kaiser Wilhelm, además de la residencia de algunos *Prominenten* del Estado y del partido. Durante gran parte de la guerra, circularon por Dahlem muchas leyendas sobre el instituto. De hecho, en una ocasión Hans le contó a su madre, que en la sede de las Juventudes se comentaba que en el Instituto se estaban construyendo las famosas «armas secretas», las «armas prodigiosas» con las que el Führer iba a ganar la guerra, a darle la vuelta, a destruir a sus enemigos. Hans creía a ciencia cierta en esas leyendas. Helga nunca las creyó. Pensaba que todas esas historias eran pura propaganda filtrada por el régimen y el partido, para mantener la esperanza en una victoria que Helga vio, desde Stalingrado, como una quimera. Lo cierto es, que cuando el 24 de abril de 1945 se cerró el cerco soviético sobre Berlín, Dahlem fue uno de los primeros lugares tomados por el Ejército Rojo. La premura de Stalin por hacerse con esta zona residencial de Berlín, tenía mucho que ver con el Instituto Kaiser Wilhelm, de hecho, los soviéticos tenían constancia que el régimen nazi estaba a punto de hacerse con la bomba atómica.

La vida en el refugio se convirtió en un hábito para la ciudadanía berlinesa. Muchas noches, cuando sonaban las sirenas y tenían que acudir al refugio, Hans se llevaba sus deberes, igual que Heinz y Rudi, y solían terminar de hacerlos en esas literas instaladas para la gente mayor y las personas enfermas.

Durante aquellos primeros meses de la guerra, las literas se convirtieron en el lugar donde los chicos mantuvieron sus charlas nocturnas sobre el transcurso de la guerra, su formación en el *Jungvolk*, su día a día en la escuela y un nuevo tema de conversación... las chicas. En particular, una chica. Pese a que enfrente de ellos siempre se situaba la familia Bauer, con su hija Silke, la chica más popular de la escuela de Hans, no era esta el centro de sus charlas. Silke Bauer era una chica alta, les sacaba a los tres chicos la cabeza, con una bonita melena morena y unos grandes y

vivarachos ojos verdes. Con el paso del tiempo y por una situación vivida en el *Jungvolk*, Silke se uniría al grupo de las literas y los cuatro se convertirían en inseparables. Sin embargo, el centro de sus conversaciones sobre chicas era Astrid, la novia de Karl, el hermano mayor de Heinz. Astrid era la joven a la que se habían «follado», según las habladurías, todos los chicos del barrio. Y ahora ellos, que gracias a Heinz ya sabían lo que era eso, esperaban su momento para emular a esos chicos. Durante aquellos días en la escuela y en la sede de las Juventudes de Dahlem, y aquellas noches en las literas del refugio, Astrid Müller empezó a convertirse en el mito sexual de los chicos del *Jungvolk*. Su Zara Leander particular.

El refugio creó también nuevas amistades, acercamientos entre personas distintas, provenientes de mundos diferentes, personas que de no haber sido por esa circunstancia, jamás hubieran entablado conversación. En otros casos, el refugio sirvió para que amistades ya existentes se convirtieran en más fuertes. Ese fue el caso de Helga y Magda, la madre de Rudi. Se sentaban siempre juntas, charlaban toda la noche, se hacían confidencias. Las dos tenían un secreto en común: no les gustaba el régimen. Cada una, por un motivo distinto. En el caso de Helga, por su formación, sus convicciones personales, incluso porque afloraba en ella cierta intelectualidad progresista heredada de su padre. En el caso de Magda, por sus fuertes convicciones católicas. Ella creía que Hitler y los nazis eran una pandilla de matones paganos e incluso pensaba, que estaban intentando crear una nueva religión, una religión que una vez eliminados los judíos, destruiría al propio cristianismo. Helga veía excesiva esa teoría de Magda, pero poco después de que Hans entrara en el *Jungvolk*, Helga descubriría algo, algo sobre Hans que le haría empezar a comprender las posturas de Magda, y su propia vida cambiaría, daría un giro, un giro hacia posiciones y convicciones a las que creía que nunca se acercaría.

A Hans no le gustaba esa mujer, Magda, la madre de Rudi. No se fiaba de ella. Y además, el propio Rudi no se fiaba de sus padres. Rudi siempre decía, que si el gobierno no hubiera obligado a los niños de diez años a ingresar en las Juventudes Hitlerianas, sus padres nunca se lo hubieran consentido. En casa de Rudi no había retratos del Führer, ni banderas del partido. Pero en casa de Rudi sí que habían cruces, muchas cruces. Y eso a Hans le parecía sospechoso. Pero la gota que colmó el vaso, fue el día que los padres de Rudi recibieron la carta que anunciaba el ingreso del chico en las Juventudes. Aquel día, Rudi pudo ver cómo sus padres leían juntos la carta en la mesa de su salón. Cuando acabaron de leerla, sus padres lloraron. Rudi, que no sabía de qué se trataba, llegó a pensar que sus padres habían recibido alguna mala noticia de su familia en Westfalia, pues ellos eran originarios de allí. Cuando Magda y Artur abandonaron el salón entre llantos en dirección a su cuarto, Rudi se acercó a la mesa del salón, donde habían dejado la carta, y pudo leer:

*«El Jungvolk es un elemento recientemente conquistado en la verdad inexorable: para nosotros una*

*orden y un mandato son la obligación más sagrada. Porque toda orden emana del personaje responsable y en ese personaje confiamos: el Führer...*

*Así nos presentamos ante vosotros, Padre Alemán, Madre Alemana, nosotros, los jóvenes líderes de la Juventud Alemana, que preparamos y educamos a vuestro hijo, y lo modelamos para convertirlo en un hombre de acción, en un vencedor. Él ha ingresado ahora en una escuela severa, para que sus puños se hagan de acero, su coraje se fortalezca, y para que abrace una nueva fe, la fe en Alemania...».*

Era su carta de ingreso en el *Jungvolk*. Rudi le contó este incidente a Hans. Y Hans le dijo, que debería vigilar a sus padres.

Durante su formación en el *Jungvolk*, los instructores les comentaron muchas veces ese aspecto de su militancia nacionalsocialista, ellos, los niños, eran los destinatarios del gran legado que el partido había conseguido para el pueblo alemán. Y por lo tanto, estaban obligados a proteger ese legado. Los instructores les decían, que en ocasiones los padres, por unas cosas o por otras, podían no estar bien informados sobre los planes del Führer o del partido, los planes para construir el Reich de los Mil Años. De esta manera, los niños, los miembros del *Jungvolk*, estaban obligados a informar a los padres de estos planes, y si la actitud hostil hacia el Führer y el partido persistía, su obligación sería denunciarlos. Porque lo habían jurado. Porque su juramento de fidelidad a Adolf Hitler, Führer del Tercer Reich, así se lo exigía. Porque ellos eran los hijos del Führer. Y sus padres biológicos tenían que entenderlo. En el caso de Hans, toda la desconfianza recaía en su madre. Hans no podía desconfiar de su padre, que además era funcionario del partido, ni de Harald, su hermano, todo un miembro de las SS. Pero su madre... A pesar de todo, en su casa sí que había retratos del Führer y banderas del partido. Pero en el caso de Rudi era diferente. Los padres de Rudi no parecían entender los planes del Führer. Hans pensó en alguna ocasión contárselo a los instructores, pero creía que esa responsabilidad le correspondía al propio Rudi. Aunque Hans juró, que lo ayudaría en todo lo que Rudi le pidiera.

---

\* \* \*

---

La guerra. La invasión alemana de Polonia y la declaración de guerra de Inglaterra y Francia del 3 de septiembre, cambió muchas cosas en la vida de Hans. Mientras esperaba ansioso su incorporación al *Jungvolk*, la guerra se convirtió para Hans en un aliciente, casi en una obsesión. Todas las mañanas, se levantaba una hora antes para poder escuchar en la Radio del Reich el primer parte de guerra de la Wehrmacht, mientras desayunaba. Un parte donde se hablaba sólo de victorias, pero no porque fueran propaganda, sino porque en la campaña polaca, los ejércitos del Tercer Reich sólo cosechaban victorias. Una tras otra. Una despiadada y demoledora demostración de fuerza. Por la noche, Hans consiguió que su padre le permitiera acostarse una hora más tarde y así, poder escuchar el último parte militar del día. Cuando el parte

terminaba, y la voz de Maria Von Schmedes se despedía de los alemanes cantando *Otro hermoso día llega a su fin*, Hans besaba a sus padres y corría a acostarse a la cama. Eso sí, antes, permanecía un buen rato en situación de firmes delante del cuadro de Hitler, mientras hacía el saludo nazi. Solía comentarle al cuadro, mientras miraba fijamente los ojos del Führer, los ojos del lobo, lo que había hecho durante el día y todo lo que había aprendido. Se juramentaba con el Führer, recordándole que cada día que terminaba, él estaba más cerca de convertirse en soldado, como esos que ahora estaban arrasando Polonia. Y terminaba con una plegaria, una oración que les había enseñado Frau Gerda:

—¡Mi Führer!

Te conozco bien, y te quiero como a mi madre y a mi padre.

Te obedeceré siempre, como hago con mi madre y mi padre.

Y cuando crezca, te ayudaré, como ayudo a mi madre y a mi padre.

Y estarás satisfecho conmigo.

Esa misma noche, en toda Europa, millones de niños rezaban a un mesías nacido mil novecientos treinta y nueve años antes, en una ciudad llamada Belén y llamado Jesucristo. Pero la casa de Hans Petersen no era cualquier lugar de Europa. Era Berlín, la capital del Tercer Reich, y era el año 1939. Allí no se adoraba a un mesías cuyo símbolo de fe era una cruz. Allí se adoraba a un mesías, cuyo símbolo de fe era una esvástica. Allí no se prometía a los niños ir al cielo si te portabas bien en la vida. Allí se les prometía un Valhalla si morías en el campo de batalla, como un héroe. Allí no era un ángel de la guarda quien protegía tus sueños. Allí era una valquiria la que protegía tu vida, la misma que un día, tras una batalla cualquiera, recogería tu alma. En definitiva, allí se adoraba a un Mesías nacido cuarenta y nueve años antes, en una ciudad austriaca llamada Braunau Am Inn y llamado Adolf Hitler.

---

\* \* \*

---

Helga observaba a su hijo, mientras este observaba la guerra. Durante esa campaña, la preocupación de Helga no fue Harald. Su hijo mayor, junto al regimiento *Germania*, estaba estacionado en Eslovaquia desde 1938, después del *Anschluss*. Allí habían ayudado a la consolidación de un gobierno filo nazi, un gobierno títere de Berlín, presidido por un oscuro dictador llamado Tiso. Cuando comenzó el ataque a Polonia, Harald les comunicó que había sido ascendido a *SS Unterscharführer*, con lo que había entrado a formar parte de los oficiales inferiores, mientras que su regimiento había pasado a formar parte del Catorce Ejército bajo las órdenes del general Von List. Pero para tranquilidad de Helga, el regimiento de Harald estuvo las cuatro semanas de la campaña polaca en situación de reserva. El regimiento de Harald no disparó un solo tiro en Polonia, de lo cual se alegraba Helga, porque en

Berlín comenzaban a circular historias relativas a atrocidades que las SS estaban cometiendo en Polonia, principalmente de los grupos llamados *Batallones de la Calavera*, historias que a Helga no le gustaban nada. Historias que Helga prefería no escuchar.

Tranquila por la situación de su hijo mayor, la preocupación de Helga se centró en otros dos asuntos. Primero, en la certeza de que los ingleses y los franceses no tardarían en bombardear Berlín. Ella creía firmemente en esto. Sin embargo, a veces tenía que darle la razón a Kurt, cuando este sostenía que nadie movería un dedo por Polonia. Eran muchos los berlineses que, al igual que Kurt, pensaban que los ingleses y los franceses jamás irían a la guerra por los polacos. Al fin y al cabo, pensaban, los ingleses y los franceses eran europeos como ellos, los alemanes, gente civilizada, culta, inteligente, ordenada. Sin embargo, los polacos no dejaban de ser gente del este, salvajes, eslavos. ¿Iban a mandar Londres y París a lo mejor de su juventud a morir por ellos? No, casi nadie lo creía. Y para desgracia de los polacos, no se equivocaron.

Su segunda preocupación era Hans. Estaba obsesionado con la guerra. Todos los días colocaba sus chinchetas sobre el territorio polaco en su gran mapa de Europa. Unas chinchetas rojas que simbolizaban a las tropas del Tercer Reich, unas chinchetas que día a día no dejaban de crecer. Escuchaba todas las partes militares en la radio, recortaba todas las noticias de la guerra del *Völkischer Beobachter*, el diario del partido que Kurt le traía al chico todos los días de las oficinas de la DAF. Conocía los nombres de todos los generales, de todas las divisiones, de todos los batallones. Empleaba términos que a Helga le parecían horrorosos, como *Panzer*, *Stuka* o *Blitzkrieg*. Incluso lamentaba que su hermano Harald no hubiese entrado en combate, para poder leer las cartas que les mandara y según sus palabras: «Tener noticias directas desde el propio frente de batalla».

Un día, exactamente el 8 de septiembre, sucedió un incidente entre Helga y su hijo. Helga estaba planchando sobre su tabla, como hacía habitualmente, en el salón de su casa, mientras Hans hacía los deberes que le había mandado Frau Gerda en la mesa. Tenían la radio sintonizada en la emisora Radio del Reich, cuando un locutor excitado anunció que tenía una noticia de última hora. Hans dejó de hacer sus deberes, corrió hacia la radio y subió el volumen. El locutor anunció, que según fuentes del ejército alemán, esa tarde, las tropas del Tercer Reich habían alcanzado Varsovia. La guerra en Polonia se precipitaba hacia su final. Cuando el locutor terminó de hablar, sonaron las notas del *Deutschlandlied* y del *Horst Wessel Lied*. Helga contempló a Hans que, como hipnotizado y haciendo el saludo nazi, cantó los dos himnos. Cuando estos terminaron, se giró hacia su madre. Su mirada era glacial. El chico le dijo:

—Mamá, no has guardado silencio mientras sonaba el himno nacional, y no has

saludado cuando han interpretado el himno del partido.

—Hans, estoy muy ocupada haciendo mis tareas. Tengo que planchar estos uniformes de tu padre...

—¿Y qué? —el tono del chico era más glacial que su mirada—. Ninguna tarea es lo suficientemente importante cuando suena nuestro himno y la canción de Horst Wessel. ¿Se puede comparar algo a eso? ¿Es que nadie te ha enseñado lo que tienes que hacer, madre?

Helga fue a decir algo, pero se calló. En verdad, ni siquiera sabía qué decir.

---

\* \* \*

---

Pese al optimismo de la Radio del Reich de dar casi por terminada la guerra en Polonia el 8 de septiembre, no sería hasta la noche del día 20, cuando en el último boletín de guerra del día el general Von Brauchitsch anunció el fin de las operaciones militares alemanas en Polonia. A la mañana siguiente, Helga se encontraba limpiando la habitación de Hans cuando recayó en el gigantesco mapa de Europa donde Hans clavaba sus chinchetas señalando el avance de los ejércitos nazis. Casi la totalidad del territorio polaco estaba ocupado por las chinchetas rojas. Otra manzana que, como fruta madura, cae del árbol y se deposita en el gran cesto del Tercer Reich. Además de Polonia, Austria y Checoslovaquia también estaban ahí, en ese gran cesto. Y muy pronto serían más. Antes de que acabara el invierno, Dinamarca y Noruega se sumarían a la gran cosecha de los hombres de la Wilhelmstrasse. Ahora, el negro presentimiento volvió a ocupar el pensamiento de Helga. Era posible, que como Kurt y la mayoría de los berlineses pensaban, nadie movería un dedo por países como Polonia. Pero... ¿Se quedarían también callados y quietos los británicos y los franceses, cuando la sombra de la espada de Sigfrido descendiera sobre ellos?

---

\* \* \*

---

El uniforme y el *Jungvolk*. Durante el periodo de tiempo que los alemanes denominaron *Sitzkrieg* o guerra de asentamiento, Hans Petersen entró a formar parte activa del *Jungvolk*. En el frente de guerra occidental, los soldados franceses y alemanes concentraban todos sus efectivos detrás de sus líneas defensivas. Los franceses, tras la línea *Maginot*, y los alemanes, tras la línea *Sigfrido*. En el frente interior, la austeridad de la «economía de guerra» comenzó a hacer estragos entre los berlineses de a pie. La cartilla de racionamiento para ropa y alimentos entró en todos los hogares, incluido el de la familia Petersen. Y conforme se acercaba el invierno, que además sería especialmente crudo, el carbón comenzaría a escasear, convirtiéndose en un problema el abastecimiento del combustible máspreciado por el

pueblo.

Para Hans, que como cualquier niño vivía al margen de estas preocupaciones, aunque las padeciera, todo quedaba relegado ante la ilusión de iniciar su carrera como soldado. Hans nunca olvidaría la mañana en que se puso por primera vez su uniforme de las Juventudes Hitlerianas. Entre otras cosas, porque nunca a lo largo de su vida se lo volvería a quitar. Hans llevaría el resto de su vida ese uniforme, en todas sus variedades. El de pantalón largo para la escuela y la sede; el de pantalón corto para el verano, las marchas y las acampadas; e incluso ese modelo llamado M-43, el que miles de miembros de las Juventudes llevaron durante la batalla de Berlín.

Esa mañana, Hans se había duchado de una manera especial, como si tuviera que estar más aseado que de costumbre para lucir su uniforme. Llegó a disfrutar, mientras muy pausadamente se ponía sus pantalones, su camisa parda, su cincha cruzada sobre la camisa; mientras se hacía la lazada en su pañuelo y se colocaba su brazalete negro, donde destacaba en blanco la runa *Sieg*, el símbolo del *Jungvolk*, la runa de la victoria. Tenía otro brazalete, rojo y blanco con esvástica negra, pero ese brazalete sólo lo luciría en los desfiles y las festividades del partido y más adelante, cuando entrara a formar parte del *Kern*. El cinturón era una de las piezas del uniforme que a Hans más le entusiasmaba. Era de cuero negro, y en su hebilla plateada estaba grabada un águila del Reich sujetando entre sus garras una corona de hojas de roble, donde reposaba una esvástica del tipo *Sonnenrad*, la esvástica con forma de rueda solar. En realidad, era una réplica de los cinturones que llevaron los hombres de las SA hasta 1931.

Pero si había algo que a Hans le hacía especialmente ilusión era su puñal, su primer puñal. Era muy pequeño, casi simbólico, y llevaba escritas las palabras *Jungvolk* y *Hitlerjugend* alrededor de la empuñadura. Pero era la frase grabada sobre su hoja, lo que emocionaba realmente a Hans. Una frase que él, llevaba también grabada. En su alma. *Sangre y honor*. Esas eran las cosas que le gustaban a Hans, las que siempre le habían gustado, las cosas por las que quería ser soldado. Era la primera arma de Hans y, aunque no fuera la daga de los miembros de las SS, a Hans le proporcionaba seguridad, protección. Soñaba con portar grandes armas, armas importantes, como las de los soldados que habían luchado en la campaña polaca. Pero de momento, se conformaba con su pequeño puñal. Para comenzar su formación como soldado, no estaba nada mal.

Desde el primer momento, Hans participó en todas las actividades que el *Jungvolk* le ofrecía. Hans acudía todos los días a la sede de las Juventudes de Dahlem, que se acabó convirtiendo en su segunda casa, en compañía de Heinz y de Rudi. La actitud de Hans causó una gran impresión en sus instructores, que le tenían en gran estima, incluso, pese a ser tan pequeño, hasta algo de respeto. Casi desde el principio, se podía decir que Hans era el líder de los *Pimpf*, de los niños del *Jungvolk*.

Hans se convirtió en un obseso del llamado «plan de servicio». Rápidamente, junto a Heinz, a Rudi y a la hija de la familia Bauer, Silke, formaron un grupo para participar en la «colecta de ayuda invernal». La colecta consistía en recorrer las calles con unas huchas (una especie de feas cajas rojas), además de visitar las casas y recoger dinero para ayudar durante el invierno a las familias más desfavorecidas. La idea de las Juventudes consistía en que los jóvenes aprendieran así a ser solidarios con sus propios compatriotas, además de fomentar en ellos, la camaradería y la competitividad. La competitividad, porque se premiaba a los grupos que más dinero recogían, y la camaradería, porque sólo se premiaba al grupo, no al individuo. Fue por esto, por lo que Hans decidió incluir a Silke Bauer en el grupo de colecta. La primera vez que lo propuso, causó malestar en Heinz y en Rudi. Silke era mucho más alta que ellos, les sacaba una cabeza, y esto causaba una cierta vergüenza en los chicos. Pero Hans valoró que Silke Bauer, además de ser una chica muy guapa, era una niña con un rostro muy dulce y unos refinados modales. Eso les podría venir muy bien a la hora de recaudar dinero, porque Hans quería que su grupo de colecta fuera el que más dinero recaudara, porque quería ganar, que su grupo fuera el mejor. Porque si había una cosa que Hans Petersen odiara en la vida era perder. Fue a raíz de ese momento cuando Silke Bauer pasó a formar parte del grupo de las literas del refugio, cuando pasó a formar parte de, como todo el mundo les llamaba en la sede de las Juventudes, los «cuatro inseparables».

Hans participaba también en la sesión de gimnasia que se realizaba todos los miércoles a las ocho de la tarde, y donde uno de sus instructores era Junker; en los ensayos de desfiles con banderas, tambores y antorchas que se celebraban dos veces por semana a las siete y media de la tarde; y por supuesto, se apuntaba a todas las marchas dominicales que comenzaban antes de la siete de la mañana y que se alargaban durante todo el día. Además leía siempre los textos recomendados por el dirigente nacional de las Juventudes, y aprendía las canciones de desafío, a las que llamaban *Trotzlieder*. Todo esto, sin faltar nunca a la escuela, hacer sus deberes y sacar muy buenas notas. Y sin quejarse ni protestar nunca, porque todo eso formaba parte de su formación como soldado, y eso para él no era un sacrificio, sino una obligación. Una obligación consigo mismo, con su patria y con su Führer.

---

\* \* \*

---

La sede de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem estaba situada en un viejo edificio construido en piedra gris y con un tejado triangular de teja roja, que antiguamente había servido como acuartelamiento para las fuerzas de asalto, las SA. En su fachada principal colgaban dos grandes banderas, una de las Juventudes Hitlerianas y otra del Reich. Se accedía a su interior a través de una escalinata. En la misma puerta de



entrada, los recibía una leyenda: «Sed luchadores». En su interior, la sala central era muy grande, tenía grandes ventanales cubiertos por enormes cortinas rojas. En la sala había una gran estantería, repleta de libros recomendados por el partido, incluidos aquellos que semanalmente el dirigente nacional de las Juventudes mandaba leer a los chicos. Junto a las estanterías había una gran mesa donde los chicos podían leer, dibujar o incluso hacer los deberes que traían de la escuela. Hans utilizaba esas instalaciones todos los días, sobre todo para dibujar. El gran talento que Hans demostraba para el dibujo provocó que los instructores le solicitaran en muchas ocasiones que colgase sus dibujos en las paredes de la sede. En el centro de la gran sala, como si fuera un tótem, se encontraba la *Volksempfänger*, la radio del pueblo, por donde escuchaban las retransmisiones de los discursos de los líderes, las ceremonias del partido y el desarrollo de la guerra.

Una cortina negra separaba la gran sala central de la zona que se conocía como «el santuario». Sobre la cortina, había una leyenda que rezaba: «Hemos nacido para morir por Alemania». Cuando atravesabas esa cortina, era como si fueras abrazado por las negras alas de la muerte. Dentro del santuario, todo estaba cubierto por cortinajes de color negro. Una única runa *Sieg* presidía la estancia. No había luz eléctrica. El recinto estaba iluminado por velas rojas y negras, los colores sagrados del nacionalsocialismo. Había retratos del Führer, cascos de acero, fotografías de mártires de las Juventudes Hitlerianas, proclamas, canciones y discursos enmarcados. Allí estaban los versos originales de *La canción de Horst Wessel*. Y el discurso que el Führer dio en el congreso del partido de Núremberg de 1935: «A nuestros ojos, el chico alemán del futuro debe ser delgado y flexible, rápido como un galgo, resistente como la piel y duro como el acero Krupp. Debemos educar a un nuevo tipo de ser humano, hombres y mujeres absolutamente disciplinados y saludables. Nos hemos comprometido a dar al pueblo alemán una educación que comienza en la infancia y nunca termina. Comienza en el niño y termina con el viejo combatiente. Nadie podrá decir que tiene un solo momento en que haya sido dejado del todo a su suerte...».

Otras proclamas eran auténticos homenajes a la muerte, como uno que decía: «Del acceso a la verdad final nos separa sólo una pequeña puerta, sobre la cual está grabada la vieja máxima: Por la puerta de la muerte, cruzamos la puerta de la verdadera vida». Otro decía: «El que no arriesga la vida para ganarla constantemente de nuevo está ya muerto, aunque todavía respire, coma y beba. La muerte no es más que una partida hacia una vida más elevada». Y los había también de corte antisemita y anticristiano, como un recorte sacado del periódico *Siegrune* que decía: «Jesucristo fue un cobarde patán judío que corrió ciertas aventuras durante sus años de juventud. Hizo que sus discípulos abandonasen su sangre y su tierra y, en las bodas de Canaán, increpó groseramente a su propia madre. En sus últimos momentos, insultó de forma escandalosa la majestad de la muerte».

A ambos lados de la gran sala, había unos cuartos o habitaciones más pequeños. Uno de estos cuartos era el cuerpo de guardia del Servicio de Patrulla, la élite de las Juventudes Hitlerianas. Sobre su puerta, descansaba su divisa: «La juventud guía a la juventud». Allí se encontraba también el equipo de radio. En otro de estos cuartos, se guardaban las banderas, los estandartes, las antorchas y los tambores. La ilusión de Hans, desde que asistió con su padre al encuentro del Führer con la juventud, cuatro años antes en Núremberg, había sido poder tocar uno de esos tambores. Pero al contrario de lo que todo el mundo pudiera pensar, todos los objetos de los miembros de las Juventudes Hitlerianas, incluidos los uniformes o los tambores, eran costeados por los padres. Una noche mientras cenaban, Hans les consultó a sus padres, si le podían comprar uno de esos tambores. Pero aunque su padre era funcionario del partido y en su casa no se pasaban estrecheces económicas, la cartilla de racionamiento, la carencia de productos básicos en la alimentación, el textil o el carbón, les impedía acceder al capricho de comprarle un tambor. «Ya sabes hijo, economía de guerra...», le dijo Kurt. Hans lo aceptó sin rechistar. Si no podía tocar el tambor, llevaría la antorcha. Lo importante para él era que ya estaba dentro. Que su formación como soldado había comenzado. Él sabía que las Juventudes Hitlerianas eran sólo el primer paso. Luego vendría el ejército de verdad o quien sabe, quizás siguiera los pasos de su hermano y entrara a formar parte de las mismísimas SS.

---

\* \* \*

---

Un domingo por la mañana, Helga se encontraba limpiando el polvo en la habitación de Hans. Este había salido muy pronto, antes de la siete, para participar en una de esas interminables marchas que hacían las Juventudes. Kurt tampoco estaba en casa, pese a ser domingo, tenía trabajo en la oficina de la DAF. Helga era, lo que se conocía en la Alemania de aquellos años como una «viuda política». A Helga esas mañanas de domingo en soledad la relajaban. Solía sintonizar la Radio del Reich, la *Rundfunk* como se la conocía popularmente, y escuchar el concierto que solían emitir, bien de la Orquesta Filarmónica de Berlín que dirigía Wilhelm Furtwängler o de la Orquesta Filarmónica de Viena que dirigía Clemens Krauss. Al igual que la literatura, la música también había sufrido recortes en la Alemania de Adolf Hitler, aunque afortunadamente, en menor medida. Helga era una apasionada de la música clásica, algo que había heredado de su padre. Los dos tenían los mismos gustos, su única discrepancia era Wagner. A su padre, Wagner nunca le gustó, «su música es demasiado grandilocuente, demasiado excesiva, algo ficticia», solía decir. En lo único que coincidía con Wagner era en su antisemitismo. En realidad, su padre siempre admiró más a Antón Bruckner. Pero ahora, en la nueva Alemania, la música de muchos de los compositores que habían formado parte de su infancia y su juventud,

compositores con los que Helga y su padre habían disfrutado juntos, había sido silenciada. La música de Felix Mendelssohn (sus *Canciones sin palabras* eran una de las debilidades de Helga), naturalmente por ser judío, o la de Gustav Mahler, al que los nazis consideraban decadente, habían dejado de interpretarse. Como la de Antón Von Webber, Allan Berg o Arnold Schönberg. Los grandes clásicos se habían salvado del sesgo nazi, Beethoven, Brahms, Bach o Mozart, aunque en el caso de Mozart, algunas de sus obras como *La flauta mágica*, había dejado de interpretarse por ser considerada por el régimen «de orientación masónica». Otros «grandes» no sólo no habían sido prohibidos por los nazis, sino que incluso colaboraban con ellos, como Carl Orff y Richard Strauss (el compositor más grande todavía vivo), haciéndose cargo de la dirección de la Cámara de Música del Reich. Richard Strauss, el célebre compositor de óperas como *Salomé*, *Electra* o *El caballero de la rosa*, había seguido componiendo y estrenando sus obras bajo el Tercer Reich, incluso se comentaba, que Strauss había estrenado la obertura de su última ópera, *Capriccio*, en la residencia de Baldur Von Schirach, fundador de las Juventudes Hitlerianas y ahora, jefe de distrito de Viena. Los nazis habían permitido también que se siguiera interpretando la música de compositores extranjeros del gusto de Helga, como Debussy, Sibelius, Stravinsky o Bela Bartok. Pero esa mañana, Helga estaba recordando más que nunca a su padre, porque la Filarmónica de Viena estaba interpretando una selección de movimientos de algunas de las más célebres sinfonías de Antón Bruckner, bajo la genial batuta de Krauss.

Mientras limpiaba la habitación del chico, Helga vio sobre su pequeño escritorio las dos carpetas que su hijo llevaba siempre a la sede de las Juventudes Hitlerianas. En una de ellas, Hans había escrito «Mis lecturas» y en la otra, «Mis dibujos». Helga abrió la carpeta titulada «Mis lecturas» y vio todos los folios que Hans había copiado de las lecturas recomendadas por sus instructores. Helga sólo leyó los títulos: *Los dioses y los héroes germánicos*, *Veinte años de lucha por Alemania*, *Adolf Hitler y sus compañeros de lucha*, *El pueblo y la herencia de la sangre*. Propaganda. Helga cogió la otra carpeta, la que ponía «Mis dibujos». La abrió, sacó el primer dibujo y se sentó en la cama. En el primero de ellos, Hans había dibujado el siniestro retrato del Führer que tenía enfrente de su cama, el retrato que compraron en Núremberg. El chico dibujaba bien, demasiado bien. Todo en su dibujo era excesivamente realista. De hecho, miró primero el retrato, y después el dibujo, y si no fuera por ese brillo característico que deja el carboncillo, se podría decir que el dibujo parecía una fotografía. Helga pasó al segundo dibujo.

Se quedó paralizada, horrorizada.

¿Pero qué era aquello?

---

\* \* \*

---

Era una oscura mañana de octubre y entraba muy poca luz por la ventana. Helga cogió la carpeta de Hans y se dirigió hacia el salón. Se sentó y encendió un pequeño flexo que utilizaba para coser. En ese momento, desde la Radio del Reich, llegaban hasta ella las notas del segundo movimiento, el *Andante* de la *Sinfonía Romántica* de Bruckner. Observó el dibujo de Hans. Era un ser, un ser extraño dibujado de frente y de espalda. Parecía como si fuera una chica, una chica adolescente, pero no lo era. Tenía también un ligero parecido a la valquiria que Hans tenía en el cuadro encima de la cabecera de su cama. Pero tampoco lo era. Lo primero, este ser estaba desnudo, pero tenía una desnudez demasiado explícita, Helga consideró, que incluso insultante. Tenía los pies, las piernas y el sexo de mujer. Observó el sexo del ser durante unos instantes. Era consciente de los comentarios que se escuchaban por la calle sobre la «relajación» sexual que había en las Juventudes Hitlerianas. Magda, la madre de Rudi, que estaba muy preocupada por el ingreso de su hijo en las Juventudes, le comentó una noche en el refugio que muchas personas hablaban de auténticas orgías paganas que se realizaban en los campamentos de las Juventudes. Y hasta que las Juventudes fomentaban y toleraban la homosexualidad. Magda le habló de zoofilia y de rituales de sexo y sangre. Le dijo que otra madre preocupada le había explicado, que en la sede de las Juventudes siempre había un cuarto vacío, donde las chicas mayores de la BDM iniciaban en el sexo a los niños del *Jungvolk*. Esta idea aterraba a Magda. La madre de Rudi le explicó que esto formaba parte de un plan de las Juventudes, según el cual, conocedores del interés que el sexo despertaba en esas jóvenes mentes, preferían aplacar ese instinto, esa curiosidad cuanto antes, para que entre los chicos y las chicas reinara solamente la camaradería. Magda sostenía, que Astrid, la novia del hermano mayor de Heinz, era una de las chicas que se dedicaba a esas prácticas en la sede de Dahlem. Aunque claro, decía Magda, viniendo la tal Astrid de quien venía...

Helga se resistía a creer que todas esas cosas fueran ciertas. En concreto, creía que la férrea educación católica que Magda había recibido, la convertía en demasiado conservadora en todos esos asuntos, y en cuanto a las habladurías que corrían por Berlín... Hacía tiempo que Berlín se había convertido en una ciudad de habladurías, se hablaba de todo, se especulaba con todo, y en la mayoría de los casos, aquello que se decía no eran más que leyendas, claro que... lo que ella estaba viendo ahora... ¿Cómo podía tener Hans, a sus diez años, esos conocimientos tan exactos de la anatomía femenina? Ella era mujer, y reconocía que nunca podría haber dibujado así su propio órgano sexual.

Encima del sexo, el ser tenía un dibujo, una especie de flor de Edelweiss. El ser no tenía ombligo y sus pechos eran excesivamente pequeños. El rostro era sobrecogedor. Volvía a parecer una chica, pero a la vez, era como si en él no hubiese nada de humano. Eso era, pensó Helga, el rostro de un ser desprovisto de alma.

De su boca salía como una pequeña llama. Sus ojos eran muy grandes, de un color azulado. Pero sus retinas eran como dos torbellinos que giraban. En su cabeza llevaba un casco dorado con dos pequeñas alas. Pero ese casco formaba parte de su propia anatomía, era una parte de ella. Igual que sus dos grandes alas, alas metálicas también muy doradas, que surgían de su espalda. Naciendo de la parte posterior de sus piernas y ascendiendo por sus nalgas, había tres palabras escritas: *Fackel, Feuer, Schwert*. Antorcha, fuego y espada. Sin duda, esas tres palabras identificaban al ser con el nacionalsocialismo. Helga observó, que el ser también tenía otra serie de nombres escritos en los dedos, pero no podían distinguirse. Los extraños símbolos y una sucesión de runas cubrían todo su cuerpo, como si estuvieran esculpidos en él, como si formaran un código. Porque en realidad, el ser parecía ser eso, un código. ¿Pero un código de qué? ¿Qué quería decir su hijo dibujando ese ser, ese código?

Había tres dibujos más del ser. En dos de ellos, este aparecía en torno a un gran abismo. Ese abismo, sí que sabía Helga de dónde lo había sacado su hijo. Era el abismo que decoraba la portada de su disco de la ópera *El holandés errante*. Wagner. Helga sintió un estremecimiento. Volvió a recordar aquella noche en Munich, la noche que su hijo Harald hizo el juramento de honor ante el Führer, cuando ella pensó en los seres, los entes, los mitos que habían emergido de oscuros abismos, abismos olvidados, y que ayudados por los nazis y la carismática figura de su líder, habían «poseído» a las masas. Por supuesto, esto era una metáfora, una manera de expresar el despertar de los viejos mitos germanos tantos años dormidos, tantos años olvidados. Y una manera de intentar comprender. Intentar comprender cosas, cosas que estaban sucediendo en Alemania, cosas que para ella resultaban incomprensibles.

En los dibujos donde el ser se mostraba sobre el abismo, Hans había añadido elementos nuevos. Por ejemplo, en uno de ellos el ser estaba curvado sobre sí mismo, y de sus manos emergían dos grandes espadas. Además, de su boca brotaban ahora grandes llamaradas, como si se tratara de un lanzallamas. En otro, el ser estaba colérico y de su boca salía humo o niebla, una niebla espesa que traspasaba una alambrada como la que había en los campos de prisioneros. En el tercero de los dibujos, el mismo ser estaba postrado, sus alas estaban recogidas, su cabeza inclinada, y sobre sus manos llevaba una especie de estandarte ensangrentado. Era un estandarte de las Juventudes Hitlerianas. El ser le estaba entregando el estandarte a alguien. Helga dedujo que eran las manos de Hans, pero rápidamente se dio cuenta que no, que eran unas manos femeninas, las manos de una chica.

En otros dibujos, Hans había vuelto a dibujar lobos. Más concretamente, un lobo. Siempre sobre un risco, siempre bajo un cielo rojo. Como una bola de fuego. Helga había visto ese lobo en algún sitio.

Regresó a la habitación de Hans. Rebuscó entre sus cosas y lo encontró. El libro de mitos germánicos que les había hecho leer Herr Fritz, el libro del que Hans no se

despegaba nunca. Helga recordaba una ilustración de ese libro donde se veía a Wotan, la vieja deidad germánica, en compañía de sus cuervos, del águila y de sus lobos, Geri y Freki. Helga estaba segura, que uno de los dos era el lobo que dibujaba su hijo. Encontró la ilustración. Y estaba en lo cierto. Ese era el lobo de Hans, el que tenía el aspecto más fiero. Leyó su nombre. Freki. Uno de los guardianes de las puertas del Valhalla. Ese era el lobo, salvo por un detalle. Los ojos. Helga volvió a mirar el primer dibujo de su hijo, el del retrato de Hitler. Los ojos de Freki no eran los ojos que el lobo tenía en el libro de mitos germánicos. Eran los ojos de Adolf Hitler. Como en el dibujo que habían colgado en la escuela...

Cuando se disponía a guardar la carpeta, Helga se dio cuenta que a un lado de ella, donde Hans guardaba su papel de dibujo en blanco, había un último dibujo. Un dibujo guardado, escondido, como si Hans quisiera que ese dibujo no lo viera nadie. Helga lo sacó. Comenzó a sudar. Ese dibujo le quitaría el sueño durante mucho tiempo.

Otra vez se veía al ser. Pero en esta ocasión, llevaba a Hans entre sus brazos. Y saltaba. Pero no al interior de ningún abismo, sino hacia una fosa, una especie de fosa común. Una gigantesca fosa donde se apiñaban, terriblemente mutilados, cientos de cuerpos. De niños y niñas, chicos y chicas. Todos de uniforme. Todos con el uniforme de las Juventudes Hitlerianas. Y aunque estaban muertos, todos sonreían. Hans había terminado el dibujo con una leyenda delicada mente escrita en letra gótica. Una leyenda, que helaba la sangre. Una leyenda que decía:

*Los niños de hoy, los soldados del mañana, felices de morir por Alemania.*

---

\* \* \*

---

Aproximadamente un mes después, a principios de noviembre, Helga se encontraba una mañana en casa, cuando sonó el timbre. Eran Heinz, Rudi y la hija de los Bauer, Silke, los compañeros de Hans en la colecta de ayuda invernal. Estaban allí, en la puerta, con sus huchas, esperando a Hans para iniciar su paseo matinal por el barrio recogiendo dinero. La colecta de ayuda invernal se realizaba de octubre a marzo. Helga pidió a los niños que pasaran, puesto que Hans había salido con Kurt para hacer unas compras y tardaría un poco en volver.

Acompañó a los niños al salón, donde se sentaron los tres. Helga les preparó unos vasos de leche y unos pasteles. Mientras lo hacía, desde la cocina, observó a los chicos. Allí estaban los tres, con sus uniformes, los pequeños puñales que llevaban colgados del cinturón y sus grandes y feas huchas. Silke, la hija de los Bauer, una chica muy guapa con unos bonitos ojos verdes y una mirada muy dulce, llevaba el uniforme de la BDM, con su falda azul, su blusa blanca, su pañuelo negro y un

capote, también de color negro, que las chicas llevaban en invierno. Helga no pudo evitar pensar en el dibujo secreto de Hans, en el que los chicos y las chicas de las Juventudes Hitlerianas yacían muertos en el interior de una fosa común, con sus uniformes, esos mismos uniformes, terriblemente mutilados y sonriendo. Entonces se le ocurrió algo.

Helga entró en el salón y dejó la bandeja con los tres vasos de leche caliente y los pasteles sobre la mesa. Los tres al unísono, como si estuvieran sincronizados, contestaron:

—Muchas gracias, Frau Petersen.

Helga les sonrió, salió del salón y se dirigió a la habitación de Hans. Había decidido enseñarles uno de los dibujos de su hijo a los niños. Sabía que Hans tardaría aún un poco en llegar, y quiso saber, qué podían decirle sus amigos sobre esos dibujos. No sabía por qué lo hacía, ni qué buscaba. Incluso llegó a pensar que probablemente se arrepentiría. Helga no había comentado nada sobre los dibujos ni con Kurt, ni con Hans, pero era consciente que esos chicos pasaban más tiempo con su hijo que ella misma y que probablemente lo conocían mejor. Helga entró en el salón con el dibujo de Hans donde se veía al extraño ser sobre el abismo y les preguntó a los niños:

—Os quiero hacer una pregunta. ¿Vosotros sabéis que es esto?

Los tres se quedaron mirando el dibujo de Hans. Heinz, el que Helga pensaba que era el mejor amigo de su hijo, fue el que contestó:

—Sí claro, Frau Petersen. Los dibujos de Hans. Los instructores de las Juventudes dicen que Hans es el niño que mejor dibuja. Ya han colgado algunos dibujos suyos en la sede.

Ninguno de los tres niños mostró reacción alguna al ver al ser allí dibujado. Más bien, le pareció a Helga que los tres niños estaban acostumbrados a ver esos dibujos.

—Eso ya lo sé, Heinz Hoeness. Ya sé que son los dibujos de Hans, lo he sacado de su carpeta de dibujo. Lo que os he preguntado, es si sabéis qué es esto que Hans ha dibujado aquí.

Entonces fue la niña, Silke, la que contestó, no sin antes mirar muy seria a sus dos compañeros:

—Es una valquiria, Frau Petersen.

Helga no se esperaba eso. ¿Una valquiria? Helga había visto muchas representaciones de valquirias, pero ninguna se asemejaba siquiera a ese ser que había dibujado Hans. Helga no sabía de dónde había sacado eso el chico. Desde luego, no de las ilustraciones de sus discos de Wagner, ni del libro de mitos germánicos de Herr Fritz, quizás se asemejara algo a la valquiria del cuadro que compraron en Núremberg, pero bien mirado, tampoco...

—¿Una valquiria? Yo he visto muchas representaciones de valquiria, pero ninguna

tenía este aspecto...

—Hans dice que las valkiria no tienen ningún aspecto concreto, Frau Petersen — otra vez era Heinz el que hablaba—. Las valkirias son seres míticos, seres legendarios. Hans dice que son como queremos imaginarlas o como queremos verlas. Hans las ha visto. En sus sueños.

Entonces fue Silke la que continuó con la explicación:

—Hans siempre dice que las valkirias son el código de nuestra vida. Ellas están con nosotros desde el principio. Asisten a nuestro alumbramiento, vigilan nuestra vida de día y de noche, y cuando caemos muertos en el campo de batalla, llevan nuestra alma hasta el Valhalla.

Helga no daba crédito a lo que estaba escuchando. Esos tres chicos, en el Berlín de 1940, estaban hablando de las valkirias como un niño cristiano hablaría del ángel de la guarda. Salvo que para un niño cristiano no era necesario morir en un campo de batalla para que su alma subiera al cielo.

—Y si no mueres en un campo de batalla... ¿Qué pasa entonces con tu alma?

Fue Heinz el que contestó:

—Nada. Si no mueres en el campo de batalla, no hay alma, no hay espíritu, no hay Valhalla. Vuelves a la tierra y te fundes con ella. Ayudas a que el ciclo de la vida siga existiendo, pero no alcanzas la inmortalidad. Sólo los caídos en la lucha, en la defensa de nuestra causa, en la defensa de nuestras creencias, se convierten en eternos. Sus nombres son recordados, se perpetúan. Como Horst Wessel. Por eso nosotros nos preparamos para luchar por nuestra causa, que es el nacionalsocialismo, y morir en el campo de batalla. Para que una valkiria recoja nuestra alma. Y así nosotros podamos entrar en la eternidad.

Helga se quedó petrificada mirando a esos tres niños. Niños que decían todo eso mientras sorbían sus vasos de leche caliente y comían los pasteles. ¿Tendría razón el partido, cuando decía que estaban formando a un nuevo tipo de hombres? Ella era una mujer culta, con formación, con estudios. Pero era incapaz de comprender algunos términos y conceptos que aquellos niños utilizaban. ¿Estaría de verdad el partido creando una nueva raza de seres, no humanos, pero con unos conocimientos intelectuales superiores a lo hasta ahora conocido? ¿Cómo era posible que niños tan pequeños, de sólo diez años, hablaran con esa seguridad, con esa convicción? ¿Podría ser eso el efecto «sólo» de la propaganda? Helga comenzaba a dudar.

—Una cosa más, Frau Petersen —era Silke la que hablaba—. Quiero que sepa que esa valkiria que Hans ha dibujado, no es una valkiria cualquiera. Es la valkiria de la juventud. Ella es la valkiria que nos guía y nos protege.

Los tres niños miraban a Helga. Helga había empezado a pensar, que quizás Magda, la madre de Rudi, tenía razón en lo que pensaba. Que el nazismo era algo más que una mera ideología política. Que era una religión. Que Alemania había



retrocedido siglos, milenios. Que los nazis habían activado los conceptos ancestrales de los pueblos del Norte, de los viejos germanos, de los escandinavos. Que la nación iba a caer en manos de una nueva sociedad, descristianizada, deshumanizada. Curiosamente, Rudi, el hijo de Magda era el único de los niños que no hablaba. Posiblemente porque sabía que su madre y ella eran muy buenas amigas, y que Helga podría decirle algo a su madre, algo que a ella no le gustara.

—Entonces, decís que han puesto dibujos de Hans en la sede de las Juventudes. ¿Qué dibujos han puesto, dibujos de valquirias?

—No —contestó Heinz—. Dibujos del Führer, dibujos de lobos.

Otra vez la historia de los lobos. Hans había empezado con eso en Núremberg. Soñar con lobos. Soñar con valquirias. A Helga se le ocurrió una última pregunta:

—¿Y vosotros no habéis soñado nunca con valquirias? ¿No habéis soñado nunca con lobos?

Helga tuvo entonces una visión estremecedora. Vio cambiar la cara de los niños, convertida ahora en una mueca horrenda, un gesto horrendo, un rostro inundado por el odio. Vio crecer sus bocas, convertirse en las fauces de un lobo, unas bocas llenas de afilados dientes amarillentos. Y vio a Silke, cuya dulce mirada se había convertido en una mirada cargada de furia con unos ojos inyectados en sangre, que le decía: «Vivimos en la Alemania de Adolf Hitler, Frau Petersen. Y en la Alemania de Adolf Hitler todo el mundo sueña con lobos. ¿Acaso usted no sueña con lobos, Frau Petersen?».

Helga apartó esa visión de su mente. Fue Silke la que le contestó:

—Yo no, Frau Petersen.

—Yo tampoco —dijo Rudi. Era la primera vez que hablaba.

—Ni yo —dijo Heinz—. Yo lo he intentado. Cuando Hans me contaba lo que recordaba de sus sueños, yo intentaba soñar como él. Por la noche, en la cama, cerraba muy fuerte los ojos y pensaba en lobos, en valquirias, en los héroes del libro de mitos germánicos, pero nada. Posiblemente, sólo los líderes, los elegidos pueden soñar con...

—¿Quieres decir que Hans es...?

En ese momento se abrió la puerta. Helga escondió el dibujo de su hijo debajo de unas revistas de la DAF, *Frau und Werk*, que tenía en un lado de la mesa. Hans entró corriendo en el comedor, abrazó a su madre y la besó. Y entonces pasó algo extraño. Como si Hans fuera un oficial, los tres chicos se levantaron en el acto, hicieron el saludo nazi y gritaron:

—*Sieg Heil!*

Hans les contestó con otro saludo. Era un saludo muy similar al que hacía el Führer. Helga le había visto hacer ese extraño saludo con la mano en Núremberg y en los noticiarios que proyectaban en el cine. Estaba claro que su hijo era un líder. Los

tres niños lo miraban con admiración y respeto.

Los chicos se despidieron de Helga agradeciéndole el pequeño desayuno que les había ofrecido. Hans cogió su hucha, y los cuatro niños salieron corriendo. Helga los observó mientras bajaban las escaleras al trote. Su hijo había llegado el último, pero ya marchaba el primero. Y los otros tres lo seguían como perritos falderos.

Cerró la puerta y se sentó en la silla del pasillo, la que había pertenecido a la casa de su padre. Soñar con valkirias. Soñar con lobos. Recordando la imagen de su hijo y sus compañeros, con sus uniformes, sus pequeños puñales y sus grandes y feas huchas, volvió a su mente aquella vieja frase de Hitler referente a los lobos: «Seremos como lobos, que en manadas de ocho o diez, nos abalanzaremos una y otra vez sobre nuestros enemigos».

Escrito en *Mein Kampf*.

Palabra del Führer.

---

\* \* \*

---

Fue aproximadamente por esa fecha, noviembre de 1939, cuando Helga decidió hacer caso a Magda y acudir a la iglesia. Helga no era creyente, su padre, el viejo socialista, profesor de arte en la universidad, siempre se consideró ateo y educó a su hija en el laicismo. Su padre siempre le dijo que su madre, una dama de la alta sociedad berlinesa, sí que era creyente, pero la madre de Helga murió durante el parto de Rainer, su hermano pequeño, cuando ella sólo tenía cuatro años y por lo tanto, la educación de Helga recayó exclusivamente en su padre. Helga había visitado, durante su juventud, muchas iglesias y grandes catedrales por un motivo que nada tenía que ver con la religión. Por el arte. Helga había viajado mucho con su padre por toda Alemania y por otras naciones de Europa. Habían estado en Francia, en Italia, en España. Al padre de Helga le gustaba especialmente el Mediterráneo. Como a todos los artistas o estudiosos del arte, como su padre, les gustaba especialmente del Mediterráneo su luz. Esa luz única, esa luz especial. Esa luz tan distinta del cielo siempre gris, triste y plomizo de Berlín. Helga recordaba un día, sería sobre 1908, cuando estaba sentada en las rodillas de su padre, una apacible tarde de verano en un pequeño pueblo de pescadores de la costa catalana. Aquel día, mientras contemplaban el mar azul y el luminoso cielo, su padre le dijo:

—Mira Helga, observa bien este cielo, porque no existe en el mundo un cielo más hermoso que este.

Helga y su padre habían visitado las grandes iglesias y catedrales de Europa: Colonia, Chartres, Milán, Barcelona, pero en todas sus visitas sólo se fijaban en pórticos, en vidrieras, en columnas... nunca en nada espiritual. De hecho, Helga nunca había sentido en esos lugares nada diferente de lo que se siente en un museo.

Por eso, cuando Magda le dijo durante una de las primeras noches en el refugio, que ella, además de a los oficios, acudía todas las tardes una hora diaria a la iglesia, que le venía muy bien y que le gustaría que la acompañara, Helga desconfió. «¿Qué voy a hacer yo allí?», le dijo. No sabía rezar, no conocía ninguna oración, ni sabía cómo comportarse en una iglesia, no era creyente... pero Magda le dijo que daba igual, que no hacía falta saber rezar, ni comportarse de ninguna forma especial. Sólo sentarse y relajarse. Pensar en tiempos mejores, en tiempos pasados, cuando eran auténticas familias, y confiar en el futuro, cuando volvieran a serlo. Y aunque fuera por una hora, olvidarse de las banderas, del partido, de los uniformes que lo invadían todo, de los desfiles, las cartillas de racionamiento, de la guerra y de Adolf Hitler. Helga quizás nunca le hubiera hecho caso, pero después de ver los dibujos de su hijo y de tener aquella conversación con sus compañeros en la colecta de ayuda invernal, le dijo que sí. Posiblemente porque le hacía falta comprobar que el viejo mundo no había desaparecido por completo, y esa vieja iglesia a la que acudía Magda fuera un recuerdo de ese viejo mundo. Entonces comenzó para Helga un ritual. Acompañar a Magda todas las tardes a las cinco a la iglesia.

---

\* \* \*

---

Poco después de Navidad, ya entrado 1940, el frío arrasó Berlín. El 11 de enero se llegó a los quince grados bajo cero. Con los canales y los ríos congelados, y con una gran dificultad para abastecerse de carbón, los berlineses se congelaban en sus domicilios. Por todas las partes se veían escenas dantescas. Ancianas que arrastraban por el suelo sacos de carbón, hombres que los transportaban en carritos de niños, fuegos encendidos por las calles para que la gente pudiera calentarse.

En ese momento, Hans cayó enfermo. Gripe. El doctor le mandó permanecer siete días en cama. En una semana, se acabó la escuela, se acabó el *Jungvolk*. Y eso disgustó mucho a Hans. Él quería ir a la sede y pese al frío, hacer su gimnasia semanal y sus desfiles de antorchas bajo la nieve. Fortalecer mediante el sufrimiento su cuerpo de soldado. Construir el cuerpo que tendría en el mañana, el cuerpo que había visto en su sueños.

Aquella semana se le hizo insoportable. Además, la guerra estaba paralizada y tampoco podía seguir los partes militares en la Radio del Reich. Los franceses y los alemanes seguían atrincherados a lo largo del Rin, y los ingleses no hacían nada. Europa estaba en guerra, pero nadie disparaba un tiro. A esa época se la conoció como «la guerra boba».

Hans pasó esa semana leyendo sus lecturas obligatorias y dibujando. Si no podía fortalecer su cuerpo, fortalecería su mente. Le costó mucho realizar un dibujo en concreto. Un dibujo sobre la guerra. Recientemente, todos los niños del *Jungvolk*

habían asistido junto a sus instructores a una película que a Hans y a sus amigos les entusiasmó, *Hitlerjunge Quex*, y antes de la proyección les habían puesto un noticiario donde se veían imágenes de la Gran Guerra, con aquellas profundas y oscuras trincheras donde los soldados alemanes, los «cascos de acero», pasaban semanas, incluso meses. Hans dibujó una de esas trincheras, y en ella, se encontraban él mismo, Heinz y Rudi. Lucían sus uniformes de las Juventudes Hitlerianas y grandes fusiles *Mauser*. Esperaban. Esperaban bajo un cielo rojo, un cielo que recordaba a una gran bola de fuego. Esperaban a que comenzase la batalla y frente a ellos, en las posiciones de sus enemigos, el cielo se tornaba negro, porque su majestad la muerte había desplegado sus grandes alas en la noche. Bajo el dibujo, Hans escribió un pequeño poema, una pequeña leyenda: «Disfrutemos de esta noche, compañeros, porque al alba tenemos un encuentro. Disfrutemos de esta noche, compañeros, porque nuestro encuentro es con la noche eterna».

Esas eran las cosas que le gustaban a Hans. El riesgo. El baile continuo con la muerte. La balada del más allá. Esas eran las cosas que le gustaban a Hans. Que siempre le habían gustado. Por cosas como esas quería ser soldado.

Durante esa semana, Hans observó otras cosas, cosas extrañas, en particular una que tenía que ver con su madre. Todas las tardes, a eso de las cinco, su madre se acercaba a su cama, le daba un beso en la frente y salía de casa. Le decía que iba a dar una vuelta con Magda, la madre de Rudi. Su madre regresaba sobre las seis y media o las siete. ¿Dónde estaban todo ese tiempo? ¿Qué hacían Magda y su madre?

Heinz, Rudi y Silke le habían contado que su madre les había enseñado uno de sus dibujos y les había preguntado sobre él. A Hans no le sorprendió. Sabía que su madre había olfateado en sus cosas, en sus carpetas de dibujo y de lecturas. Pero a Hans eso le daba igual, allí no había nada malo. Sus dibujos eran admirados en la sede de las Juventudes, y supuso que su madre también los admiraría. Además, sus dibujos eran sólo fantasías, ilustraciones como las que había en su libro de mitos germánicos. Y retratos del Führer. Pero las salidas de su madre con una católica, sí que le preocupaba. Decidió que las seguiría. Esperaría a estar curado, porque seguía nevando y haciendo mucho frío y, por nada del mundo, Hans haría nada para volver a caer enfermo y pasar otra horrorosa semana encerrado en su casa.

---

\* \* \*

---

El último día que Hans tenía que guardar cama, después de que su madre se despidiera de él, Hans se vistió y salió tras ella. Aquella tarde el frío era muy intenso y nevaba copiosamente. Siguió a su madre a una prudente distancia. Vio cómo llegaba a casa de Rudi, y esperaba en la puerta hasta que Magda salía de ella. Luego siguió a las dos mujeres que avanzaban muy despacio por la calle, bajo la gran

nevada, agarradas del brazo para no caer. Las calles estaban congeladas. Hasta que llegaron a una de esas viejas iglesias cristianas, esos lugares donde iban los cristianos a celebrar sus antiguos ritos. Ritos anteriores al Führer. Ahora, las sospechas de Hans sobre los padres de Rudi, se habían ampliado a su madre. En cuanto estuviese con Rudi, se lo comunicaría. Tendrían que vigilarlas. Cuando Hans ya regresaba a su casa, sucedió algo. Un coche negro aparcó delante de la iglesia. De él, descendió un hombre que sacó una libreta del bolsillo de su gabardina, se colocó bien su sombrero y entró en la iglesia. Otro hombre lo esperaba dentro del coche. Hans sabía a quién pertenecía ese coche. Todo el mundo en Berlín lo sabía.

Ahora estaba confirmado. Ya no era sólo Hans quien sospechaba de Magda y de su madre. El partido también. El Estado también.

---

\* \* \*

---

En el interior de la iglesia, Helga y Magda permanecían en silencio. Era una iglesia muy vieja y oscura, pero a la vez, un remanso de paz y tranquilidad, un lugar muy acogedor. Los bancos eran cómodos, aunque muy viejos, y casi siempre solía haber muy pocos feligreses, la mayoría de ellos gente mayor. Tan ensimismadas estaban ellas en sus pensamientos, que ni tan siquiera recayeron en el individuo, con gabardina gris y sombrero en la mano, que se sentó en la última fila y tras echar una ojeada a la iglesia, anotó algo en una libreta. Si hubieran advertido su presencia, las dos hubieran pronunciado la palabra que nadie en la Alemania de 1940 quería pronunciar: Gestapo. El hombre guardó su libreta, echó un último vistazo a la iglesia y salió de esta.

Helga pensaba. Sabía que Magda pasaba esa hora rezando. Veía cómo su amiga movía muy rápidamente sus labios, de manera silenciosa, y pasaba sus dedos por el rosario de cuentas que llevaba en la mano. Pero ella simplemente pensaba. Como le dijera Magda, aprovechaba esa hora diaria para pensar en tiempos mejores, cuando eran una auténtica familia. La época en que Harald era pequeño, cuando nació Hans, las tardes que pasaban toda la familia junta en el Grunewald, las navidades, los cumpleaños. En definitiva, su vida antes del partido nazi, de las SS, de las Juventudes Hitlerianas.

Fuera de la iglesia, ululaba el viento. En alguna ocasión, este provocaba que las pequeñas velas que había junto al altar, tintinearan como si fueran a apagarse. Pese a que intentaba apartarlos de su mente, en muchas ocasiones, los pensamientos sombríos regresaban a ella. Como ahora. Helga tenía la mirada clavada en la gran vidriera que había al fondo del templo. Representaba una imagen de Jesucristo cuando era pequeño. El niño llevaba en su mano una banderola y rodeaba su figura un cordero. A ambos lados, había dos grandes ángeles, que parecían proteger con sus

manos el cuerpo de Jesús. Helga pensó entonces, que en aquellos años, en la patria del nacionalsocialismo, en el todopoderoso Reich de Adolf Hitler, los ángeles languidecían en la oscuridad de las viejas iglesias de Alemania. Solos, tristes, abandonados, olvidados. Este no era su tiempo, esta no era su época. Este era el tiempo de las valquirias, de las poderosas valquirias, las valquirias legendarias que arrojaban fuego por su boca, que ofrecían espadas que nacían de sus manos y estandartes ensangrentados. Wagner. Helga volvió a pensar en Wagner. Pensó, que muchos años después de su muerte, Richard Wagner había compuesto la mayor de sus obras, estaba escenificando la mayor de sus óperas, y quizás también, la mayor de todas sus tragedias.

## VI

### SOLSTICIO (SONNENWENDE)

*Para nosotros los hombres arios, los nacionalsocialistas, el solsticio es el símbolo de la alternancia eterna entre la caída y el ascenso.*

Heinrich Himmler

*Berlín, montañas del Harz, primavera-verano de 1940.*

En junio de 1940, Hans Petersen participó por fin en su primera acampada con las Juventudes Hitlerianas. Partió de Berlín a principios de mes, sobre el día 10, hacia algún lugar en el misterioso macizo del Harz, en el distrito de Magdeburgo-Anhalt. Esa mañana, Hans se despidió de Helga en su casa de Dahlem y salió de allí con Kurt, que lo acompañaría hasta la estación de Anhalter, donde los chicos de las Juventudes debían coger un tren con destino a Magdeburgo. Pero cuando Hans salió de su casa y Helga entró en su habitación para arreglarla, algo en ella había cambiado. El mapa. El gran mapa de Europa en el que Hans colocaba sus chinchetas rojas señalando los avances de los ejércitos del Tercer Reich, era ahora, en toda su vertiente occidental, un mar rojo en el que ni tan siquiera se distinguía el nombre de las ciudades.

Una vez consumadas las anexiones de Dinamarca y Noruega, la espada de Sigfrido cayó sobre Occidente al amanecer del 10 de mayo. Las tropas del Tercer Reich invadieron ese día tres nuevos países: Holanda, Bélgica y Luxemburgo. El cerco se estrechó sobre Francia e Inglaterra. Ese día, en un discurso, el Führer dijo: «Ha llegado la hora de la batalla decisiva para la nación alemana; la batalla que comienza hoy, decidirá el futuro de la nación alemana para los próximos mil años».

Hans siguió todos los acontecimientos de la contienda con una pasión y un ardor inusitados. Pese a ser un chico, que ese mismo año cumpliría sólo once años, daría la sensación de que había llegado el momento que él había estado esperando durante toda su corta vida. Sobre todo, desde Núremberg, cuatro años antes, desde el momento que la fiebre del nacionalsocialismo se había apoderado de su mente.

Hans celebraba todos los triunfos de los ejércitos del Tercer Reich, como si se tratara de la última batalla de la guerra: el día 11, la toma de la fortaleza de Eben-Emael en Bélgica, la conquista de Lieja el día 13. El 15 de mayo, los alemanes rompían la línea *Maginot* a la altura de Sedán y entraban en el valle del Mosa. Otra gran alegría para Hans. Los ejércitos nazis ampliaban la ofensiva e invadían Francia.

El 17 de mayo, en el último parte de la Wehrmacht, antes que la voz de Maria Von Schmedes les recordara una noche más, que *Otro hermoso día llega a su final*, Hans celebró la caída de Bruselas. Después celebraría la toma de Ámsterdam, de

Róterdam, de Amberes. La *Blitzkrieg* alemana arrolló Holanda y gran parte de Bélgica en dos semanas, consiguió que el ejército francés se viera obligado a retroceder hacia París, y que el cuerpo expedicionario británico quedara atrapado en el canal. Hans tenía la certidumbre de que los dioses estaban de su lado, que la furia del dios Tyr se había desatado sobre Europa. En su joven mente, en él y en otros miles de niños alemanes, se empezó a forjar la idea de la imbatibilidad de las tropas del Tercer Reich y de su líder, Adolf Hitler. Toda una generación comenzó en aquella primavera de 1940 a no poder ni imaginar que el ejército alemán pudiera sufrir una mínima derrota, que pudiera dar un solo paso atrás. Aquella avalancha de fuego quedó grabada en el subconsciente colectivo como una demostración de poder sin precedentes, un poder, que la mayoría seguiría viendo incluso después del desastre de Stalingrado.

Hans continuó celebrando triunfos. El 28 de mayo, la caída de Calais y el aislamiento de las tropas británicas en suelo europeo. El 29 de mayo, se tomaban Lille, Brujas y Ostende. El ejército británico era bombardeado por la Luftwaffe en Dunkerque. El día 31, se produjo el desastre de los ejércitos aliados en Flandes. El 4 de junio, la evacuación casi total del otrora todopoderoso cuerpo expedicionario británico en Dunkerque, una de las más dolorosas y humillantes derrotas británicas de todos los tiempos. Porque, aunque la operación *Dinamo* consiguió evacuar a una tercera parte de los soldados atrapados en Dunkerque, algo que el gobierno británico de Winston Churchill vendió como un éxito, había que reconocer que la evacuación del cuerpo expedicionario británico del suelo continental sólo podía considerarse como una humillación. El 9 de junio, fue el día más feliz para Hans. Era el día anterior al inicio de su acampada y a través de la Radio del Reich pudo escuchar que el regimiento *Germania*, en el que servía su hermano Harald, había entrado en combate durante la ofensiva alemana del Somme, en el frente francés. Por fin su hermano mandaría cartas a casa, y Hans podría enterarse de todo lo que sucediera en el campo de batalla, más allá de lo que informaran los noticiarios y los partes militares de la Radio del Reich.

Lo que para Hans fue una gran alegría, para Helga se convirtió en un insoportable desasosiego. Esa mañana del 10 de junio, mientras arreglaba la habitación de Hans, Helga no pudo contener las lágrimas. Lloró, lloró como hacía mucho tiempo que no lo hacía. Una guerra y dos hijos de uniforme. Uno combatiendo en ella y otro, preparándose para hacerlo. Helga sólo pedía, que ya que había comenzado, la guerra durara poco. Los grandes triunfos de Hitler habían contagiado a la gente en Berlín, casi todo el mundo hablaba de una pronta derrota de Francia y que Inglaterra no aguantaría, que se acabaría desmoronando como un castillo de naipes ante las embestidas de los ejércitos del Tercer Reich. Pero Helga no lo tenía tan claro. Pensaba que Inglaterra resistiría y que los aviones británicos responderían y



bombardearían Berlín, realmente, no era capaz de comprender cómo no había pasado ya. Estaba convencida que Alemania pagaría un precio muy alto por la osadía de Hitler. Para Helga, Hitler, el charlatán de feria, el tahúr del Mississippi, era una especie de visionario, un iluminado, una persona obsesionada por convertirse en un Carlomagno contemporáneo, un alquimista de la política que ambicionaba resucitar el Sacro Imperio Romano Germánico. Ya lo pensaba cuatro años atrás, en Núremberg, cuando veía los grandes fastos, los grandes desfiles en el congreso del partido. Recordaba que un día, en Núremberg, Kurt le explicaba a Hans:

—Sabes, hijo, el Führer ha elegido Núremberg para celebrar los congresos del partido, porque piensa que es la ciudad más alemana de Alemania.

Helga no dijo nada, no se podía hablar con Kurt de esas cosas, pero ella pensaba que su marido estaba equivocado. Que la verdad era que Hitler había elegido Núremberg, porque durante un tiempo, esta ciudad había sido la capital del Sacro Imperio Romano Germánico. Lo mismo que aquel día en Viena, cuando Harald les contó la extraña salida nocturna de Hitler y cómo él mismo había sido testigo del saqueo del palacio del Hofburg. El empeño de Hitler con hacerse con las reliquias sagradas del viejo Imperio.

Los deseos de Helga, de un rápido fin de la guerra en Europa, dieron esa misma tarde un paso atrás. Mientras Kurt y ella cenaban en silencio, en la soledad del salón de su casa de Dahlem, un locutor de la Radio del Reich retransmitía desde la Piazza Venecia de Roma el discurso de *Il Duce*, Benito Mussolini, en el que anunciaba al mundo que Italia entraba en la guerra al lado de Alemania. La guerra en Europa era ya generalizada. Y estaba el asunto de los Estados Unidos, que en cualquier momento podían anunciar el fin de su neutralidad y decidirse a entrar en la guerra al lado de sus tradicionales aliados, los ingleses. Entonces, la guerra europea sería ya mundial.

Y ella, con dos hijos de uniforme.

---

\* \* \*

---

Aquella mañana, Kurt y Hans no cogieron el ómnibus para dirigirse a la estación de Anhalter, como hacían habitualmente, sino el tranvía, el mismo tranvía que trasladaba todos los días a Kurt hasta su oficina de la DAF. Hans permaneció todo el trayecto en silencio, mientras contemplaba las escenas típicas de la tranquila mañana berlinesa. Pensaba. Lo embargaba un sentimiento agridulce. Por un lado estaba muy contento, era el momento de perfeccionar su cuerpo y su mente. Sabía que participaría en largas marchas de supervivencia, tendría su primer contacto con las armas, participaría en juegos de guerra, se le exigiría sufrimiento y disciplina. Pero a él todo eso le gustaba, lo resistiría sin problemas. Pero por otro lado, estaba también un poco nervioso, porque era la primera vez que viajaba sin la protección de sus padres. Pero tenía la

certeza, que en cuanto estuviera en el tren y los chicos de las Juventudes empezaran a entonar sus cantos de desafío, se olvidaría de ese detalle. Pero lo que realmente le disgustaba, lo que hacía que la felicidad no fuera plena, era que sus dos mejores amigos no asistirían a la acampada con él, ni Heinz, ni Rudi. Heinz, porque su padre, que era funcionario de la DAF como Kurt, había conseguido a través de la *KdF* una pequeña casa de campo en Lorrach, en la Selva Negra, para pasar parte del verano. En cuanto a Rudi, esa era otra historia. Como las acampadas de las Juventudes Hitlerianas no eran obligatorias, los padres de Rudi habían alegado que el chico estaba «indispuesto» para que no acudiera. Hans sabía que era mentira, que Rudi estaba bien. Pero sus padres, los «católicos», se lo prohibieron cuando se enteraron que la acampada era mixta, que acudirían chicas de la BDM. Y además, porque no querían que Rudi siguiera con su formación nacionalsocialista. Rudi le comunicó a Hans, llorando, que no asistiría a la acampada. Estaba muy enfadado con sus padres. Le dijo a Hans, que a veces pensaba que lo mejor sería denunciarlos, bien ante los instructores de las Juventudes o directamente en la oficina de la Gestapo, para que se los llevaran y los deportaran como a los judíos. Pero Rudi tenía miedo de quedarse solo. Rudi era de un pueblecito de Westfalia, no tenía más familia que sus padres en Berlín, y suponía que si quedaba solo, lo mandarían allí al cuidado de sus tíos. Ese fue también el motivo, por el que el propio Hans no denunció a Artur y Magda Rausch, los padres de Rudi.

Llegaron a la estación. En aquellos días, con el frente occidental viviendo sus batallas decisivas, cualquiera de las estaciones de trenes de Berlín era un manicomio. Cientos de personas de aquí para allá, ajetreados, subiendo a los trenes que partían hacia cualquier punto del Reich, o descendiendo de los trenes que llegaban desde cualquier punto del Reich, o simplemente sentados en los bancos, o en el suelo, esperando que llegaran sus trenes. Había también soldados, muchos soldados, de todos los cuerpos: de la Wehrmacht, de la Luftwaffe, de las SS, e incluso de la Kriegsmarine. Pero ellos cogían otros trenes, trenes especiales, trenes con otro destino. Con destino a sus bases, o los más, con destino a los frentes.

Hans y su padre llegaron con mucho adelanto, como era costumbre en ellos. Todavía no se veía a ninguno de sus compañeros de acampada. El chico dejó en el suelo su mochila, preparada con todo lo que le habían indicado en la sede de las Juventudes que debía llevar, y se sentó encima de ella. Llevaba el uniforme de verano, el conocido uniforme con pantalones cortos. Mientras esperaban, Hans se fijó en algo. En un tren, en un tren en concreto. Estaba situado en la última vía. Era un tren distinto a todos los demás, un tren diferente, un tren siniestro. Desde que era pequeño, a Hans le gustaban mucho los trenes, pero ese tren no. Ese tren tenía algo... era un tren triste. El tren más triste que Hans Petersen hubiese visto en su vida. Era un tren de mercancías, tenía todas las ventanas cerradas herméticamente y estaba

custodiado por soldados de las SS, soldados del conocido *Batallón de la Calavera*. Hans observó que por una puerta lateral, apartados del resto de la estación, comenzaban a entrar un tropel de personas. Eran hombres y mujeres, niños y niñas. Ancianos. Caminaban muy juntos, casi tropezando entre ellos. Los SS del *Batallón de la Calavera* los hacían subir al tren, dando fuertes gritos y empujándolos con sus fusiles. Los perros doberman que llevaban los SS daban grandes ladridos. A los SS les costaba contenerlos, tiraban muy fuerte de las cadenas asidas a sus cuellos para que los perros no se abalanzaran sobre ellos. Algunas de las personas, sobre todo ancianos, caían sobre el andén. Entonces los SS los hacían levantar dándoles fuertes puntapiés o golpeándolos con los fusiles. Hans alzó la vista y miró a su padre:

—¿Son judíos, verdad papá?

—Sí, hijo. Son judíos —contestó Kurt.

—¿Y a dónde los llevan?

—Al Este, Hans. A Polonia. Allí los están realojando a todos, hijo, para que no nos molesten, ni nos hagan daño. Allí podrán vivir tranquilos su vida, sin molestar a nadie, ni ser molestados.

La deportación de judíos berlineses comenzó muy poco después de la caída de Polonia y se prolongó durante toda la guerra. En un principio, los judíos fueron alojados en los terroríficos ghettos de Varsovia, Cracovia o Lublín, en el Gobierno General, que dirigía con mano de hierro uno de los más infames «gobernadores» nazis, Hans Frank. Como todo el mundo sabe, después de la conferencia de Gross Wannsee del 20 de enero de 1942, en la que se decidió la «*solución final* al problema judío», el destino de los judíos deportados fueron los tristemente célebres campos de exterminio. Ese fue el lugar donde las autoridades nazis los realojaron. Una de las mayores muestras de cinismo de la historia.

Mientras Hans contemplaba esa escena, recordó algo que había sucedido unos meses antes, al final del invierno. Cuando Hans, Heinz, Rudi y Silke hacían su recorrido matinal de la colecta de ayuda invernal, vieron cómo unos hombres se llevaban al doctor Weizmann y a su esposa. Un coche negro de la Gestapo con dos hombres dentro esperaba en la puerta de su domicilio. Otros dos hombres descendían por las escaleras llevando al doctor Weizmann y a su mujer del brazo. Estos llevaban en sus manos unos pequeños atillos. Entonces, el doctor Weizmann se detuvo y los miró. Miró a los cuatro niños allí parados, con sus uniformes y sus grandes huchas, que contemplaban la escena al pie de la escalinata. Hans no supo entender esa mirada. No supo leerla. O no pudo. Heinz se adelantó y se situó al lado de Hans. Los dos niños se miraron. Desviaron su mirada del doctor Weizmann y mirando a los hombres de la Gestapo, alzaron sus brazos y gritaron:

—*Sieg Heil!*

Los hombres de la Gestapo sonrieron a los niños, mientras le decían al doctor:

—Venga, Weizmann. Camina.

El doctor Weizmann y su mujer, junto a los dos hombres de la Gestapo, subieron al coche. Entonces, Rudi preguntó:

—¿A dónde los llevan?

—No lo sé, Rudi. Y no nos importa. Son gente malvada, como los comunistas. Acuérdate lo que nos decía Herr Fritz, lo que nos dicen nuestros instructores. Y sobre todo, lo que nos dice nuestro Führer —contestó Hans.

Rudi contestó:

—Mi padre no dice eso. Dice que los judíos son gente normal, como nosotros, sólo que...

Rudi no terminó la frase. Heinz se giró hacia él y le lanzó una mirada colérica:

—Cállate, Rudi. Tu padre es un católico. Cree en la compasión y en todas esas tonterías cristianas. ¿Qué quieres que diga?

—Pues mi padre dice que todo lo que nos enseñó Herr Fritz es verdad. Que los judíos son la gente más malvada del mundo, más incluso que los comunistas. Dice que el Führer sólo nos está protegiendo, evitando que en un futuro puedan hacernos daño —dijo Silke.

Hans continuaba con la mirada clavada en el coche. Antes de que este arrancara, el doctor Weizmann se giró y desde el interior del coche, a través del cristal, volvió a mirar a los niños. Con la misma mirada de antes. La mirada que Hans no comprendía, la mirada que Hans no podía leer. ¿Era una mirada de compasión? ¿De compasión por ellos? Hans no apartó la mirada de los ojos de Weizmann. Y le sonrió. Con su sonrisa más firme, más serena. Con su sonrisa más diabólica.

El coche arrancó. El doctor Weizmann continuaba mirando a los niños, pero ahora, su mirada había cambiado. Esa mirada sí que la comprendía Hans. Esa mirada sí que sabía leerla. Era una mirada de sorpresa.

Hans se volvió hacia sus tres compañeros. Y con la misma sonrisa en su rostro, les dijo:

—Como os he dicho, eso a nosotros no nos importa. Volvamos a lo nuestro. Aún nos quedan muchas casas que visitar. Ah, por cierto. Silke Bauer, muy bien. Rudi Rausch, muy mal.

Silke esbozó una amplia sonrisa, como si estuviera muy satisfecha de ella misma. Rudi intentó decir algo, pero sólo le salió un balbuceo.

---

\* \* \*

---

Los compañeros de acampada de Hans comenzaron a llegar. Eran de todos los distritos de Berlín, una legión de pequeños uniformados. Era una acampada conjunta para miembros del *Jungvolk* y de la *Jungmadel*. Chicos y chicas de entre diez y

catorce años. Iban también los instructores, veteranos de las Juventudes Hitlerianas y de la BDM. Y además, los miembros del Servicio de Patrulla, que velarían por la seguridad de todos. Aunque Hans conocía a muchos de los chicos que participaban en la acampada, enseguida se juntó con Silke, la única de su grupo de la colecta de ayuda invernal que asistía al campamento. Hans vio también que una de las instructoras era Astrid, la joven a la que según Heinz, se habían «follado» todos los jóvenes de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem, y que ahora, soñaban con imitarlos todos los niños del *Jungvolk*. El mito sexual de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem. Su Zara Leander particular. Astrid iba sin su novio, Karl, el hermano de Heinz. Este había sido reclutado por la Wehrmacht y ahora, al igual que Harald, servía en Francia.

Los chicos y las chicas subieron al tren. Viajarían hasta Magdeburgo, y una vez allí, unos camiones de las Juventudes Hitlerianas los trasladarían hasta un bosque en las montañas del Harz donde instalarían el campamento. El macizo del Harz era una extensa zona de bosques situada al sur de Berlín, en Magdeburgo-Anhalt. El Harz había sido tradicionalmente un lugar misterioso, enigmático, cobijo de mitos y leyendas. Allí se encontraba el monte Brocken, guarida de espectros, el *Teufelsmauer*, el «muro del diablo» y la *Hexentanzplatz*, la «plaza del valle de las brujas», un lugar vinculado a Goethe, ya que se decía, que en ese lugar estaba ambientada la famosa escena de la noche de *Walpurgis*, en *Fausto*.

El tren partió. Hans, como otros muchos niños, se asomó por la ventanilla y se despidió de su padre, agitando la mano. Su padre, una figura que iba quedando atrás, haciéndose cada vez más pequeña. Para Hans Petersen comenzaba una experiencia fundamental en su vida. Durante veinte días, Hans iba a seguir su formación como soldado, a endurecer su cuerpo, su mente, su compromiso con el nacionalsocialismo. Durante esos veinte días, Hans Petersen celebraría un solsticio, el de la llegada del verano, participaría en un ritual de sangre y, por primera vez en su vida, tendría la oportunidad de mirar directamente a los ojos de su majestad la muerte.

---

\* \* \*

---

La acampada. El campamento estaba instalado en un claro del bosque. Lo atravesaba un pequeño arroyo, que partía de un río tumultuoso, turbulento, un río salvaje de alta montaña, un afluente del río Ilse. Pese a estar en el mes de junio, por el río bajaba un agua muy fría, casi gélida. Las tiendas de campaña se instalaron a ambos lados del arroyo, a la derecha las de los chicos del *Jungvolk*, a la izquierda las de las chicas de la *Jungmädel*. Siguiendo las órdenes de los instructores, alinearon las tiendas de forma tal, que vistas desde unas pequeñas colinas que había detrás del campamento, todo él, tenía una simetría perfecta. Detrás de estas colinas, a ambos lados del campamento, se extendía un gigantesco bosque de piáceas. En el centro del bosque se

dispuso una zona para el fuego, así como los mástiles donde ondearían las banderas. Todo el campamento estaba vallado y custodiado por miembros del Servicio de Patrulla, que hacían las guardias junto a chicos de refuerzo del *Jungvolk*, estos elegidos de forma rotatoria. La atmósfera que invadía el campamento desde el primer momento estaba totalmente militarizada. De esta manera, para entrar y salir del campamento había que conocer un santo y seña, que se cambiaba todos los días y que se decía a los chicos una sola vez. Se habilitaron también zonas para los ejercicios gimnásticos, de tiro y las clases de doctrina política.

Hans ocupó una tienda con otros cuatro chicos. Se distribuían por edades, así, en la tienda de Hans, él era el más pequeño con diez años, y los demás tenían once, doce, trece y catorce respectivamente. Los instructores disponían de tiendas propias separadas del resto. Los miembros del Servicio de Patrulla y los chicos que hacían de refuerzo se encontraban en la tienda más grande, que simulaba un pequeño cuerpo de guardia, y que enseguida se convirtió en muy popular, ya que allí, además de una centralita para los radiotelegrafistas, se conectaba una «radio del pueblo» a un equipo electrógeno propio, con lo cual, los chicos podían seguir los acontecimientos de esos días de guerra. Aunque las actividades lo tenían ocupado casi todo el día, Hans se acercaba al puesto de guardia del Servicio de Patrulla, siempre que tenía un rato libre, y seguía los acontecimientos del frente como lo hacía en la radio que tenía en el salón de su casa de Dahlem. Desde allí pudo seguir el 14 de junio, la caída de París y la entrada triunfal en la ciudad del XVIII Ejército del general Von Kuechler. Hans y otros chicos lloraron de alegría cuando escucharon de boca de un corresponsal de la Radio del Reich, que la bandera con la esvástica ondeaba sobre la torre Eiffel. Después, todos corearon la marcha *Centinela del Rin*, que la Radio del Reich había utilizado como sintonía para cerrar sus boletines informativos sobre la campaña francesa. La Radio del Reich utilizaría esas marchas y canciones patrióticas durante toda la guerra, así, para la campaña de bombardeos sobre Inglaterra se utilizaría *Marchamos contra Inglaterra*. El día 21 escucharon absortos el relato de la firma del armisticio entre Francia y Alemania en el bosque de Compiègne, en el mismo lugar, donde en 1918 los ejércitos del Kaiser habían firmado su rendición, comenzando para Alemania la humillante época del Tratado de Versalles. Ahora, el Führer había hecho beber a los franceses el amargo cáliz de la humillación y la derrota. Nunca más los franceses podrían mirar a los alemanes por encima del hombro, es más, Francia les pertenecía. Y media Europa también. Austria, Checoslovaquia, Polonia, Dinamarca, Noruega, Luxemburgo, Holanda, Bélgica, Francia, todos esos países formaban ahora parte de lo que los británicos llamaban la «Europa ocupada», y que para Hans Petersen y sus compañeros de acampada era el «Gran Reich». Hans sabía que el próximo objetivo era Inglaterra. La pérfida Albion temblaba ahora de miedo ante la avalancha de fuego y destrucción que sembraban a su paso los ejércitos del Tercer

Reich. Hans había estudiado muy bien en su mapa la geografía británica y le gustaba pensar por dónde se iniciaría la invasión. Hans estaba convencido, y no se equivocó, que lo primero sería una gran campaña de bombardeos aéreos, la «tormenta de fuego» de la Luftwaffe, que alcanzó su apogeo con el *Adlertag*, el «día del águila». En pocos días, Londres, Manchester, Liverpool, Glasgow, serían víctimas de los bombardeos, pasto de las llamas. Pero lo que Hans y todo el mundo desconocían, en aquel final de la primavera de 1940, era que lo que se conoció como «la batalla de Inglaterra» no terminaría de forma tan satisfactoria para el Tercer Reich y su líder Adolf Hitler como la campaña francesa. Ni mucho menos.

En ese mismo cuerpo de guardia, los chicos de las Juventudes tenían que depositar las cartas que dirigían a sus familias. Pero eso sí, tenían que depositarlas abiertas, ya que los instructores tenían la orden de leerlas y censurarlas, por si en alguna de ellas se revelaba algo «no conveniente». Nunca se censuró una carta de Hans. Es más, era tan positivo todo lo que Hans contaba en ellas sobre sus experiencias en el campamento y en las Juventudes, que algún instructor llegaría a comentar que esas cartas hubieran emocionado al propio Führer.

La jornada en el campamento comenzaba con el toque de diana. Entonces, todos los chicos tenían que salir de sus tiendas y formar en ropa interior a ambos lados del arroyo. Los chicos llevaban una camiseta de tirantes y un calzoncillo blanco. Las chicas, una blusa de tirantes y unas bragas también blancas. Sobre el pecho, llevaban una figura romboidal con los colores rojo y blanco y una pequeña cruz esvástica negra. El emblema de las Juventudes Hitlerianas.

Los instructores vestían ya el uniforme de acampada. Cuando los instructores lo ordenaban, les hacían romper las filas, correr hacia el río y arrojarse a él. Hans nunca pudo comprender cómo estando a las puertas del verano, en el mes de junio, las aguas de aquel río pudieran estar tan frías. Ni siendo sólo un río, cubrir tanto. En aquel río, el agua llegaba casi hasta el pecho a los chicos más altos, y a los chicos más bajos como él, hasta el cuello. Cuando algún chico o alguna chica querían salir del río por no poder resistirlo, los instructores los reprendían y volvían a arrojarlos al río. A Hans todo aquello no le sorprendió. Recordaba, que en una ocasión, Harald les contó a él y a sus padres, que cuando era recluta en las SS solían introducirlo en grandes cubos de agua con hielo. Con todo eso, se pretendía fortalecer el cuerpo y poner a prueba la capacidad de resistencia de todos ellos. Hans Petersen nunca fue reprendido por los instructores, ni fue arrojado por ellos al río. Hans era uno de los últimos chicos en salir del río. Incluso pensaba, que si lo hubieran sometido a esa prueba extrema que hacían en las SS, también la hubiera resistido. Resistiría cualquier cosa que fuese necesaria para convertirse en un soldado. En el mejor de todos ellos.

Durante toda su estancia en el campamento, Hans se preocupó especialmente por Silke. Se sentía en la obligación de cuidar de ella y además, la presencia de Silke le

recordaba constantemente a sus mejores amigos y camaradas: Heinz y Rudi. El primer día que los obligaron a lanzarse al río, Hans buscó con su mirada continuamente a Silke y la tuvo controlada en todo momento. Cuando salieron del río se acercó a ella. Silke estaba tiritando en la orilla, intentaba disimular los temblores apretando muy fuerte los brazos contra su cuerpo. Su piel, muy blanca, estaba completamente roja, como en carne viva. Hans le dijo:

—Tranquila Silke, esto lo hacen para que nuestros cuerpos se hagan fuertes, se endurezcan. Tú no te preocupes por nada, lo estás haciendo muy bien. Si necesitas algo, localízame donde esté, yo acudiré en tu ayuda. Somos camaradas, Silke. Nunca lo olvides.

La chica forzó una sonrisa e intentó decirle una palabra de agradecimiento. Pero sólo un sonido ininteligible salió de su boca.

Hans sabía que para muchos chicos y muchas chicas, aquel era uno de los peores momentos del día, y no sólo por sus inmersiones en ese gélido y turbulento río, sino también por la vergüenza ante la desnudez. Normalmente se arrojaban al río en ropa interior, pero algunos días también lo tuvieron que hacer desnudos. A Hans eso nunca le importó. Nunca sintió pudor ni vergüenza por la desnudez de su cuerpo, ni por la de ningún compañero. Él reconocía que eran cuerpos aún en formación, eso era cierto, pero estaba convencido que serían los cuerpos perfectos del mañana. Una tarde, Hans tuvo con Silke una conversación sobre ese asunto. La chica estaba muy triste, sola, sentada sobre una piedra, escribiendo algo con una rama en la tierra. Hans se sentó a su lado. Le costó mucho sacarle a la chica lo que le pasaba. Hasta que aludió al pacto que tenían los cuatro: nunca habría secretos entre ellos, eso equivaldría a romper su juramento. Entonces la chica, sin mirarlo, le dijo:

—Siento vergüenza, Hans. Siento vergüenza todas las mañanas cuando tenemos que lanzarnos al río. Tengo vergüenza porque los otros chicos y las otras chicas tengan que verme desnuda. Sabes, hasta que vine aquí, sólo me había desnudado delante de mi madre.

Silke Bauer lo miró entonces directamente y le dijo:

—Siento vergüenza porque me veas tú.

—No tienes que hacerlo Silke. No tienes que avergonzarte de nada. La vergüenza ante la desnudez no es un rasgo de nuestro pueblo. La vergüenza ante la desnudez es cosa de los cristianos, como los padres de Rudi. Sabes Silke, su dios se avergüenza del ser humano, del hombre, de la obra absoluta de la creación, de la naturaleza. Pero nuestros dioses, no. ¿Te acuerdas del libro de mitos germánicos de Herr Fritz? ¿O del libro de mitología germánica que tenemos en nuestra sede de Dahlem? Nuestros dioses y nuestros antepasados no sentían vergüenza ante la desnudez, todo lo contrario. Ellos caminaban desnudos por el mundo. ¿Tú crees que se puede sentir vergüenza por mostrar el cuerpo humano, Silke? ¿Se puede sentir vergüenza de la



desnudez de los tilos en invierno? ¿O de las aguas turbulentas de ese río salvaje?

La chica sonrió. Le dijo a Hans que ya se sentía mejor, que le había sido de gran ayuda. Y que procuraría no volver a sentir vergüenza de su desnudez. Pero antes de que se marchara, le hizo una pregunta:

—Hans, todas esas cosas que dices... ¿De verdad crees en ellas?

—Claro, Silke. ¿Cómo sino las iba a decir?

—A mí me gustaría ser como tú, Hans, tener tu determinación, poder ser yo la que dijera esas cosas. Siempre te he admirado por eso, y se que Heinz y Rudi también lo hacen. Sabes, a menudo tengo miedo de defraudarte. De no estar a la altura...

—Tú nunca me defraudarás, Silke. Ni Heinz ni Rudi tampoco. ¿Somos camaradas, no? Los camaradas no se defraudan, Silke. Así nos lo han enseñado.

---

\* \* \*

---

Una vez vestidos, arreglados y perfectamente uniformados, volvían a formar. Entonces, después de que los instructores pasaran una revisión en profundidad, llegaba uno de los momentos más importantes del día: el izado de banderas. Cuatro miembros del Servicio de Patrulla participaban en el izado de banderas, dos de ellos portaban en sus manos las enseñas. Se colocaba cada uno a ambos lados del mástil, enganchaban las banderas en sus cinchas y comenzaban a izarlas. A la izquierda, la bandera del Reich, a la derecha, la bandera de las Juventudes Hitlerianas. Entonces, todos entonaban sus himnos sagrados: el *Deutschlandlied* y el *Horst Wessel Lied*. Esta ceremonia la repetían también todas las noches, cuando las últimas luces del día daban paso a las sombras. Entonces, las banderas eran arriadas y guardadas hasta la mañana siguiente en la tienda del Servicio de Patrulla, custodiadas toda la noche por un chico encargado de ello.

Después del izado de banderas, comenzaban las actividades propiamente dichas. Estas variaban según el día. Unos días, por ejemplo, hacían ejercicios de gimnasia y abluciones. Hans destacó rápidamente en estos por su entrega y esfuerzo. Daba la sensación de que lo hacía todo de una manera sencilla, como si nada le costara trabajo. Nunca un instructor le tuvo que llamar la atención, al revés, siempre lo ponían de ejemplo, siempre les decían a los demás que tenían que trabajar como él. Otros días, tenían lugar los juegos de reconocimiento o los ejercicios de exploración. Aquí se desataba una fuerte rivalidad entre los muchachos, porque solían hacerlo en grupos de ocho o diez, dividiendo así a todos los chicos participantes en la acampada. Solían cargar pesadas mochilas con las provisiones para todo el día, dado que las marchas terminaban por la noche. Se introducían en el interior del bosque, trepaban por escarpadas montañas, en todo momento solos y con la única orientación de un mapa o una brújula. En otra cosa donde destacó Hans. Pese a ser de los más

pequeños, rápidamente se convirtió en el portador de la brújula. Hans tenía un gran sentido de la orientación, algo que había heredado de su padre.

Las sesiones de tiro con armas cortas eran las favoritas de Hans. Tenía una gran puntería, aunque aquí era ampliamente superado por chicos que tenían más experiencia en su manejo. Pero esto no lo acomplejó o lo hizo sentir inferior, al revés. Hans se fijaba en ellos, les pedía ayuda para poder afinar su puntería y cuando conseguía acercarse a sus resultados, lo celebraba como si hubiera conseguido un triunfo en un duelo deportivo. Durante estas sesiones, se les inculcaban también otros conocimientos militares. Por ejemplo, una mañana se les inició en el uso de granadas sin explosivo, otra en el manejo de las armas antitanque, el famoso Panzerfaust, el que, muchos años más tarde, en las entrañas del infierno, se convertiría en su espada *Balmung* con la que combatiría a un dragón que no se llamaría *Faffner*. Un dragón que llevaría por nombre T-42.

Mientras los chicos realizaban todas estas tareas, las chicas perfeccionaban su cuerpo en sesiones de gimnasia en el claro del bosque, junto al arroyo. Eran ejercicios de coordinación, con aros, pelotas o mazas. Antes de acabar el campamento, realizaron una exhibición que dejó a los chicos boquiabiertos. Realizaran el ejercicio que realizaran, todas lo hacían a la vez, como si fueran una sola.

La jornada terminaba para todos ellos por la noche, ante el fuego del campamento. Allí los chicos de las Juventudes entonaban sus himnos patrióticos, sus canciones de desafío. Allí fue donde Hans comenzó a tocar su armónica. Unas semanas antes de partir hacia el campamento, Kurt llevó a su hijo al centro. En una tienda de artículos musicales, cerca de la Kaiserdamm, Kurt le compró la armónica. Era una *Heinz* fabricada en Wiesbaden. En realidad, Hans creía que su padre le iba a comprar el tambor. Él estaba mirando unos de esos grandes tambores cuando su padre se acercó por detrás y le entregó una bonita caja de terciopelo verde que contenía la armónica.

—Ya sé que no es como el tambor, hijo, pero podrás tocarla por la noche cuando os sentéis alrededor del fuego.

A Hans le hizo mucha ilusión. Comenzó a tocarla en su casa y en la sede de las Juventudes. Aprendió a tocar perfectamente el *Deutschlandlied* y la canción de Horst Wessel. En el campamento las tocaba todas las noches. Pero curiosamente, todas esas noches, los chicos le pedían que tocara otra canción. La misma canción con la que la Radio del Reich despedía su programación tras el último parte de guerra. *Otro hermoso día llega a su fin*. Y así sucedió noche tras noche. Y quizás fuera, porque en aquel final de la primavera de 1940, en aquel bosque mágico de la cordillera del Harz, cada noche, cuando Hans interpretaba dulcemente los tristes acordes de la canción que había popularizado Maria Von Schmedes, para todos esos chicos, la armónica de Hans Petersen ponía el punto y final a otro hermoso día.

Algunas tardes, antes de que las banderas fueran arriadas, todos los miembros del *Jungvolk* y de las *Jungmädel* se sentaban en círculo sobre la hierba para recibir su clase de doctrina política. Los instructores colocaban una pizarra en el centro, desde donde daban las clases a los chicos. La clase de doctrina política que se inculcaba a los niños de las Juventudes era muy variada, pero no muy profunda. En algunas ocasiones, el instructor se limitaba a leer frases del *Mein Kampf*, al que Hans siempre llamaba el libro del Führer, y luego, todos los chicos las comentaban. Para la mayoría de ellos, este era su primer acercamiento a la que se denominaba la «biblia del nacionalsocialismo», un libro que solía resultar complejo y difícil para los adultos, y casi incomprensible para los adolescentes y los niños. Era por eso, que normalmente los instructores sólo leían pasajes de la vida del Führer y opiniones sobre el antisemitismo. La propaganda política era habitual en esas clases: los judíos eran los enemigos del Reich, el bolchevismo era la ideología de los seres inferiores, etc. Otros días les hablaban de las Juventudes, de su labor dentro del Estado, de la historia de sus mártires; se les adoctrinaba en cómo propagar el mensaje del nacionalsocialismo entre los dudosos y los tibios, cómo distinguir a los enemigos camuflados entre los cuadros de las Juventudes, y cómo vigilar a los padres para que estos no pusieran en riesgo a toda la familia. Esta parte era la que menos le gustaba a Hans, porque le recordaba a su madre. En muchas ocasiones, Hans había pensado que su madre era una egoísta, que ponía en riesgo el trabajo de su padre en el partido, la carrera de Harald en las SS y la suya en las Juventudes Hitlerianas. Cosas como no saludar al estilo nazi, no celebrar los triunfos del ejército, no respetar los himnos, por no hablar de esas estúpidas salidas todas las tardes a la iglesia, con la no menos estúpida de la madre de Rudi. Hans no paraba de preguntarse qué buscaban Helga y Magda en aquella antigua y destartalada iglesia, entre viejas cruces y santos de escayola. ¿Es que no les bastaba con todo lo que el partido le estaba ofreciendo al pueblo alemán? Si lo que querían eran cruces, ¿no les bastaba con la adoración de la esvástica, que había traído la liberación a Alemania? Y si querían templos, ¿había algún templo mayor en el mundo que ese bosque donde ellos se encontraban? ¿Existía algún templo mayor que la propia naturaleza?

Sin duda, las clases que más le gustaban a Hans y de las que más disfrutaba, eran las clases sobre mitología germánica y viejas tradiciones. Hans ya conocía todas las viejas leyendas, pero seguía estremeciéndose cuando escuchaba hablar de los viejos mitos, de los dioses, de los héroes. Wotan, Sigfrido, Brunilda, el Valhalla, las valkirias. Hans se emocionó cuando un instructor leyó los poemas de Herman Löns, y el capítulo que trataba sobre el baño de sangre en el río Auer. Pero lo que realmente llegó a entusiasmar a Hans, fue el día en que les dieron la clase sobre las runas. Hans sabía, que las runas habían sido el lenguaje escrito de sus antepasados, y quería

retenerlas todas, recordar cómo eran, para así, dibujarlas cuando llegara a casa y escribir al lado del dibujo su significado. Hans tenía una gran memoria e ideó un método para no olvidar esa clase. Todas las noches, en el interior de la tienda de campaña, mientras sus compañeros dormían, Hans repasaba mentalmente el trazo de las runas, sus líneas, sus formas, y recordaba su significado:

La *Hakenkreuz*, cruz gamada o esvástica, símbolo germánico de *Donner*, el dios de los aventureros.

La *Sonnenrad*, la esvástica con forma de rueda solar, la antigua representación del sol, el dios creador de la naturaleza.

La runa *Siegel* o *Siegrune*, símbolo de la victoria.

La runa de *Ger*, símbolo del espíritu comunitario.

El *Wolfsangel* o gancho del lobo, símbolo de la libertad y la independencia.

La runa de *Opfer*, símbolo de la abnegación y el sacrificio.

La runa *Eif*, símbolo del celo y el entusiasmo.

La runa *Leben*, símbolo de la vida.

La runa *Toten*, símbolo de la muerte.

La runa de *Tyr*, símbolo del dios Tyr, el dios de la guerra, simbolizaba el liderazgo en la batalla.

Los *Heilszeichen*, símbolo de la prosperidad y la buena suerte.

La runa *Hagal*, símbolo de la fe imperturbable.

La runa *Odal*, símbolo de la reunión de las personas con sangre en común.

La runa *Sigel* dentro de un triángulo, símbolo de la vida eterna.

La *Esvástica* dentro de un cuadrado, símbolo del recorrido del sol y la fertilidad.

La runa *Gibor*, símbolo de la transmisión de las ideas al propio descendiente. Simbolizaba la armonía con la eternidad.

Los *Heilszeichen* dentro de un círculo, esta era la runa favorita de Hans. El círculo significa la divinidad de la naturaleza que forjó el espíritu humano. Es el círculo de la vida. Los *Heilszeichen* en su interior significan que no debe de existir el miedo a la muerte, porque todo el que muere en el nombre del *Volk* será recordado para siempre.

La runa *Hagal* dentro de un hexágono, esta abarca todo el poder de las runas. Significa que el que cree en uno mismo se convierte en el amo de todo.

Todas las noches el sueño le vencía, mientras recordaba una a una toda la saga de runas. Hans consiguió recordar cada una de sus formas y de su significado. Cuando regresó a Dahlem, las dibujó y las guardó en su carpeta de dibujo. Porque había algo más. Había algo especial, un secreto, un secreto que Hans no quería compartir con nadie. Años atrás, él había visto esas runas. Las había visto en sueños, grabadas en el cuerpo de un ser, un ser que él solía dibujar. Un ser que parecía una chica, pero que no lo era. Un ser que se parecía a Kara, la valquiria que tenía en un cuadro sobre la

cabecera de su cama, pero que no era ella. Porque era una Valkiria de verdad. Porque había soñado con una valkiria de verdad. La última vez que Hans soñó con ella, fue la noche en que comenzó la guerra, casi un año antes. Desde entonces, no había vuelto a hacerlo. Hans lo deseaba, le gustaban esos sueños. Disfrutaba con ellos. Y pese a que la valkiria y el lobo no habían regresado a sus sueños, Hans no perdía la esperanza de que un día esos sueños regresaran. Y ahora, él conocía el significado de las runas y podría descifrar el código grabado en el cuerpo de la valkiria. Porque Hans sabía muy bien lo que encontraría allí, si conseguía descifrar ese código indescifrable, lo sabía muy bien. Sí, lo sabía muy bien.

---

\* \* \*

---

Durante todos los días que permanecieron en el campamento, se reservaban unas horas determinadas para preparar la ceremonia de la noche del solsticio. Los chicos que tocaban los tambores, ensayaban con ellos en la orilla del río. Los que como Hans, portarían las antorchas, ensayaban en las colinas que se encontraban a un lado del campamento. Ellos, con sus antorchas, debían construir una gran esvástica que giraría en la forma en que lo hacen las ruedas solares. De hecho, aquella noche, las Juventudes Hitlerianas iban a rendir un homenaje al sol.

Durante todo el día del solsticio, los chicos estuvieron transportando hasta el campamento grandes troncos y ramas, que se emplearían para construir la gran hoguera que ardería esa noche. En el centro del campamento, donde se instalaría la hoguera, habían construido un gran cuadrado con piedras, que las chicas de la *Jungmädel* se encargarían de pintar con cal. Esa tarde, los chicos del Servicio de Patrulla descargaron de un camión, que había llegado desde Berlín, grandes focos, parecidos a los que Hans había visto con su padre en Núremberg, cuando Albert Speer creó ese efecto conocido como «catedral de luz». En el mismo camión, se encontraban las banderas y los estandartes de todas las agrupaciones que participaban en la acampada, y que se habían traído hasta ese inhóspito lugar en las montañas del Harz desde cada una de las sedes de las Juventudes.

A media tarde, Hans estaba sentado a la orilla del arroyo sacando brillo a las botas que luciría esa noche en el desfile. Se había levantado un viento extraño y grandes nubes rojas habían cubierto el cielo. Hans levantó su mirada hacia las nubes, cuando la vio. Al otro lado del arroyo estaba Astrid, la novia de Karl, el hermano de Heinz. Estaba parada, frente a él, con los brazos en jarra. Y lo estaba observando con una sonrisa en la boca.

Hans bajó la cabeza y siguió sacando brillo a sus botas. Astrid cruzó el arroyo y llegó a su lado. Sin decir nada, se sentó junto a él.

Una ráfaga de olor a lilas llegó hasta Hans. Supuso que era el perfume de la

joven. Astrid juntó sus piernas y las rodeó con sus brazos. Clavó su mirada en el horizonte, en las nubes rojas que cubrían el cielo. Permanecieron así un buen rato, sin mirarse, sin hablarse, sin dirigirse la palabra. Hans Petersen concentrado en sus botas. Astrid Müller concentrada en el cielo. Hasta que la joven dijo:

—¿Has visto el cielo, Hans Petersen? Es un cielo extraño, nunca antes lo había visto así. Mira las nubes, las nubes rojas. Parece que transporten fuego. Y ese resplandor... es como si hubiéramos encendido ya las hogueras...

Hans elevó su mirada hacia el cielo. La chica tenía razón, no eran sólo las nubes, era todo el cielo el que estaba inyectado en fuego, como si un gigantesco incendio estuviera arrasando aquel bosque en el corazón de Alemania.

—Yo conozco ese cielo, Astrid. Es el cielo del lobo.

La joven comenzó a reír, mientras arrojaba la cabeza hacia atrás y se recogía sobre un lado del cuello su rubia cabellera.

—¿El cielo del lobo? ¿De dónde sacas esas cosas, Hans Petersen?

—No lo sé, me surgen —dijo el chico.

Astrid se puso de momento muy seria.

—Esta noche, habíamos pensado que llevaras tú el estandarte de Dahlem, Hans. Te lo mereces, tienes a todo el mundo encantado, todo el mundo te pone de ejemplo, te los has ganado a todos, chico. Es verdad que habría sido la primera vez que un *Jungvolk* habría llevado el estandarte, pero si alguna vez tenía que suceder eso, debería haber sido contigo. Pero se han empeñado en que lo llevemos los instructores y me han elegido a mí.

—Lo entiendo, Astrid. No te preocupes.

Astrid miró firmemente a Hans y le dijo:

—Hans Petersen, el hermano de Harald.

Sin apartarle la mirada, Hans le contestó:

—Astrid Müller, la novia de Karl.

Astrid volvió a reír. Luego dijo en un tono extraño.

—Karl... ahora está en Francia. Sirve en la Wehrmacht.

—Mi hermano también. Él está en las SS.

—¿Las SS? Tu hermano ha llegado lejos, Hans Petersen. Estarás muy orgulloso de él.

—Sí, estoy muy orgulloso de él.

Entonces la chica dijo algo sorprendente. Algo que Hans no se esperaba.

—Sabes, Hans, no te creas todo lo que hayas oído de mí. No todo es verdad.

—Yo no he oído nada de ti, Astrid. Sólo que eres una de las mejores instructoras de la BDM, todo el mundo lo sabe.

La joven se quedó parada. No sabía si el chico le decía la verdad o se estaba riendo de ella. Le iba a decir algo, pero sin embargo, se quedó mirando el rostro de

Hans. Era sorprendente, el niño no apartaba la mirada nunca, no titubeaba, no dejaba impresionarse con nada. Ella estaba acostumbrada a mirar a chicos, chicos como Hans y más mayores, y conseguía que los chicos siempre apartaran la mirada avergonzados o si les decía algo, contestaran temblorosos y balbuceando. Pero aquel chico, no. Aquel chico era distinto, era diferente. Había algo en él... Astrid clavó sus grandes y luminosos ojos azules en los del chico. Los grandes e inquietantes ojos azules de Hans estaban clavados en ella. Y entonces, Astrid dijo:

—¿Nunca te han dicho nada sobre tus ojos, Hans?

—¿De mis ojos? No. Bueno, mi padre dice que los he heredado de mi madre. Pero yo creo que no, ella los tiene como tú, aunque su color es más turquesa...

—Tu madre. Helga Petersen. La conozco, de vista. Una mujer muy guapa, y muy elegante. A mí me cae muy bien tu madre, Hans. Ella es diferente, siempre tan educada, nunca me ha mirado por encima del hombro. No como las otras... pero no me refería al color de tus ojos, me refería a...

—¿Qué les pasa a mis ojos?

—No lo sé. Tienen algo, algo distinto, algo inquietante. Es como un brillo especial, recuerdan... a los ojos del Führer. En el interior de tus ojos arde algo, algo que también arde en los suyos.

La chica se levantó. Otra ráfaga de olor a perfume de lilas llegó hasta Hans. Astrid le lanzó una última sonrisa y siguió su camino.

Hans se quedó mirándola. En ese momento se acordó de sus amigos Heinz y Rudi, ellos hubieran dado cualquier cosa por poder vivir ese momento.

Hans Petersen volvió a mirar al cielo. Sonrió. Hans pensó en lo que había dicho Astrid sobre sus ojos. Posiblemente, la chica tenía razón. En sus ojos ardía algo que también ardía en los ojos del Führer. Algo poderoso. Algo muy poderoso.

La creencia.

Algo tan poderoso, que era capaz de convertir en rojo el cielo de la primera noche del verano.

---

\* \* \*

---

Alrededor de la medianoche, comenzó la celebración del solsticio, el culto al sol. Los chicos de los tambores comenzaron a tocar creando un gran estruendo, un estruendo que se extendía por todo el claro, un estruendo que penetraba en lo más profundo del bosque. Los portadores de las antorchas, entre ellos Hans, formaron un pasillo a través del campamento hasta la gran hoguera, para que entre él, pasaran los estandartes y las banderas.

Astrid Müller abría el desfile portando el estandarte de Dahlem. Astrid llevaba las botas negras de media caña, la falda azul larga, la blusa blanca con el pañuelo

anudado con el lazo de fidelidad, atravesado por la cincha del portaestandarte y el capote negro tradicional de la BDM, que se utilizaba en el invierno y en las grandes ocasiones y que se cerraba con un gran broche dorado donde destacaba la esvástica en negro. Llevaba el pelo recogido en un moño y una corona de flores silvestres sobre su frente. Hans pensó que estaba más guapa que nunca, y volvió a pensar en Heinz y en Rudi. Lamentó que ellos no pudieran verla así. Cuando pasó junto a Hans, la chica le lanzó una mirada. Y le sonrió.

A un lado de la hoguera, formaban los chicos del Servicio de Patrulla, con fusiles. Tres niñas ataviadas con túnicas blancas hicieron su entrada detrás de las banderas y los estandartes. También decoraban su cabeza con pequeñas coronas florales.

En sus manos llevaban tres pequeños recipientes de barro decorados con runas. La primera niña llevaba agua en su recipiente, agua que había sido traída ex profeso desde el Rin. La segunda niña llevaba fuego, el fuego con el que se prendería la hoguera. Y la tercera niña llevaba en su recipiente pétalos de rosa, que simbolizaban la sangre. Esta tercera niña era Silke Bauer. El agua, el fuego y la sangre. Los tres elementos rituales del nacionalsocialismo.

La niña que portaba el fuego se acercó a la hoguera. El trueno de los tambores cesó. La niña levantó el recipiente con el fuego, recitó unas palabras rituales en una lengua que Hans no reconoció y arrojó el recipiente con el fuego a la hoguera.

La hoguera, que previamente había sido rociada con gasolina, prendió como una enorme pira. En ese momento, todos los estandartes y todas las banderas se rindieron, y los chicos del Servicio de Patrulla dispararon sus fusiles hacia el cielo. Doce disparos, doce salvas. Y entonces, las gargantas de los chicos de las Juventudes Hitlerianas rompieron la noche, entonando la canción de Horst Wessel. Y unos cincuenta reflectores, que parecían surgir de las entrañas de la tierra, arrojaron sus haces de luz hacia el cielo, formando sobre todos ellos una pequeña catedral de luz.

Era el mes de junio, plena temporada de acampadas. A esa hora, ese ritual se estaba realizando en los bosques de toda Alemania. Les gustaba llamarse a sí mismos los *Sonnerkind*, los hijos del sol. Y a esa hora, su majestad el sol estaba siendo honrado por sus hijos.

Los tambores y las antorchas comenzaron entonces su procesión. Las antorchas hacia una de las colinas, donde comenzaron a formar dos gigantescas esvásticas de fuego. Los tambores hacia la otra colina, donde tocarían toda la noche, hasta la llegada del alba.

Hans caminaba con su antorcha junto a sus compañeros, mientras miraba a los chicos que tocaban los tambores frente a ellos. Sus siluetas se recortaban contra el cielo rojo, ese cielo al que Hans llamaba «el cielo del lobo». Sus figuras esa noche, pese a su juventud, resultaban imponentes, con sus elegantes movimientos de brazos y sus largos flequillos, que se desprendían sobre sus frentes con cada nuevo redoble.



Mientras, en el claro del bosque, frente a la hoguera, las jóvenes de la Liga de Muchachas danzaban ante el fuego, agitaban su cabello, levantaban sus brazos, se arrojaban al suelo y realizaban elegantes movimientos gimnásticos. Hans pensó, que parecían espíritus emergidos del bosque o del fondo del río. Reinas de la naturaleza. Danzaban ante el fuego, y su danza recordaba a las de las brujas del Harz, a las danzas que estas realizaban las noches del akelarre.

Aquella noche del solsticio de verano de 1940, los ejércitos de Adolf Hitler controlaban la mitad del continente europeo. La bandera de la esvástica ondeaba sobre París. Y en Alemania, en colinas y valles, esvásticas de fuego giraban en la noche, simulando grandes ruedas solares. Y en lo alto de las montañas, los tambores rugían, con el rugido de la tormenta, con el estrépito del trueno. Y mientras tanto, el resto del mundo contenía la respiración.

---

\* \* \*

---

Una noche, cuando sólo faltaban tres días para terminar el campamento, sucedió algo que cambiaría, para siempre, la idílica visión que Hans Petersen tenía sobre el mundo, sobre la vida y sobre su propia existencia.

Esa noche, Hans se despertó cuando escuchó unas voces que parecían provenir de la entrada del campamento. La guardia del Servicio de Patrulla mantenía una fuerte discusión con otras personas, algunas chicas y algún chico también. Hans escuchó, entre el griterío, la voz de Astrid. Distinguió también que alguien mencionaba la palabra *Gendarmerie*. Policía rural. Las linternas del Servicio de Patrulla alumbraban las tiendas, comprobando que los chicos dormían y que ninguno se había despertado al escuchar el jaleo. Hans supuso, que Astrid y algunas otras instructoras habían bajado al pueblo más cercano y ahora, regresaban al campamento, acompañadas o bien por chicos del pueblo o por soldados de la Wehrmacht de permiso. Por el tono de sus voces, parecían borrachos. Hans no le dio más importancia, se dio la vuelta en su saco y siguió durmiendo.

A la mañana siguiente, Hans se percató de que Astrid y otras dos de las instructoras de la BDM no estaban presentes durante la gimnasia diaria de las chicas. Ingrid, otra instructora y por primera vez un chico de las Juventudes, se encargaron de esa sesión de gimnasia. De hecho, Hans ya no volvería a ver a esas dos instructoras más, pero sí a Astrid. La vio dos veces. La primera, sobre el mediodía. Astrid, con muy mal aspecto, como si no hubiera dormido en toda la noche, abandonaba la tienda del Servicio de Patrulla. Hans y ella se cruzaron, pero la chica ni tan siquiera lo miró. La segunda vez, fue por la tarde. Y en esa ocasión, tuvieron un encuentro. Un encuentro extraño.

El encuentro se produjo al terminar una de sus últimas clases de doctrina política.

Hans todavía estaba sentado sobre la hierba, cuando por detrás de él, le llegó una ráfaga de olor a lilas. Casi sin darse cuenta, la boca de Astrid Müller estaba pegada a su oído. Hablando muy bajo, casi susurrando, Astrid le dijo:

—Hans, te espero esta noche en mi tienda. Es la tercera en la zona de instructores, a la izquierda del arroyo. No me falles, Hans, por favor. Te estoy pidiendo ayuda como camarada.

Hans no sabía qué hacer. Estuvo dándole vueltas a ese asunto durante todo el resto de la tarde. Por un lado, podía ser descubierto por el Servicio de Patrulla y meterse en un buen lío, justo cuando faltaban dos días para acabar el campamento. Pero por otro lado, Astrid había invocado su condición de camarada, y eso afectaba a su juramento de lealtad con el *Jungvolk*. El segundo mandamiento del Juramento de las Juventudes Hitlerianas, tras su lealtad y obediencia al Führer y al partido, era acudir siempre en ayuda de un camarada. Decidido. Al diablo con el Servicio de Patrulla.

---

\* \* \*

---

Esa noche, cuando todos los chicos estaban durmiendo y el silencio era dueño del campamento, Hans salió de su tienda. Era una noche muy clara, iluminada por un cielo estrellado. Hacía fresco. Caminando casi a gatas, llegó hasta el arroyo. Sólo entonces se irguió para cruzarlo. Caminando en la misma posición en la que había llegado al arroyo, buscó la tienda de Astrid. Esa noche, el río junto al que estaba instalado el campamento rugía con más fuerza que nunca, como si sus aguas bajasen más embravecidas que ninguna otra noche.

No hizo falta que contara las tiendas de los instructores, porque la de Astrid era la única que tenía luz. Sigilosamente se acercó a ella. Astrid abrió la cremallera de la tienda. Hans entró.

—Sabía que vendrías, Hans Petersen. Sabía que no me fallarías.

Esta vez no fue una ráfaga de olor a lilas lo que llegó hasta Hans. Era toda la tienda la que olía a lilas. Hans no olvidaría nunca ese olor. Astrid lo recibió con su uniforme de gala, el mismo uniforme que llevaba la noche del solsticio cuando llevó el estandarte de Dahlem. En el suelo había extendida una sábana blanca. Al lado de la sábana, había una botella, sin etiqueta, y un pañuelo arrugado. Hans vio un pequeño frasco azulado, con una forma extraña, sobre un montón de revistas de las Juventudes. Supuso que dentro de ese frasco se encontraba el perfume de lilas que ahora impregnaba la tienda.

Hans llevaba su uniforme de acampada, porque esa noche se había acostado vestido. Sólo esperaba que ninguno de sus compañeros se percatara de su ausencia y avisara al Servicio de Patrulla. Aunque, por alguna extraña razón, pensaba que

aunque lo descubrieran, ninguno de sus compañeros de tienda lo delataría.

Estuvieron un buen rato sentados sobre la sábana, sin hablar. Sólo se miraban. Los grandes y expresivos ojos azules de Astrid clavados en el rostro de Hans. Los grandes e inquietantes ojos azules de Hans clavados en el rostro de Astrid. Y de pronto, Astrid dijo:

—Hans Petersen, el hermano de Harald. El chico que ve el cielo del lobo.

Hans no sabía qué decir. No sabía lo que esa chica quería de él. Astrid era una chica de diecinueve años, él tenía sólo diez. ¿Qué podía querer esa chica de él?

—¿Alguna vez has pensado en la muerte, Hans?

—Sí. Muchas veces.

—¿Le tienes miedo?

—No. Sólo tengo miedo al olvido. A no ser recordado. A no ser inmortal.

—Ahora no estamos en una clase de doctrina política, Hans. Estamos solos, solos tú y yo. Astrid y Hans. Quiero que me digas sólo la verdad. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Hans.

—¿Te parece esta una bonita noche para morir, Hans?

Hans guardó silencio. Recordó el trayecto que había hecho de su tienda a la de Astrid. El frescor de la noche. Los ruidos misteriosos que procedían del bosque. El cielo estrellado. El bramido del río.

—No. A mí no me gustaría morir esta noche, Astrid. Me gustaría morir en un campo de batalla. En realidad, sé que moriré así. Todos nosotros moriremos así.

—¿Y todos seremos inmortales, Hans?

—Sí, si morimos por lo que creemos, Astrid. Esa es la condición. Somos nacionalsocialistas. No podemos elegir. Lo hemos jurado.

La chica sonrió. Se tumbó, recostándose sobre sus brazos, y preguntó:

—¿Qué sabes de mí, Hans? La verdad.

—Que eres instructora de la BDM. Que eres la novia de Karl, el hermano de mi amigo Heinz. Que te han follado todos los chicos de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem.

—No todos, Hans. Ni mucho menos. La mayoría de los chicos que dicen que se han acostado conmigo no se han atrevido nunca ni a pedírmelo. Y además, con los que lo he hecho... sabes, ni siquiera he tenido un orgasmo en toda mi vida. Ni con Karl. Siempre he fingido, con todos. Con él también. Creo que perdí la oportunidad de tenerlos incluso antes de ser mujer. Aquí dentro, Hans. En mi cabeza.

—¿Orgasmo? —preguntó Hans, con voz confusa.

—Da igual, eres muy pequeño. Ya lo entenderás cuando crezcas. En realidad, sabes poco de mí, Hans. Todo el mundo sabe poco de mí. Saben pocas cosas los que me adulan. Y los que me critican. Nunca le he interesado a nadie. Excepto por esto.

La chica se apretó con una mano un pecho. Con la otra mano se golpeó la nalga.

Hans atendía en silencio. Estaba muy confundido. Se seguía preguntando qué demonios hacía allí.

—Casi nadie sabe que me crie con mi madre y mi padrastro, un tipo bebedor y jugador, una víctima de la gran depresión. Aunque la verdad, a mi siempre me trató muy bien. Hasta que un día nos dejó, igual que lo había hecho mi padre. Yo entonces tenía seis años. Por aquella época mi madre trabajaba en la calle. En Tauentziensstrasse. Era una *HWG*.

—¿Qué es una *HWG*? —preguntó Hans.

—Una *Häufig Wechselndem Geschlechtsverkehr*. Una mujer de relaciones sexuales variadas. Una puta, Hans.

Hans no entendía nada. ¿Qué hacía esa chica contándole todas esas cosas a él?

—Creo que fue en ese momento cuando perdí la posibilidad de tener orgasmos. Todas esas noches, en mi casa, con mi madre acostándose en su habitación con todos esos hombres, hombres asquerosos, Hans. Hombres repulsivos. Degenerados, borrachos. Ni siquiera respetaba que su hija dormía en la habitación de al lado. Yo entonces tenía sueños, Hans. No podía dormir, pero soñaba despierta. Soñaba para aislarme de aquellos ruidos, de aquellos gemidos, de aquellas palabras. ¿Tú soñabas de pequeño, Hans?

—Sí —contestó el chico.

—¿Y con qué soñabas?

—Con lobos. Con valkirias. Con ser soldado.

La chica rio. Se echó las manos a la cara y rio. Luego miró hacia el techo como si allí hubiera alguien, y dijo:

—Ahí lo tiene, Mister Churchill. Quítese su jodido bombín inglés, póngaselo como orinal y cáguese. Le va a hacer falta. Ese es el enigma que usted no comprende. Que nadie comprende. Mezcle un poco de mitología germánica, otro poco de drama wagneriano y el eterno amor de los alemanes por las armas y los uniformes y tendrá resuelto el enigma. Lobos, valkirias y soldados. Resultado de la suma: media Europa de rodillas.

La chica acarició el rostro de Hans y prosiguió:

—Yo soñaba con ser actriz, Hans. Una gran actriz, como Marlene Dietrich o Zara Leander. Y también soñaba con ser maniquí. Pasar ropa para las clientas acaudaladas en KaDeWe o en los almacenes Karstadt. Incluso cursé la solicitud. Pero entonces comenzó todo esto. El nacionalsocialismo, Adolf Hitler, la BDM. Por primera vez en toda mi vida, tuve algo en lo que creer. Algo por lo que luchar. Como tú, Hans. Lo convertí en mi motivo de vida. Cuando entré en las Juventudes Hitlerianas, por primera vez tuve una familia. El uniforme me daba clase, Hans. Me daba poder. Todo lo que tengo en mi vida es la BDM. Y ahora...

Hans comenzaba a entender. Un rictus sombrío había invadido el rostro de Astrid.

Sus expresivos ojos parecían ahora muertos.

—¿Qué ha pasado, Astrid? ¿Es por lo de anoche? ¿Qué ha pasado con las otras dos instructoras?

—Se las han llevado esta mañana a Berlín. Las han separado de mí. Ellas son hijas de dos *Prominenten* del partido. Se supone que soy una mala influencia para ellas.

—Y a ti, Astrid, ¿qué te va a pasar?

—Me van a echar de la BDM. Dicen que han aguantado mucho conmigo. Me van a mandar a una fábrica de armamento.

—¿Y qué tengo que ver yo con todo esto? ¿Por qué me has hecho venir?

Astrid Müller se puso de pie. Y entonces, pasó algo sorprendente. Muy lentamente, la chica se comenzó a desnudar. Hans empezaba a arrepentirse de haber acudido esa noche a la tienda de Astrid Müller. Se estaba poniendo muy nervioso. Le temblaban las manos y estaba empezando a sudar. De pronto la tienda se le hizo muy pequeña, como si menguara sobre él. Hans Petersen empezó a sentirse como en el interior de una ratonera.

Astrid Müller quedó desnuda ante él. Y entonces, le preguntó:

—¿No habías visto nunca a una mujer desnuda, Hans?

—Sí, claro. A mi madre y a...

Hans contestó con voz temblorosa y sin mirarla a la cara. Se había quedado absorto en otra parte de la anatomía de la chica.

—Tú tienes la marca de las mujeres perfectas, Astrid.

Astrid Müller sonrió, se agachó y revolvió el pelo del chico. La estúpida costumbre de revolverle el pelo parecía que se extendía. Seguía sudando, le seguían temblando las manos. Su boca estaba pastosa, como si no tuviera saliva.

—El cielo del lobo, la marca de las mujeres perfectas... Eres un niño muy misterioso, Hans Petersen.

Astrid Müller se tumbó de espaldas sobre la sábana. Giró la cabeza hacia él y le dijo:

—He visto tus dibujos en la sede de las Juventudes. Son perfectos, Hans. Parecen fotografías. Quiero que saques tu puñal.

Hans se estaba poniendo cada vez más nervioso. Cada vez le temblaban más las manos, ahora ya no podía controlarlo.

—¿Para qué? —preguntó Hans.

—Para que dibujes. Pero no sobre papel. Sobre piel humana. Quiero demostrar a toda esa gente, que mi mente es tan fanática como la suya. Que estoy comprometida con el movimiento como el que más. Que en mí arde lo mismo que arde en ti, Hans. Quiero que dibujes con tu puñal en mi espalda nuestro símbolo sagrado. En toda mi espalda. Te lo solicito como camarada, Hans Petersen.

Hans dejó de temblar. Dejó de sudar, en el mismo momento en que escuchó las últimas palabras de la chica.

En el silencio de la tienda se escuchó un «klik».

El sonido del botón metálico de la funda de su puñal al desabrocharse.

Hans Petersen desenfundó su puñal y se acercó a la chica.

---

\* \* \*

---

Comenzó por medir su espalda con la mano, como solía hacer con el papel de sus dibujos. Astrid roció el pañuelo con el líquido que había en la botella sin etiquetas y se lo introdujo en la boca. Lo apretó muy fuerte entre sus dientes. Hans palpó la piel de la chica. Estaba caliente y era muy suave, como el terciopelo, como la piel de... ya estaba otra vez, esas cosas que le surgían. Hizo unas pequeñas marcas con el puñal en seis sitios diferentes. Quería que las seis líneas que tenía que trazar tuvieran una simetría perfecta. Cuando tuvo hechas las marcas, clavó la punta del puñal en la piel y la deslizó. La sangre comenzó a caer sobre su mano. Podía escuchar el sonido de la piel al rasgarse, y ver el rojo intenso de la carne abierta. La chica gritaba, pero era un grito sordo, un grito ahogado por el pañuelo que apretaba contra sus dientes. Hans seguía abriendo. Seguía trazando las líneas del símbolo sagrado sobre la piel de Astrid Müller. Era muy difícil. Tenía que hacerlo de una forma muy superficial, para no dañar ningún músculo, ningún tejido, ningún órgano vital cuando llegara a las zonas blandas. La sangre manaba cada vez más, mientras el dibujo tomaba su forma. La sangre y la esvástica. En algunos momentos, Hans notó que la chica se desvanecía, el dolor debía de ser brutal. Pero el dibujo, como todos los que Hans hacía, estaba quedando perfecto.

---

\* \* \*

---

Tardó más de dos horas en terminar. Hans limpió las heridas de la joven con agua que esta había dejado preparada en una palangana y un potente desinfectante, el mismo con que curaban las heridas de los chicos de la acampada y que Astrid debió coger del botiquín del cuerpo de guardia del Servicio de Patrulla. Astrid casi no podía ni hablar, tenía todo el pelo mojado y sudaba como si tuviera cuarenta de fiebre.

El dibujo había quedado perfecto. Una enorme esvástica de sangre decoraba la espalda de la joven, desde los hombros, hasta la cadera. Hans limpió su puñal con el mismo pañuelo que la joven había tenido en su boca y lo guardó. Cogió el extraño frasco de perfume de lilas, vertió un poco de este sobre su propio pañuelo y lo pasó por la frente de Astrid. La chica se había quedado dormida. Y entonces, hizo algo que nunca se le hubiera ocurrido hacer. Besó la frente de la chica. Nunca supo de dónde le

nació esa sensiblería, era impropio de él. Los soldados no hacen esas cosas.

Hans Petersen miró por última vez a la chica y salió de su tienda.

Astrid Müller no estaba dormida. Si Hans hubiera estado unos segundos más en la tienda, la hubiera escuchado decir con una voz dolida, casi imperceptible:

—Hans Petersen, el hermano de Harald. El chico misterioso. El chico que ve el cielo del lobo.

---

\* \* \*

---

Hans cruzó el arroyo intentando volver a su tienda. Cuando se disponía a salir del arroyo, la luz de una linterna le enfocó a la cara. Y un fusil le apuntó a la cabeza. El Servicio de Patrulla. Lo habían descubierto.

—La has jodido, chico. ¿De dónde coño vienes?

El joven que llevaba el fusil era un veterano de las Juventudes Hitlerianas. El que lo alumbraba con la linterna era un chico de su edad, regordete y con gafas. Se llamaba Otto.

Hans clavó su mirada en los dos chicos. Ellos titubearon. Hans dijo:

—De cumplir con mi deber. De actuar de acuerdo a mi juramento. De atender a la llamada de un camarada.

El joven bajó el arma. Los tres se cuadraron y gritaron a la vez:

—*Sieg Heil!*

El Servicio de Patrulla siguió su camino. Hans regresó a su tienda. Se había salvado por los pelos. Esa noche le costó dormirse.

Decía una leyenda urbana en la Alemania nazi de los años cuarenta, que en los campamentos de las Juventudes Hitlerianas se realizaban rituales de sangre entre los chicos. No eran leyendas. Hans acababa de participar en uno. Claro que, normalmente, los rituales de sangre no solían terminar como iba a terminar aquel.

---

\* \* \*

---

A la mañana siguiente, Hans se despertó sobresaltado. Se escuchaba un gran griterío en el campamento. Todo el mundo corría. Normalmente, Hans era uno de los primeros chicos en despertarse, pero esa mañana, le había vencido el sueño. Hans se asomó a la puerta de la tienda de campaña y vio, que aún en ropa interior y descalzos, los chicos corrían en dirección al bosque. Hans se echó a correr y aún sin saber adónde iban, los siguió.

Mientras corría, recordaba de forma confusa los acontecimientos de la noche anterior. La charla con Astrid, el ritual de sangre, el dibujo de la esvástica sobre piel humana, su encuentro con el Servicio de Patrulla...

Tuvo un palpito. Algo no había ido bien. Como corría descalzo, las piedras se clavaban en sus pies y los matorrales arañaban sus piernas. Pero le daba igual, no sentía nada. Porque intuía, que algo más terrible, más horrendo y más doloroso, le esperaba en el interior del bosque.

Vio que todos los chicos estaban parados en torno a un árbol. Las chicas de la BDM se llevaban las manos a la cara y sollozaban. Los miembros del Servicio de Patrulla daban vueltas entorno al árbol, desconcertados. Hans llegó al árbol. Era un viejo roble. Se hizo paso entre sus compañeros y se detuvo, un paso por delante de todos, debajo del árbol. Se hizo un silencio total. Hasta las chicas dejaron de sollozar. Hans tuvo la extraña impresión, que en ese momento, todos los ojos estaban puestos sobre él.

De cara al río y de espaldas al campamento, el cuerpo desnudo de Astrid Müller colgaba de una soga, asida a una rama del árbol. Era una de las sogas que se solían emplear para sujetar las tiendas más grandes. La gran esvástica que Hans le dibujara en la espalda, ondeaba a modo de bandera cada vez que el viento movía el cadáver. Astrid Müller se había suicidado.

Hans rodeó muy lentamente el árbol, quería ver su rostro. Daba la sensación, que hasta ese momento, nadie se había atrevido. Era normal. Hans también había escuchado todas esas historias sobre los horribles rostros de los ahorcados... pero el de Astrid, no. Observándolo allí, debajo del árbol, llegó a pensar que Astrid Müller estaba más guapa que nunca. Había muerto con sus grandes y expresivos ojos azules, muy abiertos, mirando hacia el río. Y su boca dibujaba una preciosa sonrisa. Para Astrid Müller, aquella, había sido una bonita noche para morir.

Ante el asombro de todos, Hans se cuadró delante del cuerpo de Astrid y levantó su brazo, realizando el saludo nazi. Y de su boca, brotó una canción:

—*¡Alzad altas las banderas! Formad filas todos juntos, tropas de asalto, avanzad a paso firme y sereno...*

La canción de Horst Wessel. Y entonces, todos, los niños y las niñas, los chicos y las chicas, se unieron a Hans en su canción. Y las instructoras de la BDM. Y los miembros del Servicio de Patrulla.

Y allí, bajo aquel árbol, en aquella luminosa mañana de verano, en los bosques del Harz, los niños de hoy, los soldados del mañana, tributaron un último homenaje a Astrid Müller y a su majestad la muerte, que esa noche, había caminado por ese bosque.

Y esta vez, pensó Hans, no era un sueño.

---

\* \* \*

---

El Servicio de Patrulla había avisado a la *Gendarmerie*, a la policía rural del pueblo



más próximo, en el mismo momento en que descubrieron el cadáver. Los dos agentes que llegaron esa mañana al bosque, eran dos policías veteranos, hombres que habían visto ya muchas cosas. Dos noches antes, habían tenido que acercarse a ese campamento, porque unas jovencitas de la BDM, bastante borrachas y «calientes», habían tenido un escándalo con unos chicos del pueblo. Pero en cuanto divisaron el árbol, fueron conscientes que nunca antes habían visto una escena como esa. Era una escena irreal, sobrecogedora. Decenas de niños semidesnudos, en ropa interior, haciendo el saludo nazi y cantando el himno del partido. Y colgando del árbol, de la rama de un viejo roble, el cadáver desnudo de una joven, con una enorme herida sangrante en su cuerpo, una esvástica de sangre dibujada en la espalda, que parecía ondear a modo de bandera cada vez que el cadáver era mecido por el viento.

---

\* \* \*

---

Esa misma tarde, Hans se encontraba en su tienda arreglándose la mochila. A la mañana siguiente, regresarían a Berlín. Un inmenso silencio había invadido el campamento. Nadie había preguntado quién había tatuado la esvástica en la espalda de Astrid Müller. Porque todo el mundo sabía, que formaba parte de un ritual. Un ritual entre camaradas. Y eso, era algo sagrado en las Juventudes Hitlerianas. Tan sagrado como su juramento.

Una chica entró en la tienda de Hans. Era Ingrid, una instructora de la BDM, una compañera de Astrid.

—¿Quién de vosotros es Hans Petersen?

—Soy yo —contestó Hans.

Ingrid llevaba en la mano una mochila. Se acercó a Hans.

—Había una nota de suicidio en la tienda de Astrid. En la nota decía que quería que tú te quedaras con sus pertenencias. No es nada de valor, sólo sus uniformes y unos pequeños objetos personales. Casi no he podido leer la nota, porque rápidamente, el Servicio de Patrulla me la ha requisado. Toma, Hans.

La chica le entregó la mochila de Astrid. Sus otros cuatro compañeros presenciaban la escena como si estuvieran hipnotizados. Hans cogió la mochila. Ingrid clavó su mirada en el rostro de Hans. Y luego, la desvió hacia su puñal. Hans no apartó ni un momento la vista de la cara de Ingrid. Esta dio media vuelta y se dispuso a salir. Fuera le esperaba Anna, otra instructora de la BDM. Cuando estaba a punto de abandonar la tienda, Ingrid se volvió hacia Hans, que estaba allí, en el centro de la tienda, inmóvil, con la mochila de Astrid en la mano, y le dijo:

—Había algo en la nota dirigido a ti. Pero yo no lo he entendido. Quizás tú lo hagas. Decía que ella también había visto el cielo del lobo, que quería que atravesaras la cortina negra y la convirtieras en inmortal.

Hans Petersen lo comprendió al instante.

Ingrid, la instructora de la BDM, abandonó la tienda. Una vez fuera, le dijo a Anna:

—Este es el chico. Madre mía... ¿Has visto sus ojos? ¿Te acuerdas de aquel libro de mitos germánicos que nos hicieron leer hace unos años? Había una ilustración, un lobo ¿Cómo se llamaba...?

---

\* \* \*

---

A primeras horas de la tarde del día 30 de junio de 1940, el tren que traía a Hans de regreso del campamento, entró en la estación de Anhalter, en Berlín. Helga y Kurt lo estaban esperando impacientes en el andén. Hacía casi veinte días que Hans se había marchado, y nunca habían estado los tres tanto tiempo separados. Por eso, se quedaron muy sorprendidos cuando vieron a Hans descender del tren, muy serio, con dos mochilas, una en cada hombro y quedarse parado en el centro de la estación. Pero pronto observaron que todos los niños hacían lo mismo. Estaban formando junto al tren en dos filas.

Junto a ellos, había viajado hasta Berlín el féretro que contenía el cuerpo de Astrid Müller. Dos chicos del Servicio de Patrulla lo transportaban en un carrito. El féretro iba cubierto con la bandera de las Juventudes Hitlerianas. Las chicas lo habían adornado con cintas de flores silvestres. Cuando el féretro pasó entre las dos filas, todos los niños hicieron el saludo nazi. Hans vio desaparecer el ataúd por una puerta lateral de la estación. Sólo entonces, corrió con sus dos mochilas para abrazar a sus padres. Y por primera vez, desde que viera el cadáver de Astrid Müller, lloró. Lloró como no lo había hecho en toda su vida.

---

\* \* \*

---

Esa noche, en la habitación de su casa de Dahlem, Hans comenzó la tarea de hacer inmortal a Astrid. Primero, guardó los uniformes de la chica con los suyos, en su mismo armario. Luego, guardó los pocos objetos personales de Astrid en una caja, en la misma caja en que guardaba los suyos. Entre los objetos personales de Astrid, estaba ese pequeño y extraño frasco de perfume de lilas. Quedaba muy poco y Hans tuvo la idea de impregnar con él los uniformes de Astrid, en la creencia de que así, siempre que oliese los uniformes, estos olerían como la chica. Y así fue, durante mucho tiempo, siempre que abría su armario, el olor a lilas de Astrid llegaba hasta él. A veces, incluso en la noche, cuando dormía, una ráfaga de olor a lilas impregnaba la habitación. Hans sabía que el olor procedía del armario. Pero a Hans le gustaba pensar que el espíritu de Astrid había pasado junto a su cama.

Hans no durmió esa noche. Hizo más de veinte dibujos de la chica. Rompió en pequeños trocitos diecinueve de esos dibujos. Y se quedó con uno. Un dibujo, que mucha gente, a lo largo de los años, llegó a pensar que era una fotografía.

A la mañana siguiente, Hans se acercó a la sede de las juventudes de Dahlem. Llevaba con él su carpeta de dibujos. Esa mañana había mucho movimiento en la sede, porque era domingo. Cuando Hans entró en la gran sala, y mientras avanzaba por ella, tuvo la sensación de que todo el mundo lo observaba. Pudo escuchar cuchicheos a su paso. A mitad de la gran sala, ante una pared, Hans se detuvo. Los chicos de las Juventudes habían colocado allí un dibujo suyo. Un dibujo en el que se veía la silueta de un gran lobo, sobre un risco, recortándose contra un cielo rojo, como si ese cielo fuera una gran bola de fuego. A eso se refería Astrid en su nota. Ese era el cielo del lobo que la chica había visto. Por eso supo Hans, que Astrid quería que la pintara.

Caminó hacia la cortina negra, que separaba la gran sala del santuario. Entró en él. Estaba muy oscuro. Muy lentamente, como si se tratara de un ritual, Hans encendió una por una las pequeñas velas rojas y negras. Sacó de su carpeta el retrato de Astrid, y se dirigió hacia la pared donde se encontraban los retratos de los mártires del movimiento. La mayoría eran chicos que habían muerto en reyertas callejeras con los comunistas en los primeros años de la década de los treinta, lo que ellos llamaban «los años de lucha». Colgó en el centro el retrato de Astrid. Debajo del rostro de la chica, en una delicada caligrafía, en letras góticas, Hans había escrito una pequeña leyenda, una pequeña dedicatoria:

*Existe una máxima: sólo los seres más hermosos de este mundo merecen entrar en el Valhalla.*

*Hoy, las Juventudes Hitlerianas de Dahlem y el nacionalsocialismo han ganado una mártir.*

*Yo lo sé. Es suficiente.*

*Este santuario se sentirá honrado con tu presencia.*

*Hoy, en el cielo de Alemania, se ha apagado una estrella.*

*Pero en el Valhalla, se ha encendido una llama.*

*Para Astrid Müller (1921-1940), una mártir de las Juventudes Hitlerianas y del nacionalsocialismo.*

---

\* \* \*

---

Dos chicos del Servicio de Patrulla habían entrado en el santuario detrás de Hans. Hans sabía, que por primera vez en su vida, se había saltado todas las normas, todas las reglas. Las estrictas reglas de las Juventudes Hitlerianas. Temía que los chicos arrancaran el retrato y él fuera abroncado. Pero no sucedió así. Los chicos del Servicio de Patrulla se cuadraron, hicieron el saludo nazi y guardaron silencio. Hans los imitó. A lo largo del día, lo harían todos los chicos y todas las chicas que pasaran por la sede.

Mientras, en esa posición de saludo, Hans observaba el dibujo de Astrid, el mejor

de todos los dibujos que había hecho en su vida, el mejor que haría nunca, el dibujo que parecía una fotografía. Una sonrisa inundaba el rostro de Hans Petersen. Porque lo había conseguido. Porque esa mañana, Astrid Müller había conseguido el reconocimiento eterno. Había entrado en la inmortalidad.

---

\* \* \*

---

Desde el primer momento, Hans contó a sus padres todo lo relativo a la acampada y la muerte de Astrid Müller. Todo, excepto lo sucedido la noche que Astrid murió, lo sucedido en su tienda de campaña. Pero ni a Kurt ni a Helga, esas explicaciones les convencieron. Helga estaba muy preocupada. Su hijo se había marchado a una acampada de la que regresaron con una chica muerta, y ahora, todos los enseres personales de esa chica, que además Helga pensó que en algún lugar de Berlín debía de tener familia, estaban en el armario de su hijo. Existe un instinto especial en las madres, que les hace ver en sus hijos, en sus expresiones, en sus gestos, en sus ojos, cosas que estos les ocultan. Y Helga sabía que su hijo Hans les estaba ocultando algo, algo que sucedió en el campamento la noche que esa chica se suicidó. Helga conocía sólo de vista a Astrid Müller, pero sabía algunas cosas sobre ella. Magda, la madre de Rudi, le había contado que era una joven de mala reputación. Que se había dedicado a iniciar sexualmente a muchos chicos de las Juventudes Hitlerianas. Helga pensaba que todo eso eran sólo habladurías, como esa obsesión de Magda de afirmar que en los campamentos de las Juventudes era habitual realizar orgías de sexo y rituales de sangre. Pero esa sensación de que Hans le ocultaba algo... ¿Y si Magda tuviera razón? ¿Y si todas esas habladurías fueran ciertas? A Helga le preocupaba eso especialmente, que Hans hubiera tenido una iniciación sexual con esa chica, y que ese fuera el motivo de que Hans no contara toda la verdad. Porque su hijo sólo tenía diez años, y porque para Helga ese asunto era muy importante, un tema delicado que podía ocasionarle traumas, traumas que condicionaran una parte vital de su vida. Además, el día a día de la vida en Berlín le enfrentaba con ese tema a todas horas. Esa misma mañana, mientras compraba en un mercado cerca de su casa, había escuchado una especie de chiste. Un hombre le decía a otro:

—En un colegio, el profesor le dice a un alumno: a ver Erich, propón un tema para la próxima redacción. Y el joven, contesta: vale, la doncella de Orleans, ¿hubiera conservado su virginidad de haber pertenecido a las Juventudes Hitlerianas?

Los dos hombres rieron. Ese era el tipo de comentarios que enfermaban a Helga. Helga seguía pensando que todo eso eran habladurías, rumores, pero por otro lado, persistía en ella la duda. Y estaba intentando educar a un niño, un niño de diez años que pertenecía a ese mundo. Decidió que primero hablaría con Kurt, y que después, esa misma noche, durante la cena, intentaría que su hijo Hans les explicara qué pasó

durante esa acampada en los bosques del Harz, con esa joven llamada Astrid Müller.

---

\* \* \*

---

Esa noche, durante la cena, Hans estuvo hablando muy animadamente con sus padres sobre todo lo aprendido en el campamento, incluso se podía decir que era el primer día que Hans estaba animado desde que regresara de la acampada. Helga y Kurt habían llevado la conversación con mucho tacto, preguntándole sobre sus actividades preferidas en la acampada, las sesiones de tiro, los juegos de exploración y reconocimiento, como celebraron el solsticio, etc. De pronto Kurt, decidió ir directo al grano y le preguntó:

—Hans, además de todo esto... ¿Hay alguna cosa que no nos hayas contado?

—No, papá. ¿Por qué?

—Porque tu madre y yo nos preguntamos, hijo, qué hacen los objetos de esa chica muerta en tu armario.

La cara de Hans no cambió de expresión. Con la misma naturalidad que había hablado durante toda la cena, dijo:

—Ya te lo expliqué, papá. La chica dejó una nota. Me dejaba a mi sus enseres, quizás porque era la novia del hermano de Heinz, mi amigo, y como él está ahora en Francia, pensó que yo los guardaría hasta que él regresara.

—¿Y se los vas a entregar a Karl cuando este regrese a Dahlem, Hans? —preguntó Helga.

Se hizo un tenso silencio. Ahora el rostro de Hans sí que cambió de expresión. La sonrisa desapareció de sus labios. Sus inquietantes ojos azules comenzaron a centellear.

—No, nunca se los entregaré. No se lo merece —respondió Hans.

La paciencia de Helga había llegado a su fin. Se incorporó sobre la mesa y elevando el tono de voz le preguntó a su hijo:

—Quiero que me expliques de una vez, Hans, qué pasó con esa chica en el campamento. No es normal que los uniformes, las botas, las medias y hasta la ropa interior de esa chica muerta estén en tu armario junto a tu ropa. Quiero que nos cuentes la verdad. Toda la verdad, Hans.

Hans se incorporó también sobre la mesa, colocándose a la altura de su madre. Sus ojos ya no centellaban, ahora ardían. Era una mirada desafiante, una mirada salvaje. Por un instante, a Helga, los ojos de su hijo le recordaron a los ojos de un lobo. Un lobo a punto de precipitarse sobre su víctima.

—Está bien. Yo estuve en la tienda de Astrid Müller la noche que ella murió. De hecho, creo que fui la última persona que la vio con vida. Yo acudí a la llamada de una camarada. Pero lo que pasó aquella noche entre Astrid y yo no lo sabréis nunca.

Ni vosotros, ni nadie. No se lo hubiera contado al Servicio de Patrulla ni aunque me hubieran torturado. No se lo diría a mis superiores de las Juventudes aunque me lo preguntaran. Sólo rompería mi juramento ante el mismísimo Führer. Sólo a él le debo obediencia ciega. Hay cosas que vosotros nunca podréis comprender. ¿Sabéis acaso lo que significa la palabra juramento? ¿Y lealtad? ¿Y compromiso? Yo tengo un compromiso con ella que no terminó la mañana que Astrid se suicidó. Sólo terminará cuando yo muera. Los enseres de Astrid seguirán en mi armario mientras yo viva en esta casa.

Hans se dispuso a abandonar el salón, mientras Kurt y Helga lo seguían con la mirada. Helga hizo el intento de decirle algo, pero Kurt la contuvo haciéndole un gesto con la cabeza. En la puerta del salón, Hans se detuvo en seco y se volvió hacia sus padres. Sus ojos ya no centelleaban, ni ardían. Sus ojos despedían fuego. Y antes de marcharse hacia su habitación, dijo:

—Cumpliré con mi deber de guardar el secreto que comparto con Astrid toda mi vida. Lo haré porque así lo creo. Porque así me lo han enseñado.

Helga volvió a sentarse en su silla. Ella y Kurt estuvieron un buen rato mirándose, sin decir nada, sin dar crédito a lo que habían escuchado.

Entonces, Kurt dijo algo. Algo que Helga creía que jamás iba a escuchar de la boca de su marido:

—Dios mío, Helga... ¿Qué estamos haciendo? ¿En qué los hemos convertido?

Esa noche fue la última vez, que Kurt y Helga Petersen hablaron con su hijo Hans de una chica llamada Astrid Müller.

---

\* \* \*

---

La noche del 25 de agosto de 1940, Berlín, la capital del Tercer Reich, sufrió el primer gran bombardeo de la guerra. En casa de los Petersen, Kurt fue el primero en darse cuenta. Las alarmas aéreas, el intenso fuego artillero, y lo peor, por primera vez, el sonido de los aviones británicos sobrevolando sobre su cabeza. Kurt avisó a Helga:

—Helga, despierta. Corre, llama a Hans. Nos están bombardeando y esta vez es de verdad.

Helga saltó de la cama y corrió a despertar a Hans.

—Despierta, Hans, date prisa. Nos vamos al refugio. Los ingleses nos están bombardeando.

Hans se levantó y se puso su uniforme. Corrió a la ventana del salón. No daba crédito a lo que estaba viendo. La oscuridad era total, y sin embargo, se diría que era de día. Los reflectores alumbraban el cielo de un lado a otro, buscando a los aviones ingleses. Todas las baterías antiaéreas de Berlín, las de la periferia, las de los

suburbios y las del centro abrían fuego. Era como un grandioso festival de fuegos artificiales. Y se escuchaba el tronar de los aviones. Y por primera vez, las primeras explosiones.

¿Cómo podía estar sucediendo eso? ¿Los ingleses bombardeando el centro de Berlín? Hans estaba muy enfadado. Había escuchado muchas veces a Hermann Göring, el ministro del Aire, en la Radio del Reich, decir que esto que estaba pasando, nunca sucedería. Que los aviones ingleses nunca podrían romper, ni el anillo exterior, ni el interior, de la defensa antiaérea de la capital. Y ahora había sucedido.

Luego vino lo de siempre, las carreras por las calles oscuras, los tropezones, las caídas. Les costó mucho llegar al refugio, porque llevaban con ellos a los señores Kersten, una pareja de ancianos que vivían en el piso de arriba y que hasta esa noche, se habían negado a acudir al refugio. Esa noche, cinco millones de berlineses se lanzaron en tropel a las calles. A refugios, a sótanos. Hasta tuvieron que habilitarse estaciones de metro.

El ambiente en el interior del refugio esa noche, fue muy diferente al ambiente habitual. Casi nadie hablaba. La luz tintineaba constantemente, cuando no se iba, provocando entonces gritos, exclamaciones y alguna que otra escena de pánico. Los niños pequeños lloraban. Magda, la madre de Rudi, rezaba mientras arrastraba sus dedos por un viejo rosario. El «grupo de las literas» volvió a reunirse. Pero ahora, a los cuatro inseparables, Hans, Heinz, Rudi y Silke, se les fueron agregando más niños. Dietmar, Sven, Erich... todos miembros de las Juventudes Hitlerianas como ellos. Desde que Hans colgase el retrato de Astrid Müller en el santuario, y pese a ser un *Jungvolk*, el prestigio de Hans había crecido en las Juventudes. Hasta los miembros del *Kern* y los del Servicio de Patrulla, veteranos de las Juventudes, se dirigían a él con gran respeto, como si fuera una persona adulta y no un niño. Todos los niños de las Juventudes querían ser amigos de Hans Petersen, y ese fue el motivo que provocó, que incluso en el refugio, Hans siempre estuviera rodeado de una corte de pequeños uniformados.

A Helga no le gustaba esa situación, el hecho de que esos mismos pequeños uniformados, entre los que se encontraba su hijo, ocuparan las literas del refugio. Esas literas no eran para ellos. Eran para ancianos, para jóvenes embarazadas, para personas enfermas, para niños pequeños, que por culpa de ellos, se hacían en otras partes del refugio. Sin embargo, sucedía algo extraño. Nadie les decía nada, nadie les reclamaba nada. Daba la sensación, que esos pequeños uniformados imponían respeto. O directamente, daban miedo. La propia Helga pensó muchas veces durante aquella noche decirles que desocuparan las literas, pero...

Desde que volviera a reunirse con sus amigos, estos intentaron sonsacarle qué había sucedido en el campamento con Astrid Müller. El más insistente fue Heinz, el hermano de Karl, pero Hans nunca les dijo nada. Ponía una mirada extraña, una

mirada que desconcertaba a sus amigos, sacaba su armónica que ahora llevaba a todos lados y se ponía a tocar. Siempre la misma canción. La canción de Horst Wessel. En una ocasión, Heinz llegó a aludir a su propio pacto:

—Hans, tenemos un pacto. Entre nosotros no puede haber secretos, eso afectaría a nuestro juramento en las juventudes. Tienes que contarnos qué pasó...

Pero Hans hizo lo que hacía siempre. Y eso sorprendió mucho a sus amigos, porque se había aludido al juramento, y tratándose de Hans... pero este puso esos extraños ojos, les lanzó esa extraña mirada, sacó su armónica y tocó. Tocó la canción de Horst Wessel. Pronto, los chicos comenzaron a no preguntar. Y el tema de Astrid Müller se fue olvidando.

Hans tocaba su armónica en el silencioso refugio, cuando Helga Petersen decidió terminar con el asunto de las literas. Se armó de valor, se dirigió hacia los chicos y dijo:

—Hans, hijo, deberíais bajaros de las literas. Hay gente mayor, jóvenes embarazadas, niños pequeños y personas enfermas. Y esas literas han sido dispuestas para ellos.

Hans dejó de tocar la armónica y clavó su mirada en la de su madre. Una, dos, tres, cuatro, cinco... todas las miradas se clavaron en Helga. La de Heinz, la de Silke, la de Rudi, la de Dietmar, la de Erich, la de Sven, la de otra niña llamada Hilde... miradas desafiantes. «Lobos, lobos que en manadas...», esa frase retumbó en la cabeza de Helga. Todo el refugio estaba pendiente de esa escena. Y entonces, Hans dijo:

—Mi madre tiene razón. ¡Venga chicos, abajo!

Y todos los niños se bajaron de las literas. Como si esa frase, la hubiese pronunciado el propio Führer.

---

\* \* \*

---

Hans odiaba la situación en la que se encontraba en aquel refugio, en aquel asqueroso búnker. Desde que había visto el reflejo de la muerte en los ojos de Astrid Müller, su visión de la muerte había cambiado. Seguía sin tenerle miedo, pero crecía en él la idea de morir luchando. Habría firmado un pacto con el diablo, en el que se comprometiera a morir en el campo de batalla, recibiendo si era necesario, la primera bala que se disparara. Pero le aterraba la idea de morir allí dentro, de morir como una rata.

La impotencia. Hans comenzó durante aquellas noches de bombardeos, de permanecer en aquel refugio, a desarrollar una inquietante sensación de impotencia. Había aprendido a manejar armas en el campamento, y no le hubiera importado coger una de esas armas y disparar, si hacía falta, contra los aviones. Pero odiaba la



sensación de tener que estar allí metido en ese húmedo refugio subterráneo, con ancianos, con niños que no paraban de llorar, con funcionarios como su padre que no querían combatir. La muerte de Astrid había causado en Hans un enorme impacto emocional, no visible aparentemente, pero sí en lo más profundo de su psique. Lo había enfrentado con la muerte joven. Pero no por el hecho de morir a una temprana edad, sino por el hecho de morir sin poder cumplir los sueños. O las obligaciones contraídas. Él quería ser soldado, un soldado del mañana. Pero Hans había empezado a pensar, que quizás, para él podía no haber un mañana. Quizás, tal y como se habían puesto las cosas, su mañana podía ser hoy. Nadie le podía asegurar que una de esas bombas no pudiera caer sobre su refugio. Y morir allí, bajo los escombros, sin llegar a combatir nunca. Ser rescatado como un cadáver más, para reposar como cualquiera en un triste cementerio, en alguna tumba perdida, olvidada, donde pusiera sólo su nombre y una fecha, donde nadie que la viera reconociera su nombre, un nombre vacío, sin historia, sin heroísmo, sin sacrificio. Para Hans Petersen, encerrado eternamente en esa tumba abandonada, no habría inmortalidad, no habría Valhalla. Solamente olvido. O incluso podía ser peor, una fosa común, enterrado entre un montón de gente, los anónimos, los olvidados. Él por lo menos había convertido en inmortal a Astrid Müller. Astrid no vería nunca el glorioso mañana, el gran triunfo del Tercer Reich, el momento en que el Führer, victorioso, anunciase al mundo que este les pertenecía. Se había ido demasiado pronto. Antes de la batalla. Antes de levantar los estandartes y las espadas. Antes de combatir bajo un cielo rojo, el cielo del lobo, el cielo de la guerra, empapados en lluvia y sangre, como hicieran los hijos de Tyr en el Auer. Pero al menos, aunque ella decidió morir antes de la batalla, él había conseguido que nunca fuese olvidada. Su retrato estaba allí, en el santuario de las Juventudes Hitlerianas. Desde el momento en que colocó el retrato de Astrid, docenas de velas ardían bajo este. Y alguien, alguien anónimo, colocaba todos los días un pequeño ramo de flores frescas. Al final, Astrid había tenido su Valhalla. Pero ¿y él? ¿Qué sería de él? Durante todo el tiempo en que la guerra transcurrió en otros lugares, Polonia, Noruega o Francia, Hans pensó que crecería, que se haría soldado, el mejor de ellos, y que como su hermano Harald, lucharía en el frente. Pero ahora, eso había cambiado. Ahora los aviones ingleses habían llevado la guerra a Berlín, a la capital del Reich. Y ahora, mientras Hans escuchaba las explosiones en la lejanía, no podía controlar la inquietud al pensar, que una de esas bombas cayera sobre él. Y lo enterrara. Enterrara sus sueños de ser soldado.

La siguiente noche los aviones volvieron, y la siguiente, y la siguiente. Y cada noche, Hans y sus padres volvían al refugio. Y con la noche, para Hans Petersen, regresaba la impotencia.

---

\* \* \*

---

La noche del 18 de noviembre de 1940, las primeras bombas británicas cayeron sobre Dahlem, el barrio berlinés de Hans. En la casa de los Petersen, se rompieron todos los cristales, se cayeron los cuadros de las paredes, se volcaron algunos muebles.

Con aquel bombardeo, nació un escenario nuevo para Hans. Los incendios, los coches de bomberos, las víctimas, los improvisados hospitales de campaña para atender a los heridos, las escenas de pánico en el refugio. Las calles cortadas. Y las primeras ruinas.

## VII

### JULFEST ARCO DE SABLES EN EL GRUNEWALD

*Los magos de Oriente lanzan hoy asustadas miradas en dirección a las brillantes llamas que iluminan las noches del solsticio de invierno.*

*Der Schwarzer Korps, publicación oficial de las SS*

*Berlín, diciembre de 1940-enero de 1942.*

Durante los meses que transcurrieron entre agosto y diciembre de 1940, la vida de Hans siguió su curso normal, y la guerra también. Hans continuó con su formación en el *Jungvolk*, participó en todas las actividades que organizaban las Juventudes Hitlerianas, siguió con sus recorridos matinales junto a sus amigos en el grupo de la colecta de ayuda invernal, estudiando en la escuela y pasando más tiempo que nunca en la sede de las Juventudes. Allí continuaba dibujando, leyendo. Su formación, su conversión en soldado seguía su curso normal. Y también las penalidades. Continuaron los bombardeos y las salidas nocturnas al refugio, las penurias económicas, los racionamientos, cada día más estrictos. La economía de guerra.

La guerra también seguía su curso. Hans continuaba escuchando todos los días la Radio del Reich, todos los partes militares, leyendo una y otra vez las cartas que su hermano Harald mandaba desde Francia, donde continuaba destinado. Hans encontró entonces otra diversión adicional, inventar estrategias de guerra y de combate. Se compró dos nuevas carpetas, que unió a las de «Mis lecturas» y «Mis dibujos». Una la tituló «Qué haría yo si fuera el Führer», y en ella escribía ideas para la guerra en general, y en la otra escribió «que haría yo si fuera general», y en esta se dedicaba a planificar variantes de combate distintas a las que los oficiales alemanes utilizaban en el campo de batalla. Estas carpetas no las llevó nunca a la sede de las Juventudes, las guardaba bajo llave en el pequeño escritorio de su habitación.

La guerra en Europa se había estancado. «La batalla de Inglaterra» no consiguió que la Luftwaffe impusiera su superioridad absoluta sobre los cielos de Europa. La esperada invasión de Gran Bretaña, en la que Hans creía ciegamente, nunca se produjo. Hans estuvo esperando, cada vez que escuchaba un parte militar en la radio, que en ese parte se informara que el ejército alemán había comenzado a cruzar el Canal de la Mancha, o que los paracaidistas habían empezado a descender desde el cielo de Inglaterra. Pero ese parte nunca llegó. Era cierto que las ciudades inglesas estaban en ruinas, pero «La batalla de Inglaterra» dejó un equilibrio peligroso para el Tercer Reich en la zona más occidental del continente que ambicionaba controlar. Durante los combates aéreos, la RAF perdió 537 pilotos de caza, la Luftwaffe de Göring, 541. Es cierto que, como no paraba de repetir la propaganda del régimen, los

ingleses sólo podían atacar las ciudad alemanas protegidos por las sombras de la noche, mientras que la Luftwaffe podía bombardear Inglaterra a cualquier hora, pero esos *raids* nocturnos de la RAF estaban demostrando que la Alemania nazi no era intocable e invencible, que también podía ser castigada, que el horror de la guerra también podía llegar a sus ciudades, a sus calles, a sus casas. Pero para Hans, eran los días en que cada mañana, al despertarse, corría hasta el salón esperando escuchar a algún locutor exaltado en la Radio del Reich que anunciara al pueblo alemán que Inglaterra había sido invadida.

---

\* \* \*

---

La mañana del 21 de diciembre de 1940, Kurt, Helga y Hans se dirigían a la estación de Friedrichstrasse, donde recogerían a Harald. Harald les había escrito unos días antes, para informarles que había conseguido un permiso para pasar la navidades con su familia. Harald permanecería en Berlín hasta el seis de enero, fecha en la que debía reintegrarse a su unidad. Les informaba que se habían producido cambios en su regimiento, cambios importantes. Que había sido ascendido, ahora era un *SS-Untersturmführer*. Y que traía una sorpresa.

Ese día Hans estaba muy nervioso. Era el solsticio de invierno. Esa noche, el Ministerio de Propaganda, las SS y las Juventudes Hitlerianas participarían como todos los años en la celebración de la fiesta de *Jul*. Sería en el Reichssportsfeld, y en ella Josef Goebbels ofrecería el tradicional «discurso del fuego». Pero ese año, para él era especial. Porque ese año, por primera vez, Hans iba a participar en el desfile. Lo habían estado preparando durante meses en la sede de las Juventudes. Heinz y Rudi también participarían, pero Hans tendría más protagonismo, porque sería uno de los quinientos chicos que formarían la gran esvástica de fuego en el centro del estadio.

Esperaron en el andén la llegada del tren de Harald que procedía de París. Cuando el tren se detuvo, Hans fue el primero en ver descender la negra figura de su hermano. Se le veía muy cambiado, mucho más delgado. Harald los saludó, mientras bajaba, una tras otra, un montón de maletas. Y entonces, mientras saludaban, Helga, Kurt y Hans se quedaron inmóviles, petrificados. Porque Harald, llegaba con sorpresa.

La sorpresa medía 1'75, era muy rubia, mucho más que ellos, llevaba el pelo recogido en una gran trenza que cruzaba su cabeza, un bonito abrigo rojo, seguramente comprado en París, era natural de Valonia y se llamaba Katrin. Katrin Wiltjers.

Harald y Katrin se acercaron a sus padres. Harald, que sonreía de forma divertida, comprendía la impresión que había causado en sus padres y en su hermano, y les dijo:  
—Mamá, papá, Hans, esta es Katrin. Mi novia. O mejor dicho, mi prometida.

---

\* \* \*

---

Katrin Wiltjers había nacido en Spa, Bélgica. Tenía veintiún años, dos menos que Harald. Su padre, carnicero de profesión, era originario de Flandes, y su madre de Valonia. La madre de Katrin murió cuando ella era muy pequeña. Su padre tuvo que hacerse cargo de su educación. Katrin estudió enfermería en Lieja. Y aprendió idiomas, su gran afición, entre ellos el alemán, que hablaba de manera impecable aunque con un fuerte acento. Su padre fue uno de los primeros miembros del Partido *Rexista*, el partido ultraderechista y de estética filo nazi que dirigía León Degrelle. Katrin militó en una asociación de muchachas similar a la BDM alemana, donde se convirtió en una de sus líderes. Poco antes de la invasión nazi, su padre murió de un infarto sobre el mostrador de su carnicería, el negocio que regentó toda su vida. La joven Katrin se quedó en ese momento sin familia. Poco después de la invasión alemana, Katrin se presentó a las fuerzas de ocupación. Tras presentar su currículum político en el Partido *Rexista* y su título de enfermera, por el colegio de enfermería de Lieja, solicitó su ingreso en el servicio de enfermeras del Reich. Fue aceptada. La destinaron a Francia.

Fue allí donde conoció a Harald. Harald acudía todos los días al hospital militar, a ver a uno de sus mejores amigos, Hermann, herido en combate. El pobre muchacho había perdido un ojo y tuvieron que amputarle una pierna. Harald y Katrin se atrajeron desde el primer momento que se conocieron. Día tras día, se veían en el hospital, y luego Harald iba a buscarla a la hora que ella terminaba su servicio. Todo fue demasiado rápido, y además, tratándose de un miembro de las SS y una ciudadana extranjera, no exento de problemas. Pero al final, las SS dieron el visto bueno a la relación. En el primer fin de semana que Harald tuvo permiso, fueron a París. Un fin de semana inolvidable para los dos. Y de París, a aquella estación de tren de la capital del Reich. A Berlín.

---

\* \* \*

---

El día de *Jul*, el día del solsticio de invierno, Berlín estaba congelado. Pero pese al frío, a la guerra, a las restricciones, los berlineses se disponían a celebrar una festividad heredada de las primitivas tradiciones de los pueblos germanos y escandinavos, que las autoridades nazis habían impulsado durante años, intentando convertirla en la Navidad de la nueva Alemania, pero que en realidad, no lo habían conseguido. Los alemanes continuaban siendo fieles a los árboles de Navidad, los mercadillos navideños, los villancicos, las cenas de Nochebuena y las comidas tradicionales. En el imaginario popular del berlinés o del alemán de la calle, la *Julfest* era algo así como el inicio, el pistoletazo de salida de las fiestas de Navidad, pero

nada más.

Pero claro, para Hans y los entusiastas chicos de las Juventudes Hitlerianas, la *Julfest* era su auténtica Navidad. Después de la sorpresa que se había llevado en la estación con Katrin, la novia de su hermano Harald, Hans había regresado a la sede de las Juventudes para preparar el desfile del día de *Jul*.

Los chicos de las Juventudes Hitlerianas desfilarían por las gélidas calles de Berlín, desde sus sedes de origen hasta el Reichssportsfeld. El grupo de Hans, por ejemplo, lo haría desde su sede de Dahlem. Era un recorrido muy largo, cruzando medio Berlín. Por lo tanto, sobre las cinco de la tarde, los jóvenes estaban ya preparados para partir hacia el estadio, las banderas alzadas, las antorchas encendidas, los tambores tronando y la ilusión, haciéndoles incluso olvidar, que el invierno entraba esa noche y que el frío congelaba ya el aliento.

El desfile por las calles de Berlín se hizo muy duro aquella tarde de diciembre. Al frío intenso, hubo que añadir un viento helado, que provocó que en numerosas ocasiones, las antorchas se apagaran y las banderas parecieran quebrarse. Pero eso no importó a los chicos, ellos entonaban sus canciones de desafío y seguían adelante. Durante ese largo recorrido, Hans tuvo tiempo para pensar en la novia de su hermano, en Katrin. Se preguntaba cómo sería. Para empezar no era alemana, era belga. Hans no sabía si era una nacionalsocialista convencida, empezando por la cena de esa noche y durante el tiempo que ella permaneciese en su casa, Hans tendría que averiguarlo. Y luego, la chica parecía haberle gustado a su madre, a Helga, y eso a los ojos de Hans, era sospechoso. Pero claro, por otro lado Harald era miembro de las *Waffen SS*, había combatido ya por el Reich, y por lo tanto, su hermano no podía jugarse su carrera por una «sospechosa». Esa noche, Helga, Kurt, Harald y Katrin estarían en el estadio viendo la *Julfest*, viéndolo a él. Y después, cuando estuvieran en casa, Hans pondría en marcha su operación de observar y estudiar a esa nueva «posible» integrante de su familia.

---

\* \* \*

---

A primeras horas de la noche, Hans y cientos de chicos más formaban en las afueras del Reichssportsfeld. La imponente figura del estadio, donde se habían celebrado los Juegos Olímpicos de 1936, se alzaba ante ellos, mientras los nervios por su entrada en el recinto, atenazaba a los jóvenes, ya que como Hans, muchos de ellos eran protagonistas de un acontecimiento de esa importancia por primera vez. Hans había visto durante esos años muchos desfiles, en Núremberg, en Munich, en las calles de Berlín, desfiles en los que incluso había asistido el Führer, pero nunca hasta esa noche, él había sido protagonista.

Hans Petersen viviría esa noche dos experiencias que no olvidaría en toda su vida.

La primera se produjo en el momento en que atravesó la puerta del Reichssportsfeld. Ni el frío, ni la guerra, ni la amenaza de bombardeos británicos pudieron impedir que 80.000 personas se dieran cita en el coliseo berlinés para celebrar la *Julfest*. Hans formó cerca del centro del recinto, mientras en este retumbaban los tambores. Todo el estadio estaba engalanado con grandes banderas del Reich. En uno de los fondos se había instalado un púlpito, desde el que Josef Goebbels se dirigiría esa noche a un público fanático y entregado. Encima del púlpito, una gran águila del Reich, dorada, presidía la celebración. Antes de que Goebbels hablara, Hans asistió a un espectáculo que causó en él una gran impresión. Los chicos del *Streifendienst*, el Servicio de Patrulla, comenzaron a lanzar hacia el cielo grandes ruedas de fuego. Hans había leído en uno de los libros sobre viejos mitos, que antiguamente, los jóvenes germanos lanzaban ruedas de fuego desde lo alto de las montañas la noche del solsticio de invierno.

El lanzamiento de estas ruedas de fuego, daba paso al «discurso del fuego». Era el momento del *Doktor* Josef Goebbels, ministro de Propaganda del Reich, uno de los discursos que más cuidaba el mago de las ondas. A Hans le encantaba ese hombre. Escuchó con mucha atención cada una de las palabras que salían de la boca de Goebbels, palabras que les hablaban de sacrificios, de los grandes sacrificios que el Führer y el Reich pedían a sus ciudadanos en esos difíciles momentos, momentos en los que por primera vez, las bombas británicas caían sobre Berlín. Hans escuchaba siempre como embobado los discursos de aquel hombre, tanto a través de la Radio del Reich, como en los discursos grabados que solían poner en la sede de las Juventudes. A Hans le gustaba su mente fanática, sus ideales ciegos, sus palabras envenenadas contra sus enemigos. Sin embargo, cada vez que lo veía en persona le sorprendía su físico. Era un hombre bajo, moreno, extremadamente delgado, e incluso se balanceaba y cojeaba un poco al andar. Era un cuerpo más parecido al de sus padres, el cuerpo de funcionario, de «escribiente», que al cuerpo de soldado con el que Hans soñaba para sí, el cuerpo que estaba intentando conseguir en su paso por las Juventudes. Pero Hans, no comprendía una cosa. Si sus padres no podían poseer el cuerpo ario perfecto, el cuerpo de soldado, y tenían un cuerpo vulgar, como lo tenía Goebbels, ¿por qué al menos no podían tener su cabeza? ¿Por qué no podían disponer de ese compromiso fanático, esa lealtad absoluta al Führer y al nacionalsocialismo?

Tras el discurso de Goebbels, llegó el gran momento de Hans. El momento de los elegidos, de los mejores. Hans dio un paso al frente en su formación, y lo mismo hicieron, en otras formaciones, otros chicos, hasta un total de quinientos. Al ritmo de los tambores, avanzaron con sus antorchas hacia el centro del estadio. Y allí se unificaron y empezaron a girar. Del público asistente brotó una gran exclamación, y como por arte de magia, una gran esvástica, una esvástica de fuego, comenzó a girar en el centro del estadio. Hans disfrutó con los aplausos del público, con los gritos de

*Sieg Heil!* y *Heil Hitler!* que surgían de las gradas del estadio. Sabía que en ese momento, Kurt, Helga, Harald y Katrin, su prometida, estarían entre esas gradas entusiastas. Y mientras ochenta mil gargantas entonaban el *Horst Wessel Lied* y el *Deutschlandlied*, ellos, a los que les gustaba hacerse llamar los *Sonnerkind*, los niños del sol, giraban, giraban y seguían girando...

---

\* \* \*

---

La segunda gran experiencia para Hans esa noche, se produjo al regresar. Las Juventudes Hitlerianas habían decidido de forma sorpresiva, que el desfile de regreso se realizara atravesando la Puerta de Brandenburgo. Hans no podía dar crédito. Era uno de los sueños de toda su vida. Bajo aquella puerta, habían desfilado todos los grandes ejércitos de Alemania, los victoriosos ejércitos del Kaiser, los del Segundo y Tercer Reich. La Puerta de Brandenburgo había sido testigo del desfile más importante en la historia del nacionalsocialismo. Fue en 1933, cuando Hans sólo tenía tres años, pero lo había leído y revivido en su mente tantas veces, que parecía que lo hubiera vivido. Fue la noche en la que Adolf Hitler fue proclamado canciller de Alemania. Miles de miembros de las SA, los camisas pardas, algunas fuentes incluso hablaban de once mil, desfilaron a través de la Puerta de Brandenburgo, antorcha en mano, como hoy lo haría Hans, hasta llegar a la vieja Cancillería del Reich, donde Hitler los esperaba asomado en el balcón, ante la atónita mirada de Hindenburg. Eran los viejos combatientes, los de los años de lucha, los que Hans tanto admiraba.

Cuando Hans divisó en la lejanía la vieja puerta, símbolo de tantas cosas, se le arrasaron los ojos. Se mordió el labio con fuerza, intentando no llorar. No quería llorar. Los soldados no lloraban. Ni siquiera cuando los camaradas morían, como le sucedió a Astrid. A los camaradas muertos se les rendía tributo, pero por ellos no se derramaban lágrimas. Sólo flores sobre sus heroicas tumbas. Hans juró esa noche no llorar jamás ante el cuerpo inerte de un camarada. Mientras estos pensamientos cruzaban por su cabeza, comenzaban a caer los primeros copos de nieve. Hans miró hacia el cielo. Un pequeño copo de nieve se estrelló contra su mejilla, y otro, y otro... De la formación que avanzaba con paso firme hacia el histórico monumento, brotó un cántico:

*Dios acompaña a nuestro Führer,  
Que Dios bendiga su mano...*

En el momento que Hans llegaba a la Puerta de Brandenburgo, los primeros copos de nieve se habían convertido ya en una copiosa nevada. Elevó su mirada hacia la cuadriga que estaba en lo alto de la puerta, de espaldas a él, la diosa de la victoria tirando de su carro con los cuatro caballos. Se le volvieron a arrasarse los ojos, mientras



a duras penas, intentaba que su voz sonara tan solemne como la de sus compañeros.

*Dios proteja a Alemania,  
Nuestra profundamente amada patria...*

Cuando penetró bajo los históricos arcos de la Puerta de Brandenburgo, Hans Petersen estaba llorando.

---

\* \* \*

---

Esa noche mientras cenaban, y aunque permaneció como ausente durante casi toda la cena, Hans pudo enterarse de las dificultades que Harald y Katrin habían tenido para conseguir el permiso de boda. No había que olvidar, que Harald no era un soldado cualquiera del ejército alemán, sino un soldado de la élite militar del Tercer Reich, las *Waffen SS* y Katrin, una ciudadana extranjera.

Harald comenzó por contarles que ya no pertenecía al regimiento *Germania*. Se había producido una remodelación. Con la incorporación de nuevos voluntarios procedentes de las llamadas «tierras germánicas del Reich», como Flandes, Noruega, Dinamarca y Holanda, más los miembros ya activos del regimiento *Germania*, habían creado la división *Wiking*, al frente de la cual se había nombrado al general Felix Steiner. Como consecuencia de esta remodelación, Harald había sido ascendido. Ahora era un *SS Untersturmführer*, un oficial de grado inferior. Eso todavía complicaba más la relación de Harald con Katrin, su noviazgo y su compromiso de boda.

En el mismo momento en que Harald y Katrin formalizaron su relación, Harald comenzó a tramitar la solicitud de noviazgo y matrimonio por los conductos habituales. Lo puso en conocimiento de la Oficina de la Raza. En 1931, Himmler había decretado la orden de compromiso y matrimonio de las SS, que constaba de cuatro puntos principales. Eran estos:

1. Las SS son una asociación de hombres alemanes, definidos en función de su sangre nórdica y especialmente seleccionados.
2. De conformidad con la concepción nacionalsocialista del mundo, y reconociendo que el futuro de nuestro pueblo se basa en la selección y la conservación de la buena sangre alemana, libre de la contaminación de cualquier enfermedad hereditaria, es imprescindible que todos los miembros de las SS obtengan la autorización del Reichsführer de las SS antes de contraer matrimonio.
3. El consentimiento para el matrimonio sólo se otorgará en función de consideraciones raciales o físicas y teniendo en cuenta la salud congénita.

4. Si un miembro de las SS se casa sin obtener antes la autorización del Reichsführer SS o si se casa aunque se le haya negado dicha autorización, será expulsado de la misma.

Esas eran las normas de Himmler. Y Harald tendría que cumplirlas.

Durante la cena se habían creado dos frentes de conversación. Helga y Katrin estaban hablando de este tema, mientras Harald, Kurt y Hans hablaban de la guerra, de las experiencias de Harald en combate, de los franceses, de los planes del Führer. Pero los tres guardaron silencio, cuando a una pregunta de Helga, Katrin comenzó con el relato de las pruebas que tuvo que pasar en la Oficina de la Raza:

—Primero, Harald tuvo que presentar un informe sobre mí, en el que se indicaba que yo tenía antecedentes arios, y que por supuesto, mi sangre no estaba contaminada... ya sabéis...

—¿Contaminada? —preguntó Helga.

—Sí, sangres contaminantes. Sangre judía, sangre eslava, esas cosas...

Al observar que Harald, Kurt, y Hans la estaban escuchando en silencio, Katrin calló. Hans hizo con su rostro un gesto de disgusto, estaba entusiasmado hablando de la guerra, pero ese otro tema...

—Luego, tuve que acudir a la Oficina para someterme a las pruebas médicas y raciales —continuó Katrin—. No fue agradable. No sé si debería contarlo...

—Sigue, por favor —dijo Helga.

Katrin miró a Harald. Este hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Bueno, en la Oficina de la Raza no hay uniformes negros, aunque pertenezca a las SS, sólo batas blancas, allí todos son médicos y científicos. Anatomistas, analistas, forenses... nada más llegar, hacen que te desnudes completamente y te dejan allí sentada, en una vieja silla de madera. La verdad, resulta un poco humillante. Luego te hacen pasar a una especie de cuarto, un cuarto de medición...

—¿Un cuarto de medición? —preguntó Helga—. ¿Qué es un cuarto de medición?

—Verás, allí hay un aparato de madera del tamaño de una persona. Si os digo la verdad, no sé ni cómo describirlo, y eso que yo he visto muchos utensilios de medicina raros, tanto en la escuela de enfermería de Lieja, como en los hospitales militares en los que he servido, pero ese aparato... todo él está lleno de artilugios de medición. Literalmente, tienes que «encajar» en él. Luego, te tallan y te pesan. Y comienzan a medir. El cráneo, la mandíbula, la nariz, los hombros, el pecho, los brazos, las manos, las caderas, las piernas, los pies. Un anatomista toma nota de las medidas en una libreta. Otro doctor te hace fotografías.

—¿Te hacen fotografías? —preguntó Helga escandalizada—. ¿Pero para qué?

—Las mandan a la oficina del *Reichsführer*, junto al historial y los análisis sanguíneos —ahora hablaba Harald—. Se comenta que Himmler en persona estudia cada una de esas fotografías, lupa en mano. Lo hace antes de dar su visto bueno.

—¿Y en eso pierde el tiempo Himmler en mitad de una guerra? ¿En observar fotografías con una lupa? —preguntó Helga.

Hans, que había permanecido muy callado escuchando el relato de Katrin, se dirigió entonces a su madre, con un rictus serio, como molesto, y le dijo:

—Intentan que no se mezcle con nosotros ningún elemento racialmente indeseable, mamá. Eso es tan importante como la guerra, nos lo han dicho en las Juventudes.

Se hizo un extraño silencio. Helga observó que Katrin miraba al chico fascinada. Hans le había producido a la prometida de Harald una profunda impresión desde que lo había visto en el andén de la estación. Pasados unos segundos, Katrin prosiguió con el relato:

—Después de la medición, pasas a otra estancia. Lo de allí es más tolerable, porque se trata de un examen médico rutinario. Te auscultan, te toman la tensión, te examinan los ojos y la garganta. Te hacen varios análisis de sangre.

—¿Y todo eso para poder tener una relación con un chico al que quieres? —Helga continuaba escandalizada ante lo que estaba escuchando.

—Son las normas, mamá —le contestó Harald—. Todo esto ya lo sabíamos cuando ingresamos en las SS.

—Después del examen médico, está el ginecológico. Te hacen tumbarte en una de esas camillas que tienen dos soportes para colocar las piernas. Son varios los ginecólogos y médicos que te visitan. Permaneces en esa posición mucho tiempo. Las pruebas son para determinar que estás en condiciones de fecundar. De lo contrario, se pueden negar a que continúe la relación.

—Mandamos los resultados de las pruebas a la Oficina del *Reichsführer*. Y dieron positivas. Parece que Katrin le gustó a Himmler. Nos autorizaron a continuar nuestra relación y a poder casarnos —apuntilló Harald.

—¿Y cuándo será la boda, Harald? —preguntó Helga—. Habrá que prepararlo todo...

—En cuanto llegue el buen tiempo. Yo había pensado en mayo. Me gustaría que nos casáramos en el Grunewald, en ese restaurante que hay en las cercanías del pabellón de caza, al aire libre, no en su interior. Pero no te preocupes por los preparativos, mamá, corren a cargo de las SS.

---

\* \* \*

---

Más adelante, esa misma noche, mientras Harald, Helga y Kurt seguían hablando en el salón, Hans le enseñó la casa a Katrin. Y su propia habitación. Allí Katrin vio el gran mapa de Europa en el que Hans seguía el día a día de la guerra, el retrato del Führer colgado frente a su cama, el cuadro de la valquiria y el guerrero, que una chica

de la BDM le había regalado en una tienda de recuerdos del partido en Núremberg... y el armario del chico. Hans le estaba mostrando a Katrin la variedad de sus uniformes de las Juventudes, cuando ella recayó en los uniformes de Astrid. La joven le preguntó:

—¿Y estos uniformes, Hans? Son uniformes de chica, unos uniformes preciosos, por cierto, no como los que teníamos nosotras en Bélgica —Katrin cogió la manga de una de las camisas y la olió—. Y huelen muy bien, un delicado perfume de lilas. ¿De quién son?

Inesperadamente, Hans se puso muy serio y cerró rápidamente el armario. Miró fijamente a Katrin y le dijo:

—De una camarada. Ella murió. Yo cuido de sus uniformes. Me gusta que huelan como olía ella. Es una historia muy triste. A lo mejor, cuando te conozca más, algún día, te contaré su historia.

El chico salió de su habitación. Katrin se quedó observándolo, mientras este, se encaminaba por el pasillo hacia el salón. Instintivamente, sin saber por qué, elevó su mirada y miró el cuadro del Führer. Inquietante, esa era la palabra. Hans, del que Harald tanto le había hablado, era un niño inquietante.

---

\* \* \*

---

Harald le había pedido a Hans que le enseñara la casa a Katrin para poder hablar un rato a solas con sus padres. Tenía que pedirles algo:

—Mamá, papá, os tengo que pedir un favor. Es sobre Katrin. Ella no tiene familia y no me gustaría que volviera de enfermera al frente. Es muy arriesgado. En cuanto la situación se estabilice y pueda regresar más a menudo a Berlín, tengo pensado buscar un piso para nosotros, un piso en el que ella se sienta a gusto, de esos que tienen jardín, pero de momento, me gustaría que Katrin se quedase aquí en Berlín, con vosotros. En casa ahora hay sitio de sobra, podría dormir en mi habitación. Y si no es mucho pedir, podrías ayudarla a conseguir un empleo, en algún hospital...

—No hay ningún problema, Harald —dijo Kurt—. Mira, esta semana han quedado vacantes varios puestos de telefonista en la DAF, y ella habla un alemán perfecto. Es un trabajo aburrido, y no muy bien remunerado, pero estando con nosotros en casa, no le faltara de nada. ¿Verdad Helga?

—Por supuesto, Harald, por supuesto que ella se puede quedar. Estará muy bien con nosotros —dijo Helga.

—Estoy seguro, mamá. Gracias papá. No os causará problemas, es una buena chica. Sólo está un poco falta de cariño. No ha tenido una vida fácil.

Katrin había observado, en el poco tiempo que los conocía, muy bien a la familia de Harald. Kurt, su padre, parecía un buen hombre, aunque Katrin pensaba que un poco falto de autoridad. No era la pieza central de aquella familia. Kurt, pensó Katrin, era un funcionario del partido nazi, porque los nazis gobernaban Alemania. Pero pensó que podría haber sido también funcionario de los bolcheviques si estos ostentaran el poder. Sin embargo, el núcleo fuerte de esa familia eran Helga, la madre, y Hans, el chico. En cuanto a Helga, Katrin pensaba que aparte de ser una mujer sumamente atractiva y elegante, poseedora de una elegancia natural, era muy inteligente. Una mujer culta, una mujer de gran formación. Se notaba que su padre había sido un académico y su madre una gran dama de la vida berlinesa, porque estaba dotada de unos conocimientos y de una personalidad, que desgraciadamente, no todas las mujeres europeas de esa época podían tener. Katrin pensó, que no le resultaría difícil ganarse a Helga. Ella había estudiado, tenía también una buena educación, le gustaba la música, como a Helga, y podía ofrecerle un buen nivel de conversación.

El chico era otra cosa. El chico era difícil. Poseía un fanatismo ciego, como ella no había visto ni en muchos hombres de las SS. Y luego, estaba el asunto de la mirada, el asunto de sus ojos. Eran fascinantes. Unos ojos centelleantes, vibrantes, casi diabólicos. Katrin no tardaría en darse cuenta, que esos ojos ardientes eran muy comunes en Berlín, en cuanto comenzara con Helga a recorrer la ciudad. Pero curiosamente, esa mirada, esos ojos, siempre se veían en niños. En niños vestidos con uniformes de las Juventudes Hitlerianas. ¿Qué les habían inculcado a todos esos niños? ¿Sería verdad que estaban creando una raza distinta, una raza especial? ¿Qué ardía detrás de aquellos ojos, dentro de aquellas mentes? Katrin sabía que ganarse al chico le costaría mucho. Pero lo intentaría, era curiosa de nacimiento, y quería descubrir qué había en el interior de aquellas jóvenes mentes.

Lo que Katrin Wiltjers no podía ni imaginar, es que se acabaría ganando al chico por un pequeño accidente de convivencia doméstica. Por una casualidad.

Helga se quedó muy impresionada con la historia que Katrin había contado sobre sus pruebas en la Oficina de la Raza. Le preguntó a su hijo:

—¿De verdad era necesario todo eso para conseguir el permiso de matrimonio, Harald?

—Sí, mamá, es el trámite obligatorio en las SS. Pero eso no es ni mucho menos lo peor que sucede en las SS. Ni mucho menos.

Harald y Helga estaban ahora solos, en el salón. Kurt y Hans se habían acostado,

y Katrin estaba organizando todas sus cosas en la habitación de Harald.

—¿Cosas peores, Harald? ¿A qué cosas te refieres?

Harald se quedó pensativo, no sabía cómo explicárselo a su madre. Una luz sombría había invadido sus ojos.

—¿Habéis oído hablar aquí, en Berlín, de los *Lebensborn*, mamá?

—No, nunca he oído hablar de eso. ¿Qué es, Harald?

—Son clínicas, mamá, clínicas de maternidad. La Sociedad fuente de la vida, una rama de las SS que se encarga de todo lo relacionado con la maternidad, creó una fundación llamada *Mutter und Kind*, Madre e Hijo. El objetivo es abastecer al Reich de niños de pura sangre nórdica. Niños arios perfectos, nacidos de mujeres y hombres arios perfectos.

Helga no podía dar crédito a lo que estaba escuchando. En muchas ocasiones en los últimos años, Helga había tenido la sensación de estar viviendo dentro de una novela de ciencia ficción. Pero lo que había escuchado esa noche de boca de Katrin y lo que ahora le estaba contando su hijo, excedía con mucho la idea que ella tenía de la Alemania de Adolf Hitler. Harald prosiguió su relato.

—Tienen casas, mamá. Casas llenas de chicas. Todas nórdicas puras. La mayoría de las chicas acuden allí voluntariamente, sólo quieren ofrecerle un hijo al Führer. Muchas de ellas pertenecen a la BDM. Pero otras...

—¿Otras qué, hijo?

—Últimamente han traído a muchas chicas de Noruega. Hay comentarios que dicen que se las arrebatan a sus familias, pero yo no lo creo. Las chicas son ofrecidas a los miembros de las SS. No hay nada de sentimientos, nada de «humano» en esos encuentros. Es pura procreación animal. Llegas, las saludas, te desnudas, copulas, te despidas y te vas. Nada más. Los miembros de las SS vuelven a lo suyo, y las chicas permanecen en esas casas hasta que dan a luz. No sé lo que pasa luego con los niños. He oído comentar que se entregan a familias seleccionadas, pero no sé si es cierto...

Casi sin darse cuenta, Helga se había llevado las manos a la boca. Una horrible palabra vino a su mente. Criaderos humanos. Su hijo Harald le estaba hablando de criaderos humanos. Y eso estaba pasando en la Alemania de 1940. ¿Pero hasta dónde estaban dispuestos a llegar los nazis? ¿En qué locura se estaba convirtiendo todo aquello? Ahora ya no se trataba sólo lo que estaban haciendo con los niños como Hans, ahora Harald hablaba de algo más horroroso, de algo más escalofriante. De chicas arias que se entregaban voluntariamente, o no, a los guerreros del Norte. Para ofrecer niños al Führer.

Permanecieron mucho tiempo en silencio, sólo mirándose. De repente, a Helga todo eso le recordó algo, una duda, algo que quería preguntarle a Harald.

—Harald, te voy a hacer una pregunta. Te parecerá una tontería. En realidad, es una tontería... ¿Tú alguna vez has soñado con lobos o con seres mitológicos o

con...?

Harald sonrió. Volvió a ser el chico jovial de siempre.

—Es por Hans, ¿no? No, mamá, yo nunca he soñado con lobos, ni con seres de ningún tipo. Pero no te debes preocupar, lo de Hans es normal. Siempre, desde pequeño, ha sido un niño muy fantasioso. En la escuela, en las Juventudes, los inundan con esas historias de héroes legendarios. Y luego están todas esas otras cosas, ya sabes, la propaganda, los desfiles... yo he vivido esas cosas, no en las Juventudes, pero sí cuando era recluta en las SS. No es sólo la ideología, ni los discursos, ni las proclamas, son todas esas otras cosas, la camaradería, los juramentos, el honor, la lealtad, las viejas leyendas, todo ese mundo. La sangre y la raza. El espíritu de pertenencia. Supongo que Hans, como yo en su día, se siente como si fuera miembro de las viejas tribus germánicas. No debes preocuparte por él, en el mundo que vivimos, lo de Hans es normal.

Helga no se quedó muy convencida. Evitó hablarle a Harald de las pesadillas de Hans cuando era pequeño, pesadillas que le hacían enfermar. Ni le habló de esos extraños dibujos, dibujos en los que los niños de las Juventudes Hitlerianas yacían muertos, terriblemente mutilados en el interior de una fosa, con sus rostros sonrientes «felices de morir por Alemania». Ni le habló del extraño caso de Astrid Müller, la chica que se suicidó en su campamento y cuyos uniformes colgaban al lado de los de Hans, en su armario. Ese asunto seguía torturando a Helga. Pensaba en él todos los días.

Harald se incorporó sobre la mesa. Parecía que se había perdido en sus propios pensamientos. De pronto, dijo:

—Lo peor viene después, mamá. Esas cosas se empiezan a perder, se pierden tantas cosas...

Otra vez la luz sombría había invadido los ojos de Harald.

—¿Qué es lo que se pierde, Harald?

—La fe, mamá. La fe en lo que hacemos. La fe en lo que somos. Cuando ves todas esas cosas...

—¿Qué cosas, Harald? ¿La guerra?

Harald se levantó, besó a su madre y le dijo:

—Bueno, mamá, me voy a la cama. Estoy muy cansado, y el cansancio me hace decir tonterías. El viaje desde Francia ha sido muy largo y pesado.

—Buenas noches, hijo. Que descanses.

Cuando Harald ya iba a abandonar el salón, Helga le hizo una última pregunta:

—Harald, eso que has contado de los *Lebensborn*, ¿no serán también leyendas? ¿Tú has visto esos lugares?

—Mamá, creía que lo habías entendido cuando te lo he contado. Es extraño en ti, que algo así se te haya pasado. Sabes, cuando Katrin y yo tengamos un hijo, será al

primer hijo que conozca, pero no será mi primer hijo. Yo he estado con esas mujeres, mamá. Yo he estado en los *Lebensborn*.

---

\* \* \*

---

Los días que transcurrieron entre el *Julfest* y la Nochebuena, fueron días de mucho ajetreo en casa de los Petersen. Compraron un gran árbol de Navidad, que Harald y Kurt decoraron. Hans no dijo nada, pero no le gustó la idea del árbol. Él había colocado en la puerta de entrada de su casa una rueda de Navidad formada por runas y esvásticas, que los chicos de las Juventudes Hitlerianas habían estado confeccionando durante toda la semana. Puso de excusa que tenía cosas que hacer en la sede de las Juventudes para no asistir a la decoración del árbol. Aquellas navidades, Harald se propuso que no hubieran privaciones en su casa. Compraron mucha comida, porque pese a las cartillas de racionamiento, en Berlín se movía un amplio mercado negro. Y Harald tenía un sueldo importante en las SS. En aquellos días, con ese dinero se podían comprar muchas cosas.

Helga dejó de acompañar a Magda a la iglesia y se volcó en Katrin. Salían juntas todos los días, recorrían las tiendas de la Kurfürstendamm, las cafeterías, las grandes boutiques. Katrin, como había previsto, se ganó muy fácilmente a Helga. Y también a Hans. Aunque Katrin Wiltjers ni siquiera fue consciente de ello.

Hans, Harald y Katrin compartían el baño del pasillo. Una mañana, el día anterior a Nochebuena, Hans se disponía a entrar en el baño. Como no escuchó el ruido del agua al caer, abrió la puerta y entró. Katrin se acababa de duchar y se estaba secando con una toalla. La chica se quedó muy cortada, casi lo mismo que Hans.

—Perdona, Katrin, no sabía que estabas tú.

—No te preocupes, Hans, dame un minuto. Ya salgo.

De pronto, vio que el chico cambiaba de actitud. Cambiaron sus ojos. Le dirigió una extraña mirada, una mirada distinta. Una mirada que Katrin no tenía registrada, que nunca había visto en los ojos del chico.

—Perdona otra vez. Estaré más atento. No volverá a pasar.

Hans salió del baño y entró en su habitación. Se sentó en la cama. Y sonrió. Podía confiar en ella. Hans estaba muy feliz. Ahora tenía una camarada, una confidente dentro de su casa. Alguien como Heinz y Rudi. O mucho mejor, alguien como Astrid. Porque como ella, era una chica mayor. Y podría confiar en ella, mucho más que lo hacía en sus compañeros de las Juventudes. Y lo necesitaba. Necesitaba compartir con alguien algunas cosas, alguien que no estuviera dentro de las Juventudes. Alguien que fuera como él, alguien que fuera uno de los suyos. Y Katrin lo era. No volvería nunca a dudar de ella. Nunca.





Aquellas navidades fueron las más felices que Hans pasara en toda su vida. Su hermano Harald estaba en casa, había descubierto a una aliada en Katrin, su futura cuñada, Helga y Kurt parecían volver a ser los de antes, incluso se demostraban muestras de cariño, y los aviones ingleses no hicieron su aparición en el cielo de Berlín, dándoles un pequeño descanso.

La cena de Nochebuena fue magnífica. Helga y Katrin la estuvieron preparando toda la tarde, mientras Harald, Kurt y Hans hablaban en el salón. Hablaban del tema favorito de Hans, la guerra. Una vez terminada la cena, Helga llevó al salón su gramófono para que Harald pusiera unos discos que había adquirido en una tienda de París. Música de Navidad, música americana. Había unas versiones en concreto del *Adeste Fidelis* y del *Silent Night* interpretadas por una cantante de color y un coro de espiritual negro, que Harald había comprado porque sabía que a su madre le entusiasmaría. No se equivocó. Era música que en ese momento era imposible encontrar en Berlín. Sin embargo, Katrin que había estado estudiando a Hans durante toda la cena, se pudo dar cuenta que al chico esa música no le hacía ninguna gracia. Hans lo dijo varias veces, hubiera preferido esa noche escuchar la Radio del Reich y un programa que se emitía de canciones patrióticas. En una ocasión, Katrin vio cómo Hans cogía uno de los discos y miraba la cara de la cantante que interpretaba esas canciones. La miraba con un rictus de aprensión en su rostro.

La velada se prolongó hasta alta horas. Luego, todos se fueron retirando. Primero, Helga y Kurt. Después, Harald. Pese a que su madre le había mandado a la cama, Hans, que como al día siguiente era Navidad y no tenía nada que hacer, se resistió a acostarse. Él y Katrin se quedaron los últimos. La joven vio la oportunidad de acercarse al chico. La posibilidad de contactar con él.

Fue una situación extraña. Hans y Katrin estaban sentados frente por frente en la gran mesa del salón. Hans tenía su mirada clavada en Katrin, con ese misterioso brillo centelleante en sus ojos. Katrin había descubierto determinadas miradas características del chico. A esa mirada la llamaba «la mirada de las grandes ocasiones». Mientras tanto, ella jugueteaba con las mangas de su blusa, y ocasionalmente, le lanzaba a Hans miradas furtivas acompañadas de una sonrisa. Pero el chico no sonreía. Fue Katrin la que decidió romper ese extraño silencio.

—Hans, tu madre me ha dicho que dibujas muy bien. ¿Me harás algún dibujo?

—Sí, cuando tú quieras, Katrin. ¿Quieres ver mis dibujos?

—Sí, me haría mucha ilusión.

El chico se levantó de la silla, le lanzó una sonrisa y salió del salón en dirección a

su habitación.

¿Así, tan fácil? Katrin no entendía nada. Parecía que el chico hubiese estado esperando que ella dijera cualquier cosa para poder entablar conversación. Pero... ¿Enseñarle sus dibujos así, a la primera? Ella pensaba que sería mucho más difícil, ella y Helga ya lo habían hablado. Helga le había dicho que tuviera paciencia con él, que estaba en una edad difícil, viviendo una situación difícil...

Hans volvió con una gran carpeta azul. Katrin observó que en el chico había titulado la carpeta «Mis dibujos». Hans extendió los dibujos por la mesa, delante de Katrin. La joven se quedó sobrecogida. Lo primero, los dibujos eran geniales, de un realismo «anormal» para estar hechos por un niño que estaba a punto de cumplir los once años. Algunos de ellos, parecían fotografías. Y después, estaba la temática. Había retratos del Führer, de compañeros suyos en las Juventudes. Y de lobos. Muchos dibujos de lobos. Y de un ser extraño. Un ser que parecía una chica, pero que no lo era. Que se parecía a la valquiria que Hans tenía en un cuadro en la pared sobre la cabecera de su cama, pero que no lo era. Porque la pregunta era: ¿Qué era aquello?

—¿Qué es esto, Hans? —preguntó Katrin señalando al extraño ser.

—Ah, eso. Una valquiria.

---

\* \* \*

---

Helga no podía dormir. Se levantó de la cama para dirigirse al baño, cuando se detuvo en seco al observar que en el salón aún había luz. Salió al pasillo y, procurando no hacer ruido, se acercó a la puerta del salón. Eran Katrin y Hans. Helga no podía dar crédito a lo que estaba viendo. Hans tenía todos sus dibujos extendidos sobre la mesa y se los estaba enseñando a Katrin. Lo que jamás había hecho con ella. Ella, que era su madre. ¿Pero por qué se estaba comportando su hijo así? ¿Por qué confiaba más en esa chica que había conocido tres días antes que en ella, que en su propia madre? Helga decidió permanecer allí y escuchar lo que Hans decía.

Esa noche, Helga Petersen conocería cosas de su hijo que, de otra manera, jamás hubiera conocido, pero que posiblemente ella hubiera querido no conocer nunca. Cosas que provocarían que Helga se sumergiera aún más en ese profundo pozo infernal en que se había convertido su vida.

---

\* \* \*

---

—¿Una valquiria? Pero yo he visto ilustraciones y dibujos de valquirias, Hans, y no eran así.

—Esa valquiria no es una ilustración más, Katrin. Esa valquiria aparecía en mis sueños. Soñé con ella hace algunos años, cuando era más pequeño. Sabes, en una

ocasión leí en un libro que nos mandó comprar mi antiguo profesor, Herr Fritz, un libro sobre mitos germánicos, que nuestros antepasados creían que, en algunas ocasiones, Wotan permitía que los soldados vieran a sus valkirias en sueños. A lo mejor, yo he sido tan afortunado como aquellos antepasados nuestros.

—¿Pero ellas son reales para ti, Hans? ¿No son un mito legendario?

—¿Un mito legendario? No sé lo que os habrán enseñado en Bélgica, Katrin, pero las Valkiria son reales. Nuestros antepasados creían en ellas, y su religión era mucho más antigua que el cristianismo y todos esos rollos de los curas —Hans desvió inconscientemente la mirada al árbol de Navidad—. Nuestro antiguo profesor, Herr Fritz, que era un hombre sabio, nos contó muchas historias recientes sobre la existencia de las valkirias durante nuestras clases de mitología y viejas tradiciones. Por ejemplo, nos dijo, que se cuenta que fueron los susurros de una valkiria en la oscuridad de la noche lo que llevó a los generales Hindenburg y Ludendorff a conseguir la victoria en la batalla de Tannenberg. Y a nuestro propio Führer le salvaron de la ceguera. Fue durante la Gran Guerra, en las trincheras del frente de Ypres. El Führer y su regimiento fueron atacados con gas mostaza. El Führer perdió la visión, pero, según se cuenta, una valkiria acarició sus ojos para que pudiera seguir viendo y guiara al pueblo alemán hacia su glorioso futuro. Herr Fritz nos dijo, que en las semanas siguientes, mientras convalecía de sus heridas, el Führer escuchó voces y tuvo una visión. Sería esa misma valkiria la que le revelaría su futuro.

Katrin escuchaba al chico entre fascinada y aterrorizada. Katrin Wiltjers no era una chica fácilmente impresionable, pero todo lo que contaba ese chico, le estaba impresionando. La fe, la certeza con la que hablaba de esas leyendas. La convicción absoluta con la que defendía esas historias. El chico era capaz de conseguir, que cualquiera que lo escuchara, acabara creyéndolas. El pasaje que había relatado Hans, sobre la valkiria que había susurrado a los generales Ludendorff y Hindenburg en la batalla de Tannenberg, le recordó a Katrin a su padre. Katrin recordaba, que muchas veces cuando era pequeña, su padre, que había combatido contra los alemanes en el frente del río Lys, le había hablado de «El ángel de Mons». Contaba su padre, que durante el avance de los ejércitos del Kaiser sobre la población de Mons, en el sur de Bélgica, un ángel, montado en un caballo blanco y con una espada de fuego en su mano, había aparecido en mitad de la batalla y, defendiendo a los aliados, se había dirigido a los soldados del Kaiser de manera amenazadora y agitando su espada, les había ordenado: «Marchaos de aquí. No permitiré que sigáis adelante». Por supuesto su padre siempre terminaba diciendo, que eso se debía a delirios, a visiones de la Gran Guerra, producto del cansancio, del agotamiento. Quizás a los efectos del gas mostaza. Pero resultaba curioso que ahora un niño, cuyo país había combatido en el otro bando, hablara también de Valkiria que guiaban a ejércitos en la noche. Ángeles y valkirias. La idiosincrasia de la Gran Guerra. Dos concepciones distintas de Europa,

la occidental y la central, que siempre parecían condenadas a colisionar.

—¿Y todos los soldados tienen su valquiria? —preguntó Katrin. Como cuando su padre le hablaba de esas cosas, la historia de valquirias del chico le estaba entusiasmando.

—Sí. Ellas nos alumbran al nacer. Nos protegen durante toda nuestra vida. Y cuando caemos en el campo de batalla, recogen nuestra alma y la suben al Valhalla. Nos convierten en inmortales.

Katrin pasó su mirada por el extraño ser que tenía delante, el extraño dibujo de Hans.

—¿Y estos símbolos? Parece como si estuvieran grabados o tatuados en su piel...

—Mira, Katrin, las valquirias esconden en su cuerpo el código de nuestra vida. Yo lo he visto en mis sueños, esculpido sobre su cuerpo, sobre su piel. Sólo que no lo he sabido interpretar. Nadie lo puede interpretar. Supongo que lo hacen por nuestro bien, sería demasiado horrendo conocer todo sobre nuestra vida. Y sobre nuestra muerte. Sabes, yo creo que entre esos símbolos se encuentra la fecha de nuestra muerte. Y el lugar en que ella tendrá que recoger nuestra alma.

Katrin cogió más dibujos. En estos la valquiria estaba dibujada en diferentes posiciones.

—¿Y aquí qué hace? —Katrin le mostró el dibujo, donde dos grandes espadas salían de sus manos.

—Nos entrega las espadas para la guerra. Mira, en este otro, nos ofrece el estandarte ensangrentado, nuestra propia Bandera de Sangre.

—¿Os ofrece...?

—Sí, en mis sueños, yo siempre estaba rodeado de niños y de niñas, de chicos y de chicas. Yo siempre he creído que esta valquiria es nuestra valquiria, la valquiria de la juventud. Ella es la encargada de guiarnos en nuestro día a día. En el futuro, cuando llegue nuestro momento, nos guiara en la batalla.

Katrin observó que el ser siempre estaba sobre un gran torbellino.

—Y este torbellino, ¿qué significa?

—No lo sé, es el lugar del que procede. Ella siempre emerge de ese torbellino.

Katrin había cogido otro dibujo. Era más siniestro que los anteriores. La valquiria parecía lanzar niebla por la boca.

—¿Y esto, Hans? Parece que haya una alambrada. ¿Qué significa?

—Está colérica, muy enfadada. Lanza niebla por la boca sobre la alambrada.

—¿Y qué hay tras la alambrada, Hans?

—Qué hay, no, quién hay. Nuestros enemigos. Aquellos que no son como nosotros, Katrin. Aquellos que no están entre nosotros.

En el pasillo, Helga estaba aterrada. Esa era la explicación que Hans daba a sus dibujos. Continuamente, mientras escuchaba hablar a Hans, se llevaba las manos a la boca. Valkirias, la batalla de Tannenberg, la ceguera de Hitler, esa historia de las buscadoras de almas, la muerte en el campo de batalla. El código de la vida... ¿Pero de qué estaba hablando Hans? ¿Quién le había metido todo eso en la cabeza? ¿Era sólo el producto de su fantasía, de su imaginación?

Helga Petersen todavía no había escuchado lo peor. Cuando lo hiciera, todas esas historias de valkirias le parecerían insignificantes.

---

\* \* \*

---

—Veo que tienes muchos dibujos de lobos. Pero sus ojos...

—¿Se parecen a los ojos del Führer, verdad? A mí los ojos del Führer siempre me han recordado a los ojos de Freki, uno de los lobos de Wotan que aparecía en nuestro libro de mitos germánicos. Quizás por eso, en los años de lucha, al Führer le llamaban lobo. En mis sueños, el lobo siempre aparecía junto a la valkiria. Ella le guiaba y él disponía.

Katrin recayó en algo. Recordó lo que el chico había dicho sobre la batalla de Tannenberg, los susurros de la Valkiria en la oscuridad de la noche que habían guiado a Hindenburg y a Ludendorff en la batalla. Y sobre la ceguera del Führer, y las voces y la visión durante su recuperación. «La valkiria lo guiaba y él disponía», había dicho Hans. El lobo, el Führer como ente político, y la valkiria, como ente espiritual, sobrenatural. Visto así, para ese chico, para Hans Petersen, el nacionalsocialismo no era sólo un movimiento político. Visto así, era una religión.

Hans había dejado, de manera intencionada, un único dibujo dentro de la carpeta. Katrin lo cogió. Era el dibujo de una chica. Uno de sus mejores dibujos, esos que parecían fotografías. Era una chica muy guapa, con unos grandes y expresivos ojos azules y una bonita sonrisa. El dibujo era tan real, que hasta se distinguían unas pequeñas pecas alrededor de su nariz. Tenía su cabellera rubia, recogida a un lado, cayendo sobre su pecho. De no haber sido porque Hans la había dibujado con la blusa de la versión femenina de las Juventudes Hitlerianas, la chica podría haber pasado por una actriz de cine o una de esas maniquís que pasaban ropa para las damas acaudaladas. Katrin miró a Hans y le dijo:

—Esta chica es la que murió, ¿no, Hans? ¿Los uniformes que hay en tu armario son de ella, verdad?

El chico entristeció de repente. Su mirada perdió el brillo, se convirtió en lejana, como si estuviera a muchos kilómetros de allí. Y lo estaba. Había regresado a un oscuro bosque en la cordillera del Harz. Sus ojos centelleantes se convirtieron en mortecinos.

—Sí. Es Astrid Müller. Murió en el campamento de las Juventudes en el que participé este verano, en las montañas del Harz.

—¿Qué le pasó a esa chica, Hans? ¿Por qué murió?

—No se lo he contado a nadie, Katrin. Ni a mis padres, ni a mis mejores amigos. He jurado que lo que sucedió entre Astrid y yo, se vendrá conmigo a la tumba...

—Perdona, Hans, yo no sabía que eso afectaba a tu juramento...

—Pero lo romperé contigo, Katrin. Serás la única persona del mundo que lo conozca. Sé que puedo confiar en ti, estoy convencido. Y tengo la sensación que sólo tú podrás entender su historia. Sabes, en cierta manera, te pareces un poco a ella. Romperé contigo el juramento, porque sé que contártelo a ti, será como no haberlo roto nunca.

—Hans, no es necesario que me cuentes... si tú no quieres...

—¿Quieres conocer la historia, si o no, Katrin?

—Sí. Me gustaría conocerla.

—Te dije que era una historia muy triste, Katrin...

—Es igual. No me importa. Estoy acostumbrada a las cosas tristes. Mi vida también ha sido muy triste, Hans.

Hans cogió entre sus manos el dibujo de Astrid. Clavó su mirada en él. Estuvo así unos segundos. Unos segundos que para Katrin se hicieron interminables.

Y entonces, Hans comenzó a contarle la triste historia de Astrid Müller. Y lo que sucedió la noche que ella murió.

---

\* \* \*

---

Por espacio de una hora, Hans le contó a Katrin la historia de Astrid, y todo lo que sucedió aquella noche en su tienda. No ocultó nada. No maquilló nada. Le habló de su conversación con Astrid, del ritual de sangre, de la esvástica dibujada en su espalda, lo que Hans llamaba «dibujar sobre piel humana». Katrin escuchó toda la historia en silencio, entre emocionada y aterrada. Cuando Hans terminó su relato, el día que colocó el retrato de Astrid en el santuario de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem, Katrin Wiltjers estaba llorando.

---

\* \* \*

---

En la soledad del pasillo, Helga Petersen permanecía sentada en la silla que había pertenecido a la casa de su padre, con la vista perdida en algún punto del pasillo. Le parecía increíble, imposible que fuera verdad, la historia que su hijo Hans había contado. Llegó a pensar, o mejor, quería pensar, que todo eso era otra pesadilla de Hans, otro sueño. Harald le había hablado de la proverbial fantasía del muchacho,

pero aquello era demasiado real, demasiado duro para ser obra de su imaginación. Tenía que hacer algo. Hablar con alguien. Tenía que saber si todo eso era verdad. Pero no sabía por dónde empezar. Quizás hablara con los padres de Heinz, al fin y al cabo, Astrid era la novia de su hijo mayor, Karl. Quizás ellos tuvieran alguna información relacionada con la muerte de la chica. Pero tenía que saber la verdad. Saber si esa chica, Astrid Müller, se había llevado a la tumba, sobre su espalda, un dibujo de su hijo.

---

\* \* \*

---

Cuando Hans terminó su relato, un profundo silencio invadió el salón. Hans se levantó y recogió sus dibujos. Al cabo de unos minutos, mientras lo observaba, Katrin le preguntó:

—Hans, quiero hacerte una pregunta. ¿De verdad tú no ayudaste a morir a Astrid?

—No. Ya te he dicho, que cuando abandoné su tienda, Astrid estaba dormida. No sé que pasó a continuación. No sé por qué lo hizo. O sí. Quizás aún soy demasiado pequeño para entender el mundo de los adultos, y ella era una chica mayor que yo, como eres tú. Sólo sé que Astrid cogió una de esas sogas que utilizábamos para sujetar las tiendas más grandes, se internó en el bosque y se suicidó.

—¿Y si te lo hubiera pedido? ¿Y si te hubiera solicitado ayuda para quitarse la vida? ¿Le hubieras ayudado?

Al escuchar esa pregunta, el rostro de Hans cambió. Regresó a él la mirada fanática, la mirada vibrante y centelleante que había estado ausente de sus ojos durante todo el relato. Hans le dijo:

—Sí, sin dudarlo. Hubiera hecho todo lo que me pidiera un camarada, no puedo, no podemos romper el juramento. Tú lo debes saber, porque tú eres como nosotros. Lo he visto. Tienes la marca.

Dicho esto, el chico salió. Katrin se quedó sentada en la silla de la mesa del salón, sin saber bien qué pensar. ¿De qué estaba hablando ese chico? ¿De qué marca?

---

\* \* \*

---

Horas más tarde, esa misma noche, Helga daba vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Era cerca del amanecer, nevaba en el exterior. En pocas horas, las campanas de todos los campanarios de Berlín sonarían anunciando el día de Navidad. Helga seguía dándole vueltas a la historia que había contado su hijo, cuando escuchó un grito, un alarido. Se incorporó en la cama. Provenía de la habitación de Harald. Helga se levantó, se puso una bata, salió al pasillo y se dirigió a la habitación de su hijo.

Cuando llegó, Harald le estaba dando un vaso de agua a Katrin. La joven se veía

muy sofocada, incorporada sobre la cama.

—No te preocupes, mamá —dijo Harald—. Ha sido Katrin, ha tenido una pesadilla.

Katrin Wiltjers tuvo esa noche una pesadilla. Soñó con lobos, lobos que ocupaban las calles de viejas ciudades, y bosques oscuros y tenebrosos. Y soñó con Valkiria legendarias, que emergían de entre misteriosos abismos, que giraban como torbellinos. Y con una joven ahorcada en un árbol, que la miraba y le sonreía, y que tenía una enorme herida sangrante en forma de esvástica grabada en su espalda.

---

\* \* \*

---

Helga no pudo olvidar las revelaciones que Hans le había hecho a Katrin sobre la muerte de Astrid Müller. Intentó, sin éxito, ponerse en contacto con la madre de Heinz y de Karl, pero la familia Hoeness había salido para pasar las navidades fuera de Berlín. A Helga no le hizo falta esperar a su regreso para saber cuáles eran las habladurías que corrían por el barrio sobre la muerte de Astrid. Porque si de habladurías se trataba, allí estaba Magda, la madre de Rudi.

Magda había adquirido la costumbre de Helga de acudir todas las mañanas a la cafetería Dorfhaus, y tomar un café bien caliente y los célebres pastelitos de crema de Frau Dorf. Una mañana, pocos días después de la Navidad, Helga y Magda se encontraron en la cafetería. Pese a ser una mañana gélida, una de esas mañanas en las que el calor que desprende una taza caliente de café entre las manos produce un placer difícil de explicar, Magda comprobó que el café de Helga se había enfriado sin que esta le diera un solo sorbo. Helga estaba como ausente, mirando continuamente por la ventana y respondiendo con monosílabos.

—¿Qué te pasa, Helga? Estás muy rara, como ausente...

—Nada, Magda. La noticia de la boda de Harald y Katrin me ha trastocado un poco, pensar en todas las cosas que tendremos que preparar, y con Harald yendo y viniendo del frente... Quería preguntarte una cosa, es por algo que escuché en el mercado el otro día. Recuerdo que un día me contaste algo referente a rituales de sangre que se realizan en las Juventudes Hitlerianas. ¿Qué sabes tú de todo eso, Magda?

Magda miró a los dos lados y bajó mucho la voz, como si fuera a revelar un gran secreto. Permaneció así toda la conversación. Le dijo:

—Rituales de sangre y cosas mucho peores, créeme, Helga. Ya te lo dije. No son cristianos, son paganos. Rituales de sangre y sexo, por eso yo evito que mi Rudi asista a acampadas como a la que fue tu hijo Hans.

—Sí, todo eso ya lo sé, Magda. ¿Pero qué hacen en esos rituales de sangre?

—Dicen que hacen juramentos, haciéndose cortes y mezclando su sangre. Se



marcan en el cuerpo o se automutilan, como penitencia a errores cometidos. Se graban símbolos en su piel con sus cuchillos, símbolos extraños, símbolos satánicos. Y lo hacen mientras copulan. Chicos pequeños con chicas mayores. Y al revés. Chicos con chicos también. Y entre ellas. Como le pasó a esa chica, la novia del hermano de Heinz, la hija de Gerda ¿Cómo se llamaba esa chica...?

—Astrid, Astrid Müller —contestó Helga—. ¿Qué le pasó a esa chica, Magda? ¿Qué sabes tú?

—Se suicidó en la acampada a la que asistió tu hijo, eso ya lo sabes. Pero por lo visto, había alguien más implicado en su muerte. Parece ser, que la chica tenía una gran herida sangrante en su espalda, una herida en forma de esvástica. Ya sabes, ella no pudo hacérselo sola. Por lo visto, estuvo toda noche bebiendo y copulando con la persona que le grabó el símbolo nazi. Una auténtica orgía de sexo y sangre que terminó en tragedia. Aunque claro, viniendo de la hija de Gerda..., el asunto no se investigó. En las Juventudes Hitlerianas esas cosas no se investigan. La lealtad, la fidelidad, el juramento sagrado y todas esas tonterías de los nazis. Fue algo horrendo, depravado. ¿No te parece?

Helga enmudeció. «Algo horrendo, depravado. Orgía de sexo y sangre. Alguien más implicado en su muerte». Su hijo. Su hijo Hans que en los próximos días cumpliría sólo once años de edad.

---

\* \* \*

---

Harald se reincorporó a su división el 6 de enero. Katrin comenzó a trabajar como telefonista para la DAF, cuatro días más tarde. Ahora vestía el mismo uniforme de funcionario del partido que Kurt. «Otro uniforme en casa», pensó Helga el primer día que lo echó a lavar. «Otro uniforme, en un país de uniformes». Hans continuó sus estudios y sus actividades en las Juventudes. Y sus charlas con Katrin todas las noches. Se habían convertido en uña y carne, siempre estaban juntos. Y Helga volvió a salir con Magda a la iglesia todas las tardes. Ahora, con más motivo que nunca.

Habían fijado la fecha de la boda de Harald y Katrin para el 2 de mayo de 1941. Harald debía regresar a Berlín a mediados de abril. Después de la boda, Kurt había conseguido a través de la *KdF*, que a su vez pertenecía a la DAF, una casa de campo en el Tirol para que los dos jóvenes pasaran su luna de miel. Todo estaba perfectamente preparado y pensado. Pero entonces llegó Mussolini e intentando dar un golpe de efecto, metió la pata.

---

\* \* \*

---

A finales del año 1940, *Il Duce* tuvo la feliz idea de invadir Grecia. Allí llegaron las

legiones fascistas dispuestas a emular los éxitos del Reich alemán, y destrozaron a los griegos en pocas semanas. Pero los italianos no contaban con la tenaz resistencia de los griegos. A mitad del invierno, los italianos ya estaban atascados. Y eso complicaba los planes alemanes para los Balcanes. Hitler preparó una operación que consistía en la toma de Yugoslavia y de Grecia, sacando a los italianos del atolladero en que se habían metido. La operación comenzó el 6 de abril. Pocos días después, el 17 del mismo mes, Belgrado capitulaba tras sólo once días de combates. Y los alemanes entraban en Atenas pocos días más tarde. Ahora, la esvástica ondeaba también sobre la Acrópolis. Las chinchetas rojas seguían avanzando en el mapa de Hans. Este y sus compañeros de las Juventudes Hitlerianas celebraban cada nuevo triunfo del imparable e invencible ejército alemán. La «divinidad» del Führer seguía aumentando entre sus adeptos. Pero, entre unas cosas y otras, la boda de Harald y Katrin se había ido al traste.

En previsión de que la división *Wiking* pudiera entrar en combate en tierras balcánicas, el comandante de Harald, que además tendría que officiar la ceremonia, le aconsejó que adelantara la boda a principios de abril. Y que se olvidara de la luna de miel. Tendría que reincorporarse a su división al día siguiente de su boda. Se estaba preparando «algo gordo». Ese «algo gordo» sería la invasión de la Unión Soviética en los primeros días de junio.

De esta manera, Harald regresó a Berlín en los últimos días de marzo. La boda tendría lugar, como estaba previsto, en el Grunewald, pero como abril solía ser un mes muy lluvioso en Berlín, tendrían que celebrarla en el jardín de invierno del restaurante que había en el parque. Adiós a la boda al aire libre.

Las SS se encargaban de todos los detalles de la boda, excepto del traje de la novia. Del traje se encargaron Helga y la propia Katrin. Lo eligieron en una tienda de lujo, porque Harald quería que Katrin no se privara de nada. Era un bonito traje blanco, con una larga cola e incrustaciones de perlas en el pecho. Llevaba un tocado floral y un velo transparente. Costó un dineral. Pero para Harald, todo era poco para complacer a su joven esposa.

La tarde anterior a la boda, pasó algo que emocionó mucho a Katrin. Harald y ella estaban en su habitación ultimando los preparativos del enlace, cuando Hans se asomó a la puerta. Llevaba su mejor uniforme de las Juventudes, el que utilizaba para los desfiles y las grandes festividades del partido. En una mano, impecablemente envuelta, llevaba una gran caja cuadrada. En su otra mano, una más pequeña. El chico dijo:

—Vengo a daros vuestros regalos de boda. Como no tengo dinero, no tienen mucho valor, pero...

—No te preocupes, Hans, seguro que son los mejores regalos que recibimos —dijo Harald—. A ver, ¿cuál es el mío?

Hans le entregó la caja grande. Harald la abrió. Era un dibujo de Harald, uno de esos dibujos que parecían fotografías y a los que Hans les dedicaba días. Harald aparecía con su uniforme de gala de las SS, al que no le faltaba ni un detalle. Y su eterna sonrisa. Hans, como hacía siempre, había añadido una leyenda:

*«Para Harald, mi hermano, el mejor soldado de Alemania. Sólo espero, algún día, poder estar a tu altura».*

Harald abrazó a su hermano y lo besó. Le dijo:

—Gracias, Hans, cuando Katrin y yo dispongamos de nuestra propia casa, lo pondremos en el lugar más destacado.

—Ahora déjanos solos, Harald. El regalo de Katrin es privado. Pertenece a un secreto que tenemos ella y yo.

—Está bien, pero no me la robes, soldado —dijo Harald, revolviéndole el pelo. Seguía teniendo esa costumbre.

Cuando Harald salió, Hans le entregó a Katrin la caja más pequeña. Katrin la abrió. Era un broche dorado y en su interior una esvástica negra. Era el broche de la capa de Astrid Müller.

Katrin no supo cómo reaccionar. Se acercó a Hans y le dijo:

—No puedo aceptarlo, Hans. Eso pertenece a esa chica y yo...

Hans puso sus dedos sobre la boca de Katrin y la hizo callar. Sus ojos parecían relámpagos, se movían de un lado para otro como si trabajaran a una gran velocidad. Y estaban excitados. Hans le dijo:

—Era el broche de la capa de Astrid. Es el objeto más valorado en la BDM. Sólo lo llevaba cuando portaba el estandarte de Dahlem y en las grandes ocasiones. Yo quiero que lo tengas tú, y sé que a ella también le gustaría. Porque tú no eres como los demás. Tú no la hubieras prejuzgado como hicieron todos los demás, ni la hubieras mirado por encima del hombro. Quizás, si hubiera conocido en su vida a alguien como tú, no se hubiera suicidado. Yo sé que esté donde esté, ahora se sentirá feliz. Y yo también.

Katrin acercó sus labios a la frente del chico y lo besó. Y luego, sujetándole la cara con las dos manos, volvió a contemplar sus ojos.

Los ojos de un tiempo.

La mirada de una época.

---

\* \* \*

---

Si hubo un día feliz en la vida de Hans, ese fue el día de la boda de su hermano Harald. El chico que soñaba con ser soldado, se pasó todo el día entre ellos. Y no con soldados vulgares. Soldados de las SS, la élite de los ejércitos del Tercer Reich.

Numerosos compañeros de Harald en la *Waffen SS*, división *Wiking*, asistieron de invitados al enlace de Harald y Katrin. A parte de ellos, asistieron algunos familiares de Kurt y de Helga, sus vecinos y amigos. Hans agradeció especialmente que invitaran a Heinz, Rudi, Silke Bauer y a sus padres, porque así, podría estar con ellos y presumir ante ellos. No todos los chicos tenían un hermano en las SS, aunque a todos les gustaría tenerlo.

El jardín de invierno del restaurante del Grunewald donde se celebraría el enlace, había sido decorado al estilo de las SS. Habían instalado grandes estandartes de la orden negra. En la mayoría de ellos, destacaban las dos runas *Sieg* de la organización, en otros, frases construidas con el lenguaje de runas. Habían cubierto la estancia donde se desarrollaría la ceremonia con girasoles, símbolo de los hijos del sol, y pequeñas ramas de abeto, símbolo de la pertenencia a la cultura de los bosques. En el pequeño altar en el que se celebraría el enlace había una fotografía del Führer, Adolf Hitler, y una pequeña urna donde ardía la llama eterna. No había ni un solo símbolo cristiano en toda la estancia.

Hans y Kurt fueron los primeros en llegar al lugar de la boda. Hans con su impecable uniforme de las Juventudes Hitlerianas, y Kurt, que aparte de llevar su uniforme de la DAF, llevaba también una cámara fotográfica. Era el encargado de inmortalizar la ceremonia. Acudieron también con ellos los ancianos señores Kersten, sus vecinos de toda la vida. Hans sentía auténtica debilidad por el señor Kersten. Él había servido en los ejércitos del Kaiser, y conocedor de la pasión de Hans por el mundo militar, el anciano nunca le llamaba Hans, sino «soldado». Esa mañana, cuando se habían encontrado en el rellano de su casa, Hans lo había recibido haciendo el saludo nazi, a lo que el anciano le contestó con un taconazo y el viejo saludo militar. El anciano nunca hacía el saludo nazi, sino el típico saludo de los militares prusianos. Pero Hans nunca se lo tuvo en cuenta. Nunca.

Helga entró más tarde, llevando del brazo a su hijo Harald. Habían llegado hasta ese rincón del Grunewald en un coche negro de las SS que llevaba dos pequeñas banderitas con el símbolo de la calavera. La última en llegar fue Katrin, que al no tener familia, venía acompañada por Jürgen que actuaría de padrino de la novia. Jürgen era el mejor amigo de Harald, se conocían desde el principio, desde que ingresaron en las SS.

A Hans le sorprendió que la ceremonia fuera muy corta y sencilla. El comandante de Harald en la división *Wiking* fue el encargado de officiarla. Primero, el comandante dio un pequeño discurso sobre el matrimonio y la importancia de la conservación de la raza pura. Fue entonces, cuando recordó la célebre frase del *Reichsführer* Himmler, «Recordad siempre que sólo somos un eslabón de una cadena racial sin fin». Habló también de los hijos y de la necesidad de tenerlos, sobre todo en estos momentos en que el Reich estaba librando una guerra. Hans ocupó este tiempo en observar a los

invitados a la boda. A su padre, que iba de aquí para allá haciendo fotografías, sudando, como en él era característico, y cada dos por tres secándose las gafas con un pañuelo que siempre se dejaba luego a medio salir del bolsillo de su guerrera. Kurt Petersen, eternamente despistado. Helga estaba sentada en una silla detrás de Harald. Su madre intentaba atender a lo que el comandante de Harald decía, pero en ocasiones, se la veía distante, incluso se diría que molesta. Solía girarse continuamente hacia Hans, sonreía y después, muy seria, seguía mirando al comandante. Sin embargo, los más graciosos eran los padres de Rudi, Artur y Magda. Estaban más descolocados que el Führer en una celebración del Sabbath. Magda, la madre de Rudi, sólo hacía que mirar hacia todos los lados como si no entendiera nada. Los católicos, pensó Hans, los sacas de sus tristes y antiguos ritos religiosos y todo para ellos resulta tan misterioso y desconocido como el interior de una jungla. Hans miraba de vez en cuando a Rudi. Este señalaba disimuladamente a sus padres y los dos chicos se reían. Ellos no se daban cuenta, seguían mirando a todos los sitios con una estúpida cara de extrañeza.

Una vez que el comandante terminó su discurso, colocó la urna con el fuego eterno delante de Harald y Katrin. Entonces, los dos hicieron un juramento de lealtad. «Mi honor reside en mi lealtad» rezaba la divisa de las SS. Harald y Katrin se juraron lealtad eterna, lealtad a los principios de las SS, al movimiento nacionalsocialista y a Adolf Hitler. Entonces, se intercambiaron los anillos.

El comandante de Harald les ofreció el pan y la sal. Eran los símbolos de la fecundidad y la pureza de la tierra. Hans observó entonces, que muchos de los compañeros de Harald abandonaban sus asientos y formaban dos filas en el pasillo que había entre la sala donde se estaba desarrollando la ceremonia y el jardín cubierto donde tendría lugar el banquete.

Mientras tanto, el comandante depositó sobre la mesa un pesado cofre de madera cubierto de símbolos rúnicos. De él, sacó un voluminoso ejemplar del *Mein Kampf*, al que Hans llamaba «el libro del Führer». Era una edición especial, la cubierta estaba encuadernada en piel roja y letras góticas doradas. Se lo entregó al novio.

Cuando finalizó este rito, Harald y Katrin ya convertidos en marido y mujer abandonaron la estancia cogidos del brazo. Helga iba detrás, del brazo de Jürgen. Y Kurt los seguía atolondrado, haciendo fotografías, una tras otra.

Al llegar al pasillo, los compañeros de Harald desenvainaron sus sables y los colocaron formando un arco, mientras sonaba la marcha de *Lohengrin*. Por debajo del arco, pasaron los novios. Hans se había quedado retrasado, y salía de la sala de la ceremonia con sus amigos Heinz, Rudi y Silke. A Hans le dio mucha gracia la reacción de Rudi al ver el arco de sables, porque el chico no pudo por menos que poner la misma cara de tonto que sus padres y exclamar en voz alta:

—¡Halaaaa!

\* \* \*

La comida se desarrolló como es normal en cualquier boda. Comieron, bebieron, cantaron, se hicieron bromas, fotografías con los novios y corros de conversación en la mesa. En un momento determinado, Katrin dejó de atender a sus obligaciones y se acercó a Hans, que se encontraba hablando con Heinz y Rudi. La joven novia agarró a Hans por las orejas y le dio un gran beso en el carrillo.

—Mi pequeño cuñado —dijo Katrin mirándolo a los ojos.

Esto a Hans le gustó, le hizo sentir importante, porque Heinz y Rudi se habían pasado toda la comida mirando a la novia con cara de atontados. Entonces, la chica cogió a Hans de la mano y lo sacó al pasillo. Se acercó a él, y como si tuviera que contarle un gran secreto, le dijo:

—Ella ha estado aquí, Hans.

Dicho esto, se bajó un poco en tirante del vestido y Hans pudo observar cómo Katrin se había puesto, prendido del sujetador, el broche de Astrid Müller.

Volvieron al chico los ojos encendidos que a Katrin tanto le fascinaban. Ella los estaba empezando a denominar, para sí misma, «los ojos de fuego».

—Te lo agradezco, Katrin, no sabes cómo te lo agradezco. Pero ella ya estaba aquí.

La joven se quedó desconcertada.

—¿Aquí? ¿Dónde?

—En la llama de fuego que ardía dentro de la urna.

La sorprendió. El chico siempre la sorprendía.

\* \* \*

Helga estaba recorriendo la mesa visitando a los familiares y amigos. Había estado con los señores Kersten. El pobre Herr Kersten dormitaba en su silla. Se había puesto su viejo uniforme de los antiguos ejércitos del Kaiser, pero entre tanto joven apuesto con sus relucientes uniformes negros de las SS, y que el hombre no paraba de dormirse, parecía una vieja reliquia del pasado. Helga divisó entonces a Magda que la llamaba con la mano.

Cuando llegó junto a ella, Magda le dijo, muy bajo, casi al oído:

—¿Ves lo que te decía, Helga? ¿Has visto la ceremonia? Son paganos, como yo siempre te dije. Ni un solo símbolo cristiano. Ni siquiera un crucifijo.

—Tranquilízate, Magda. No puedes hacer nada contra ellos. Son los señores de Alemania, los dueños de media Europa. Quién sabe si dentro de poco no controlaran el mundo. Esta es su época, Magda. Y nosotras no podemos hacer nada. Quizás, deberíamos empezar a comprenderlos. Quizás, no nos quede otro remedio.

Fue entonces cuando una gran algarabía inundó el jardín de invierno. Eran los chicos. Hans, Heinz, Rudi y Silke se habían subido encima de la mesa, y brazo en alto, estaban entonando el himno de las Juventudes Hitlerianas. Los compañeros de Harald, por entre los cuales ya había empezado a correr la cerveza, jaleaban a los cuatro chicos en su canción dando fuertes manotazos sobre la mesa. Harald se había unido a sus compañeros, y Katrin, que sujetaba a Hans por la cintura, a los chicos de las Juventudes.

Y mientras los chicos cantaban su himno, Helga pudo ver cómo Hans, con su otra mano, la que no tenía levantada en señal de saludo, acariciaba el rostro de Katrin. La complicidad entre ellos era total. La complicidad que Helga había perdido con su hijo cinco años atrás, cuando asistieron a aquel maldito congreso del partido en Núremberg y Hans empezó a...

Magda volvió a acercar su boca al oído de Helga y le dijo:

—¿De verdad crees en lo que estás diciendo? ¿De verdad lo crees? ¿De verdad crees que tú y yo podremos comprender todo esto algún día, Helga?

Un poco más adelante, Herr Kersten se despertó al escuchar la algarabía y al ver la escena, movió de un lado a otro la cabeza y le dijo a su mujer:

—¡Esta juventud! No sé adónde nos va a conducir. No lo sé...

---

\* \* \*

---

Harald y Katrin Petersen pasaron su noche de bodas en el hotel Adlon, en una habitación con vistas a la puerta de Brandenburgo, el Reichstag y el Tiergarten, «intentando darle un niño al Führer» en palabras de Hans. A la mañana siguiente, Harald partió hacia un punto desconocido donde se concentraba su división. Harald no volvería hasta las siguientes navidades a Berlín. O quizás no. Quizás de ese Harald que regresó, ya no quedara nada.

---

\* \* \*

---

Hay momentos en la historia en que la realidad y la leyenda se dan la mano. Uno de esos momentos tuvo que ver con la designación del nombre *Barbarroja* para la invasión alemana de la URSS. Aunque probablemente, esta decisión no se tomó en los días previos a la invasión, sino mucho antes, concretamente dos años antes, en agosto de 1939, cuando las perspectivas en la relación entre Hitler y Stalin no pasaban por la guerra, sino por la paz.

En vísperas de la invasión alemana de Polonia, Hitler y Stalin sorprendieron al mundo firmando un acuerdo de paz. Un acuerdo que en Occidente cayó como una bomba. Nadie podía entender cómo dos sistemas antagónicos pudieran firmar un

tratado así, en un momento en que los tambores de guerra ya tronaban en Europa. En honor a los ministros de Asuntos Exteriores de ambas potencias, que escenificaron su firma la noche del 22 de agosto en Moscú, la historia conocería este tratado como el «Acuerdo Ribbentrop-Molotov». Por supuesto, todo esto no era más que un engaño, otra treta del Führer. Algo similar a lo que les hizo a los ingleses y franceses en la Conferencia de Munich. Un intento de mantener a la Unión Soviética al margen, mientras él llevaba a cabo sus planes imperialistas en Europa Occidental. Porque en el fondo, la gran y la mayor obsesión de Adolf Hitler era extender su guerra al Este de Europa, conquistar esas tierras para el pueblo alemán, subyugar a sus pueblos, a los que consideraba inferiores y acabar con el comunismo, una ideología por la que sentía auténtica aversión. Ese fue el gran *leit-motiv* de su vida, la auténtica razón por la que la providencia lo «había llamado» para dirigir al Gran Reich Alemán. Adolf Hitler repitió esto cientos de veces durante aquellos años.

La noche de la firma del tratado, Adolf Hitler se encontraba en su palacete del Berghof, en las montañas bávaras del Obersalzberg. Sobre las tres de la madrugada, una vez que habían conocido la firma del tratado, Hitler acompañado de sus acólitos, de su círculo más cercano, se trasladó hasta la terraza del Berghof. Durante un buen rato, Hitler concentró su mirada en la legendaria montaña del Kaiserberg que se alzaba ante ellos. Esta montaña está envuelta por una vieja leyenda, según la cual, en su interior descansa el cuerpo durmiente del emperador Federico Barbarroja y de sus ejércitos, esperando que llegue el día en que despierten a la vida para conquistar los territorios de Europa del Este, unos territorios que, según los nacionalistas germánicos, históricamente les pertenecen. Quizás fuera en ese momento, cuando Adolf Hitler decidió el nombre de la operación que concluiría con la invasión de la Unión Soviética, eso nunca lo sabremos. Pero lo que si sabemos, es que en ese momento sucedió algo extraño. Tras el Kaiserberg, el cielo pareció abrirse. Lo que al principio fue sólo un destello rojizo, se transformó en una especie de aurora boreal que lentamente fue cubriendo el cielo. Al final, fue todo el cielo sobre el Berghof el que adquirió un tono rojo, como una gran bola de fuego. Todos los presentes se lanzaron miradas desconcertadas. Todos menos Adolf Hitler, que como en estado de trance, no quitaba la vista de ese cielo rojo. Seguro que si Hans Petersen se hubiera encontrado allí, en aquella terraza, le habría dicho a su Führer que él conocía ese cielo, que era el cielo de sus sueños infantiles. Que él lo llamaba el cielo del lobo.

Muchos años más tarde, Albert Speer, el arquitecto del Führer, contaría en sus *Memorias* que ese color rojizo lo había envuelto todo, los había envuelto a todos, que «ni la puesta en escena más cuidada del Crepúsculo de los dioses de Wagner, podría igualar ese dantesco cielo rojo inyectado en sangre». Adolf Hitler desvió su mirada del cielo y girando su cabeza muy lentamente, clavó sus ojos en los de Nikolaus Von Below, el enlace de la Luftwaffe en el cuartel general del Führer, al que dirigió unas



palabras crípticas, unas palabras que todos los allí presentes tardarían dos años en comprender: «Es como un torrente de sangre. Esta vez no lo conseguiremos sin violencia».

---

\* \* \*

---

A las 3 horas del 21 de junio de 1941, el ejército alemán lanzó el mayor ataque militar de la historia. Su nombre clave sería operación *Barbarroja*. La invasión de la Unión Soviética se convirtió en un hecho consumado. El ataque se produjo en un frente de más de mil setecientos kilómetros, desde el Mar Negro hasta el Báltico. Stalin y el Ejército Rojo fueron cogidos por sorpresa. El avance alemán fue fulminante. La tormenta de fuego que el año anterior había asolado Europa Occidental, ahora se cernía sobre Rusia. Hitler y sus generales habían distribuido sus fuerzas en tres ejércitos. El denominado Ejército Norte, a las órdenes del general Von Leeb, se encargaba de todo el norte de Rusia además de los tres estados bálticos. El Ejército Centro, bajo el mando del general Von Bock, tenía asignada como zona de conquista la Polonia soviética, Bielorrusia y el corazón de Rusia, que incluía su capital, Moscú. El Ejército Sur quedó encomendando al general Von Rundstedt y se le encargó la conquista de Ucrania y la zona del Mar Negro, incluyendo su rica región petrolífera, una región estratégicamente vital para los planes de Adolf Hitler. La división *Wiking* de la SS, en la que servía Harald, quedó integrada en este grupo de ejércitos. Combatían codo con codo con unidades de la Wehrmacht.

En aquellos primeros meses de la guerra en el frente oriental, Hans disfrutó más que nunca. Desde el primer día, la superioridad aérea alemana fue total. Por tierra, la avalancha alemana fue tan grande, de tal magnitud, que Hans ni siquiera tenía tiempo para actualizar, día a día, las conquistas y las nuevas líneas de los frentes. Por el norte, las tropas alemanas tomaron en pocas semanas las tres repúblicas bálticas, Letonia, Lituania y Estonia, y apoyados por los finlandeses, se presentaron a las puertas de Leningrado, la antigua San Petersburgo, iniciando así uno de los mayores asedios de la historia. Por el centro, Polonia Oriental y Bielorrusia también cayeron en pocas semanas y se comenzaba a preparar ya el asalto a la capital, Moscú. Por el sur, que era la zona en que Hans puso más empeño en seguir, porque allí combatía la división de Harald, Ucrania también cayó en pocas semanas, y los alemanes llegaron hasta Crimea tomando Sebastopol. Adolf Hitler y el Mando Mayor del Ejército, el OKW, seguían la contienda desde un lugar llamado «La Guarida del Lobo» en Rastenburg, en el interior de un oscuro bosque de Prusia Oriental. La invasión de la Unión Soviética fue considerada, por los gobiernos y partidos fascistas y por todos los anticomunistas en Alemania y Europa Occidental, como una «cruzada». Entrado el mes de diciembre de 1941, la mayor parte del territorio europeo de la URSS estaba

en manos alemanas. Los combates habían llegado ya a los suburbios de Moscú. Los rumores que corrían aquellos días hablaban, o bien de la inminente caída del régimen stalinista, o bien de la huida del gobierno comunista hacia la región de los Urales. Y entonces, llegó el invierno.

A principios de ese mismo mes de diciembre, el domingo día 6, tuvo lugar otro hecho importante al que Hans no prestó mucha atención, porque se produjo muy lejos de Europa, en el Océano Pacífico, pero que tendría una importancia determinante en el devenir de la guerra en suelo europeo. La fecha quedó grabada en la historia como «el día de la infamia». Aquel día, la aviación japonesa bombardeó a la flota americana amarrada en Pearl Harbour. A consecuencia de ello, los Estados Unidos de América entraron en la guerra.

En vísperas de la Navidad de 1941, los frentes alemanes en territorio de la URSS quedaron totalmente estancados. Los tanques y los hombres estaban congelados. La logística alemana fracasó estrepitosamente. Los recambios no llegaban. Los soldados alemanes quedaron mal equipados y mal alimentados. Se había acabado el avance triunfal.

Y justo en ese momento, regresó Harald.

---

\* \* \*

---

Nadie lo esperaba. Era 23 de diciembre, víspera de Nochebuena. Nevaba en Berlín. En casa de los Petersen, sonó el timbre. Katrin abrió la puerta y Harald estaba allí, con su uniforme negro cubierto de nieve.

Harald, o lo que quedaba de él. Porque la impresión que causó Harald en su familia fue desastrosa. Había perdido muchos kilos, casi pesaba la mitad que el día que partió, el día siguiente a su boda, ocho meses antes. El uniforme le venía ahora grande. Su rostro había cambiado, habían aparecido arrugas en su cara, pese a su juventud, y grandes bolsas debajo de sus ojos, como si llevara muchos días sin dormir. Y los llevaba. Porque Harald tenía ahora horrendas pesadillas. Casi siempre las mismas. También había cambiado su carácter. Su alegría, su jovialidad, habían desaparecido. Ahora era una persona seria, triste, amargada. No quedaba nada en él del chico con el que se había casado, pensó Katrin, mientras lo observaba sentado en el sillón que siempre ocupaba Kurt en el salón de su casa.

Helga también lo había percibido y se lo comunicó. Le dijo que no tenía buen aspecto, que estaba muy delgado y desmejorado. Harald lo atribuyó al largo viaje desde el frente ruso hasta Berlín, a los combates, a la guerra. Hans le insistió en que hablara del frente, de la guerra, de lo que sucedía realmente en Rusia, pero Harald se negaba a hablar de esa guerra, no era como cuando regresó de Francia. Fue Hans, con una de sus insistentes preguntas, el que le obligó a decir:

—Por decir esto podrían acusarme de derrotista y fusilarme. No quiero, Hans, que comentes esto con nadie de las Juventudes, pero si queréis saberlo, las cosas no van bien. Por resumirlo en dos palabras, estamos atascados. Lo siento, Hans, pero por el momento no avanzamos. Y tengo la sensación, que dentro de poco podríamos empezar a retroceder.

Para Hans, estas revelaciones de su hermano fueron un mazazo. Hans creía, como todo el mundo, según lo que informaba la radio y la propaganda del régimen, que los frentes se estaban estabilizando, rearmando, de cara a una segunda y fulminante embestida final de la Wehrmacht. Pero Harald venía de allí. Y había mencionado las palabras «atascados» y «retroceder». Y eso no entraba en la mente de Hans. Era inadmisibile. Los ejércitos del Tercer Reich nunca se habían atascado. Ni mucho menos retrocedido. Hans achacó esas revelaciones al cansancio de su hermano. Seguro que cuando descansara, cuando durmiera un poco y se repusiera del viaje, volvería a decir la verdad. Que los bolcheviques caerían en pocas semanas.

Pero Harald no podía descansar. Pese a reunirse con su familia, con Katrin, de volver a casa, desde la primera noche las pesadillas volvieron a él, peores incluso que las que tenía en el frente. Harald sólo tenía permiso hasta el día siguiente de Año Nuevo, hasta el 2 de enero. Y todas las noches se repetía la misma situación. Hans desde su habitación escuchaba los alaridos de Harald. Luego, él y Katrin se introducían en el baño. Harald vomitaba. En algunas ocasiones, Katrin le preparaba la bañera. En otras ocasiones, pasaban medianoche en el salón. Unas noches Helga y otras Kurt, les hacían compañía.

Una de esas noches, Helga se quedó a solas con Harald. Katrin se había acostado. Helga estaba muy preocupada por la salud de su hijo y tampoco podía conciliar el sueño. Esa noche se atrevió a preguntarle:

—¿Qué te pasa, Harald? No me engañes, soy tu madre. A mí no puedes ocultarme que te ha pasado algo grave, tú ya habías estado en el frente, ya habías entrado en combate. ¿Qué pasa allí, Harald?

—Nada, mamá, es la guerra, esta maldita guerra. Nos va destrozando a todos. Aquello es un infierno. No es un combate normal. Aquello es otra cosa.

—¿A qué te refieres con «otra cosa»? ¿Quieres decir que no es como en Francia?

—No, Dios mío, no —Harald puso un rictus extraño, un rictus de asco, como si fuera otra vez a vomitar—. Lo de Francia fue una guerra de ocupación. Lo de allí es una guerra de exterminio. No puedo decirte nada más, mamá, de verdad. Podría comprometeros a todos. A ti, a papá, a Katrin... a Hans.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué comprometeros? Nosotros somos tu familia...

—Tenemos órdenes estrictas, mamá, de no revelar nada de lo que sucede en los frentes, ni siquiera a nuestra familia. Ya te lo he dicho, esta campaña en Rusia es diferente. ¿No te has dado cuenta en mis cartas? ¿No las veías demasiado escuetas?

Yo lo siento sobre todo por Hans. Los chicos están aquí, quieren saber cosas de lo que pasa en Rusia, son jóvenes, ardientes. Les meten toda esa doctrina, la misma que me metieron a mi cuando ingresé en las SS, ya te lo dije hace unos meses. Tienen ganas de luchar, es normal. Pero no se imaginan lo que pasa allí. Nadie se lo imagina. Yo antes era como ellos, lleno de ideales, de sueños..., pero ahora, somos muchos los que al ver esas cosas, al oír esas cosas..., no lo sé, sólo espero recuperarme estos días que voy a estar en casa. No te preocupes por mí, mamá. Saldré de esta, me han preparado para soportar todo esto. Creo que saldré adelante.

Harald apuró una taza de café que le había preparado Helga, se levantó y se dispuso a salir del salón. Pero antes de abandonarlo, se giró hacia su madre y le dijo una última cosa:

—¿Sabes lo que realmente me tortura, mamá?

—¿El qué, hijo?

—Una certidumbre. Que esto no va a terminar bien. Y si vosotros hubierais visto lo que yo he visto en Rusia, comprenderíais que de ninguna manera, de ninguna manera, mamá, podemos perder esta guerra.

---

\* \* \*

---

Unos minutos después, mientras fregaba la taza en la que Harald había tomado el café, en la fregadera de su cocina, Helga sufrió un pequeño accidente doméstico. Estaba fregándola con tanto ahínco, que la taza se rompió en su mano y Helga se hizo un corte en la yema de dos de sus dedos.

—¡Mierda! —dijo Helga, mientras observaba las gotas de sangre caer en el fregadero.

Aquella noche, las preguntas se amontonaban en su cabeza. ¿Por qué había dicho Harald, que aquella era una guerra de exterminio? ¿Por qué tenían órdenes estrictas de no comunicar nada a sus familias? ¿Qué era lo que estaba pasando realmente en aquella maldita guerra? ¿Y por qué, de ninguna de las maneras, podían perderla? ¿A qué se estaba refiriendo Harald?

Preguntas, preguntas y preguntas. Preguntas sobre Harald, preguntas sobre Hans, preguntas sobre la Alemania de Adolf Hitler. Cientos de preguntas acumuladas durante esos años de locura. Cientos de preguntas. Y ninguna respuesta.

---

\* \* \*

---

*Harald Petersen corría en medio de la ventisca. Llevaba el uniforme de dril de camuflaje, característico de las SS, y su Mauser entre las manos. En la lejanía, divisó una cabaña. Caminando como pudo, protegiéndose el rostro con el cuello de la*

chaqueta que llevaba sobre su guerrera, para que las pequeñas esquirlas de hielo que arrastraba el viento no se clavasen en su cara, avanzó hacia la puerta principal de la cabaña. Sin saber por qué, estaba solo. Solo en medio de ese infierno helado. Pero... ¿dónde estaban sus compañeros? ¿Y sus superiores?

Lanzando una fuerte patada, Harald abrió la puerta y entró en la cabaña. La cabaña estaba a oscuras. No había nadie, parecía estar vacía. Pero Harald intuía que allí dentro había alguien. Su viejo instinto en situaciones de guerra, le hacía pensar que no estaba solo. Harald observó, que al lado de lo que parecía ser la cocina, había una puerta, posiblemente la puerta de una despensa. Harald avanzó hacia esa puerta con el fusil en posición de guardia. Contó mentalmente hasta tres y la abrió. Entonces los vio. Estaban allí. Los encañonó con su fusil.

Eran cuatro. Una mujer, una campesina de la edad de su madre, y tres niños pequeños. Una niña y dos niños. La mujer levantó las manos, mientras lo miraba con unos ojos suplicantes. Decía algo en un idioma que Harald no entendía, pero que a su vez era universal. Que no les hiciera daño. Que sólo eran civiles indefensos. Harald bajó su fusil. Claro que no les haría nada. Él estaba combatiendo contra el ejército...

El viento provocó que la puerta de la cabaña se abriera de golpe. Pero lo más extraño fue, que una potente y deslumbrante luz roja entró a través de la puerta e inundó la cabaña. Harald se protegió con una de sus manos los ojos de esa potente luz. El efecto sólo duró unos segundos. La oscuridad volvió a hacerse dueña de la cabaña. Pero la puerta permanecía abierta.

Harald se asomó a la puerta. Nada. Allí fuera sólo se divisaba la nieve y la oscuridad. Pero la misma sensación que tuvo dentro de la cabaña, la sensación de no estar solo, también la tuvo en la oscuridad de la noche. Sabía que había alguien allí, en medio de ese infierno helado. Y una vez más, no se equivocó.

Envueltos por la oscuridad, cuatro ojos lo observaban. Ojos coléricos, ojos fanáticos, ojos demoníacos. Dos de esos ojos estaban más bajos, como si se tratase de los ojos de un animal. Y los otros dos ojos más altos, como si fueran de una persona. Una persona acompañada de un animal.

De uno de esos seres que lo observaban, salió una voz, una voz muy familiar.

—¿Cuáles son las órdenes? —preguntó la voz.

No podía ser. Esa persona estaba a muchos kilómetros de allí, en Prusia Oriental, en un lugar llamado «La Guarida del Lobo», dirigiendo una guerra.

—Contesta soldado, ¿cuáles son las órdenes? —volvió a preguntar la voz.

—Conozco mis obligaciones —contestó Harald.

—¿Y por qué no las cumples? —respondió la voz.

—Porque son sólo...

Harald no pudo terminar la frase. El hombre y el animal abandonaron las

sombras y avanzaron hacia él, hacia la puerta de la cabaña. Y por primera vez, Harald los pudo ver.

No eran un hombre y un animal. Concretamente, eran un chico y un lobo. El lobo era un animal grande, viejo, salvaje. Pero con unos ojos conocidos. Unos ojos que en Alemania conocía todo el mundo. Pese al frío y a la nieve, el chico estaba completamente desnudo. Continuamente, acariciaba el lomo del lobo. Ese chico era su hermano Hans.

Hans había crecido, no era como la última vez que lo había visto en Berlín. Ahora era un adolescente. Lo miraba con esa mirada que a Katrin tanto le gustaba, cómo la llamaba su mujer... ah sí, algo así como los ojos ardientes o los ojos de fuego. Llevaba una extraña herida sangrante en su brazo izquierdo, una herida que recordaba al brazalete del partido, con una cruz esvástica mal diseñada en el centro, como si se la hubiera hecho con un puñal. A lo largo de todo su cuerpo, tenía pequeñas inscripciones, pequeños símbolos rúnicos, como si formaran parte de un código. A lo largo de su tórax y su estómago, casi hasta la pelvis, algunos de esos símbolos se iluminaron y formaron una frase. Una leyenda:

«Harald Petersen, el mejor soldado de Alemania. Espero que tú te comportes hoy, como yo me comportaré mañana».

El lobo volvió a hablar:

—¿Cuáles son las órdenes, soldado?

—Conozco las órdenes y voy a cumplirlas —contestó Harald. No podía apartar sus ojos del rostro frío y marmóreo de su hermano Hans.

—¿Qué somos nosotros, soldado? —volvió a preguntar el lobo.

—Somos lobos —contestó Harald—. Somos lobos para el hombre, somos lobos para los lobos.

Harald observó que su hermano Hans sonreía. Y movía la cabeza afirmativamente.

Harald se dirigió hacia la cabaña y entró en ella. Buscó esa puerta que parecía la de la despensa. Ellos estarían allí.

Harald abrió la puerta. Y abrió fuego, mientras gritaba como un loco.

---

\* \* \*

---

Se despertó gritando, otra vez. Vio la cara de Katrin, preocupada, intentando tranquilizarlo. No estaba en un páramo oscuro y congelado, estaba en Berlín. Se levantó de la cama y corrió hacia el baño del pasillo. Vomitó. Otra vez, como todas las noches. Una noche más, en el infierno personal en que se había convertido la vida de Harald Petersen.

La despedida de Harald fue en la estación de Anhalter. Era 2 de enero de 1942. Aquellas navidades, las privaciones, el racionamiento, la llamada economía de guerra, sí que había afectado a la vida de las familias berlinesas. No sólo para la familia Petersen, sino para todas, las navidades de aquel año fueron especialmente tristes. Para Hans, además del irreconocible estado de su hermano, el estancamiento de las tropas alemanas en Rusia, significó el final de su era de optimismo. Ahora, día a día, comenzaba a comprender la profecía de su hermano sobre una posible marcha atrás de las tropas del Tercer Reich. Aquel frente oriental era una locura, un infierno, pero Hans pensaba que ese era el riesgo de combatir contra seres inferiores y en su propio territorio.

A pie de tren, Harald Petersen se despidió de su familia. De Kurt, de Helga y de Katrin. Harald estuvo mucho tiempo abrazado a su mujer, como si no quisiera separarse de ella. Hans seguía la escena en un segundo plano, apartado de todos ellos. Aquel día no se sentía bien, tenía una extraña sensación de vértigo en el estómago. Una sensación nueva y distinta, una sensación que no había tenido nunca.

Cuando por fin Harald se separó de Katrin, se dirigió a ella, a Kurt y a Helga y les dijo:

—Me gustaría que me dejarais unos minutos a solas con Hans. Tengo algo importante que decirle.

Harald se acercó a su hermano y mirándolo muy seriamente a los ojos, le dijo:

—Sé que volveré pronto, Hans. Pero si me sucediese algo, si las cosas van mal, quiero que cuides de papá y de mamá. Ellos te necesitarán, especialmente mamá. Y sobre todo, quiero que cuides de Katrin. Ella está sola en el mundo, Hans, sólo os tiene a vosotros. Sé que os lleváis muy bien. Ella te quiere mucho, hermano. Creo que eres para ella el hermano que nunca tuvo. Espero que ella sea para ti, la hermana que nunca tuviste. No permitas que les pase a ninguno nada malo. No te lo estoy pidiendo como tu hermano que soy. Te lo estoy solicitando como camarada.

Esto último emocionó mucho a Hans. Se abrazó muy fuerte a su hermano y le dijo:

—No te preocupes, Harald. Pero por favor, no retrocedáis. Darles fuerte.

Pocos minutos después, el tren comenzó lentamente a abandonar el andén. Y entonces, sucedió algo. Aquel tren iba repleto de soldados de todas las armas, que viajaban hacia el frente oriental. Justo cuando el tren echó a andar, y mientras los soldados asomados a las ventanillas se despedían de sus familias, una triste melodía,

la más triste que Hans había escuchado, comenzó a brotar del interior del tren. Y las voces de aquellos soldados, entonaban...

*Ante el cuartel, delante del portón  
había un farol, y aún se encuentra allí.  
Allí volveremos a encontrarnos,  
bajo el farol estaremos  
como antes, Lili Marleen.  
Nuestras dos sombras  
parecían una sola.  
Nos queríamos tanto, que  
daba esa impresión.  
Y toda la gente lo verá,  
cuando estemos bajo el farol  
como antes, Lili Marleen...*

Hans conocía esa canción. Pero no le gustaba, nunca le gustó. Esa canción no era como sus canciones de desafío en las Juventudes, ni como los himnos patrióticos que ponían en la Radio del Reich. Hans sabía que el Ministerio de Propaganda había dictaminado que esa canción podía bajar la moral de las tropas, pero por otro lado, eran tantas las peticiones de los soldados que cada noche querían escucharla, que habían permitido que todas las noches, a la misma hora, la emisora del Reich en Belgrado emitiera la canción. Pero para Hans Petersen, la balada de *Lili Marleen* fue siempre una canción de muertos. Claro que quizás, aquel tren en el que viajaba su hermano, fuera también un tren de muertos.

Fue en ese momento, mientras el tren empezaba a perderse en la lejanía, y con él desaparecían las últimas notas de esa triste canción, cuando Hans tuvo un presentimiento, que antes de abandonar la estación se había convertido ya en una certidumbre. Que no volvería a ver nunca con vida a su hermano Harald.

---

\* \* \*

---

Mientras abandonaban la estación y la familia Petersen salía a la fría noche berlinesa, Helga le pregunto a Hans:

—¿Qué te ha dicho tu hermano, Hans? ¿Por qué quería hablar a solas contigo?

Hans se detuvo en seco. Y lo mismo hicieron Kurt, Helga y Katrin. Y el chico dijo:

—Ah, eso... nada. Que no van a retroceder. Que les van a dar fuerte.



## VIII

### LILI MARLEEN: CANCIÓN DE AMOR Y MUERTE

*Los viejos soldados nunca mueren, sólo se desvanecen.*

Canción popular inglesa

*¿Qué es la vida? La vida es la Nación. El individuo está condenado a morir, pero más allá del individuo está la Nación soberana. ¿Por qué temer a la muerte si, gracias a ella, podemos liberarnos de nuestra miseria cuando nuestro deber no nos encadena ya a este valle de lágrimas?*

Adolf Hitler, analizando el desastre de Stalingrado

*Berlín, invierno de 1942-otoño de 1943.*

El invierno de 1942, fue el invierno de la canción de *Lili Marleen* y también del inicio del desastre para las tropas del Tercer Reich en Rusia.

La contraofensiva rusa fue terrible. El todopoderoso ejército alemán comenzó a retroceder. Por primera vez, las chinchetas rojas del gran mapa de Europa de Hans, volvían a su caja, una a una. La sorpresa para el Alto Mando Alemán fue tan grande, que por primera vez se propuso al Führer la posibilidad de una retirada a gran escala. Pero Hitler se negó. Asumió personalmente el mando de la Wehrmacht y ordenó la defensa de las posiciones a cualquier precio. Nunca jamás retroceder ni claudicar. Antes de eso, el sacrificio absoluto o el suicidio. Pero nunca la capitulación. De ninguna manera. En ningún lugar. La palabra *Festung*, fortaleza, comenzó a figurar en el argot nazi. También la palabra muerto. Y «a título póstumo». Y féretro. Un argot nuevo en la gloriosa Alemania de Adolf Hitler.

Durante aquel invierno, la vida para la familia Petersen continuó igual. Hans con sus actividades en la escuela y en las Juventudes. Kurt y Katrin en la DAF. Y Helga, acudiendo a la iglesia con Magda.

Una tarde, un poco después de la partida de Harald, Helga y Magda estaban en la iglesia. Esa tarde, Magda parecía especialmente nerviosa. Llevaba el mismo rosario de cuentas que solía utilizar en el refugio, pero lo manoseaba de una forma extraña, como Helga no le había visto hacer nunca. Helga se atrevió a preguntarle:

—¿Te pasa algo, Magda? Te noto hoy muy nerviosa, como si no te concentraras en tus oraciones.

—Sí, estoy nerviosa, Helga. Si no se lo digo a alguien voy a reventar.

—¿Qué pasa, Magda?

La mujer guardó silencio. Luego miró a Helga y le preguntó:

—¿Cómo se llamaba ese doctor judío que vivía cerca de tu casa, Helga?

—El doctor Weizmann. ¿Por qué?

Magda volvió a guardar silencio. Miraba hacia todos los lados.

—¿Los deportaron, verdad?

—Sí, a él y a su mujer, como a todos los judíos. Al Este. Creo que a Polonia. Posiblemente tuviera familia allí.

—¿Y nunca te has preguntado que ha sido de ellos?

—Sí, claro. Los han realojado en ciudades del Este, Kurt me dijo que...

—Olvídate de lo que te dijera Kurt, Helga. Tu marido trabaja para ellos, lleva su uniforme —dijo Magda, que ahora estaba muy seria—. ¿Dónde están los judíos de Berlín, Helga?

Se hizo otro pesado silencio. Magda dijo entonces:

—Artur mantiene contactos con gente que no comulga mucho con las ideas de nuestro Führer, como nosotras, Helga. Se reúnen una vez por semana, cada vez en casa de uno para hablar de la Biblia. Ayer estuvieron en mi casa. Y los escuché hablar. No tenía que haber pasado, pero pasó. Las conversaciones sobre la Biblia son cosa de hombres. ¿Me entiendes, Helga?

Helga creía comprenderla. Clandestinos. Buscaban una excusa normal y mantenían reuniones clandestinas.

—Sí, creo que sí —dijo Helga.

Magda continuó:

—Tienen cárceles. En el Este. O mejor dicho, campos. Como aquel que abrieron en las cercanías de Munich cuando los nazis llegaron al poder. ¿Cómo se llamaba?

—Dachau —contestó Helga.

—En esos campos están los judíos como el doctor Weizmann, Helga.

—Eso no puede ser verdad, Magda. Todo el mundo lo sabría —dijo Helga—. Los enemigos de Alemania lo utilizarían. Ellos también tendrán informadores.

—Casi nadie lo sabe. Nadie puede decir nada, todo es máximo secreto. No se encarga ni el partido ni el ejército. Se encargan las SS. Tienen unidades dedicadas a ese asunto.

—Harald está en las SS, Magda. Combatando en el frente. Tengo sus cartas. No habla nada de todo eso. Aunque...

Magda sonrió. Miró a Helga.

—No te ha contado nada de lo que pasa allí, ¿verdad?

—No —respondió Helga—. Pero me dijo que las cosas allí, en el Este, eran diferentes. Y que tenían órdenes estrictas de no comentar nada con su familia, pero él se refería a los combates, a la guerra, no dijo nada de cárceles, ni de campos...

—De exterminio —dijo Magda.

Una guerra de exterminio. Esas fueron las palabras de Harald. Que aquella era una campaña de exterminio, no de ocupación como en Occidente. Pero Helga estaba segura que Harald se refería a los rusos, no a los judíos.

—Creo que estás exagerando, Magda. Quizás esa gente, los clandestinos como tu

marido Artur, quieren dañar al partido, calumniar, ahora las cosas no van muy bien...

—Escuché que decían que los nazis ya habían comenzado, Helga.

—¿Habían comenzado a qué?

—A solucionar de una vez por todas lo que ellos llaman «el problema judío».

---

\* \* \*

---

Helga regresó esa tarde muy alterada y turbada a su casa. La conversación en la iglesia con Magda le había causado una gran impresión. Mientras caminaba hacia su domicilio, no dejaba de pensar en algo que había sucedido seis años antes, cuando asistieron a aquel maldito congreso del partido en Núremberg. Fue cuando Kurt le estaba explicando a su hijo Hans, entonces sólo un niño de seis años, que el Führer tenía grandes planes para Alemania y para los alemanes, planes en los que no entraban los judíos. Helga recordaba haberle preguntado a su marido, «¿y en qué planes del Führer entran los judíos, Kurt?». Y ahora Magda le hablaba de todo eso. «Campos de exterminio». «Solucionar el problema judío». No sabía si todas esas cosas que le había contado Magda eran ciertas, o simples confabulaciones de enemigos del régimen nazi. O una más de las miles de habladurías que recorrían Berlín en aquellos días. Pero de ser ciertas...

Mientras Helga Petersen abría la puerta de su casa, no sabía que los sobresaltos de aquella tarde todavía no habían terminado.

---

\* \* \*

---

Todas las luces de la casa estaban apagadas, excepto la de la habitación de Hans. Supuso que el chico habría vuelto antes de la sede de las Juventudes y estaría en su cuarto haciendo los deberes. Helga colgó su abrigo en el ropero, dejó su gorra y sus guantes sobre el recibidor, caminó por el pasillo y se acercó a la habitación de Hans.

Helga Petersen nunca hubiera pensado en encontrarse con lo que se encontró esa tarde en su casa. Katrin estaba desnuda, tumbada en la cama de Hans. Su hijo ocupaba la silla que habitualmente utilizaba en su pequeño escritorio. Tenía en su mano su cuaderno de dibujo. Estaba dibujando a Katrin.

—Hans, Katrin... ¿Pero qué es esto? ¿Qué estáis haciendo?

Katrin dio un brinco, se levantó de la cama y se cubrió con una sábana. Hans no se inmutó. Giró su cabeza muy lentamente hacia su madre y le dijo:

—Nada. Estaba dibujando a Katrin, como he hecho muchas noches. Es un regalo para Harald, Katrin y yo pensamos que le gustaría...

—¿Pero desnuda? ¿Dibujarla desnuda?

—Perdona, Helga —Katrin estaba muy alterada—, el chico tiene razón. Él me ha

hecho muchos dibujos por la noche, retratos de mi rostro... los dos pensamos que este dibujo le gustaría a Harald, que se lo entregaríamos cuando regresara y pudiera llevárselo al frente. Como hemos pasado tan poco tiempo juntos...

—Ya, pero yo no creo Katrin, que esto sea lo más correcto. Hans es sólo un...

—¿Esas son las cosas que os meten en esa iglesia a la que vais, mamá?

Hans seguía hablando, sin levantarse de la silla que ocupaba.

—¿Qué quieres decir, Hans? A mi no me meten nada...

—Yo creo que deberías dejar de ir a la iglesia con esa horrenda mujer...

—¡Hans, te prohíbo terminantemente que hables así de la madre de tu amigo Rudi...!

—A Rudi tampoco le gustan sus padres, mamá. Yo sólo te he dicho que quizás deberías dejar de ir a la iglesia, no te conviene, mamá, no nos conviene a ninguno...

Helga entró en el cuarto de Hans y se plantó delante de él. Katrin seguía junto a la cama de Hans, cubriéndose con la sábana y asistiendo muy preocupada a la escena. Helga le dijo:

—Hans, ¿me estás amenazando?

Hans se levantó y se encaró a su madre. Consciente o inconscientemente, se llevó la mano a su cintura. A la funda de su puñal.

—Mamá, ¿me estás amenazando tú a mí?

Helga se quedó desorientada, sin saber qué decir, sin saber qué hacer. Dio media vuelta y abandonó la habitación. Dando grandes zancadas, llegó hasta la puerta de su habitación. Antes de entrar en ella, pudo ver cómo Hans se volvía a sentar en la silla y cogía en sus manos su cuaderno y sus utensilios de dibujo. Y pudo escuchar cómo decía:

—Venga Katrin, vuelve a la cama y ponte como estabas. El dibujo está quedando muy bien.

Habían velado armas. En muy pocas semanas, Helga y Hans llegarían al enfrentamiento esperado.

---

\* \* \*

---

Las tardes de los domingos transcurrían casi siempre igual en casa de los Petersen. Kurt solía salir a alguna cervecería para charlar con sus amigos y compañeros de la DAF. Helga y Katrin se pasaban la tarde escuchando en la Radio del Reich un programa de casi tres horas de duración que se llamaba *El disco dedicado*. Era un programa de entretenimiento, donde se mezclaba la música clásica, la folklórica y la música ligera, con poemas y con pequeños relatos interpretados por famosos actores. Pero lo más importante, era que los discos estaban solicitados por los soldados en el frente, y que se los dedicaban a sus esposas, madres y familias. Helga y Katrin

soñaron domingo tras domingo, con que Harald les dedicara un disco. Pero eso, nunca sucedió.

Hans mientras tanto, solía estar en su habitación. Hacía tiempo que las tradicionales marchas de las Juventudes de los domingos no se celebraban a consecuencia de la guerra. Hans solía pasar las tardes entretenido en sus tácticas de guerra, extendiendo mapas y recortes de periódico sobre su cama o su pequeño escritorio.

Una de esas tardes, un mes después de la conversación que Magda y Helga habían sostenido en la iglesia y del incidente con el dibujo que Hans le hizo a Katrin, Kurt se presentó en casa con una noticia.

—¿A que no sabéis de lo que me acabo de enterar?

Kurt había entrado en el salón muy excitado, como si hubiese venido corriendo.

—Esta mañana la Gestapo ha detenido a los padres de Rudi. A Artur y a Magda. Se han presentado en su casa a primera hora de la mañana y se los han llevado. También se han llevado al chico. Lo han mandado con unos familiares, creo que a algún lugar de Westfalia. Habrá que explicárselo a Hans.

Helga y Katrin se quedaron sin habla. Al cabo de unos segundos, Katrin consiguió decir:

—Pero ¿por qué?

—No lo sé —dijo Kurt—. Han detenido a más gente, por lo visto. Una red. La Gestapo está nerviosa, algunas personas comentan cosas y la guerra no va bien, ni en el Este, ni en ningún otro frente. Y con los americanos también en esto...

—¿Pero todo eso qué tiene que ver? —volvió a preguntar Katrin—. A mi me parecieron muy buena gente el día de mi boda, sé que eran católicos y todo eso, pero que yo sepa, el Führer no ha prohibido la religión católica...

—La denuncia —dijo Kurt—. Alguien los habrá denunciado, quizás un vecino o algún compañero de trabajo de Artur, no lo sé. Corren tiempos difíciles. No sólo para ellos por ser católicos. Para todos. Incluso para nosotros, Katrin, en la DAF. Nunca sabes dónde puedes tener un enemigo. Y de eso, a hablar mal de ti...

—Yo sé quién los ha denunciado —dijo Helga.

Había permanecido todo el rato en silencio, con la mirada perdida, ausente, como si estuviera en otro lugar.

—Ha sido Rudi, el amigo de Hans. Su propio hijo. Tienes razón, Kurt, habrá que explicárselo a Hans. O será él, el que tendrá que darnos algunas explicaciones a nosotros.

---

\* \* \*

---

Helga entró en la habitación de Hans, mientras el chico seguía ocupado en sus mapas.

Se sentó en la cama. Miró el retrato del Führer que había frente a la cama de Hans, ese retrato en el que sus ojos parecían seguirte a todos los sitios. «El gran vigía», se le ocurrió a Helga. Helga se preguntó si Hitler tendría la capacidad de saber lo que pasaba en todos los hogares alemanes, si tendría a todos vigilados. Después de lo que había pasado con Magda, pensaba que sí. Salvo que en su casa, por ejemplo, los ojos del Führer no eran los de aquel cuadro. En su casa, los ojos del Führer eran los de su hijo Hans.

Decidió llevar la conversación de forma tranquila y controlada, a todas luces, ella era intelectualmente superior a su hijo de doce años. Y sus posiciones ideológicas también. No quería que la conversación terminara en un altercado. En ese caso, su hijo tendría ventaja.

Helga se levantó de la cama y se acercó a Hans. Le dijo:

—Hans, han detenido a Magda y a Artur, los padres de Rudi. A tu amigo se lo han llevado a Westfalia.

Hans dejó lo que estaba haciendo y mirando a los ojos de su madre, dijo:

—Era de esperar. Tenía que pasar de un momento a otro. Lo siento por Rudi. Ni siquiera he podido despedirme de él.

—¿Y por sus padres no lo sientes?

—No. Se lo estaban buscando. Rudi y yo lo hablamos muchas veces.

—Hans, quiero que me digas la verdad. ¿Tienes tú o Rudi algo que ver con la detención de sus padres?

—No —dijo tajantemente Hans—. Una vez, antes de la acampada, Rudi me comentó que en ocasiones tenía ganas de denunciar a sus padres. Por ejemplo, no le dejaron acudir a la acampada, dijeron que Rudi estaba enfermo. Era mentira, fue una excusa. Pero Rudi tenía miedo que les pasara algo a sus padres, porque sabía que lo mandarían con su familia a Westfalia. Y Rudi, lo último que quería en el mundo era abandonar Berlín.

Helga no se quedó tranquila con las explicaciones de Hans. En realidad, no las creía.

—¿Tan seguro estás que Rudi no ha denunciado a sus padres, Hans?

—Sí, Rudi me lo hubiera consultado, estoy seguro.

—¿Y si te hubiera preguntado, Hans, que hubieras dicho?

Hans no se pensó mucho la respuesta.

—Que hiciera lo que tuviera que hacer. Que se acordara del juramento que habíamos hecho.

—¿Habéis jurado denunciar a vuestros padres en las Juventudes Hitlerianas, Hans?

—Sí —la respuesta fue tajante.

—Pero eso es una locura. Somos vuestros padres, vuestras familias, os hemos

dado la vida...

—Te equivocas, mamá. Vosotros no sois nuestros padres. Ni nosotros vuestros hijos. Nosotros somos hijos del Führer. Sólo a él le debemos lealtad y fidelidad eterna. Y no nos habéis dado la vida. Sólo nos habéis dado la existencia. La vida nos la da el movimiento.

Helga estaba empezando a perder los nervios. Volvía a aparecer el lado más fanático del chico, el mismo que había aparecido cuando sucedió el extraño caso de Astrid Müller.

—Me parece increíble escuchar eso de tu boca, Hans. Creo que te hemos dado todo lo que has querido. Cariño, una educación...

—Pero eso es lo que esperaba de vosotros. El Führer lo esperaba de vosotros. Los padres biológicos estáis en la obligación de educarnos, alimentarnos, prepararnos para la vida... ¿Cómo si no después, podríamos nosotros ser soldados del Reich...?

—Soldados, soldados, ya estamos con lo de siempre. Pero, Hans, ¿no puedes pensar en otra cosa, por favor!

Helga había levantado mucho la voz. Kurt y Katrin que estaban en el salón, corrieron hacia la habitación de Hans. Al llegar a la puerta, Kurt le dijo a Helga:

—Helga, por favor, deja al chico, no le presiones. Él...

—¡Cállate, Kurt! ¡Cállate, por favor! ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Toda esta locura la empezaste tú en Núremberg hace seis años, cuando fuimos al maldito congreso de tu partido y te empeñaste en llevarlo a esos delirantes actos, toda esa tontería de la fiebre nacionalsocialista, a esa basura de propaganda! ¡Yo sólo fui a ver a Ha...!

—¿Estando allí el Führer? —terció Hans.

Se hizo un incomodo silencio. Los tres miraban a Hans.

—¿Estando allí el Führer, sólo fuiste a ver a Harald? ¿Tú crees que la beata de tu amiga Magda tendría sólo ojos para su hijo Rudi, si tuviera delante de ella a Jesucristo?

Una religión, pensó Katrin otra vez. Para esos chicos el nazismo era una religión.

—¿Me estás queriendo comparar a Adolf Hitler con el Jesús de los cristianos?

—No, nunca lo haría —dijo Hans—. El dios de los cristianos es una farsa, un vendedor de humo. Alguien que los condena a una vida de privaciones y sufrimiento, para prometerles una vida eterna que no existe. El Führer es real. Está construyendo un mundo para nosotros, sus hijos, para que lo gobernemos, lo dirijamos. Y ya ha empezado. Media Europa es nuestra y si en él...

—¿Y qué, Hans, y si ganáis también en el Este, que haréis? ¿Qué os han dicho en las Juventudes que haréis con toda la gente que no es aria como vosotros? ¿Qué haréis con toda la gente como Magda, que no piensa como vosotros?

—Haremos lo que tengamos que hacer, mamá.

Una fuerte bofetada resonó en la habitación. La mejilla izquierda de Hans era ahora una enorme mancha roja. Kurt y Katrin se quedaron paralizados. Helga se miraba la mano, se la tocaba, mientras lanzaba rápidas miradas a Kurt y a Katrin. Hans permanecía con el rostro erguido, desafiante, mirando a su madre, mientras sus intensos ojos azules se convertían en ojos coléricos. Hans se giró hacia el cuadro del Führer, dio un potente taconazo, se cuadró, levantó su brazo y gritó:

—*Heil Hitler!*

Helga, con lágrimas en los ojos, se dispuso a salir de la habitación. Y entonces, Hans giró diabólicamente los ojos hacia su madre, esos ojos que a Katrin tanto le gustaban, esos ojos que Katrin llamaba los «ojos de fuego», y mientras Helga lo escuchaba, parada en el pasillo, de espaldas a él, le dijo:

—Pagas conmigo tu frustración. Pagas conmigo tu fracaso. Y yo no tengo la culpa. No tengo la culpa de que no comprendas la época en que vives. No tengo la culpa de que no comprendas el mundo al que perteneces.

Helga echó a correr hacia su habitación, y se adentró en ella dando un gran portazo.

Le había vencido, pensó Katrin. Helga Petersen había sido derrotada de forma aplastante por su hijo de doce años delante de su familia.

La escena entre Hans y Helga terminó para esta otra vez en el baño, otra vez debajo del agua, otra vez restregando todo su cuerpo, especialmente su mano, como si esta estuviera muy sucia, como si estuviera contaminada. Pero esta vez, Helga no sabía por qué se castigaba así. Si por haber golpeado a su hijo o por haberlo traído al mundo.

Helga y Hans se equivocaron en aquel invierno de 1942, cada uno en una cosa. Helga, creyendo que Rudi había denunciado a sus padres. A Helga, los rumores de que los chicos de las Juventudes Hitlerianas denunciaban a sus padres, le hicieron olvidar que existen las puertas. Y los vecinos de al lado. Y Hans, creyendo que los problemas en el Este se podían solucionar sólo porque Alemania estuviera dirigida por un líder infalible a ojos de sus adeptos llamado Adolf Hitler.

---

\* \* \*

---

El invierno dio paso a la primavera, y luego al verano. Ese verano, Hans volvió a disfrutar, aunque fue efímeramente, con el contragolpe que las fuerzas del Ejército Sur, dirigidas ahora por Von Manstein y en las que participaba la división *Wiking*, lanzaron en la zona del Cáucaso, intentado llegar a una región que se había convertido en imprescindible para el Tercer Reich, la región petrolera.

Helga y Hans estuvieron un tiempo sin hablarse. Pero la tenacidad de Katrin, atrapada entre los dos, forzó al fin que madre e hijo consiguieran acercar posturas. A



Katrin le gustaba hablar con Hans. Le fascinaban las ideas fanáticas del muchacho, su convicción en aquellas cosas en las que creía, esa fe inquebrantable en el Führer y en el movimiento que él dirigía. Muchas noches, Katrin y Hans mantenían largas conversaciones en el salón, mientras el chico limpiaba sus botas o tocaba su armónica. Hans había añadido en su repertorio la canción de *Lili Marleen*, aunque él la detestaba, sólo porque a Katrin le gustaba oírla, porque le recordaba a Harald. Una noche, mientras Hans interpretaba la triste melodía, Katrin le preguntó:

—Hans, a principios del año que viene cumplirás trece años, sólo te faltará uno para entrar en el *Kern*. ¿Qué harás entonces?

—No lo sé. Si te digo la verdad, Katrin, ya empiezo a estar harto de las Juventudes. Estos años se me están haciendo insoportables, casi sin nada que hacer, con las noticias que llegan del frente a cuentagotas. Quiero combatir. Quiero que llegue mi momento. Me gustaría estar en la situación de Harald, en primera línea.

—¿Y no te da miedo morir? —preguntó Katrin.

—Todos tenemos que morir, Katrin. De una manera u otra. Pero no, nunca he tenido miedo a la muerte. Creo que está ahí, que tenemos determinada la fecha de nuestra llegada al mundo y la de nuestra salida de él. Lo que siempre me ha preocupado es cómo morir. No me gustaría morir en el refugio o aquí en casa, bajo las bombas enemigas, como una rata. Me gustaría morir a cielo abierto, combatiendo.

Katrin estuvo mucho tiempo en silencio, con la mirada perdida. Hans volvió a su armónica, a interpretar esa triste melodía, la de esa estúpida canción de amor y muerte que tanto le gustaba a Katrin. Entonces, la chica le preguntó:

—Hans, dime la verdad. ¿Tú crees que ganaremos esta guerra?

—Sí, estoy convencido. Yo no me planteo otra cosa. No podemos perder, Katrin, porque tenemos fe en el Führer, en el Reich y en el ejército. Tenemos una fuerza, unos ideales que nadie tiene. Ni los ingleses, ni los americanos, ni mucho menos los rusos. Mira Katrin, yo no conozco a nadie en las Juventudes, que mañana mismo no diera su vida por el Führer, si él se lo pidiera. Nos han preparado para eso. Y nosotros somos la siguiente generación de combatientes. Nadie nos va a parar. Ya lo dice nuestro himno, Katrin. El mañana nos pertenece.

Hans se levantó, le dio un beso en la mejilla como hacía todas las noches y le dijo:

—Ten fe, Katrin. Ya verás cómo muy pronto los frentes se estabilizan. Y entonces Harald regresará dándonos una sorpresa, como la última vez. Es cuestión de tiempo.

Katrin permaneció mucho tiempo en el salón, pensando. El chico le había dado ánimos, siempre lo hacía. Cuando se dirigía hacia el baño del pasillo, vio luz en el cuarto de Hans. El chico estaba allí, desnudo, delante del cuadro del Führer, con el brazo levantado en señal de saludo. Movía muy rápido los labios, como si hablara con él, o recitara una oración, o entonara un himno. Katrin observó, que Hans

siempre hacía esto desnudo, podía ser que tuviera algo que ver con sus sueños infantiles. Su cuerpo estaba cambiando aceleradamente, dejaba de ser el de un niño, para empezar a ser el de un adolescente. Pero lo que más seguía impresionando a Katrin de él, eran sus ojos. Poseían tanta fuerza, que Katrin estaba convencida, que si el chico mirara fijamente ese cuadro, y quisiera, podría hacerlo volar en mil pedazos.

---

\* \* \*

---

El 8 de noviembre de 1942, en una atestada Bürgerbräukeller de Munich, Adolf Hitler ofrecía su tradicional discurso ante los viejos combatientes del NSDAP. La novedad consistía, que ese año, la Radio del Reich transmitía el discurso en directo. Hans y sus compañeros de las Juventudes de Dahlem seguían el discurso a través de la radio que tenían en la gran sala de la sede. Esa tarde de otoño, Hans, sus compañeros y todos los alemanes comenzarían a familiarizarse con un nombre, que a la larga, se iba a convertir en la permanente referencia con que se designaría el principio del fin del Tercer Reich.

Stalingrado.

Aquella tarde, el Führer dijo:

*«Quería llegar al Volga, y en nuestro avance hemos alcanzado una ciudad a orillas del Volga. Por suerte, lleva el nombre del propio Stalin. Stalingrado. Hemos conquistado esa ciudad, a falta de algunas bolsas de resistencia. Os preguntaréis por qué no hemos terminado el trabajo. La razón es que no quiero otro Verdún. Prefiero llevar a cabo el trabajo con pocas tropas de asalto. El tiempo no tiene ninguna importancia».*

Cuando terminó ese discurso y los chicos ya se retiraban, un joven del Servicio de Patrulla se dirigió hacia Hans con un sobre en la mano.

—Petersen, has recibido una carta. Toma.

Hans observó que la carta estaba abierta. En las Juventudes Hitlerianas las cartas siempre se entregaban abiertas. Hans se llevó una gran alegría al comprobar que la carta era de Rudi. Hans desplegó ansioso la cuartilla y leyó:

---

\* \* \*

---

*Hans:*

*Te escribo estas pequeñas líneas para decirte que estoy bien. Me han traído con mis tíos a un pequeño pueblo de Westfalia. Me han obligado a quitarme el uniforme de las Juventudes Hitlerianas. Me han prohibido hablar del Führer y del partido. Me obligan a leer el catecismo cristiano. Y a rezar. No me dejan salir de casa, aunque da igual, es un pueblo tan pequeño que ni siquiera tendría donde ir. Aquí también nos bombardean. Pero no tenemos refugio, nos esconden en un asfixiante sótano.*

*Pero el tiempo pasa, Hans. Dentro de poco seré mayor y me iré de aquí, y volveré de nuevo a Berlín. Y volveremos a estar juntos, tú y yo, Heinz, Silke y Dietmar. Todos los chicos. Y cumpliremos nuestro sueño*

*de luchar y morir por el Führer y por Alemania. Nunca podrán arrancar de mí, como tú siempre dices, aquello que arde en nuestro interior. Lo mismo que arde en ti. Espero que te encuentres bien y que me esperes. Dales recuerdos a los chicos. No me olvidéis, por favor. Pensar en mí.*

Rudi.

---

\* \* \*

---

Dos días después de escribir esta carta, Rudi se quitó la vida al estilo de Astrid Müller. Se ahorcó en el desván de la casa de sus tíos. Fue una de sus tías la que lo encontró. Se había colgado de una viga del techo. Sólo llevaba puesto el pantalón, tenía el torso desnudo y ensangrentado. En el lado izquierdo de su pecho, sobre el corazón, había intentado grabarse, sin mucho éxito, una cruz esvástica con un cuchillo de cocina. Sobre una caja de madera, al lado del cuchillo, encontraron una nota de suicidio que decía así:

*«Os odio. Odio vuestra vida, vuestra religión y a vuestro Dios. Si no me habéis dejado vivir por el Führer, por lo menos quiero morir por él».*

Rudolf Artur Rausch, conocido por sus amigos de Dahlem solamente como Rudi, tenía doce años de edad. Hans Petersen nunca se enteró de su muerte.

---

\* \* \*

---

Stalingrado. Meses después de ese discurso del Führer en la Bürgerbräukeller, el todopoderoso Sexto Ejército alemán estaba completamente cercado. Su situación era desesperada. Von Paulus, al frente del mismo, solicitó en infinidad de ocasiones al Führer en su cuartel general de Rastenburg, la capitulación ante el desastre total. Ante la destrucción completa de todos sus hombres.

Hitler nunca lo consintió. Ordenó la resistencia total, la guerra total. Antes la muerte o el suicidio colectivo, que la rendición. La derrota del Sexto Ejército constituiría la primera gran derrota alemana de toda la guerra. La constatación de que la imbatibilidad de la Wehrmacht era un mito. Que las ambiciones de Hitler podían ser frenadas.

Existe una anécdota, que otra vez linda con la leyenda, sobre la rendición de Von Paulus. Era enero de 1943. La resistencia de Stalingrado había propiciado que Hitler ascendiera a mariscal de campo a Von Paulus. El día de 31 de enero, a las cuatro de la madrugada, en la «Guarida del Lobo», Hitler hizo llamar a su asistente Heinz Linge a su habitación. El Führer estaba alterado, había tenido una horrible pesadilla. Le preguntó a Linge, si la orden de ascenso de Von Paulus había llegado ya a la prensa. Linge le contestó que no. Y Hitler, le dijo que la paralizara. Que había tenido un

horrible presentimiento sobre Von Paulus, y que nunca consentiría que un mariscal de campo se rindiera, que eso no había sucedido nunca en la historia de Alemania. Pero el nombramiento de Von Paulus, como mariscal de campo, no pudo ser detenido.

Una vez más, el oscuro presentimiento de Hitler se cumplió. A las cuatro de la madrugada de ese 31 de enero y sin solicitar permiso de Hitler, Von Paulus se rindió al Ejército Rojo. Stalingrado se convirtió en el lugar donde los senderos de gloria de la Wehrmacht quedaron sepultados.

Comenzaba el retroceso.  
La cuenta atrás definitiva.

---

\* \* \*

---

Los senderos de gloria de la Wehrmacht quedaron sepultados en Stalingrado, los sueños de grandeza del Tercer Reich se detuvieron en aquella ciudad junto al Volga, y en Berlín, las sensaciones más sombrías de muchas personas juiciosas, que siempre vieron esa aventura como una locura, una locura que no podía terminar bien, recibieron un aldabonazo la mañana del 3 de febrero, cuando el pueblo alemán recibió la noticia. Helga Petersen se encontraba, siempre se encontró, entre esas personas juiciosas de pensamientos sombríos.

Aquella mañana, Helga sorbía una taza de café caliente, sentada en una de las mesas de la cafetería Dorfhaus, antes de comerse uno de esos pastelitos de crema que hacía Frau Dorf. Unos minutos antes, había visto pasar a Hans, acompañado por Heinz, la hija de los Bauer y otro chico llamado Erich, por la acera de enfrente. Hacían su recorrido matinal de la colecta de ayuda invernal. Ahora los niños de las Juventudes Hitlerianas no llevaban ya esas feas huchas que les habían caracterizado. Ahora llevaban unas no menos feas bolsas grises. Porque los niños, ahora, no recogían dinero para auxiliar a los desvalidos del frente interior. Ahora recogían prendas de abrigo para los soldados del frente oriental. Guantes, calcetines, jerseys, chaquetas... Los niños recogían cualquier prenda que los berlineses les quisieran entregar. Prendas destinadas a soldados que se congelaban en las extensas y glaciales tierras rusas. «Prendas de abrigo para el frente oriental», pensó Helga. «Prendas para el frente en el que combate Harald». Helga Petersen sintió un ligero estremecimiento.

Esa mañana la Dorfhaus estaba muy concurrida. Hasta la solitaria mesa de Helga llegaban las conversaciones habituales, las conversaciones cotidianas, las conversaciones de todos los días. La guerra, las restricciones, los bombardeos... hasta que, de pronto, todas ellas cesaron. Y todas las miradas se concentraron en un mismo lugar.

De la radio que había tras el mostrador en el que servía los cafés Herr Dorf, había

brotado el lúgubre sonido de un redoble de tambor. A continuación, una melodía conocida inundó el local. El segundo movimiento de la *Sinfonía N.º 5* de Ludwig von Beethoven. A esas alturas de la guerra, los berlineses conocían ya perfectamente toda esa ritualidad que acompañaba a los comunicados oficiales en la Radio del Reich. Y a ninguno le pasó desapercibido, que esa melodía significaba que se iba a dar una mala noticia. Una noticia luctuosa.

Herr Dorf caminó cojeando (el hombre había quedado cojo combatiendo en una trinchera del frente del Somme durante la Gran Guerra), hacia el lugar donde se encontraba la radio y subió el volumen.

*Están ustedes en la sintonía de la Radio del Reich. A continuación, vamos a leer un comunicado del Alto Mando de la Wehrmacht...*

El silencio en la Dorfhaus era total.

*La batalla de Stalingrado ha llegado a su fin. Fiel a su juramento de combatir hasta el último aliento, el VI Ejército, bajo el mando ejemplar del mariscal Paulus, ha sucumbido ante el asalto de un enemigo superior en número y a causa de las circunstancias desfavorables a que tenía que hacer frente...*

Las miradas se buscaron, pero el silencio continuó. Algunas de esas miradas, se dirigieron hacia Helga. Pero ella no las devolvió. Ella volvía a mirar, a través de la gran cristalera, hacia la acera de enfrente. Hacia la acera por la que acaba de pasar su hijo Hans.

---

\* \* \*

---

Unos meses después del desastre de Stalingrado, el 23 de noviembre de 1943, la vida de la familia Petersen cambió para siempre. La tarde de aquel día, Helga se encontraba en la iglesia. Había continuado asistiendo día tras día ella sola, desde que Magda había sido detenida. Lo hacía por dos motivos, primero, porque sólo allí encontraba la calma. Y segundo, como un pequeño homenaje que le hacía a Magda. Helga sabía, que se encontrara donde se encontrara Magda, ella agradecería ese gesto, agradecería que ella siguiera asistiendo a aquella pequeña y antigua iglesia.

Helga se llevaba todas las tardes las cartas de Harald, cartas que releía una y otra vez hasta casi aprendérselas de memoria. Harald siempre contaba lo mismo, pero Helga sabía que eso se debía a la censura militar. Decía que estaba bien, que había engordado, que ya no tenía pesadillas. Decía que los combates con los rusos eran encarnizados, pero que su división siempre salía triunfante, defendiendo sus posiciones e incluso lanzando fuertes ofensivas. Que su fe en el Führer y en el nacionalsocialismo había renacido, y con ella, la alegría había regresado a su rostro. Todo eso era mentira y Helga lo sabía. Desde el desastre de Stalingrado, los rusos

habían pasado a dominar la situación y el ejército alemán estaba retrocediendo en todos los frentes de batalla. Cuando no, y eso era lo peor, quedaban aislados, cercados. Batallones enteros, divisiones enteras se perdían. Ella lo escuchaba en la Radio del Reich, lo leía en los periódicos, lo veía en el mapa de Hans. En las calles de Berlín se comentaba, que cada siete segundos moría un soldado alemán en Rusia.

Había ocasiones en que la censura se relajaba. Helga tenía en ese momento en su mano una carta, en la que Harald le aconsejaba que siguiera acudiendo todas las tardes a la iglesia, porque en palabras de su hijo: «Después de lo que he visto, mamá, si perdemos esta guerra, sólo Dios podrá apiadarse de nuestras almas». Helga estaba pensando en esta frase, cuando vio que un sacerdote se sentaba a su lado.

—Hola, soy el padre Klaus. ¿Usted es...?

—Helga Petersen, padre.

Helga lo había visto últimamente en la iglesia todas las tardes. El hombre siempre estaba, o bien en el confesionario o bien en el pequeño altar, colocando flores en los búcaros que lo adornaban. El padre Klaus era un hombre de unos setenta años, bajo y regordete, y con una gran barba blanca.

—Antes venía usted todas las tardes con otra señora, Magda creo que se llamaba. ¿Se encuentra enferma su amiga?

—No —contestó Helga—. Fue detenida.

El sacerdote miró hacia el altar y movió la cabeza.

—Corren malos tiempos, dentro y fuera de Alemania —dijo el hombre.

—Sí, padre. Malos tiempos.

«Malos tiempos para los ángeles que languidecen en oscuras iglesias como esta, buenos tiempos para las valquirias legendarias que hacen su recolecta de almas en los campos de batalla», pensó Helga, recordando un pensamiento que había tenido años atrás, cuando descubrió los dibujos de su hijo Hans.

—Padre Klaus, quería hacerle una pregunta, a lo mejor es una tontería, pero una de las últimas tardes que estuve aquí con Magda, ella me habló sobre los judíos, ya sabe, ellos han desaparecido de Berlín y mucha gente nos preguntamos... no sé... ¿usted sabe qué ha sido de...?

Pero el párroco dijo algo que Helga no se esperaba.

—¿Es usted creyente, Frau Petersen?

—La verdad es que no. No mucho. Bueno, no soy practicante, bueno, fui bautizada y todo eso, pero... veré, tengo un hijo en el frente oriental y...

—No se preocupe. Espere, le traeré algo.

El hombre se levantó, recorrió a gran velocidad para su edad parte de la nave central de la iglesia y desapareció en la sacristía.

Regresó a los pocos minutos. Llevaba dos cosas en sus manos. Un crucifijo y un pequeño libro.

—Mire, esto es un crucifijo. Supongo que no tendrá ninguno en su casa. Y esto es un libro de oraciones. No hace falta que se lo aprenda, sólo léalas, mientras piensa en su hijo. Le harán bien.

—Gracias, padre —dijo Helga—. Tengo que marcharme.

Helga se levantó y se dispuso a salir. Pero entonces, el sacerdote le dijo una última cosa.

—Cuando lea el libro de oraciones, Frau Petersen, aunque piense en su hijo, piense también en ellos. Yo lo hago todos los días.

—¿En quién, padre Klaus?

—En ellos. En los hijos de Israel. A ellos más que a nadie les hacen falta nuestras oraciones, Frau Petersen.

---

\* \* \*

---

*Harald Petersen corría por un campo de batalla embarrado, desolado, en la oscuridad de la noche. Las balas trazadoras, las explosiones, el cañoneo constante, le hacían agacharse casi a cada paso. Había una pequeña colina y Harald trepaba por ella. Pero lo más sorprendente, es que iba desnudo. Llevaba el casco de hierro con las runas Sieg de las SS, y su fusil, pero no tenía uniforme. ¿Cómo era eso posible? ¿Dónde estaba su uniforme?*

*Llegó a lo alto de la colina. Su figura, se recortaba contra el oscuro y gélido cielo estrellado. Hacía mucho frío, pero Harald estaba sudando. Como si tuviera fiebre. Miró a su alrededor. Lo que estaba viendo no podía ser real.*

*Era una escena que parecía salida de una pintura de El Bosco. Ante él, se extendía un enorme valle. Un cielo rojo cargado de dramatismo, como una enorme bola de fuego, cubría todo el valle y se perdía en el horizonte. Él conocía ese cielo, era el cielo de Tyr, el dios de la guerra. Era el cielo al que su hermano Hans, habría llamado el cielo del lobo.*

*El valle estaba atravesado por un tumultuoso río, un río por el que no bajaba agua, sino que bajaba sangre. La sangre de los caídos. Porque todo el valle estaba cubierto de cadáveres. Los cadáveres de sus compañeros, cientos, miles. A su alrededor, las explosiones se multiplicaban. Harald observó, que esos cadáveres también estaban desnudos como él, sólo conservaban los cascos de hierro. Harald recordó unos versos que le enseñaron en las SS sobre la desnudez y la muerte... ¿de quién eran esos versos? ¿Del Führer? Ahora no lo recordaba...*

*Entre el valle cubierto de muertos y el cielo rojo, el cielo de Tyr, se extendía una cortina de niebla. Y de esa cortina, de esa barrera, surgían seres. Seres que no podía distinguir bien, seres que parecían volar con grandes alas metálicas, seres que se abalanzaban sobre los soldados yacientes y volvían a elevarse hacia la cortina de*

niebla. Era como una lluvia de estrellas fugaces. Pero de ida y vuelta.

Entonces, junto a él, en lo alto de la colina, uno de esos seres se mostró. Se quedó revoloteando entorno a su cuerpo. Harald era incapaz de describirlo. Su cuerpo, sus piernas, su sexo, sus pechos, sus brazos, su rostro, eran como los de una chica muy joven, una adolescente. Pero Harald sabía que no lo era. Se daba un parecido a la imagen de un cuadro que Harald había visto en la habitación de su hermano Hans. Pero tampoco lo era. El ser arrojaba fuego por la boca, casi siempre una especie de pequeña llama, pero en ocasiones, se contorneaba y lanzaba grandes llamaradas. Sus ojos eran como dos torbellinos, que giraban y giraban. Llevaba una especie de casco dorado, con dos pequeñas alas. Las alas de su espalda también eran doradas, muy grandes en proporción a su cuerpo.

Todo su cuerpo estaba cubierto por una serie de extraños símbolos, símbolos rúnicos muy antiguos, símbolos, que ni él que había estudiado las runas conocía. Pero algunos de estos símbolos estaban iluminados, como si fueran fosforescentes. Entre los dos pechos, Harald pudo ver una runa Toten, una runa de la muerte. El resto de los símbolos iluminados, a través de su cuerpo, parecían formar dos palabras: Korsun-Cherkassi. ¿De qué le sonaba tanto ese nombre? ¿Qué significaba?

El ser extendió sus manos. De su mano derecha brotó una potente luz. Como en un cine, como si la mano de una deidad cósmica activara una cámara de cine, aparecieron unas imágenes. Su madre, Helga, dando a luz. Su nacimiento. Su infancia, sus primeros amigos, el nacimiento de Hans, la escuela. Los primeros escarceos con las chicas, su alistamiento en las SS. Se vio a sí mismo desfilando en las grandes concentraciones del partido. Jurando lealtad ante el Führer, en Munich. Las imágenes de la guerra, Francia, Katrin, el día de su boda. Otra vez la guerra. Rusia. La muerte de Jürgen, las fosas, los fusilamientos, los cuerpos cayendo en las fosas...

De la mano izquierda del ser brotó otra luz. En esta casi no distinguía las imágenes, estaban borrosas, como difuminadas. Veía a Helga, a Kurt y a Katrin, ¿pero por qué estaban así? ¿Por qué no se movían? ¿Por qué lo miraban con ojos inexpresivos? Una mesa, la mesa del salón de su casa. ¿Qué había sobre aquella mesa? Todo pasaba muy rápido. Caían las banderas envueltas en llamas. Se desplomaban los edificios. Los estandartes eran arrojados al fuego. Y Hans. Hans abandonaba un portal y salía a una calle. Llevaba algo en sus manos, pero Harald no lo distinguía. Esa calle estaba en llamas. Y Hans...

¡Oh Dios, sus ojos! ¿Por qué no lo hemos visto antes, mamá? ¡Esos ojos! Sólo Katrin se ha dado cuenta...

Sin saber cómo, Harald estaba en el suelo. El ser se arrojó sobre él. Ahora podía olerlo, sentirlo. Su piel era muy suave, casi como el terciopelo. Emitía extraños



sonidos, sonidos que el oído humano nunca había escuchado. Olía a naturaleza en estado puro, a tierra húmeda, a hierba mojada, al nacimiento de un río.

El ser puso uno de sus dedos en el cuello de Harald. Sus uñas eran afiladas cuchillas metálicas. Harald gritó, pero ningún sonido salía de su garganta. El ser clavó en su cuello la cuchilla y la hizo descender hacia su tórax. Harald escuchaba el sonido de su carne al rasgarse, y veía manar la sangre, sangre que salpicaba sobre su cara.

*El ser lo estaba abriendo. Lo estaba abriendo en canal.*

La uña del ser, la cuchilla, descendió por su torso, por su estómago. Pudo escuchar como la bolsa que contenía sus tripas se reventaba y estas caían sobre la tierra embarrada. La cuchilla siguió su lento descenso por su vientre...

Con sus manos, el ser separó en dos su cuerpo. El dolor era insoportable, él seguía gritando, pero ningún sonido brotaba de su garganta. Y entonces, sucedió lo peor.

El ser comenzó a introducirse dentro de él. Primero introdujo la cabeza, luego los brazos. Luego, cuando metió sus piernas, sólo las dos grandes alas metálicas doradas sobresalían del cuerpo de Harald.

Ahora el ser estaba casi completamente dentro de él. Y se movía, rebuscaba entre sus órganos, los apartaba, hurgaba entre sus vísceras, entre sus pulmones, moviéndose muy deprisa, a mucha velocidad. Porque el ser, buscaba algo.

Harald Petersen ya sabía qué era ese ser. Y sabía lo que buscaba. Oh, sí, lo sabía, lo sabía muy bien.

Sus antepasados germanos y los pueblos del Norte hablaban ya de esos seres en los albores del tiempo. En las Eddas, las sagas, los poemas épicos...

Hablaban de seres que se cernían sobre los campos de batalla, cuando las armas callaban. Campos de batalla convertidos en sepulcros.

*Y esos seres, recorrían los campos buscando su cosecha.*

*Sí, Harald Petersen sabía cómo sus antepasados llamaban a esos seres.*

*Buscadoras.*

*Buscadoras de almas.*

---

\* \* \*

---

—¡Despierta, despierta, chico! ¡Despierta!

Harald se despertó. Estaba jadeando. Otra pesadilla monstruosa. Su familia y algo que penetraba en su cuerpo. Un oficial de un grado superior al suyo lo miraba, embutido en su uniforme blanco de invierno. El hombre tenía pequeños trocitos de hielo pegados al bigote. Pese a que aún estaban en otoño, la temperatura rondaría los 10° bajo cero. Pero Harald sudaba y temblaba, como si tuviera cuarenta de fiebre.

—Toma, bebe un poco de esto. Menuda pesadilla, chico.

—Gracias, señor —Harald no podía distinguir la graduación del oficial.

Harald bebió. Lo escupió. Y vomitó. Se vomitó encima. Era un horrible vodka que sabía a perro muerto. O es que él llevaba dentro el olor a muerto.

Eran las doce de la noche del día 23 de noviembre de 1943. Estaban atrapados, sitiados. Descansaban en una vieja fábrica abandonada en las afueras de un horrendo y tenebroso lugar llamado Korsun-Cherkassi. Aquello no había sido una batalla, sino una carnicería. Tres cuartas partes de su división habían perdido la vida. Todos los amigos de Harald ya estaban muertos. Harald se percató, que el oficial que había a su lado tenía el mismo acento que Katrin. El oficial apuró el vodka y le dijo:

—Tienes muy mala pinta, chico. Debes estar enfermo. ¿Quieres que te busque una manta o algo?

—Sí, por favor, señor.

El oficial se levantó y se puso a rebuscar. Eran más de sesenta personas las que descansaban allí dentro. Fuera de la vieja fábrica se recrudecían ahora las explosiones de la artillería.

Harald se llevó la mano con su pesado guante hacia el bolsillo de su guerrera y, como pudo, extrajo una arrugada fotografía. Era una de aquellas que su padre había hecho el día de su boda. En ella estaban todos. A cientos de kilómetros de allí, en Berlín, en la civilización, serían ahora las diez de la noche. ¿Qué haría su familia?, se preguntó Harald. Posó su dedo sobre el rostro de los suyos. Kurt, Helga, Hans, Katrin, su mujer, a la que casi no había tenido tiempo de conocer. Quería pensar ahora en ellos, sólo en ellos. Les había fallado. No valía para esa guerra. Para ese tipo de guerra, no. Había fracasado. No estaba a la altura de lo que su hermano esperaba de él. Hans era otra cosa, tenía el carácter de su madre, su fuerza, su convicción. Él había salido más a su padre, al menos siempre lo había pensado así. Pero Hans era distinto. Hans tenía fe. Él la había perdido hacía mucho tiempo, casi desde que comenzó la guerra. Hans sería mucho mejor soldado que él.

Ahora sólo quería pensar en ellos. En nada más. Ni en la guerra, ni en ese horrible lugar llamado Korsun-Cherkassi. Sólo pensar en ellos. Vio que el oficial seguía buscando una manta para él. Pero a Harald, no le hacían falta ya las mantas. Había desenfundado su Walther P-38. Se la había acercado a la cabeza. Lo hacía muchas veces. Le gustaba hacerlo. Sentir el frío acero sobre su sien.

El oficial había encontrado una especie de capote, cuando se escuchó el disparo. Lo tiró al suelo. Ya no le hacía falta al chico. Otro más, pensó el oficial. Sólo esa noche llevaban cuatro. Seguro que ahora, las SS dirían que había muerto heroicamente combatiendo en el campo de batalla. Harían cualquier cosa para que nadie se enterara de lo que realmente estaba sucediendo allí. Seguro que serían tan hipócritas, que hasta le darían la Cruz de Hierro. A título póstumo.

A las diez de la noche del 23 de noviembre, en Berlín, mientras a cientos de kilómetros de allí Harald Petersen se preguntaba qué haría su familia, esta corría hacia el refugio huyendo del mayor bombardeo que la ciudad había sufrido durante toda la guerra. Era la situación que Hans más odiaba. Aquella noche, más que ninguna otra, Hans contempló la posibilidad de morir en aquel refugio como una rata. Y aquella noche, Hans tomó una determinación. En pocos meses cumpliría catorce años, ingresaría en el *Kern*, el núcleo de las Juventudes, y tendría que elegir qué hacer. Salvo que ya no tendría que elegir, porque después de esa noche, ya lo tenía decidido.

Más de setecientos aviones aliados bombardearon aquella noche Berlín. El centro de la ciudad se convirtió en pasto de las llamas. Los principales edificios gubernamentales, los grandes centros de poder del imperio nazi, se convirtieron en enormes piras de fuego. Entre esa noche y la del día 24, murieron bajo los escombros cuatro mil personas. Diez mil edificios fueron destruidos. Las defensas antiaéreas, especialmente las de las grandes torres Flack, trabajaron sin descanso. Ciento veintitrés bombarderos británicos fueron abatidos. La «batalla aérea de Berlín» duró cinco meses, hasta abril de 1944. El ideólogo de estos ataques fue un personaje conocido como *bomber Harris*. Arthur Harris era el máximo responsable de lo que se conocía como el *Bomber Comand*. Durante el año 1943, Harris lanzó a sus bombarderos primero sobre el Ruhr, con la intención de destruir el sistema productivo e industrial alemán. Después, organizó la operación *Gomorra*, los grandes bombardeos contra Hamburgo. En los días previos a los bombardeos sobre Berlín, había lanzado sus aviones contra Hannover y Kassel. Entonces, decidió variar su política y comenzar a destruir el centro del poder político alemán. Berlín. La ciudad sufrió tal grado de destrucción, que cuando Adolf Hitler regresó de su guarida en Prusia Oriental, exigió entrar en la ciudad de noche y se negó a contemplar el montón de ruinas y escombros en lo que se había convertido la otrora intocable capital del Reich alemán.

Tiempo después, sobre la conciencia del *Bomber Comand* recayó una de las mayores carnicerías cometidas durante la Segunda Guerra Mundial: el bombardeo de Dresde. Treinta y cinco mil personas murieron en el primer bombardeo. En los posteriores, cien mil. La mayoría eran refugiados, niños, mujeres y ancianos. Civiles inocentes.

Pero aunque los británicos cometieran esta atrocidad, que llegó a escandalizar hasta a sus aliados norteamericanos, no hay que olvidar que todo esto fue el precio que Adolf Hitler hizo pagar a su propio pueblo. El precio derivado de sus sueños de grandeza.

Hay ocasiones, en que los seres humanos hacemos cosas imprevistas, como arreglarnos una mañana de una forma especial, como si fuéramos a recibir una visita importante o una gran noticia. Mucha gente utilizaría palabras como presentimiento, corazonada o premonición, para definir ese comportamiento. Pero no, lo hacemos así, sin más.

Eso le sucedió esa mañana de noviembre a Helga Petersen. Se había arreglado de una manera especial. Se había puesto un jersey negro de cuello alto, que le favorecía mucho, con un collar de perlas. La falda también era negra, igual que sus zapatos, los mejores que tenía. Y se había hecho un recogido en el pelo, como si fuera a asistir a la Ópera. Helga, Hans y Katrin estaban desayunando en la mesa del salón cuando escucharon el timbre. Fue Helga la que se dirigió a la puerta, descorrió los cerrojos y abrió.

Parados delante de la puerta, se encontraban dos soldados de las SS con su uniforme de gala. Uno de ellos, llevaba una carta. El otro, una pequeña caja negra.

Katrin y Hans observaban la escena desde la puerta del salón. Instintivamente, Katrin posó una de sus manos sobre el hombro de Hans, y se llevó su otra mano a la boca. Comenzó a llorar.

Helga escuchó en total silencio la explicación de los soldados. En todo momento se mostró muy serena, educada y elegante. Recogió la carta y la caja, estrechó la mano de los soldados y se dispuso a cerrar la puerta. Antes de eso, los dos soldados se cuadraron, dieron un fuerte taconazo e hicieron el tradicional saludo nazi. Luego, descendieron por la escalera. Su trabajo de esa mañana no había terminado. Ni mucho menos.

Helga cerró la puerta y se dio la vuelta. Durante un instante, permaneció recostada contra esta. Katrin lloraba ahora desconsoladamente. Hans observaba la escena en total silencio. Helga recorrió el pasillo andando muy lentamente, como si estuviera participando en una procesión. Al llegar a la altura de Hans y Katrin se detuvo un instante. Hans se cuadró delante de su madre, dio un fuerte taconazo y realizó el saludo nazi, mientras gritaba:

—*Sieg Heil!*

Helga no lo miró. Prosiguió su camino hacia su habitación, abrió la puerta y penetró en ella. Katrin y Hans se quedaron mirando hacia la puerta de la habitación. Fue entonces, cuando escucharon el estruendo que hacía Helga al desplomarse sobre el suelo.

La carta que recibió Helga era del mismísimo *Reichsführer SS* Heinrich Himmler. Oficialmente, Harald Petersen, de veintiséis años de edad, nacido en 1917, hijo de Kurt y Helga, hermano de Hans y marido de Katrin, había fallecido de forma heroica en el campo de batalla, en un lugar llamado KorsunCherkassi. Himmler agradecía a

Harald, al que llamaba «héroe de la patria», y a su familia, su sacrificio por la causa del nacionalsocialismo y del Reich alemán. Se comunicaba a su familia que su cuerpo nunca sería repatriado, pues había quedado en manos rusas, que solían enterrar los cuerpos en fosas comunes e incinerarlos.

En ocasiones, la vida nos reserva una ironía final. Eso le sucedió a Harald Petersen. Quiso la casualidad, que su división luchase en aquella batalla, codo con codo, con una división de voluntarios belgas que llevaba el nombre de la tierra de su mujer. La división *Valonia*. Es más, el líder del Partido *Rexista*, en el que militó Katrin, León Degrelle, participó en la batalla. Degrelle consiguió la Cruz de Caballero. Las divisiones *Wiking* y *Valonia* consiguieron salir de allí, pero perdieron al sesenta por ciento de sus hombres, entre ellos Harald. El *SS Gruppenführer* Herbert Gille, que dirigía la división *Wiking*, recibió por aquella batalla la Cruz de Caballero con Hojas de Roble y Espada. A Harald Petersen, como a tantos miles, se le concedió la Cruz de Hierro. A título póstumo.

Un viejo dicho inglés dice, que los soldados no mueren en el campo de batalla, sino que simplemente se desvanecen. No se sabe si esa máxima sirve para los suicidas. Pero de una u otra manera, aquella mañana de noviembre, Harald se desvaneció de la vida de la familia Petersen. Para siempre.

---

\* \* \*

---

Unos días más tarde, después de hablar con el padre Klaus, Helga consiguió que en la iglesia donde ella acudía desde hacía tantos años, se celebrara un oficio religioso por el eterno descanso de Harald Petersen, fallecido en el frente oriental. El sacerdote permitió que Helga colocara en la mesa de celebración una fotografía de Harald y la pequeña cajita negra que contenía la Cruz de Hierro. Asistieron una gran cantidad de familiares, amigos y vecinos, muchos de ellos, los mismos que habían asistido a su boda con Katrin unos años antes. Kurt, Helga y Katrin se encontraban juntos, en el mismo banco, en la primera fila. Kurt había cambiado su eterno uniforme de funcionario del partido por un discreto traje chaqueta negro. Hans no asistió. Nadie le reprochó nada.

Hans había acudido a la puerta de la iglesia, cuando todos los asistentes al acto ya habían entrado al templo. Durante unos cinco minutos, Hans permaneció plantado delante de la puerta, bajo una fría lluvia de noviembre. Miraba la fachada de la iglesia con un rictus de aprensión en su rostro. Al cabo de unos minutos, dio media vuelta y se encaminó hacia la sede de las Juventudes. Tenía algo que hacer.

A la misma hora que el oficio religioso por Harald terminaba, Hans se encontraba en la sede de las Juventudes. Dibujando. Un dibujo en homenaje a su hermano. Por supuesto, no colgaría ese dibujo en el santuario de las Juventudes. Su hermano no era

un mártir del movimiento juvenil, sino de las gloriosas SS. Guardaría ese dibujo en un lugar especial.

Hans había dibujado un edificio de estilo clásico, con grandes columnas blancas. En el centro del edificio, había una especie de altar. Sentada sobre ese altar, se encontraba la valquiria legendaria que aparecía en sus sueños infantiles. Entre los brazos de la valquiria, descansaba el cuerpo yaciente de su hermano. Llevaba el uniforme de gala de las SS. La valquiria sujetaba con una mano la cabeza de Harald. Sus ojos miraban el rostro de su hermano. En su otra mano, que estaba extendida en posición de ofrenda, brillaba una pequeña luz. Su alma.

Hans, como siempre solía hacer, había escrito una leyenda. Durante mucho rato, había fijado su mirada en el lema que presidía la gran cortina negra que separaba la sala central, del santuario: «Hemos nacido para morir por Alemania». Al final, escribió:

*«Para mi hermano Harald: Te mentiría si no te dijera que te envidio. Tú ya has muerto como me gustaría morir a mí».*

Hans nunca derramó una sola lágrima por la muerte de su hermano Harald. Un día decidió que nunca lloraría por un soldado o un camarada muerto. Que les rendiría tributo, si era necesario toda la vida, pero nunca lloraría. De una u otra manera, Harald había cumplido con su deber, luchando y muriendo. Y para Hans Petersen, ambas cosas iban unidas. Cada día que pasaba, en Hans crecía la sensación de que todos ellos iban a morir en esa guerra. Que la ganarían, de eso no cabía ninguna duda, mientras el Führer estuviera al frente de su ejército y de su pueblo. Pero que ellos no verían la victoria. Que ese era el «sacrificio necesario». Él estaba ya preparado para consumarlo. Ahora sólo tenía que esperar a que llegara su momento.

---

\* \* \*

---

Tres días después de que les notificaran la muerte de Harald, Helga se encontraba sentada en la mesa del salón de su casa. Tenía ante ella, todas las cartas que Harald les había enviado desde el frente en los últimos meses. Las leía una y otra vez, intentando encontrar algo, algún dato, alguna señal, cualquier cosa que pudiera indicarle el estado real de Harald antes de morir. Eran altas horas de la madrugada. En la soledad de la noche aún se escuchaban en la lejanía las explosiones producidas por el último bombardeo lanzado sobre Berlín. Helga permanecía allí, porque desde el momento en que había conocido la muerte de su hijo no podía dormir. Era imposible para ella conciliar el sueño. No había afrontado bien la muerte de Harald, como años atrás, no afrontó bien la muerte de sus hermanos en las trincheras de la Gran Guerra. Y tampoco la muerte de su padre. Definitivamente, Helga Petersen no

sabía afrontar la muerte de sus seres queridos. Pese a que hacía años que Harald no aparecía casi nunca por casa, desde que comenzara su carrera en las SS, Helga percibía ahora un enorme vacío al pensar que nunca más, Harald volvería a sentarse alrededor de esa mesa en la que ella estaba sentada.

Había además otras cosas que perturbaban a Helga. Cosas que no soportaba. No soportaba la resignación con la que había asumido Kurt la muerte de Harald. No soportaba el silencio en el que había caído Katrin. Por no hablar de la actitud de Hans, aunque con eso ya contaba.

Sabía que para Hans, su hermano había cumplido simplemente su trabajo como soldado. «Luchar y morir es lo mismo», eso pensaba Hans. «La vergüenza llega, cuando se sobrevive a un combate, cuando tus mejores camaradas ya han caído». Lemas como esos, estaban escritos en los dibujos de Hans, Helga los había visto. Eran lemas de las Juventudes Hitlerianas. Chicos preparados para morir por una causa, pensó Helga. ¿Pero cómo era posible que una nación culta, una nación civilizada, hubiera llegado a esos extremos? Preguntas como estas, repetidas una y mil veces en su cabeza desde hacía años, desde que la naturaleza de la Alemania de Adolf Hitler se mostrara ante ella, habían convertido a Helga Petersen en una mujer torturada, una mujer amargada.

Desde el incidente del día en que Kurt les comunicó la detención de Magda y Artur, la relación entre Hans y Helga era casi inexistente. Cada uno hacía su vida por separado, se hablaban y se respetaban, eso por supuesto, pero cada uno vivía a su manera. Helga ni siquiera le reprochó que no asistiera al oficio religioso celebrado por su hermano. Suponía que estaría con sus amigotes de las Juventudes celebrando la muerte de Harald a su manera. Magda le contó en una ocasión, que los chicos de las Juventudes solían celebrar la muerte de sus hermanos y amigos en el frente con grandes borracheras. Colocaban una foto del difunto en el centro de la sala y bebían y cantaban sus himnos hasta caer borrachos al suelo. Como tantas cosas de Magda, Helga no las había creído. Pero ahora...

Para Helga, Hans se había convertido en un laboratorio de estudio. Lo examinaba, lo observaba, todos los días, continuamente. A través de él, Helga estudiaba el tipo de individuo que el nacionalsocialismo estaba creando para el futuro. No sabía si era demasiado ético estudiar a un hijo, pero ella lo había hecho. Y había sacado conclusiones.

Helga se dio cuenta, que más allá de su obsesión por los juramentos, los conceptos de lealtad y fidelidad al líder y a los compañeros, su hijo rendía culto casi constante a tres cosas: el cuerpo, la sangre y la muerte.

Hans no era como Harald, nunca tendría ni su altura, ni su porte, pero eso a él le daba igual. Porque aunque sólo tenía trece años, ya creía poseer el cuerpo de su hermano. Hans tenía una auténtica obsesión con la desnudez. Carecía de pudor.

Desde que volvió del campamento de las Juventudes en las montañas del Harz, Hans siempre dormía y andaba desnudo por la casa, y en numerosas ocasiones, sin importarle que estuvieran ella y Katrin delante. Les habían hecho creer que eran seres superiores, seres perfectos y por lo tanto, presumían de ello. Eso para Helga era muy cuestionable. Pero para Hans, no. No era cómo él veía realmente su cuerpo, sino como «creía» verlo. Helga recordó un cartel propagandístico del ministerio que dirigía el *Doktor Goebbels*, ese que llevaba por lema *Sieg oder Bolschewismus*. Victoria o bolchevismo. Encabezando la palabra *Sieg*, victoria, se encontraba la imagen de una madre aria perfecta, que levantaba en brazos a una niña aria perfecta. Sin embargo, sobre la palabra *Bolschewismus*, se veía a un hombre deformado, desdentado, sucio y con mirada de criminal. Esa era una de las leyes sagradas nazis: nosotros somos perfectos, todos los que no sean como nosotros, son seres deformados. No era cuestión de cómo eran, sino de cómo ellos los veían.

La sangre, la comunidad del pueblo. De esa parte del pueblo que era como ellos. Helga creía firmemente, que los nazis habían acabado con la concepción tradicional de la familia. Para los nazis, la familia eran aquellos que pensaban y sentían como ellos. Para ellos, la familia no la componían los padres, los hijos, los tíos o los primos. Para ellos la familia la componían los camaradas. ¿Cómo reaccionó Hans ante la noticia de la muerte de su hermano? ¿Lloró, se abrazó a ella o a Katrin? No, pensó Helga. Se cuadró en mitad del pasillo y realizó el saludo nazi. En su visión de las cosas, rendía tributo a un camarada caído, no a un hermano al que no volvería a ver nunca más. ¿Era para Hans igual Harald que esa chica llamada Astrid Müller? ¿Eran para él lo mismo Heinz y Rudi que su hermano? Helga creía que sí, que para Hans todos ellos eran simplemente camaradas.

La muerte. El concepto de la muerte era el auténtico *leiv motiv* de su vida. Eres como mueres, no como vives. Vales por cómo mueres. O el heroísmo o el olvido, no existía tercera vía. Helga sabía que a Hans le aterrorizaba el refugio. Lo notaba en su mirada. Sus sueños de grandeza, de heroísmo, le llevaban a desear para sí mismo una muerte heroica en el campo de batalla. Y Helga sabía que su hijo moriría así. Es más, creía que toda una generación de chicos moriría así. Para eso los habían preparado. Ahora, aún eran muy jóvenes, pero en cuanto las cosas se pusieran peor, si cabía ponerse peor, los reclutarían. Estos chicos ocuparían el lugar de Harald y de los miles de jóvenes que morían todos los días en todos los frentes. Y toda esa generación caería en Rusia o en cualquier otro lugar. Y lo peor de todo era que, como decía Hans en uno de sus más macabros dibujos, morirían felices, contentos, orgullosos. Esa era la gran jugada, el gran engaño orquestado por los señores del Tercer Reich para con su juventud. Helga había perdido en la Gran Guerra a sus dos hermanos. Y cada día tenía más claro, que en esta horrible guerra perdería a sus dos hijos.

Helga estaba absorta en estos pensamientos, cuando Kurt entró en el salón.



—¿Qué te pasa, Helga? Venga, vuelve a la cama. Es muy tarde y...

—¿Qué quieres que me pase, Kurt? ¿Que no puedo dormir porque acabo de perder un hijo?

—Venga, no te tortures. Es la guerra, Helga. Es el precio de la guerra. Harald ya sabía...

—¡Pero qué cínico eres, Kurt! —Helga se incorporó y levantó mucho la voz—. Es la guerra, eso es todo lo que sabes decir. El precio de la guerra. ¡Es el precio de tu maldita guerra, de vuestra maldita guerra, Kurt!

—No grites, Helga, por favor. Hans y Katrin están durmiendo.

—¡No grites, Helga! ¡No hables, Helga! ¡No pienses, Helga! Eso es lo que he estado haciendo todos estos años. No hablar, mientras veía cómo tu partido destruía este país, mientras veía cómo tu partido nos avocaba a esta maldita guerra, mientras me tenía que tragar toda esa propaganda que soltabas por la boca sobre tu Führer. «El Führer tiene grandes proyectos para Alemania, Helga» —Helga gesticulaba e imitaba la voz de Kurt—. ¿Cuáles eran los grandes proyectos de tu Führer, Kurt? ¿Una ciudad devastada por las bombas? ¿Un país arrasado? ¿Que tengamos ahora a nuestro hijo muerto? ¿Que dentro de poco tengamos a los dos?

Se hizo un pesado silencio. Kurt se quitó las gafas y restregó los dedos por la cuenca de sus ojos.

—No tienes derecho a echarme a mi la culpa de lo que le ha pasado a Harald. No lo consentiré, Helga. Adolf Hitler no ha matado a tu hijo, han sido los...

—¡Han sido sus grandes proyectos! ¡Sabes lo que es ir con Katrin por la calle, una madre huérfana de hijo y una viuda joven, y estar toda la tarde encontrándonos con otras madres huérfanas de hijo y otras viudas jóvenes! ¿Ese era el gran proyecto de tu Führer, Kurt?

---

\* \* \*

---

Katrin y Hans estaban escuchando toda la discusión desde la habitación de este. Ahora, dormían juntos. Katrin no había vuelto a dormir en la habitación de Harald. Le daba miedo. Desde su muerte, todo le daba miedo. Las noticias que llegaban de los frentes, los bombardeos. No sabía por qué, pero sólo Hans le proporcionaba seguridad, protección. Tenía la convicción que con ese chico de sólo trece años, no le sucedería nada. Que él la protegería siempre. Katrin Wiltjers durmió en la cama de Hans hasta que este dejó su casa el 23 de abril de 1945, cuando el cerco soviético se cerró sobre Berlín.

Estaba abrazada al chico. Hans pasaba su mano sobre su cabello. Katrin sabía que a Hans le estaba costando mucho no levantarse, no decirle cuatro cosas a su madre. Se le veía muy nervioso, excitado. Sus ojos centelleantes, sus ojos de fuego, casi

brillaban en la oscuridad de la habitación. Pero Hans, esa noche, no se levantó.

---

\* \* \*

---

—¿Qué ha pasado en este país, Kurt? Éramos una nación de intelectuales, de filósofos, de escritores, de músicos, hasta que llegasteis vosotros y...

—¡Ya ha salido la burguesa! —ahora era Kurt el que gritaba—. ¡Siempre te has creído mejor que yo, mejor que los demás! La hija del intelectual socialista y de la gran dama de la vida social berlinesa. Eso es lo que siempre habéis odiado de Hitler. ¡Que os puso en vuestro sitio! Durante años, toda vuestra vida estuvo basada en el mantenimiento de vuestros privilegios. Hacíais y deshacíais a vuestro antojo. ¡Vosotros y esa manada de judíos que se codeaba con vosotros! Comprabais en las grandes tiendas, estudiabais en las universidades más importantes, ibais a la Ópera. ¿Y los demás, Helga? ¿Y el pueblo? ¡Malvivíamos con las migajas que vosotros nos tirabais, con los restos de vuestros banquetes! ¡Y teníamos que estar agradecidos, porque gracias a vosotros éramos un país de grandes músicos y grandes pensadores! ¡Yo os conozco muy bien, Helga! ¡Yo cargaba con vuestras maletas cuando llegabais a la estación de regreso de vuestros viajes por Europa! Pero entonces llegó él, llegó Hitler, os arrebató vuestros malditos privilegios y se los entregó a su auténtico dueño, al pueblo. ¡Eso es lo que nunca le perdonarás, lo que nunca le perdonaréis, Helga! Creo que Hans tenía razón. No has sabido entender la época en la que vives, ni el mundo al que perteneces. Ni siquiera has podido comprender que tu hijo ha muerto en una guerra, porque era un soldado. Porque siempre quiso serlo. Y ahora, vuelve a la cama si quieres. Estoy empezando a cansarme de ti.

Helga se dejó caer en el sillón. Otra noche. Otra noche más. Otra noche más en el infierno personal en que se había convertido la vida de Helga Petersen.

---

\* \* \*

---

Más adelante, esa misma noche, Katrin se despertó. Se dio cuenta que Hans no estaba en la cama. Estaba al pie de ella, en la oscuridad, con el brazo levantado en señal de saludo. Enfrente del cuadro del Führer. Otra vez, movía muy rápido la boca, como si rezara o hablara con el cuadro. Katrin se dio cuenta que el chico estaba llorando. Había un efecto extraño en aquella habitación. La luz que entraba por la ventana, reflejaba directamente en el cuadro. Y el destello de esta, a su vez, iluminaba el rostro de Hans. Katrin supuso que Hans estaba llorando por su hermano. Todo aquello, en el universo de Hans, podía ser un tributo.

Katrin se equivocaba. Hans no lloraba por Harald. Lloraba por Helga. Y lloraba por él. Lloraba porque probablemente, había llegado el momento.

El momento de denunciar a su madre.

## IX

### LOS LARGOS SOLLOZOS DE LOS VIOLINES DE OTOÑO

*Nadie es eterno. Nosotros no lo somos, los demás tampoco. Todo es cuestión de ver quién resiste más. Y aquel que lo arriesga todo es el que más debe resistir. Si Estados Unidos abandona la lucha no le ocurrirá nada. Nueva York seguirá siendo Nueva York. Pero si nosotros abandonamos ahora, Alemania dejará de existir.*

Adolf Hitler

*El nacionalsocialismo es una revolución de las antiguas tribus germanas en la selva primigenia contra la civilización latina de Roma.*

Benito Mussolini

*Berlín, enero de 1944-1 de abril de 1945.*

Hans Petersen nunca denunció a su madre. No pudo. Aquellos días después de la discusión entre su padre y su madre, fueron los peores de su vida. Aunque tal y como marchaban las cosas, Hans ya no volvería a tener nunca días buenos.

Por un lado, el hecho de no denunciar a su madre hacía, que por primera vez en su vida, Hans hubiera traicionado el juramento que realizó al entrar en las Juventudes Hitlerianas. Él juró informar a sus cuadros superiores sobre cualquier persona que realizara comentarios ofensivos contra el Führer. Y su madre los había hecho. Y muy graves. Pero por otro lado, había comprometido su palabra de camarada con su hermano, cuando Harald le pidió que cuidara de sus padres y de Katrin. ¿Era una buena manera de cuidarla denunciar a su madre? Estaba desesperado, torturado, casi no comía y apenas podía dormir. En ocasiones se avergonzaba de llevar el uniforme de las Juventudes Hitlerianas. Y entonces, como si quisiera echarle una mano desde el más allá, se acordó de Astrid Müller. Y su problema quedó resuelto.

Durante días, Hans trabajó en un dibujo en la sede de las Juventudes. Un retrato de su hermano junto a su madre. Una imagen de los dos que Hans había retenido del día de la boda de su hermano con Katrin. Pero esta vez, nada de Valkiria, ni de lobos, ni de esvásticas, ni de leyendas con consignas de las Juventudes. Él sabía que a su madre esas cosas no le gustaban. Sólo dibujó a los dos.

Una tarde, unos días más tarde, Helga se encontraba en el salón preparándose para salir a su visita diaria a la iglesia, cuando escuchó una música que procedía de su propia habitación. Wagner. Helga sabía que Hans estaba en casa. ¿Pero en su habitación? Hans no había hecho nunca eso. Helga se dirigió a su habitación.

Hans estaba sentado en una silla, en el centro de la habitación, de espaldas a la puerta. El gramófono que le regalara su padre estaba funcionando. Todos sus discos de Wagner estaban desparramados por el suelo. La carpeta de dibujo de Hans estaba

sobre su cama. Un coro sobrenatural invadía la habitación. Helga conocía ese coro. Pertenece a *El crepúsculo de los dioses*. Helga apartó la carpeta de dibujo de Hans y se sentó sobre su cama.

—¿Qué estás haciendo, Hans?

—Escuchar música, mamá.

Hans no se había girado hacia ella. Su voz sonaba distante. Helga no podía ver su rostro. En ese momento, Helga Petersen sintió miedo. Miedo de su propio hijo.

—¿Te gusta Wagner, Hans?

—¿A qué alemán no le gusta Wagner, mamá?

Helga no supo qué contestar. No sabía lo que pretendía Hans con todo eso. Pero tenía claro que era un comportamiento que su hijo nunca había tenido. Por un momento, lamentó que Katrin no estuviera en casa. Durante un rato permanecieron en silencio, hasta que Hans lo rompió.

—¿Qué te evoca esta música, mamá? Cuando estás sola dentro del baño, escuchando esta música, ¿qué imágenes vienen a ti?

—Pues no lo sé, Hans. Castillos. Praderas verdes, ríos tumultuosos. Grandes montañas cubiertas por nieves eternas. ¿Y a ti, Hans?

—Fuego. Un campo de batalla. Espadas alzándose. Estandartes victoriosos. Valkirias sobrevolando el campo. Un lobo en lo alto de un risco presidiendo la batalla. Eso me evoca, mamá.

—Eso es horroroso, Hans. La guerra. La guerra es horrorosa.

Por primera vez, Hans se giró hacia su madre. Los ojos vibrantes, los ojos fanáticos presidían su rostro.

—¿Y Wagner, mamá? ¿En qué crees que pensaba Wagner cuando la compuso? ¿En castillos y altas montañas, o en fuego y campos de batalla?

Helga cada vez estaba más desconcertada. Seguía sin saber qué pretendía su hijo con todo esto.

—Eso es lo que tú no entiendes, mamá. Por mucho que escuches a Wagner, no entiendes su música. Somos una nación de guerreros, mamá. Siempre lo hemos sido. Posiblemente siempre lo seremos. La guerra forma parte de nuestra naturaleza. Nuestros antepasados eran maestros en el arte de la guerra. Destrozaron a los todopoderosos ejércitos del Imperio Romano. Nuestros antepasados arrasaron Roma. Hacían chocar sus grandes copas mientras lanzaban loas a Tyr. Nosotros sólo hemos recogido el legado de nuestros antepasados, mamá. Harald y yo. Y tus hermanos que murieron en la Gran Guerra. Llevamos la guerra en nuestros genes, mamá, así nos lo han enseñado en las Juventudes. Y eso nos hace poderosos. Y por eso el mundo nos teme. Sabes, hay algo en nosotros, algo que nos hace diferentes. Algo que nos hace invencibles. Por eso yo tengo fe. Y aunque ahora las cosas marchen mal, nunca pierdo la esperanza. Sé que al final ganaremos esta guerra. Y entonces, verás que el

sacrificio de Harald no ha sido en vano.

Hans cogió su carpeta, sacó un dibujo, y se lo dio a su madre.

—Toma, mamá. Ya sé que esto no te devuelve a Harald, pero te he hecho este dibujo. Puedes ponerlo aquí, en tu habitación. Mis amigos me han dicho que parece una fotografía.

Helga cogió el dibujo. Era una imagen de Harald, con su uniforme de gala de las SS y de Helga, con el vestido que llevaba el día de la boda. No faltaba ni un detalle en aquel dibujo. Helga se emocionó. Las lágrimas arrasaron sus ojos.

—¿Ves, mamá? Yo he comprendido las cosas que a ti te gustan. Sólo te pido que intentes entenderme tú a mí. Sé que te será difícil, pero puedes intentarlo. Entonces, a lo mejor podrás entender aquello que se esconde en la música de Wagner, como dice nuestro Führer. No sólo escuchar su música. Quizás así, entiendas también a Alemania.

Helga se levantó y abrazó a su hijo.

—Mi pequeño Hans. ¿Qué nos ha pasado?

—Nada, mamá. Son tiempos difíciles. Para todos.

Hans salió de la habitación con la carpeta de dibujo en la mano y se dirigió a su cuarto.

Helga salió al pasillo. Lo observó mientras este organizaba sus dibujos.

«Tiempos difíciles», pensó Helga. «Tiempos de lobos, tiempos de valquirias».

---

\* \* \*

---

Una vez que su madre había salido, Hans comenzó la segunda parte de su plan. Entró en el baño y se desnudó. Colocó sobre una silla su uniforme de las Juventudes Hitlerianas, perfectamente plegado, y se sentó en el borde de la bañera, frente al espejo. Puso su brazo sobre una toalla, que luego había pensado tirar, y sacó su puñal. Dibujaría sobre piel humana, como hizo con Astrid. Tenía que hacerlo muy lentamente, con mucho cuidado, por nada del mundo quería terminar en el hospital. Recordó que Astrid había tomado una bebida fuerte para poder soportar el dolor, pero él no lo haría, porque él quería sufrir. Quería llegar al límite del dolor y demostrar así al movimiento, que aunque había roto su juramento por no poder denunciar a su madre, estaba dispuesto a asumir cualquier sacrificio, el que fuera, por el nacionalsocialismo.

Primero, clavó la punta del puñal en el brazo, casi a la altura del hombro. Hizo una línea vertical. Sintió un dolor espantoso. La sangre caía por todos lados. Trazó la línea hasta la altura del codo. Luego, trazaría otras dos líneas en forma de cruz de San Andrés. El dolor fue creciendo en intensidad. La sangre manaba ahora mucho más, a cada movimiento del puñal. Estaba poniendo todo perdido, el lavabo, el suelo, su

propio cuerpo. En ocasiones, el dolor era tan insoportable, que Hans pensó que iba a desmayarse. Cuando estaba a punto de terminar, empezó a dormirse. Era la fiebre.

---

\* \* \*

---

Katrin había salido esa tarde un poco antes de las oficinas de la DAF. Entró en casa y vio que no había nadie. Tenía necesidad de ir al baño. Se desabrochó los botones de su uniforme, se levantó la falda, y cuando ya iba a hacer la acción de bajarse las bragas, lo vio.

Era una escena dantesca. Hans estaba desnudo, bañado en sangre y sudor. La sangre resbalaba por el torso y las piernas. También caía desde el lavabo y había formado un pequeño charco en el suelo. Había sangre por todos lados, en las baldosas de las paredes y en la ducha. En el brazo de Hans, una herida sangrante formaba la runa *Hagal*. Era la misma runa que Katrin llevaba en el interior de su anillo de boda. Era la runa de la fidelidad.

—Pero Hans, ¿qué has hecho?

—Me he marcado.

—Ya lo veo —dijo Katrin—. Pero ¿por qué?

—Da lo mismo, Katrin, no lo entenderías —dijo Hans medio adormilado—. Pero tengo que pedirte un favor.

—¿Cuál?

—Ayúdame a recoger todo esto. Y no se lo cuentes nunca a nadie. Ni a mi madre, ni a nadie, Katrin. Te lo solicito como camarada.

—Está bien, Hans. Nunca lo sabrá nadie.

¿Pero dónde estaba el límite de fanatismo de esos chicos? Se preguntó Katrin. Ella, no lo sabría nunca.

---

\* \* \*

---

Katrin limpió la sangre del cuerpo de Hans. Su torso, sus piernas... luego le curó la herida. Era la primera vez que hacía de enfermera desde que regresó de Francia. Le hizo un vendaje y le ayudó a vestirse. Luego, Hans se acostó. Esa misma noche, estaría ya recuperado. Katrin limpió a fondo el baño, hasta que no quedó ni una gota de sangre. Cuando Helga regresó de la iglesia, no quedaba ni rastro de la escena.

---

\* \* \*

---

El año 1944 fue el peor en la vida de Hans. Seguir el desarrollo de la guerra se

convirtió en una pesadilla para él. En el frente oriental, el avance del Ejército Rojo era imparable. Ahora, el otrora poderoso Ejército del Tercer Reich ya ni siquiera defendía las posiciones conquistadas, ahora por primera vez, retrocedía. No había día, que las chinchetas de Hans no se cayeran de su mapa. Ciudad a ciudad, pueblo a pueblo, el Ejército Rojo liberaba su territorio y se acercaba peligrosamente a las fronteras orientales del Reich.

Los aliados angloamericanos habían invadido Italia. Eran los días de la batalla de Montecassino. *Il Duce* había sido derrocado por el Gran Consejo Fascista y secuestrado. Los alemanes habían tenido que lanzar una operación de rescate, encargada a los Servicios de Operaciones Especiales que dirigía Otto Skorzeny. Al final, habían conseguido liberar a *Il Duce* en las cumbres del Gran Sasso, en la cordillera de los Apeninos. Ahora, Mussolini, que sólo contaba ya con el apoyo de los Camisas Negras y las fuerzas alemanas de ocupación, dirigía lo que quedaba de su país desde el norte, desde una mansión en la orilla del lago de Garda. La España de Franco había mandado a un grupo de voluntarios, la División Azul, a combatir contra los bolcheviques en Rusia. Aunque estos demostraron una gran fiereza en el combate, el dictador español tampoco se había atrevido a entrar decididamente en la guerra y había mantenido una precaria neutralidad. La Europa fascista se estaba desmoronando como un castillo de naipes.

Berlín era bombardeada sin piedad, día tras día, noche tras noche. A los bombarderos británicos, se habían sumado ahora los americanos. La batalla de Berlín, como se conocía a estos bombardeos, había reducido la capital del Reich a un infame montón de escombros, pero ni mucho menos, había sido un éxito para la alianza angloamericana. El precio estaba siendo muy alto. Las baterías antiaéreas alemanas habían abatido cientos de aviones aliados, con la consiguiente pérdida de pilotos. Los berlineses, además, se empeñaban en demostrarle al mundo que vivían con total normalidad. Acudían a trabajar a oficinas semidestruidas, compraban en almacenes sin luz, viajaban en tranvías que cada día tenían que variar su ruta por los socavones que producían las bombas. Pero no se detenían. Como más adelante diría el ministro de Propaganda, Josef Goebbels, los muros de sus casas se resquebrajaban, pero sus corazones no.

---

\* \* \*

---

A mediados de febrero, tras cumplir catorce años, Hans Petersen se disponía a cumplir uno de los sueños de su vida. Abandonar el *Jungvolk* y pasar a formar parte del *Kern*, el núcleo de las Juventudes Hitlerianas. Eran sus últimos cuatro años antes de convertirse en un soldado de verdad. Pero Hans presentía, que tal y como estaban las cosas, no cumpliría esos cuatro años antes de combatir. Que su sueño de ser



soldado se haría realidad mucho antes.

Ese día, en mitad de una ventisca de nieve, en el patio de la sede de las Juventudes, Hans se disponía a celebrar la ceremonia de acceso al *Kern*, y a renovar su juramento de fidelidad. La ceremonia se celebraría a las ocho de la tarde. Hans lucía ese día su mejor uniforme. Antes de comenzar el acto, decidió acudir al santuario y visitar el dibujo de Astrid. Quería que ella supiera que había llegado hasta allí.

Hans vio que bajo el dibujo, había un pequeño ramito de flores. Desde el día de su muerte, cuatro años atrás, ese ramo nunca había faltado. Ni un solo día.

Lo ponía él. Todas las mañanas, antes de ir a la escuela. En primavera y en verano, se adentraba en el Grunewald y las cortaba el mismo. Durante el otoño y el invierno, las compraba en una tienda que había cerca de su casa, con el pequeño sueldo semanal que le daba su padre. Como la sede de las Juventudes le pillaba de paso a la escuela, las introducía escondidas bajo la guerrera parda de su uniforme, entraba en el santuario y las depositaba bajo el dibujo. Hans sabía que a Astrid le gustaban las flores, lo descubrió en el campamento. Nunca se lo había contado a nadie. Ni a Heinz, ni a Rudi, ni a Silke, ni a nadie de las Juventudes. Ni por supuesto, a sus padres. Hans acudió allí incluso el día de la boda de su hermano. Ese era su pequeño secreto con el mundo. En muchas ocasiones durante aquellos años, Hans llegó a pensar si acaso, con el paso del tiempo, Astrid no se había convertido para él en algo más que una camarada. Pero pronto desechaba ese pensamiento de su cabeza. Y regresaba a él la cordura y la realidad. Una realidad que le decía, que era sólo el tributo a un camarada. Había una máxima en la vida de Hans Petersen. Su relación con las mujeres. Una relación, que como en el caso de Astrid Müller, siempre terminó mal.

---

\* \* \*

---

Aquella noche de febrero, en el patio de la sede de las Juventudes Hitlerianas, la ventisca formaba grandes remolinos de nieve sobre el suelo. Los chicos del *Jungvolk* habían formado un gran círculo en el centro del patio. Llevaban antorchas de gas, porque el viento y la nieve apagaban las de fuego natural. Dentro del círculo se encontraba Hans, en compañía de otro grupo de chicos que esa noche abandonaban el *Jungvolk* e ingresaban en el *Kern*. Junto a ellos, chicos y chicas de las Juventudes y de la BDM portaban las banderas y los estandartes. Las notas de la canción de Horts Wessel iniciaron la ceremonia. Después, algunos veteranos de las Juventudes ofrecieron breves discursos. Hans aprovechó ese momento para echar la vista atrás en su vida. Había transcurrido mucho tiempo, ocho años, desde que asistiera con sus padres al congreso del partido en Núremberg y la fiebre del nacionalsocialismo

entrara en él. Fue allí donde comenzó todo, allí y en las clases de Herr Fritz. Pero su obsesión por ser soldado había comenzado antes. Posiblemente comenzara cuando vio a su hermano por primera vez de uniforme. Pero fue en Núremberg donde decidió, no sólo ser soldado, sino un soldado nacionalsocialista el resto de su vida. Consagrar toda su vida al movimiento y al partido. Y morir por esa causa. Hans tenía claro una cosa. Durante ese año de 1944, incluso antes, posiblemente desde Stalingrado, su fe inquebrantable en la victoria, en la imbatibilidad del Führer, había pasado por algún momento de duda. En alguna ocasión, aunque fuera esporádica, la sombra de una derrota del Tercer Reich se había cernido sobre él. Y en esas ocasiones, lo que Hans había pensado, era que su vida iba a durar lo que durase la Alemania de Adolf Hitler. Ni un minuto más. Ni un segundo más. Dieter Baumann, un veterano miembro de las Juventudes que estaba ofreciendo ahora su discurso, había dicho que Alemania estaba acercándose a su hora definitiva, a la hora de la *Totalkrieg*, de la guerra total, que en los próximos meses se decidiría si el signo de la guerra para Alemania sería la victoria o la derrota. Eso podía valer para esos chicos, pero para él, no. Para Hans Petersen, la única consigna era y sería, vencer o morir. Él no contemplaría nunca la derrota. Hacía mucho tiempo, que Hans había tomado una decisión sobre su vida en caso que Alemania no ganase la guerra. Para Hans Petersen, el nazismo era su motivo de vida. Y eso, era literal.

Después de los discursos, comenzó la entrega de medalla y puñales. Los nuevos miembros del *Kern* recibieron un nuevo puñal, más grande que el anterior, el del *Jungvolk*. Su empuñadura estaba decorada con pequeñas cruces gamadas, aunque en su hoja se mantenía inalterable su consigna, *Blut und Ehre!* Sangre y honor. Luego el propio Hans, más Heinz y otros dos chicos, Dietmar y Peter, dieron un paso al frente. Eran los elegidos para recibir la medalla al mérito de la *Deutsche Jungvolk*. La medalla se entregaba sólo a aquellos que habían destacado durante sus primeros cuatro años de pertenencia a las Juventudes Hitlerianas. Se valoraba su participación en las actividades de la organización, su espíritu de entrega y de sacrificio, y lo más importante, su capacidad de liderazgo. La medalla tenía un diseño sencillo, una runa *Sieg*, rodeada de un círculo de hojas de roble y una esvástica en su interior. Mientras le imponían el galardón, en las afueras de la sede, un grupo de chicos del Servicio de Patrulla lanzaban con sus fusiles cuatro salvas al cielo. Había dejado de nevar. En ese momento, los tambores de las Juventudes comenzaron a tronar.

A Hans la medalla no le interesaba nada. La llevaría sobre el bolsillo izquierdo de su guerrera el resto de su vida, pero para Hans, las condecoraciones no se llevaban sobre la ropa, sino en el corazón. Él admiraba a los viejos combatientes, a los de los años de lucha, a los de Munich, con sus viejas y raídas camisas pardas, que una vez al año se reunían en la *Bürgerbräukeller* para recordar con el Führer los viejos tiempos. Los que izaron la bandera desde la nada. Esa frase la escuchó en

Núremberg, cuando aquello comenzó. Esa frase le encantaba.

*En presencia de esta bandera de sangre, que representa a nuestro Führer, juro dedicar todas mis energías y mis fuerzas al salvador de nuestra patria, Adolf Hitler...*

Mientras los tambores sonaban y ellos renovaban su juramento de fidelidad al Führer, al partido y al movimiento, Hans escuchó otro sonido. Un sonido lejano, un sonido conocido. Un sonido que Hans odiaba con toda su alma. Los demás chicos también lo estaban escuchando. Todos callaron. El juramento se interrumpió.

Elevaron sus ojos hacia el cielo. Haces de luz iluminaron de pronto el cielo de Berlín. Ruido de aviones. Y el asqueroso sonido de las sirenas.

Allí acababa todo. No habría juramento, al menos por esa noche. Ahora había que correr. Correr hacia el maldito refugio.

---

\* \* \*

---

Hans corrió hacia el refugio e hizo bien, porque esa noche, durante uno de los bombardeos más intensos sobre Berlín desde principios de año, Dahlem fue duramente castigada. Cuando el bombardeo terminó y pudieron salir a la superficie, se dieron cuenta que gran parte de la zona residencial de Dahlem estaba en llamas. También el *Hof*, la zona donde vivía Hans, había sido alcanzada. La iglesia a la que su madre acudía todos los días, ardía por los cuatro costados, sólo el campanario permanecía intacto. Esa noche, Hans descubrió otra faceta de las Juventudes Hitlerianas. La ayuda. Los chicos se dividieron en grupos. Unos ayudaban a los equipos contra incendios, cargando las pesadas mangueras para apagar los fuegos. Otros ayudaban en el rescate de heridos. Aunque apenas había heridos, todo eran cadáveres aplastados, unos carbonizados, otros terriblemente mutilados, sepultados bajo los escombros. La mayoría eran ancianos, niñas y niños. Algunos se encontraban solos y no supieron ir al refugio. Muchos de los ancianos ni siquiera podían desplazarse.

Así acabó la noche de ingreso en el *Kern* para Hans Petersen. Sacando cadáveres de los escombros. Sentado en una acera, chamuscado, cubierto de hollín y tosiendo como un loco por el humo inhalado.

---

\* \* \*

---

En la calle de Hans, no hubo edificios incendiados ni destruidos. Sólo dos enormes socavones en el centro de la calle. Cuando Helga y Katrin regresaron del refugio, se encontraron con todos los muebles volcados, algunos cristales rotos, los cuadros en el

suelo... Ellas habían estado juntas en el refugio, pero no sabían nada ni de Kurt, ni de Hans. A Kurt el bombardeo le cogió en el centro y tuvo que guarecerse en uno de los gigantescos *Hochbunker* que había bajo las torres Flack. Algunos de estos búnkeres podían acoger hasta treinta mil personas. Lo cierto es que la efectiva bunkerización de Berlín evitó que el número de civiles muertos fuera mucho mayor, y en cierta manera, contribuyó de forma decisiva a que la campaña angloamericana de bombardeos no causara en el régimen nazi el desgaste que los aliados esperaban.

En casa de los Petersen, Katrin y Helga se dedicaron durante toda la noche a levantar todos los objetos derribados por el bombardeo. Katrin observó algo sorprendente esa noche. Todos los cuadros de la casa estaban en el suelo, excepto dos. El cuadro del Führer, que había enfrente de la cama de Hans, y el de la valquiria y el guerrero que había sobre su cabecera. «Como si los símbolos sagrados del nacionalsocialismo se resistieran a caer», pensó Katrin.

---

\* \* \*

---

Al día siguiente, Helga decidió visitar la iglesia a la que acudía todos los días. Esa mañana, Hans le contó que la noche anterior había visto la iglesia en llamas. A Helga la noticia le causó una gran impresión. El único lugar que le hacía escapar aunque fuera por unas horas de la realidad en la que vivía, había quedado también destruido.

Cuando Helga llegó, se dio cuenta que la fachada principal estaba semidestruida. Sólo el campanario había quedado intacto. La puerta principal de entrada había desaparecido.

En el interior, el grado de destrucción era mucho mayor. Olía a humo. El techo se había desplomado sobre la nave central. Antiguos retablos y estatuas se habían perdido para siempre. Las largas hileras de asientos en los que Magda y ella se habían sentado tantas tardes, durante tantos años, estaban ahora calcinados. Un grupo de hombres, algunos muy mayores, parroquianos habituales, estaban intentando apartar los escombros de la nave. Entre ellos, distinguió al padre Klaus. Se acercó a él.

—¿Padre Klaus?

El hombre se volvió. Tenía un aspecto cansado, como si hubiera estado toda la noche luchando contra las llamas.

—Ah, Frau Petersen. Gracias por venir a preocuparse.

—Ya he visto en qué estado ha quedado todo. ¿Necesita algún tipo de ayuda, alguna cosa...?

—No gracias, de momento nos apañamos. La necesitamos anoche, de las autoridades, pero no la tuvimos.

—¿Pero mi hijo me ha dicho que anoche estuvieron ayudando a apagar fuegos...?

—¿Está su hijo en las Juventudes Hitlerianas, Frau Petersen?

—Sí —contestó Helga. Se estaba empezando a arrepentir de haber nombrado a su hijo.

—Lo entiendo —dijo el sacerdote—. Supimos que los chicos de las Juventudes estuvieron ayudando a apagar fuegos y a rescatar víctimas de los escombros. Pero aquí no vinieron. Yo los vi pasar por delante de la iglesia, pero ni siquiera se pararon a preguntar. No nos engañemos, Frau Petersen, es probable que el propio Satanás nos hubiera echado antes una mano que esos chicos.

—Lo siento, padre Klaus, yo...

El sacerdote hizo un gesto con la mano, pidiendo que no se disculpara.

—Mire, dentro del Partido Nazi hay gente de toda condición. Hay quien nos odia, quien siente hacia nosotros indiferencia e incluso quien nos respeta. Yo tengo algunos feligreses que son miembros del partido. Pero esos chicos... esos chicos son otra cosa. Esos chicos son la nueva generación. Son paganos, Frau Petersen. No creen en un Dios que nos ofrece la salvación y la vida eterna a cambio de nuestros buenos actos y nuestros sacrificios en esta vida. Ellos creen en un dios guerrero, que les promete la inmortalidad a cambio de dar su vida en el campo de batalla. Yo les llamo los niños de Wotan. Ya no queda en ellos ningún tipo de valor cristiano. Ningún tipo de moral. Usted lo debe de saber bien, Frau Petersen. Sus códigos y sus valores son distintos a los nuestros, a los de usted misma. Pero no debemos culparlos a ellos. Ellos también son víctimas. Todos sabemos quiénes son los auténticos culpables. Conocemos sus nombres, conocemos sus cargos. Yo todos los días pido por ellos, por esos corderos descarriados embutidos en sus pequeños uniformes que recorren las calles de Alemania. Porque sólo son eso, Frau Petersen, corderos. Aunque ellos crean que son lobos.

Helga no estaba muy segura de eso último. De que sólo fueran corderos. Ella había visto sus ojos. Los veía todos los días. Katrin los llamaba los ojos de fuego. Pero ella creía que eran ojos de lobo.

El sacerdote le lanzó una mirada de tranquilidad y le dijo:

—Mire, Frau Petersen, no se preocupe. Dentro de poco, levantaremos otra vez la iglesia. Y usted podrá venir aquí todas las tardes, a pedir por ese hijo descarriado. Si usted quiere, claro. Yo por mi parte voy a continuar celebrando misa, aunque sea entre las ruinas y a la luz de las velas. Mire...

El hombre señaló el altar, donde se encontraba la vidriera con los dos grandes ángeles y el niño Jesús.

—... si usted creyera, tendría fe, como yo. Los nazis pasarán, Frau Petersen. Pero él, permanecerá siempre.

Helga observó, que los dos ángeles, los que ella había visto languidecer en la soledad de los templos, condenados al olvido en la Alemania de Adolf Hitler, y el niño Jesús habían sobrevivido intactos al bombardeo. «Como si los símbolos

sagrados del cristianismo se resistieran a perecer entre las llamas», pensó Helga.

---

\* \* \*

---

En el mismo momento en que Hans entró a formar parte del *Kern*, tuvo que solucionar un problema. ¿Qué hacer con su carrera en las Juventudes Hitlerianas? A Hans, la escuela no le interesaba ya. Acudía muy poco, se pasaba todo el día en la sede de las Juventudes, pero eso no le impedía sacar muy buenas notas, Hans era un chico inteligente, le bastaba con estudiar un poco. Pero su dedicación era exclusivamente para las Juventudes Hitlerianas.

Tenía la posibilidad de ser instructor o ingresar en el Servicio de Patrulla, pero eso no le convencía. Una tarde, reunió a Heinz, a Dietmar y a Peter, y les habló de otra posibilidad. Abandonar para siempre el maldito refugio. Trabajar durante los bombardeos con soldados de verdad. Luchar ya, directamente, contra los enemigos del Reich. Y si había que morir, hacerlo a cielo abierto y luchando, no escondidos en una caverna. Los cuatro estuvieron de acuerdo. Solicitarían ingresar como auxiliares de la Luftwaffe.

Los cuatro chicos eran poseedores de la cruz al mérito del *Jungvolk*, con lo que era difícil que las Juventudes Hitlerianas les denegaran la solicitud. A mitad del mes de marzo, les confirmaron que la Luftwaffe los había admitido. Para principios de junio, estarían ya operativos.

---

\* \* \*

---

La noche que les aceptaron la solicitud, cuando Hans llegó a su casa, Helga y Katrin estaban en la cocina preparando la cena, mientras Kurt leía el periódico en el salón y escuchaba las noticias en la Radio del Reich. Hans entró y se sentó en el salón, en una silla que siempre ocupaba en un lado de la mesa. Katrin salió de la cocina, se acercó a él, le dio un beso y le dijo:

—Esta noche estamos preparando tu comida favorita, Hans. ¡Salchichas!

Como tantas familias berlinesas, intentaban llevar una vida normal, aunque eran conscientes, que en cualquier momento podían volver a sonar las sirenas y volver las carreras y el húmedo y tenebroso refugio.

—Siéntate, Katrin. Mamá, ¿puedes venir un momento? Os tengo que contar algo. Helga salió de la cocina y entró en el salón. Se sentó al lado de Katrin.

—¿Qué pasa, Hans? —preguntó Kurt.

—Os quería comunicar que no volveré al refugio. Hemos solicitado el ingreso en el servicio auxiliar de la Luftwaffe, yo y otros tres compañeros. Y lo han aceptado.

—¿Qué significa eso, Hans? —preguntó Helga. Estaba empezando a preocuparse.

—Seremos auxiliares de los cañones antiaéreos Flack. Intentaremos ayudar a derribar aviones enemigos. Por primera vez, trabajaremos con soldados de verdad, mamá. Estaremos en la primera línea de defensa del Reich.

—¿Pero dónde tendréis que ir, Hans? ¿Dónde están situados esos cañones? —preguntó Katrin.

—En azoteas, sobre los grandes ministerios del distrito gubernamental o en lugares estratégicos. Incluso en alguna de las grandes torres Flack —contestó Kurt.

—¿Qué tenéis que hacer allí, Hans? —volvió a preguntar Helga.

—Mira, mamá, ingresaremos en un equipo de artillería. Estaremos bajo el mando de un artillero jefe. Tres de nosotros seremos los artilleros. Nuestra misión será montar la pieza de artillería y encasquetar las espoletas en los cartuchos. Los cañoneros están asignados a las Juventudes Hitlerianas. Los que cargan el cañón y lo disparan son soldados de verdad. Y luego suelen tener a cuatro prisioneros por equipo, rusos o polacos, que cargan la munición desde el refugio —Hans sonrió—. Goering dijo una vez, que las baterías antiaéreas parecían una reunión de la Sociedad de Naciones.

Se hizo un silencio. Kurt pensaba que el chico estaba haciendo bien. Por lo menos, esos chicos tenían las agallas de intentar hacer algo contra los aviones ingleses y norteamericanos.

Katrin estaba muy nerviosa. Sabía que no tenía que temer por Hans. Él era un chico valiente y muy inteligente. Katrin estaba convencida que no le pasaría nada. Pero lo sentía por ella. La protección que la compañía de Hans le proporcionaba, incluso en el refugio, desaparecía ahora. Se sentía protegida con sólo mirarlo. Por no decir por las noches. Tendría que dormir sola hasta que Hans regresara, y desde que murió Harald, a Katrin le daba miedo dormir sola.

Helga no sabía qué pensar. Por un lado, era la decisión del chico, y sabiendo que era algo concerniente a las Juventudes Hitlerianas, pensó que esa decisión ya estaba tomada. Evitaría tener otro enfrentamiento con él. Pero por otro lado, la noticia desató en ella el pánico. La posibilidad de perder a sus dos hijos en esa guerra era la mayor de sus pesadillas. Y además pensar, que mientras ellos permanecían en la seguridad del refugio, él estaría a cielo abierto, en una azotea, bajo el fuego de los aviones, activaba esa pesadilla. Pero no se opondría, sólo le haría a Hans una pregunta.

—Hans, dime la verdad. ¿Por qué haces esto?

—¿Qué por qué hago esto? Mamá, yo he sacado cadáveres calcinados, mutilados, debajo de los escombros. Un día puede suceder eso en el refugio, no sería la primera vez. No quiero morir escondido, morir como una rata. Prefiero morir a cielo abierto y combatiendo. Y hasta que llegue el momento de ser movilizad y que me manden al frente, quiero hacer esto. Quiero saber que hago algo útil. Que estoy participando en

la defensa del Reich.

—¿Cuándo empezareis? —preguntó Helga.

—Nos prepararan durante unas semanas, quizás meses. No quieren que hayan accidentes. Esperamos estar integrados en el mes de junio.

—¿Hans, por qué tienes tan asumida la idea de que vas a morir en esta guerra? —preguntó Helga.

—Porque sí, porque moriré en ella. Lo tengo totalmente asumido. ¿Vosotros no?

Se miraron en silencio. Ninguno dijo nada. Fue Katrin la encargada de romperlo.

—Venga, ahora vamos a cenar, Hans. ¡Que hay salchichas! —dijo Katrin mientras le revolvía el pelo con la mano.

«La misma costumbre que Harald», pensó Hans.

---

\* \* \*

---

6 de junio de 1944. Existen unos versos del poeta francés Verlain, recogidos en un libro llamado *Canción de otoño*, que dicen: «Los largos sollozos de los violines de otoño, hieren mi corazón con monótona languidez». Esa fue la señal. La señal para que el mayor desembarco de la historia se pusiera en marcha. Era el día D en Europa. El día de la operación *Overlord*. El desembarco angloamericano en Normandía.

Hubo un antes y un después de esa fecha en la Segunda Guerra Mundial. Posiblemente, fue la fecha definitiva. Para los aliados y para los alemanes. Para el Tercer Reich un nuevo error de cálculo, en esta ocasión, un error de los generales que no quisieron hacer caso a una de las habituales «premoniciones» de Adolf Hitler. Muchas veces les advirtió que el desembarco aliado podía ser en Normandía, una zona peor defendida que otras, dentro de lo que Goebbels llamaba el «inexpugnable muro del Atlántico, imposible de perforar», el *Festung Europa* o *Atlantikwall*, y que se extendía desde la frontera española hasta Holanda. Pero Rundstedt y Rommel, ignorando el criterio del Führer, seguían pensando que la invasión, de producirse, sería por el paso de Calais. De esta manera, en los días previos a la invasión, el grueso de las defensas alemanas, incluyendo las quince divisiones del XV Ejército, se encontraban acantonadas entre El Havre y Dunkerque. Se equivocaron. Y esta vez, con unas consecuencias dramáticas.

Para los aliados, comenzaba el día más largo. La invasión había sido preparada desde seis meses antes. Y entre los factores que se habían tenido en cuenta, estaba el número de bajas. Se hablaba de cientos. De miles. De cientos de miles. Y aun así, se quedaron cortos. Dice una vieja máxima, que un soldado no es un soldado de verdad, hasta que se mide en combate con un soldado alemán. Y aquellos miles de chicos ingleses, americanos, canadienses, lo iban a comprobar muy pronto.

Durante el terrible viaje de aquella noche, a través de la oscuridad del Canal de la



Mancha, a bordo de los anfibios, los capellanes militares impartían de forma masiva a los soldados aliados la extremaunción. Se cuenta, que un capellán les decía a los soldados americanos: «Sed conscientes del momento histórico que vais a vivir. Y sed conscientes del enemigo que os espera. Porque lo que os espera allí, acantonado en suelo europeo no es un ejército convencional, algo contra lo que ya habéis luchado. Lo que os espera allí, es el mismísimo espinazo del diablo».

Ese día, el general Ike Eisenhower, jefe del Estado Mayor Conjunto Aliado en Europa, mandó a través de la radio un mensaje a sus soldados que decía así:

*«Soldados, marineros y aviadores de las fuerzas expedicionarias aliadas, os disponéis a participar en una gran cruzada, cuyos preparativos nos han ocupado durante muchos meses. Las esperanzas y las oraciones de los pueblos que en todo el mundo aman la libertad, os acompañan. Junto con nuestros valerosos aliados y hermanos de armas de los otros frentes, conseguiréis la destrucción de la máquina de guerra alemana, la eliminación de la tiranía nazi que pesa sobre los pueblos oprimidos de Europa y la seguridad para vosotros de un mundo libre. Vuestra tarea no será fácil. El enemigo está bien adiestrado, perfectamente equipado y endurecido por cien batallas. Combatirá y luchará ferozmente. Pero en este año de 1944 han pasado muchas cosas desde los triunfos nazis de los años 40 y 41. La marea nazi retrocede. Los hombres libres del mundo avanzan juntos hacia la victoria. Tengo plena confianza en vuestro valor, vuestra devoción por el deber, y vuestras dotes combativas. Únicamente nos conformaremos con la victoria final. Buena suerte y pidamos al todopoderoso que otorgue sus bendiciones para esta empresa, grande y noble».*

Esa misma noche, en los Estados Unidos, el país entero se había congregado delante de la radio para escuchar el mensaje que el presidente Roosevelt se disponía a dirigir a la nación. La manera en que el presidente Roosevelt comenzó su alocución, era sintomática de la ansiedad que dominaba a todo el país:

*«Queridos conciudadanos, en esta hora decisiva para la historia de la humanidad, quiero antes que nada, que unáis vuestras oraciones a las mías...».*

\*\*\*

En Dahlem, esa mañana, Hans dormía. Había sido otra noche de fuertes bombardeos, y Hans, junto a Heinz y a Dietmar habían estado toda la noche con su unidad artillera en la azotea del Ministerio de Propaganda. Hans se despertó. Escuchó voces en el salón. La Radio del Reich, estaba emitiendo algún tipo de comunicado. Se estaba perdiendo algo. Se levantó de golpe y se arrojó de la cama.

Entró en el salón. Helga y Katrin estaban sentadas frente a la radio. Hans preguntó:

—¿Qué ha pasado?

—No hemos querido despertarte —le dijo Katrin. La chica tenía muy mal color y estaba despeinada. Helga tenía cara de preocupación—. Los americanos y los ingleses han invadido Europa, Hans. Han desembarcado en Francia. En Normandía.

La espada de Damocles descendió un poco más sobre la cabeza de Hans. Corrió hacia su cuarto, hacia su mapa. Normandía. Lo buscó. Ahora estaba claro. Por el Este, el Ejército Rojo avanzaba a pasos agigantados hacia las fronteras orientales del Reich. Por el Sur, en Italia, los aliados ascendían desde Nápoles intentando romper la línea *Gustav* y amenazaban Roma. Y ahora, por Occidente, invadían Francia. Una tenaza. Una tenaza que avanzaba inexorablemente hacia el corazón del imperio nazi, hacia el *Herzland*. Hacia Alemania.

¿Cómo iban a defender ahora el imparable avance de esos tres frentes? ¿Con qué? A la mente de Hans, acudió una frase de Federico el Grande que había leído en un libro sobre tácticas militares en la sede de las Juventudes: «El que quiere defenderlo todo, termina por no defender nada».

Esa mañana, el reloj que un día en Núremberg fuera inoculado en el cerebro de Hans, aceleró mucho su cuenta. Su terrible cuenta. Su imparable cuenta atrás.

---

\* \* \*

---

El 20 de julio de 1944 fue uno de los días más extraños en la vida de Hans Petersen. Había sido un día bochornoso, extremadamente caluroso. A primeras horas de esa noche, Hans era trasladado junto a sus compañeros Heinz y Dietmar, a cumplir su servicio de auxiliares en la azotea del Reichbank en el Werderscher Markt. De camino hacia allí, cuando pasaban junto a la puerta de Brandenburgo, Hans observó que unidades del ejército habían tomado posiciones en los alrededores de la mítica puerta y del distrito gubernamental. Hans era muy observador y ese detalle no le pasó desapercibido. ¿Qué estaba pasando en Berlín?

No se sabe cómo empezó a circular el rumor. Pero corrió de esquina a esquina, de boca en boca, de una persona que lo decía en un tranvía, a otra que lo comentaba en un portal. Hitler había muerto. En Rastenburg, en La Guarida del Lobo. Unos decían que se trataba de un sorpresivo bombardeo soviético. Otros, que lo había matado una bomba colocada por un trabajador extranjero o por un agente judío. En la posición artillera de Hans, donde hasta medianoche esperaron a unos aviones que nunca llegaron, un veterano artillero se acercó más a la realidad y dijo:

—Ruido de sables. Algo se está moviendo en el ejército. Las cosas marchan de mal en peor, los «prusianos» empiezan a echarle la culpa al Führer, hablan de una desastrosa planificación de la guerra. Algo se está moviendo, chicos. Lo digo yo.

Hans estaba indignado. El ejército. Hans estaba empezando a dudar de ellos. El ejército no eran las SS ni las Juventudes Hitlerianas. Comenzaban a ser un problema. El Führer se había esforzado por nazificar las fuerzas armadas, pero en ellas quedaba mucha vieja guardia anterior al nacionalsocialismo, mucho «Junker» abrazado a viejos códigos ahora obsoletos, códigos de la época del Kaiser, soldados que no

habían comprendido la auténtica dimensión de la revolución nacionalsocialista.

Un soldado subió a la azotea y aportó nuevos datos:

—La Radio del Reich ha anunciado que el Führer iba a ofrecer un mensaje a la nación a las nueve de la noche. Pero son las once y media y Hitler no ha dado señales de vida. ¿Será verdad que lo han asesinado?

La noticia cayó como una bomba sobre la unidad artillera. Hans se asomó al borde de la azotea y miró a la calle. Allí abajo la gente intentaba llevar una vida normal. Entre las ruinas de los últimos bombardeos, circulaban los coches y ta xis, se escuchaban lejanas sirenas, pero no las que anunciaban un bombardeo, sino el tronar de una gran urbe, donde esas sirenas, las de las ambulancias, eran los sonidos de los pequeños bombardeos de la vida cotidiana.

Saltar al vacío. Hans pensó, mientras miraba la calle bajo sus pies, que ese era el estado real de su cuerpo. Como si saltara al vacío. Vértigo. Esa era la palabra. Heinz se acercó a él, y con rostro serio y preocupado, le preguntó:

—¿Tú qué crees, Hans? ¿Es posible que hayan matado al Führer? Y si es así, ¿qué va a ser de nosotros?

Hans no supo qué contestar. Por primera vez, era él quién se había quedado sin palabras.

---

\* \* \*

---

Los aviones no vinieron esa noche. En aquel mes de julio de 1944, las fortalezas volantes alemanas V1 arrasaban Londres. Los bombardeos aliados sobre Berlín se habían relajado un poco. En Normandía se seguía luchando. En el Este, se seguía perdiendo. En el puesto artillero, recogieron y volvieron a casa. Esas fueron las órdenes. Eran las doce menos cuarto de la noche.

De regreso a casa, volvieron a pasar por la puerta de Brandenburgo. Las unidades militares seguían allí. Hicieron el recorrido hasta sus casas en total silencio. Hans llegó a Dahlem sobre la una menos cuarto.

Llegó a tiempo. Hans entró en el salón de su casa y encendió la Radio del Reich. La puso muy baja, no quería despertar a sus padres que dormían en su habitación, ni a Katrin que lo hacía en su cama. A la una en punto de la madrugada, el mensaje del Führer a la nación, que no había podido ser transmitido a las nueve por problemas técnicos desde Rastenburg, comenzaba su emisión. A Hans, se le llenaron los ojos de lágrimas. ¡El Führer estaba vivo!

*«¡Compatriotas alemanes! Yo ya no sé cuántas veces se ha planeado un atentado contra mi persona y ha sido llevado a cabo. Si hoy les hablo a ustedes, se debe a dos motivos: primero, para que ustedes puedan oír mi voz y puedan saber que no he sido herido y me hallo bien de salud. Segundo, para que se enteren con detalle de un delito que en la historia alemana no tiene precedentes.*

*Un reducidísimo grupo de oficiales ambiciosos, estúpidos, desalmados y criminales, habían forjado*

*una conjura con el fin de eliminarme y aniquilar, conmigo, prácticamente al Estado Mayor del alto mando de la Wehrmacht. La bomba colocada por el coronel conde Von Stauffenberg estalló a mi derecha, a dos metros de distancia. Ha herido levemente a una serie de colaboradores míos muy queridos, uno de los cuales ha fallecido. Yo, personalmente, no he sufrido la menor herida, salvo algunos leves rasguños en la piel, quemaduras y magulladuras. Yo lo interpreto como una confirmación del objetivo que me ha encomendado la Divina Providencia, para que prosiga la tarea de mi vida, tal como he venido haciendo hasta el momento...*

*El círculo que estos traidores representaban es muy reducido. No tiene nada en común con la Wehrmacht y sobre todo nada absolutamente con el ejército. Estos conspiradores eran unos cerdos de sangre azul, unos prusianos que nunca comprendieron la nobleza del nacionalsocialismo. Esta vez, serán exigidas cuentas, como nosotros, los nacionalsocialistas, estamos acostumbrados».*

Las notas de la canción de Horst Wessel pusieron fin a la alocución. Hans quedó en silencio. Seguía allí. La sensación de vértigo, de salto al vacío, seguía allí.

Katrin entró en el salón. Llevaba un bonito camisón blanco con flores rojas bordadas en el pecho.

—¿Qué ha pasado, Hans? ¿Qué haces escuchando la radio?

Hans la miró. Se tomó su tiempo para contestar.

—Han intentado matar al Führer, Katrin. Un golpe de estado. Gente del ejército.

—Dios mío. Pero ¿le ha pasado algo?

—No, pero el mal está hecho, Katrin. Yo empiezo a no confiar en ellos. La Wehrmacht. Ellos no son las leales SS, ni las Juventudes Hitlerianas. Ratas. Las ratas son las primeras en abandonar el barco, cuando este navega en mitad de la tormenta. Desfilaban orgullosos y desafiantes cuando el Führer cosechaba éxito tras éxito. ¿Y ahora qué? ¿Lo intentan apartar del poder?

La chica miraba fascinada a Hans. Esa noche, había descubierto en él otros ojos. Unos ojos nuevos. Los ojos de la duda. Eran como una cortina negra. Quizá lejos de allí, en Rastenburg, en La Guarida del Lobo, otro hombre, Adolf Hitler, tuviera ahora esos mismos ojos. Porque los ojos de Hans eran los ojos del régimen. Los ojos del estado de ánimo del régimen. Y esos ojos, hoy, por primera vez, observó Katrin, dudaban. Dudaban de todo. O mejor. Dudaban de todos.

—No quieren entender, Katrin. El Führer es Alemania. Alemania no puede sobrevivir sin él. ¿Crees acaso que si los aliados liberan Europa, Europa tendrá algún futuro? No, Katrin, se convertirán en marionetas en manos del poder judeoamericano. No hay futuro para Europa, Katrin. ¿Y para Alemania? Para Alemania no es que no haya futuro, es que su futuro se llama aniquilación. No entienden lo que el Führer significa para este pueblo. Les pasa como a mi madre. «Mucho le antecedió, pero nada le precederá». Herr Fritz, un hombre sabio, ya nos enseñó eso en la escuela. Alemania morirá con Adolf Hitler, Katrin. Pero ellos no lo quieren comprender.

Katrin no respondió. Ella no pensaba lo mismo. Estuvo a punto de decirle que los dirigentes pasan, pero que las naciones permanecen. Pero era tan grande la convicción de ese chico, que hasta Katrin empezaba a pensar, que a lo mejor, en el caso concreto de Alemania, Hans podía tener razón.

—Descansa, Hans. Vamos a la cama. Lo importante es que no le ha pasado nada. Que el Führer sigue ahí.

—Sabes una cosa, Katrin, esta noche mi amigo Heinz me ha hecho una pregunta y no he sabido contestarle. Pero esa pregunta me está torturando. ¿Qué pasaría si al Führer le pasara alguna vez algo, Katrin? ¿Qué sería de mí? ¿Qué sería de todos nosotros?

Dudas, pensó Katrin. Un Hans nuevo. El chico que no teme a la batalla, que no teme a la muerte, ahora duda. ¿Puede ser, que esté viéndola muy próxima?

---

\* \* \*

---

A esas horas, ajena a la conversación que Hans y Katrin mantenían en el salón de su casa, ajena a las noticias que llegaban desde Rastenburg, Helga Petersen dormía en su cama. Helga no sabía, nunca supo, que un día antes, ella había tenido un encuentro, un breve encuentro, con el hombre que había estado a punto de acabar con la vida de Adolf Hitler.

Tal como el padre Klaus le dijera, y con ayuda de los fieles católicos de Dahlem, el obstinado sacerdote había conseguido rehabilitar parcialmente la iglesia y abrirla al culto. La tarde de ese 19 de julio, Helga había acudido a la iglesia y había permanecido en ella casi dos horas. Había llevado el pequeño libro de oraciones que le diera el padre Klaus. Justo cuando se disponía a salir, un apuesto oficial entraba en el templo. Helga se sobresaltó. Durante los años que había acudido a la iglesia, nunca había visto ningún uniforme del partido, y mucho menos del ejército, atravesar la puerta del templo. Quizá por eso se sobresaltó, quizá por eso su pequeño libro de oraciones cayó al suelo.

El apuesto oficial se agachó, recogió el libro y se lo entregó a Helga.

—Muchas gracias —le dijo Helga al oficial.

—No hay de qué, señora.

Sus miradas se cruzaron. Era un joven muy atractivo, pese al parche negro que, a modo de pirata, cubría uno de sus ojos. Pero, en su único ojo visible, Helga descubrió que el joven oficial poseía una mirada turbada, una mezcla de pesimismo y preocupación. «Yo misma he de tener esa mirada», pensó Helga. Era una mirada común, muy común en Berlín durante aquel húmedo verano de 1944. Una mirada que afectaba por igual a civiles que a militares.

El oficial, torpemente, se llevó una de sus manos a la gorra e hizo una leve inclinación. Helga percibió, que su otro brazo, que terminaba en una especie de guante negro donde debería de tener la mano, permanecía en todo momento rígido. Debía de ser un brazo ortopédico. Posiblemente, ese joven oficial habría resultado herido en alguna batalla de esa larga y espantosa guerra. Helga le sonrió,

cortésmente, y siguió su camino. Aún se giró para ver al oficial perderse en la oscuridad de la vieja iglesia.

Ese oficial era Claus Schenk Graf, coronel conde Von Stauffenberg.

Esa tarde, Von Stauffenberg había estado en el complejo conocido como *Bendlerblock*, en la Bendlerstrasse, ultimando, junto a otros conspiradores, la fase final de una operación que llevaba el nombre clave de *Valkiria*. Era un nombre muy apropiado. Von Stauffenberg y los conspiradores sabían, que sus antepasados creían, que las valkirias se cernían sobre los campos de batalla cuando las armas callaban, para recoger las almas de los soldados caídos. Ellos esperaban que al día siguiente, una de esas almas fuera la del omnipotente Führer del Tercer Reich, Adolf Hitler.

De regreso a su casa en el exclusivo barrio berlinés de Wannsee, al pasar por Dahlem, Von Stauffenberg, ferviente católico, vio una iglesia parcialmente derruida. Sintió la necesidad de entrar en ella. Tenía que encomendarse. Destinado en el Estado Mayor de la OKH, a la mañana siguiente tenía que viajar a la Guarida del Lobo, en ese brumoso y lúgubre bosque de Rastenburg, en Prusia Oriental, para participar en la conferencia diaria del Führer con sus generales. Sería entonces, cuando colocaría la bomba, oculta en su maletín, bajo la mesa de conferencias, lo más cerca posible del Führer. Resultaba irónico, pero tenía que encomendarse al altísimo en una iglesia católica, para que una operación que llevaba el nombre de un ser legendario de la mitología germánica tuviera éxito y, de paso, se llevara el alma del hombre que había destruido a su patria.

Durante un buen rato, el coronel conde Von Stauffenberg permaneció sentado en el mismo banco, en el que tantas tardes, durante tantos años, se habían sentado Helga Petersen y Magda Rausch. Magda, rezando a su Dios. Helga, soñando con otro mundo, un mundo en el que Adolf Hitler había desaparecido de sus vidas. El mismo tipo de sueño, que esa tarde de julio albergaba en el interior de Von Stauffenberg.

Pero los sueños son, muchas veces, sólo eso, sueños.

Al día siguiente, 20 de julio de 1944, las Valkiria debieron reunirse en una especie de cónclave. Y decidieron que la hora de un mortal llamado Adolf Hitler todavía no había llegado.

Sin embargo, esas mismas valkirias, se mostraron implacables con los conjurados. *Valkiria* fracasó, porque otra vez, la casualidad quiso aliarse con el señor de la guerra nazi. Él, en su megalomanía, lo atribuía a la «providencia», al destino supremo para el que había sido llamado. La realidad es, que durante aquella conferencia, el coronel Heinz Brandt, al inclinarse sobre los mapas en los que se informaba al Führer de la situación de las tropas en el frente ruso, tropezó con el maletín que contenía la bomba que Von Stauffenberg había dejado bajo la mesa, junto a los pies del Führer. Von Stauffenberg había abandonado la estancia, al fingir que acudía a realizar una llamada telefónica. Brandt se agachó, cogió el maletín y lo colocó al final de la mesa.

Ese movimiento le costaría la vida, pero salvaría la del Führer.

Vivo Hitler, la suerte de los conjurados estaba echada. Más de siete mil personas involucradas de una u otra manera en la conspiración fueron detenidas, casi cuatro mil novecientas ajusticiadas. La represión contra los conspiradores del 20 de julio se realizó con la tradicional brutalidad nazi. Al anochecer del día siguiente a su encuentro con Helga Petersen en la iglesia de Dahlem, el coronel conde Von Stauffenberg fue fusilado en el complejo *Bendlerblock*. Murió gritando, «¡Viva nuestra sagrada Alemania!».

El fracaso de *Valkiria* significó el hundimiento de las últimas bolsas de resistencia a Hitler que existían en el ejército. Viejos conspiradores como los del «círculo de Kreisau», oficiales, generales y hasta mariscales de campo como Erwin Von Witzleben, Hans Von Kluge o Erwin Rommell se encontraban entre los caídos en la purga de *Valkiria*. A este último, un héroe de guerra entre los alemanes, se le dio a elegir entre morir ajusticiado, o suicidarse él mismo, con lo que no perdería todos los honores recibidos. Rommell eligió suicidarse. La versión ofrecida por el régimen al pueblo alemán, fue que había fallecido a causa de una apoplejía. En un último acto de cinismo, se celebraron en su honor funerales de Estado.

Los designios de la providencia habían salvado a Adolf Hitler de una muerte segura en la Guarida del Lobo. Así lo creía el todopoderoso Führer. Pero desconocía, que en muy poco tiempo, la providencia lo iba a abandonar definitivamente.

---

\* \* \*

---

En el otoño de 1944, Hans tuvo su última gran alegría. Una especie de despedida final, de recuerdo de los viejos y victoriosos tiempos. El contraataque alemán en las Ardenas. Se conoció como operación *Herbstnebel*, niebla de otoño. Y realmente, fue así, un ataque que surgió de la niebla. Amparado en ella, Adolf Hitler lanzó la última *Blitzkrieg* de la guerra. Inicialmente, cogió de sorpresa a los aliados. El ataque causó un auténtico «sálvese quien pueda» entre las tropas angloamericanas, que retrocedieron perdiendo mucho del terreno ganado. El propio Hitler abandonó su refugio en el terrible frente oriental, la Guarida del Lobo de Rastenburg, para desplazarse a su cuartel general del frente occidental, el *Adlerhorst*, el Nido del Águila en Ziegenberg. Los viejos símbolos germánicos estaban presentes hasta en la designación de los cuarteles generales del Führer. Wotan siempre se representaba acompañado de un águila y dos lobos. El águila custodiaba la puerta occidental del Valhalla. Los lobos, la oriental.

Para finales del mes de diciembre, la *Blitzkrieg* alemana ya se había estancado. Pese a todo, el Führer pasó aquellas navidades entre sus tropas del frente de las Ardenas. A mitad de enero, la ofensiva se había convertido en otro fracaso. Fueron

los últimos cartuchos quemados por el Tercer Reich. Otro clavo en su ataúd.

---

\* \* \*

---

Dicen los historiadores, que la Navidad de 1944 y el Año Nuevo de 1945 fueron los más tristes de la historia de Alemania. Aquellas fueron las últimas navidades del nacionalsocialismo. Los bombardeos se recrudecieron, sobre todo en Berlín. A la luz de las velas, los discursos de los líderes nazis resultaron sombríos y oscuros. El pesimismo se había instalado entre la población. Al problema de abastecimiento y carburantes, se unió el frío. Había gente que vivía en casas sin muros. Para otras muchas, el techo de su casa era el cielo. El frío cielo del invierno.

En casa de la familia Petersen, la situación no era mejor. Kurt y Katrin trabajaban en las oficinas de la DAF en unas condiciones desastrosas. El edificio había sido duramente castigado durante los bombardeos. A Katrin y al resto de telefonistas las habían trasladado a un sucio sótano, donde una tétrica bombilla que fallaba constantemente era su única luz. El despacho de Kurt, en las plantas superiores, no tenía uno de sus muros. Las ventanas habían sido tapadas con cartones.

Pese a todo, existe un espíritu especial de supervivencia en los alemanes, que les hace, más que a nadie, ponerle buena cara a los malos momentos. Kurt y Katrin montaron en el salón el árbol de Navidad. Con cada bombardeo, el árbol acababa en el suelo. Cada amanecer, lo levantaban otra vez. Helga cocinó sus mejores platos con los mínimos ingredientes. Por unos días, intentaron ser felices. Y casi lo consiguieron, aunque una sombra, una sensación se cernía sobre ellos. La sensación de que esas navidades podían ser las últimas que pasaran juntos.

El Año Nuevo no fue mejor. Los aliados quisieron demostrar a los alemanes, que se había entrado en la última fase de la guerra. Berlín fue sometido a fuertes bombardeos. La última noche del año, el 31 de diciembre de 1944, Hans, Heinz, Dietmar y los demás fueron trasladados a las azoteas del distrito gubernamental en la Wilhelmstrasse, para cumplir su misión de auxiliares antes de que se desencadenara uno de los mayores ataques aéreos de los que Hans fuese testigo. Hacía mucho frío. Las calles de Berlín estaban oscuras y desiertas. Nadie hubiera podido imaginar que, en medio mundo, se estaba celebrando la Nochevieja.

Heinz estaba esa noche más contento e ilusionado que nunca. El chico lo estaba pasando mal. Heinz y Hans tenían ahora una cosa más en común, además de su amistad que se remontaba a mucho tiempo atrás. Los dos tenían un hermano muerto. Karl, el bruto camisa parda que había sido novio de Astrid Müller, había muerto unas semanas atrás en el frente oriental. Heinz había querido demostrar que era tan fuerte como Hans. Pero no lo era. En realidad, Heinz siempre fue el más débil de los tres amigos, más que Hans y que Rudi, aunque él lo escondía detrás de una apariencia de



dureza. Helga que había hablado con la madre de Heinz, le contó a Hans que según esta, su hijo estaba destrozado. El chico admiraba a su hermano, casi tanto como Hans admiraba a Harald. Pero delante de Hans, Heinz nunca mostró signo de debilidad alguno. Heinz respetaba más a Hans de lo que este nunca se hubiera imaginado.

Aquella noche, Heinz subió al camión con una pequeña bolsa de papel en su mano. Nada más sentarse le dijo a Hans:

—¿A que no sabes lo que llevo aquí, Hans?

—No —contestó Hans intrigado.

—Nuestra cena de Nochevieja. ¿Y sabes lo que es?

—No, Heinz. ¿Qué es?

—¡Salchichas! Y las he hecho yo. Cuando ha venido mi madre esta tarde, le he dicho: «Mamá, ayúdame a hacer unas salchichas para cenar esta noche. Son la comida favorita de mi amigo Hans». Y las hemos hecho. Cuando tengamos un momento de descanso nos las comemos, mientras vemos los «fuegos artificiales».

Heinz, aunque tenía catorce años igual que Hans y que Rudi, siempre había sido el más infantil de los tres. A Heinz le encantaban los bombardeos. Los llamaba los «fuegos artificiales». Le gustaba ver, como las chicas de la BDM orientaban los focos hacia el cielo, en busca de los aviones enemigos. Y ver como los explosivos salían de los cañones artilleros, y cuando una bomba impactaba sobre un objetivo, siempre solía poner una cara de tonto que recordaba a Rudi, y decía «¡halaaa!».

Tuvieron mucho trabajo esa noche, pero fue una noche productiva. Muchos aviones aliados fueron derribados. La verdad era que durante esa campaña navideña, la artillería alemana había causado un auténtico desaguado entre la aviación aliada. Incluso aviones alemanes de la Luftwaffe, que regresaban a casa tras participar en la operación «niebla de otoño» en las Ardenas, habían sido derribados por los cañones antiaéreos alemanes confundidos con aviones enemigos.

Esa noche, mientras hacía su trabajo, Hans pensaba en el desarrollo de la guerra. Había estado toda la tarde situando los frentes en el mapa de su habitación. En el frente oriental, los rusos habían llegado a Varsovia. El ejército alemán había perdido ya todos los territorios de Polonia Oriental. Sólo resistía un pequeño grupo de ejércitos en una zona llamada Curlandia, cerca de la ciudad de Riga, en Letonia. La destrucción de todo el grupo de Ejércitos Centro habían llevado la guerra al borde de las fronteras del Reich. Ya se combatía en las cercanías de Königsberg. La situación era tan desesperada, que el Führer había pensado en trasladar el féretro de Hindenburg de su mausoleo en Tannenberg a Berlín. En pocos días se iniciaría la ofensiva Vístula-Oder. Los soviéticos habían liberado también Rumania y Bulgaria, habían penetrado en Hungría por la región de los Cárpatos y amenazaban Budapest y la ruta del Danubio.

Por el sur, en Italia, los aliados angloamericanos habían entrado en Roma y ahora combatían en los alrededores de Florencia. Sólo el norte resistía.

En el frente occidental, Francia había sido casi totalmente liberada. Bélgica también, salvo una pequeña zona de Valonia. Una gran parte de Luxemburgo también había caído en manos aliadas. Pero Holanda resistía. Allí, los aliados angloamericanos se habían encontrado una feroz resistencia tanto de las SS, como de la Wehrmacht y de los voluntarios holandeses que combatían junto a ellos. Pronto se iniciaría el asalto a los grandes puentes de la vertiente holandesa del Rin, como los de Arhem o Nimega.

Unos días antes, Hans había quitado de su mapa una de las chinchetas que más dolor le había causado. París. Allí, las autoridades nazis desoyeron la orden del Führer, primero, de declarar la ciudad un *Festung* y después, de destruirla totalmente antes que los angloamericanos entraran. En lugar de eso, las fuerzas de ocupación declararon París «ciudad abierta», evitando así una destrucción segura de la ciudad de la luz. Hans recordaba con nostalgia cuatro años atrás, en el cuerpo de guardia del Servicio de Patrulla, en el campamento de las montañas del Harz, cuando él y otros muchachos habían llorado de alegría al enterarse que la bandera del Reich ondeaba sobre París. Ahora, las banderas nazis eran arriadas y ardían en media Europa. En aquellos días de gloria, Hans celebró un solsticio. Esas cosas eran las que echaba de menos. Ya no se celebraban los grandes congresos del partido en Núremberg. La noche de la sangre en Munich había quedado reducida a la tradicional alocución ante los viejos combatientes del Führer en la Bürgerbräukeller. Los solsticios de verano e invierno habían quedado suspendidos. Las Juventudes Hitlerianas ya no celebraban acampadas. Todo por culpa de la guerra. En eso los aliados ya habían vencido, pensaba Hans. Habían acabado con los ritos sagrados del nacionalsocialismo.

Poco antes de las once de la noche tuvieron un respiro. Hans y Heinz lo aprovecharon para comer su «cena de Nochevieja», sentados sobre unas cajas de madera, cajas de munición. Las salchichas de Heinz no estaban muy buenas, pero Hans no le dijo nada. Lo importante era el detalle que su amigo había tenido con él. Además, Heinz esa noche estaba tan contento que Hans no hubiese hecho nada para disgustarlo.

—Sabes una cosa, Hans, soy feliz. Estamos los dos juntos, con soldados de verdad, combatiendo por nuestro país y por nuestro Führer. La verdad, sólo nos falta Rudi.

Rudi. Desde aquella carta que recibió, no había vuelto a saber nada de él. Casi todos los días, Hans preguntaba a los chicos del Servicio de Patrulla, si había recibido alguna carta de Westfalia. Pero nada. Hans no volvió a recibir ninguna carta. Suponía que la familia de Rudi no querría que tuviera relación con sus antiguos amigos de las Juventudes de Berlín. Pero Hans tenía una sensación, un palpito. La sensación de que

muy pronto, los tres amigos volverían a estar juntos. Y esta vez, para no volver a separarse.

—Sabes una cosa, Hans, durante estos días tan duros que he tenido tras la muerte de mi hermano, he pensado mucho en una cosa, una cosa que pasó hace ya algunos años. Una historia que tú nunca me has querido contar. ¿Qué pasó aquel verano, cuando yo estaba en la Selva Negra con mis padres y tú fuiste a la acampada con la novia de mi hermano, Astrid Müller? ¿Qué pasó entre vosotros, Hans? ¿Y por qué Astrid se suicidó?

—Es una historia muy triste, Heinz, y tú estás esta noche muy contento. Como tú dices, es Nochevieja y dentro de poco volverán los fuegos artificiales...

—En definitiva, que nunca me lo vas a contar. ¿Verdad?

Hans permaneció unos segundos en silencio. Heinz lo miraba con ojos expectantes. Al final dijo:

—Mira, haremos una cosa. La historia de Astrid Müller sólo la conoce mi cuñada, Katrin. Quizás ha llegado el momento que tú también la conozcas. Mañana, en el santuario, delante del retrato de Astrid, te la cuento.

—Y hoy me quedo sin dormir —dijo Heinz—. Llevo cuatro años esperando conocer esa historia. Sabes, en las Juventudes de Dahlem es una leyenda. Bueno, tú no lo sabes porque a ti nadie te lo dice. «La historia de Hans Petersen y Astrid Müller». Parece el título de una canción de desafío. Me gustaría que supieras todo lo que han contado estos años de ti y de Astrid. ¡Si hasta dicen que eres tú el que pone todos los días ese pequeño ramito de flores bajo el retrato de Astrid! ¿A que es divertido, Hans?

—¡Ja, ja! —rio Hans—. ¡Qué cosas tienen!

Pero la procesión iba por dentro. Alguien, pensó Hans, lo había descubierto. Alguien había descubierto su pequeño secreto.

Los dos chicos rieron divertidos. De pronto, Heinz se puso muy serio y dijo:

—¿Tú crees que nos movilizarán pronto para el frente, Hans?

—No lo sé, Heinz. Las cosas no marchan bien. Pero nosotros todavía no tenemos ninguna preparación. No lo sé, en la guerra nunca se sabe.

—Pero aunque las cosas vayan mal, ¿no vamos a perder esta guerra, verdad? No mientras el Führer esté al frente del Reich, ¿no es así? Tú siempre nos lo has dicho...

—No, Heinz, no perderemos la guerra. Sólo atravesamos un mal momento. Pero nos repondremos, ya verás como pronto nuestros enemigos empiezan a retroceder...

—Yo estoy ansioso —dijo Heinz—. Cada día tengo más ganas de que nos movilicen. Pensar que tú y yo combatiremos juntos, contra los americanos o los rusos. Sueño con ello todas las noches, Hans. El día que nos movilicen será el más feliz de mi vida...

—¡Venga, muchachos, dejaos de charla! ¡Que vuelve la fiesta! —les gritó el

artillero jefe.

Hans y Heinz se incorporaron y corrieron hacia su cañón. Esa noche estaban viviendo una batalla real. Las batallas con las que ellos soñaban, aún estaban por venir.

---

\* \* \*

---

Aquella noche pasó algo. Algo que nunca debería haber sucedido, algo que nunca habría tenido que ocurrir. Un accidente. Explotó un cañón.

Todo sucedió muy rápido. Hans y Heinz estaban cargando la munición, cuando escucharon decir al soldado que manipulaba el cañón:

—Algo va mal, parece como si el proyectil se hubiese quedado atascado...

Fue en ese momento, cuando se puso a gritar como un loco:

—¡Cuidado! ¡Corred, corred todos! ¡El proyectil va a estallar dentro!

Todos echaron a correr. Hans y Heinz tomaron direcciones distintas. El cañón explotó, provocando un terrible estruendo. Se partió en dos. Una gran llamarada anaranjada salió del cañón. Grandes trozos de este y del muro de cascotes que rodeaban al cañón salieron disparados en todas direcciones.

Muchos cayeron encima de Hans, que estaba tumbado en el suelo protegiéndose la cabeza con las manos. Cuando los cascotes dejaron de caer, Hans levantó la cabeza. Vio a los soldados al lado de él y al artillero jefe. Pero no vio a Heinz.

Se incorporó. Y entonces lo vio. Heinz estaba sentado en mitad de la azotea. Era una situación cómica. Heinz miraba a todos los lados, como atontado, con su eterna cara de sorpresa. Pero entonces, Hans observó que su amigo tiraba el cuerpo hacia atrás, muy lentamente, mientras levantaba los brazos como un bebé que busca a su madre. Heinz giró su cabeza hacia Hans, mientras lo miraba con sus grandes ojos, muy abiertos. En un lado de su cabeza se distinguía un gran hematoma que le cubría la frente, un ojo y medio lado de su cara. Su casco de hierro había saltado por los aires. Hans lo comprendió. Un trozo de metal del cañón había impactado contra su cabeza. Su amigo estaba herido.

Hans y Dietmar corrieron hacia el lugar donde se encontraba Heinz. Hans lo cogió de los brazos y lo arrastró hacia él.

—¡Heinz, Heinz! ¿Qué te pasa? Heinz, ¡dime algo!

El chico lo miraba con unos ojos perdidos, ausentes. Tenía convulsiones. Movía muy rápido las piernas y los brazos. Entonces, dijo:

—Hans, Hans, he perdido...

—¿Qué dices, Heinz? ¿Qué has perdido?

Mientras Heinz hablaba, empezó a escupir una especie de baba que caía sobre las manos de Hans.

—Hans, he perdido la bolsa de papel donde traía las salchichas...

—¿De qué hablas, Heinz? ¿Qué dices de la bolsa...?

—He perdido la bolsa de papel...

Mientras decía estas palabras, sus convulsiones crecieron. Los ojos de Heinz se pusieron en blanco. Pero aún dijo algo más:

—Las he hecho con tanta ilusión...

Heinz dejó de hablar. Seguía escupiendo baba. Pasó algo extraño entonces. En mitad de las convulsiones, Heinz levantó uno de sus brazos hacia el cielo, como si señalara las explosiones que se producían a su alrededor. Una extraña sonrisa se dibujó en su rostro. Los «fuegos artificiales». Hans giró la cabeza hacia el cielo y los miró, mientras le decía:

—Sí, Heinz, mira los fuegos artificiales. ¡Aguanta! ¡Han ido a buscar ayuda! ¡Aguanta, Heinz!

Dietmar miraba muy rápidamente a los dos, a Hans y a Heinz, como si estuviera viendo un partido de tenis. Dietmar era consciente que Heinz se moría, pero lo que más le sorprendió eran los ojos de Hans. Estaban llenos de lágrimas. Dietmar, como muchos chicos de las Juventudes, pensaban que Hans Petersen era incapaz de llorar.

—¡Aguanta, Heinz! ¡Ahora viene la ayuda! ¡Tú mira los fuegos artificiales!

Heinz Hoeness murió en sus brazos. Dejó de convulsionarse, de mover los brazos y las piernas. Dejó de babear. Se quedó allí, quieto, silencioso, con los ojos muy abiertos, contemplando el cielo. Las explosiones. Los fuegos artificiales.

Los soldados andaban de un lado para otro, mientras murmuraban «pobre chico». Dietmar se incorporó, se cuadró y realizó el saludo nazi. Hasta los prisioneros polacos se quitaron sus gorras y agacharon la cabeza hacia el suelo. Uno de ellos rezó en polaco.

Hans permanecía en mitad de la azotea, acunando en el suelo el cuerpo de Heinz. Y seguía hablándole, sólo que ahora ya no gritaba, ahora mientras lo acunaba, había acercado su cabeza a la oreja de Heinz y le decía al oído, muy bajo, como si le estuviera contando un secreto:

—Aguanta, Heinz, aguanta. No te vayas, la ayuda está al llegar. Aguanta. Mira, mira los fuegos artificiales, no dejes de mirarlos.

Sus ojos seguían llenos de lágrimas. Pero ninguna de esas lágrimas rodó por sus mejillas.

Estaba empezando a nevar. Sobre Berlín continuaba el bombardeo. Y bajo aquella azotea, en mitad de la muerte y la destrucción, en los pocos campanarios que aún quedaban en pie, en medio de una ciudad devastada, entre azoteas donde un chico de catorce años llamado Hans acunaba a un chico de catorce años muerto, llamado Heinz, las campanas comenzaron a sonar. Las campanas que anunciaban el Año Nuevo.

Así comenzó el año 1945 para Hans Petersen.

---

\* \* \*

---

El día de Año Nuevo se celebró en la sede de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem una pequeña ceremonia en honor de Heinz. Katrin decidió acompañar a Hans a la ceremonia, porque aunque el chico se quería hacer el fuerte, Katrin sabía que había sufrido una fuerte impresión.

Colocaron el féretro en el centro de la gran sala. Lo cubrían tres banderas: una del ejército, con una gran Cruz de Hierro negra, otra del partido y una tercera de las Juventudes Hitlerianas. Las chicas de la BDM decoraron el féretro con flores. Dieter Baumann fue el encargado de leer un pequeño discurso de despedida para Heinz. Mientras Dieter leía el discurso, Silke Bauer que estaba al lado de Hans, sufrió un desvanecimiento. La chica estaba muy afectada por la muerte de Heinz. En poco tiempo, los «cuatro inseparables» habían perdido a dos de sus miembros. Primero a Rudi, del que no sabían nada, y ahora a Heinz. Hans y ella eran todo lo que quedaba del grupo de ayuda invernal, del originario grupo de las literas del refugio. La chica tuvo que pasar el resto de la ceremonia en el cuarto del Servicio de Patrulla, acompañada por Katrin y por otra chica de la BDM.

Hans fue el encargado de colocar la medalla al mérito del *Jungvolk* sobre la bandera de las Juventudes Hitlerianas. Luego, se cuadró delante del ataúd de su amigo y realizó el saludo nazi. Mientras las voces de los chicos interpretaban el himno de Horst Wessel, en el exterior, miembros del Servicio de Patrulla lanzaban doce salvas al cielo. En la gran sala, otros miembros del mismo cuerpo fueron los encargados de portar el féretro de Heinz. En las escaleras de entrada de la sede, un grupo de chicos de las Juventudes formaron un arco de puñales, por debajo del cual pasó el ataúd de Heinz.

En ese momento, el ataúd que contenía el cuerpo de Heinz Hoeness fue entregado a su familia.

En el interior de la sede, Hans le dijo a Katrin:

—Katrin, acompáñame. Voy a colocar en el santuario el retrato de Heinz.

Katrin y Hans caminaron hacia la gran cortina negra que separaba la gran sala, del santuario. Sobre ella, Katrin leyó la leyenda: «Hemos nacido para morir por Alemania».

Atravesaron la cortina. No era corriente que una persona ajena a las Juventudes Hitlerianas entrara en aquel lugar, pero tratándose de alguien que acompañaba a Hans Petersen, nadie se atrevió a decir nada.

Sobrecogedor. Si Katrin hubiera tenido que definir de alguna manera ese lugar, habría elegido esa palabra. Sobrecogedor.

—Este es el lugar donde rendimos culto a la muerte —dijo Hans.

—Es muy impactante, Hans —contestó Katrin.

Hans había realizado un dibujo de Heinz, igual que lo hizo en su día con Astrid Müller. Pero ese dibujo era especial. Porque ese fue el último retrato que Hans Petersen hizo en su vida.

Katrin observó entre las penumbras del santuario el retrato de Astrid Müller. Daba miedo. Era tan real, con esa gran sonrisa, que a Katrin le produjo un profundo impacto. Era como si te observara, desde allí, desde algún sitio. Katrin había conocido a personas vivas que tenían el rostro más muerto que el que tenía Astrid en aquel retrato. Se acercaron. Hans colocó el retrato de Heinz al lado del de Astrid, pero Katrin no podía apartar la mirada del dibujo de la chica. Observó el pequeño ramito de flores que había debajo del retrato. Le dijo a Hans:

—Qué guapa era, Hans. Qué guapa era esa chica.

Hans la miró pero no le contestó. Seguía clavando las chinchetas en el retrato de Heinz.

—Ese ramito de flores... ¿Lo pones tú, verdad?

—Sí, todos los días.

Hans terminó de colocar el retrato de Heinz. Era igual que el de Astrid, también tenía esa gran sonrisa. Katrin había leído la leyenda que había bajo el retrato de Astrid, e hizo lo mismo con el retrato de Heinz.

*«Otra estrella se ha apagado en el cielo de Alemania. Otra más. Y ahora, son muchas, a todas las horas, todos los días. El cielo cada vez se vuelve más oscuro, y la oscuridad absoluta se cierne sobre nosotros. Pero nosotros no la tememos, tú lo sabes, Heinz. Sólo nuestros enemigos deben temerla. Esa oscuridad son las alas de la muerte. Pero ella es nuestra aliada».*

Hans permaneció poco más de un minuto en silencio. Luego, se cuadró y realizó el saludo nazi. Katrin le imitó.

—¿Sabes una cosa, Katrin? Anoche, antes de que muriera, prometí contarle a Heinz la historia de Astrid Müller, aquí, en el santuario, junto a su retrato. Es curioso, ahora ya no podré contársela. Ahora, se la contará ella.

Antes de abandonar el santuario, Katrin volvió a mirar los dibujos. Vivos. En los dibujos de Hans, sus camaradas, Heinz y Astrid, parecía que estaban vivos.

---

\* \* \*

---

En enero de 1945, unos días después de la muerte de Heinz, la Unión Soviética lanzó la ofensiva final que debía terminar con la toma de Berlín. Se conoció como operación *Bagration*. En aquellos días, se combatía ya en territorio del Reich. En Prusia Oriental, los blindados soviéticos avanzaban día a día. Las tropas del Tercer

Reich se batían ya en retirada. Hitler había ordenado la creación de *Festungs*, la defensa a ultranza en las llamadas fortalezas, donde se solicitaba el suicidio colectivo de las tropas antes que la capitulación.

El histerismo y el temor se habían adueñado de Berlín, en aquellos primeros días de enero. Primero, los bombardeos habían crecido en intensidad, todos los días las sirenas sonaban a las ocho y media de la tarde y se volvía a repetir a las once y media. En segundo lugar, estaban llegando a la ciudad miles de refugiados procedentes de Prusia Oriental, de la alta y la baja Silesia y de Pomerania. Y lo peor no era su llegada, sino las cosas que contaban. La pesadilla del frente oriental llegaba a Berlín, conforme los rusos se acercaban. Los refugiados hablaban del «terror rojo». Ejecuciones sumarias, fusilamientos indiscriminados, saqueos, violaciones masivas de mujeres alemanas. Tercero, Hitler estaba desaparecido. Todo el protagonismo de aquellos días por parte del régimen lo tenía Josef Goebbels y su Ministerio de Propaganda. En una última crueldad de los jefes nazis, se había prohibido que la población civil abandonara la ciudad. El intento de huida equivalía al delito de deserción. Y la deserción se pagaba con la pena de muerte. Cuatro millones de personas estaban siendo condenadas a vivir el mismo final que el agonizante régimen nacionalsocialista.

---

\* \* \*

---

Helga había vuelto a la iglesia. Pero ahora, por primera vez, Helga sí que rezaba. Lo empezó a hacer al día siguiente de la muerte de Heinz. Pensar que podía compartir el destino de la madre de Heinz, con sus dos únicos hijos muertos, le aterraba. Ella ya tenía uno.

Helga no se sabía ninguna oración, por lo que llevaba el libro de oraciones que le regalara el padre Klaus y lo leía. Helga no se había convertido al cristianismo, pero había empezado a valorar que quizás existiera algo, algo que la pudiera ayudar. En sus momentos de racionalidad, pensaba que únicamente estaba siendo presa de la ola de histerismo que recorría Berlín. Pero ella ya no podía soportar la tensión de ver salir todas las noches a Hans hacia su unidad artillera, y pensar que cualquiera de esas noches podía regresar como lo hizo Heinz. Muerto. Helga no dormía hasta que Hans regresaba. Sólo entonces, se levantaba muy despacio, para que Hans no se enterara que ella se preocupaba, y cuando oía a Hans acostarse, volvía a la cama. Y así, noche tras noche. En aquel momento, a finales de enero, Helga Petersen no lo sabía, pero faltaba muy poco para que Hans siguiera como auxiliar de la Luftwaffe. A mediados de marzo, las Juventudes Hitlerianas retiraron a todos sus miembros como auxiliares artilleros y a comienzos de abril, se les encomendó otra misión: preparar la defensa de la capital del Reich.



Aquel día, Helga había pensado en ir a otro sitio. Había decidido visitar la sede de las Juventudes Hitlerianas. Unos días antes, Katrin que había estado allí con Hans durante la ceremonia que se realizó en honor a Heinz, le había hablado a Helga de la sede y de ese lugar que ellos llamaban «el santuario».

—Deberías ir allí, Helga. Es sobrecogedor. Un lugar especial. Posiblemente entenderías más cosas de tu hijo visitando ese lugar, que habiendo convivido con él toda la vida.

A Helga le intrigó ese comentario. Katrin tenía razón. A lo mejor había llegado el momento de visitar la «casa de Hans».

---

\* \* \*

---

Aquella tarde permaneció un largo rato parada delante de la fachada de la sede de las Juventudes, contemplando absorta las dos grandes banderas que se descolgaban por esta. Al final, hizo de tripas corazón y ascendió por la escalinata. Tras lanzar un último suspiro, entró en el local. Podía parecer mentira, pero se veía asimismo como una intrusa en ese mundo. Un mundo que no conocía. Un mundo que le asqueaba y le aterrorizaba a partes iguales.

Se dirigió a una especie de cuarto donde se podía leer «Servicio de Patrulla». Sobre la puerta de este, había un slogan que decía «La Juventud guía a la Juventud». Había dentro un grupo de chicos. Al verla llegar se levantaron, se cuadraron y gritaron:

—*Sieg Heil!*

Helga observó que se habían puesto muy nerviosos. Alguno incluso se puso colorado. Pese a la edad, Helga seguía teniendo una clase y un porte que impresionaba a muchas personas. Esos chicos no estaban acostumbrados a ver mujeres como ella por allí.

—*Sieg Heil!* —repitió Helga con poca convicción—. Buenas tardes, soy la madre de Hans Petersen. ¿Ha venido él esta tarde por aquí?

—No, Frau Petersen. Hans ha estado esta mañana, pero esta tarde no ha venido —dijo uno de los chicos, que sería más o menos de la edad de su hijo.

—Mira, tengo entendido que Hans ha hecho un retrato para Heinz, su amigo, el chico que murió hace unas semanas. ¿Podría verlo?

—Sí claro, Frau Petersen —dijo el mismo chico—. Está allí, en el santuario, detrás de aquella cortina negra.

—Gracias. Será sólo un momento.

—Tómese el tiempo que quiera, Frau Petersen. Y más siendo la madre de Hans. No sé si lo sabe, pero su hijo aquí es toda una leyenda.

Tras despedirse de los chicos, Helga avanzó con paso seguro a través de la gran

sala. El local estaba muy concurrido a esa hora. Había muchos chicos y algunas *Jungmädel* de las Juventudes, sentados, hablando. La miraban. Con ojos que le recordaban a Hans. Ojos cargados de fanatismo. Y hacia ella, miradas de desconfianza. ¿O esto último era producto de su propia sugestión?

Cuando llegó a la gran cortina negra, leyó la leyenda que había sobre ella. «Hemos nacido para morir por Alemania». Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Atravesó la cortina.

Sobrecogedor. Así lo había descrito Katrin. Y posiblemente se quedaba corta en esa descripción. Era un lugar que ponía los pelos de punta. Estaba oscuro, únicamente iluminado por velas rojas y negras, los colores del nacionalsocialismo. Helga pensó, no sólo en aquel santuario, sino en los cientos que habría diseminados por todo Berlín. Y los miles, por toda Alemania. Toda una generación educada en el culto a la muerte. Toda una generación, para la que su motivo de vida era rendir culto al momento en que precisamente la vida se pierde. Entonces, vio los retratos.

Caminó hacia ellos. Allí estaban, mirándola, sonriéndole, Heinz y Astrid Müller. Eran tan perfectos que parecían fotografías. Pero en contraste con el lugar, esos dibujos parecían rebosar vida. Hans había sabido captar eso en sus camaradas. Quizás, porque para él, no estuviesen muertos. El sentido de aquel lugar era muy distinto a un cementerio convencional, donde descansan los cuerpos de nuestros seres queridos, sus restos, aquello que fuimos. Aquel santuario era como un «atrapador de almas». Allí no descansaban los cuerpos, allí descansaban las almas. Y en la mentalidad de esos chicos, en su creencia, esas almas formaban parte de lo eterno.

Helga vio el pequeño ramo de flores que Hans ponía todos los días bajo el retrato de Astrid. Katrin se lo había contado. Ese comportamiento de su hijo desconcertó a Helga. El chico duro, el de las fuertes convicciones, el creyente fanático, pero que tenía la sensibilidad de recoger flores en un parque todos los días o comprarlas con su pequeño sueldo semanal para honrar a su camarada muerta. Todos los días, durante cinco años.

Mientras leía las leyendas que Hans había escrito bajo los retratos de Heinz y de Astrid, quizás influenciada por el lugar, o simplemente porque lo necesitaba, Helga Petersen lloró. Lloró por Hans, su hijo. Y por Harald, que había muerto en el frente oriental. Y por Heinz y su hermano Karl. Y por Astrid Müller. Lloró por toda una generación, una generación avocada a la muerte por culpa de los delirios de grandeza de un solo hombre. Y lloró por su país, por Alemania. Un país, que Helga estaba segura, se precipitaba poco a poco, día a día, inexorablemente, a sufrir el peor de los destinos.

---

\* \* \*

---

Unos días más tarde, se celebró el cumpleaños de Hans. Helga y Katrin pensaron en hacer una tarta para el chico y darle una sorpresa cuando acabara de comer. Con los pocos ingredientes que contaban, consiguieron hacer un bizcocho. Y lo adornaron con un poco de nata y de chocolate, que Helga guardaba como si fuera oro en la despensa.

Cuando terminaron de comer, Helga abrió la puerta de la cocina y Katrin entró con la tarta. Habían puesto palitos ardiendo, simulando velas, para que Hans los soplara. Al chico le hizo mucha ilusión, en verdad, no se lo esperaba.

Comieron la tarta. En un momento determinado, mientras daba grandes bocados a su tarta, Hans los miró y les dijo:

—¿No os habéis dado cuenta de una cosa?

—¿De qué, hijo? —preguntó Kurt.

—De que posiblemente esté celebrando mi último cumpleaños.

Y dicho esto, siguió dando grandes bocados a su tarta mientras sonreía.

Hans Petersen había cumplido ese día quince años de edad.

---

\* \* \*

---

En marzo de 1945, la situación de guerra para el Tercer Reich se convirtió en desesperada. En el frente oriental, se combatía en las cabezas de puente que los soviéticos habían construido sobre el Oder. Por aquellos días, el principal foco de combates estaba en Kustrin. Cada día, a cada hora, los tanques rusos se aproximaban más a Berlín. En los *Festungs* de Königsberg y Breslau la resistencia era épica, numantina. En febrero, los soviéticos habían tomado Budapest. El 30 de marzo se hacían con Danzig.

En el frente occidental, las cosas no pintaban mejor. En febrero, los aliados angloamericanos habían roto la línea *Sigfrido* y habían entrado en Alemania por Renania. Los aliados se enfrentaban al peligro de cruzar el siniestro y sombrío Reichswald, con el objetivo de llegar al Rin. Ese era el gran objetivo, pero también el gran problema. Los alemanes, siguiendo órdenes de Hitler, habían volado todos los puentes sobre el río. Pero, en un error sin precedentes, se habían olvidado de uno. El puente Ludendorff, en una pequeña población llamada Remagen. Los aliados consiguieron hacerse con él y establecer una cabeza de puente. Pronto, conseguirían cruzar el Rin por otros sitios. La noche del 22 de marzo, el general George Patton anunciaba en un escueto mensaje:

«A las 22:00 horas del jueves 22 de marzo, sin bombardeo aéreo previo, humo, preparación de artillería ni apoyo aereotransportado, el Tercer Ejército estadounidense ha cruzado el Rin».

En pocos días, se combatiría en las cercanías de Colonia.

Para Alemania, el Tercer Reich, Adolf Hitler y Hans Petersen había comenzado el principio del fin.

Para la historia, ese oscuro momento que se dio en llamar «El Hundimiento».

# TERCERA PARTE

## HUNDIMIENTO

*Siegfrid y Kriemhild, Brunhild y Hagen... estos son los antiguos héroes y heroínas con los que tantos alemanes modernos se identificaron. Con ellos, y con el mundo de los bárbaros y paganos nibelungos, un irracional, heroico, místico mundo, acosado por la traición, abrumado por la violencia, ahogado en sangre, que culmina en el Götterdämmerung, el crepúsculo de los dioses, como el Walhalla, al que Odín prende fuego después de todas sus actividades, flamea en una orgía de deseada aniquilación que siempre ha fascinado a la mente alemana y respondido a algún terrible afán del alma germana. Esos héroes, este primitivo mundo demoníaco, estuvieron siempre, con palabras de Mell, «en el alma del pueblo». En el alma alemana se podía sentir la lucha entre el espíritu de la civilización y el espíritu de los nibelungos, y en el período al que se refiere esta historia, este último parecía estar ganando. No es sorprendente que Hitler tratara de emular a Wotan cuando, en 1945, deseó la destrucción de Alemania de tal forma que pudiera arder en llamas junto a él.*

William L. Shirer

# X

## EN LAS VÍSPERAS DEL FIN DEL MUNDO

*Los nacionalsocialistas venceremos en Berlín o moriremos en Berlín.*

Josef Goebbels

*Podremos hundirnos, pero nos llevaremos todo un mundo con nosotros.*

Adolf Hitler

*Berlín, 1 de abril-24 de abril de 1945.*

El 1 de abril de 1945, Josef Stalin ordenó iniciar la operación *Berlín*. El objetivo de Stalin era muy ambicioso. Quería conquistar la capital del Tercer Reich antes del 1 de mayo, el día del trabajo, una de las grandes fechas en el calendario comunista. Pero para que eso sucediera, el ejército soviético debía superar uno de los últimos obstáculos que le quedaban en el camino. Las colinas y los bosques de Seelow. Era allí, donde el diezmado ejército alemán había acumulado una gran cantidad de efectivos, en un desesperado intento de detener al Ejército Rojo y evitar un asalto a la capital. Comenzaba así, una de las batallas más duras y épicas de la Segunda Guerra Mundial en suelo europeo.

Para mediados de marzo, Hans Petersen había dejado de participar como auxiliar artillero. Ahora eran chicos anteriormente no «militarizados» los que asumían esa responsabilidad. Las Juventudes Hitlerianas se habían puesto bajo las órdenes del teniente general Reymann y de su ayudante, el coronel Hans Refior, que desde un edificio de la Hohenzollerndamm, dirigían lo que se denominaba el «Área defensiva del gran Berlín». Desde allí, comenzaron a planificar junto a Goebbels, las SS, la Luftwaffe, las Juventudes Hitlerianas y la organización local del Partido Nazi, que controlaba al *Volkssturm*, la defensa final de la capital del Tercer Reich.

Hans, como miembro de las Juventudes Hitlerianas, tuvo que participar así, en los dos cometidos principales encargados a su organización: la preparación de la defensa de la ciudad y su propia formación para luchar en la batalla final.

---

\* \* \*

---

Todos los días, Hans y los demás muchachos de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem eran trasladados hasta las inmediaciones del Reichssportsfeld, donde se entrenaban en el uso y manejo de la que sería su arma durante la batalla de Berlín: el Panzerfaust.

El Panzerfaust. Era su espada *Balmung*, su arma para derrotar al dragón *Faffner*,

la bestia legendaria. Los tanques del ejército soviético. En las afueras del estadio, habían colocado réplicas en cartón piedra de los tanques rusos para que los chicos pudieran ensayar sus disparos. Así aprenderían a medir la distancia, la colocación necesaria, los puntos vulnerables del tanque, los diferentes tipos de explosivos, etc.

El Panzerfaust se solía otorgar según la altura y el tamaño de los chicos. Así, los chicos más altos y corpulentos solían usar el modelo 100, un auténtico bazooka de más de siete kilos de peso. Para chicos como Hans, se les entregaba el modelo 60, de aproximadamente cuatro kilos y medio.

La BDM estaba preparando allí a un grupo de auxiliares femeninas para el combate. Se les empezaba a conocer como *Blitzmädel*, muchachas relámpago, o *Kriegmädel*, chicas de la guerra. A ellas se les entregaba una versión mejorada del modelo 30, al que solían llamar *Gretchen* o «pequeña Greta». Hans las había visto prepararse junto a ellos. En particular, Hans estaba permanentemente pendiente de Silke, que era una de esas chicas. A diferencia de ella, muchas eran sólo niñas. Hans reconocía que muchas de esas chicas tenían agallas. Pero ¿cómo reaccionarían cuando llegara la hora de la verdad? ¿Estaban preparadas para combatir en la batalla que decidiría la Segunda Guerra Mundial?

—Carne de cañón, estas chicas van a ser carne de cañón —comentó Dietmar, como si le estuviera leyendo el pensamiento.

—¿Por qué dices eso, Dietmar? Yo creo que muchas de ellas son mejor que nosotros —le contestó Hans.

—¿Estás seguro? Mira, Hans, las mayores resistirán posiblemente la primera embestida. Se habrán meado a la segunda. Correrán como locas a la tercera. Las niñas, ni eso. Se cagarán en cuanto oigan el primer disparo de un tanque. Y correrán a que les cambie su madre el pañal. Sé realista, Hans. Esto tiene toda la pinta de terminar en un desastre.

—Creo que te equivocas, Dietmar —dijo Hans—. ¿Y nosotros? No hemos combatido nunca. El combate no es estar montando piezas de artillería como hemos hecho hasta ahora. ¿Quién te asegura que no seamos nosotros los que nos caguemos encima en cuanto veamos un tanque ruso de verdad, y no como esos de cartón piedra a los que disparamos? ¿Quién te asegura que no seamos nosotros los que tiremos el Panzerfaust y echemos a correr como posesos buscando a nuestra madre? Va a ser duro, Dietmar. Para ellas, para nosotros. Para todos.

—Para ti, no, Hans. Y para mí tampoco. Siempre hemos querido ser soldados, y este es nuestro momento. Yo estoy ansioso por entrar en acción. Y tú. Me imagino que no duermes esperando el momento, porque yo no duermo, Hans. Ni Peter. Ni Erich. ¿Pero estas chicas? Madre mía, Hans...

—No me gusta que hables así, Dietmar. Eso es derrotismo —dijo Hans—. Cuando empiece todo, sólo nos tendremos unos a otros. Nosotros a ellas. Y ellas a

nosotros. La clave de que hagamos las cosas bien, de que estemos a la altura, depende de que elevemos a la máxima nuestro nivel de camaradería. Esto no es una broma. Vamos a luchar por nuestro Führer y nuestra nación. Por el partido, por nuestros ideales. No podemos caer en absurdas y afeminadas guerras de sexo. Aquí no hay hombres ni mujeres. Aquí sólo hay combatientes del nacionalsocialismo. Los mejores. Los que fuimos preparados desde el principio. Somos soldados, todos. Obedeceremos órdenes y las cumpliremos, ya lo verás, Dietmar. Sé que en ti arde algo, lo mismo que en mí. Y en ellas. En todas ellas. Desde las mayores a las pequeñas. Nosotros somos las Juventudes Hitlerianas. Nosotros y ellas. Llevamos el nombre del Führer en nuestra divisa. Nosotros no le podemos fallar como ha hecho el ejército, porque detrás de nosotros ya no quedará nadie que recoja la bandera. Esto no va a salir mal, Dietmar. ¿Y sabes por qué?

Se hizo un tenso silencio. Estaban sentados sobre unas cajas, cerca de la zona donde ensayaban con sus Panzerfaust contra los tanques de cartón piedra. Nadie respondió a la pregunta de Hans. Todos lo miraban, ansiosos porque respondiera a su propia pregunta.

—¿Sabes por qué esto no va a salir mal, Dietmar? Yo te lo diré. Porque no puede salir mal.

—Tiene razón, Dietmar —dijo Erich.

—Yo también creo que tiene razón —sentenció Peter.

Se volvieron hacia ellas. Eran más de un centenar. Estaban en la puerta de entrada del estadio, aquella que un día, durante un solsticio de invierno, el mismo día que Harald llegó de Francia con una sorpresa llamada Katrin Wiltjers, Hans atravesó para formar dentro, delante del ministro Goebbels, una esvástica de fuego. Ahora, sobre la puerta del estadio, los chicos de las Juventudes habían colocado una pancarta blanca, sobre la cual, en letras góticas negras, se podía leer una frase de Josef Goebbels que decía: «Los nacionalsocialistas venceremos en Berlín o moriremos en Berlín».

Debajo de la pancarta estaban las chicas. Iban a realizar el juramento de fidelidad al Führer. Ese día había amanecido gris y lluvioso, y esa fría lluvia de abril otorgaba a la ceremonia un sentido más romántico y trágico. Hans las observó. Eran chicas de entre doce y dieciocho años. Las pobres iban todas impecables con su uniforme de gala, su blusa blanca, su falda azul, su capote del mismo color. Sus largas trenzas, rubias, morenas o pelirrojas, sobresalían debajo del casco de hierro o de la gorra, que les habían obligado a ponerse para su propia protección. Se habían acicalado como si fueran a un desfile del partido. Todas llevaban una «pequeña Greta» sobre el hombro. Las más pequeñas ni siquiera podían con ella. Las chicas gritaron su juramento:

*Prometo obedecer a Adolf Hitler, Führer y comandante en jefe de la Wehrmacht, y serle fiel...*

Hans no apartó la vista de ellas, mientras pensaba algo, algo que no podía



compartir con los chicos, que no debía compartir con ellos: «Madre mía, ¿pero a dónde vamos? Después de ver esto, sólo faltaría ya que movilizaran a mi padre».

Cuando Hans llegó a su casa ese mediodía, se enteró que su padre había sido movilizado.

---

\* \* \*

---

—Nos lo han comunicado hoy, Helga —decía Kurt. Todos los miembros del partido de más de cuarenta años debemos ingresar en el *Volkssturm*. Nos han dividido en dos secciones. Yo estoy en la sección *Volkssturm 1*. Somos los que iremos armados. Nos han dicho que nos darán fusiles de los que fueron incautados a los franceses en 1940. Ya sé incluso dónde nos destinarán. Protección de la zona Z. El distrito gubernamental.

Hans, que estaba sentado frente a su padre, lo empezaba a comprender. Estaban creando en Berlín tres anillos defensivos. Suponía, que en el primer anillo situarían a las fuerzas de élite, más los restos de todos los ejércitos que llegaran en retirada desde el Oder. En el segundo anillo, estarían ellos, las Juventudes Hitlerianas. En el tercer anillo, junto a otras fuerzas de élite, que protegerían los lugares estratégicos del distrito gubernamental, situarían al *Volkssturm*. Como diría Dietmar, carne de cañón. Si caía el primer anillo, sería el intento desesperado de salvar la capital del Reich con niños y ancianos. Pero daba igual. Él era un soldado. Le darían órdenes y las cumpliría. Y lo intentaría hacer lo mejor posible.

—Ya no hace falta que vuelvas a la oficina, Katrin, han disuelto el equipo de telefonistas, dicen...

—Da igual, Kurt —dijo Katrin—. No pensaba volver. Creo que puedo desempeñar una misión de más utilidad en otro sitio. Volveré a ser enfermera. Esta tarde visitaré los hospitales. Llevaré mi título de la escuela de enfermería de Lieja y mi hoja de servicio en Francia.

Esa misma tarde, Katrin se presentó en el primer hospital, el de la Charité. No le hizo falta presentar ningún documento. Esa noche volvió a casa con el uniforme del servicio de enfermeras del Reich.

---

\* \* \*

---

Durante los días transcurridos entre el 3 y el 10 de abril, Reyman y Refior continuaron con la fortificación de Berlín ante lo que parecía un inminente asalto. Los tres anillos defensivos en los que se había dividido la ciudad cubrían, sólo en su primer anillo, una extensión superior a los treinta kilómetros. Por supuesto, se fortificaron también los anillos segundo y tercero. Hans ocupaba su tiempo entre

prepararse en el manejo del Panzerfaust y colaborar en el blindaje de los anillos. Formaba equipo con Dietmar, Peter y Erich. Estaban bajo el mando de un veterano de las Juventudes, Dieter Baumann, al que las Juventudes habían puesto al frente del destacamento de Dahlem. Dieter y Hans se conocían desde el principio, porque Dieter había sido instructor de Hans cuando este entró en el *Jungvolk*.

Entre las tareas que realizaban, la más pesada era la construcción de barricadas. Las construían con todo tipo de utensilios que quedaban diseminados después de los bombardeos. Y con los vagones de los tranvías. En realidad, estas eran las mejores. Arrastraban vagones de tranvía y los volcaban. Entonces, los chicos de las Juventudes formaban una cadena y los llenaban de ladrillos. Era muy pesado, pero a Hans, como cualquier actividad relacionada con las Juventudes, no le molestaba hacerlo.

Estaban haciendo una de esas cadenas en una calle del distrito gubernamental, cuando Dietmar dijo:

—Lo odio, odio esto. No sé cuánto tiempo tardará en empezar, pero no soporto ya esta larga agonía.

—¿Agonía? Esto no es ninguna agonía, Dietmar, esta es la preparación para la gran batalla. ¿La estábamos esperando, no? Pues ya está aquí.

—¿Cuánto crees que tardará en empezar todo, Hans?

—No lo sé, pero pienso que poco.

Peter, que estaba escuchando la conversación, dijo:

—Mi hermano conoce a un chico de las SS que está prestando servicio en la Cancillería del Reich. Dice que el Führer piensa que el asalto final a Berlín comenzará sobre el quince o el dieciséis.

—Pues si lo dice el Führer, así será —dijo Hans—. Es un gran estratega, nunca se equivoca.

—¿Estás seguro de eso, Hans? —preguntó Dietmar.

—¿Lo dudas, Dietmar? —dijo Hans.

—Mira Hans, no te enfades, pero creo que si no hubiera sido por algunos errores estratégicos del Führer, no estaríamos hoy aquí relleno de ladrillos este vagón.

Hans paró la cadena. Se dirigió a Dietmar.

—Te equivocas, Dietmar. No ha sido el Führer, han sido los generales. No han entendido al Führer, no han entendido sus planes, ni sus estrategias. Los coleccionistas de condecoraciones. Gentuza, Dietmar. Como los llamó el Führer el día del atentado, cerdos de sangre azul. Nunca les ha importado Alemania, ni el partido, ni el *Volk*. Sólo sus jodidas mansiones, sus putas de lujo y toda esa mierda de sus medallas. Ellos nos han arrastrado a esta situación. Ellos y su cobardía. Todo comenzó con Paulus, aquel cagón de Stalingrado. Se rindió, aunque las órdenes del Führer eran otras, nosotros lo sabemos, hemos escuchado sus discursos. Allí empezó el desastre, Dietmar. El Führer nos condujo a la conquista de media Europa. Los

generales, los coleccionistas de medallas, nos han avocado a las barricadas. Y ahora, Dietmar, sigamos trabajando, hemos paralizado la cadena. Tú si quieres puedes pasarte al bando de los derrotistas o de los que ahora dudan del Führer. Pero no cuentas conmigo, Dietmar. Yo tengo un vagón que llenar, una ciudad que fortificar y una guerra que ganar. ¿Y tú, Dietmar?

—Yo también, Hans. Yo también —dijo el chico. Estaba apabullado.

Al final de la cadena, un niño del *Jungvolk* llamado Sven, de doce años, se giró hacia otro compañero y le dijo:

—¿Has visto eso, Adolf? Ese es el chico del que te hablé, Hans Petersen, de Dahlem. Ya verás como, durante la batalla, es uno de nuestros líderes.

---

\* \* \*

---

En aquellos días, Hans también cavó, cavó mucho. En el distrito gubernamental, pequeñas trincheras de posición donde sólo cabía una persona, cerca de las barricadas. Él mismo las utilizaría unas semanas más tarde. Y cavó en los parques. Porque durante las noches del día 10 y 12 de abril, Hans tuvo dos salidas nocturnas. Y una de ellas fue para cavar.

---

\* \* \*

---

La primera de esas salidas se produjo la noche del día 10. Dieter les había dicho que esa noche estuvieran preparados con sus uniformes más viejos y desgastados. Tenían que realizar una misión y por supuesto, era «máximo secreto». Para mantener el secreto, Dieter apeló a su juramento.

Las Juventudes Hitlerianas estaban llevando a cabo esas operaciones a lo largo y ancho de la ciudad, amparados en la oscuridad de la noche.

Esa madrugada los recogió un viejo y destartado camión militar, al que le habían puesto distintivos de las Juventudes Hitlerianas. Llevaba añadido un remolque, que iba cubierto con una lona verde del ejército. Dentro del camión, iban además de Dieter, Dietmar, Peter, Erich y otros chicos. El camión se puso en marcha. Dirección: el Tiergarten.

---

\* \* \*

---

A mitad del camino, Dieter les explicó la misión, aunque Hans ya lo había intuido. Esconder armamento. Cuando empezara la batalla, si el frente se rompía y comenzaba la desbandada general, era posible que se quedaran sin armamento y sin

munición. Lo esconderían en un lugar que sólo conocerían ellos. En el caso de Hans, sería en el Tiergarten. Dieter les recomendó, que hicieran con su puñal algún tipo de marca en la corteza de los árboles bajo los que enterraran el material, con el fin de que los recordasen cuando tuvieran que recogerlo.

Cuando llegaron, abrieron el remolque. Cada uno cogió una pala. El armamento consistía en numerosos Panzerfaust con sus correspondientes bolsas de recambio, granadas antitanque de mano y unas pequeñas latas con explosivo. Esto último les dijeron que sólo lo utilizaran en caso que tuvieran que realizar alguna misión de sabotaje.

Hans estuvo cavando toda la noche. Luego enterró el armamento y lo volvió a rellenar. Les costó mucho, porque tenían que disimular en lo posible que la tierra había sido removida. Después, dejó dos marcas en los dos árboles bajo los que había enterrado el material. En uno de ellos, grabó la letra A. En el otro, la letra H. Astrid y Heinz, también tendrían así, su pequeña contribución a la batalla.

---

\* \* \*

---

Dos días más tarde, la noche del 12 de abril, Hans tuvo que cumplir otra misión. Pero esta, consistió en algo muy diferente.

Esa tarde, mientras estaba en la sede de las Juventudes, Dieter se acercó a él y le dijo:

—Petersen, al cuarto del Servicio de Patrulla. ¡Ya!

Hans obedeció. Cuando entró en el cuarto, se llevó una sorpresa. Los chicos del Servicio de Patrulla no estaban. En su lugar, estaba sentada en una silla Silke Bauer, que lo miró con rostro asustado. La chica continuamente se mordía el labio, un gesto que Hans sabía que significaba que estaba nerviosa. Muy nerviosa. Hans se sentó al lado de Silke en torno a la mesa que servía de escritorio de Dieter. Permanecieron en total silencio, hasta que este entró como una exhalación dando un fuerte portazo. Cuando se colocó tras su escritorio, les dijo:

—Bien, vamos a ver. Petersen, Bauer, os quiero aquí esta noche a las diez. Traed vuestro mejor uniforme. Os quiero en perfecto estado de revista. Tenéis toda la tarde para preparaos, pero hacerlo, como si fuerais a la mismísima Cancillería del Reich a cenar con el mismísimo Führer. Os he elegido a vosotros, porque es lo único decente que tengo aquí, y me lo ha solicitado el *Reichsjugendführer* Artur Axman en persona. Os advierto algo, lo que vais a ver esta noche es alto secreto. De Estado. No tengo que decir nada sobre vuestro juramento. Una sola palabra, y Hans Petersen y Silke Bauer son historia. ¡Entendido!

—Sí. *Sieg Heil!* —gritaron los dos a la vez.

---

\* \* \*

---

Esa noche, tal como Dieter les había indicado, los dos estaban preparados en la puerta de la sede de las Juventudes de Dahlem. Esa noche, también vinieron a recogerlos. Pero no era una vieja y destartada furgoneta militar, sino unos enormes Mercedes negros, con distintivos y dos pequeñas banderitas del partido. Hans y Silke subieron en el tercero de estos coches, que abrió una de sus puertas como señal. En total, en aquellos coches, iban veinte miembros de las Juventudes Hitlerianas. Diez chicas y diez chicos. Los coches se pusieron en marcha. Dirección: desconocida.

---

\* \* \*

---

Recorrieron las tétricas y desoladas calles de Berlín. Nadie hablaba. Ni una sola palabra. Aquella noche, más que ningún otro día, Hans fue consciente del grado de destrucción en que se encontraba Berlín. Todo estaba en ruinas. Pero esa noche, por lo que fuera, la ciudad parecía más en ruinas que nunca. Todavía eran visibles los numerosos fuegos causados por los últimos bombardeos. «Ruinas, si la guerra llega hasta aquí, vamos a defender ruinas», pensó Hans. Era un pensamiento amargo, más propio de Dietmar que de él. El fuego provocaba extrañas sombras en los muros derruidos. «Aunque sean ruinas, estas ruinas son Berlín», pensó Hans. «Estas ruinas son Alemania, y tendremos que defenderlas como si fueran palacios». Hans se intentaba convencer de esta manera que la batalla que estaba por venir, merecía el sacrificio que iban a realizar. Un sacrificio supremo, el de entregar su propia vida. Intentar salvar, a costa de su propia vida, ese sueño de doce años llamado nacionalsocialismo.

Observó la cara de sus compañeros. En su coche, iban cinco. Hans sólo conocía a Silke. Pero daba igual, pensaba que esos rostros, rostros llenos de vida, de juventud, podían ser en pocas semanas, rostros muertos. Hans no era un derrotista. Hans sabía que el Führer iba a ganar esa guerra. Pero el precio de la victoria del Führer, sería su vida. La suya. La de todos ellos.

Llegaron a su destino: la Ópera del Estado, en la Unter den Linden. Se quedaron sin habla. Hans no había estado nunca en el interior de una Ópera. Sus padres sí. Hans recordó aquella noche, en Viena, en la que sus padres acudieron a la Ópera con su hermano Harald. Viena. En Viena había comenzado ya el asalto final de las tropas soviéticas. Los chicos de las Juventudes Hitlerianas luchaban y morían ya a esas horas en las calles de la orgullosa capital austriaca. Se hablaba de una masacre. Pero Hans sabía, que Viena era un pequeño aperitivo de lo que iba a ser la gran masacre. La batalla de Berlín.

En el interior, al pie de la gran escalinata que daba acceso al teatro, se habían

dispuesto veinte sillas tapizadas en terciopelo rojo. La mayoría de esos chicos nunca habían estado en el interior de un lugar así, y miraban todo, las grandes lámparas de araña, los bustos de célebres compositores, los tapices con escenas de óperas legendarias, con la boca semiabierta y rostros despistados. Al pie de la escalinata, les recibió un alto cargo del partido. Llevaba esa tradicional guerrera parda con botones dorados con la que solían aparecer el Führer y Goebbels. Se dirigió a ellos sin saludos:

—Bien, os preguntaréis qué hacéis aquí. Esta noche, la Orquesta Filarmónica de Berlín está ofreciendo su último concierto. Como bien sabéis, estamos en las vísperas. En las vísperas del fin del mundo. Allí dentro —el hombre señaló hacia arriba de la escalinata— se encuentran algunos de los jefes más importantes del partido y del Reich. Y hemos pensado en hacerles un regalo. Vosotros seréis los portadores de ese regalo. Durante el tiempo que ellos estén dentro, vais a permanecer sentados en esas sillas. No quiero escuchar una palabra. Vuestra única conversación será el silencio. Cuando el acto termine, a una orden mía, cogeréis esas bandejas.

El hombre señaló veinte bandejas que habían dispuesto encima de una mesa, cubiertas con un paño blanco.

—Os situaréis a lo largo de la escalinata, los diez chicos a la izquierda, las diez chicas a la derecha. Cuando los invitados desciendan por la escalinata, dejaréis que sean ellos quienes cojan lo que hay en el interior de las bandejas. No tenéis que ofrecer nada. Ni saludar. Veáis a quien veáis. Podrías tirar el contenido de las bandejas y eso traería consecuencias. Muy graves. Si os preguntan algo, podéis contestar, pero procurar no entablar conversación. ¿Entendido?

—Sí —contestaron los chicos.

---

\* \* \*

---

Permanecieron allí durante más de tres horas. Ni siquiera se levantaron para ir al baño. Esa noche, como les había informado el alto cargo del partido, la Orquesta Filarmónica de Berlín ofreció su último concierto. Interpretó, por este orden, el *Concierto para violín* de Beethoven, la *Sinfonía N.º2*, *La Romántica*, de Bruckner y el final de *El crepúsculo de los dioses* de Richard Wagner.

Cuando todavía sonaba en el interior del teatro la dramática música de Wagner, el hombre del partido indicó a cada uno que cogiera una bandeja. Los distribuyeron a ambos lados de la escalinata. Las bandejas eran de oro. Estaban cubiertas con un paño blanco con el águila del Reich bordada en hilo de oro.

Una vez colocados, el hombre retiró uno a uno los paños y dejó al descubierto el contenido de las bandejas. En el fondo de las mismas había grabada una gran esvástica negra. Sobre ella, unas cápsulas doradas. Hans sabía lo que había en el

interior de esas cápsulas. Cianuro. Pequeñas ampollas de cianuro.

Hans estaba situado enfrente de Silke. Observó que las manos de la chica empezaban a temblar. Y con ellas, la bandeja. Y las cápsulas. Silke Bauer había cambiado mucho en estos años. Siempre había sido una chica muy alta, más alta que Hans, que Heinz y que Rudi. Pero ahora, Silke rondaría la altura de los chicos de dieciocho años. Eso, unido a su largo cabello negro y sus grandes ojos verdes, le confería un aspecto imponente. Y eso a Hans le preocupaba, porque era la que más llamaba la atención del grupo de jóvenes de las Juventudes allí formados. Hans empezaba a ponerse nervioso. En un momento en que sus miradas se cruzaron, y aun a costa de jugársela, mandó un mensaje a la chica, a la que las manos no le dejaban de temblar. Le habló, sólo con el gesto de sus labios, sin que ningún sonido saliera de su boca. Sólo marcando las palabras:

—Tranquila. Lo haces muy bien. Estás muy guapa.

Silke Bauer le sonrió. Sus manos dejaron de temblar. Hans sabía que a Silke le gustaba que le dijeran esas cosas, que le recordaran constantemente que estaba muy guapa. Hans lo hacía cada vez que la veía triste en la sede de las Juventudes.

Las puertas del teatro se abrieron. Los invitados comenzaron a salir. Parecían contentos, la mayoría de ellos reían. Todos iban acompañados de guapas y elegantes mujeres, algunas de ellas sus esposas, otras, sus amantes. El primero al que Hans vio, fue al ministro de armamento, Albert Speer, que había ejercido de anfitrión de la velada. Tras él, descendía el gran almirante Dönitz y junto a este, uno de los más estrechos colaboradores de Hitler, el coronel Von Below. Cuando llegaron a la altura de Hans, este pudo escuchar como Von Below se giraba hacia un alto cargo del partido y le decía:

—Como no podamos contener a los rusos en el Oder, nuestro culo va a estar en manos de estos chicos.

Detrás de ellos, descendían por la escalinata miembros del OKW, *Gauleiters*, *Reichsleiters*, altos cargos del partido y de la nación y otros *Prominenten*.

Muchos de ellos cogieron las cápsulas que los chicos de las Juventudes portaban en sus bandejas. Uno de ellos, un alto cargo de edad madura y rostro colorado, acompañado de su mujer, se acercó a Hans y le preguntó:

—¿Cómo te llamas, chico?

—Hans, señor. Hans Petersen, señor.

—¿De dónde eres?

—De Dahlem, señor.

—Ah, Dahlem. Bonito barrio —el hombre cogió varias cápsulas y las introdujo en su bolsillo.

El hombre acercó su boca al oído de Hans, como si le fuera a hacer una importante confidencia y le dijo:

—Sabes una cosa, Hans Petersen de Dahlem, yo en tu lugar, durante algún descuido, cogería varias de estas. Te van a hacer falta. —El hombre y su mujer siguieron descendiendo por la escalinata, entre grandes risotadas, mientras miraban divertidos a Hans.

Hans le hizo caso. Cuando estuvo seguro que nadie lo miraba, deslizó su mano sobre la bandeja, cogió dos cápsulas y las introdujo en el bolsillo de su guerrera. Silke le lanzó una mirada y le hizo una señal con los ojos. Ella también había cogido una.

Desde el primer momento, Hans tuvo muy claro para quién serían esas cápsulas.

---

\* \* \*

---

Las vísperas del fin del mundo. No podía existir una frase que definiera mejor la situación que vivía el Tercer Reich en aquellos días. En el frente oriental se seguía combatiendo en las cabezas de puente a través del río Oder. Tras una épica batalla, caía por fin el *Festung* de Königsberg. Y Viena. El día que Hans retiró la chincheta de la capital austriaca, fue uno de los más tristes de su vida. No sólo por lo que significaba, sino porque allí, decenas, cientos de jóvenes de las Juventudes Hitlerianas, chicos que vestían su mismo uniforme, habían muerto para nada, para acabar entregando la ciudad a los invasores soviéticos. La mera idea de que eso mismo pudiera suceder en Berlín, le horrorizaba.

En el frente occidental, los aliados angloamericanos avanzaban en todas las direcciones. En el sur, atravesaban la Selva Negra y se hacían con Stuttgart y Karlsruhe. Patton había decidido dirigir sus tropas hacia Baviera y Salzburgo. Allí se encontraban las ciudades sagradas del nacionalsocialismo, Munich y Núremberg. Patton además creía, que sería él quien dirigiría la batalla final de la guerra, el asalto al *Alpenfestung*, la fortaleza alpina de Adolf Hitler en las montañas del Obersalzberg. Patton tenía la fuerte convicción, que ante el imparable avance soviético sobre Berlín, Adolf Hitler acabaría abandonando la capital para terminar combatiendo en sus amadas montañas bávaras. Estaba convencido de que el asalto a la fortaleza alpina sería uno de los episodios más sangrientos de la Segunda Guerra Mundial. Pensaba que los nazis utilizarían en la defensa de las cumbres del Obersalzberg las divisiones del mariscal Shörner, que se retirarían, para concentrarse allí, desde Bohemia-Moravia. Pero Patton desconocía que la fortaleza alpina era sólo una quimera. Por esa obstinación de Patton, pagarían los aliados occidentales un alto precio. Perder la posibilidad de llegar antes que los soviéticos a Berlín.

Por el centro, el avance aliado era imparable. Ciudades como Hannover, Mannheim, Osnabruck o Kassel habían caído ya en sus manos. Por aquellos días, las tropas aliadas habían entrado en el macizo del Harz, en el que Hans celebró un solsticio de verano, durante una acampada. Los aliados habían cercado ya Leipzig y



Magdeburgo.

Esa era la situación el 15 de abril. En pocas horas, el ejército soviético lanzaría la operación final que lo llevaría hasta el mismísimo corazón del imperio nazi, Berlín. En las vísperas del fin del mundo.

---

\* \* \*

---

Primero, los reflectores iluminaron los bosques y las colinas. Después, fueron las bengalas de colores las que iluminaron el cielo. Y tras ellas, los potentes carros de combate soviéticos abrieron fuego. Había comenzado. La orden dada por Josef Stalin el día 1 de abril se había cumplido. Quedaba un último obstáculo: las colinas y los bosques de Seelow. El objetivo, destruir al grupo de Ejércitos Vístula y avanzar sobre Berlín. Los soviéticos sabían que la batalla no sería fácil, que los restos del ejército alemán opondrían una resistencia feroz. Más feroz que nunca. Sabían que las bajas serían numerosas, más que en cualquier otra batalla. Pero sabían también, que tras esas colinas y esos bosques se encontraba la Reichstrasse 1. Y al final de la misma, Berlín. La capital del Tercer Reich. Como ellos la llamaban, la guarida de los fascistas.

---

\* \* \*

---

Helga Petersen se despertó sobresaltada. Eran las siete de la mañana del día 16 de abril, en las vísperas del fin del mundo. Hans dormía en su cama. Kurt y Katrin hacía rato que habían salido. Se levantó. Intentó dar la luz, pero no había. Hacía semanas que los cortes de luz y de agua eran constantes.

Entró en el salón, abrió la ventana y se asomó a ella. Lo que vio le dejó sin habla. La paz. La calma. Berlín estaba sumido en un silencio absoluto. Estaban en primavera y sólo el canto de los pájaros resonaba sobre los tejados de la ciudad. Era como vivir un sueño, como despertar de una horrible pesadilla. Una pesadilla donde había bombardeos, cartillas de racionamiento, nazis y un hombre llamado Adolf Hitler. El día era plomizo, gris, grandes nubes negras cubrían el cielo. Pero la serenidad de esa mañana era tan grande, que nadie diría que esa ciudad estaba a punto de convertirse en el epicentro de una guerra. Era el momento ideal para soñar despierto. En ese sueño, Hans ahora se levantaría, se arreglaría y, como cualquier niño de quince años de cualquier lugar del mundo, se marcharía a la escuela. Kurt estaría trabajando en las oficinas de una gran empresa, o incluso de un banco. Harald y Katrin estarían en su casa, rodeados de niños que corretearían por todos los lados. Harald seguramente sería militar, ese había sido el sueño de su vida, pero militar de un ejército que no estaría en guerra.

Pero Helga Petersen era la mujer de los pensamientos sombríos. Y ahora, uno de esos sombríos pensamientos cruzó por su cabeza. La calma. La calma que precede a la tempestad. Era como si la guerra le hubiera dado esa mañana a Berlín un último momento de calma. El último. El último antes de desencadenar la tempestad definitiva. La que lo arrasaría todo.

Helga decidió guardar para sí en su memoria esa última mañana de calma. En caso de que sucediese lo peor, quería llevarse con ella esa imagen de su ciudad.

Decidió salir a pasear. A recorrer las calles por última vez. Pasearía por el Grunewald.

---

\* \* \*

---

Salió a la calle. Recorrió el trayecto que separaba su casa del famoso parque berlinés. A Helga le gustaba Berlín. Había recorrido casi toda Alemania y gran parte de Europa, pero ningún lugar le había gustado tanto como Berlín. Era una ciudad vibrante, una extraña mezcla. Era una ciudad culta y decadente, en ella se combinaba la elegancia, el romanticismo y la sordidez. Un mundo, dentro de muchos mundos. Así la definía siempre su padre.

Estaba llegando a la entrada del parque, cuando sucedió. Fue, primero, un pequeño temblor. Un temblor que creció en intensidad. Ella nunca había experimentado un movimiento sísmico, pero dedujo que debía de ser algo parecido. Eran pequeños temblores de tierra, a un intervalo casi constante. Luego, se escuchó una especie de trueno. Uno de esos truenos que se escuchan en la lejanía cuando está a punto de estallar una gran tormenta. Luego otro. Y otro. Y otro más. Helga se giró hacia la calle que había enfrente de la entrada del parque, con un rictus de aprensión y de pánico en su rostro. No sólo ella, todas las personas que caminaban por la calle se habían detenido. Todas estaban escuchando lo mismo. Todas tenían ese mismo rictus de aprensión y de pánico en su rostro.

—¿Eso es fuego artillero? —preguntó un hombre de mediana edad.

Una anciana, que avanzaba muy lentamente con un carrito de compra medio vacío, miró en dirección a Helga y dijo:

—Dios mío, no puede ser. Ya están aquí.

Ya están aquí. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Helga. Helga Petersen cruzó la calle, dejando atrás el parque. Primero andando y luego corriendo, se dirigió a su casa.

---

\* \* \*

---

En el hospital de la Charité, Katrin también lo notó. No daban a vasto. Cientos y

cientos de heridos ingresaban continuamente en el centro. Procedían del frente del Oder y de los bosques y las colinas de Seelow. Katrin estaba vendando la cabeza de un chico de poco más de veinte años que había perdido los ojos en la batalla. Sobre la mesita, a un lado de la cama, había dejado un vaso de agua. Comenzó a temblar. Primero el vaso. Luego la bandeja con su instrumental médico. Y luego la cama. Katrin se acercó a la ventana. La abrió y escuchó el lejano trueno.

Los ojos de Katrin Petersen, de soltera Katrin Wiltjers, se cubrieron de lágrimas.

---

\* \* \*

---

Kurt también lo sintió. Estaba en la oficina de la DAF. Estaban destruyendo documentos. Los no imprescindibles. Fichas de filiación y cosas por el estilo. Comenzó como un temblor. Y un trueno de fondo. La oficina estaba en muy mal estado a causa de los bombardeos, y trozos de escayola del techo cayeron sobre su escritorio. En la mesa de al lado, un compañero suyo, Hermann Müller, lo miró con rostro aterrorizado.

—¿Son los rusos, Kurt? ¿Tan cerca están?

---

\* \* \*

---

Hans se había levantado en cuanto escuchó el temblor. Corrió hacia el salón y se asomó a la ventana. El cristal vibraba. Observó el cielo gris, plomizo, cubierto de nubes negras. Los pájaros a los que Helga escuchó cantar, ahora volaban y se alejaban de Berlín en grandes bandadas. Hacia el Este, sobre el cielo de la parte oriental de la ciudad, entre las nubes negras, Hans vio un destello naranja. Por ese lugar, se había abierto una casi insignificante brecha en el cielo. Y se había cubierto de color rojo. Rojo como el fuego, rojo como la sangre. Hans visualizó algo en su mente. Lluvia, un lobo sobre un risco, bajo un cielo rojo, rojo como una gran bola de fuego. Brazos alzándose portando espadas. Un recuerdo de sus sueños infantiles.

¿Con que era eso, verdad? Eso significaba el cielo rojo, el cielo sobre el lobo. El cielo de la guerra, el cielo de Tyr. Ya estaban allí. Ya había llegado el momento. Su momento.

Había llegado el momento de combatir.

Bajo el cielo del lobo.

---

\* \* \*

---

Helga regresó a su casa. Abrió la puerta, entró y echó los cerrojos. Seguían sin luz.

Cuando se dio la vuelta, tuvo un gran sobresalto. Hans estaba allí, sentado en la silla que perteneció a la casa de su padre, en mitad del pasillo, en la oscuridad. Estaba impecablemente vestido y peinado, con su uniforme de las Juventudes Hitlerianas. Los ojos le ardían. Estaban inyectados en fuego.

—Ya ha comenzado, mamá. Ya están aquí.

Helga avanzó hacia Hans.

—¿Qué nos va a pasar, Hans? ¿Qué va a ser de nosotros?

—Nada. Papá y yo combatiremos. Katrin trabajará veinticuatro horas sobre veinticuatro horas. Y tú, nos esperarás aquí. Quizás nosotros moriremos. Pero ganaremos esta guerra.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de todo, Hans? Sólo tienes quince años. ¿Cómo puedes hablar así?

—Porque tengo fe, mamá. Tú has estado acudiendo durante años a una iglesia cristiana, y no la tienes. Esa religión no da la fe. Mis ideales sí. Y eso me hace estar así de tranquilo. Sabes, mamá, he pasado toda mi vida esperando ser soldado. Combatir en un frente. Luchar. Ahora, ese sueño está a punto de hacerse realidad. No hubiera querido que fuese de esta manera, aquí en Berlín, defendiéndonos, en una batalla que puede ser la última. Una batalla que puede decidir esta guerra. Pero esta mañana he visto una señal en el cielo, algo relacionado con mis sueños infantiles. Desde hace años, quizás desde que nací, estaba destinado a luchar en esta batalla. El cielo así lo dice. Esta es la situación y yo la acepto.

Hans se levantó, caminó hacia su madre y permaneció frente a ella, mirándola. Con esos ojos centelleantes, esos ojos de fuego.

—No tengas miedo, mamá. No os va a pasar nada, sois civiles, es posible que hasta os traten bien si las cosas se complicaran. Si como ha pasado en Viena, no pudiéramos ganar. Cuando los rusos lleguen a Berlín, quiero que retires el cuadro del Führer de mi habitación. El de la valquiria no hace falta, si vinieran, no sabrían ni lo que significa. El día que me vaya, guarda en un lugar seguro los uniformes que no me lleve, y haz lo mismo con los de Harald y Astrid. Y con los de papá. Retira todas las fotografías en las que aparezcamos de uniforme. Y mis carpetas y dibujos. Si ellos vinieran, no encontrarían nada que os relacionase con el nacionalsocialismo ni con el ejército. Os dejarían en paz.

El chico se acercó y le dio un beso.

—Me voy, mamá, al Reichssportsfeld. Tengo que seguir preparándome con mi Panzerfaust.

Una lágrima rodó por la mejilla de Helga.

—Ten cuidado, hijo.

—No llores, mamá, no vamos a perder esta guerra. Berlín será su tumba. Quédate tranquila, no consentiremos que os hagan daño. Aunque tengamos que morir a miles.

Tú no nos conoces, mamá. Somos muchos y estamos dispuestos a matar y a morir a una orden del Führer. Somos las Juventudes Hitlerianas, mamá. Llevamos su nombre. Y este es nuestro momento. No eres tú la que tiene que estar triste y preocupada. Son ellos, mamá, los rusos. Aún no han visto nada. ¿Están ellos preparados para lo que les espera? ¿Son conscientes los rusos del avispero en el que se están metiendo?

---

\* \* \*

---

Desde el 16 de abril hasta el 19, la batalla continuó en las colinas y los bosques de Seelow. La artillería que se escuchaba en Berlín estaba a unos ochenta kilómetros del centro de la ciudad. La batalla de Seelow fue una carnicería. Los muertos se contaban por miles, en ambos bandos. Los soviéticos fueron rechazados una vez tras otra, en su intento por romper las defensas alemanas. Para ellos fue un gran fracaso, retrasó mucho sus planes de asaltar Berlín. Pero durante los días 19 y 20, consiguieron romper finalmente las líneas alemanas.

Entonces, comenzó la retirada en desbandada de las tropas alemanas hacia Berlín, a través de la Reichstrasse 1. Unidades de la Wehrmacht, las SS, las Juventudes Hitlerianas y el *Volkssturm* se mezclaron en su desesperada huida hacia la capital del Reich. Ahora, el avance soviético parecía definitivo. Hacia el día 20 se libraban intensos combates en Bernau, a treinta kilómetros del primer anillo defensivo de Berlín.

En el resto de los frentes las cosas no pintaban mejor. Los soviéticos avanzaban a través de Austria. Los americanos cruzaban Checoslovaquia intentando penetrar en la fortificada Baviera, cuna espiritual del nacionalsocialismo. Los ingleses avanzaban por las landas de Lunenburg, intentando alcanzar Hamburgo. Esa era la situación de la batalla, el día del cumpleaños del Führer.

---

\* \* \*

---

El día 20 de abril, cumpleaños de Adolf Hitler, Hans se encontraba subido a una escalera, intentando colgar una enorme pancarta en la puerta principal de la sede de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem, cuando escuchó los aviones. Eran las once de la mañana. En la pancarta se podía leer «La ciudad fortaleza de Berlín saluda a su Führer». Hans y Peter, que eran los encargados de colocarla, bajaron corriendo, recogieron las escaleras y entraron en la sede.

Los aviones angloamericanos no se habían olvidado de la efemérides y quisieron felicitar a Hitler con un bombardeo matutino especialmente intenso. El bombardeo tuvo también un sabor a despedida. Al día siguiente, la aviación aliada lanzaría su último ataque sobre la capital del Reich. Con los soviéticos bombardeando la ciudad

con ataques artilleros (estos comenzarían el día 21), la misión de la aviación aliada había concluido.

Cuarenta chicos de las Juventudes, entre ellos Hans, quedaron atrapados dentro de la sede durante ese bombardeo. Aunque de manera entrecortada, todavía pudieron escuchar el discurso que el ministro de Propaganda Goebbels dirigió aquella mañana a la nación alemana a través de la Radio del Reich, con motivo de la onomástica del Führer. En ese momento, con las tropas soviéticas a las puertas de Berlín, Goebbels no ofreció el tradicional discurso de todos los años, plagado de loas al gran líder. Al contrario, Goebbels pronunció un lúgubre discurso, unas palabras que contenían un mensaje dramático, casi «wagneriano»:

*«Jamás nos habíamos hallado en el filo de la navaja como hoy en día. Sólo puedo decir que en estos tiempos, con toda su sombría y dolorosa majestad, han hallado a su único representante digno en el Führer. A él, sólo a él, debemos agradecer el que Alemania siga existiendo, y que Occidente, con su cultura y civilización, no haya sido engullido por el tenebroso abismo que se abre ante nosotros...».*

El silencio en la sede era sobrecogedor. A ese silencio se unía una luz casi crepuscular que alumbraba la estancia. No había luz, y los chicos habían traído velas del santuario, porque fuera, el día era gris, lluvioso, con una luz muy baja. La banda sonora de fondo era el rabioso bombardeo aliado que en ese momento asolaba Berlín. Los chicos se habían sentado en el suelo alrededor de la radio, como si estuvieran en una acampada. Hans pensó, en un momento dado, en los viejos tiempos. En los tiempos gloriosos cuando se sentaban entorno a las hogueras, entonando sus canciones de desafío, cuando el mundo parecía pertenecerles. Ahora todo era muy distinto. Sólo había que ver los rostros de los chicos. Aquella, pensó Hans, era una reunión fúnebre, mientras la voz del ministro Goebbels seguía bramando a través de las ondas:

*«Dondequiera que aparecen nuestros enemigos, no hacen sino llevar pobreza y dolor, caos y devastación, desempleo y hambre. Nosotros, por el contrario, tenemos un riguroso programa de restauración que ha demostrado su eficacia en nuestro país y en los demás países europeos donde se ha aplicado. Europa tuvo la oportunidad de elegir entre estos dos bandos. Eligió el bando de la anarquía y hoy tienen que pagar por ello...».*

En ese momento, Dieter Baumann se asomó a la puerta del cuarto del Servicio de Patrulla y gritó:

—¡Petersen, al cuerpo de guardia!

Hans obedeció. Dieter hizo salir a los chicos del Servicio de Patrulla. Hans entró en el cuarto.

—Siéntate, Petersen.

Hans se sentó en una silla junto al escritorio de Dieter, frente a él.

—Petersen, quiero contarte algo. Pero quiero que sepas que me estoy saltando las

normas. Lo que vas a escuchar no lo sabe nadie, ni siquiera los chicos del Servicio de Patrulla. ¿Entiendes, verdad?

—Sí, entiendo. Esto es algo entre tú y yo. ¿Qué pasa, Dieter?

—Mira esto —Dieter le entregó un escudo de tela. Era romboidal. En torno al símbolo de las Juventudes Hitlerianas, había escritas dos palabras. Destacamento *Feldherrnhalle*.

—¿Qué es esto, Dieter?

—Nos lo han traído esta mañana desde el Reichssportsfeld. Lo acompañaba una carta. La firma era del mismísimo *Reichsjugendführer* Artur Axman. Sois vosotros, Petersen. Este es vuestro destino en esta guerra.

—¿A dónde nos mandan, Dieter? —A Hans le había dado un vuelco el corazón al escuchar esas palabras.

—Todavía no lo sé. Segundo anillo defensivo, eso es seguro. Misión: camuflaje y ataque. Os daré las instrucciones en cuanto me sea posible. Pero será pronto. En el momento en que los rusos lleguen al primer anillo.

—¿Tan cerca están?

—Sí, demasiado cerca, Petersen.

—¿Cuántos vamos?

—Noventa. De Dahlem setenta, veinte de Friedenau. Cincuenta del *Kern*. Tú, Erich, Dietmar, Peter... Todos. Diez de los de Friedenau son del Servicio de Patrulla. Veteranos.

—¿Y el resto?

Dieter Baumann suspiró. Se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

—Quince del *Jungvolk*, todos de aquí. Veinticinco *Blitzmädel*, quince de aquí, diez de Friedenau.

«Madre mía», pensó Hans.

—¿Quién estará al frente de...?

—Por eso he querido hablar contigo. Rudi Reisinger, al que llaman Junker, estará al frente de los de Friedenau. Lo conozco hace muchos años. Está loco, Petersen, es un jodido...

—Yo también lo conozco. Fue instructor mío en el *Jungvolk*, a mi tampoco me...

—Quiero que seas tú el que esté al frente de los nuestros. Así se lo haré saber a todos. Confío en ti. Sé que contigo estarán bien. Quiero que cuides de ellos. Sobre todo de los *Jungvolk* y de las *Blitzmädel*. Los demás no me preocupan, se sabrán cuidar. Pero esos niños y esas chicas...

—Bueno, supongo que eso es lo que hay. Haremos lo que podamos, Dieter, sobre todo con los *Jungvolk* y las *Blitzmädel*. ¿Qué harás tú?

—Me quedaré aquí, en la sede. Yo y todo el Servicio de Patrulla. La defenderemos a muerte, Petersen. No la entregaremos, antes, nos quitaremos la vida.

Pero con regalito de despedida. Vamos a colocar explosivos en la sede. Si las cosas se ponen feas, haremos entrar a los rusos. Montaremos la defensa en el santuario. Cuando los rusos estén dentro, derramaremos gasolina. Todo arderá y entonces, activaremos los explosivos. Morirán como cerdos. Y nosotros también, lo hemos hablado y estamos decididos. Pero esos hijos de puta bolcheviques nunca se harán con nuestra sede. Nunca.

—Es una buena idea, Dieter. Si te puedo hacer una pregunta... ¿por qué yo? ¿Por qué me has elegido a mí y no a Dietmar o a...?

—¿Alguna vez te han dicho algo sobre tus ojos, Petersen?

—Sí. Toda mi vida, Dieter.

—Me gustan. Me gustan esos ojos. Ojalá todos los chicos de las Juventudes Hitlerianas los tuvieran. Son de determinación, fieros. Ojos fanáticos. Eso es lo que necesitamos en estos momentos.

Hans le devolvió a Dieter el escudo de tela, pero este hizo un gesto de negativa con sus manos.

—No. Cóselo en tu guerrera. Quiero que seas el primero que lo lleve. Intentar hacerlo bien, Petersen. Va a ser muy duro. Tendréis que trabajar mucho, sobre todo en las horas previas al ataque. Trabajar con ellos. Tenéis que intentar que no se desmoronen y pongan en riesgo a todo el grupo. Más de uno se va a cagar encima, Petersen, eso es inevitable. Pero tenéis que hacer lo imposible para que no opten por acciones anárquicas que pongan en peligro a los demás. Quizás no podáis detener a los rusos, pero con disciplina y un buen entendimiento les podéis hacer mucho daño.

—Haremos todo lo que podamos, Dieter. Los rusos no saben donde se van a meter. No tienen ni idea.

—Ves, esa es la actitud que me gusta.

Hans observó fijamente el escudo de tela que tenía en sus manos. Destacamento *Feldherrnhalle*. Ese nombre le hubiera gustado mucho a...

—Dieter, ¿vais a colocar explosivos en el santuario?

—Sí, si las cosas no salen bien, será allí donde nos inmolaremos.

—Vale, me quedo más tranquilo. No quiero que los vean. Ni que los miren. Ni mucho menos que los toquen. No quiero que esos hijos de puta sepan ni que existieron. Son nuestros, Dieter. No permitas ni que se acerquen a ese sitio.

---

\* \* \*

---

La mañana del 21 de abril, la aviación aliada lanzó el último bombardeo sobre Berlín. Nada más acabar, Katrin salió de su casa de Dahlem para dirigirse al hospital de la Charité. Antes, decidió pasar por las galerías de almacenes Karstadt, para comprar medias. Las destrozaba. Cada día rompía varios pares, y tenía que cambiarse al



menos tres veces de uniforme. Los heridos llegaban al hospital a cientos. La mayoría procedía de los duros frentes de batalla que se habían establecido en la periferia de Berlín. Muchos de ellos morían sin ni siquiera poder ser atendidos.

Al igual que Katrin, muchas de las enfermeras, por no decir casi todas, no eran alemanas. Había holandesas, flamencas, danesas, noruegas, etc. En ocasiones, hasta entenderse resultaba difícil.

Katrin llegó a la Hermannplatz y divisó las dos grandes torres de las galerías Karstadt. En los días siguientes, desde esas torres, los soldados de las SS cometerían una auténtica carnicería contra las tropas de asalto soviéticas, cuando el frente de combate llegara a las calles de Berlín. Pero ese día, lo que había frente a las puertas de las galerías era un gran cola, una cola exclusivamente de mujeres, esperando que los conocidos almacenes abrieran sus puertas. «Encima, hay cola», pensó Katrin. «Ahora llegaré tarde al hospital». Katrin se dispuso a cruzar la calle para ocupar su puesto en la cola.

Entonces comenzó. Fueron como cientos de explosiones a la vez. No sólo allí, sino en toda la ciudad. ¡Por primera vez, Berlín estaba siendo atacada con fuego artillero!

Una gran bola de fuego inundó la plaza. Katrin salió despedida y chocó contra lo que parecía una pared. La bola de fuego se convirtió en una espesa cortina de humo. Katrin no escuchaba nada, no podía hablar, intentaba gritar pero ningún sonido salía de su garganta. No podía abrir los ojos, el humo se lo impedía. Y no podía respirar. No podía, no podía...

No había impactado sobre una pared, sino contra el bordillo de una acera, golpeándose en la zona lumbar. Era el dolor el que le cortaba la respiración. Cuando consiguió equilibrar su respiración, intentó incorporarse.

Como si saliesen del centro de la tierra, otras grandes explosiones surgieron de pronto, en dirección contraria a la que procedía el ataque. Ese era «fuego alemán».

Katrin se incorporó. Tosió. Una mucosidad viscosa salió de su boca y su nariz. El humo no desaparecía. Tampoco los gritos, ni los alaridos. Habían comenzado poco después de que la gran bola de fuego arrasara la plaza. Katrin notó que un líquido caliente descendía por sus piernas, empapando sus medias. Pequeños hilillos de líquido, que terminaron por convertirse en una catarata. Primero temió que fuera sangre, pero pronto se dio cuenta de que sólo era orina. Eso la tranquilizó.

A su lado, entre el humo, se dibujaban siluetas. Eran personas. Personas enloquecidas que corrían en todas las direcciones, ensangrentadas, intentando encontrar un lugar donde guarecerse, entre gritos y alaridos histéricos. Las explosiones seguían sacudiendo la ciudad.

A través del humo, Katrin pudo observar que uno de los proyectiles había impactado contra la fachada de las galerías Karstadt. La cola había desaparecido.

Katrin comenzó a girar sobre sí misma, ni siquiera distinguía si era de día o de noche, el cielo había desaparecido entre la cortina de humo. Puede parecer sorprendente, pero en ese momento, lo único en lo que pensaba Katrin era en que se había orinado encima y había ensuciado su uniforme y sus medias. Y sus zapatos. Miró hacia el suelo.

Era sorprendente. Si sólo se había orinado, ¿por qué sus zapatos y sus medias estaban cubiertos de sangre?

Entonces lo comprendió.

La cola. La cola estaba bajo sus pies.

Katrin estaba sobre un montón de cadáveres desmembrados. Brazos, piernas, torsos, cabezas. Ahora se veía mejor. Cerca de la puerta principal de las galerías, la mayoría de los cuerpos estaban calcinados. De entre el amasijo de cuerpos desmembrados que había a sus pies, Katrin escuchó gritos, alaridos y quejidos.

Había gente viva allí debajo. Y ella era enfermera. Tenía que encontrarlos.

Katrin comenzó a apartar con sus manos los cadáveres que había a sus pies.

Cadáveres que se deshacían con sólo tocarlos.

---

\* \* \*

---

En la casa de Dahlem, Helga y Hans estaban ocupados en sus cosas cuando se desencadenó el ataque. Hans se estaba cosiendo en la manga de su guerrera el escudo de tela que le diera Dieter, el escudo donde se podía leer «Hitlerjugend. Destacamento Feldherrnhalle», su destino en esa guerra, como le había dicho Dieter Baumann. Hans no quería bajo ningún concepto, que ni su madre, ni Katrin le cosieran el escudo y él tuviera que dar explicaciones sobre su significado. Así, que había cogido a hurtadillas el costurero de su madre, y había decidido coserlo él mismo. Hans había planificado ya su marcha de la casa. Una marcha con explicaciones, pero sin despedidas.

Afortunadamente para él, Helga, que estaba en el salón, no entró corriendo en su cuarto cuando comenzaron las explosiones. Al revés, le llamó a gritos para que acudiera al salón.

Hans guardó el costurero y la guerrera debajo de la cama y corrió hacia el salón.

Helga estaba asomada a la ventana, con un gesto de sobresalto en su rostro.

—Hans, Dios mío, ¿qué es eso?

Hans se acercó a la ventana. Escuchó las explosiones.

—Fuego de artillería, mamá. Son los rusos.

—Pero... ¿tan cerca están?

—Sí, mamá. Es artillería de larga distancia, deben estar en las cercanías del primer anillo defensivo.

—¿Ya? Pero...

Una nueva andanada de explosiones interrumpió a Helga. Pero estas parecían salir del interior de la ciudad.

—¿Y eso, Hans?

—Respondemos, mamá. Ese fuego sale de nuestras torres Flack. Tenemos tres, la del Zoo en el Tiergarten, la de Humboldthain y la de Friedrichshain.

—¿Vamos al refugio, Hans?

—No, no hace falta, mamá. Los rusos están bombardeando el centro de la ciudad.

«El centro de la ciudad», repitió Helga en su mente. «Dios mío. ¿Y Kurt? ¿Y Katrin?».

---

\* \* \*

---

Unas horas después del ataque, alguien tocó tres veces a la puerta. Esa mañana tampoco tenían luz. Helga se dispuso a abrir.

Katrin estaba parada en la puerta. Completamente cubierta de sangre. El pelo, la cara, el uniforme. Miraba a Helga con unos ojos perdidos, unos ojos ausentes. Fijamente, sin apartar su mirada de ella.

—Madre mía, Katrin. ¿Qué te ha pasado?

Fue en ese momento, cuando Katrin comenzó a gritar.

—¡Hans, por favor, corre! ¡Prepara la bañera, la de mi cuarto!

Hans salió corriendo y vio a Katrin. Estaba en la puerta, cubierta de sangre y gritando como una loca. Su madre la estaba intentando meter en casa, pero la chica no se movía. Estaba completamente rígida.

Hans entró en la habitación de su madre y empezó a vaciar cubos en la bañera. Los gastó casi todos. Hans tendría que bajar luego a la boca de riego más próxima, y llenar más. Entonces, escuchó que su madre lo llamaba.

—¡Hans, por favor, ven! ¡No puedo con ella!

Hans corrió hacia el pasillo. A duras penas, Helga había conseguido meter a Katrin en la casa y cerrar la puerta, pero la chica continuaba rígida, llorando y dando grandes alaridos. Hans cogió su mano. La joven comenzó a tranquilizarse.

—Tranquila, Katrin, ya ha pasado —le dijo Hans.

Katrin caminó muy despacio a través del pasillo cogida de la mano de Hans, como si fuera una autómatas. Entraron en el baño.

Helga desnudó a la joven. Hans observó que Katrin tenía todo el cuerpo cubierto de pequeñas heridas y magulladuras. En la espalda llevaba un gran hematoma, que tenía muy mala pinta. Helga limpió la sangre del cuerpo de Katrin con una esponja. Aún dentro de la bañera, Katrin seguía con la mano agarrada a Hans. Mientras Hans le acariciaba el pelo, Katrin lo miró y le dijo:

—Dios mío, Hans, ha sido horrible. Yo he visto de todo. En el frente, en Francia. En el hospital. Pero esas chicas... eran civiles, Hans. ¡Eran chicas como yo! Yo había escuchado gritos y alaridos debajo de todos esos cuerpos destrozados, lo juro, los había oído. ¡Pero he buscado y buscado y allí no había nadie vivo, Hans, nadie!

—Tranquila, Katrin. Venga, ya ha pasado todo.

---

\* \* \*

---

La acostaron. Katrin le pidió a Hans que se quedara con ella, cogido de la mano hasta que se durmiera. Ese día, Katrin no acudiría al hospital. Cuando estuvo dormida, Hans retiró su mano, la tapó con la sábana y salió. Fue a por los cubos. En el salón, su madre estaba llorando, mirando por la ventana. Momentáneamente, las explosiones habían cesado. Mientras descendía por la escalera de su casa, con los cubos en la mano, Hans no pudo evitar pensar en sus compañeros. Si una enfermera como Katrin, que conocía bien los horrores de la guerra, había sufrido ese ataque de pánico al ver un ataque artillero, ¿qué harían sus compañeros cuando se encontraran frente a frente con la muerte? ¿Qué harían los niños del *Jungvolk* y las *Blitzmädel*?

Hans no tendría que esperar mucho para saberlo.

---

\* \* \*

---

La mañana del 23 de abril de 1945, en las vísperas del fin mundo, todos los chicos de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem que iban a formar parte del destacamento *Feldherrnhalle*, estaban formados en el centro de la gran sala de la sede de las Juventudes Hitlerianas. Delante de ellos se encontraba Dieter Baumann, acompañado de Hans a su izquierda y Dietmar a su derecha. Tras ellos, se encontraban los chicos del Servicio de Patrulla, portando las banderas y los estandartes.

Los chicos formados en tres filas eran sesenta y ocho. Quince eran miembros del *Jungvolk*, de entre doce y catorce años. Otras quince eran chicas conocidas como *Blitzmädel*, de entre trece y dieciocho años. Los treinta y ocho restantes eran miembros del *Kern*, tenían entre quince y diecisiete años.

Hans los observaba. Estaba muy recto, con las piernas abiertas y las manos cruzadas detrás de la espalda. Fingía que no los miraba, que miraba al frente, hacia la puerta principal de la sede, pero la verdad es que sí que los miraba. No les quitaba la vista de encima. Los estudiaba. Quería llegar a la batalla sabiendo quién era cada uno de ellos. Sabiendo en quién podía confiar. Y en quién no.

Dieter comenzó a hablar:

—Chicos y chicas de las Juventudes Hitlerianas: ha llegado el momento. El que tanto estábamos esperando. El momento de prepararnos para la gran batalla. El

momento de luchar y morir, si es necesario, por Alemania, por el Reich y por nuestro Führer, Adolf Hitler. Ese momento será mañana, aquí, a las ocho horas.

»Vais a formar parte del destacamento *Feldherrnhalle*, un destacamento que a su vez forma parte de una división, la *Hitlerjugend*, que agrupa a todos los destacamentos de Berlín y que depende directamente del *Reichsjugendführer* Artur Axman. El *Reichsjugendführer* la dirigirá desde el Reichssportsfeld. Se os hará entrega de un equipo de transmisión, para que estéis en constante comunicación con él. El encargado del equipo de transmisión será Peter, que tiene conocimiento en comunicaciones.

»Sé que os estaréis preguntando cuál será vuestro destino. Pues bien, vuestro destino se encuentra en el segundo anillo defensivo, en un punto concreto junto al canal de Landwehr, en las cercanías de la estación de Görlitz. Vuestra misión: camuflaje y ataque. Cavaréis primero una gran trinchera para noventa personas, y dentro de esta, una trinchera de posición más pequeña, una para cada uno de vosotros. Esa será vuestra posición de combate. Reforzaréis la orilla del canal con sacos terreros, y la cubriréis con cascotes y escombros. La idea del camuflaje es esta: cuando tengáis todo dispuesto, esperaréis. El tiempo que sea necesario. Repito, el tiempo que sea necesario. Se os suministrará una mochila con todo lo necesario, agua y comida. La comida será pan de larga duración, *Dauerbrot*, queso, latas de conserva, pilones de sacarina para los Jungvolk, etc. Nada de exquisiteces. Estamos en mitad de una guerra, no en un picnic por los bosques de Brandenburgo. Os sugiero que racionéis correctamente el agua y la comida. Nadie os llevará más. No quiero que ninguno de vosotros se quede sinnada a las primeras de cambio. Cuando algún compañero os solicite, iréis hasta su posición reptando. Y volveréis igual. Cuando tengáis ganas de cagar o mear, lo haréis en vuestra trinchera individual de posición. Nada de salir de allí. Luego lo taparéis con tierra, como hacen los perros. No quiero ningún tipo de remilgos, esto va particularmente para las señoritas. Quiero en todo momento, intestinos limpios y vejigas vacías.

»La idea del ataque es esta: en esa zona, el canal se ensancha. Si los rusos consiguen romper nuestras líneas, será para ellos un lugar excepcional para levantar una cabeza de puente e intentar cruzar el canal. Cuando lleguen frente a vuestra posición, sólo verán un montón de escombros y cascotes. Emergeréis desde la nada. Y los atacaréis sin piedad. El objetivo es, utilizando vuestro Panzerfaust, destruir el mayor número posible de carros de combate rusos. Cuando ellos pasen al contraataque, os dispersareis, y en un punto que se determinará en su momento, dependiendo de la situación de los frentes, os reagrupareis y esperaréis órdenes del Reichssportsfeld. Una consideración más. Habéis practicado con el Panzerfaust, tanto acciones individuales de combate como colectivas. Esta es una acción colectiva. Se trata de destruir blindados bolcheviques, no la cabeza de vuestro compañero de

delante. No quiero que sucedan “accidentes” irreparables.

»En caso de que los rusos os descubran, no tendréis opción. Pero podréis hacerles mucho daño. Lo sabréis porque ellos lanzarán bengalas de posición sobre la trinchera, o en caso de ser de noche, os alumbrarán con esos potentes reflectores que llevan. El objetivo sería el mismo. En vuestra caída, intentar destruir antes de morir cuantos tanques rusos podáis. Luego, que Dios se apiade de vuestras almas.

»Espero lo mejor de vosotros. Nuestra divisa es “Vencer o morir”. No existe tercera opción. Recordad siempre lo que somos. Combatientes nacionalsocialistas. Nosotros somos el ejemplo de la entrega absoluta y el fanatismo ciego. Tenemos que estar a la altura de nuestros hermanos de armas de los tres ejércitos, que están demostrando el orgullo del soldado alemán desde 1939.

El silencio era sepulcral. En la gran sala sólo se escuchaba la respiración de los muchachos. Dieter levantó el puño de forma amenazante y dijo:

—¡Somos las Juventudes Hitlerianas! Hemos hecho un juramento de fidelidad al Führer, que ni siquiera desaparecerá con nuestra muerte. Nosotros llevamos su nombre. Si de alguien se espera fidelidad, fanatismo y determinación ciega es de nosotros. Si alguno quiere ahora romper su juramento de fidelidad y abandonar la batalla, que levante la mano y dé un paso al frente.

Un chico lo hizo. Levantó su mano y dio un paso al frente. Se llamaba Otto y era un miembro del *Kern* de quince años, igual que Hans. Hans clavó su mirada en él. Otto era un chico gordo, de grandes mejillas coloradas. Hans siempre pensó que tenía cara de cerdito. Además, Otto llevaba gafas. Era miope. Hans pensaba, que personajes como Otto degradaban la imagen de las Juventudes Hitlerianas. Era cierto, que desde que la guerra se había torcido, las Juventudes admitían cualquier cosa, pero Otto estuvo desde el principio. Otto era el auxiliar que acompañaba al chico del Servicio de Patrulla, la noche que lo descubrieron regresando de la tienda de Astrid Müller. Otto pertenecía a las Juventudes, porque su padre, un *Prominenten* miembro del partido, uno de esos tipos que habitaban en las lujosas mansiones que habían hecho célebre a Dahlem, se había empeñado. Hans los odiaba, siempre los había odiado. Eran políticos, no auténticos nacionalsocialistas. Eran tan culpables como los generales de la situación en la que se encontraban. Culpables de que el cielo rojo avanzara implacable hacia Berlín. Habían engañado al Führer, le habían traicionado. Ratas. El padre de Otto era una rata. Otto era una rata. Y las ratas eran las primeras en abandonar el barco, cuando este se hundía. Hans apartó asqueado su mirada de él, y la volvió a clavar en la puerta principal.

—¿Qué pasa, Otto? —preguntó Dieter.

—Yo no puedo, Dieter. Tengo miedo. Me da miedo morir. Quiero irme a mi casa, con mis padres. No lo haría bien. Sería un estorbo para vosotros. Ni siquiera veo bien cuando disparo con el Panzerfaust. Quiero irme con mis padres. Lo siento. No valgo

para esto, nunca he valido. No soy como vosotros.

Se hizo un tenso silencio. Dieter dijo:

—Muy bien, Otto. Da media vuelta y vuelve a casa con mamá y papá. Te puedes ir.

Otto abandonó la formación con un rictus de sorpresa en su rostro. ¿Tan fácil?

Otto miró a sus compañeros. Pero ninguno le devolvió la mirada. Dio media vuelta y caminó hacia la puerta de salida.

Al pasar junto a las *Blitzmädel*, las quince chicas giraron a la vez su cabeza en dirección contraria a Otto.

Tampoco los *Jungvolk* lo miraron cuando pasó a su lado. Los chicos estaban con la mirada absorta en el frente, en otra persona.

En Dieter. Había desenfundado su pistola y apuntaba directamente a la cabeza de Otto. Este seguía caminando hacia la puerta, sin ser consciente que una pistola apuntaba a su cráneo.

Dieter disparó.

Un estremecimiento recorrió las filas.

La bala entró por la nuca. No salió. Otto se desplomó sobre el suelo. Un gran charco de sangre comenzó a formarse alrededor de su cabeza.

Se quedaron petrificados. Todos. La mayoría de ellos, habían perdido el color de su rostro.

Seguían mirando al frente, pero la mayoría de ellos, no miraba a Dieter, que continuaba en la misma posición, con la pistola en la mano, ahora apuntando a la nada, con una gran sonrisa dibujada en su rostro, como recreándose en lo que había hecho.

La mayoría de ellos miraba a Hans.

Hans Petersen seguía con la mirada clavada en la puerta de entrada de la sede, como si nada hubiese sucedido a su alrededor.

De pronto, muy lentamente, giró la cabeza hacia ellos. Y los miró. Con una mirada que recordaba a un animal salvaje. En su rostro brillaban los ojos ardientes, los ojos fanáticos. Como Katrin decía, «los ojos de fuego».

—Esto es lo que les pasa a los que rompen su juramento con el Führer y traicionan a las Juventudes Hitlerianas. A los desertores y a los traidores —dijo Dieter—. Os quiero mañana aquí a todos a las ocho. No faltéis ni uno. No me gustaría, que ninguno de vosotros acabara colgado de un árbol del Grunewald con un cartel alrededor del cuello que dijera: «Soy un desertor» o «He traicionado mi juramento y al Führer». ¿Entendido? Ahora, ¡romped filas!

Dieter caminó dando grandes zancadas hacia el cuerpo de guardia. Los chicos del Servicio de Patrulla le siguieron.

Al llegar junto al cuerpo de Otto, se dirigió a unos chicos del *Jungvolk* y les dijo:

—Vosotros, quitad esta mierda de aquí y limpiadlo todo. No soporto la suciedad. Los chicos se quedaron mirándolo, sin saber qué hacer.

Las filas se rompieron en medio de un silencio absoluto. Hans se acercó a ellos y gritó:

—Reinhard Hess, Silke Bauer, al santuario. ¡Ya!

Hans caminó de manera decidida hacia el santuario y atravesó la cortina negra. Silke y Reinhard le siguieron, con un gesto de sorpresa en su rostro. Reinhard Hess era un chico del *Jungvolk*, alto y desfarguellido.

—Reinhard, Silke, no quiero que de esto se entere Dieter ni los chicos del Servicio de Patrulla. Reinhard, sal por la puerta que da al patio, vete a tu casa y cámbiate los pantalones. Y tú, Silke, haz lo mismo y cámbiate la falda. No sé si os habéis dado cuenta, pero os habéis orinado encima.

Los dos jóvenes se pusieron muy colorados. En su intento por buscar la puerta del patio, chocaron entre ellos.

—Ah, y que esto no se repita.

Los chicos salieron. Hans se quedó solo en el santuario. Entre la penumbra, distinguió los rostros de sus camaradas, Heinz y Astrid. Le sonreían desde el fondo del santuario, iluminados por la tintineante luz de las velas.

Hans caminó hacia ellos. Cuando estuvo frente a los dibujos, dijo, como si sus camaradas pudieran escucharlo:

—Dios mío, qué desastre. Sólo han visto a un chico muerto y ya se han orinado encima. ¿Qué harán cuando empiece todo?

---

\* \* \*

---

La madrugada del 23 al 24 de abril de 1945, en las vísperas del fin del mundo, Hans Petersen abandonó su casa para siempre. Se levantó en torno a las cuatro de la madrugada. Lo hizo de la forma más silenciosa posible, no quería que ni Katrin, ni sus padres se enteraran de su marcha. No quería despedidas. Había dejado una nota dirigida a Katrin, debajo de la almohada. En la nota, se despedía de ella y de sus padres. Hans se puso su uniforme de las Juventudes. No cogió nada de su casa, ningún objeto personal, con la excepción de su armónica, la que su padre le comprara antes de participar en la acampada de las montañas del Harz. Salió al salón.

Abrió muy despacio la ventana. Hacía frío aquella noche. Una extraña neblina cubría la ciudad. Era una mezcla de niebla, humo y hollín. Una niebla rojiza. Porque el cielo era de un rojo intenso, como una gran bola de fuego, y cubría ya una parte de la mitad oriental de la ciudad. Los rusos estrechaban el cerco sobre Berlín y el cielo rojo avanzaba con ellos. El cielo del lobo. Era el cielo de sus sueños infantiles. Un cielo que lo acompañó en su infancia cuando él dormía. Un cielo que ahora también



lo acompañaría cuando estuviera despierto. En la lejanía, se distinguían los sonidos de la batalla. Cada vez más cerca. Hans pensó que los rusos debían estar en los límites del primer anillo defensivo. Lo romperían muy pronto. Hans lo sabía, estaba seguro de ello.

Por un momento, a Hans le pareció escuchar un sonido procedente de la habitación de sus padres. Temía que su madre o su padre se despertaran. Tenía que irse ya.

Salió al pasillo. Echó una última mirada a su casa. Hans tenía la seguridad absoluta de que nunca volvería allí. Que nunca más volvería a ver a su familia. Sintió una especie de pinchazo en su estómago. Se acercó a la puerta. Descorrió los cerrojos y abrió.

—¿Hans?

Se quedó helado. Lo habían descubierto. Hans se giró muy lentamente y vio a Katrin detrás de él. Estaba parada en mitad del pasillo. Llevaba una pequeña cajita en su mano.

—Ya te vas, ¿verdad? —dijo Katrin.

—Sí —respondió Hans.

—¿A luchar?

—Sí, Katrin. Hoy es el día.

La joven se acercó a Hans y lo abrazó. Permanecieron así durante unos minutos. La chica restregaba su rostro por el de Hans, como si quisiera quedarse con el recuerdo de su olor. Como si lo necesitara.

—Me tengo que ir, Katrin. Te he dejado una nota bajo la almohada. En ella me despido de ti y de mis padres. No quiero despedirme personalmente de ellos. No podría, Katrin. Prefiero irme así.

—¿Volverás? —preguntó la chica.

—No, Katrin, no volveré. Esta es la última vez que nos vemos. Sé que ganaremos esta guerra, pero nosotros no sobreviviremos para ver la victoria. No se lo he dicho a nadie, Katrin, no quiero bajarles la moral, pero nosotros no somos soldados. Somos niños. Nos utilizarán como carne de cañón, lo comprendí ayer, mientras Dieter nos explicaba la misión que nos han encomendado. Sólo seremos un estorbo para que el avance ruso sea lo más costoso y duro posible. Pero esta guerra la ganarán los soldados de verdad. Sabes, Katrin, desde que tengo uso de razón he querido ser soldado. Como Harald. Pero no he podido tener la formación necesaria. Para mí, para todos nosotros, el mañana ha llegado demasiado pronto. El mañana es hoy.

Dos lágrimas resbalaron por el rostro de Katrin. Acercó su mano a la de Hans y le entregó la pequeña cajita. Hans la miró y la abrió.

—Esto... Katrin, no puedo aceptarlo es...

—Quédatelo, por favor.

Hans la sostuvo en la mano. Pasó sus dedos por el frío hierro. Sintió sensaciones, sensaciones extrañas que nunca había sentido. El poder de lo simbólico. Era la Cruz de Hierro de su hermano. La más alta distinción que un soldado alemán pudiera conseguir. Había hombres dispuestos a matar por tener una de esas. Pero Hans no la podía aceptar.

—Lo siento, Katrin, agradezco tu...

La chica no le dejó terminar.

—Por favor, Hans, acéptala, él estaría orgulloso de ti. Siempre lo estuvo. Sería el hombre más feliz del mundo si supiera que tú la tienes. Te ayudará. Él te protegerá, Hans. No permitirá que te pase nada. —La chica miró hacia detrás, como si temiera que Helga y Kurt se despertaran y los descubrieran allí.

Hans le devolvió la caja. Vacía. Guardó la Cruz de Hierro de su hermano junto a su armónica, en el bolsillo delantero de su guerrera.

—Venga, márchate, Hans. Te acompaño hasta el portal. No te preocupes, yo se lo explicaré a tus padres.

---

\* \* \*

---

Llegaron al portal. Hans salió a la calle. Abrazó por última vez a Katrin. La chica continuaba llorando. Hans miró por última vez su casa. El frío era muy intenso, se subió el cuello de su guerrera. Sin decir nada más y mientras miraba por última vez el rostro de Katrin, Hans echó a andar calle abajo, bajo un amenazante cielo rojo, y envuelto por una neblina rojiza. Quería ser el primero que llegara a la sede de las Juventudes. Pero antes, pasaría por el Grunewald. Tenía que cumplir una última misión.

Katrin permaneció en el portal. Vio cómo se alejaba la figura de Hans. Esa noche, una densa neblina había descendido sobre la ciudad. El color de la madrugada le daba un tinte azulado, lo que convertía en más dramática la escena. Katrin se sentía sola, muy sola. Por primera vez en su vida, se sentía absolutamente sola. Permaneció allí, hasta que la figura de Hans desapareció totalmente de su vista. Engullida por la neblina azulada.

---

\* \* \*

---

Cuando Katrin regresó a la cama, levantó la almohada y cogió la nota de Hans. Se sentó en la cama y comenzó a leer:

*Querida Katrin:*

*Ha llegado el momento. El momento que vosotros tanto temíais. El momento que yo tanto esperaba. He decidido marcharme sin deciros nada. No me gustan las despedidas. Para mí, Katrin, ha comenzado el*

tiempo de lucha. Sé que aún no estoy totalmente preparado. Aunque quiera fingir que no, sólo soy un niño, pero te prometo que pondré toda la ilusión y todo el esfuerzo del mundo en cumplir las obligaciones que me sean encomendadas, por mí, por el Reich, por el Führer y por mis compañeros y camaradas.

Aunque no lo creas, no tengo miedo. La muerte no me asusta. De alguna manera, toda mi vida ha sido un ensayo para este momento. Temo al fracaso, a no estar a la altura, decepcionar a mis compañeros y camaradas y fallaros a vosotros. Pero al aliento de la muerte, no. Nunca le he temido y nunca le temeré.

Quiero que te despidas en mi nombre de mis padres. Yo no puedo hacerlo, los quiero demasiado. Despídeme de mi padre. Es un buen hombre, siempre lo ha sido. Posiblemente, él tampoco sobreviva a la batalla. Pero antes de que muera, quiero que sepa una cosa. Sé que a veces, se ha culpado de mi fanatismo, de mi compromiso con el movimiento. Quiero que le digas que él no ha tenido nada que ver. Que todo comenzó en Núremberg, hace muchos años. Y que aunque él me inició, su actuación no fue decisiva. Allí en mí entró algo, Katrin. Algo que sólo me abandonará en el momento de mi muerte. Algo que ha provocado que dedique toda mi vida al nacionalsocialismo. Algo que habitaba en mis sueños. Y en mis viglias. Algo que él nunca hubiera podido controlar.

Despídeme también de mi madre. Sé que mi relación con ella no ha sido siempre buena. Quizás porque seamos demasiado iguales, firmes en nuestras convicciones. Pero quiero que le digas que es la persona que más he querido en este mundo. Sé que ella no aprobará lo que voy a hacer. Pero quiero que le expliques que yo, sin esto, no soy nada. Yo no puedo sobrevivir al nacionalsocialismo. O venceré con él, o pereceré con él. El Führer dijo en uno de sus últimos discursos, que podríamos hundirnos, pero que nos llevaríamos todo un mundo con nosotros. Yo soy parte de ese mundo que desaparecería con el Führer y el nacionalsocialismo. No sabría, no podría y no desearía vivir en ningún otro mundo. Por favor, Katrin, intenta que mi madre entienda esto.

Si las cosas salen mal, he dejado una pequeña cajita debajo de la cama. Coged lo que hay en su interior y usadlo, pero por favor, no dejéis que os miren, que os toquen, ni que os hagan nada. No podría soportar que eso pasara. Que esa gentuza os ensuciara. He escuchado cosas que han ocurrido en Prusia Oriental y no quisiera que os pasara algo igual.

Pero bueno, no nos pongamos en lo peor. Vamos a ganar esta guerra, y tú y mamá podréis vivir en el mundo que el Führer ha construido para el pueblo alemán. En ese caso, cuídala, Katrin, porque yo y mi padre ya no estaremos para hacerlo.

La noche en que murió Astrid Müller me hizo una pregunta que yo en ese momento no entendí. Me preguntó que si me parecía que aquella era una bonita noche para morir. Yo le dije que no. Le mentí. Aquella noche en el macizo del Harz, hacía una noche preciosa para morir. Astrid tuvo mucha suerte. Ahora pienso que yo también soy muy afortunado, voy a morir en el mes de abril, en el inicio de la primavera. Ves, por cosas como esta no estoy triste. Por cosas como esta, me siento contento.

Hasta siempre, Katrin. A ti, no voy a decirte nada. Creo que con mis miradas, te he dicho todo durante todos estos años. Me siento muy afortunado de haber compartido mi vida contigo. Espero que cuando acabe la lucha y suenen para nosotros las campanas de la victoria, aunque yo ya no esté, tú te acuerdes siempre de mí. Y que me recuerdes, con una palabra amable.

Os quiero.

Hans.

---

\* \* \*

---

Cuando acabó de leer la nota, Katrin permaneció mucho tiempo tendida en la cama, llorando. La chica empezaba a ser consciente, que todo un mundo se desplomaba sobre ellos. Se levantó y como Hans decía en su nota, bajo la cama había una pequeña cajita. Katrin la cogió y la abrió. Eran dos pequeñas cápsulas doradas. En su interior, había dos pequeñas ampollas. De cianuro.

Katrin cogió las capsulas en su mano y se dirigió al baño. Abrió la tapa del inodoro y las arrojó dentro. Luego, vació un cubo de agua. No las tomarían,

asumirían su destino como lo asumía Hans. Lo harían por él. Sería su pequeño homenaje a Hans Petersen. El chico de los ojos de fuego.

---

\* \* \*

---

En el interior del santuario, Hans miró por última vez los sonrientes rostros de Astrid y de Heinz. El tintineo de la llamas de las velas se reflejaba en su rostro. Hans sabía que nunca volvería a ver esos retratos. Y quiso estar con ellos mucho tiempo, empapándose de ellos, para poder recordarlos en todo momento tal como eran, para poder visualizarlos con sólo cerrar los ojos.

Esa mañana, Hans hubiese querido llegar el primero a la sede, pero no fue así. Cuando Hans llegó, los camiones que los trasladarían hasta su posición en el frente ya estaban estacionados en el exterior de la sede.

Hans entró en la sede. Llevaba dos pequeños ramitos de flores, uno en cada mano. Avanzó por el centro de la gran sala, hacia el santuario. Todos los chicos estaban ya allí reunidos, unos hablando en pequeños corros, otros leyendo la última edición del *Panzerbär* que había llegado a la sede. Las conversaciones pararon de golpe cuando vieron aparecer a Hans. Todo el mundo lo miraba en silencio. Pero aquellas no eran miradas de curiosidad, ni de sorpresa. Eran miradas de respeto. Mediante una nota, se había despedido de los vivos. Ahora en el interior del santuario, pretendía despedirse de los muertos.

---

\* \* \*

---

En el exterior del santuario se escuchaba el ajetreo propio de los preparativos de la partida. Hizo por última vez el saludo nazi ante el retrato de sus camaradas muertos, y se dispuso a salir.

Salió del santuario. Recogió sus Panzerfaust y su bolsa de recambios. Dieter estaba hablando con Dietmar. Cuando lo vieron, los dos se acercaron hasta él.

—Petersen, le estaba diciendo a Beck que quiero que tú te hagas cargo de todos estos. Han venido todos, parece que lo de ayer ha causado efecto. Cuando lleguéis al canal, los veinte de Friedenau ya estarán allí. Confiad en ellos. Tendrás que planificarlo todo con Rudi Reisinger, ese al que llaman Junker. Ya sabes que está un poco loco, pero confía en él. Ya ha entrado en combate, en Pichelsdorf. Él ya sabe de qué va esto.

—Bien, haremos lo que nos dices, Dieter. Pero entre tú y yo, no creo que resulte muy difícil. Total, somos carne de cañón, ¿no? Morir no es tan difícil, Dieter.

—Morir. Todos vamos a morir, Hans. Esto es el jodido fin del mundo, camarada. Para ti, para mí, para Berlín, para el Reich y para el Führer. Nos estamos hundiendo,

Hans.

—Sí, pero nos llevaremos todo un mundo con nosotros.

—¡Ese es mi Hans! —gritó Dieter—. Ven, tengo algo para ti. Dietmar, diles a estos que formen.

Los sesenta y ocho chicos restantes formaron en el centro de la gran sala. Sólo Dieter y Hans quedaron ante ellos. Dieter llamó a un chico del Servicio de Patrulla. Le susurro algo al oído.

—¿Pero...? —dijo el chico.

—¡Ni pero, ni nada! ¡Haz lo que te digo!

El chico desapareció en el santuario. Cuando volvió a salir, llevaba en sus manos la bandera fundacional de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem. Era roja, blanca y roja, con la esvástica negra en medio, sobre el año de su fundación.

Cuando la vieron aparecer, todos los chicos se cuadraron y saludaron a la bandera. Dieter cogió la bandera y señaló a Hans. Y entonces dijo:

—¡Este es Hans Petersen, de Dahlem! ¡Hermano de Harald, un héroe de las SS! Este chico no tiene cruces, ni medallas, sólo la del mérito del *Jungvolk*. No tiene ningún cargo, ni graduación, ni ningún mando aparente. Pero quiero que miréis sus ojos. ¡Esos ojos, son la concepción de un mundo! ¡Esos son los ojos del nacionalsocialismo! Este es vuestro líder. Quiero que hagáis todo lo que él diga. Que cumpláis todo lo que él ordene. Quiero que le consultéis todo lo que vayáis a hacer. ¡Hasta para limpiaros el culo!

Dieter arrancó la bandera del mástil y la colocó en las manos de Hans.

—Esta bandera ha desfilado ante el Führer. Ha sido ungida con la Bandera de Sangre. Quiero que la guardes, Petersen. Quiero que esta bandera caiga donde tú caigas. Quiero que si tú mueres, la bandera de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem muera contigo. Te lo mereces, Hans Petersen. Por todos estos años —Dieter extendió los brazos y comenzó a girar sobre sí mismo—. En cierta medida, este lugar eres tú.

Dieter Baumann se volvió a girar hacia los chicos y gritó:

—¡Y ahora, romped filas! ¡Todos a los camiones!

Los chicos corrieron hacia la puerta de salida de la sede. Hans estuvo a punto de estropearlo todo. Porque estaba a punto de llorar. Se abrazó a Dieter, guardó la bandera en el bolsillo del pantalón y corrió tras los chicos.

En su carrera hacia los camiones, a un muchacho del *Jungvolk* se le cayó la bolsa de repuestos Panzerfaust, provocando un gran estrépito. Detrás de él, una *Blitzmädel* se pisó la falda y cayó de bruces al suelo. «Madre mía, aún no hemos subido a los camiones y ya empiezan las desgracias», pensó Hans.

Los setenta chicos montaron en los camiones. Hans fue el último en subir. Por segunda vez esa mañana, observó las miradas de respeto y admiración de todos sus compañeros.

Los camiones se pusieron en marcha. Una chica, Hilde, comenzó a cantar el himno de las Juventudes Hitlerianas. Todos la imitaron.

Dieter Baumann salió de la sede. Y gritó en dirección al último de los camiones, el camión en que viajaba Hans:

—¡Hans Petersen, tú y yo nos volveremos a ver! ¡Nos volveremos a ver en el Valhalla!

Los camiones siguieron su marcha. Destino: el canal de Landwehr, la casa de Tyr, el dios de la guerra. Un lugar por donde a la muerte le gustaba pasear.

Y mientras los camiones avanzaban, los chicos seguían cantando su himno. Todos, todos menos uno. Todos menos Hans. Hans Petersen miraba la figura de Dieter Baumann, plantado allí, en mitad de la calle, delante de la sede. Una figura que se fue haciendo más y más pequeña, hasta desaparecer por completo.

---

\* \* \*

---

Unas calles más abajo, una pareja de ancianos subía una cuesta, cargados con cubos de agua que habían recogido de una boca de riego, cuando los vieron. Tres camiones militares repletos de niños. Y de niñas. Los mayores no tendrían más de quince años. Los más pequeños, unos doce. Iban armados con una especie de tubos metálicos. Algunos de estos tubos parecían más grandes que los más pequeños de ellos. La anciana dejó los cubos en el suelo, y le preguntó a su marido:

—Por Dios, Hermann, ¿pero dónde van esos niños y esas niñas?

—Al centro, Hedda —dijo el hombre—. Los llevan a luchar en el frente. Esos niños son nuestra defensa contra los rusos.

—¿Pero qué les ha pasado a los nazis, Hermann? ¿Se han vuelto locos?

El hombre movió la cabeza a los dos lados, y siguió subiendo la cuesta con sus cubos de agua, mientras mascullaba:

—¿Acaso no lo han estado siempre, Hedda?

La anciana continuó mirando los camiones. Lo más sorprendente era, que esos niños y esas niñas avocados a una muerte segura por un régimen enloquecido, iban cantando. Era esa canción que cantaban los jóvenes. Esa que decía, que ellos esperaban ansiosos que llegara la mañana en que el mundo sería suyo.

Que el mañana les pertenecía.

«¡Y lo seguían cantando ahora!», pensó la anciana.

En las vísperas del fin del mundo.

## XI

### LA BATALLA DEL CANAL DE LANDWEHR

*Hemos estado de guardia por Alemania,  
somos los eternos centinelas.  
Ahora, por fin nace el sol en el Este,  
llamando a millones a la batalla.*

Extracto de *La canción de la campaña oriental...*

*Disfrutemos de esta noche compañeros, porque al alba tenemos un encuentro. Disfrutemos de esta noche compañeros, porque nuestro encuentro es con la noche eterna.*

Poema premonitorio escrito por Hans Petersen, como leyenda de uno de sus dibujos, en el invierno de 1940

*Berlín, una posición de combate en el canal de Landwehr. 24-26 de abril de 1945.*

Los camiones recorrieron a toda velocidad las calles de Berlín, pero sin embargo, les costó mucho llegar al canal. A cada dos pasos, en cuanto se acercaban a una barricada, les hacían parar. Las barricadas estaban protegidas por agentes de la *Feldgendarmerie*. La orden que habían recibido era clara: pedir a todo el mundo que se acercara la documentación, e impedir a cualquier precio que alguien abandonara la ciudad. En un último acto de extrema crueldad, el régimen quería que toda la población de Berlín se inmolará con el propio régimen en su hundimiento final.

En cada barricada, les hacían bajar y los contaban a todos. Durante una de estas paradas observaron, a la altura de la Hermannplatz, cómo la gente saqueaba lo que quedaba de los almacenes Karstadt, en el mismo lugar donde Katrin vio, el día 21, el primer ataque artillero contra Berlín.

Durante otra de estas paradas, Peter se acercó a Hans con una especie de panfleto en la mano que había encontrado en el suelo. Esa mañana, con vistas a bajar la moral de los resistentes, los aviones soviéticos los habían arrojado a miles sobre las calles de Berlín. Hans le arrancó a Peter el panfleto de la mano y leyó:

*«Ciudadanos y resistentes de Berlín, vuestro gobierno fascista en una muestra más de egoísmo, os ha abandonado a vuestra suerte y se ha marchado de Berlín. Es inútil que mantengáis la resistencia. No les sigáis el juego y entregaos a las fuerzas soviéticas de ocupación».*

Hans hizo una bola con el papel y lo arrojó lo más lejos posible. Miró a Peter y le dijo:

—¿Pero esta gente qué se ha creído que somos? ¿Imbéciles? ¿Pero piensan que alguien se va a creer que el Führer nos ha traicionado y ha abandonado Berlín? Escucha, Peter, no sé si ganaremos esta guerra, pero no van a tener suficientes lágrimas en Rusia para llorar a sus caídos en Berlín. Stalin se va a arrepentir el resto

de su vida de haber puesto un pie en esta ciudad.

En este aspecto, Hans Petersen no se equivocó. La batalla de Berlín se acabaría convirtiendo en una de las mayores carnicerías en las que participaría el Ejército Rojo en toda su historia.

---

\* \* \*

---

Cuando por fin consiguieron llegar al canal de Landwehr, los chicos de Friedenau ya estaban allí. Eran diez chicos del Servicio de Patrulla, preparados para combatir, y diez *Blitzmädel*. En el momento de bajar de los camiones, Rudi Reisinger, el chico al que todo el mundo llamaba Junker, se acercó a Hans.

—Hombre, el «pequeño Hansi» —a Hans le reventaba que le llamaran así—. Me han dicho que coordinara todo este asunto contigo y con un tal Dietmar Beck. Bien, nosotros estamos preparados para empezar. Somos diez del Servicio de Patrulla y diez de... estas —dijo Junker señalando a las *Blitzmädel*, que estaban conversando en un círculo.

—Vale, Junker. ¿Qué tenemos que hacer?

—Venir conmigo —dijo Junker.

Junker, Hans y Dietmar avanzaron hasta la orilla del canal. Tal como les dijera Dieter, el canal en ese punto se ensanchaba. Junker habló:

—Mirad, por ahí el canal se ensancha. En esta zona de la ciudad hemos demolido todos los puentes, porque ninguno de ellos transportaba ni conductos de gas ni cables eléctricos, de tal manera, que lugares como este serán perfectos para que los bolcheviques intenten cruzar el canal. Se supone que los rusos vendrán por allí —Junker señaló la orilla contraria—. Construiremos aquí la trinchera. —Junker señaló el terreno que había detrás de ellos—. Luego, pondremos aquí los sacos terreros y los cubriremos con escombros. Cuando ellos lleguen, sólo verán eso, escombros. Si la jugada cuela, los tendremos a tiro, podremos freírlos como a ratas. Los escombros los sacaremos de allí enfrente.

Hans, Dietmar y Junker se giraron y miraron al frente. El paisaje que se divisaba desde allí era desolador. Eran manzanas enteras de casas completamente arrasadas. Sin techo, con los muros derruidos, las vigas desnudas. Estaba claro que la artillería soviética se había cebado con esa parte de la ciudad, mucho más que con ninguna otra que él hubiera visto. Pese a estar en una zona antes densamente poblada, ahora eran ellos los únicos seres vivos en varios kilómetros a la redonda. Los habitantes de esa parte de la ciudad hacía días que habían huido hacia los refugios del centro, mucho más seguros.

Hans se dio la vuelta y fijó su mirada en el agua del canal. A Hans, todo aquello no le cuadraba. Era verdad que la distancia era muy corta, que podían hacer mucho



daño con los Panzerfaust si el camuflaje salía bien. Pero cuando contraatacaran los rusos, la distancia para los obuses de sus tanques sería también muy corta. Y las posiciones del final de la trinchera estarían totalmente desprotegidas. No, aquello no estaba bien. Aquello no era una trinchera. Aquello era una ratonera.

—Junker, esta posición no es...

—Sé lo que vas a decir. Todos hemos visto lo mismo. Pero es lo que hay. Al primer obús, los de detrás dormirán el sueño eterno. Y los que estemos delante, que Dios se apiade de nosotros. Pero la acción se basa en la sorpresa y el sálvese quien pueda. No podemos construir una trinchera para convertirla en una posición defensiva. Esto consiste en destruir de forma sorpresiva sus tanques, crear el caos entre ellos y conseguir que les cueste lo máximo posible cruzar el canal. Lo nuestro será largarnos y buscar un lugar más propicio para combatir.

—Has dicho los que estemos delante, ¿y quiénes vamos a estar delante?

—Pues está claro, Hans. Los que tengamos opciones —dijo Junker—. De nosotros, el Servicio de Patrulla. De vosotros, decídelo tú.

—¿Y detrás? —preguntó ahora Dietmar.

—Vuestros *Jungvolk* y las *Blitzmädel*. Eso es seguro.

Hans los miró. Los chicos estaban allí, asustados, pegando pequeñas patadas al suelo con las punteras de sus botas. Un chico exageraba con otro, haciendo grandes aspavientos con sus manos, explicando como iba a utilizar su arma. Las chicas estaban todas hablando, en corros. Parecía el recreo de un colegio de señoritas. Una se arreglaba las coletas. Otra se anudaba una y otra vez el pañuelo de su cuello, buscando que quedara perfecto. Otra no hacía más que rascarse las piernas, porque le picaba la falda.

—No me gusta, Junker, esto no puede ser. Suponiendo que lo hagamos bien, tendremos como mucho dos opciones antes que nos machaquen. Si no lo hacemos bien, tendremos una. Si lo hacemos mal o nos descubren, ninguna. Lo hagamos bien o mal, los de detrás no tendrán opción —dijo Hans.

—Pero Hans, joder, despierta. ¿De qué coño de opciones me estás hablando? Pero... ¿es que esperabas salir de aquí? Mira, a lo sumo dos o tres de nosotros sobrevivirá, para el resto esta trinchera será su tumba por toda la eternidad. ¿Lo entiende usted, general Petersen? Yo he estado en Pichelsdorf. Sé cómo están las cosas. El primer anillo defensivo ha caído como un castillo de naipes. Tenía más agujeros que un queso de Gruyère. La planificación defensiva ha sido una mierda, como casi todo en esta jodida guerra. En estos momentos, ya se está combatiendo en todos los barrios periféricos de Berlín. En un día o dos, los rusos estarán aquí. Y si no los entretenemos, en tres días, el Führer los tendrá cenando en la jodida Cancillería. Haz esta fácil deducción. Vamos a imaginar que los sorprendemos. Que llegan con cuatro carros de combate. Somos noventa. Lanzamos todos a la vez. Sesenta granadas

caen al canal, eso seguro. Suponiendo, que a alguno de estos o de estas no les explote el Panzerfaust en la cara. O que vuelen la cabeza del compañero de delante. Nos quedan treinta granadas. Veinticinco caen en la orilla. Nos quedan cinco. Si con alguna de ellas conseguimos dejar fuera de juego a alguno de esos T-34 rusos, objetivo cumplido. Serán dos o tres tanques menos que se emplearán en el asalto al distrito centro. Allí se libraré la gran batalla, Hans. Y lo habremos retrasado unas horas. Porque pasado ese tiempo, estarán cruzando este jodido canal. Eso es seguro. ¿Qué pasa en el puente de Pichelsdorf? Esos puentes que defendemos son una mierda. Lo que hacemos es entretenerlos para que tarden más en llegar a los puntos más sensibles del barrio gubernamental. Y así, poder fortificarlo mejor. Lo único que en Pichelsdorf, tienen tu famosa «opción».

—Pues ya tienen algo, Junker. Tenemos que buscar otra posición para la trinchera, no podemos dejar a los niños y a las chicas...

—No hay otra posición, Hans. La única posición es esta, así se ha ordenado desde el Reichssportsfeld. Lo que tenemos que hacer es salvar nuestro culo, salir de aquí y buscar otro jodido lugar donde poder darles a esos hijos de puta bolcheviques. Míralo por el lado positivo. Los *Jungvolk* y las *Blitzmädel* nunca saldrán de aquí. Cuanto antes mueran, antes dejarán de sufrir. Y ahora, déjate de tonterías y vamos a cavar la...

—Fosa común —sentenció Hans, interrumpiendo a Junker.

—Sí, la fosa común, Hans Petersen.

---

\* \* \*

---

Se pusieron a trabajar. Los chicos se quitaron las guerreras y las camisas, y comenzaron a cavar con grandes paladas. A las chicas les salió el orgullo femenino y los imitaron, quitándose sus guerreras. Cavaban cortas y pequeñas paladas. Los niños del *Jungvolk*, daba igual lo que se quitaran. Tenían los cuerpos de niños pequeños. La mayoría de ellos tenía problemas para volcar la pala llena de tierra. Hans los observaba, miraba a Junker y meneaba la cabeza. Junker a duras penas contenía la risa. Había una palabra que definía perfectamente aquella escena, pensó Hans. Patética.

Estuvieron cavando la trinchera toda la mañana y gran parte de la tarde. Había que rebajar mucho la tierra, para no ser descubierto desde enfrente cuando llegaran los rusos. Esa tarde, hubo dos grandes ataques artilleros contra la zona centro. Las explosiones se escuchaban desde allí. Trasladaron los sacos terreros, que cargaron los chicos del Servicio de Patrulla. Mandaron a las chicas y a los niños a por los escombros. Tuvieron dos accidentes. A un niño del *Jungvolk* se le cayeron varios ladrillos a la cabeza, mientras intentaba arrancarlos del techo medio derruido de un

almacén que había frente a la trinchera, y le provocaron un gran chichón. Cuando regresó a la trinchera, el chico parecía que tenía dos cabezas. En el mismo almacén, una *Blitzmädel* se cayó dentro de un agujero cuando piso en falso. Los chicos del *Jungvolk* y sus compañeras no la pudieron sacar. Tuvieron que acudir Hans, Dietmar y dos veteranos del Servicio de Patrulla. Lo más gracioso sucedió cuando la sacaron. La chica, una pelirroja que tenía toda la cara llena de pecas, salió del agujero totalmente despeinada, cubierta de suciedad, con la blusa rota y la falda hecha jirones. Cuando vio a Hans, la chica se cuadró y gritó:

—*Sieg Heil!* ¡La soldado Angela Maria Diem, lista y dispuesta a combatir!

Dietmar iba a lanzar una carcajada, pero Hans le golpeó con el codo en el estómago y este calló al instante. Hans también se cuadró y dijo:

—¿Estás dispuesta para seguir trasladando escombros?

—¡Sí, estoy dispuesta! —contestó la chica.

La chica siguió transportando escombros, aunque cojeaba a cada paso que daba.

A parte de estos incidentes, la tarde transcurrió tranquila. Cuando terminaron de cavar la gran trinchera, comenzaron a cavar las más pequeñas. Las trincheras de posición. El trabajo les llevó hasta las primeras horas de la noche. Las trincheras de posición eran cubículos excavados en la tierra. Debían tener, aproximadamente, la medida del ocupante. Podían asomar medio cuerpo, sobre todo para poder tener buena posición de tiro, pero agachados, tenían que cubrirlos por completo para no ser detectados. La trinchera de posición acercó a aquellos chicos a lo que se sufrió en la Primera Guerra Mundial. No resultaba un lugar cómodo. Había mucha humedad, por la cercanía del agua del canal. Y además, la noche era muy fría.

---

\* \* \*

---

Una vez terminadas, llegó el momento de ocuparlas. Hans, Dietmar, Erich, Junker y los chicos del Servicio de Patrulla de Friedenau ocuparon las primeras posiciones, las que estaban justo debajo de los sacos terreros y los escombros. El grueso de miembros del *Kern* de Dahlem ocuparon las zonas centrales, las *Blitzmädel* un lateral, y los niños del *Jungvolk* ocuparon el final de la trinchera. Todo se hizo como Junker quiso. Todos eran carne de cañón, pero algunos, más carne de cañón que otros.

Con las sombras, cada uno ocupó su trinchera de posición. Esa primera noche en la trinchera fue muy diferente de la segunda, la que antecedió a la batalla. Esa primera noche, fue un desastre organizativo. Todo el mundo estaba muy nervioso. En todo Berlín, el fragor de la batalla era muy intenso, pero aún sonaba lejano. Pero nadie dudaba, que se iría acercando, poco a poco, hasta llegar a esa trinchera junto al canal de Landwehr. A aquellas horas de la noche, ellos lo desconocían, pero ya se combatía en el segundo anillo defensivo, en el suyo. Pasaba por ejemplo en la

Frankfurter Alle.

La noche en la trinchera dio para mucho. Para conocerse, para hacer amistades eternas, aunque allí la eternidad sólo duraría horas. Para establecer largas conversaciones. Y para un sinfín de anécdotas. Porque aquella noche, en la trinchera, a todo el mundo le pasaba algo. Las trincheras de posición de Hans, Junker y Dietmar eran las más frecuentadas. Continuamente llegaban los chicos reptando y continuamente, reptando, se volvían a ir. La misión de camuflaje ya había empezado, Junker había dado la orden en cuanto cayó la noche.

Alguien definió esa noche las cosas que pasaron en la trinchera como delirantes. El primero de los chicos que acudió a la posición de Hans se llamaba Rolff. El chico le dijo:

—Perdona, Hans, no sé cómo ha podido pasar, pero he perdido la mochila con la comida...

Hans sabía que la disciplina era fundamental si querían que todo aquello no terminara en un desastre, y con ello, en una carnicería. Pero por otro lado, también sabía que la camaradería y la compenetración entre todos ellos, iba a ser decisiva para que todos esos chicos no acabaran por perder los nervios. Así, que había decidido armarse de paciencia. Pero Junker no tenía paciencia. Sus posiciones estaban muy cerca y era irremediable que Junker se enterara de todo. O de casi todo.

—Petersen, ¿qué dice ese imbécil? —gritó Junker.

—Tranquilo, Junker, ha perdido la mochila con la comida...

—¿Cómo se llama el imbécil? —preguntó Junker.

—Se llama Rolff.

—Rolff, imbécil, ¡no me jodas que has perdido la mochila de la comida!

—Sí, yo...

—¡Pues te comes los dedos, imbécil! ¡Y vuelve a tu jodida posición!

Rolff inauguró el desfile de visitas desgraciadas hacia la trinchera de posición de Hans. Eso aún irritó más a Junker. Sólo los chicos del Servicio de Patrulla de Friedenau confiaban en él. Ni siquiera lo hacían sus *Blitzmädel*. Y precisamente, una de estas protagonizó la segunda tragedia. Otro extravío.

Fue Silke Bauer la que llegó en representación de las chicas hasta la trinchera de Hans.

—Hans, una de las chicas de Friedenau no encuentra su bolsa de repuestos Panzerfaust. Ahora sólo tiene uno...

Ahora Junker se arrastraba hasta la posición de Hans. Cuando llegó hasta él, miró con cierto desprecio a Silke Bauer y preguntó:

—¿Ahora qué coño les ha pasado a estas?

—Una de tus chicas. Ha perdido la bolsa de repuestos Panzerfaust...

—¡Joder! ¡Y ahora con que...!

Junker se puso de pie sobre la trinchera y gritó hacia la posición de las *Blitzmädel*:

—¡Gretl! ¿Quién ha sido la imbécil que ha perdido la bolsa de repuestos?

—¡Ha sido Heidi, Junker!

—¿Heidi? ¿Pero qué nombre de mierda es ese? ¡No sé quién es! ¡Yo sólo me acuerdo de las tías con las que me he acostado, y nunca me acostaría con una tía que se llamara Heidi! ¿Es la nueva, esa que ha venido de Baviera?

—¡No, Junker, es esa que estaba enrollada con ese chico que trabajaba en el cuartel de la Bend...!

—¡Ah, la puta con la que se acostaba Dorf! ¿Hay alguna posibilidad de que lo haya dejado fuera de la trinchera o en esas casas de donde habéis traído los escombros?

—¡No lo sé, lo podemos buscar mañana! ¡Ella dice que se ha vuelto loca buscándola, pero no la encuentra...!

—¡Por si acaso, ahora le proporcionaremos algunos Panzerfaust más!

Junker se volvió a agachar y le dijo a Silke:

—¿Tú cómo te llamas?

—Silke. Silke Bauer.

—Muy bien, Silke Bauer, ve a la posición de los *Jungvolk* y diles que te den tres o cuatro Panzerfaust.

—Vale —dijo Silke Bauer, y se alejó de la posición de Hans. Reptando.

—Pero Junker, los *Jungvolk*...

—¿Y qué más da? Sólo necesitarán uno, Hans. Después del primer ataque, en cuanto los rusos contraataquen, todos esos críos estarán durmiendo el sueño de los justos.

De los *Jungvolk* vino el tercer problema. El chico que se acercó hasta la trinchera de Hans se llamaba Dirk.

—Hans, tengo un problema en mi trinchera de posición...

—¡Joder, Dirk! ¿Qué ha pasado ahora? —Hans estaba también empezando a perder los nervios.

—He hecho, lo que Dieter nos dijo. Me estaba orinando, y he orinado en la trinchera. Pero no sé lo que me ha pasado, no paraba de orinar, creo que no había orinado en todo el día. Había colocado los Panzerfaust a mis pies y ahora... toda trinchera está encharcada, los Panzerfaust se han mojado y yo he pensado...

—Os dije que no sacarais los Panzerfaust de las bolsas hasta que no os diéramos la orden...

—¡Joder! —gritó Junker—, ¡saca los jodidos Panzerfaust fuera y deja que se sequen!

—¡De acuerdo! —dijo el chico.

—¡Y quítate también las botas, los calcetines y los pantalones! ¡Hasta aquí llega el olor a meados!

Las desgracias no terminaron allí, ni mucho menos. Dietmar y Erich inventaron un juego, intentar acertar cuál sería la siguiente desgracia. Un chico acudió a la posición de Hans sólo para quejarse que el compañero de al lado se había dormido y roncaba. Los chicos del Servicio de Patrulla de Friedenau tuvieron que intervenir en una pelea de dos chicos del *Kern*, por culpa de una antigua novia. Otro chico, Harald, se mordió la lengua comiendo el *Dauerbrot* y por poco se desangra. Llegó a posición de Hans echando sangre por la boca como un cerdo. Y con cada nueva desgracia, Junker se levantaba de su posición y le gritaba a Hans:

—¿Pero es que nos ha tocado el grupo más inútil de las Juventudes Hitlerianas de Berlín, o qué? ¡Por la mitad de lo que aquí está pasando, en Pichelsdorf hubieran empezado a fusilarlos!

Sobre las cuatro de la madrugada, llegó la gota que colmó el vaso. Junker llamó a una de las chicas de la *Blitzmädel*, para que acudiera e intentara que las chicas se callaran un poco, porque la posición que ellas ocupaban empezaba a parecer un gallinero.

—¡Gretl, a mi posición! —gritó Junker.

Fue otra chica la que contestó:

—¡Ahora no puede! ¡Está... ocupada!

En la posición de los chicos del *Jungvolk* se escucharon las típicas risas nerviosas propias de los niños. Junker se incorporó y salió de su trinchera de posición. De pie, y dando grandes zancadas, cruzó la trinchera hasta llegar a la posición de los *Jungvolk*. Al llegar a su altura, sacó la pistola Walther y apuntó a cada una de las pequeñas trincheras.

—¡Sacad vuestra asquerosa cabeza de la trinchera! ¡Todos!

Los chicos se asomaron. Miraban a Junker como hipnotizados.

—¡Veis esto, lo veis! —Junker señaló la Walther—. ¡Pues la próxima vez que escuche una risa porque un compañero esté haciendo sus necesidades o por cualquier otro motivo, voy a abrir fuego sin contemplación sobre vosotros, aunque tenga que impregnar toda la trinchera con vuestros asquerosos sesos! ¿Está claro?

Hans se asomó en su trinchera de posición y miró hacia los niños. Había mucha luz en la trinchera esa noche, más de lo que Hans habría creído y hubiera querido. Esa luz no favorecía su operación de camuflaje. Era una noche fría, con un cielo raso y estrellado, y una gran y redonda luna de abril, la que provocaba la luz. Claro que, para Hans, era una noche fría, con un cielo raso y rojo, cubierto de estrellas rojas y con una luna grande y redonda inyectada en sangre. Pero pese a ese detalle, Hans podía ver perfectamente todos esos rostros que miraban a Junker con unos ojos y un rictus horrorizado. Hans pensó, que en ese momento, era posible que esos chicos

hubieran preferido tener delante un tanque ruso T-34 que a ese chico con la pistola en la mano.

A continuación, Junker se dirigió a la posición de las *Blitzmädel*.

Hans sabía de antemano que el trato con Junker iba a ser difícil, pero tenía que reconocer que los chicos no se lo estaban poniendo fácil.

—¡Y vosotras callaros de una vez! ¡Vuestra posición parece un gallinero! ¡Esto no es un recreo entre la clase de costura y la de buenos modales! ¡Esto es una jodida guerra! ¡Yo he combatido en Pichelsdorf! ¡Y si supierais lo que es eso, si supierais lo que nos espera, no estaríais de cháchara! ¡Estaríais como Gretl, cagando! ¡Pero de miedo!

Junker giró sobre sí mismo y acabó dirigiéndose a toda la trinchera:

—¡Y para todos vosotros! ¡Al próximo que se acerque a mi posición o a la de Hans Petersen o a cualquier otra, contando una desgracia, le meto un tiro en el cráneo! ¿Entendido?

Un enorme silencio invadió la trinchera. Las risas, las conversaciones y los gallineros cesaron de pronto. Ahora fue Hans el que esperó que Junker regresara a su posición y reptando, se acercó hasta él. Hablando muy bajo, casi susurrando, le dijo:

—Junker, ¿era necesario esto? Yo no creo que asustarlos...

—Mira, pequeño Hansi, lo de esta noche no puede volver a repetirse. Todavía no sabéis lo que es esto, no, no tenéis ni idea. La disciplina es la clave de nuestra misión. Es una misión de ataque, de sorpresa. Toda la concentración espoca. Si tú no impones la disciplina entre los tuyos, lo tendré que hacer yo. Sé que eres muy bueno con el Panzerfaust, me lo ha comunicado Dieter Baumann y otros. Sé que tienes madera de líder. Pero tu bautismo de fuego, Hans Petersen, va a ser en esta trinchera. Tú no sabes aún lo que es caminar sobre los muertos. Sobre tus compañeros muertos. Quizás, si salimos vivos de este agujero fangoso, que no lo creo, lo comprenderás. Me comprenderás.

Junker y Hans se miraron. Junker enseñó su pistola y dijo:

—Y da gracias. Da gracias que no haya usado esto todavía.

Un chico del Servicio de Patrulla de Friedenau salió de su trinchera y enseñó también su arma.

—Aunque nunca es tarde. Nunca es tarde para usarla —dijo, mientras le lanzaba a Hans una sonrisa.

---

\* \* \*

---

Así transcurrió la primera noche en la trinchera junto al canal de Landwher. La siguiente noche sería peor. Porque al amanecer de la segunda noche, su majestad la muerte extendió sus negras alas sobre la trinchera. Pero para eso, aún faltaban más de

veinticuatro horas.

---

\* \* \*

---

La mañana del 25 de abril amaneció en la trinchera con un gran sobresalto. El centro de la ciudad fue sometido a un brutal ataque artillero. Desde entonces y hasta el final, todos los días sería ya igual.

Se dice que los berlineses son personas proclives a la ironía y al buen humor. Y en una ciudad, donde la música ocupaba un lugar tan destacado, esos ataques pronto se conocieron como los *Morgenkonzert*, los conciertos de la mañana. A los ataques con misiles *Katjuscha*, ya les llamaban «los órganos de Stalin».

---

\* \* \*

---

A primeras horas de la mañana, un coche, un todoterreno militar, se aproximó a la trinchera. Los chicos salieron de sus pequeñas trincheras de posición y, organizados por Hans y Junker, formaron disciplinadamente delante de la gran trinchera. En ese momento, ninguno de ellos podía imaginarse quién iba dentro de aquel coche.

---

\* \* \*

---

En el interior del todoterreno viajaba Artur Axman, el *Reichsjugendführer*, el máximo dirigente de las Juventudes Hitlerianas. Estaba recorriendo todas las posiciones defendidas por los destacamentos de las Juventudes en el segundo anillo de defensa. Todas, donde los combates aún no habían comenzado.

Artur Axman iba acompañado de dos oficiales adscritos a la Cancillería del Reich. Cuando el todoterreno se detuvo, delante de la trinchera donde estaban formados los chicos, Axman se dirigió al oficial que viajaba en el asiento delantero, junto al chófer, y le preguntó:

—¿Cuántos y de dónde son estos chicos?

—Destacamento *Feldherrnhalle*. Son noventa —contestó el oficial—. Setenta de Dahlem y veinte de Friedenau.

—¿Qué sabemos de la situación en Dahlem y Friedenau?

—Espere —contestó el oficial—. A ver, de Friedenau... —comenzó a buscar en unas carpetas—, de Friedenau no tenemos hoy ninguna información. De Dahlem... de Dahlem sí, ahora mismo se lo busco.

El oficial rebuscó entre sus desordenados papeles. Axman aguardó, aun cuando el coche llevaba ya un tiempo detenido.



—Dahlem, lo tengo aquí. Aunque le pueda sorprender, mi *Reichsjugendführer*, las noticias que tenemos de allí son mayoritariamente de civiles que nos mandan información a la Cancillería vía telefónica, desde sus propios domicilios. Los datos pueden no estar suficientemente actualizados.

—Apresúrese, esos chicos nos están esperando.

—Voy, mi *Reichsjugendführer*. En Dahlem ya han llegado los rusos. La sede del partido, del sindicato DAF y otras han sido tomadas por el enemigo sin oponer casi resistencia. Pero se están librando feroces combates en dos puntos. Uno es precisamente la sede de las Juventudes Hitlerianas. Allí, unos treinta chicos del Servicio de Patrulla se han atrincherado y están manteniendo a raya al ejército soviético. Los dirige un chico que se llama Dieter Baumann. El otro...

—Anote ese nombre, por favor —dijo Axman—. Si salen de allí con vida, habrá que proponerlo para que le otorguen la Cruz de Hierro. Siga.

—El otro foco de combates es el Instituto Kaiser Wilhelm. Allí son unidades de la Wehrmacht y de las SS las que están combatiendo. El Instituto es muy importante. Máxima prioridad. Los rusos ya han comenzado los registros domicilio por domicilio. Pero tenemos malas noticias. En una clínica de maternidad y orfanato, la Haus Dahlem, los rusos han cometido violaciones en masa. Han violado a monjas, muchachas jóvenes embarazadas y niñas pequeñas. Muchas han muerto desangradas.

—Comprendo —dijo Axman, su semblante estaba ahora muy serio—. No tenemos noticias de Friedenau. Y las de Dahlem no las daremos. Les bajaríamos la moral. Vamos allá. Vamos a decirles algo a estos chicos.

---

\* \* \*

---

Cuando los chicos vieron quién descendía del vehículo, no dieron crédito. ¡El *Reichsjugendführer* en persona! ¡Artur Axman!

Axman caminó hacia los chicos, que ahora formaban delante de la gran trinchera. Todos llevaban los Panzerfaust y las *Gretchen* sobre el hombro. Artur Axman se detuvo a una distancia prudencial de los chicos. Lo acompañaban los dos oficiales que se posicionaron cada uno a un lado del *Reichsjugendführer*.

—*Sieg Heil!* —gritaron los chicos.

—*Sieg Heil!* —contestó Axman. Colocó uno de sus brazos tras la espalda y, con un tono de voz un poco forzado, comenzó su pequeño discurso:

—Chicos y chicas de las Juventudes Hitlerianas, he venido hasta aquí para saludaros, agradeceros vuestra entrega y traeros un mensaje personal del Führer.

Durante estos días, habréis escuchado muchos rumores que están circulando por la ciudad. Unos dicen, que el gobierno ha huido. Otros, que el propio Führer ha abandonado Berlín, para dirigir la lucha final desde la fortaleza alpina en las

montañas de Baviera. Son calumnias e injurias vertidas por nuestros enemigos. A estas horas, el Führer se encuentra siguiendo los acontecimientos que se están produciendo, en compañía de sus más estrechos colaboradores, en el interior de la Cancillería del Reich. Yo, personalmente, he despachado con él esta mañana. Me ha dado un mensaje personal para vosotros. El Führer me ha comunicado, que ha decidido permanecer en Berlín y compartir su destino con el vuestro. Es más, ha decidido poner en vuestras manos su propio destino.

Esta es una batalla suprema. Espero y sé, que pondréis todo de vuestra parte para frenar al enemigo, e infringirle, si es posible, el máximo daño. La batalla será dura, no os voy a engañar, pero si en alguien el Führer tiene fe, es en vosotros. En la juventud que lleva su nombre.

En vosotros brilla la luz más intensa del nacionalsocialismo. Vosotros sois el mayor ejemplo de entrega que el mundo haya visto nunca. Cuando la batalla termine, y brille para nosotros la luz de la victoria, el pueblo, el Reich y la Patria sabrán recompensaros por este esfuerzo y esta entrega fanática. Muchos de vosotros no veréis ese día, pero os puedo prometer, que no quedará una sola plaza en toda Alemania donde no se honre vuestra memoria.

Algún día la historia nos juzgará. Y cuando se hable de las Juventudes Hitlerianas, se dirá, que fueron la luz que inició una nueva era. La era en que la juventud decidió coger las riendas de una nación, luchar, comprometer su vida e incluso perderla, por el cumplimiento de unos ideales supremos, sin los cuales, todo un pueblo no hubiera podido seguir existiendo. Los alemanes, los nacionalsocialistas y el Führer nunca olvidaremos este sacrificio. La historia tampoco.

Hoy, Berlín se ha convertido en algo más que la capital del Reich. Hoy, cuando las hordas asiáticas ya caminan por nuestras calles, Berlín se ha convertido en el lugar donde se está decidiendo el futuro de Europa. Hoy, aquí en Berlín, valerosos soldados de múltiples nacionalidades, de Holanda, Francia, Dinamarca, Noruega, España, Italia, valones o flamencos, han unido sus fuerzas para luchar contra la bestia comunista, y entregar hasta la última gota de sangre para defender los valores de Europa y de todo el mundo occidental. Europa y Occidente vencerán en Berlín, o perecerán en Berlín. Y en esa batalla, estaréis vosotros, valerosos soldados de las Juventudes Hitlerianas, en la primera línea del frente, poniendo el broche de oro al sufrimiento de muchos, por el futuro de todos.

Axman hizo una pequeña parada. Y luego, casi gritando, dijo:

—¡Soldados de las Juventudes Hitlerianas! Berlín será la tumba. La tumba del comunismo, de la infame cultura asiática y de los pensamientos enfermos y degenerados. ¡Que brille para vosotros la luz de la gloria y del triunfo! Y ahora, gritad conmigo: *Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!*

—*Sieg Heil! Sieg Heil! Sieg Heil!* —gritaron los chicos.

Y entonces, los niños del ayer, los soldados de hoy, los jóvenes que no tendrán mañana, dieron un fuerte taconazo y levantaron sus brazos en señal de saludo.

Un proyectil silbó por encima de sus cabezas y fue a estrellarse unas manzanas más adelante de su posición, provocando una gran explosión. Un proyectil que convertía en ruinas, las ruinas.

Uno de los oficiales susurró al oído de Axman:

—Marchemos ya, mi *Reichsjugendführer*. Esta zona no es segura. Los rusos se están acercando ya a la estación de Görlitz.

Artur Axman dio media vuelta y, seguido de los oficiales, se dirigió hacia el todoterreno militar.

Fue de la garganta de Hans Petersen de la que brotaron las primeras notas del himno de las Juventudes Hitlerianas. Los noventa chicos lo siguieron. Pero aquel día, no le cantaron al cielo que el mañana les pertenecía. Se lo gritaron. Se lo gritaron hasta casi hacer reventar sus gargantas. La adrenalina acumulada salió por todos los poros de sus cuerpos.

En el interior del todoterreno, Artur Axman, los dos oficiales y el chófer contemplaban la escena a través de las ventanillas. Los noventa chicos, adolescentes, niños y niñas, cantando allí su himno, con sus brazos levantados y sus Panzerfaust sobre el hombro.

El silencio en el interior del todoterreno era sobrecogedor. Fue Artur Axman el que lo rompió cuando, mientras movía su cabeza hacia los dos lados, dijo:

—Pobres chicos.

El todoterreno arrancó.

Artur Axman aún se giró hacia ellos para verlos por el cristal trasero, mientras volvía a repetir:

—Pobres chicos.

---

\* \* \*

---

Aquella tarde en la trinchera fue terrible, porque la batalla llegó a sus inmediaciones. Desde primeras horas de la tarde, se combatía con ferocidad en la estación de Görlitz. El suelo temblaba continuamente, con ese característico temblor que provocan los blindados al disparar su mortífera carga. Un golpe para delante, y un estruendoso retroceso.

Los rostros de los chicos aquella tarde eran un poema. Rostros nerviosos, blancos, cadavéricos. Se sumaba el cansancio, la falta de sueño y de comida. Pero sobre todo, el miedo. El miedo a saber que su encuentro con la realidad de la guerra era inminente.

Durante gran parte de aquella tarde, Hans permaneció asomado en su trinchera de

posición observando a sus compañeros. Muchos de ellos habían empezado a preguntarse qué pasaría en sus casas, a sus familias, a sus seres queridos. Junker los hacía callar. Y cuando las conversaciones cesaban, sólo se escuchaba el terrible sonido de la batalla. Los traqueteos de las ametralladoras. Los disparos de la artillería.

Hans los miraba a ellos, y miraba al cielo. Al maldito cielo rojo, que ahora cubría ya todo Berlín. Hans comprendió que sobre su ciudad se había cerrado el cerco. Era el cielo del lobo en todo su esplendor.

De entre todos sus compañeros, Hans observaba a uno en particular. O mejor dicho, a una. Una de las *Blitzmädel* de Friedenau, una chica con unos penetrantes ojos azules. Hubo dos cosas que le sorprendieron de esa chica. Primero, la chica había sacado sus *Gretchen* fuera de la trinchera y había comenzado con ellas una especie de ritual. Las contaba una y otra vez. Y eso le sorprendió, porque él había hecho lo mismo. Hacía ya rato que sus Panzerfaust reposaban apoyados contra la pared de su pequeña trinchera, a sus pies. En ocasiones, Hans se sumergía en la trinchera de posición y los tocaba, simplemente los tocaba. Una y otra vez, delicadamente. Como si estuviera acariciando la mano de una novia. La chica había ideado un método para llevar sus *Gretchen*. Se había colocado una cincha de cuero, y las introducía en su espalda. Las *Gretchen* eran más pequeñas y ligeras que los Panzerfaust, y aunque tuvieran un considerable peso, el sistema ideado por la chica podía considerarse cómodo. Lástima que él no pudiera hacer lo mismo con sus Panzerfaust.

Segundo, él había clavado sus ojos en la chica, y ella, había hecho lo mismo. Sólo lo miraba a él. Como si no hubiera nadie más en esa trinchera. Los ojos de la chica, clavados en los suyos. Los suyos, clavados en los de la chica. Ella era diferente a todos los demás compañeros de la trinchera. En esa *Blitzmädel* ardía algo, que también ardía en él. Esa chica había visto cosas... ya estaba otra vez con sus tonterías. Hans reconoció en los ojos de esa chica, los ojos de su madre. Y en su aspecto en general, algo que le recordaba a Astrid Müller. Era como una mezcla de las dos. Hans recordó su infancia, la época en que podía comunicarse con su madre sin hablar, sólo a través de sus ojos. El lenguaje de las miradas. Estaba convencido que con esa chica podría hacer lo mismo. Sí, estaba seguro. En cuanto a su parecido con Astrid Müller, no era físico. Era más bien espiritual. Su rostro desprendía la misma determinación, la misma confianza en si misma. La chica debía ser algunos años mayor que él, más o menos de la edad de Junker. Pero sin duda, su aspecto le confería un aire más adulto que al resto de chicos y chicas de la trinchera. Y eso le gustaba, le proporcionaba seguridad.

Le gustaba, le gustó desde el primer momento que la vio, cuando llegaron al canal y ella estaba hablando en un círculo con el resto de las *Biltzmädel* de Friedenau. Allí se produjo el primer cruce de miradas. Claro que, le gustaba de una forma diferente,

no sexual, no se tiene tiempo para esas cosas cuando vas a morir. Le gustaba lo que había «dentro» de ella. A parte de Junker, por sus conocimientos en la batalla, Hans pensó que si tenía que poner su vida en manos de alguien, sería en las de esa chica.

Aquella tarde, Hans tuvo también uno de sus habituales presentimientos. No podría explicar por qué, pero Hans pensó aquella tarde, que si salían de esa ratonera, de esa húmeda trinchera, su destino y el de esa chica, estaría unido, iría de la mano. Y eso le preocupó, porque eso anunciaba un final trágico. Por un motivo o por otro, Hans estaba convencido que su relación con las mujeres siempre estaba condenada a terminar mal.

---

\* \* \*

---

Conforme la tarde fue cediendo paso a la noche, la situación en la trinchera empeoró. Los combates que se desarrollaban en la estación de Görlitz eran, ahora si cabe, aun más violentos. Y esos combates eran los que poco a poco, se acercaban a ellos. Hans había calculado, que sobre el alba, los rusos llegarían a su posición. Tenía esa certeza, pero no quería compartirla con nadie. Porque eso equivalía a reconocer, que las defensas alemanas en la estación de Görlitz habían sido derrotadas.

Cuando cayó la noche, todos estaban agachados en su pequeña trinchera de posición. La espera resultaba insoportable. Hans temía que algunos chicos, sobre todos los más pequeños, comenzaran a perder los nervios. Curiosamente, no fue así.

—¿Hans?

—¿Qué pasa, Dietmar?

—¿Tienes miedo?

—No. Estoy ansioso porque esto empiece. Que pase ya una cosa u otra. Pero esta espera...

Las conversaciones de trinchera a trinchera eran así. Ya no había gallineros, ni desgracias. Sólo susurros.

—¿Hans?

—¿Qué quieres ahora, Dietmar?

—No pude despedirme de mis padres. No tuve agallas. Son muy mayores. Yo soy el único hijo que les queda, ¿sabes? Estarán destrozados sin saber nada de mí. Quiero que me prometas algo si sales vivo de aquí. Quiero que si vuelves a casa, a Dahlem, les digas que los quería mucho. Pero que tenía que hacer esto.

—Tranquilo, Dietmar, yo saldré de aquí, y tú también. Vamos a darle fuerte a esos rusos. Ya has escuchado a Axman. Berlín va a ser su tumba.

—¿Tú crees que es verdad, Hans? ¿Qué el Führer ha puesto su destino en nuestras manos?

—Sí. Por eso no podemos fallar, Dietmar. Yo sabía que él no iba a hacerlo, no iba

a abandonarnos. Sabía que estaría con nosotros hasta el final, como nosotros vamos a estar con él. Tienes que mantener la fe, Dietmar, no podemos venirnos abajo ahora. Sabes, somos mejores que ellos. Nuestros ideales son más nobles, nuestras ideas más firmes. Eso se tiene que notar. Todo va a salir bien, ya lo verás.

---

\* \* \*

---

A primeras horas de la madrugada, la situación se relajó. En torno a la estación de Görlitz, la intensidad de los combates había decrecido. Eso podían ser buenas noticias. O malas noticias, no lo sabían. No tenían ninguna noticia del exterior, de lo que estaba sucediendo en otros frentes, en el resto de la ciudad. Después de terminar la gran trinchera, y en un lateral de esta, habían construido con unos tablones una especie de caseta para Peter y su equipo de radio transmisión. Se suponía que Peter debía tener una línea abierta con el Reichssportsfeld, una línea permanente, a fin de recibir instrucciones de los cuadros superiores de las Juventudes. Pero Junker le dijo a Peter que no conectara el radio transmisor al equipo autónomo, con el fin de ahorrar combustible, que esto podía ser más necesario cuando los combates se aproximaran a ellos. Incluso si la operación de camuflaje y ataque tenía éxito, el equipo de radio podía ser imprescindible para salir de allí. Por ese motivo estaban a ciegas. Aunque Hans pensaba que posiblemente era mejor. Que posiblemente era mejor no tener noticias de lo que sucedía en el resto de la ciudad.

Por un momento, las conversaciones arreciaron en la trinchera, incluso empezó a formarse algún gallinero. Las visitas a las trincheras de posición de Hans, Junker o los chicos del Servicio de Patrulla en la cabecera de la trinchera, lo que Junker llamaba «la primera línea», también aumentaron. Ahora muchos chicos acudían sólo a pedir consejo sobre el manejo del Panzerfaust, o sobre la táctica de ataque a seguir. Los nervios estaban a flor de piel. Era humano que conforme los chicos veían acercarse el momento del combate, todo lo explicado, lo mil veces hablado, pareciera que se olvidase. En realidad, sólo buscaban escuchar aquello que ya sabían, cerciorarse de que no lo iban a hacer mal.

Fue en ese momento de la noche, cuando las *Blitzmädel* comenzaron a cantar.

En las posiciones de cabeza de la trinchera, Hans, Dietmar y Erich se miraron. También Junker. Y los chicos del Servicio de Patrulla de Friedenau. Pero ninguno de ellos dijo nada.

*Una pequeña muchacha permanecía allí sola, sobre una roca de los Alpes...*

Era una triste y melancólica canción alpina. Hans pensó, que las chicas la habrían aprendido en alguna acampada de la BDM, posiblemente en Baviera, porque Hans nunca había escuchado esa canción. No era una canción de desafío, ni las clásicas que

cantaban en las marchas dominicales y en las acampadas de las Juventudes. Toda la trinchera permanecía en silencio, escuchándolas. Pensando posiblemente en la letra de la canción de las chicas. Las montañas, las viejas montañas de Alemania. En Berlín no había montañas. Eso convertía en más romántica la triste canción. Los ojos de los chicos brillaban en la oscuridad de la noche. A algunos de ellos, comenzaron a asomarles pequeñas lágrimas. Porque todos ellos tenían una cosa clara: que nunca abandonarían Berlín, que nunca más, volverían a ver las montañas.

*... Mi vuelo dorado, llévame lejos.  
Llévame a mi querida patria en los Alpes,  
vuela conmigo a mi país,  
vuela conmigo sobre el mar,  
vuela conmigo hasta el mismo cielo,  
hasta mis bonitas y amadas cumbres...*

Las chicas entonaban su canción con tal cadencia, que parecía una nana. Una canción de cuna. Pero en la situación en la que se encontraban, era como la canción de cuna que se le canta a un niño muerto.

*... Ven conmigo al Danubio, ven conmigo al Rin, ven conmigo hasta nuestra bonita patria...*

Mientras escuchaba la canción, Hans percibió un olor diferente en la trinchera. Un olor a lilas. Sonrió. Hans Petersen sabía lo que era, y sabía porque él percibía esa fragancia a lilas. Lo había leído alguna vez, en los libros que tenían en la sede de las Juventudes. En libros sobre las trincheras de la Gran Guerra. Eran viejas leyendas de soldados, antiguas leyendas de trinchera. Lo llamaban «el perfume de la muerte».

*... Vuela conmigo a mi país,  
vuela conmigo sobre el mar,  
vuela conmigo hasta el mismo cielo,  
hasta mis bonitas y amadas cumbres...*

Dietmar también lo había notado:

—Hans, ¿has olido eso?

—Sí, Dietmar.

—Era un olor a flores, como a rosas.

—Sí, Dietmar.

—Es curioso, Hans. Mi madre siempre lleva un perfume que huele a rosas.

«Y el de Astrid Müller olía a lilas», pensó Hans. Ahora Hans sabía que las viejas leyendas de soldados eran verdad. Ya no le cabía ninguna duda. Su majestad la muerte había sobrevolado la trinchera y había arrojado su perfume. Marcando su territorio. Marcando la trinchera. Diciéndole a la vida, «no te acerques». «Este es mi territorio».

... Vuela conmigo a mi país,  
vuela conmigo sobre el mar,  
vuela conmigo hasta el mismo cielo,  
hasta mis bonitas y amadas cumbres...

Cada uno de ellos había creído percibir un olor diferente. El de un ser querido, el de un camarada muerto. Las viejas leyendas de soldados decían, que en las trincheras de la Gran Guerra, en Ypres, Arras, el Somme o Verdún, algunos soldados no sólo sintieron ese olor, sino que llegaron a ver los espectros de esos seres queridos. El de una madre recién muerta en un lugar lejano, que acudía a la trinchera, mientras el soldado dormitaba, para ofrecerle un último beso. O el de un compañero recientemente caído, que de repente se encontraba a tu lado, mirándote y sonriendo. Pero casi siempre después, la muerte se cernía sobre la trinchera y era uno mismo el que moría. Porque la muerte es mentirosa. Y le gusta jugar.

Eran viejas historias, viejas leyendas de soldados. De soldados que ocupaban trincheras, luchaban y morían en una guerra. Sólo que ellos, no eran soldados. Eran niños.

Pero niños que ocupaban trincheras, que lucharían y morirían en una guerra.

---

\* \* \*

---

—¿Hans?

—¿Qué quieres ahora, Dietmar?

—Junker ha dicho que mandes a alguien para que vaya a hablar con las chicas. Tienen que dejar de cantar. Junker dice que es peligroso. Que nos acercamos al amanecer, que son horas críticas. Podrían revelar nuestra posición.

—Está bien, Dietmar. Dile a Erich que vaya y se lo diga a Silke Bauer.

—Vale.

Casi al instante, Erich salió reptando hacia la posición de las *Blitzmädel*. Las chicas habían terminado su triste y melancólica canción alpina, y ahora habían empezado a cantar otra. Esta sí que era una canción conocida, una de las muchas que solían cantar durante las marchas dominicales y las acampadas. *Edelweiss*.

Sin embargo, cuando Erich estaba todavía a mitad de camino, las chicas dejaron de cantar. En la posición de las *Blitzmädel* se desato un pequeño gallinero. Hans pensó que Junker y los chicos del Servicio de Patrulla iban a estallar. De hecho, Hans sabía que Junker le había pedido a él que mandara a alguien a la posición de las chicas por no tener que acudir personalmente. Junker dudaba ya de su propia paciencia. Y no, ese no era un buen momento para perderla.

Pasaron unos minutos. Al cabo de los mismos, Hans se dio cuenta que Erich regresaba. Pero no iba solo. Venía acompañado. Acompañado por una chica.



Se acercaron a la posición de Hans. La chica era la *Blitzmädel* a la que Junker llamaba Gretl. Hans salió de su cubículo.

—¿Qué pasa, Erich?

—Te traigo malas noticias, Hans. Muy malas noticias. De Silke Bauer.

—Joder. ¿Qué ha pasado ahora?

—Está muerta, Hans.

«Oh no, Dios mío, Silke», pensó Hans. La noticia le causó una gran impresión. Pero decidió no demostrarlo, mantener la calma. No ya sólo por él, sino por los chicos, por todos los chicos. Junker tenía razón. Eran unas horas críticas, y precisamente ellos, no podían ni perder los nervios, ni dar una muestra de fragilidad.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Hans.

—Sucedió mientras estábamos cantando. Ella era la única de nosotras que no cantaba, pero pensamos que estaba durmiendo. Pero Inga, la chica que está más próxima a su trinchera de posición, empezó a notar que de la trinchera de Silke salía muy mal olor, un olor como a...

—A almendras rancias —dijo Hans.

Erich y Gretl se miraron con un gesto de extrañeza en su rostro. Hans había adivinado al instante cuál había sido la causa de la muerte de Silke. Lo había leído en alguna parte. Cianuro. Era el olor que despedían los cadáveres que habían consumido ese veneno letal. Silke Bauer había tomado la cápsula que cogiera de la bandeja la noche que acudieron a la Ópera del Estado.

—¿Qué hacemos ahora con ella? —preguntó Gretl.

—No podéis moverla, ni sacarla de allí. ¿Tenéis mantas? —preguntó Hans.

—Sí —contestó la chica.

—Echadle una manta por encima y dejadla allí, en su posición. Ya pensaremos algo luego. Pobre chica, no ha podido soportar la presión. Tú, Erich, vuelve con ella y ayúdale.

—De acuerdo, Hans —contestó Erich.

Erich y Gretel abandonaron la trinchera de posición de Hans y se dispusieron a regresar reptando hacia la posición de las *Blitzmädel*.

No habían recorrido ni medio camino, cuando en la trinchera pasó algo peor. Algo que sobresaltó a todos. Algo que provocó que todos, incluso Hans, se sumergiesen en su trinchera de posición y echasen mano a sus Panzerfaust.

En la noche, un disparo.

---

\* \* \*

---

Hans se incorporó. Lo intuyó al instante. Sólo podía ser un chico del Servicio de Patrulla de Friedenau, un chico de Junker. Eran los únicos que iban armados con

pistolas. Hans escuchó a Junker gritar. Se incorporó sobre su posición y dijo:

—Junker, ¿qué ha pasado?

—¡Joder, ha sido Kurt! ¡Uno de los mejores! ¡Se ha pegado un tiro en la cabeza!

—¡Intentemos mantener la calma, Junker, por favor! ¡A mi también se me ha suicidado una chica!

Una exclamación recorrió la trinchera. Las conversaciones arreciaron de pronto.

—¡Joder, joder, joder! —gritó Junker—. ¿Pero qué coño de mierda es esta? ¿Qué puta mierda nos está pasando, Hans?

«Que la muerte ha sobrevolado la trinchera, Junker. Que ha vertido su perfume sobre nosotros. Yo lo he percibido mientras las chicas cantaban. Tú seguramente también. El perfume que ha llegado a mi trinchera de posición, era un perfume de lilas. ¿Cuál has olido tú, Junker?», pensó Hans.

—¡Que es la madrugada, Junker! ¡Que los nervios están pudiendo con los chicos! ¡Vamos a ser comprensivos! —gritó Hans.

—¡Pero es que este era de los de primera línea! ¡Mándame a alguien con agallas! ¡Va a tener que compartir la trinchera de posición con un muerto! —contestó Junker.

—¿Jürgen? —gritó Hans—. ¡A la trinchera de primera línea! ¡Ya!

—¡Voy, Hans! ¡Ahora mismo! —contestó Jürgen.

Hans volvió a introducirse en su trinchera de posición. Dos. Ya habían caído dos, y la batalla aún no había comenzado.

---

\* \* \*

---

Amanecía sobre la trinchera. Fue entonces cuando se vivieron los momentos más críticos. Ahora, nadie hablaba. El silencio era sepulcral. La batalla en los alrededores de la estación de Görlitz había terminado. Ya no se escuchaban combates, sólo eran visibles, desde su posición, enormes cortinas de humo. Hans supuso que la estación estaría en llamas. También, que los rusos la habían tomado y que ahora, avanzarían hacia ellos. Y no se equivocaba.

—¿Hans?

—¿Qué pasa, Dietmar?

—¿Te das cuenta que es posible que estemos viendo nuestro último amanecer?

—Sí, me doy cuenta, Dietmar.

—¿Es bonito, verdad? Esta mañana parece que el cielo tiene un color más bonito que nunca.

Hans no respondió. Quizás, para todos esos chicos, esa mañana tuviera un color más bonito que nunca. Pero para él, no. Para Hans Petersen, sobre él, sólo estaba el maldito cielo rojo. El maldito cielo del lobo.

Hans escuchó que alguien se aproximaba a su posición. Era Peter, el encargado

del equipo de transmisión. Hans se incorporó. También Dietmar. El chico venía hacia ellos con un rictus grave en su rostro. Un rictus de preocupación. Se posicionó entre las trincheras de Hans y Dietmar.

—Hans, Dietmar, tenemos un problema. Grave. Avisad a Junker.

—¡Junker, a mi posición! —gritó Hans.

—¿Ahora qué cojones pasa? —aulló Junker.

Junker se presentó en su posición rápidamente. Hasta que no estuvo allí, Peter no abrió la boca.

—Hans, Junker, Dietmar, sobre todo, no subáis la voz. No quiero que nadie se entere de esto. He conectado el radio transmisor al equipo autónomo. ¿Recordáis que nos dijeron que estaríamos constantemente comunicados con el Reichssportsfeld? Pues no. Era mentira. Allí no contesta nadie. No hay línea.

—¿Y para esto me haces venir? —dijo Junker—. ¿Pero es que no lo sabíais?

—Pero, Junker —empezó a decir Hans—, nos dijeron que...

—Nos dijeron nada, Hans. A ver si lo entendéis de una jodida vez. ¡Estamos solos en esto! ¿Vale? Mirad, esa gente está librando una guerra, a vida o muerte, en la que se está hundiendo un régimen. ¿Pero a vosotros os parece, que van a estar preocupados por lo que nos pase aquí a un puñado de chicos? ¡Sois más imbéciles de lo que me imaginaba! Mirad, os lo he dicho muchas veces, esto consiste en cargarnos esos tanques rusos y largarnos de aquí. ¿Está claro? Y ahora a lo nuestro, ¿vale? Permaneced cada uno en vuestra posición, y esperad mis órdenes finales. No sé si con tanta mierda y tantas tonterías os habéis dado cuenta, pero todos esos chicos, sí. Mirad sus rostros. El suelo vibra. Se acercan blindados. Ha llegado la hora, compañeros.

Junker los dejó con la palabra en la boca y reptó hacia su posición. Hans se dirigió a Peter.

—Lo sabía, el muy cabrón lo sabía desde el principio. Por eso te ordenó que no conectaras el equipo... Peter, nadie se puede enterar de esto. Se desataría el pánico, sobre todo entre los *Jungvolk* y las *Biltzmädel*. Finge que hablas con alguien, invéntate las conversaciones, yo qué sé, lo que sea. Pero por favor, que no se enteren que estamos abandonados.

—Vale, Hans. Haré lo que dices.

Peter se despidió de Hans y Dietmar y reptó hacia su posición. Pero se detuvo en seco, y volvió hacia la posición de Hans.

—Hans, otra cosa. Por favor, haz todo lo que puedas para que podamos salir de aquí. Tú no lo sabes, pero todo el mundo confía en ti. Me gustaría que escucharas las conversaciones de los niños del *Jungvolk*. Hablan de ti, como si fueras el general Guderian. He escuchado a un chico decir, que si sobrevive a esta guerra y se casa y crea una familia, le llamará a su primer hijo Hans, como tú. Y las chicas también,

incluso las de Friedenau. Sólo confían en ti. Detestan a Junker, le tienen miedo. Por favor, Hans, cuida de ellos. Sobre todo de los niños y las chicas. Prométeme que no les pasará nada.

—Te lo prometo, te doy mi palabra, Peter.

Peter se marchó. Hans se introdujo en su cubículo y se llevó las manos a la cara. ¿Pero qué podía hacer él? ¡Pero si sólo era un niño!

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de lo que había dicho Junker. El suelo vibraba. Los tanques rusos se acercaban por la orilla contraria del canal.

Ya llegaban. Había llegado la hora de la batalla.

Hans se incorporó. Miró hacia la orilla contraria del canal. Por entre los muros derruidos de lo que debió haber sido una antigua fábrica, pudo distinguir al primero de ellos. El cañón de un T-34.

—Se acercan, Dietmar. Ya están aquí —susurró Hans.

—Madre mía, Hans, madre mía. ¿Y si nos detectan? Moriremos aquí, como perros...

—Tranquilo, Dietmar. No nos van a detectar.

Hans sabía que lo que llegaba hasta ellos, no eran solamente los blindados soviéticos. Lo que llegaba hasta ellos era el frente oriental. Con todos sus horrores, con todos sus espantos. El mismo frente que se había cobrado la vida de su hermano, de miles y miles de soldados alemanes. El mismo frente que Hans había seguido, día a día, en el mapa de su casa de Dahlem. Ahora, esa orilla del canal de Landwehr era una chincheta roja en su mapa. Ahora, él formaba parte de esa chincheta.

Una enorme sensación de vértigo, de salto al vacío se apoderó de la trinchera. Había llegado la hora. Para la mayoría de ellos, incluido Hans, ese era su bautismo de fuego.

Hans echó una última mirada a la trinchera. Los chicos asomaban sólo parte de su cabeza. Dentro de poco tendrían que sumergirse totalmente en el cubículo que habitaban. Los Panzerfaust reposaban recostados en la boca de las trincheras. También las *Gretchen* de las chicas. Producto de los nervios, casi todos se ajustaban sus gorras. Los chicos de Friedenau, sus cascos de hierro. Las *Blitzmädel*, arrojaban sus coletas a la espalda.

Los rostros eran una extraña mezcla. Una mezcla de concentración, expectación y pánico.

Todos esperaban. Esperaban a que Junker diera las instrucciones finales. A que Junker les hablara por última vez antes de la batalla.

Junker se giró dentro de su trinchera de posición y se colocó de cara a los chicos. Guardaba silencio. Tal como estaba previsto, los rusos llegaban por la orilla contraria. Habían tomado la estación de Görlitz y se habían dividido. Su objetivo: cruzar el canal. Uno de los grupos, una avanzadilla de lo que más adelante sería el grueso de

los tanques que habían combatido en la estación de Görlitz, avanzaba por enfrente de ellos. Podía percibir tres o cuatro tanques, posiblemente T-34. Quizá algún ISU-152 o ISU II. Los acompañarían tropas de asalto, pero ese no era su objetivo. Su objetivo era destruir los blindados, crear el caos entre las tropas e intentar huir de aquella ratonera. Por el sonido que llegaba hasta él, pensó que tardarían poco más de cinco minutos en llegar a la orilla contraria del canal. Calculó unos diez minutos para el ataque. Eso, si el camuflaje colaba y no eran detectados antes.

Había llegado el momento de darles a los chicos las instrucciones finales. Después, sólo quedaría que Dios se apiadase de ellos. De todos ellos.

—Vale muchachos, ya están aquí. Voy a dar las instrucciones finales. Son tan sencillas que las entendería un bebé. Primero, nos sumergiremos dentro de nuestras trincheras de posición. Y esperaréis a oír mi voz. Cuando llegue el momento, yo contaré hasta tres. Y ¡sorpresa!, emergeremos desde la nada. Apuntad a la torreta de los tanques. Estos T-34 son muy vulnerables a nuestros Panzerfaust, pero la clave es alcanzarlos en la torreta. Procurad no volarle la cabeza a vuestro compañero de delante. Luego, descenderéis otra vez a la trinchera de posición, cogéis un nuevo Panzerfaust y segunda andanada. Y así sucesivamente. Las chicas de las *Gretchen* y los chicos del *Jungvolk* lo importante es que disparéis, aunque no alcancéis los blindados. Irán acompañados de tropas de asalto, si podéis alcanzarlos y mandarlos de viaje al infierno, trabajo hecho. La clave es, aprovecharnos del desconcierto creado, destruir los carros y huir de aquí...

Un chico del Servicio de Patrulla le dijo algo a Junker. Este movió afirmativamente la cabeza.

—Los que consigan... cuando salgáis de aquí, huid hasta las casas destruidas de donde trajimos los escombros. Entrad sólo en aquellas que aún tengan ventanas. Esperad. Será allí donde nos reagruparemos. ¿Entendido? Venga chicos, ellos nos obsequian todos los días con un concierto matinal. El de hoy, lo inauguraremos nosotros con una obertura de fuego. ¡Vamos allá!

---

\* \* \*

---

Desde su posición, Hans observó a los rusos. Llegaron tres carros de combate T-34. Como imaginaban, los apoyaban tropas de asalto. Pertenecían al 9.º Cuerpo de Fusileros, integrado dentro del 5.º Ejército de Choque del Frente Bielorruso. Lo dirigía el general Berzarin. Las tripulaciones de los blindados descendieron de ellos y se mezclaron con los soldados de asalto. Enseguida se dirigieron a la zona donde el canal se ensanchaba. Era un magnífico punto para cruzar y avanzar hacia la zona centro, hacia el tercer anillo defensivo por ese sector de la ciudad. Hans vio que varios hombres se acercaban a la orilla del canal y miraban hacia su posición con

unos prismáticos. Hans se sumergió completamente en su cubículo.

En la trinchera no se escuchaba ni la respiración de los chicos. Hans pasó sus dedos por los Panzerfaust. Sin saber por qué, una palabra cruzó por su mente. *Balmung*. Hans volvió a incorporarse sobre su trinchera de posición.

Los hombres que miraban con los prismáticos estaban ahora hablando en un corro. Había colado. Como ellos esperaban, lo único que habían visto allí era una vulgar escombrera y tierra removida, posiblemente por el efecto de la caída de algún obús, debieron de pensar.

El camuflaje había sido un éxito. Hans supuso, que en ese momento, la confianza debía haber subido muchos enteros en toda la trinchera.

La mayoría de los soldados rusos se acercaron a la orilla. Se bajaron los pantalones y se pusieron a orinar sobre el canal. Casi enfrente de la posición de Hans, tres soldados, casi adolescentes, como ellos, comenzaron a jugar a «ver quién llega con su chorro más lejos», entre grandes risotadas. En ese momento, alguien habló en la trinchera.

—A esos rusos que están meando se la vamos a arrancar como si fueran muñequitos de mazapán —dijo un chico del Servicio de Patrulla de Friedenau.

—Chssssss —se escuchó desde la posición de Junker.

A Hans se le aceleró el corazón. Sabía que era un momento formidable para lanzar el ataque. La cuenta de Junker iba a llegar de un momento a otro. Sudaba. Tenía la boca seca. Acariciaba el tubo de su Panzerfaust como si se tratase del brazo de una novia. Por fin, el momento esperado, tantos, tantos años. Iba a entrar en combate. Sólo esperaba escuchar la voz. La voz de Junker.

*Balmung*. Otra vez esa palabra cruzó por su cabeza. Eso de ahí enfrente no son tanques, es *Faffner*, se dijo para sí mismo. «Venga, Junker, venga, es el momento», pensó.

Hans pudo escuchar como Dietmar hablaba solo:

—Porque no cuenta ya, joder, porque no cuenta ya...

Y entonces se escuchó la voz de Junker:

—¡Uno!

«Apunta a la torreta, Hans, ese es su punto vulnerable».

—¡Dos!

«La torreta, Hans. La distancia es perfecta. Apunta a la torreta».

—¡Tres!

—¡SORPRESA!

Emergieron desde la nada. Ochenta y ocho chicos, ochenta y ocho Panzerfaust. Ochenta y ocho granadas antitanque cruzaron el canal.

Tal como Junker aventuró, la mayoría de las granadas cayeron al canal. Pero otras muchas alcanzaron la orilla. Los soldados, que estaban orinando en la orilla, saltaron por los aires. Cayeron de una forma horrible, con sus cuerpos terriblemente deformados. Algunos de ellos sin pantalones. Una manera humillante de morir. Las tripulaciones de los tanques no pudieron llegar hasta ellos. Y lo mejor. ¡Un tanque ruso T-34 estalló, provocando una gigantesca llamarada anaranjada! ¡Había sido alcanzado en su torreta!

Hans volvió a sumergirse en la trinchera y cogió otro de sus Panzerfaust.

Suponía que los chicos del Servicio de Patrulla habían alcanzado el tanque ruso, hasta que escuchó a Junker:

—¡Hans Petersen, maldito hijo de puta! ¡Te has cargado un jodido tanque de Stalin!

—¿He sido yo? —preguntó Hans.

—¡Sí, maldito cabrón! ¡Vamos chicos, lanzamos otra vez!

Segunda andanada. Esta vez el lanzamiento resultó totalmente anárquico. El desconcierto entre los rusos era total. ¡Otra gran explosión, otro tanque había sido alcanzado! Esta vez sí que habían sido los chicos del Servicio de Patrulla de Friedenau. Dos tanques ardiendo, dos tanques alcanzados. Quedaba uno que, víctima de las explosiones, había quedado medio volcado. Su tripulación yacía muerta a sus pies. Pero entonces Hans vio...

—¡Heinrich Hanke, maldito hijo de puta! ¡Te has cargado...!

... otro tanque que aparecía frente a ellos, un ISU-152. Movía muy rápidamente su torreta, apuntaba y disparaba.

—¡Cuidado, Junker! ¡Hay otro...! —gritó Hans.

Una tremenda explosión sacudió la trinchera. El obús había alcanzado la zona donde se encontraban los *Jungvolk*, la zona más desprotegida de la trinchera. Los cuerpos destrozados saltaron por los aires. Alaridos. Los terribles alaridos.

Hans pensó, que lo peor no era los que iban a morir allí, descuartizados, en el acto. Lo peor serían los heridos. No podían sacarlos de allí. Nadie les iba a socorrer. Iban a morir allí, entre grandes alaridos. Entre grandes dolores. Muchos de los *Jungvolk*, tras la euforia inicial, habían caído víctimas del pánico e intentaron abandonar la trinchera. Pero como Hans siempre temió, la trinchera se acabó convirtiendo en una trampa mortal. «¡Todo un destacamento de las Juventudes Hitlerianas sacrificado por cuatro tanques rusos y un puñado de soldados!», pensó Hans.

Se incorporó y volvió a disparar. Buscaba dejar fuera de combate al tanque que estaba parado. La granada cayó más allá de este. Esta vez no lo había conseguido.

El ISU-152 que había delante de ellos, volvió a disparar. Otra tremenda explosión en la trinchera. Esta vez el impacto fue en la zona central. Y nuevamente, los cuerpos

saltando. Y los alaridos. Grandes trozos de fragmentos de los escombros que había en la cabecera de la trinchera cayeron sobre ellos, en el momento en que Dietmar iba a disparar. Hans se sumergió en su trinchera y se protegió la cabeza con las manos. La noche descendió sobre la trinchera. La noche provocada por las grandes cortinas de humo negro que emergían de ella. Hans cogió otro Panzerfaust, en el momento en que escuchó a Dietmar:

—¡Hans, no veo!

Hans intentó incorporarse. Otra explosión en el fondo de la trinchera.

—¡Hans, Hans! ¡Hans, no veo! ¡Hans, no veo nada!

Hans consiguió incorporarse. Buscó a Dietmar entre el humo. Y lo vio.

Dietmar tenía el rostro ensangrentado. Una de sus cuencas oculares estaba completamente vacía. De la otra, colgaba su ojo, sujeto únicamente a la cuenca por una vena o un nervio.

—¡Hans, no veo! ¡No puedo disparar, no veo nada!

Las esquirlas de la escombrera se habían clavado en sus ojos como si fueran puñales. Hans giró su cabeza y miró hacia el frente. Vio que el ISU-152 bajaba el cañón y apuntaba a la cabeza de la trinchera.

—¡Dietmar, abajo!

—¡Hans, no veo! ¡No veo...!

Esta vez la explosión fue brutal, los alcanzó de lleno. Los escombros volaron por los aires y cayeron sobre sus trincheras de posición. Hans se introdujo en su trinchera y se volvió a proteger la cabeza.

Se incorporó. Se asomó para intentar ayudar a...

Sólo quedaba la mitad de Dietmar. Desde los hombros hacia arriba, su amigo había desaparecido. Otra terrible explosión sacudió la trinchera. Esta vez, fue en la posición de las *Blitzmädel*. Porque los alaridos eran de mujer.

Hans cogió otro de sus Panzerfaust. «Una carnicería, Dios mío, esto es una carnicería», pensó. Pero tenía que seguir. Quedaban dos tanques, las granadas explotaban a su alrededor, pero no conseguían alcanzarlos. Cuando se iba a incorporar, sintió que alguien se acercaba a su trinchera. Una chica.

Era la *Blitzmädel* de los penetrantes ojos azules. Llevaba las *Gretchen* colgadas en su espalda, agarradas a una cincha de cuero. Parecían unas alas metálicas. Miraron hacia la trinchera de Dietmar, pensando en cómo sacar de allí lo que quedaba de él. De pronto, la chica dio un brinco y se introdujo en su trinchera, estaba tan delgada que cogían los dos y aun así sobraba espacio.

Se miraron. Contarían con la mirada puesta el uno en el otro. La chica sacó una de sus *Gretchen*. Hans un Panzerfaust. Entonces, la chica hizo algo sorprendente. En medio de la muerte, de la destrucción, de los alaridos, de las cortinas de humo, de la batalla, la chica le retiró el flequillo de la frente. Seguían mirándose. Estaban muy



cerca, como dos enamorados que se fueran a besar, cada uno notaba el aliento del otro sobre su rostro. Y mentalmente contaron:

«Uno, dos, tres... ¡Vamos!».

Se incorporaron a la vez. La chica apuntó su *Gretchen*. Hans su Panzerfaust. Las dos granadas antitanque sobrevolaron el canal. La de la chica tocó tierra, pero se quedó corta. La de Hans acertó de pleno, en la torreta del tercer tanque, el que estaba parado. Frente a ellos se produjo una gran explosión. Otra gran llamarada anaranjada que se acabó convirtiendo en un hongo de humo negro ¡Otro más! ¡Otro T-34 destruido! ¡El tercero de la mañana! ¡El segundo de Hans!

Quedaba otro. El ISU-152 asesino, el que había convertido la trinchera en un matadero. Tenían que ir a por él. Junker comenzó a gritar. La chica y Hans lo miraron.

—¡Hans, maldito hijo de puta! ¡Con esto te has ganado la Cruz de Hierro...!

No pudo terminar. La gran explosión. Salieron despedidos, todo salió despedido. Cayeron sobre una masa de cuerpos viscosos. Para Hans Petersen se hizo el silencio. Y la oscuridad. La oscuridad absoluta.

---

\* \* \*

---

Hans no podía saber cuánto tiempo permaneció así. Durante todo ese tiempo, Hans tuvo tres sensaciones. La primera tenía que ver con el olor, la segunda con un gran peso que había sobre él. Y la tercera era auditiva. En la lejanía, escuchaba a alguien. Alguien que le llamaba.

—Hans.

Se acordó de Sven, su compañero en la escuela de Dahlem. El chico cuyo padre era carnicero y al que le aterrorizaba tener que acompañarlo al matadero. Recordó que Sven le decía:

—Lo peor Hans, es el olor. ¿Sabes el olor que hacen las tripas de los animales, cuando caen de la bolsa que las protege y se desparraman sobre el suelo? Es asqueroso, Hans, un olor asqueroso, un olor agrio...

Ese era el olor de la trinchera. El olor que horrorizaba a Sven. El olor de un matadero. El olor que desprenden casi noventa cuerpos descuartizados, el olor agrio de casi noventa tripas desparramadas. Y mientras pensaba en esto, un enorme peso le impedía moverse, respirar. Y una voz, un poco más cercana, le llamaba:

—Hans.

Abrió los ojos. Notó que su rostro estaba cubierto de sangre. Bajo su rostro había un brazo, pero al levantar la vista vio, que ese brazo terminaba en un horrible muñón coronado por un hueso blanco. El peso seguía sobre él. Ahora, escuchaba su nombre más cerca.

—Hans.

Fue a contestar algo, pero entonces una mano ensangrentada le tapó la boca. Había alguien sobre él. Tenía un insoportable pitido en sus oídos, pero aun así, sintió que una boca se acercaba a su oído y le susurraba:

—Mira, Hans, la posición en la que estoy es muy comprometida, algo indecorosa, podía pasar algo desagradable entre tú y yo aquí, esta mañana. Ganas no me faltan. Compréndelo, compañero, es la excitación sexual que produce la batalla. Pero no lo haré. ¿Sabes por qué?

Era Junker. El peso que casi no le dejaba respirar era Junker. Hans movió la cabeza hacia los dos lados.

—Pues yo te lo explicaré. Porque no me gustaría hacer eso sobre los muertos. Estamos encima de más de ochenta cadáveres, camarada. Pero tú y yo, no. Tú y yo no estamos muertos. Ahora te diré lo que vamos a hacer. Y tú me vas a hacer caso. Como si yo fuera tu madre. ¿Entiendes?

Hans afirmó con la cabeza.

—¿Cómo se llama tu madre? —Junker retiró la mano de su boca.

—Helga —contestó Hans.

—Muy bien, mira, pequeño Hansi, soy Helga, tu madre. Has liado una gorda, pequeño Hansi. Tú solito te has cargado dos tanques. En total, al otro lado del canal, hay tres tanques ardiendo. Nos hemos cargado a casi todos esos putos rusos. Ahora ya no disparan. Creen que estamos todos muertos. Están atendiendo a sus heridos. Ellos también gritan y lanzan alaridos, pequeño Hansi. Cuando yo te lo diga, nos arrastraremos sobre este amasijo de carne e iremos hacia el puesto de radio transmisión. El puesto ha sobrevivido, pequeño Hansi. Permaneceremos allí escondidos. Cuando los rusos comprueben que nadie se mueve aquí, y antes de que crucen el canal, tú y yo echaremos a correr hacia las casas destruidas de enfrente como si nos persiguiera el mismísimo diablo...

—Junker, aún no sé si me puedo mover...

—Cállate, y no me llames Junker, ahora soy Helga, tu jodida madre. Vas a hacer lo que te he dicho, pequeño Hansi, porque de lo contrario, tu mamá te bajará aquí mismo los calzoncillos y te dará unos azotes que no olvidarás en tu vida. ¿Lo tienes claro, mi pequeñín?

—Sí, Jun... —Junker apretó su puño contra la espalda de Hans—. Sí, mamá.

—Muy bien, hijito. Vamos allá.

Junker se apartó de él y comenzó a reptar sobre los cadáveres amontonados. Hans lo imitó. Podía moverse. Podía moverse perfectamente. Entonces Hans vio a la chica.

La *Blitzmädel* de los penetrantes ojos azules estaba de rodillas, sobre sus compañeras, completamente cubierta de sangre. Estaba jadeando, pareciera que quisiera decirle algo a alguna de sus compañeras, pero aunque lo intentaba, ningún

sonido salía de su garganta. Aún llevaba sus *Gretchen* a la espalda, cogidas a una cincha, como si fueran unas alas metálicas. Sus compañeras eran un amasijo de blusas blancas y faldas azules retorcidas.

Hans se detuvo en seco. Dejó de reptar.

Junker también la había visto. Pero seguía reptando.

—Junker, tengo que ir a por ella.

—¡Venga, Hans, hombre! ¡No me jodas ahora! ¡Mírala, le van a volar la cabeza en cualquier momento! ¡Déjala, sería un estorbo para nosotros!

—Junker, lo siento. Tengo que ir a por ella.

—¡Joder, Hans! ¡Nos van a detectar por su culpa! ¡Por su culpa y por todos estos cabrones que no terminan de morir y siguen gritando! Si esos rusos no estuvieran pendientes de la trinchera, yo mismo les descerrajaría un tiro en el cráneo, para que se callaran. Por lo menos dejarían de sufrir...

—¡No vuelvas a hablar de ellos así, Junker! ¡Son nuestros compañeros! ¡Han dado su vida por...!

—Mira, pequeño Hansi, la selección natural ha dictado sentencia. Tú y yo hemos sido superiores, y hemos sobrevivido. Ellos no. Han perecido como ratas. Además, si no querían terminar así, que se hubiesen quedado en su casa con papá y mamá...

—¿Y ella, Junker? ¡Ella ha sobrevivido!

—¡Joder, Hans! ¡Es una mujer! ¡Nos costará más salir de aquí si cargamos con ella! ¡Ella no podrá correr como nosotros!

—Sabes una cosa, Junker. ¡Que te jodan!

Hans comenzó a reptar hacia la *Blitzmädel*. Junker hacia el puesto de radio transmisión.

---

\* \* \*

---

Hans se arrastró hacia la chica. Cuando estuvo a su altura, la agarró de la falda y la tiró. La chica lo miró sorprendida, con sus penetrantes ojos azules. Tenía cara de estar enferma, como si tuviera mucha fiebre. Hans puso un dedo sobre sus labios en señal de silencio. La chica hizo un gesto afirmativo con su cabeza. Hans extendió su mano. Y la chica la cogió. Comenzaron a arrastrarse hacia el puesto de radio transmisión donde ya esperaba Junker.

Se arrastraban. Se arrastraban entre los destrozados cuerpos de sus compañeros.

---

\* \* \*

---

Se sentaron en torno al inútil equipo de transmisión. En total silencio, con la sangre resbalándoles por todo su cuerpo. Aún se escuchaban los gritos y los alaridos.

Alguien, en la cabecera de la trinchera, llamaba desesperadamente a su madre. La *Blitzmädel* de los penetrantes ojos azules no pudo evitarlo y se llevó las manos a los oídos. Intentaba no escuchar. Tenía la mirada perdida en los restos amontonados de sus compañeros, los que hasta unos minutos antes, habían sido ochenta y siete chicos y chicas llenos de vida. Hans observó que a la chica le temblaban las manos.

Enfrente, al otro lado del canal, el desconcierto seguía reinando entre los soldados rusos. Tenían tres carros T-34 totalmente destruidos, fuera de combate, y un buen número de soldados muertos o heridos. Estaban evacuando a estos últimos. Habían posicionado el ISU-152 asesino en la orilla del canal, con su cañón apuntando a la trinchera. Eso era lo que más le dolía a Hans de todo. Que no hubieran podido acabar con él.

En la trinchera, el olor a tripas reventadas y cuerpos descuartizados era insoportable. Un olor que se introducía dentro de uno, y provocaba que picara la garganta.

—Lo que has hecho hoy, Hans, es una barbaridad. Tenemos que llegar como sea al Reichssportsfeld o a alguno de los puentes que defendemos sobre el Havel, como el de Pichelsdorf. Tú allí, podrías liar una buena. Ganarías la Cruz de Hierro, cabrón —dijo Junker.

Ya está. Otro «coleccionista de medallas», pensó Hans. La escoria del Tercer Reich. Estuvo a punto de decirle que a él no le hacía falta ganar una Cruz de Hierro. Que ya tenía una en su bolsillo, la que su hermano Harald había ganado en Rusia combatiendo con las SS. Pero tipos como Junker, eran capaces de matar sólo por conseguir esa distinción y llevarla colgada sobre su cuello.

Hans pensó en Peter, el pobre Peter, preocupado por lo que pudiera pasarles a los *Jungvolk* y a las chicas. ¿Qué habría sido de él? Al llegar junto a la caseta, vio que sobre el techo había trozos de tela parda, con jirones de piel pegada a ellos. Hans supuso, que eso debía ser todo lo que quedara de Peter. Bueno, el resto debía de estar esparcido por toda la trinchera.

Hans se giró hacia la chica.

—¿Cómo te llamas?

La chica lo miró con sus penetrantes ojos azules, pero no le contestó. Intentó hablar, pero no pudo.

—¿Cómo se llama, Junker? Tú tienes que saberlo, es de los tuyos.

—Y yo qué sé, hacía mucho tiempo que no iba por la sede de Friedenau. No la conozco de nada. Gretl me comentó algo de que había venido una chica nueva de Baviera, a lo mejor es esta. Por eso anoche cantaban esa estúpida canción alpina, se la enseñaría ella a las chicas. Gretl me dijo, que era una chica muy rara, una chica extraña. Normal, si era de Baviera cómo iba a ser...

—Pues tiene agallas, Junker.

—¿Esta? Venga, no me jodas.

—Mira, Junker, cuando estaba...

—Cállate, Hans. Nos vamos. Hay que aprovechar que los rusos están ocupados. Nos vamos arrastrándonos entre todos estos —dijo Junker, con una expresión de asco en su rostro—. Cuando lleguemos al final, echamos a correr. Todo cuanto podamos. De paso nos llevaremos una bolsa de repuestos Panzerfaust. Ya la llevaré yo. Tenemos que alcanzar como sea aquellas casas destruidas. Allí descansaremos y pensaremos lo que hacer. Tú de paso podrás disfrutar con esta. Total, no creo que diga nada.

La chica lanzó una mirada desafiante contra Junker, pero este ni le hizo caso. Ni siquiera la miró.

—Venga, yo saldré primero. Luego tú. Y le das la mano a esta, a la *Gretchen*. Tenemos que llegar allí como sea, Hans, sólo así, podremos salvar el culo. Tú tira de esta, aunque tengas que arrancarle el brazo. Venga, vamos.

---

\* \* \*

---

Hicieron lo que Junker les dijo. Al llegar al final de la trinchera, comenzaron a correr, como no lo habían hecho en toda su vida, como si el mismísimo diablo les persiguiera. Pero nadie les disparó. Aun con todo, ellos siguieron corriendo, hasta que alcanzaron las casas destruidas.

La batalla del canal de Landwehr, como Hans siempre pensó, fue una carnicería. Consiguieron dejar tres tanques soviéticos fuera de combate. Y un buen número de soldados rusos muertos o heridos. Pero para los chicos de las Juventudes Hitlerianas, el balance fue dramático. Ochenta y siete chicos muertos. Sesenta y nueve de Dahlem, dieciocho de Friedenau. Y tres supervivientes. Dos de Friedenau, y uno, Hans Petersen, de Dahlem.

Durante los días 27 y 28, Junker, Hans y la chica a la que llamaban *Gretchen*, la pequeña Greta, aprendieron muchas cosas en las calles de Berlín. A protegerse de los continuos ataques artilleros. A encontrar refugios seguros, en sótanos y casas abandonadas. En una de estas, hasta tuvieron tiempo de bañarse, lavar su ropa y dormir un poco. Aprendieron a luchar en cualquier posición defensiva, en las barricadas de las calles. Fue como un curso acelerado en el arte de la guerra urbana. Pero no pudieron llegar al Reichssportsfeld, ni a los puentes como el de Pichelsdorf. Al revés, debido al curso de la batalla, se vieron avocados a luchar en esa zona a la que llamaban *Citadelle* o zona centro, el distrito gubernamental. El único lugar en el que no querían luchar. Porque como siempre dijo Junker, allí se desarrollaría la batalla decisiva, la batalla de verdad. Pero la guerra, les llevó hasta allí. Porque no nos olvidemos, que en la guerra, es esta la que dicta las normas.

Y así, acabaron en un húmedo y oscuro sótano, en las proximidades del Reichstag.

Durante aquellos dos días, los tres aprendieron a vivir entre los muertos. Y a combatir entre las ruinas.

## INTERLUDIO (ENTRE LAS RUINAS III)

*Caballeros, dentro de cien años, se estará mostrando otra excelente película a color sobre los días terribles que estamos viviendo. ¿Queréis desempeñar un papel en esa película?, ¿volver a la vida en un centenar de años? Cada uno de vosotros tiene ahora la oportunidad de elegir qué papel desempeñará en la película dentro de cien años... Resistid ahora para que, en un siglo, los espectadores no os abucheen y silben cuando aparezcáis en la pantalla.*

Josef Goebbels, sobre las ruinas, a los funcionarios del Ministerio de Propaganda, abril de 1945

*Todos vosotros conocéis la profunda melancolía que nos sobrecoge al recordar los tiempos felices. Esos tiempos que se han alejado para no volver más y de los cuales estamos más implacablemente separados que por cualquier distancia.*

Ernst Jünger

*Berlín, una posición defensiva en las proximidades del Reichstag. 29 de abril de 1945, 22:00 horas.*

*Había una preciosa casa de campo, una típica casa bávara, construida en piedra y madera. Tenía bonitos dibujos con escenas tradicionales de la vida campestre, pintados sobre la fachada. Y todos los balcones estaban decorados con flores, con bonitos maceteros cubiertos de flores rojas y blancas. Junto a la casa, se extendía una inmensa pradera de hierba muy verde, la pradera de hierba más verde que Hans hubiera visto en toda su vida. La pradera terminaba en un gran barranco, un precipicio. Al fondo se veían las grandes montañas, con sus cumbres cubiertas por nieves perpetuas. Hans pensó, que ese paisaje no podía corresponder a Berlín, porque en Berlín, no había montañas. Ese lugar debía de ser Baviera, al menos así era como Hans lo recordaba de la época en que había viajado a Munich.*

*Delante de la casa, habían colocado una larga mesa de madera, porque iban a comer. Y allí estaban todos, Helga y Kurt, sus padres, su hermano Harald y su cuñada, Katrin. Sus amigos, Heinz, Rudi y Silke. Y Astrid Müller.*

*Helga llamó a Hans, para que acudiera a comer. Hans corrió hacia la gran mesa y ocupó su sitio, al lado de Heinz, Rudi y Silke. Otra vez los cuatro amigos reunidos. Hans pensó que ese era el día más feliz de su vida. ¡Y además, había para comer su comida preferida! ¡Salchichas con salsa de patatas!*

*Helga, Katrin y Astrid servían la comida. Llevaban unos bonitos y coloristas trajes tradicionales bávaros, y una decoración floral en su cabeza. Tal como Hans siempre pensó, Katrin y Astrid se habían convertido en íntimas amigas. Todo el rato las dos chicas se hacían confidencias y sonreían. Hans pensó, que había hecho bien en contarle lo que pasó aquella noche en la tienda de Astrid. Sólo que... si Hans le había contado a Katrin lo que pasó la noche que Astrid Müller murió, ¿qué hacía allí Astrid Müller sirviendo la comida?*

*De fondo, se escuchaba una triste y melancólica canción alpina, que cantaba un*

coro de chicas:

*«Mi vuelo dorado llévame lejos  
Llévame a mi querida patria en los Alpes...».*

*Hans recordaba haberla escuchado antes en algún lugar, pero no sabía dónde. Hablaba de vuelos dorados, y de una muchacha solitaria, esperando sobre una roca de los Alpes. Y entonces, la vio.*

*Vio lo que parecía una muchacha, sola, al final de la pradera. Sobre el barranco. Sobre una roca de los Alpes.*

*Hans se lo dijo a Heinz y a Rudi. Pero ellos le dijeron que no veían nada. Se levantó y se lo dijo a todos:*

*—Mirad allí, sobre aquella roca. Allí hay alguien. Parece una chica.*

*Todos miraron hacia el lugar que Hans señalaba. Pero nadie la veía. Helga le lanzó una mirada muy seria, y le dijo:*

*—Otra vez, Hans. Otra vez con tus tonterías.*

*Su padre también le reprendió:*

*—Hans, hijo, siéntate y sigue comiendo. Allí no hay nadie. Sólo una roca vacía.*

*Ahora todos lo miraban muy serios. Todos menos Astrid. Astrid le sonreía, con la misma sonrisa que lucía en el...*

*—Hans Petersen. El hermano de Harald. El chico misterioso. El chico que ve el cielo del lobo —dijo Astrid, sin dejar de sonreír.*

*¿Qué decía Astrid? ¿El cielo del lobo? ¿Qué era el cielo del lobo? Eso también le sonaba, pero tampoco sabía de qué.*

*Hans seguía viendo allí a la chica, a la chica solitaria. Hans tenía que acercarse a la roca, todos decían que no existía, pero él seguía viéndola. Estaba seguro que sobre esa roca había una chica.*

*Y Hans echó a correr. Corrió a través de la pradera, corrió hacia la chica solitaria. Hacia la roca. Hacia el precipicio.*

*Todos lo llamaban, pero él no les hizo caso. Siguió corriendo, por la pradera, hacia la chica. Cuando estuvo cerca de ella, se detuvo. La observó. En efecto, era una chica. Pero era la chica más extraña que Hans hubiese visto en toda su vida.*

*Lo más curioso era su forma de vestir. Llevaba una falda larga, azul. Y unas botas de media caña negras. Una blusa blanca. Y un pañuelo al cuello, también negro. Pero lo más extraño, es que llevaba una especie de tubos metálicos en la espalda, asidos por una cincha de cuero. Parecían unas alas metálicas. Y un casco de hierro. ¿Pero qué hacía allí una chica con un casco de hierro?*

*Hans se acercó lentamente a ella. Pero la imagen, de pronto se veía nítida, y de pronto se desvanecía, como si tuviera interferencias. Entonces, Hans lo comprendió. Comprendió porque su familia y sus amigos no la veían.*



*Porque no era una chica.*

*Porque era un fantasma.*

*Hans se acercó más a la visión. Y quedó en el borde mismo del barranco, del precipicio. Ahora podía verle el rostro. Dos largas trenzas rubias salían de debajo de su casco de hierro. Era una chica muy guapa, con unos bonitos y profundos ojos azules. Pero ahora, de ellos caían dos grandes lágrimas. Porque la chica estaba llorando.*

*—Hola —dijo Hans.*

*—Hola, Hans —dijo la visión.*

*—¿Cómo sabes mi nombre?*

*La chica no contestó. Siguió mirando al frente y llorando.*

*—¿Tú cómo te llamas? —le preguntó Hans.*

*—Ilse. Me llamo Ilse Gruber.*

*—¿Y por qué lloras?*

*—Porque no puedo ver las montañas, Hans. Por más que las miro, no las puedo ver.*

*—Las montañas están ahí, Ilse. Abre bien los ojos, las tienes que ver.*

*—No, no puedo verlas, Hans. Las intuyo, las siento, pero no las veo. No las podré ver nunca más.*

*—Me tengo que ir, Ilse. Mi familia me espera.*

*Entonces la chica extendió su mano hacia él.*

*—Ven conmigo, Hans. Allí detrás no hay nadie.*

*Hans se giró y vio a toda su familia, llamándolo.*

*—Lo siento Ilse, me tengo que ir. Ellos me esperan.*

*Hans intentó caminar, pero no pudo. Sus pies no se movían. El luminoso cielo azul había desaparecido. Ahora un inmenso cielo rojo lo cubría todo. Como una gran bola de fuego. Ahora lo recordaba. El cielo del lobo. Era el cielo que veía en sus sueños infantiles.*

*Como si una nube pasara a través de ellos, una neblina rojiza cubrió el valle que se extendía a sus pies. Y las cumbres de las altas montañas. Hans comprendió por qué la chica no veía las montañas. Porque ahora él tampoco las podía ver. El cielo rojo y la neblina roja lo cubrían todo.*

*—Ven conmigo, Hans. Allí detrás no hay nadie.*

*Hans se giró. Y entonces se dio cuenta. Allí, al fondo, junto a la bonita casa bávara, la imagen de su familia y amigos, de vez en cuando se veía nítida, pero de pronto se desvanecía. Como si la imagen tuviera interferencias.*

*Hans lo comprendió. Hans no podía volver. Porque Helga y Kurt, y Harald y Katrin, y Heinz, Silke y Rudi, y Astrid Müller, no eran reales.*

*Eran fantasmas.*

—¿No son reales, verdad Ilse?

—No, Hans. Son fantasmas. Aquello es una ilusión. Sólo yo soy real. Y tú. Y el cielo rojo. Y... mira hacia abajo.

Hans miró. El valle y la neblina roja, habían desaparecido. Ahora todo lo ocupaba un enorme torbellino, que giraba y giraba. Como un abismo, como el abismo que se abría tras la imagen de El holandés errante, en la portada del disco de su madre. Ese abismo también formaba parte de sus sueños infantiles. Como el cielo rojo. Como el cielo del lobo.

Hans ocupó la misma roca que la chica. La roca sobre los Alpes. La chica estaba tan delgada que cogieron los dos y aun así sobraba espacio.

Ahora Hans sí que cogió su mano. La miró.

—¿Qué tenemos que hacer, Ilse?

—Saltar. Saltar sobre el abismo.

—Como quieras, Ilse.

Saltaron. Saltaron al vacío. Saltaron sobre el abismo.

---

\* \* \*

---

Hans se despertó. Notó el tacto rugoso de la falda de la chica sobre su rostro. Ella le acariciaba el pelo. Cuando se iba a incorporar, un oficial de la Wehrmacht le tocó en el hombro.

—Chico, ¿tú eres Hans Petersen?

Hans se incorporó de golpe. La chica también. Intentaron hacer el saludo nazi, pero el oficial les interrumpió.

—Sin saludos, esto es una guerra, no un cuartel. Aquel chico de allí —el oficial señaló a Junker, que seguía hablando con unos soldados de las SS *Carlo-magno*—, nos ha dicho que eres muy bueno con el Panzerfaust. Que has dejado fuera de combate dos T-34. Venid conmigo, os voy a enseñar la posición que ocuparás. Los rusos están al caer.

Subieron hasta la planta superior por una gran escalera. Estaban en un edificio en ruinas, lo que en tiempos debió de ser un ministerio o una embajada en la zona gubernamental. El tercer anillo defensivo. El último.

El edificio se alzaba sobre una plazuela. En ella convergían dos estrechas callejas. Por allí vendrían los rusos. Era un paso obligado para intentar llegar a la gran explanada de la Königsplatz y del Reichstag por ese flanco. Otra vez su misión sería camuflaje y ataque. Pero esta vez con opción.

Llegaron a la planta superior. Había un ajeteo terrible en el edificio. Todo el mundo iba de aquí para allá, camuflando sus armas. Se acercaron a un balcón. El oficial comprobó que el balcón resistiera. Lo haría. Era de piedra y estaba en muy

buen estado. El oficial, Hans y la pequeña Greta se asomaron al balcón. Era noche cerrada. El cielo rojo de Hans Petersen tenía ahora un color más intenso. Un color de sangre negra. Por todos sitios se escuchaban traqueteos de ametralladora y fusiles, y explosiones de artillería. La gran torre Flack del Tiergarten entraba ahora en acción. Parecía que disparaba hacia la zona del puente de Moltke. Grandes cortinas de humo negro y llamaradas anaranjadas brotaban como hongos de los edificios de la zona centro de Berlín.

—Bien —dijo el oficial—. Te colocaremos aquí, chico. Te cubriremos con una lona. Tú abrirás la batalla. Serás como el corneta de Rilke. ¿Entiendes? Bueno, da igual. Cuando tengas el primer tanque a tiro, sin riesgo de fallo, dispararás tu Panzerfaust. Piensa que vas a ser la pieza fundamental de la operación, desmontaremos el camuflaje cuando escuchemos la explosión que tú provoques. En ese momento, desataremos una tormenta de fuego. Pero tú a la tuyo, dispara tus Panzerfaust contra todo objetivo que tengas a tu alcance. Ahora, abajo, os explicaré al detalle la operación completa. Pero recuerda siempre, tu objetivo es el primer tanque, el que abra la comitiva. Y tu disparo es crucial. La vida de todos nosotros reposará en tus manos. En que no falles. Ah, otra cosa. Si los tanques rusos alcanzan el edificio, abandona el balcón. Se vendrá abajo. Tienes un buen número de ventanas. Elige la que quieras y sigue disparando tus Panzerfaust. ¿Alguna pregunta?

—Sí, señor —dijo Hans, con tono marcial—. ¿Y ella?

—Ella... la colocaremos abajo...

—No. Nosotros todo lo hacemos juntos. Somos un equipo.

La chica lo miró con un gesto de extrañeza. El oficial dio unos pasos para atrás y miró a los dos de arriba abajo.

—Vale, total ninguno de los dos abultáis una mierda. Estaréis los dos en el balcón. Venga, vamos abajo. Ahora os explico a todos la operación completa.

---

\* \* \*

---

Acompañados por el oficial, descendieron por la gran escalera. Hans observó que la chica seguía teniendo esa eterna cara de fiebre. Como si estuviera enferma. Hans había jurado para sí mismo no separarse nunca de ella. Era todo lo que quedaba del canal de Landwehr. De la memoria y del recuerdo de todos sus compañeros. De los sesenta y nueve de Dahlem y los dieciocho de Friedenau. Además, se lo había prometido a Peter. Le prometió que cuidaría de ellos. Sólo quedaba la chica, y cumpliría su palabra, cuidaría de ella. Aun a costa de su propia vida. Había dado su palabra a un camarada. Y dar su palabra, en Hans Petersen, equivalía a comprometer su juramento.

Ahora todos estaban reunidos en torno al oficial, a los pies de la gran escalera.

Este se había subido encima de un cajón de munición. Comenzó a hablar:

—Vale, venga, un poco de silencio. Vamos a intentar ordenar esto. Os comento la orden de ataque. Los rusos aparecerán por una de esas dos callejas. Será una trampa mortal. Como una tubería para una rata. Una tubería sin salida. La orden de ataque la darán estos chicos —el oficial se giró hacia ellos—, cómo te llamabas chico, Herm...

—Hans, señor. Hans Petersen, señor.

—¿Y ella? —preguntó el oficial.

—No lo sé, señor, no habla.

—Vaya, ahora la chica es muda. Empezamos bien. Bueno, os llamaremos... —el oficial los miró de arriba abajo otra vez—..., Hansel y Gretl. Eso. Eso estará bien.

Hans y la chica se miraron. Por primera vez, ella tenía un gesto divertido en el rostro.

—Bueno, cuando los rusos aparezcan, Hansel y Gretl lanzarán el primer ataque. Vosotros —el oficial señaló a los veteranos de las Juventudes Hitlerianas—, con los...

—Perdone, señor —dijo con un fuerte acento francés un soldado de las SS *Carlomagno*—, ¿no sería mejor que en el balcón hubiera sólo uno? Pasaría más desapercibido...

—No —contestó el oficial—. Estos dos son un «equipo», caballeros —dijo el oficial señalando a Hans y a la *Blitzmädel*—. Estos dos respiran juntos, comen juntos, duermen juntos, y cagan juntos. Así, que también lanzan granadas antitanque juntos —se escucharon risas entre la tropa—. Venga, menos risas, estamos perdiendo una guerra. Como acciones como estas no salgan bien, mañana la Alemania de Adolf Hitler y nosotros seremos sólo un triste recuerdo de la historia.

Se hizo el silencio. El oficial prosiguió:

—Cuando Hansel y Gretl lancen el primer ataque, los veteranos de las Juventudes utilizaréis las posiciones *Panzerschrek*, que hay debajo del balcón y alcanzaréis al último tanque. Crearemos dos cortinas de fuego, y encerraremos dentro al resto de los blindados. Entonces, comenzará el concierto. Saldréis de todos los lados. Los soldados que acompañan a los tanques intentarán llegar a la plazuela. Dispararéis con todo. Ametralladoras, fusiles, pistolas, lo que sea. Los *Panzerfaust* de las Juventudes y de la *Carlomagno* seguiréis lanzando vuestras granadas contra el resto de los tanques. Os proporcionaremos también granadas de mano, no vamos muy sobrados de *Panzerfaust*. No quiero que sobreviva ningún jodido bolchevique a esta emboscada. Me gustaría que mañana por la mañana, se bautice a esta plaza como el matadero central de Berlín. ¿De acuerdo? Para dar más credibilidad al camuflaje estamos construyendo en la plaza una falsa barricada, para que los blindados crean que es la única defensa y la operación cuele. Aquí hay soldados de diferentes nacionalidades. ¿Me habéis entendido todos bien?

—¡Sí! —contestaron todos.

—Muy bien. Ahora todo el mundo a sus puestos. Una cosa más. ¡Europa no perecerá en Berlín! ¿Está claro?

—¡Sí! —volvieron a contestar.

El oficial observó a sus hombres, que salieron disparados en todas las direcciones. Estaban los chicos de las Juventudes Hitlerianas, soldados de la Wehrmacht y de las *Waffen SS*, los franceses de las *SS Carlomagno*, escandinavos de las *SS Nordland*, especialmente fieros en el combate, voluntarios españoles de la Legión Azul y Camisas Negras italianos.

«Madre mía», pensó el oficial. «Y pensar que todo esto es en lo que se ha convertido el glorioso ejército alemán».

---

\* \* \*

---

Hans y la chica subieron a la planta superior del ruinoso edificio y ocuparon su posición en el balcón. Un soldado italiano les dijo en un paupérrimo alemán:

—Esperad aquí. Ir tomando posición. Ahora os traemos la lona.

Esperaron. Hans llevaba un rato pensando en su familia. Hacía seis días que no sabía nada de ellos. De sus padres, Kurt y Helga, de Katrin. No sabía el porqué, pero esa noche se acordaba más de ellos que cualquiera de los días anteriores. Y se acordaba también mucho de Dahlem. ¿Qué habría pasado? ¿Estarían ya allí los rusos? ¿Habrían comenzado los combates? Se acordó de Dieter. ¿Habría resistido la sede? ¿Habrían puesto las hordas del Este sus asquerosos pies en ella? Esa noche, ese tipo de preguntas lo torturaban.

Otro soldado volvió con una lona. Silbaba la melodía de *Berlín, Berlín, te quiero incluso en la oscuridad*, una canción que se había puesto de moda cuando comenzaron los ataques aéreos. Hans y la pequeña Greta tomaron posición. Él colocó escrupulosamente sus Panzerfaust. Ella extrajo una *Gretchen* de la cincha de su espalda. Tomaron posición de combate, tumbados en el suelo del balcón, uno junto a otro. El soldado los cubrió con la lona. Entonces, les dijo:

—Hansel, si esto sale bien, te permito que hagas con Gretl lo que quieras aquí mismo.

Y se fue dando una fuerte carcajada, antes de volver a silbar la misma melodía con la que había llegado. Hans le lanzó al soldado una mirada con ojos fieros, desafiantes. Pero la chica intentó reír. Desde que la viera por primera vez en la trinchera del canal, esta era la primera ocasión que había intentado reír. Abrió la boca, hizo la acción, pero de ella no brotó ningún sonido. Hans se quedó mirándola con un rostro serio. La chica puso también un rictus de seriedad en su rostro y desvió la mirada de la de Hans, mirando hacia los lados. Hans seguía mirándola con el mismo

rictus serio en su rostro. La cabeza, las coletas y el casco de hierro de la chica desaparecieron bajo la lona.

Sólo entonces, Hans sonrió.

---

\* \* \*

---

Los rusos llegaron a Dahlem la misma tarde de la partida de Hans. Esa mañana, Helga y Katrin habían acudido al Grunewald. Llegaron con seis grandes sacos. Había mucha gente haciendo lo mismo. Tenían que borrar toda una vida de recuerdos, toda una vida bajo el nacionalsocialismo. Sabían que en cuanto los rusos llegasen, comenzarían los registros domicilio a domicilio. Y no querían que encontraran nada que les vinculara al agonizante régimen de Adolf Hitler. Y ellos, tenían muchas cosas que les vinculaba.

Hicieron una pequeña hoguera, que fue creciendo en intensidad. Comenzaron con el cuadro del Führer y los dibujos de Hans. Los dibujos de lobos, de seres legendarios. Sus estrategias militares, recortes de periódicos, y biografías de grandes generales, avivaron el fuego. Luego, continuaron con todos los papeles personales de Kurt. Y con sus libros. Arrojaron al fuego incluso el volumen de *Mein Kampf* firmado por el Führer, que Katrin y Harald recibieron de regalo de las SS el día de su boda. Quemaron todas las fotos en que los miembros de la familia Petersen aparecían de uniforme. Eran casi todas.

Después comenzaron con los uniformes. Los de Kurt y Katrin como funcionarios del sindicato DAF. Los de Harald en las SS. Los de Hans en las Juventudes Hitlerianas. Y los uniformes de Astrid Müller.

Mientras observaba la hoguera, Katrin pensó en la diferente manera en que los padres de Hans se habían tomado su partida. Kurt había sido movilizado por el *Volkssturm* esa misma mañana. Pese a leer en la carta de despedida de Hans, que él no había sido responsable de la decisión definitiva de su hijo, el hombre lo encajó mal. Se sentó llorando en la mesa del salón, con la carta de Hans en una mano, y cubriéndose la cara con la otra. Se culpaba de la vida de su hijo, de haberle inculcado todas esas ideas sobre el nazismo. De no haber hecho caso a Helga, que vio desde el principio que la aventura en la que se había embarcado Alemania iba a acabar mal. Muy mal.

Para Katrin, la forma en que Helga se había tomado la marcha de Hans sí que había sido sorprendente. Lo hizo con una entereza absoluta. Se sentó en la cama de su habitación, leyó la nota, y la guardó en la mesita junto a la cabecera de su cama.

—Perdona, Katrin, que me la quede. Sé que iba dirigida a ti. Pero comprenderás que es mi hijo.

—Lo entiendo, Helga. Claro que lo entiendo.

Helga se levantó y se acercó a ella. Le acarició la cara, y en un gesto inusual en ella, le besó la frente. Mientras le sonreía, Helga le dijo:

—Ya está, Katrin. Llevaba muchos días esperando esto. Era algo inevitable. Ya lo he perdido, Katrin. Ya los he perdido a los dos. Ya he perdido a mis hijos.

---

\* \* \*

---

Mientras regresaban a su domicilio, escucharon el sonido de los primeros blindados soviéticos que avanzaban sobre Dahlem. Corrieron hacia su casa. Katrin llevaba su uniforme del cuerpo de enfermeras del Reich. Pero ese día, había decidido no acudir al hospital. No podía dejar a Helga sola.

Cuando llegaron, Helga se empeñó en subir a buscar a los señores Kersten. Eran muy mayores, suponía que estarían asustados. Era preferible, que los cuatro esperaran los acontecimientos de las próximas horas juntos, en casa de Helga. Pero aunque tocó muchas veces a su puerta, los señores Kersten no abrieron. Helga volvió a su casa, echó los cerrojos, y junto a Katrin, se sentó a esperar.

---

\* \* \*

---

Los señores Kersten no abrieron a Helga Petersen. Ni a los rusos. Ni a nadie. Como muchos berlineses, en ese momento, estaban haciendo un pequeño ritual para recibir a los rusos. En ese momento, se estaban vistiendo con sus mejores galas, las mismas que se pusieron el día de la boda de Harald y Katrin. Frau Kersten, un anticuado vestido que debió de estar de moda a principios de los años veinte. Herr Kersten, su uniforme de gala de los ejércitos del Kaiser. Sobre la mesita de noche de su cama, colocaron dos vasos de agua y dos cápsulas de ácido prúsico. Las tomaron y cogidos de la mano, se tumbaron en la cama.

Mientras esperaban la llegada de la muerte, escucharon el sonido de los blindados rusos pasar por debajo de la ventana de su casa. Y el inicio de los primeros combates. El señor Kersten aún tuvo tiempo para dirigirse a su mujer y antes de morir, decirle:

—Tranquila, ahora ya pueden venir los rusos.

---

\* \* \*

---

En casa de los Petersen, también escucharon a los blindados. Y los aterradores combates. En silencio. Helga y Katrin. Sentadas cada una en una silla entorno a la mesa del salón.

En Dahlem hubo dos focos principales de combate. El mayor, la gran batalla, estaba en los alrededores del Instituto Kaiser Wilhelm, donde la Alemania de Adolf Hitler estaba desarrollando, entre otros proyectos, la construcción de su bomba atómica.

El otro frente fue la sede de las Juventudes Hitlerianas. Allí, Dieter Baumann y otros treinta veteranos de las Juventudes, miembros del Servicio de Patrulla, se habían parapetado en su interior y resistían de forma heroica el ataque de las tropas de asalto rusas. Los rusos se las prometían muy felices, pero los chicos de Dieter habían fortificado el edificio y ofrecían una resistencia feroz. Una y otra vez, los rusos intentaron el asalto. Una y otra vez, fueron rechazados.

La batalla se prolongó durante toda la noche. Sobre el alba, el oficial ruso a cuyo cargo estaba el asalto, tuvo que pedir refuerzo de blindados. Los rusos tampoco prosperaban en el Kaiser Wilhelm, así que mandaron a un solitario T-34.

En el interior de la sede, Dieter sabía que la llegada del blindado podía poner fin a la resistencia. Así, que mandó a uno de los chicos, Karl, al interior del santuario a preparar la sorpresa. Dieter no tenía miedo a la muerte. Había mandado a setenta chicos a morir al canal de Landwehr, en una misión suicida. Lo mínimo que él podía hacer, por ellos y por su memoria, era morir también. Y como harían sus chicos, morir matando.

El blindado abrió fuego contra la puerta central de la sede. La fachada principal se vino abajo, y con ella, cayeron las dos grandes banderas, la del Reich y la de las Juventudes Hitlerianas que durante años la habían presidido. Las banderas cayeron envueltas en llamas.

En el interior, Dieter y sus chicos atravesaron corriendo la gran sala. Arrancaron la cortina negra que la separaba del santuario. El cartel en el que se podía leer la leyenda «Hemos nacido para morir por Alemania», cayó al suelo. Alguien lo pisó.

Los rusos asaltaron el edificio. Entraron muy lentamente en la gran sala. Primero diez, luego diez más. Y diez más. Y diez más.

Dieter y sus chicos estaban al fondo, en el santuario. Con las armas bajadas.

Los soldados rusos apuntaban con sus fusiles. Dieter y sus chicos arrojaron las armas. Era una rendición. Eran veintinueve chicos.

En un lateral, en el cuerpo de guardia del Servicio de Patrulla, había un pequeño ventanuco que daba, a la ahora en ruinas, puerta principal. Allí, estaba apostado el chico número treinta. Llevaba un Panzerfaust entre sus manos. Los soldados rusos en su entrada a la sede, no lo habían detectado. Pero él tenía a tiro de Panzerfaust al blindado soviético.

En señal de rendición, los chicos de las Juventudes arrojaron sus banderas y estandartes, en el espacio de la sala que les separaba de los rusos. Todas menos una. Menos la principal. La bandera fundacional de 1928. Esa la llevaba en el bolsillo de



su pantalón Hans Petersen.

Se escuchó una gran explosión en el exterior de la sede. El chico del Panzerfaust había destruido el T-34.

Dentro de la sede, ante el desconcierto y la sorpresa de los rusos, Dieter gritó:

—¡Ahora, Karl!

Los explosivos se activaron. Eran explosivos plásticos adosados a latas de gasolina. La sede explotó. Y en su interior se formó una gran bola de fuego.

Dieter Baumann y los veintinueve chicos de las Juventudes Hitlerianas murieron en el acto. Casi cuarenta soldados rusos murieron abrasados en la gran sala. En total, contando otra treintena de soldados rusos fallecidos durante la noche, los rusos habían perdido en el asalto a esa sede de las Juventudes Hitlerianas casi setenta soldados. Y un blindado.

Acciones como esta, demostraron a los generales rusos Zhukov y Koniev, que dirigían la operación *Berlín*, dos cosas. La primera, que si esto sucedía en el extrarradio, la matanza en la zona centro de Berlín, calle a calle, casa a casa, sótano a sótano, iba a ser tremenda. Que las bajas para el Ejército Rojo iban a ser dramáticas. Que aquella ciudad era una ratonera. Hans Petersen no se equivocó en su apreciación de que el Ejército Rojo iba a vivir una de las mayores sangrías de la guerra al poner sus pies en Berlín. Se estima que medio millón de soldados soviéticos perecieron durante la toma de la capital del Tercer Reich.

La segunda, que sin duda, el fanatismo de los chicos de las Juventudes Hitlerianas los convertía en el mayor peligro en la misión de tomar Berlín.

---

\* \* \*

---

El santuario de la sede de las Juventudes Hitlerianas estaba envuelto en llamas. Todo ardía. Ente otras cosas, los pequeños ramos de flores que la mañana anterior Hans había dejado antes de partir hacia la funesta trinchera del canal de Landwehr, y los retratos de Heinz Hoeness y Astrid Müller.

Y fue así, devorados por las llamas, como los retratos de Heinz Hoeness y Astrid Müller desaparecieron. Para siempre.

Y Heinz y Astrid entraron en el olvido.

El olvido eterno.

---

\* \* \*

---

Parapetados bajo la lona, Hans y la pequeña Greta observaban cómo los blindados y los soldados de asalto que los acompañaban avanzaban lentamente por la calleja, enfrente de su posición. Todo estaba saliendo según lo previsto. Los soldados rusos

que acompañaban a la comitiva de blindados vigilaban cada ventana, cada sótano, cada balcón, cada ruina. Tenían un miedo terrible a esos chicos que emergían de la nada con sus Panzerfaust. Se habían convertido en la mayor pesadilla del Ejército Rojo.

Eran ocho tanques, seis T-34 y dos ISU-152. Los T-34 se estaban mostrando muy efectivos para la lucha urbana, aunque eran muy vulnerables al ataque de los Panzerfaust. Hans sin embargo consideraba que eran lentos, y que precisamente ese era el motivo de su vulnerabilidad. Sin embargo, los ISU-152...

A Hans se le aceleró el corazón cuando vio aparecer los dos últimos tanques. No podía quitarse de la cabeza el ISU-152 que había convertido en un matadero la trinchera del canal de Landwehr. La chica lo advirtió e intentó tranquilizarle, acariciándole la mano. Pero Hans ni siquiera lo percibió. Él se limitaba a acariciar el tubo metálico de su Panzerfaust, mientras esa palabra, *Balmung*, volvía a cruzar por su mente. Al contrario de lo que sucediera en el canal, en esta ocasión Hans Petersen tenía miedo. Miedo a hacerlo mal. La vida de todos esos hombres, soldados de verdad, estaba en sus manos. Si Hans y la chica no acertaban, y el camuflaje se desmontaba, todos ellos estarían muertos. Uno solo de esos tanques podía provocar que el edificio se viniera abajo. Y después, como sucedió en el canal, volvería a producirse una carnicería. Y otra vez, ellos serían las víctimas de esa carnicería.

El primero de los T-34 entró en la plazoleta y se acercó a la falsa barricada. Las tropas de asalto tomaron posiciones, ante la posibilidad de que los Panzerfaust aparecieran detrás de ella. El tanque cargó contra la barricada, provocando un gran estruendo.

La chica miró a Hans. Había llegado el momento. Pero Hans hizo un gesto negativo con la cabeza. La chica puso un rictus de extrañeza en su rostro. El blindado se encontraba a una distancia perfecta para ellos. Pero a Hans no le preocupaba el primer tanque, sino el último, el que los chicos del Panzerschrek tenían que neutralizar para crear la cortina de fuego, uno de los ISU. Ese último tanque había quedado atascado en la bocacalle que daba acceso a la calleja, sólo la parte delantera y el cañón eran visibles desde el balcón. Y para las posiciones Panzerschrek, porque estas estaban prácticamente situadas debajo del balcón. Esperarían. Aunque no les hizo falta esperar mucho.

El último blindado giró por la bocacalle, cuando el T-34 reinició la marcha tras destruir la barricada. Ese sí era el momento.

Hans y la chica se miraron. Ahora el gesto que hizo Hans con la cabeza, fue afirmativo. Los fanáticos ojos azules de Hans, se centraron en los fanáticos ojos azules de la chica. Contarían con la mente.

Uno.

Dos.

Tres.

¡Sorpresa! ¡Aparecieron Hansel y Gretl!

Casi a la vez, las granadas antitanque salieron del Panzerfaust de Hans y de la *Gretchen* de la chica, en dirección a la torreta del T-34. Sin saber cuál era el resultado de la acción, volvieron a sumergirse bajo la lona.

Una tremenda explosión. Una llamarada anaranjada iluminó la noche. ¡Habían volado por los aires el T-34! ¡Y lo habían hecho los dos!

Los veteranos de las Juventudes aparecieron por sorpresa y lanzaron la carga explosiva de sus Panzerschrek contra el ISU-152 que cerraba la comitiva. Lo alcanzaron de lleno. El ISU explotó al final de la calleja.

Entre los rusos se desató el pánico. Los soldados de asalto corrieron hacia la plazoleta. Corrieron hacia la muerte.

El resto de los tanques quedaron atrapados e inmovilizados entre dos cortinas de fuego. Sus tripulaciones saltaron del interior de ellos.

Entonces, comenzó el concierto. Los soldados alemanes aparecieron por todos los sitios, por todo el edificio. Emergieron de entre las ruinas. Ante ellos, las tropas de asalto rusas se convirtieron en carne de cañón.

En la puerta principal, tres soldados de la Wehrmacht manejaban una ametralladora. Esta escupía sus balas en todas las direcciones. Desde los escombros, las ventanas, escondidos entre viejos utensilios amontonados, las metralletas, los fusiles y las pistolas abrieron fuego. El suelo de la plazoleta se fue cubriendo de soldados rusos muertos.

Hans y la chica no daban crédito al espectáculo al que estaban asistiendo. Pero no tenían tiempo para celebraciones, ya lo harían luego. Ahora volvían a tener en sus manos el Panzerfaust y la *Gretchen*, y debajo de ellos, seis blindados soviéticos por destruir. ¡Esta era su venganza del canal de Landwehr!

Hans y la chica, los veteranos de las Juventudes con sus Panzerschrek y los Panzerfaust de las SS *Carlomagno*, con los que ahora combatía Junker, terminaron el trabajo. Hans y la pequeña Greta destruyeron el segundo tanque. Entonces sí que se abrazaron. Los SS *Carlomagno* y Junker destruyeron el tercero, el cuarto y el quinto. Los Panzerschrek el sexto y el séptimo.

En la plazoleta continuaba la carnicería. La batalla duró unos cinco minutos. Luego, quedaron los blindados en llamas y el silencio, un silencio sólo roto por los alaridos de dolor de los soldados rusos heridos.

Una vez más, como pasaría muchas veces durante esos días, las estrechas y angostas callejas del viejo Berlín se convirtieron en una trampa para los blindados soviéticos y los soldados que los acompañaban. Una trampa letal.

Desde el balcón, Hans y la pequeña Greta tenían una visión excepcional de la batalla. Por la calleja, ocho tanques ardiendo y lanzando grandes llamaradas. En la

plazoleta, todos los soldados rusos muertos o heridos. Para el Ejército Rojo esa plazoleta ya tenía un nombre. El matadero central de Berlín.

El avance de los rusos para intentar alcanzar la gran explanada de la Königsplatz, por ese sector, había fracasado estrepitosamente.

Antes de abandonar el balcón, Hans y la pequeña Greta vieron a Junker. Caminaba entre los soldados rusos heridos, junto a otros soldados de las SS. Llevaba la Walther en la mano. Se acercaba a los soldados rusos heridos, les enseñaba la Walther y decía:

—¡Mira, mira, mira lo que tiene mamaíta!

Cuando los soldados rusos levantaban los brazos pidiendo ayuda, Junker les gritaba:

—¡Muy bien, muy bien, levanta los brazos buscando a mamaíta! ¡Que mamaíta te va a dar el biberón!

Y les descerrajaba un tiro en la cara. Ni siquiera hacía como los otros SS que disparaban al cráneo, no. Él disparaba sobre el rostro de los heridos.

Hans miraba la escena con un rictus de asco en su rostro. Eso no era parte de la batalla, eso era una cruel ejecución. Algo muy propio de tipos como Junker.

---

\* \* \*

---

En el edificio se vivían unos momentos de euforia total. Los soldados brincaban, saltaban, se abrazaban alborozados. La operación había sido todo un éxito. Por un momento, en todos esos hombres reinó la certidumbre de que la guerra no estaba irremediablemente perdida. Hans y la chica fueron felicitados por todos. El inicio de la operación había sido impecable. En ocasiones, llegaban hasta ellos los sonidos de la batalla que procedían de más allá de la gran explanada de Königsplatz, donde se levantaba el edificio del Reichstag, en concreto procedían del edificio de la Ópera Kroll. Hans pensó, que era imposible calcular el tiempo que los defensores de la Ópera Kroll llevaban resistiendo las embestidas del ejército soviético.

Al pie de la gran escalera, un soldado español empezó a cantar. Los chicos de las Juventudes Hitlerianas, incluido Hans, se pusieron a tocar palmas. Era un hombre moreno, con una barba cerrada. Se le unieron el resto de sus compañeros, de «camisas azules». Era una canción del Mediterráneo, una canción del sur. Resultaba anacrónico. Esa melodía interpretada allí, en el norte, en ese manicomio demencial en el que se había convertido la ciudad de Berlín. Hasta la pequeña Greta se puso a bailar, cogiéndose con las dos manos la falda y moviéndola, como si fuera una gitana.

Un soldado de la Wehrmacht que pasaba junto a ellos, se los quedó mirando y comentó:

—No cantéis tan pronto victoria. Ellos volverán. Ellos siempre vuelven.

Pero no le hicieron caso. Los soldados españoles de la Legión Azul siguieron cantando. Y los chicos de las Juventudes Hitlerianas, dando palmas. Y la chica bailando, como una gitana.

Porque habían cosechado una victoria. Porque habían frenado en seco al Ejército Rojo. Y ese momento, nada, ni nadie, se lo iba a estropear.

*Berlín, una posición defensiva en las proximidades del Reichstag. Madrugada del 30 de abril de 1945, sobre las 02:00 horas.*

Hacía mucho frío. Pese a que estaban en el mes de abril, en el inicio de la primavera, la noche era más típica del invierno que de la estación en la que se encontraban. Hans y la pequeña Greta estaban sentados sobre un cajón de munición, como dijo el oficial, abultaban tan poco que los dos cogían en una sola caja. Se protegían del frío con una lona, la misma lona que los había cubierto en el balcón.

La euforia y la algarabía del triunfo conseguido, había dado paso, mientras transcurría la noche, a la preocupación. La preocupación y la espera. Esperaban el siguiente ataque de las tropas rusas, un ataque que ahora sería diferente, que para ellos se convertiría en una operación de defensa de la posición. Porque ahora su camuflaje había sido descubierto.

Un soldado de las SS se acercó a ellos con dos vasos de café en la mano. Esos feos vasos de metal del ejército.

—Venga, Hansel, Gretl, reponer fuerzas. Por lo menos, esto os calentará un poco. Y os hará cagar.

Hans observó el café. La especialidad de la casa en el restaurante del infierno. Tenía un olor nauseabundo. En realidad era agua caliente con una especie de colorante. Sorbieron a la vez. El sabor era peor que el olor. Sabía a perro muerto. Pero Hans pensó, que el soldado tenía razón. Que ese agua caliente, en el estómago, les serviría por lo menos para limpiar los intestinos.

No había luz. En la calle, sólo las llamas de los blindados que aún ardían iluminaban la noche. Por todo Berlín, eran las casas en llamas la única luz que guiaba a los soldados, fueran del bando que fueran. Y a esas horas, casi no quedaba una casa en el centro de Berlín que no fuera presa de las llamas. Los sonidos de la batalla se seguían escuchando por todo el centro de Berlín. Allí se descansaba, pero en muchos otros lugares se combatía. Porque la batalla no descansaba nunca. De vez en cuando, la torre Flack del Tiergarten entraba en acción, casi siempre en dirección al puente de Moltke y a la zona que llamaban el barrio diplomático.

De pronto, la chica hizo un ruido extraño, una especie de «glub». Miró a Hans con sus profundos ojos azules y un gesto de extrañeza. Se levantó. Se quitó la cincha de cuero con la que sujetaba sus *Gretchen*, y las dejó sobre la caja de munición, junto a Hans. Abrió los brazos y mientras pataleaba, le hizo un gesto a Hans como

preguntando «¿Dónde?». Hans señaló hacia el final del edificio, una zona que estaba llena de trastos amontonados y antiguos utensilios de oficina.

La chica echó a correr como una loca hacia el final del edificio. Hans pensó, «mira, a esta ya le ha hecho efecto el agua caliente».

Hans clavó su mirada en un muro medio derruido, por el que podía verse la calle que conducía a la gran explanada de la Königsplatz. Allí, un grupo de hombres del *Volkssturm* estaban levantando una barricada, esta vez de verdad, para contener a los rusos en caso de que ellos no aguantaran su embestida. Hans pensó, que a lo mejor alguno de aquellos hombres podría ser su padre. Aunque no lo demostrara, cada hora que pasaba le torturaba más la idea de no saber nada de su familia. Mantenía la esperanza de encontrarse con su padre en alguna de aquellas calles. Hasta albergaba la ilusión de combatir junto a él. En compañía de su padre había comenzado su iniciación en las ideas del nacionalsocialismo. Y en compañía de él, le gustaría terminar su vida. Pero de momento, Hans no lo había visto. No tenía ninguna noticia suya.

---

\* \* \*

---

Kurt Petersen participó la mañana que Hans se fue al canal de una siniestra ceremonia en el centro de Berlín. Los miembros del *Volkssturm* realizaron esa mañana un juramento de fidelidad al Führer delante del mismísimo Josef Goebbels, jefe del distrito de Berlín, y de la Bandera de Sangre. Goebbels les obsequió con un tradicional discurso de resistencia, usado de forma insensible por los jefes nazis durante aquellos últimos días del régimen. Pero Kurt no escuchó el discurso. Kurt Petersen no estaba para discursos. No hacía nada más que pensar en su hijo Hans, al que consideraba que había avocado a una muerte segura. No paraba de recriminarse el no haber hecho caso a Helga, el no haber visto a tiempo las cosas. Hacía mucho tiempo que debía haber dejado su trabajo en el partido, en el sindicato DAF, y haber salido de Alemania, con su mujer y su hijo. A Suiza, o a algún otro país no beligerante. Kurt pensaba que no había estado a la altura. Que no había sido, ni un buen marido, ni un buen padre.

Formaba allí, con su uniforme del partido, y con un viejo fusil, de los que el ejército alemán había incautado a los franceses tras la invasión de 1940. Pronunció el juramento con poca convicción, y después, como todos los demás, desfiló en filas de a doce por las calles de Berlín. Los berlineses los miraban en silencio desde las aceras. La cara de la gente, ante su paso, era de escepticismo. «¿Estos son los hombres que nos van a defender del Ejército Rojo?», parecían decir. Y tenían razón, pensaba Kurt. No era más que un puñado de viejos con más miedo que hambre, que era mucha, a esas alturas de la guerra. La movilización de los veteranos del

*Volkssturm* y de los niños de las Juventudes Hitlerianas había provocado que los berlineses acuñaran un nuevo término para referirse a ellos. «Potaje de guerra». La mezcla entre la carne vieja y las verduras frescas.

Los mandaron construir y defender una barricada en una calle no muy lejos del Reichstag, en el tercer y definitivo anillo defensivo. Kurt tuvo suerte, porque le tocó en compañía de dos de sus mejores amigos, y compañeros de trabajo, Heinrich, un gigantón que había trabajado siempre como ordenanza en el sindicato DAF, y Hermann Müller, su compañero de oficina de toda la vida.

Construyeron la barricada con todo lo que tenían a su alcance, extraído de los edificios en ruinas que habían sido abandonados. En ocasiones, sacaron muebles o somieres de las casas, creyendo que estas estaban abandonadas, cuando en realidad, sus propietarios estaban escondidos en los sótanos de las casas que ellos mismos saqueaban.

En la barricada se apostaron ocho hombres del *Volkssturm*, además de un número considerable de soldados de la Wehrmacht. La relación entre ellos era inexistente.

Casi desde el primer momento, Hermann mantuvo una actitud negativa sobre su labor en la barricada.

—Esto es una trampa, Kurt. ¿Pero qué hacemos aquí? No podríamos mantener esta posición ni ante un ejército de viejas parálíticas, a nada que ellas tuvieran un poco de idea. Esta es una misión suicida, Kurt. El llamado tercer anillo defensivo es un intento desesperado de los jefes para entretener a los rusos, mientras ellos escurren el bulto, levantan el vuelo y se largan de Berlín.

Estaban sentados sobre unos sacos terreros. Los soldados de la Wehrmacht, al otro lado de la barricada les lanzaban miradas de desconfianza.

—Yo creo que posiblemente no entremos en combate, que los rusos no lleguen hasta aquí —decía Heinrich, el hombre era un poco ignorante—. En el primer y segundo anillo se librará la batalla real, y los rusos serán rechazados. ¿Pero cómo pensáis que los rusos van a llegar hasta aquí? ¿Hasta la periferia de la Cancillería del Reich? ¿Y Hitler? ¿Va a poner su culo en nuestras manos?

Kurt no hablaba, estaba perdido en sus propios pensamientos. Pensaba en Hans, que estaría allí, en algún sitio, con su ilusión y su fe ciega en un régimen cruel, al que no le había importado poner en riesgo ni siquiera a niños como él, al futuro de una nación. Y pensaba en Helga, que estaría sola en su casa de Dahlem, expuesta a cualquier peligro, sin tener a nadie que la defendiera. Nadie que la defendiera de los rusos. Y con las cosas que se contaban de los rusos.

—Mira, Heinrich —dijo Hermann—, el primer anillo defensivo es una ruina. Lo forman los restos de todos los ejércitos derrotados en el frente oriental. Y el segundo anillo defensivo, no quiero ni pensarlo. Allí han mandado a todos esos destacamentos de críos de las Juventudes Hitlerianas. Los han mandado a misiones suicidas, a

defender posiciones que ningún soldado profesional en su sano juicio defendería. Allí estará tu hijo, Kurt. Utilizan su fanatismo y su bisonñez mental, para que crean que están haciendo algo importante. ¿Y sabes cuál es esa misión tan importante, Heinrich? Morir inútilmente.

Kurt no soportaba oír hablar del segundo anillo defensivo ni de las Juventudes Hitlerianas.

—¿Estás seguro, Hermann, que el régimen en el que hemos creído toda nuestra vida, para el que hemos trabajado incansablemente, sería tan desalmado como para poner la vida de nuestros hijos inútilmente en...? —estaba diciendo Kurt, cuando Hermann le interrumpió.

—Pero bueno, Kurt, ¿aún lo dudas? Mira, sabes muy bien que por mi trabajo en la DAF, conozco de memoria muchos de los discursos del Führer. Creo que fue en 1938 cuando Hitler dijo: «El pueblo alemán sobrevivió en su día a la guerra de los romanos. El pueblo alemán sobrevivió a la transmigración de los pueblos. El pueblo alemán superó entonces las fuertes luchas posteriores de la temprana y tardía Edad Media. El pueblo alemán ha superado una guerra de religión. El pueblo alemán ha superado después una guerra de treinta años. El pueblo alemán ha superado después, las guerras napoleónicas, las guerras de libertad e incluso una guerra mundial. Hasta una revolución. El pueblo alemán, también me sobrevivirá a mí». Pues yo te digo que es mentira, Kurt. El pueblo alemán no sobrevivirá a Hitler. Porque el futuro del pueblo alemán son esos jóvenes y esos niños que él ha mandado a la muerte. Yo no sé cuántos crímenes ha cometido este régimen en el que hemos creído y por el que hemos trabajado, Kurt. Pero este crimen que ha cometido con los niños de las Juventudes, es uno de los peores. Es un crimen de guerra. Un infanticidio abominable.

Ahora, los ocho hombres del *Volkssturm* que custodiaban la barricada estaban escuchando la conversación, haciendo un corro entorno a los sacos terreros donde estaban sentados Kurt, Heinrich y Hermann. Todos ellos estaban absortos, escuchando las palabras que decía Hermann.

—¿Estás acusando al régimen de graves crímenes...? —preguntó Kurt. Otra vez Hermann lo interrumpió.

—¿Crímenes? Ni siquiera he mencionado los peores crímenes que este régimen ha cometido...

—¿De qué crímenes hablas, Hermann? ¿A qué crímenes te refieres? —preguntó Kurt.

—Los judíos. ¿Dónde están los judíos, Kurt? ¿Dónde están los judíos de Berlín?

—Los realojaron, Hermann, en el Este, en Polonia, todo el mundo lo sabe.

—¿Y dónde los realojaron, Kurt? ¿En bucólicas ciudades como la tuya, como Dahlem, con magníficas mansiones, y bellos y arbolados bulevares?



—Hermann, creo que estás sacando las cosas de quicio, una cosa es lo de los chicos y otra muy diferente...

—Tú y yo somos de la misma zona, Kurt. Tú de Dahlem, yo de Schmargendorf. Los dos hemos asistido a reuniones de nuestro distrito. ¿Por qué hemos ocultado la verdad, Kurt? A nuestras mujeres, a nuestros hijos. ¿Por qué hemos ocultado lo que ha sucedido todos estos años en la estación de Grunewald? ¿Por qué nadie ha podido acercarse por allí, determinados días...?

—Por las deportaciones, Hermann. No ha sido nada diferente a lo que ha sucedido en otros lugares, nuestras familias lo sabían, Hans llegó a verlo en la estación de Anhalter...

—No era lo mismo, Kurt. Y tú lo sabes. ¿A dónde se dirigían los trenes que partían de la estación de Grunewald? ¿Y por qué si Polonia y el Este han sido liberados, ellos no han regresado?

—Ellos vienen tras los soviéticos, Hermann. Eso lo sabe todo el mundo. Se arrojarán sobre los despojos de Alemania como se arrojan los buitres sobre la carroña. No lo dudes, Hermann, ellos vienen detrás de los rusos —dijo un hombre llamado Klaus.

—¿Y se han seguido deportando judíos al Este, aun cuando el frente oriental se desplomaba y perdíamos terreno a pasos agigantados todos los días? ¿Cuándo dejaron de salir los trenes de la estación de Grunewald? Yo creo que estáis equivocados. Yo hace tiempo que sospecho otra cosa.

—¿Qué cosa, Hermann? —preguntó Kurt.

Hermann posó su mirada sobre todos los hombres reunidos, como si quisiera mantener la tensión de la pregunta. Se levantó. Ahora estaba en el centro del círculo que habían formado los hombres del *Volkssturm*. Hermann Müller dijo:

—Yo creo que han sido exterminados. Todos. Los judíos de Berlín, los judíos de Alemania. Quizás también los de otros países de Europa que han estado bajo nuestro dominio.

Nadie habló. Nadie dijo nada. Esta vez, nadie replicó. Las palabras de Hermann habían caído sobre esos hombres como si un obús ruso hubiera alcanzado la barricada.

Hermann se sentó sobre los sacos terreros y, mirando a Kurt, dijo:

—Todo un pueblo, Kurt. ¡Dios mío, todo un pueblo!

Se hizo otro tenso silencio entre los hombres del *Volkssturm*. Al otro lado de la barricada, los soldados de la Wehrmacht reían y charlaban animadamente entre ellos.

—¿A dónde quieres ir a parar con todo esto, Hermann? ¿Qué propones?

Hermann se incorporó. Kurt y Heinrich también. Ahora todos estaban de pie, esperando escuchar la respuesta de Hermann.

—Larguémonos de aquí —dijo Hermann.

—¿Cómo? —preguntó Kurt.

—Es muy fácil. La libertad está al final de esta calle. Vayamos a esa esquina, como si fuéramos a por más material para fortificar la barricada. Cuando demos la vuelta a la esquina, echamos a correr. Entramos en la primera casa abandonada que veamos, nos quitamos estos jodidos uniformes y cogemos ropa normal. Y nos largamos. A nuestras casas, con nuestras mujeres que están abandonadas a su suerte. Y en tu caso, Kurt, a por tu hijo. Búscalo y sácalo de allí, aunque tengas que ponerle una pistola en la cabeza. Y escóndelo, Kurt. Pero sálvalo de esto. Vamos a hacer de una vez, lo que teníamos que haber hecho hace mucho tiempo. Y que sean esos criminales de la Wilhelmstrasse los que defiendan su régimen criminal. ¡Vamos a hacer por una vez algo útil, Kurt! ¡Vamos a comportarnos por una vez como los hombres honrados y decentes que durante todos estos años hemos creído ser!

La unanimidad fue casi total. Todos dijeron que sí, todos menos Kurt. Kurt seguía pensando. Pensaba que a lo mejor ya era demasiado tarde. A lo mejor, su hijo ya estaba muerto. Pero... ¿Y sino era así? ¿Y si aún estaba en disposición de salvarlo?

—Todos dicen que sí. ¿Tú que dices, Kurt?

—Está bien. De todas las maneras, toda mi vida he sido un cobarde. Esta puede ser la última cobardía. Si nos descubren y nos matan, moriré como lo que soy, lo que siempre he sido. Un cobarde.

—Pues andando —dijo Hermann.

---

\* \* \*

---

Heinrich se acercó a los soldados de la Wehrmacht y les dijo que los ocho se iban a por más material para reforzar la barricada. Los soldados no le hicieron caso, siguieron riendo y hablando de sus cosas.

Anduvieron hacia el final de la calle. Sería muy sencillo si no los descubrían. Kurt sudaba. Sus gafas se habían empañado. El corazón le latía muy rápidamente, más a cada paso que daba. Veía muy cerca la esquina, el momento en que empezarían a correr. Los ocho hombres doblaron la esquina.

Y los descubrieron, antes de echar a correr.

Era un comando de castigo de las SS. Himmler había ordenado que se formaran de forma inmediata, para evitar que los desertores y traidores abandonaran las posiciones defensivas. Las órdenes eran taxativas. Detener y ejecutar a los detenidos de forma inmediata. Sin juicio. Sin nada.

—¡Arrojen las armas y pongan las manos detrás de la nuca! ¡Ya! —gritó el oficial al mando del comando.

Obedecieron. Tiraron las armas. Los hombres de las SS les apuntaron con sus metralletas. Los ocho desertores pusieron las manos tras la nuca. Heinrich empezó a

llorar. El oficial de las SS se colocó delante de ellos.

—¿Qué tenemos aquí? —dijo, mientras paseaba mirándolos, a escasos centímetros de sus caras—. Un grupo de nenazas, de maricones, de traidores y de desertores que acaban de abandonar su posición. Os debería de dar vergüenza. La mayoría sois miembros del partido. Vuestro crimen es aun mayor. No valéis ni para defender a vuestra patria. Debería hacer que os fusilaran aquí mismo. ¡Ah no, es que lo voy a hacer! Os vamos a fusilar y vamos a dejar aquí vuestros cadáveres, para que se os coman las ratas. Las ratas como vosotros.

El oficial se giró hacia sus hombres y dijo:

—¡A formar! ¡Acabad con estos ahora mismo!

El comando de castigo de las SS formó delante de los desertores del *Volkssturm*. Ahora eran muchos los que lloraban. Pero Kurt no. Porque Kurt había fijado la mirada en un punto concreto, más allá del comando de castigo de las SS. Porque Kurt estaba teniendo una visión. Porque estaba viendo a su hijo.

Estaba al final de la calle donde él iba a morir, cerca de unas escombreras donde se distinguían tres cuerpos de civiles abatidos. Parecían una madre y dos niñas pequeñas. El cadáver de una de las niñas estaba al pie de la escombrera, con la cabeza reventada. Su hijo estaba en el suelo. Otro chico de las Juventudes Hitlerianas estaba sobre él, dando grandes zancadas y manotazos. Llevaba una pistola en la mano.

—¡Preparados! —dijo el oficial al comando de castigo.

Enfrente de su hijo y del chico que se movía para todos los lados con la pistola en la mano, como si estuviera fuera de sí, había una de esas chicas de la guerra, una *Blitzmädel*, que los miraba con los ojos muy abiertos y un gesto de preocupación en el rostro. La chica llevaba sobre su espalda esos lanzagranadas que ellas usaban, cogidos al cuerpo por una cincha negra de cuero. Daba la sensación de que llevara unas alas metálicas.

El chico que daba los manotazos se detuvo y se agachó hacia su hijo. Kurt vio, cómo le ponía la pistola en la cabeza.

—¡Hans...!

—¡Fuego! —gritó el oficial.

Las metralletas traquetearon. Los ocho hombres cayeron abatidos. Kurt Petersen murió gritando el nombre de su hijo.

Al final de la calle, Hans y Junker volvieron la vista hacia el lugar donde se había producido la ejecución. Fue el momento en que Hans pensó: «Alemanes matando a alemanes. ¿Pero qué nos está pasando?».

Junker echó a andar calle abajo. Hans se levantó y se sacudió el polvo de su uniforme. La *Blitzmädel* se acercó a él, y le entregó los Panzerfaust. Anduvieron tras Junker, mientras la chica acariciaba la espalda de Hans. Al pasar al lado de los ejecutados, Hans vio que algunos de ellos llevaban el uniforme de la DAF, el mismo

que su padre había llevado casi toda su vida. Si Hans se hubiera acercado o hubiera mirado bien, se habría dado cuenta de que uno de aquellos hombres muertos era su propio padre.

---

\* \* \*

---

Cuando la chica regresó, Hans observó que traía peor cara que antes. Estaba muy blanca. Tiritaba. La chica se sentó junto a Hans. Este la cubrió con la lona, pasándole el brazo por encima del hombro y le preguntó:

—¿Te encuentras bien?

La chica le respondió afirmativamente con la cabeza. Hans pensó entonces que nunca había intentado comunicarse con ella por gestos. La chica no hablaba, pero en realidad, Hans nunca le había preguntado nada.

—¿Por qué no hablas?

La chica se encogió de hombros. No lo sabía. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Extendió la mano hacia la nada, como si delante de ellos hubiera alguien. Intentó hablar, pero sólo se escuchó un gorgojeo en su garganta, como si tuviera mucosidad. Iba a llorar.

—No llores. Tranquila, ya hablarás. Has sufrido una fuerte impresión. En el canal.

La chica hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Las lágrimas resbalaron por su rostro. Otra vez extendió sus brazos, como si el amasijo de faldas azules y blusas blancas en que se había convertido la posición de las *Blitzmädel* en la trinchera del canal estuviera delante de ellos.

—Tú eres la chica que dijo Junker que había venido de Baviera, ¿verdad?

La chica volvió a hacer un gesto afirmativo con la cabeza. De pronto, se levantó y comenzó a mirar a todos los lados, como si buscara algo. Lo encontró. Un hierro abandonado. Se volvió a sentar y escribió en la tierra del suelo. Escribió un nombre.

«Munich».

—¿Eres de Munich?

La chica contestó otra vez afirmativamente. Luego, borró con sus botas lo escrito y escribió de nuevo.

«Un pequeño pueblo. En las montañas».

—¿Eres de un pueblo de montaña cercano a Munich?

La chica contestó que sí con la cabeza.

—Tú les enseñaste a las chicas esa bonita canción alpina, ¿no?

La chica contestó que sí. Sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Hans.

La chica escribió con el hierro otro nombre. Esta vez, su nombre.

«Ilse. Ilse Gruber».

—¿Te llamas Ilse? Es un nombre precioso —le dijo Hans mientras le sonreía.

Ilse. Ahora Hans conocía su nombre. La chica había dejado de ser la chica de las *Gretchen*. La pequeña Greta.

Ilse, pensó Hans. Él había participado en una acampada en las montañas del Harz, en 1940. Habían acampado en la orilla de un río, un río salvaje, tumultuoso. Un río en el que, aún siendo verano, sus aguas helaban la sangre. Ese río era a su vez un afluente del río Ilse. Ese río fue lo último que vieron los ojos de Astrid Müller antes de morir, colgada de un árbol.

La chica lo miró y le sonrió. Y escribió con el hierro.

«Yo te...».

—¡Hermann! —gritó hacia ellos el oficial de la Wehrmacht.

La chica se azoró y borró con su bota lo escrito. El oficial se acercó a ellos.

—Hans, señor. Me llamo Hans Petersen.

—Eso, Hans, nunca me acuerdo. Sólo venía a felicitaros. A los dos. Lo habéis hecho muy bien. Tenéis agallas. Ojalá todos mis hombres hubieran tenido esas agallas a lo largo de esta jodida guerra. Seguramente, ahora no estaríamos combatiendo aquí, en Berlín.

—Gracias, señor —contestó Hans.

—De nada, chico. ¿Cuántos tanques te has cargado ya con los Panzerfaust?

—Cuatro, señor.

—Está muy bien. El otro día, el Führer condecoró a unos chicos en el jardín de la Cancillería por haberse cargado el mismo número de tanques. Con la Cruz de Hierro.

Hans observó la cruz que el hombre llevaba sobre su cuello.

—Yo no quiero la Cruz de Hierro, señor. Ya tengo una. En mi bolsillo. La ganó mi hermano Harald luchando en Rusia. Con las SS.

—Las SS. Lo hicieron bien allí, al principio se ganaron la fama de invencibles. Sólo que luego, cuando empezó todo aquello... ¿En qué división sirvió tu hermano? —preguntó el oficial.

—En la *Wiking*, señor —contestó Hans.

—División *Wiking*. Grupo de Ejércitos Sur. Yo también estuve allí, ¿sabes? Combatimos en la batalla de Jarkov. Una carnicería, chico. ¿Dónde murió tu hermano? Porque murió, ¿no? De lo contrario tú no tendrías su cruz.

—En Korsun-Cherkassi, señor.

El oficial puso muy mala cara.

—Comprendo. Un mal sitio. Lo llamaban «la tierra de las almas perdidas». Lo entiendes, ¿verdad?

—No —contestó Hans.

—Da igual, son historias del pasado...

—Señor, una noche mientras mi hermano estaba aquí, en Berlín, de permiso, escuché que le decía a mi madre que en Rusia había visto cosas, que habían pasado cosas que no podía contar. Ellos creían que yo dormía, pero los estaba escuchando. Mi hermano dijo que por esas cosas, no podíamos perder esta guerra. ¿Qué pasó allí, señor? ¿Qué pasó en Rusia?

El oficial se tomó su tiempo en contestar.

—El maldito frente oriental. Fue una locura. Por eso estamos así ahora, hijo. Porque lo que ha llegado a Berlín es el maldito frente oriental. Eso es lo peor que le podía haber pasado a esta ciudad. Aquello, no fue una guerra normal, chico. Fue una guerra de exterminio. No fue una guerra entre seres humanos. Fue una guerra entre especies. Dos especies, un territorio. ¿Lo entiendes? Una especie sobrevive. La otra perece. Lo malo es que esa guerra aún no ha terminado. Esta posición pertenece a esa guerra, porque ahora, Berlín es el frente oriental. Eso es por lo que estamos luchando aquí, metérselo en la cabeza. Por no desaparecer.

El hombre se levantó. Antes de irse, dijo:

—Os voy a dar un consejo, a los dos. No os dejéis capturar. Antes de eso, pegaros un tiro. Después de lo que pasó allí, no podéis caer en sus manos. Sobre todo ella. Hacerme caso.

El hombre se fue. Hans e Ilse se quedaron sentados sobre la caja de munición. Mirándose. Y por primera vez, un poco asustados.

---

\* \* \*

---

En Dahlem, en el edificio de los Petersen, comenzaron los registros. Helga y Katrin estaban sentadas alrededor de la mesa del salón. Hasta ellas llegaban los sonidos de las carreras de los soldados fuera de su edificio. Los escuchaban subir por las escaleras de los bloques contiguos, aporrear las puertas, disparar contra las cerraduras. Derribarlas. Los sonidos se escuchaban cada vez más cercanos. Hasta que entraron en su bloque.

Katrin estaba muy nerviosa. A cada golpe, a cada disparo, se sobresaltaba. Helga intentó tranquilizarla. Posó su mano sobre la de ella.

Katrin estaba sorprendida por el aplomo que estaba demostrando Helga. Esa tarde, para recibir a los rusos, se había puesto sus mejores galas. Un bonito vestido de color malva, que le llegaba hasta las rodillas, unas medias del mismo color, y unos caros zapatos italianos comprados en KaDeWe. Se había recogido el pelo en un moño sobre su nuca. Llevaba una boina también malva, que hacía juego con el vestido. El vestido tenía el cuello cuadrado, y dejaba a la vista su cuello y parte de su pecho. Allí se había colgado un camafeo, que Katrin no había visto nunca, decorado con una flor de lis. Ese camafeo había pertenecido a su madre. Había sido el regalo de un

diplomático francés, con el que su madre mantuvo una relación en su juventud. En la parte posterior del camafeo, llevaba grabado el nombre de una prestigiosa joyería parisina de la plaza Vendôme. El diplomático se lo había regalado a su madre durante una cena a la luz de las velas en el café Romanisches, en la Kurfürstendamm. Durante toda su vida, Helga mantuvo en el interior de ese camafeo una fotografía de su madre y otra de su padre. Pero esa tarde, llevaba las fotografías de sus hijos. Una de Harald y otra de Hans.

Katrin no se había quitado su uniforme del cuerpo de enfermeras del Reich. Había pensado que en cuanto los rusos se marchasen, tras efectuar el registro, haría lo imposible para regresar a la Charité. Allí el trabajo debía ser de locos, en aquellas horas cruciales de la batalla. Y más, cuando el frente ya había llegado a Berlín.

Unos minutos antes de que los registros comenzasen, Helga le había dicho a Katrin:

—Katrin, deberías de arreglarte adecuadamente. Esta tarde vamos a tener visita. Si no tienes nada que te guste, puedes ponerte cualquier vestido mío.

Pero Katrin le había dicho que no, que en cuanto los rusos se marchasen, quería regresar al hospital. Helga no le contestó. Por el rictus de su rostro, Katrin detectó que a Helga eso no le parecía bien.

Escucharon subir a los soldados por las escaleras. Aporrearon su puerta.

—Tranquila, Katrin. No tirarán la puerta. Les abriremos. Nosotras sólo somos dos mujeres. Somos civiles. No nos harán nada.

Helga se levantó. Caminó por el pasillo. Llegó a la puerta, descorrió los cerrojos y abrió.

Había dos soldados rusos frente a su puerta. Eran jóvenes, más o menos de la edad que tendría ahora Harald si viviera. Eran muy bajos, le llegarían a Helga al hombro. Eran rubios, con el pelo cortado al cepillo. Sus ojos eran pequeños y azules. Había algo salvaje en su mirada.

—Buenas tardes —dijo Helga—. ¿Qué desean?

Los soldados le gritaron en su idioma ininteligible y le apuntaron con sus fusiles.

—Bajen eso. Pasen si quieren, no tenemos nada que ocultar.

Helga vio, que al menos, otros tres soldados bajaban de la casa de los señores Kersten. Habían tirado la puerta. Los cinco entraron en la casa de los Petersen.

Registraron todas las habitaciones, una por una. Tomaban posición con sus fusiles ante cada puerta. Registraron la habitación de Helga y Kurt, y su baño. El baño del pasillo, la habitación de Harald. Y la de Hans. Allí vieron el mapa en el que Hans Petersen había seguido la guerra. Se habían olvidado de retirarlo, ninguna de las dos había recaído en él. Los soldados rusos comentaron algo entre ellos. Se dieron cuenta que los frentes estaban casi perfectamente delimitados hasta el día 23, el día que Hans había abandonado su casa. Cuando llegaron al salón, vieron a Katrin. Comentaron

algo sobre su uniforme. Rieron.

Dos de los otros tres soldados que habían entrado en la casa eran también muy jóvenes, como los dos primeros. Pero el tercero, que parecía estar al mando, no. Era mayor. Un hombre que había visto muchas cosas en esa guerra, pensó Helga. Un hombre que llevaba combatiendo en ella posiblemente desde el principio.

Con los fusiles, indicaron a Helga que se sentara al lado de Katrin. Helga obedeció. Los cinco hombres hablaron entre ellos, calibrando la situación.

Eran cinco soldados rusos. Una casa. Dos mujeres.

Y una puerta con cerrojos.

---

\* \* \*

---

Un alto oficial de la Wehrmacht llegó a la posición defensiva, agachado, trepando entre las ruinas y acompañado por dos ayudantes. Cuando entró en el edificio, todo el mundo se arremolinó entorno a él. Hans e Ilse se acercaron también.

El alto oficial se subió encima de una caja de munición para que todo el mundo pudiera verlo y escucharlo. Venía de la oficina de Weidling, el comandante del área defensiva de Berlín. En el exterior, los combates ahora, casi al amanecer del día 30, se estaban recrudeciendo. El alto oficial pidió silencio y comenzó a hablar:

—Por favor, háganme caso un momento, les traigo información que puede ser de mucha utilidad para ustedes.

En el edificio se hizo el silencio.

—Gracias. Esta noche, en este momento decisivo de la batalla, sólo puedo traerles malas noticias, muy malas noticias y peores noticias.

Lo primero que quiero decirles es que estamos cercados. Los intentos hechos por nuestro ejército para romper el cerco sobre Berlín, han fracasado. El general Wenck está aislado en Postdam. Y de Steiner, que era otra de nuestras esperanzas, no sabemos nada. Así que, caballeros, estamos solos y abandonados.

En estos momentos, el frente de batalla se ha cerrado sobre este sector, el distrito gubernamental. Como ustedes pueden escuchar, los ataques soviéticos se han recrudecido en el Teatro de la Ópera Kroll. Sabemos que aquí, ustedes han obtenido un gran triunfo frenando en seco el avance del Ejército Rojo, pero suponemos que volverán. Este es un paso obligado para intentar acceder al sector oriental de la gran explanada. Así, les solicitamos, que si se ven incapaces de defender esta posición, la abandonen y ayuden, bien en la defensa de la gran explanada, o en la propia Ópera Kroll. Ahora mismo, se está combatiendo también dentro del Ministerio del Interior y del Ministerio del Aire en la Wilhelmstrasse.

Un soldado de las SS interrumpió al alto oficial y preguntó:

—¿Y qué pasa con el Führer?



—Para su tranquilidad les diré, que el Führer sigue en el interior de la Cancillería del Reich. Hemos reforzado la seguridad de la Cancillería con unidades de las SS *Nordland*, SS *Anhalt* y SS *Carlomagno*. El edificio ha sido atacado con fuego artillero, pero no se detectan avances de los soviéticos por ese sector.

Sin embargo, el gran objetivo de Stalin para el día de hoy es la toma del Reichstag. Quieren plantar allí la jodida bandera comunista coincidiendo con el primero de mayo. Y eso es mañana. Por eso les vuelvo a solicitar a todos, que si ven que no pueden defender esta posición, la abandonen y se dirijan a la gran explanada de la Königsplatz. La batalla en la explanada necesitará de todos nuestros efectivos, porque al final de ella, señores, se encuentra el Reichstag. Sólo les puedo decir, que hemos fortificado el edificio de una manera que les resultara a los soviéticos muy difícil tomarlo. Además, contamos con la ayuda de la torre Flack del Tiergarten. Por allí los rusos no se han acercado.

Sé que aquí, entre ustedes, se encuentra un buen número de soldados italianos. Me quiero dirigir a ellos.

Los voluntarios de los Camisas Negras se acercaron al alto oficial.

—Tenemos noticias de que ayer, su *Duce*, Benito Mussolini, fue ejecutado por los partisanos comunistas en la ciudad de Milán.

Los soldados italianos se llevaron las manos a la cabeza. Algunos se abrazaron ente ellos. Otros sollozaban.

—Se nos ha informado que han colgado su cuerpo y el de su amante, Clara Petacci, boca abajo, en la plaza del Duomo. Espero que esta noticia les estimule para combatir contra nuestro enemigo común, la bestia judeobolchevique, culpable de esta guerra y de la destrucción de Europa.

Si alguno de ustedes quiere, puede hacerme alguna pregunta. Si puedo, la contestaré gustosamente.

El oficial que estaba al mando de la posición, preguntó:

—¿Cuánto estiman ustedes que podemos aguantar con el armamento que disponemos...?

—Otra pregunta —contestó el alto oficial.

—En caso de resultar heridos, ¿cuál es el hospital más cercano para...? —preguntó un soldado de la Wehrmacht.

—¡Ah sí!, eso se me olvidaba. En las proximidades de la Cancillería del Reich, hay uno para miembros de las SS, aunque supongo que atenderán a cualquiera. Tienen otro en la Postdamer Platz, pero esa zona no es segura. En la Pariser Platz, se ha habilitado un hospital en los sótanos del hotel Adlon. Hay más repartidos por la Unter den Linden, en tranvías abandonados, donde el cuerpo de enfermeras del Reich está atendiendo a heridos. También en las bocas del metro hemos instalado...

—¿Y en el hospital de la Charité? —preguntó Hans.

—Otra pregunta —contestó el alto oficial sin ni siquiera mirarlo.

Fue un mazazo para Hans. Allí trabajaba Katrin. ¿Qué habría pasado? ¿Le habría sucedido algo a Katrin? ¿Se habría quedado su madre sola en...?

No le dio tiempo a pensar más.

Un silbido.

Hans Petersen conocía ese silbido. Un silbido que provenía del cielo.

Un silbido sobre sus cabezas.

Fueron todos, los que alzaron su mirada hacia ese oscuro cielo de abril. Hans e Ilse. Los soldados de la Wehrmacht, de las SS. Los veteranos de las Juventudes. Y el alto oficial.

Un cielo oscuro y estrellado, para todos ellos. Excepto para Hans Petersen. Para él, el maldito cielo rojo.

El cielo del lobo.

No sólo él, todos ellos conocían ese silbido, ya lo habían escuchado muchas veces. Demasiadas veces.

Alguien gritó:

—¡Cuidado, corran! ¡Fuego artillero! ¡Nos atacan!

No dio tiempo. No dio tiempo ni a moverse.

La explosión.

La gran explosión.

---

\* \* \*

---

Eran cinco soldados rusos. Una casa. Dos mujeres. Y una puerta con cerrojos. Eso fue lo primero que hicieron los soldados rusos, cerrar la puerta y echar los cerrojos. El soldado más veterano estaba sentado frente a ellas. Los cuatro soldados restantes estaban de pie, mirándolas. Helga y Katrin, sentadas en la silla. Uno de los soldados rusos les hizo un gesto con el fusil de que se levantaran. Helga se levantó. Katrin no.

—Levántate, Katrin. Haz todo lo que te digan.

—Pero Helga...

—Cállate. Levántate.

Katrin se levantó. Uno de los soldados jóvenes hizo un gesto con el fusil. Los demás rieron.

—Quieren que nos desnudemos, Katrin. Desnúdate.

—No lo haré, Helga. Nos van a violar...

—Cállate. Que hagan lo que quieran hacer, Katrin, y que se larguen. De lo contrario, nos matarán.

—He dicho que no lo haré. Míralos, Helga, mira sus caras. No dejaré que esta gente me ponga una mano encima...

Helga se bajó la cremallera del vestido malva. El vestido cayó al suelo. Después comenzó a quitarse las medias.

—No lo puedo creer, Helga. No puedo creer que hagas esto...

Helga arrojó las medias sobre la mesa. Los soldados rusos seguían mirándolas y sonriendo. Helga se giró hacia Katrin y le lanzó una mirada glacial.

—Te he dicho que te desnudes, Katrin. Yo no quiero morir aquí, no puedo. Tengo un hijo por ahí, en algún lugar, un hijo que puede necesitarme. Si nos matan aquí, Hans se quedará solo. Desnúdate de una vez, que hagan lo quieran y que se larguen de aquí.

Esta vez Katrin obedeció. Empezó a quitarse su uniforme del servicio de enfermeras del Reich.

Se quedaron de pie, delante de ellos, en ropa interior. Helga se detuvo allí, los quería probar, quería saber hasta dónde estaban dispuestos a llegar. Pero no tuvo que esperar mucho para saberlo.

El soldado veterano se levantó y avanzó hasta ellas. Introdujo la boquilla del fusil en el tirante del sujetador de Helga. Dijo algo en ruso.

—El sujetador y las bragas también, Katrin. Haz lo que dicen.

Se quedaron desnudas. El camafeo que había pertenecido a su madre, era todo lo que Helga llevaba encima. Y Katrin, la cofia de su uniforme de enfermera. Se le había olvidado quitársela.

El soldado veterano giró entorno a ellas, escrutándolas, como si fueran ganado. Posó su mirada en el camafeo. Lo tocó. A Helga empezó a acelerársele la respiración. El corazón le latía muy rápido, como si estuviera corriendo. El soldado dio un fuerte tirón y le arrancó el camafeo. Lo guardó en el bolsillo izquierdo de su guerrera.

A continuación, el mismo soldado tiró del mantel de la mesa del salón con gran violencia. Todos los objetos cayeron al suelo, provocando un gran estrépito. Producto de los nervios, Katrin se llevó las manos a los oídos.

El soldado veterano miró a Helga, mientras pegaba palmaditas en la mesa como diciéndole: «Tumbate aquí».

Helga se tumbó sobre la mesa. Otro de los soldados golpeó los pies de Helga con el fusil. Helga abrió las piernas. El soldado empezó a acariciar su sexo con la boquilla del fusil.

Uno de los soldados jóvenes, el más joven de ellos, se acercó a Katrin. Cogió su mano, tiró de ella y gritó:

—*¡Komm frau!*

Pero Katrin no se movía. Permanecía rígida, como si sus pies estuvieran clavados en el suelo.

—*¡Komm frau!* —repitió el soldado, tirando otra vez de ella.

El soldado veterano se percató de la situación, dejó a Helga y se dirigió a Katrin.

Al llegar junto a ella, realizó un rápido movimiento y le lanzó un culatazo a la cara. Katrin se desplomó sobre el suelo. Sólo entonces, Helga quiso reaccionar, levantarse. El soldado veterano dio la vuelta a la mesa, y golpeó con el puño la cara de Helga. Helga perdió momentáneamente el conocimiento.

El soldado más joven cogió a Katrin del pelo y la arrastró por el salón. La joven gritaba y pataleaba, mientras el resto de los soldados, que estaban alrededor de Helga, reían. El soldado la sacó de la habitación y la arrastró por el pasillo. Katrin seguía gritando y pataleando, y en su interior, se maldecía. Se maldecía por haber tirado por el inodoro las cápsulas de cianuro que les había dejado Hans. El soldado, arrastrando a Katrin, se encaminó a la habitación de Hans.

Al llegar allí, la arrojó sobre la cama.

Cuando Helga volvió en sí, vio cómo el soldado más joven arrastraba a Katrin por el pasillo hasta la habitación de Hans. Sentía una gran presión sobre su nuca. Entonces, vio que el soldado mayor le estaba sujetando la cabeza, mientras sonreía. Los otros soldados habían empezado a violarla.

Los tres soldados, en rueda, violaron a Helga. El soldado veterano, el que le sujetaba la cabeza, comenzó a golpearle el rostro. Primero, pequeñas bofetadas. Después, más fuerte. Y puñetazos. Disfrutaba. Navegando entre la consciencia y la inconsciencia, Helga pensó que el hombre disfrutaba. Disfrutaba golpeándola.

Cuando terminó la rueda, le dieron la vuelta. Helga notó un fuerte tirón en sus glúteos, provocándole un fuerte dolor. Risas. Los soldados habían encontrado otro lugar para divertirse.

En la habitación de Hans, el soldado más joven violaba violentamente a Katrin. Cada vez que el hombre empujaba, la cabeza de Katrin golpeaba contra la pared. Contra el cuadro de la valquiria y el guerrero, que una chica de la BDM había regalado a Hans en una tienda de recuerdos del partido en Núremberg, en 1936. Al primer golpe, el cristal del cuadro se rompió. Con el segundo golpe, el cuadro se descolgó. Con el tercer golpe, el cráneo de Katrin se incrustó en el clavo que durante años había sujetado el cuadro. A la altura de su nuca.

Katrin Petersen, de soltera Wiltjers, murió en el acto.

El soldado más joven se separó de ella, con un rictus de aprensión en el rostro. Se quedó allí, de pie, observándola. La sangre de la joven resbalaba por la pared.

El soldado veterano había entrado en la habitación. Se rio del joven. Se subió a la cama y desclavó la cabeza de la chica. El hombre alzó las piernas de la chica. El soldado joven contemplaba la escena con ojos desorbitados. El soldado veterano se bajó los pantalones. Había llegado su momento de divertirse. El soldado joven le reprendió. Pero entre carcajadas, el veterano soldado le hizo un gesto. Un gesto que era muy habitual esos días. Un gesto que venía a decir: «¡Qué más da! Viva o muerta, una mujer, es una mujer».

---

\* \* \*

---

Se marcharon. Helga Petersen murió lentamente, desangrada, sobre la mesa de su salón. Le habían destrozado la cara. Tenía graves desgarros y heridas producto de la violación. No pudo ni arrastrarse hasta el cuarto de Hans y preocuparse por Katrin. El silencio, el silencio absoluto reinaba en la casa. No se escuchaba sonido alguno procedente de la habitación de Hans, con lo que supuso, que Katrin había muerto.

Durante toda su vida, Helga Petersen había sido una de esos millones de alemanes, que en silencio, había condenado el nacionalsocialismo y el régimen de Adolf Hitler. Sus principios morales y éticos eran anteriores a los de la Alemania nazi, y Helga Petersen nunca había renunciado a ellos. Como Kurt y Hans le dijeron en alguna ocasión, no había comprendido la época que le había tocado vivir, ni el mundo al que pertenecía. Pero en ocasiones, como pasara con la muerte de su hijo Harald, el destino nos guarda una ironía final.

Porque irónicamente, Helga Petersen acabó compartiendo el mismo destino que le aguardaba al nacionalsocialismo, morir desangrándose, lentamente. El mismo destino que le aguardaba a la ideología que ella había detestado toda su vida.

---

\* \* \*

---

La explosión.

La gran explosión.

Los cimientos del edificio, ya medio derruido, se vinieron abajo. La gran escalera, que unía la primera planta del edificio con la segunda, se hundió. En su derrumbe, aplastó a los veteranos de las Juventudes Hitlerianas que se habían protegido debajo de ella cuando escucharon el silbido.

Hans había salido despedido. Su poco peso y el poder de la onda expansiva, lo habían hecho caer, con gran estrépito, sobre unas cajas de munición al fondo del edificio. Se dio un fuerte golpe en la espalda. Eso era fuego de artillería de larga distancia. ¡Les estaban disparando desde el final de la segunda calleja!

Hans se intentó incorporar. No veía a la chica. Había desaparecido. Muchos de los soldados se arrastraban por el suelo. De debajo de los escombros de la escalera derruida, Hans vio asomar varios brazos, cubiertos de polvo, de los veteranos de las Juventudes que habían muerto aplastados. Otros soldados corrían buscando una posición de defensa con sus armas.

Entonces la vio. La gran ametralladora de la puerta estaba ahora abandonada. Los tres soldados de la Wehrmacht que la manipulaban, yacían muertos sobre los sacos terreros que la protegían. E Ilse, corría hacia la ametralladora. ¿Pero estaba loca? ¿Pero para qué? No sabía manejarla y además, ¿contra quien iba a disparar? Hans se

incorporó y corrió hacia la chica.

Otro silbido.

Otra explosión.

La ametralladora, Ilse y Hans saltaron por los aires.

---

\* \* \*

---

El silencio. Como pasara en la trinchera del canal, Hans veía, a través del humo, pero no oía. No podía oír nada. Veía desplomarse las paredes, pero no las oía. Veía aproximarse otro proyectil, pero no lo oía silbar. El proyectil estallaba, pero no escuchaba su explosión. Veía gritar a un soldado que había perdido su pierna, y a otro, que parecía buscar sus ojos tanteando el suelo de su alrededor con las manos. Pero no escuchaba sus alaridos. Tenía que salir de allí, o esa posición sería su tumba. La tumba de Hans Petersen. Pero antes tenía que encontrar a la chica. Viva o muerta.

Intentó andar, aunque cojeaba, y aproximarse a la puerta. El edificio era un caos. Comenzaba a oír algo, pero muy lejano, como se empiezan a oír las voces al despertar de un largo sueño. Muchos hombres intentaban sacar arrastras a otros del edificio. Por la segunda calleja que desembocaba en la plazuela, se oía el lento avanzar de los blindados. Ahora, Hans empezaba a recuperar totalmente el oído, aunque persistía en él un agudo pitido. Esos blindados intentarían cruzar la plazuela y dirigirse hacia la gran explanada. Tenían que evitarlo, fortificarse en alguna barricada en la última calle que quedaba antes de la gran explanada, y usar sus Panzerfaust. Pero antes tenía que encontrar a la chica, y aunque buscaba y buscaba, no la veía por ningún lado.

Hans trepó por unos escombros que taponaban la puerta, intentando llegar a la calle. Por un instante pensó, que a lo mejor la chica estaba debajo de ese montón de escombros. Pero justo entonces, cuando se dejaba caer hacia la calle, la vio. Los vio a los dos.

Junker estaba en mitad de la calle. Junker, o lo que quedaba de él. Había quedado seccionado por la mitad. Sus pies habían quedado en paralelo a su tronco, a la altura de su cabeza. Pero, sorprendentemente, Junker aún abría y cerraba la boca. Y allí estaba Ilse. Rebuscando. Rebuscando entre las tripas desparramadas de Junker.

La *Blitzmädel* tenía las manos y los brazos cubiertos de sangre. ¿Pero qué buscaba? ¿Qué hacía allí?

Entonces Hans vio que, de entre el amasijo de las tripas de Junker, sacaba algo. Lo mantenía en la mano. Algo ensangrentado. Y en la otra mano, llevaba dos pequeños objetos más. La chica arrojó algo, algo largo y ensangrentado, que a Hans le parecieron unos intestinos. Pero no, no eran intestinos, era la cartuchera de Junker. Entonces lo comprendió. La Walther. Y dos cargadores. La pistola de Junker. La

chica lo vio. Sonrió. Le enseñó a Hans la Walther y los dos cargadores. Mientras corría hacia él, iba limpiando la sangre del arma en su falda. Detrás de ella, un T-34 giró por la esquina. Movía con gran rapidez su torreta y el cañón apuntaba directamente hacia lo que quedaba del edificio. Y en su campo de tiro, estaba Ilse.

—¡Ilse, cuidado! ¡Detrás de ti! —gritó Hans.

La chica giró la cabeza, vio el tanque y siguió corriendo. Mientras más grande se veía la silueta del tanque, más pequeña se veía a la chica.

Hans corrió hacia Ilse. El tanque se disponía a disparar y la iba a alcanzar de lleno.

—¡Ilse...!

Una gran explosión en la torreta del tanque. Una bola de fuego hacia el cielo. E Ilse, salió propulsada hacia él. Cayeron al suelo.

El tanque ardía a escasos metros de ellos. Un solitario Panzerfaust de la *Carlomagno* lo había inutilizado. Era un respiro. Pero tenían que salir de allí.

En el suelo, Ilse lo miró con unos ojos de gran expectación y le entregó la Walther y los cargadores. Hans guardó la Walther en su cinturón, y los cargadores en un bolsillo. La chica, empezó a dar pequeñas palmaditas de alegría, como una niña pequeña a la que le hubieran regalado una muñeca deseada.

Gretl se equivocó en ese comentario a Junker de que la chica bávara era rara.

La chica estaba loca, pensó Hans. Rematadamente loca.

Se levantaron y echaron a correr hacia la calle que conducía a la gran explanada de la Königsplatz. Hans se volvió hacia la posición que habían defendido. En ese momento, un tanque ISU-152 estaba trepando por los escombros por los que Hans se había arrojado. Más allá, en la plazoleta, otro T-34 machacaba con sus potentes cadenas los restos de un chico llamado Rudi Reisinger, al que todo el mundo había conocido siempre como Junker.

---

\* \* \*

---

Les costó mucho avanzar, llegar hasta la barricada que se encontraba en mitad de la calle que conducía a la gran explanada. Amanecía la mañana del domingo 30 de abril de 1945. Era una mañana lluviosa, gris y plomiza, para todos los combatientes de la batalla de Berlín. Para todos menos para Hans. Para él, era otra mañana de neblina rojiza.

Cuando consiguieron llegar a la barricada, un soldado de las SS los llamó. Los SS se habían parapetado allí con sus Panzerfaust.

—Hansel, Gretl, aquí no —el SS los había reconocido—. Seguir hasta el final de la calle. Esta posición está suficientemente cubierta y allí atrás sólo tienen un cañón.

Cogidos de la mano, Hans e Ilse siguieron su camino hacia el final de la calle, la

que daba acceso a la gran explanada. Mientras avanzaban, se dieron cuenta de que los sonidos de la batalla se habían detenido tras ellos. Posiblemente, porque los rusos se estaban reorganizando.

Justo al final de la calle, había una pequeña posición defendida por las Juventudes Hitlerianas. Estaba protegida por sacos terreros. En el centro de ella, se levantaba un cañón Panzerschrek estático, que manipulaba un chico muy rubio, de su misma edad. El chico llevaba un casco de hierro con una gran águila del Reich en el frontal. Parapetados tras los sacos se distinguían, otro chico, de unos doce años, y una *Blitzmädel* como Ilse. Fue la chica la que los llamó.

Hans e Ilse corrieron hacia la posición. La *Blitzmädel* estaba reponiendo munición para el cañón cuando ellos llegaron. Hans observó que estaban también muy bien provisionados de Panzerfaust desechables y de *Gretchen*.

No hablaron, todos se miraron, pero nadie dijo nada. Hans se percató inmediatamente que los tres los miraban con rostros de admiración. Sabían de dónde llegaban. Del infierno.

—¿Queréis beber algo? ¿Comer? —dijo la *Blitzmädel*, mientras les acercaba unas viejas y sucias cantimploras—. La comida no es nada especial, unas latas de arenque. Nos las han dado los de la Wehrmacht.

—Vale, cualquier cosa nos vendrá bien —dijo Hans.

El chico que dirigía el cañón se giró hacia ellos y les dijo:

—La posición está ahora tranquila. Los rusos se han detenido donde estabais vosotros. Podéis ir los cuatro a esas casas vacías de allí —el chico señaló hacia unas casas destruidas enfrente de la posición—. Si os necesito, yo os silbaré. Estos dos me harán falta para cargar el cañón.

—Está bien —dijo el chico más pequeño—. Maria, coge las provisiones.

La chica cogió cuatro latas de arenque y unas cantimploras. Les dijo:

—Venga, vamos para allá. Estaremos mejor que aquí.

Antes de partir, Hans cogió varios Panzerfaust desechables, e Ilse, repuso la cincha de su espalda con tres *Gretchen*.

Los cuatro se dirigieron hacia las casas abandonadas frente a la posición. Pero al llegar a mitad de la calle, Hans se detuvo en seco. Se quedó mirando hacia la gran explanada. Hacia la Königsplatz.

Era enorme. Tal como dijo el alto oficial, estaba muy bien fortificada. Al final de ella, se veía un gran edificio, una gran mole gris. Hans supuso que debía tratarse del edificio del Reichstag, porque entre la bruma de la mañana y la neblina de la batalla, no se distinguía muy bien. En mitad de la explanada, había un enorme foso cubierto de agua. Junto a este, emergía la figura de un cañón Flack. A Hans le gustó la configuración de la explanada, las improvisadas barricadas. Porque si Dios no lo quisiera hubiera que acabar luchando allí, había muchas posibilidades para unos



Panzerfaust como ellos. Muchos lugares donde protegerse, muchos donde buscar la posición para disparar. Además, allí los blindados soviéticos y los soldados que los acompañasen, estarían absolutamente desprotegidos, como si estuviesen en mitad del campo, sin ningún lugar donde protegerse.

Mientras Hans observaba la plaza, una hilera de balas trazadoras salió disparada hacia el edificio, atravesando toda la explanada. Y fueron contestadas por otras, que salían de todas partes del edificio hacia el lugar de donde provenía el ataque. Ilse se acercó a Hans y le hizo un gesto con la cabeza como diciéndole, «venga, vamos».

Hans siguió a los chicos que entraban en el patio de la casa abandonada y destruida. Una palabra había acudido a su mente. Una palabra, que lo retrotraía a su infancia, a la escuela de Dahlem, a Herr Fritz y el libro de mitos germánicos, a sus sueños infantiles. Una palabra que Hans sabía lo que significaba, pero no el porqué, en ese momento, en mitad de la batalla, había atronado con tanta fuerza en lo más profundo de su cabeza.

Ragnarök.

---

\* \* \*

---

Se sentaron en las escaleras del patio. Abrieron las latas de arenque y comenzaron a comer. Con las manos. Ilse no hacía más que mirárselas. Aún llevaba sangre en ellas. Sangre de Junker. La chica cogió con sus manos el arenque y comió, aunque Hans observó que con un gesto de aprensión en su rostro.

—Yo me llamo Maria —dijo la *Blitzmädel*—. Él es Alfred. El chico que dirige el Panzerschrek, se llama Erich. ¿Y vosotros?

—Yo me llamo Hans. Hans Petersen.

—¿Y ella? —preguntó Maria.

—Se llama Ilse —dijo Hans—. Ilse Gruber. Es de Baviera.

—¿Es muda? —preguntó Alfred.

—No. Simplemente no habla. Mirad, pasó algo en el canal de Landwehr. Teníamos una misión. Camuflaje y ataque. Éramos noventa chicos. Quedamos tres. Bueno, ahora sólo nosotros dos, el tercero también ha muerto en la posición que defendíamos.

—¿Y los demás dónde están? —preguntó Alfred con ignorancia.

—Allí, en el canal. En la trinchera. Pudriéndose.

—Lo siento —dijo Maria—. ¿Qué pasó allí? ¿Por eso ella no habla?

—Las cosas empezaron bien. Pese a ser tantos, el camuflaje fue un éxito. Los rusos venían de combatir en la estación de Görlitz. Querían cruzar el canal por ese punto. No nos detectaron, los sorprendimos. Destruimos tres tanques T-34. Pero acudió un cuarto tanque, uno de esos ISU-152. Actuaba como retaguardia. Fue hace

cuatro días, cuando los rusos llegaron al segundo anillo de defensa. Como sabéis, ya no quedaban oficiales ni soldados de rango que se hicieran cargo de los destacamentos de las Juventudes Hitlerianas. Estábamos bajo el mando de un chico, un veterano de las Juventudes. Le llamábamos Junker, es el chico que ha muerto en la posición al final de esta calle. Junker había combatido en el puente de Pichelsdorf, pero... creo que se equivocó. Dio la orden de ataque antes de tiempo, antes de que ese tanque que cubría la retaguardia de los otros tres... es lo mismo, ese tanque cometió la carnicería, pero de todas las maneras, la misión era una acción suicida. Muchos nos dimos cuenta desde el principio, que pasara lo que pasara, no teníamos salida.

Ilse lo miró con cara de sorpresa. Hans prosiguió.

—Yo sé que ella hablaba, porque pude verla hablando con sus compañeras, incluso la escuché cantar. Formaba parte de un grupo de *Blitzmädel*, eran veinticinco. Menos ella, murieron todas. Cuando me di cuenta que había sobrevivido a la carnicería, ella estaba mirando sus cadáveres, intentaba hablar, pero no podía. No lo sé, supongo que sería la impresión.

Se hizo el silencio. Los cuatro chicos siguieron comiendo. Entonces Alfred preguntó.

—¿Y sois novios?

Hans tosió, como si se hubiera atragantado con el arenque. Se estaba poniendo colorado.

—No, ni mucho menos, nosotros...

—Es que como os vimos acercaros a la posición de la mano...

—Ah eso. No, es una costumbre que ella tiene. Siempre me coge la mano, desde que salimos de la trinchera. No sé por qué.

Ilse sonrió. Con una sonrisa maliciosa.

—¿Vosotros habéis entrado en combate? —preguntó Hans, intentando cambiar de conversación.

—Erich, el chico del Panzerschrek, sí. Es muy bueno con el cañón, ya lo veréis. Nosotros no. Nos mandaron aquí, a la zona centro, desde el principio. Hemos estado en defensa de posiciones y en barricadas, con el *Volkssturm*. Pero aún no hemos tenido oportunidad de usar esto —dijo Alfred señalando uno de los Panzerfaust—. Ayer nos mandaron a esta posición, de ayudas de Erich. La posición ahora está tranquila. Los combates se están produciendo al otro lado de la gran explanada, en la zona de la Ópera Kroll. Allí están combatiendo los SS.

—¿De dónde dices que es Ilse? —preguntó Maria.

—De Baviera —contestó Hans.

—Baviera —repitió la chica—. Yo nunca he estado en Baviera.

—Yo sí —dijo Hans—, dos veces, cuando era pequeño, con mis padres y mi

hermano. También estuve en Viena.

—Viena —volvió a repetir Maria—. Sabéis, lo que más siento de morir en esta guerra, es que nunca podré ver todos esos sitios, Baviera o Viena. Moriré sin haber salido nunca de Berlín.

Guardaron silencio. Nadie dijo nada. Nadie tenía nada que decir.

—¿Cuándo comenzará el asalto a la gran explanada? ¿Os han dicho algo en la posición de la que venís? —preguntó Alfred.

—No, no sabemos nada —Hans miró a Ilse. Estaba mintiendo. El alto oficial les había asegurado que sería antes del día 1 de mayo. Del día siguiente.

Hans Petersen y los demás chicos no lo sabían en ese momento, pero los rusos habían preparado el asalto final a la gran explanada de la Königsplatz y al Reichstag para la mañana de ese mismo día 30 de abril, a las once de la mañana. En ese momento, las seis de la mañana, faltaban menos de cinco horas para que el Ejército Rojo desatara una tormenta de fuego en esa zona de la ciudad.

Habían acabado de comer. Maria se asomó a la puerta y miró a Erich.

—Tenemos que volver. ¿Os quedaréis en nuestra posición? —preguntó.

—Sí —respondió Hans—. Es un buen punto, tarde o temprano los rusos tendrán que intentar acceder hacia la gran explanada por este lugar. Esa será una buena posición para intentar frenar su avance. A menos que...

—¿A menos qué? —preguntó Alfred.

—A menos que acompañen el avance de los blindados con artillería de larga distancia. A lo mejor por eso se han detenido, porque están montando los cañones allí. Si eso sucede, en cuanto escuchéis silbar los proyectiles, abandonad la posición. Buscad refugio. Por ejemplo, en estas casas.

Se levantaron y caminaron hacia la puerta. Instintivamente, Hans alargó la mano hacia atrás, buscando la mano de Ilse. La chica se la dio. A Hans le pasó inadvertida la situación, pero a Ilse y a Maria, no. Si Hans se hubiese girado hacia ellas, hubiese visto que las dos chicas se miraban y sonreían. Porque era él, el que buscaba siempre la mano de Ilse.

Cuando iban a cruzar hacia la posición, Hans volvió a mirar hacia la gran explanada. *Ragnarök*. En ese momento, Hans tuvo una certeza. Aquel era el lugar. Mientras miraba hacia la fantasmagórica silueta del edificio del Reichstag, cubierto por la bruma de la mañana, una bruma rojiza para Hans Petersen, pensó, que el futuro del Reich, el futuro de Alemania, se iba a decidir en ese lugar. Posiblemente, incluso en ese lugar, se iba a decidir el destino y el futuro de Europa.

## XII

### LA CABALGATA DE LAS VALKIRIAS

*Perdóname si la carta resulta un poco confusa... pero ¿qué más te puedo decir? No logro entender cómo ha acabado todo así, pero en estos momentos, resulta imposible seguir creyendo en Dios.*

Eva Braun, carta a su amiga Herta Ostermaier, abril de 1945

*Todo Berlín está cubierto de tulipanes, lilas, manzanos... y los pájaros cantan. La naturaleza parece no sentir lástima por los últimos días del fascismo.*

Vasily Grossman

*Berlín, una posición defensiva en las inmediaciones de la gran explanada de la Königsplatz. 30 de abril de 1945. 11:00 horas de la mañana.*

Seguían esperando. Erich en su cañón, Alfred, Maria, Hans e Ilse con sus Panzerfaust y sus *Gretchen* apoyados sobre los sacos terreros. Los cinco presentían que el ataque sobre los accesos de entrada a la gran explanada de la Königsplatz era inminente. En la parte contraria de la gran explanada en la que ellos se encontraban, y en la puerta principal de la Ópera Kroll, se estaban librando fuertes combates.

Hacía rato que Hans había fijado su mirada en el casco de hierro con la gran águila del Reich dibujada en el frontal, que llevaba Erich, el chico que manipulaba el cañón. Hans se reprendía a sí mismo por ese celo que tenía en todo lo que se refería a la disciplina, entre otras cosas por la uniformación. Seguía llevando la «gorra chata» reglamentaria en el uniforme de combate de las Juventudes Hitlerianas, aunque eran muchos, como Erich, los que la habían cambiado por cascos de hierro. En las calles de Berlín, Hans había visto a chicos de las Juventudes incluso con cascos de las SS y de la Wehrmacht, cascos que a sus auténticos dueños ya no les harían ninguna falta. Pero a él sí, a él le hacía falta un casco. Lo había descubierto en la posición defensiva en la que fueron atacados. Había tenido la oportunidad en el canal de ponerse uno de esos cascos de hierro que llevaban los chicos de Friedenau, como el que llevaba Ilse. Y en las calles de Berlín, donde había visto centenares de esos cascos abandonados. Pero ahora, Hans lo tenía claro. A la primera oportunidad que se le presentara, cambiaría su gorra por uno de esos cascos.

Alfred lo sacó de esos pensamientos. Igual que Hans estaba concentrado en el casco de Erich, Alfred no hacía nada más que mirar su Panzerfaust. Le dijo a Hans:

—Hans, cuando comiencen los combates, ¿podrías ayudarme con esto? —el chico señaló el Panzerfaust—. Es que no sé si voy a estar a la altura, porque no he podido...

Alfred no terminó de decir la frase. Un gran silbido retumbó sobre sus cabezas. Procedía de la posición que Hans e Ilse habían defendido anteriormente. Hans tenía

razón. Los rusos habían instalado allí sus cañones. Pretendían terminar con las últimas bolsas de resistencia en esa calle con artillería pesada, antes de que avanzaran los blindados. Habían instalado también lanzaderas de cohetes *Katyusha*, que lanzaban por encima de los tejados, en dirección a la gran explanada de la Königsplatz.

El primer obús impactó directamente sobre la barricada que defendían los hombres de las SS. La barricada saltó por los aires. Los SS que no perecieron en el acto, corrieron hacia las casas abandonadas frente a las que Hans y los chicos habían comido, mientras se protegían la cabeza con las manos. Eran Panzerfaust de la *Carlomagno*, y francotiradores de las SS *Anhalt* que habían combatido en la Ópera. Hans pensó rápidamente. Tendrían que abandonar esa posición desprotegida y correr hacia las casas abandonadas donde habían comido. Entre ellos y los SS de enfrente, podían provocar un desaguizado entre los blindados soviéticos y las tropas de asalto. Salvo que un proyectil impactara en las casas, claro. Entonces...

—Venga, vámonos de aquí. ¡Rápido! —dijo Hans.

Hans e Ilse se levantaron. Los otros dos chicos se quedaron mirándolos.

—Pero ¿a dónde? —preguntó Maria.

—Allí enfrente, a las casas abandonadas. Allí tendremos opción, aquí, ninguna. ¡Andando!

—Yo no me muevo de aquí —dijo Erich—. Yo no dejo esta posición, ni mi cañón.

El chico empezó a orientar su cañón hacia los blindados rusos, que habían reanudado su marcha y avanzaban hacia la destruida barricada.

Hans miró al chico, cogió de la mano a Ilse y les dijo:

—Nosotros nos largamos. Vosotros hacer lo que queráis. Quedaos aquí con él, si queréis, o venid con nosotros...

Ilse hizo un rápido movimiento. Extrajo la Walther de la cintura de Hans y apuntó directamente a Erich. Le hizo un gesto con la cabeza como diciendo «bájate de ahí de una jodida vez y ven con nosotros».

Erich clavó su mirada en la *Blitzmädel* que lo apuntaba con el arma y dijo:

—Dispárame si quieres. Pero yo no dejo esta posición. Ni mi cañón.

Hans le arrebató el arma a Ilse. La guardó en su cinturón.

—¡Tenéis un arma! —dijo Alfred con rostro ilusionado.

—Déjalo, Ilse, déjalo que muera en su cañón. ¡Venga, vámonos! —dijo Hans, mientras tiraba del brazo de Ilse.

Hans e Ilse comenzaron a cruzar la calle. Alfred y Maria les siguieron. Erich, siguió orientando su cañón...

No le dio tiempo a acabar de orientarlo. Se produjo una potente explosión.

Un obús impactó directamente en la posición que hasta unos segundos antes

habían protegido. Una bola de fuego envolvió el cañón Panzerschrek.

Los cuatro chicos cayeron al suelo. Pasaban unos minutos de las once de la mañana. El asalto final a la gran explanada de la Königsplatz y al emblemático edificio del Reichstag había comenzado.

Hans se giró hacia el cañón. Estaba envuelto en llamas. A través de estas, se distinguía el cuerpo calcinado de Erich.

Se levantaron y continuaron corriendo hacia las casas abandonadas. Pero Hans se volvió buscando algo. Durante la explosión, vio que un objeto había salido disparado del cañón de Erich y botaba a su lado. Primero pensó que podría ser la cabeza de Erich, pero rápidamente observó que se trataba del casco. El casco de hierro con el dibujo del águila del Reich en su frontal. Hans corrió hacia el casco. Arrojó su «gorra chata» al fuego, y se colocó el casco de hierro en su cabeza.

La carrera en busca de las casas abandonadas se hizo interminable. Un aluvión de fuego como nunca antes habían visto, se había desatado en todos los accesos a la gran explanada. Todo parecía estallar por todas partes. Los tanques rusos avanzaban desde todas las posiciones. Iban apoyados por tropas de asalto que se escondían tras ellos. Hans aún tuvo tiempo de observar, que en la Königsplatz, la batalla también había comenzado. Tropas de asalto rusas intentaban penetrar por la parte norte de la gran explanada. Procedían del puente de Moltke. Pero tras dar sólo unos pasos, tuvieron que lanzarse cuerpo a tierra. Fueron recibidos por un auténtico vendaval de fuego por las defensas alemanas.

Ilse y Maria se encontraban ya en la puerta de una de las casas abandonadas. Alfred había caído otra vez al suelo. En su caída, había perdido uno de sus Panzerfaust. Hans que corría tras él, lo recogió. La situación no estaba para perder munición. A Hans le pareció, que cuando el chico alcanzó el portal, estaba llorando.

Hans fue el último en llegar. Entraron dentro.

Ilse se quedó mirando fijamente a Hans. E hizo el gesto de lanzar una carcajada. Aunque ningún sonido salió de su garganta. El casco. La chica quería reírse del aspecto de Hans con el casco de hierro. Estaba loca. Definitivamente, esa chica bávara estaba loca. Todo explotaba y ardía a su alrededor, y ella aún tenía tiempo para esas cosas. Hans golpeó el culo de Ilse con el tubo metálico de uno de los Panzerfaust. La *Blitzmädel* dio un pequeño respingo, y comenzó a subir las escaleras.

En el primer rellano, había una ventana. Al menos podrían apostarse en ella tres Panzerfaust. Pero en ese edificio no tendrían escapatoria. En cuanto los soldados rusos los detectaran, entrarían en la casa. Y allí se habría terminado todo. A no ser que...

Hans estaba viendo algo. En el edificio de enfrente. En las ventanas. Tal como Hans había pensado, los SS de la *Anhalt* que habían sobrevivido al ataque a la barricada, se habían apostado allí. Uno de ellos, le estaba haciendo una señal. Había

colocado su metralleta en la misma posición en que Hans tenía colocado su Panzerfaust. Hans lo comprendió al instante.

El SS le estaba diciendo que ellos dispararan sus Panzerfaust contra los blindados, porque ellos atacarían a las tropas de asalto que los acompañaban. Esa sí era una misión con opción.

—Vale, nos posicionaremos aquí. Ilse, Alfred y yo haremos los lanzamientos. Maria, tú te colocarás detrás de nosotros. Nos pasarás los Panzerfaust cuando nosotros te lo indiquemos...

Ilse cogió del brazo a Hans. Hacía gestos negativos con su cabeza, mientras señalaba la puerta y las escaleras. Hans sabía lo que Ilse quería decir, lo mismo que él había pensado. Sólo que Ilse no sabía nada de los SS apostados en las ventanas del edificio de enfrente.

La chica estaba muy nerviosa. Hacía grandes gesticulaciones. Hans la cogió por los brazos de una forma muy violenta y la estampó contra la pared. La miró fijamente a los ojos. La chica los movía a una gran velocidad, mirando hacia todos los lados. Volvía a tener su eterna cara de fiebre. Y respiraba muy rápido. Fijó sus ojos en los de Hans. Se tranquilizó. Ilse realizó un gesto afirmativo con la cabeza. Ya estaba. Todo solucionado. Eso en las Juventudes Hitlerianas lo llamaban «confianza ciega».

Hans y Alfred apostaron sus Panzerfaust en la ventana. Ilse iba a dirigirse a Maria, cuando se detuvo de golpe.

Una lluvia de obuses impactaron sobre el edificio de enfrente. Hans pensó que todo se iba a ir al traste. Se produjeron grandes explosiones. Los SS apostados en las ventanas del edificio desaparecieron. Maria empezó a llorar.

—¡Quiero salir de aquí! —gritó Maria.

Los tanques rusos avanzaban ahora a gran velocidad, moviendo muy rápido sus torretas.

Más explosiones. Esta vez todos ellos se agacharon. Esquirlas de piedra volaron sobre ellos. El llanto de Maria arreció.

—¡Quiero salir de aquí!

Hans se asomó. Era el primer tanque el que disparaba. Ahora se había detenido. Miró hacia el edificio de enfrente. Los SS seguían allí. Tendrían que actuar muy rápido. En cuanto reanudara su marcha, tendrían el tanque a tiro.

—¡Me voy, quiero salir de aquí! —gritó Maria entre sollozos.

La chica echó a correr rumbo a las escaleras. «Un ataque de pánico», pensó Hans. «Lo que nos faltaba».

Ilse corrió tras ella. La agarró por la guerrera.

—¡Déjame! ¡Vamos a morir! ¡Yo quiero salir de aquí!

Ilse la abofeteo. La chica se llevó la mano a la cara, con un gesto de sorpresa. Hans y Alfred seguían los acontecimientos desde la ventana, con la boca abierta.

Maria se calmó. Ilse le indicó con la mano que le acercara una de sus *Gretchen*.

—¿Las mías? —dijo Maria—. ¡Pero si ella lleva tres en la espalda!

—Nunca las usa si no es necesario. Las lleva de repuesto. Acércale una de las tuyas, Maria. Total, en tu estado, no creo que puedas utilizarlas.

Maria le acercó una *Gretchen* a Ilse y se agachó tras ellos. Se agarró a las piernas de Hans. Como si necesitara protección.

—Venga chicos, vamos allá. A la de tres —dijo Hans.

Hans e Ilse orientaron su Panzerfaust y su *Gretchen*. Alfred su Panzerfaust. Un Panzerfaust que temblaba a la misma velocidad que sus manos.

El primer tanque estaba ahora a su altura. Los soldados avanzaban agachados, en torno al tanque.

Era el momento.

—Mira, Gretl, mira qué tanque de Stalin más bonito tenemos aquí —dijo Hans.

—¿Gretl? —preguntó Alfred—. ¿Pero no se llamaba Ilse?

—Es una cosa nuestra, Alfred. Apunta bien, a la torreta. Y por favor, deja de temblar.

Ahora las explosiones habían cesado. Sólo se escuchaba el sonido del blindado que pasaba por debajo de la ventana.

—Uno —contó Hans.

Maria tosió. Tenía arcadas.

—Dos.

Alfred seguía temblando. Tendrían que hacerlo Hans y la chica.

—¡Tres! —gritó Hans.

Las granadas antitanque salieron en dirección al tanque. Se volvieron a agachar.

Bajo su ventana se produjo una gran explosión.

—*Panzer kaputt!* —gritó Hans.

Habían acertado de lleno. En medio del caos, los francotiradores de las SS comenzaron a disparar. La acción había resultado perfecta. Pero Alfred lo estropeó todo.

—¡Le hemos dado! ¡Le hemos dado! ¡Yo lo quiero ver! ¡Hemos destruido un tanque! ¡Yo lo quiero ver!

El chico se incorporó sobre la ventana.

—¡No Alfred, no te...!

Hans no pudo terminar. El chico se había levantado. Los soldados rusos estaban disparando contra todas las ventanas. No sabían de cuál de ellas procedía el ataque.

La metralla le alcanzó de lleno. En la cabeza. Alfred cayó sobre ellos. Había muerto en el acto.

—¡Alfred, Dios mío, Alfred! —gritó Maria. Se arrojó sobre él. El chico tenía la cara destrozada. Estaba irreconocible. Maria empezó a llorar sobre su pecho.



—Maria, déjalo. No tenemos tiempo. Hay que volver a disparar, al segundo tanque. Los podemos frenar aquí. Ya no puedes hacer nada por él. Está muerto.

Hans e Ilse volvieron a tomar posición en la ventana. En el exterior, seguía el cruce de disparos entre las tropas de asalto rusas y los SS. Ilse cogió una *Gretchen* y la puso en las manos de Maria, que miraba a Alfred de manera catatónica. Hans dio las instrucciones.

—Bueno, nos levantamos, apuntamos y disparamos al segundo tanque. Lo tenemos a una buena distancia de tiro. Y después, volvemos a descender. Esperaremos en silencio. Los soldados rusos retrocederán hasta el final de la calle. Ese será el momento de salir de aquí. Pero lo siento, nuestra única escapatoria es correr hacia la gran explanada de la Königsplatz. Esa de allí, es una batalla de verdad. Ninguno hemos visto nunca algo parecido a aquello, pero es lo que tenemos. Una vez allí, nos parapetaremos en la primera barricada que veamos. Ya pensaremos luego lo que hacer. Es también posible que no lleguemos...

Los tres quedaron en silencio. Hans miró a Maria. Y a Ilse. Y terminó su frase.

—Si es así, ha sido un honor combatir con vosotras. De verdad.

Se volvieron a agachar bajo la ventana. Maria no podía quitar la mirada de Alfred. El chico estaba tirado en mitad del rellano, con la cara destrozada por la metralla.

Hans les hizo un gesto. ¡Ahora!

Se incorporaron. Maria no pudo lanzar, se volvió a agachar. Hans e Ilse, sí. Las dos granadas antitanque volaron hacia el segundo tanque. ¡Y explotaron al impactar sobre él!

Lo habían vuelto a conseguir. Los francotiradores de las SS recrudecieron su ataque sobre las tropas rusas. Hans e Ilse se volvieron a agachar. Ahora, las balas silbaban sobre su cabeza, impactaban sobre la ventana. Pero las tropas de asalto rusas no podían acercarse hacia su guarida. Quedaban desprotegidas ante el fuego de los SS. De hecho, los rusos estaban retrocediendo. Hans sabía que en esa situación, estaban también libres de un posible ataque con artillería de larga distancia. En su intento por destruir el edificio, los rusos podían volar sus propios tanques, y llevarse de paso, a sus soldados por delante. Tenían algo de tiempo.

—Lo siento, no he podido disparar, me he asustado...

—Tranquila, Maria, no pasa nada. Lo has hecho muy bien. Ahora no te muevas de tu sitio. Vamos a esperar y nos largamos de aquí —dijo Hans.

Permanecieron en silencio. En la calle, los SS estaban haciendo retroceder a los rusos.

En toda la zona centro de Berlín, la batalla ahora era total. De la gran explanada de la Königsplatz, llegaban sonidos de explosiones y tiroteos continuados. El humo había empezado a cubrirlo todo. Era un humo espeso, pesado. Raspaba en la

garganta. Maria empezó a toser como una loca, mientras Ilse le intentaba tapan la boca, para amortiguar el sonido.

---

\* \* \*

---

Esperaron sobre media hora. Pasado ese tiempo, el tiroteo se relajó. Los rusos se habían replegado, pero seguían apostados al final de la calle. Sorprendentemente, no habían utilizado artillería de larga distancia contra los dos edificios de los que había procedido el ataque. Posiblemente, pensó Hans, habrían trasladado los cañones a otro lugar, quizás, porque se habría abierto alguna brecha por alguno de los accesos a la gran explanada. Sin embargo, Hans sabía que los blindados, y las tropas de asalto que los acompañaban, no tardarían en regresar. Los rusos siempre regresaban. Demolerían los dos edificios, dónde entre ellos y los SS habían cometido el pequeño desaguisado entre sus tropas. Y entonces, no tendrían escapatoria. Tenían que huir. Había llegado el momento.

—Nos largamos. Ahora escuchadme bien las dos. Bajamos, paramos en la puerta, y sin pensarlo, echamos a correr. No miréis atrás. Corred agachadas todo el tiempo. En cuanto lleguemos a la primera barricada de la gran explanada, podremos descansar. Va a ser duro, pero lo vamos a conseguir. Los tres. Venga chicas, no podemos morir en esta calle. Tenemos una guerra que ganar.

Dicho esto, Hans miró a las chicas. Los ojos de Ilse ardían, parecía que brotara fuego de ellos. Maria estaba aterrorizada.

---

\* \* \*

---

Llegaron a la puerta. El tiroteo continuaba, pero había descendido en intensidad. Era peligroso, pero más peligroso era permanecer en aquel edificio. Hans miró hacia los dos lados. El momento era tan malo para salir, como cualquier otro. Pero tenían que hacerlo ya.

—Venga. ¡Vamos!

Hans echó a correr hacia la gran explanada. Ilse le siguió. Maria salió la tercera.

Corrían agachándose y esquivando las balas. Cuando los soldados rusos los detectaron, gritaron algo y comenzaron a disparar. Los francotiradores de las SS les cubrieron en cuanto los vieron salir, escondidos en las ventanas del edificio de enfrente. Abrieron fuego sobre las tropas rusas, que a su vez, disparaban al chico y a las dos chicas de las Juventudes Hitlerianas.

Habían conseguido llegar hasta la mitad del camino. Hans ya veía la entrada a la gran explanada de la Königsplatz. Sentía a Ilse correr detrás de él. Entonces, escuchó un grito.

Maria se detuvo en seco. La habían alcanzado por la espalda. La chica se quedó allí, parada, con los ojos muy abiertos y una expresión de sorpresa en su rostro. Cayó desplomada al suelo.

No lo había conseguido. Ella sí que moriría allí, en aquella calle. Con los ojos muy abiertos. Los ojos que nunca verían Baviera. Ni Viena. Los ojos que durante toda su vida, sólo habían visto Berlín.

Hans e Ilse siguieron corriendo. Y entraron en la gran explanada.

La batalla en la explanada era devastadora. A Hans le dio la impresión, quizás sólo fuera eso, la impresión, que en la gran explanada los rusos estaban retrocediendo. Conforme corrían por ella, el día, se convertía en noche. El humo lo había envuelto todo. El edificio del Reichstag, que estaba al fondo de la explanada, apenas era visible. La oscuridad aumentaba a cada zancada que daban. Era mediodía, pero en la gran explanada, parecía noche cerrada. Entonces, Hans divisó la primera barricada.

Justo cuando iba a parapetarse tras ella, Ilse cayó. Hans frenó en seco y volvió hacia ella. La cogió de la cincha de la espalda, donde la chica llevaba sus *Gretchen*, y de la falda, y haciendo todo el esfuerzo del mundo la arrojó detrás de la barricada.

Como se arroja un saco de patatas.

Producto del esfuerzo, Hans aterrizó junto a ella.

Jadeaban. No podían casi respirar. Y tosían. La carrera y el humo inhalado. Tosieron como dos enfermos de tuberculosis toserían en un lazareto.

Ilse le sonrió. Ilse siempre sonreía. Cualquier cosa que hiciera, parecía para ella una gran hazaña.

La barricada era muy grande, construida con grandes tablas de madera en forma de cruz de San Andrés. La defendían soldados de la Wehrmacht y de las SS. Había también un grupo de Panzerfaust de la *SS Division Hitlerjugend*.

Hubo una gran sorpresa cuando los vieron llegar, aparecer entre el humo. ¿Pero qué hacían esos chicos allí?, parecían decir los ojos que los escrutaban. Un oficial de las SS se acercó a ellos.

—¿Pero vosotros quién coño sois? ¿Pero de dónde habéis salido?

—De allí —Hans intentó señalar hacia la calle, pero sólo se veía humo—. En aquella calle hemos liado una gorda. Hemos inutilizado dos T-34. Con nuestros Panzerfaust.

—¡Joder, lo que me faltaba! ¡Un niño y una chica! —dijo el oficial, exasperado—. Está bien, quedaos aquí, quietos. No hagáis nada. Ya os ubicaremos en algún sitio.

El hombre se marchó. Ilse lanzó una mirada asustada a Hans, como diciéndole: «¿Pero dónde nos hemos metido?».

Hans miró a la chica, agarró su cara y la acercó a la suya. Le dijo:

—Tranquila, Ilse, hoy no es un bonito día para morir. Mira, es de día y hasta parece que sea de noche.

La chica intentó sonreír, pero esta vez no le salió. Su sonrisa se quedó en una extraña mueca.

*Führerbúnker, Cancillería del Reich. 30 de abril de 1945, sobre las 15:10 horas.*

A las 15:10 horas, un silencio sepulcral invadía el búnker de la Cancillería del Reich. Aparte de los sonidos lejanos que llegaban del exterior, lo único que se escuchaba en aquella estancia era ese zumbido horrible, claustrofóbico, que salía de los equipos de ventilación y los grupos electrógenos que mantenían la electricidad en el interior del búnker.

Otto Günsche, ayudante personal de Adolf Hitler, entró en la habitación privada del Führer. Este se encontraba de pie, solo, en el centro de la habitación, con la mirada perdida en la pared. Eva Braun no estaba en la habitación. Cuando Günsche iba a hablar, se escuchó el sonido de una cisterna. Günsche pensó, que Eva Braun debía encontrarse en el baño. Hitler miró a Günsche, durante una fracción de segundo, y volvió a concentrarse en la pared.

—Mi Führer, Frau Goebbels me ha pedido que le solicite...

—No voy a recibirla —contestó Hitler sin apartar la vista de la pared.

Otto Günsche dio un taconazo, media vuelta, y abandonó la habitación.

La situación de la batalla a esa hora de la tarde en el distrito centro de Berlín era desesperada. Se libraban fuertes combates en la Belle-Alliance Platz y la Postdamer Platz. Por allí los soviéticos prosperaban, los tanques T-34 rusos se encontraban a menos de 500 metros de la Cancillería del Reich. Aunque la resistencia alemana era feroz. Los combates habían alcanzado también la Frankfurter Alle y la Friedrichstrasse. Los rusos habían sido detenidos en la Alexander Platz, pero habían lanzado un potente ataque contra la gran explanada de la Königsplatz y el edificio del Reichstag, donde Hans Petersen e Ilse Grüber, parapetados tras una barricada, esperaban a que alguien les indicase qué tenían que hacer. Adolf Hitler pensó que ese era el momento. Su momento. No dejaría, no permitiría que los rusos lo capturaran y lo acabaran convirtiendo en una atracción de feria. Lo había preparado meticulosamente todo. Nunca lo capturarían vivo, ni se harían con su cadáver. Había preparado el acto final de su vida con la misma grandiosidad que presidió esta.

En la antesala que precedía a la sala de estar de Adolf Hitler, Führer del Tercer Reich, se había congregado una extraña y fúnebre comitiva. Allí se encontraban Josef Goebbels, Martin Borman, los generales Burgdorf y Krebs, el vicealmirante Hans Eric Voss, Hans Rattenhuber, jefe de la guardia personal de Hitler, Werner Baumann, enlace de Goebbels en la cancillería, el diplomático Walter Hewel, las secretarias de Hitler, Traüdl Junge y Gerda Christian, y la tirolesa enigmática, dietista de Hitler,

Constanze de Manzialy. Poco después se les unieron, el ayuda de cámara de Hitler, Heinz Linge, el máximo responsable de las Juventudes Hitlerianas, Artur Axman, el chófer del Führer, Erich Kempka, y su piloto, Hans Baur. Ellos iban a ser los testigos de la última gran puesta en escena, el último gran acto de la vida de Adolf Hitler. Su *Götterdämmerung* particular. Su crepúsculo de los dioses.

Adolf Hitler y Eva Braun salieron de su habitación. Hitler vestía camisa blanca, corbata negra, pantalón también negro y la clásica chaqueta militar de color gris verdoso. Como insignias, lucía la Cruz de Hierro de primera clase, la insignia de oro del partido y la insignia de los heridos de la Primera Guerra Mundial.

Era una sombra de sí mismo. Ese Adolf Hitler, que caminaba encorvado, con paso lento y tambaleante, no tenía nada que ver con el gran líder que Hans Petersen había visto en la tribuna Zeppelín de Núremberg, bajo la catedral de luz, en el congreso del partido de 1936. A sus cincuenta y seis años, Adolf Hitler presentaba el aspecto de un anciano derrotado. El temblor de su mano se había extendido a su cabeza. Los ojos fieros, fanáticos, casi diabólicos, los ojos del lobo, resultaban ahora tristes, mortecinos. Habían perdido su brillo. Habían perdido su esplendor.

Eva Braun llevaba un bonito traje oscuro, con unas flores de color rosa en la parte delantera. En todo momento, se mostró más alegre y jovial que su marido (Hitler y Eva Braun habían contraído matrimonio esa misma madrugada). Alguien comentaría más tarde que se la veía «casi contenta».

Adolf Hitler estrechó la mano, uno por uno, a todos los allí reunidos. También Eva Braun, a la que los hombres besaban la mano. Tan lentamente como habían salido de su dormitorio, se encaminaron a su sala de estar privada. El escenario del último acto de la tragedia.

En ese momento, apareció Magda Goebbels. La mujer se abalanzó sobre Hitler en la puerta, suplicándole una y otra vez que no lo hiciera. Pero Hitler la rechazó. Magda Goebbels regresó a su habitación envuelta en lágrimas.

La puerta se cerró.

En el pasillo, frente a la puerta, permanecieron Günsche, Linge y Kempka, más un teniente de las SS de servicio llamado Frick. Una parte de la comitiva, que había asistido a la despedida del Führer, se había retirado a la sala de juntas, en la zona que se conocía como *Vorbunker*, a la espera del desenlace final.

Pasaron diez minutos, aproximadamente. Durante ese tiempo, volvió a reinar el silencio. Nadie hablaba. Sólo, en un momento dado, Heinz Linge dijo unas crípticas palabras:

—¡No ver nada, no oír nada, sólo eso!

Se escuchó un disparo.

Heinz Linge se dirigió a Otto Günsche y le dijo:

—Creo que ahora ya ha terminado todo.

Linge, Günsche y Kempka entraron en la estancia.

Los cuerpos de Adolf Hitler y Eva Braun yacían inertes en el mismo sofá, frente a un retrato de Federico el Grande. Adolf a la derecha, Eva a la izquierda. Adolf Hitler se había descerrajado un tiro en la sien derecha con una Walther calibre 7,65 mm. En su sien se distinguía una herida del tamaño de una pequeña moneda, y dos hilos de sangre descendían por su rostro. A sus pies, había un charco de sangre. La sangre había salpicado también el sofá y la pared que había tras este. Eva Braun se encontraba en el sofá, con las piernas encogidas. Sus labios estaban apretados y su cuerpo despedía un olor como a almendras rancias. Se había envenenado con una cápsula de ácido prúsico.

Heinz Linge fue el encargado de comunicar el fallecimiento del Führer a los hombres reunidos en la sala de juntas. Allí se encontraban Goebbels, Borman, Krebs, Burgdorf, Naumann, Rattenhuber y el *Reichsjugendführer* Artur Axman. Linge abrió la puerta y dijo:

—¡El jefe ha muerto!

Todos los hombres se incorporaron y se abalanzaron sobre la puerta.

Eran las 15:30 horas del día 30 de abril de 1945. Adolf Hitler, Führer del Tercer Reich, el hombre al que durante su juventud en Munich, en los tiempos de lucha, apodaran «lobo», se había quitado la vida en el interior de su guarida, de su última guarida. En la última y definitiva guarida del lobo.

Para él, la guerra y el sufrimiento habían terminado. Pero sobre el *Führerbunker*, por encima de ellos, en las calles de Berlín, la guerra seguía su curso. Y el sufrimiento del pueblo alemán no había hecho nada más que empezar.

---

\* \* \*

---

A las 15:30 horas de ese 30 de abril, a poco más de un kilómetro del *Führerbunker*, en la gran explanada de la Königsplatz, un chico de quince años, natural de Dahlem, llamado Hans Petersen, elevó sus ojos al cielo. Permaneció así durante unos instantes. Después, sin quitar su mirada del cielo, se incorporó tras la barricada. En su mano llevaba un Panzerfaust, sobre su cabeza, un casco de hierro con un águila del Reich dibujada en su frontal. A su alrededor, todo estallaba. Grandes cortinas de humo negro cubrían la explanada.

Junto a él, una chica de diecisiete años, natural de Baviera y llamada Ilse Gruber, se incorporó también. Llevaba tres lanzagranadas *Gretchen* cogidas por una cincha a su espalda. Como si fueran unas alas metálicas. Igual que el chico, la *Blitzmädel* también miraba al cielo, pero con rostro desconcertado. Porque en verdad, ella no sabía lo que estaba mirando.

Pero Hans, sí. Hans miraba el cielo como si allí, hubiera visto una visión, o una

aparición. Primero, esa palabra, *Ragnarök*, la palabra que tantas veces había leído en el libro de mitos germánicos de Herr Fritz, había vuelto a cruzar por su cabeza. Y después, a través de las cortinas de humo que lo cubrían todo, Hans había visto el cielo. El cielo sobre Berlín. Un cielo oscuro, gris y plomizo. Inmediatamente comprendió que había sucedido algo. Y una batería de preguntas, estallaron en el interior de su cabeza.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué era de él? ¿Dónde estaba el cielo rojo? Era el cielo de sus sueños infantiles, el cielo bajo el que él había combatido como soldado.

Ese era su cielo. Y ahora...

¿Dónde estaba? ¿Por qué no podía verlo? ¿Por qué no podía ver el cielo del lobo?

*Berlín, una barricada en la gran explanada de la Königsplatz. 30 de abril de 1945,  
17:30 horas.*

Habían cambiado de ubicación. Estaban en una barricada más grande, en el centro de la Königsplatz. El oficial de la Wehrmacht que les apodara Hansel y Gretl, había ido a buscarlos a la primera barricada tras la que se habían parapetado. Estaban esperando a que los ubicaran, cuando alguien al otro lado de la barricada les gritó:

—¿Quién coño son Hansel y Gretl?

—Nosotros —gritó Hans en medio del estruendo de los cañones.

—Venid aquí, alguien os busca.

Hans e Ilse se dirigieron hacia la cabeza de la barricada. El oficial de la Wehrmacht estaba allí.

—Hansel, Gretl, me alegro de que hayáis sobrevivido. Sois duros de pelar. Venid conmigo. Allí —el oficial señaló una barricada casi en el centro de la plaza—, casi no disponemos de Panzerfaust, sólo tenemos ametralladoras y los blindados rusos se acercan. Esta posición no es para vosotros, seréis de más utilidad en la nuestra. ¡Seguidme!

Los tres corrieron hacia la barricada central, agachados, mientras todo explotaba a su paso.

Llegaron a la barricada, y se arrojaron tras ella. Era muy grande, Hans calculo que habrían apostados allí al menos cincuenta hombres. Pero sólo había dos Panzerfaust de las SS *Carlomagno*. Las numerosas ametralladoras allí apostadas no paraban de escupir balas en todas las direcciones. Para la construcción de la barricada se habían empleado incluso las cabezas de piedra de las cariátides que se habían desprendido del edificio del Reichstag. Hans apoyó un Panzerfaust sobre una de ellas.

—Aquí tenéis una posición perfecta para vosotros. Bueno, la chica...

El oficial miraba las *Gretchen* de Ilse. Hans lo comprendió. La distancia de los tanques. El alcance de las *Gretchen* era mucho más limitado que el del Panzerfaust. Ilse iba a sacar una de las *Gretchen*, cuando Hans la detuvo. Y le pasó un Panzerfaust.

La chica lo cogió.

—¿Podrá usarlo? —preguntó el oficial.

—Sí, señor. Podrá usar cualquier cosa.

El oficial sonrió. Le daban gracia los chicos. Les dijo:

—La idea es, que ni por asomo, los blindados rusos lleguen allí —el oficial señaló el edificio del Reichstag, que en ese momento estaba siendo atacado con cohetes *Katyusha*—. El edificio esta bien defendido, se han tapiado las ventanas y los lugares de acceso. Sólo podrán penetrar en él utilizando los blindados. Por eso, nuestra misión es que ninguno de esos jodidos tanques de Stalin lleguen hasta allí, ¿entendido?

—Claro como el agua, señor —contestó Hans.

El oficial se marchó. Hans e Ilse siguieron esperando su momento para entrar en acción. Pero no entraron, porque en ese mismo momento, todo explotó.

Hans e Ilse tuvieron que protegerse lanzándose al suelo de la barricada. Era una tormenta de fuego. Pero era alemana.

Procedía del Tiergarten. Era la torre Flack del Zoo. Atacó con fuego artillero a los rusos en todas sus posiciones en la gran explanada. Los rusos tuvieron que retroceder hasta sus posiciones de partida. Para ellos, todo el trabajo se había ido al traste. Para las tropas alemanas, era un descanso no esperado.

---

\* \* \*

---

Durante gran parte de la tarde, los rusos no atacaron. Desde la barricada, sin embargo, Hans e Ilse observaron cómo los rusos despejaban otras zonas cercanas a la gran explanada. Asistieron impotentes a la caída final del edificio de la Ópera Kroll. Tras un fuerte bombardeo con artillería pesada, el flanco sur cedió. Y la puerta principal también. Tras largos días de batalla, las tropas de asalto rusas accedieron a su interior. Ahora la batalla se había trasladado dentro del edificio.

Por toda la zona centro la batalla se había recrudecido esa tarde. Un soldado de las SS *Anhalt*, que había acudido a la barricada a entregar cantimploras de agua y algo de comida, les informó de que tenían noticias de la caída del Ministerio del Interior, al que todo el mundo conocía como «la casa de Himmler». El mismo soldado les dijo, que en ese momento se libraban duros combates entorno al cuartel general de la Gestapo, en la Prinz Albert Strasse. Y que había sido atacada con artillería de larga distancia la propia Cancillería del Reich.

Se vivió una pequeña calma en la gran explanada. Pero como en una ocasión les dijera un SS en el transcurso de la batalla, los rusos volverían. Porque los rusos siempre volvían.

El gran ataque se produjo a las 18:30 horas. Y fue un ataque total. Todas las



posiciones alemanas en la gran explanada fueron atacadas. El ataque lo inauguró un bombardeo masivo al edificio del Reichstag. Después, el bombardeo se centró en todas las barricadas y las posiciones defensivas de la gran explanada, incluida en la que estaban Hans e Ilse. Estos no pudieron hacer nada, sólo protegerse en el suelo de la barricada y esperar. Escuchaban avanzar los tanques soviéticos, pero no podían orientar sus Panzerfaust contra ellos, en realidad, no podían ni levantarse. Hans pensó que tenían que salir de allí. Esa era una batalla de hombres, y ellos eran sólo dos niños. A los Panzerfaust como ellos, les venían bien las operaciones de camuflaje, escondidos en casas abandonadas, entre las ruinas, golpeando y huyendo. Pero aquello no. Aquello era una batalla para soldados profesionales, soldados preparados. El tipo de soldado que a Hans le hubiese gustado ser. Hans levantó la cabeza. Su casco de hierro chocó con el de Ilse. En medio de las explosiones, Hans miró a Ilse a los ojos y le dijo:

—Ilse, tenemos que salir de aquí. En este lugar no podemos hacer nada, no es nuestro terreno. Somos un estorbo, Ilse. Tenemos que buscar posiciones en las que podamos camuflarnos, golpear y escapar. Pero este no es el lugar, esto es un espacio abierto. Mira, llevo toda la tarde examinando la explanada. Sólo tenemos una salida. Lo malo es que hay que cruzar la explanada, porque esa salida se encuentra en una calle, en el lateral derecho del Reichstag. Esa calle está limpia. Desconozco el motivo, pero los rusos no han podido penetrar por allí. Posiblemente, su avance por ese sector haya sido frenado. Tenemos que aprovechar esa vía de escape, porque en cuanto los rusos penetren también por allí, y puede que no tarden mucho en hacerlo, estaremos completamente atrapados...

Una gran explosión sacudió la trinchera. Piedras, trozos de metal, escombros, cayeron sobre ellos. Hans volvió a levantar la cabeza.

—Tenemos que llegar a esa calle ya. Avanzaremos hacia el edificio del Reichstag, parapetándonos en las barricadas que encontremos en el camino. Cuando lleguemos a la última, tendremos que volver a correr. Corriendo llegamos a esta explanada y corriendo tendremos que salir de ella. Otra vez será muy peligroso, pero estamos acostumbrados ya a correr peligro.

Ilse miró a Hans. Sus penetrantes y ardientes ojos, se veían ahora tristes. Un rictus sombrío envolvía su rostro. En ese momento Hans pensó en Helga, su madre. Durante los últimos años, su madre había tenido muchas veces esos mismos ojos tristes, ese mismo rictus sombrío en su rostro.

—Volverá a ser difícil, pero nos hemos visto en peores. Recuerda el canal.

La chica movió la cabeza con un gesto afirmativo.

Se incorporaron sobre la trinchera. Vieron el edificio del Reichstag, ahora envuelto por cortinas de humo negro que parecían emerger de su interior. Hans señaló hacia la calle. Ilse también había recaído en ella. Allí sólo se veía un tranvía volcado,

parcialmente destruido, y una alambrada que había sido instalada por las defensas alemanas. Era la única bocacalle que desembocaba en la gran explanada por la que los rusos no habían accedido.

Era difícil. En la posición en la que se encontraban, y en mitad de la batalla y las explosiones, alcanzar la calle podía parecer una misión imposible. Hans extendió la mano buscando la de Ilse. La chica se la dio. Tendrían que correr y alcanzar la siguiente barricada. No podían pensar en la dificultad de alcanzar la calle en mitad de aquel infierno. No puedes pensar en esas cosas cuando vas a morir.

—Venga, Ilse. ¡Vamos allá! —gritó Hans.

---

\* \* \*

---

Abandonaron la barricada en busca de la siguiente, buscando la única salida que tenían de la gran explanada. Otra vez tuvieron que andar agachados, intentando evitar las balas trazadoras, el fuego cruzado que ahora cubría toda la explanada. En el trayecto entre las dos barricadas, Hans observó que los blindados soviéticos se estaban dividiendo. Unos avanzaban hacia las posiciones donde se encontraban ellos. Los demás se dirigían hacia el edificio del Reichstag, dónde ahora parecía concentrarse el grueso de los combates. «Pobre edificio», volvió a pensar Hans mientras corría hacia la barricada.

La barricada era más pequeña que la anterior. Había muchos cadáveres de soldados alemanes diseminados por ella. Detrás de la barricada, había un gran socavón, del tamaño de una trinchera. Se debía, sin duda, al impacto de un obús. Hans e Ilse se refugiaron detrás de la barricada. Un soldado de la Wehrmacht se acercó a ellos.

—Este no es un buen sitio para vosotros, chicos. Los blindados...

El soldado no pudo terminar. El cielo se abrió ante ellos. Un silbido atronador. Los tres elevaron la mirada hacia el cielo. Era lo único que podían hacer.

Saltaron por los aires. Ellos, la barricada, los soldados que la protegían y el propio suelo. Todo saltó por los aires.

Hans salió despedido y fue a caer al otro lado de la barricada. Sintió que quedaba clavado sobre algún objeto. Incluso le pareció escuchar el sonido de su guerrera, su piel y su propia carne al desgarrarse. Momentáneamente perdió la respiración.

El humo lo cubría todo. Sólo se escuchaban las explosiones y el alarido de los heridos.

Hans no sabía de dónde podía provenir ese ataque, pero ahora los estaban ametrallando. Se intentó incorporar, pero las piernas no le respondieron y volvió a caer.

A través de la cortina de humo, vio a Ilse correr hacia él. Intentó gritarle que se

agachara, que estaban ametrallando la posición, que se arrojara al suelo. Pero ningún sonido salió de su garganta. Sólo un horrible dolor en la nuez, como si se le partiera.

La metralla la alcanzó de lleno. Ilse Gruber cayó al suelo con los brazos en cruz, de forma estrepitosa. Hans intentó volver a levantarse, pero otra potente explosión sacudió la barricada. Ilse desapareció entre el humo.

Mientras se protegía la cabeza con las manos, Hans pensó que esta vez sí, esta vez era el final. Que nunca saldrían de aquella barricada, de aquella explanada. Intentar combatir en aquel espacio abierto, desprotegido, había sido el mayor error que habían cometido. Tenía que incorporarse como fuera y buscar a Ilse. La chica podía estar herida y necesitar su ayuda. O podía estar...

A duras penas, consiguió incorporarse sobre una de sus manos. Una gran bola de baba y bilis brotó de su boca. La oscuridad provocada por el humo lo cubría todo. Apenas podía ver nada. Estaba empezando a llover, o eso le pareció a él. Tenía que levantarse, tenía que buscar a Ilse. Hans se dio cuenta, que se había clavado en la espalda el tubo metálico de uno de sus Panzerfaust, pero sólo era un golpe. Al incorporarse totalmente, la mezcla de bilis y baba volvió a salir por su boca. Notaba que algo húmedo y caliente descendía por sus piernas. Hans pensó que era sangre. Se miró el pantalón, pero vio que no, que sólo era orina. No había podido controlar la vejiga. En torno a él, las explosiones continuaban, no se habían detenido ni un instante. Seguía sin haber rastro de Ilse por ningún sitio.

La había perdido. Esta vez sí la había perdido. Hans había acudido hasta el centro de lo que quedaba de la trinchera, donde había visto caer a Ilse. Miró en torno a él por todos los lados, dando vueltas sobre sí mismo, muy rápidamente. Fue entonces, cuando la vio.

Ilse se arrastraba por el borde del socavón, dejando en el suelo un reguero de sangre. Hans vio que estaba herida. Intentó acercarse a ella, pero resultaba muy difícil, porque ahora, una especie de viento huracanado se había desatado en la gran explanada de la Königsplatz. Como el viento que antecede a una gran tormenta.

Los tubos de las *Gretchen* que llevaba a su espalda estaban retorcidos. Parecían dos alas metálicas rotas. Ilse había perdido el casco de hierro, unos hilillos de sangre caían por su frente. Ilse lo vio y extendió su mano hacia él. Abrió la boca. Lentamente, de ella salió un gorgojeo, como si quisiera hablar, como si quisiera decir algo. Y ante la sorpresa de Hans, por primera vez, Ilse Gruber habló:

—¡Hans! ...¡Ayúdame!

¿Lo habría imaginado? ¿Era posible? ¿Había vuelto a hablar Ilse?

—No te preocupes Ilse, yo te sacaré de aquí —dijo Hans mientras se acercaba reptando hacia ella.

Hans llegó hasta Ilse y cogió su mano.

—¿Estás herida? ¿Dónde?

La chica movió afirmativamente la cabeza. Con su otra mano se tocó el vientre. Hans contempló sus ojos. En ese momento, Hans Petersen descubrió a otra Ilse Gruber. La chica que lo miraba con los ojos ardientes en el canal, la que se había introducido en su trinchera de posición en mitad de la batalla, la que corría hacia una ametralladora que no sabía utilizar en medio de un bombardeo, la que rebuscaba entre las tripas de Junker una pistola, mientras un T-34 le pisaba los talones, esa Ilse había desaparecido. Ante él sólo había una niña, una niña asustada, desvalida y herida, en mitad de una despiadada batalla, en mitad de la más cruel de las guerras. Porque eso es, lo que ellos eran en realidad:

Sólo dos niños en mitad de una batalla.

Volvían a ametrallarlos. El viento huracanado había descendido en intensidad, pero ahora las balas silbaban a su alrededor.

Y juntos, protegiéndose de las balas, se arrojaron al socavón que parecía una trinchera.

Y el socavón que parecía una trinchera, los engulló.

---

\* \* \*

---

Ilse cayó sobre él. Se llevó la mano al vientre. Tenía en el rostro un rictus de gran sufrimiento. Hans esperaba que sólo fuera una pequeña herida. Pero tenía que sacarla de aquel infierno y llevarla a algún hospital donde la atendieran. Hans ya sabía dónde. Pero primero, tenía que sacarla de allí.

Hans se incorporó. La batalla en la gran explanada era una locura total, estaba en su máximo apogeo. Miró hacia el edificio del Reichstag. La batalla se estaba desplazando al lateral izquierdo del edificio, la zona donde este estaba completamente desprotegido. Miró hacia la calle del lateral derecho, la única escapatoria hacia zona urbana desde la gran explanada. El tranvía que taponaba parte de la calle había desaparecido. También la alambrada de espino. Porque ahora, eran muchos los soldados alemanes que intentaban escapar por allí. Eso podía ser una buena noticia, porque el objetivo de los soviéticos no era perseguir a las tropas alemanas en su huida, sino asaltar el edificio. Antes de volver a dejarse caer en el socavón-trinchera, Hans posó otra vez los ojos en el edificio. En su frontispicio. En una leyenda allí escrita. *Dem Deutschen Volk*. Al verlo, otra vez esa palabra cruzó por su mente. *Ragnarök*. Desde hacía rato, desde que viera a Ilse arrastrarse por la orilla del socavón-trinchera, esa palabra martilleaba su cabeza.

Se dejó caer. Ilse no paraba de sangrar. Ahora, los pantalones de Hans sí que estaban cubiertos de sangre. Y sus manos, y su cara. Se quitó su pañuelo y limpió los hilos de sangre que resbalaban por la frente de la chica. Esa herida no era nada, sólo unos rasguños producidos por el casco de hierro al saltar de su cabeza. Miró en

derredor. Un casco abandonado. A la chica le haría falta. Hans lo cogió y lo colocó sobre la cabeza de Ilse. La joven seguía retorciéndose de dolor. Incorporándola sobre él, desabrochó la cincha con las *Gretchen* retorcidas que aún llevaba en la espalda. Las colocó a su lado. Contra menos peso, mejor. Además... «ya no te van a hacer falta, Ilse. No vas a volver a usarlas...», tenía que apartar esos pensamientos de su cabeza. Tenía que salvarla, como fuera. Había comprometido su juramento.

—Ilse, te voy a sacar de aquí. Te cargaré sobre mi espalda hasta la bocacalle. No está muy lejos. Tú sólo déjate llevar.

La chica contestó afirmativamente con la cabeza. Hans la cargó sobre la espalda. Sintió un fuerte dolor en la zona donde se había golpeado con el tubo del Panzerfaust. El dolor le provocó arcadas. Pesaba mucho, pesaba mucho para él, porque Hans nunca había sido un chico fuerte, en contra de lo que él creía. Mientras intentaba subir por el socavón, con Ilse auestas, pensó que no lo podrían conseguir. Quizá aquello era el final de todo.

Casi arrastras, consiguieron abandonar el socavón-trinchera. Hans se incorporó. Las defensas del Reichstag estaban cediendo. Los rusos se aproximaban peligrosamente al edificio. Hans fijó su mirada en la bocacalle. Muchos soldados seguían escapando por allí. Había llegado el momento de correr. Clavaría su vista en la bocacalle y correría, como si un demonio los persiguiera, sin mirar a ningún otro sitio, a ninguna otra parte. Y si caían, sólo sería el silencio. No oír nada, no ver nada. Sólo eso.

Echaron a correr.

A cada paso, surgían explosiones entorno a ellos. El dolor en su espalda era ahora insoportable, tenía ganas de vomitar. La chica cada vez pesaba más y, a cada zancada, lanzaba pequeñas exclamaciones de dolor. Pero Hans seguía con la mirada clavada en la bocacalle. Una bola de bilis trepó hasta su garganta. En un primer intento, consiguió engullirla. Pero en el segundo, no pudo. Se vomitó encima. Pero siguió corriendo, con la mirada clavada en la bocacalle.

Las balas silbaban entorno a ellos. Ahora ya no se paraban ni en las barricadas. Y cada vez, la bocacalle estaba más cerca. Pero cada vez, él la veía peor. El vómito había provocado que sus ojos se cubrieran de lágrimas. Producto de la posición en la que corría, encorvado sobre su propio vientre, cada vez más agachado, con la chica a la altura de sus costillas, Hans se volvió a orinar. Notaba la orina caliente descendiendo por sus piernas. Pero a él le daba igual. Él seguía con la mirada, ahora empañada, clavada en la bocacalle. Eran escasos los metros que le separaban de esta. Estaban a la altura de donde se había encontrado el tranvía. Giró la vista. Habían levantado el tranvía, y un grupo de soldados se había parapetado tras él. Uno de ellos le hizo una señal con el brazo. Hans tropezó y cayeron de bruces al suelo. «No tenías que haber quitado la vista de la bocacalle», pensó mientras volvía a incorporarse. Ilse

estaba tendida detrás de él, con las dos manos apretando su vientre. No había tiempo para tonterías, estaban demasiado cerca de alcanzar la bocacalle, para cometer otro error. Hans agarró a Ilse por el cuello de la guerrera y la sacó arrastras de la gran explanada. La chica iba dejando a su paso, en el suelo, un reguero de sangre.

Antes de abandonar la gran explanada, y mientras arrastraba a Ilse, Hans aún tuvo tiempo de lanzar una última mirada al edificio del Reichstag. Un tanque ruso, T-34, encaraba el edificio. Las cadenas del tanque resbalaban mientras intentaba trepar por la gran escalinata.

Se dejó caer en el primer portal de la primera casa que encontraron. La calle estaba atestada de soldados heridos. Un poco más adelante de donde ellos se encontraban, un soldado de la Wehrmacht intentaba hacerle un vendaje a otro que había perdido sus orejas y sangraba como un cerdo. Por delante de ellos, dos oficiales de las SS llevaban a horcajadas a un soldado muy joven. Tenía las dos piernas seccionadas a la altura de la rodilla. Escenas como esa se repetían por toda la calle. Aquello era, la trastienda de la batalla.

Ilse seguía retorciéndose de dolor. Hans se incorporó en el portal. Abrió la puerta. La casa estaba abandonada. Incorporó a Ilse, la cogió de la cintura y entraron en el portal.

Dejó a la chica en el suelo y le dijo que se tumbara. Ilse lo hizo, pero dobló sus piernas por la mitad. Hans las colocó rectas, y subió la falda de la chica.

Tenía las dos piernas completamente cubiertas de sangre.

Entonces, Hans vio la herida.

—Oh no, Ilse —dijo Hans—. ¡Joder, no me hagas esto!

Era una herida con un aspecto horrible en su bajo vientre. Estaba abierta y a través de ella se veían esquirlas de metralla. No paraba de manar sangre.

Hans pensó, que en condiciones normales, la herida no tenía porque ser mortal. Seguramente Ilse no tenía ninguna bala alojada dentro, sólo metralla. Pero ellos no estaban en condiciones normales. Estaban en medio de una maldita guerra. Los hospitales estaban atestados de heridos. Estos llegaban a miles, morían a cientos. Sabía que esa herida necesitaría una operación, no hacía falta ser médico para saber eso. Pero nadie operaba en Berlín. Lo había oído. Si llegabas con un balazo en el brazo, amputaban el brazo. Si llegabas con un balazo en la pierna, amputaban la pierna. Sólo había un sitio en Berlín donde podían ayudarles. La Charité. Sólo había una persona en Berlín que pudiera ayudarles. Katrin.

Hans recordaba, que el alto oficial no había querido contestarle a su pregunta sobre la situación en la Charité. Eso podía significar que los rusos ya estaban allí. Pero aun con eso, tenía que intentarlo. Porque de lo contrario...

Lo primero era frenar la hemorragia. ¿Pero con qué? Había dejado su pañuelo en el socavón de la gran explanada, el de Ilse estaba sucio y podía infectar la herida.

Entonces se acordó. La bandera de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem que llevaba en el bolsillo de su pantalón.

Hans sacó la bandera e hizo una especie de torniquete con ella. Lo colocó sobre la herida de Ilse. O le parecía a él, o cada vez que la miraba, la herida tenía peor aspecto.

—Sujétate fuerte la bandera sobre la herida, Ilse. Tenemos que cortar la hemorragia.

La chica obedeció. Hans le bajó la falda y la incorporó. Ella le pasó la mano por el hombro y Hans por la cintura.

—Vamos a intentar llegar al hospital de la Charité. Mi cuñada, Katrin, sirve allí como enfermera. Te voy a llevar hasta allí. Ella te va a curar, Ilse.

Ilse puso muy mala cara. Lo negó con la cabeza.

—¿Cómo que no? No pretenderás dejarme solo. Tú y yo aún tenemos que ganar una guerra. ¿Te acuerdas? Somos un equipo, el mejor equipo de Panzerfaust de las Juventudes Hitlerianas de Berlín. ¿Cómo podría hacerlo yo solo? ¿Qué sería de Hansel sin Gretl?

Ilse esbozo una sonrisa. Salieron a la calle.

El problema para Hans, era intentar llegar al hospital de la Charité eludiendo las zonas de combate. Buscando zonas seguras. Hans no conocía bien esa parte de la ciudad, pero ya se había hecho una especie de croquis mental de la situación de la batalla. Eso, unido al buen sentido de la orientación heredado de su padre, le dio confianza en poder conseguirlo. Además, si habían conseguido salir de la gran explanada de la Königsplatz, podrían conseguir cualquier cosa.

Caminaron calle abajo. Ilse apoyó su cabeza sobre el hombro de Hans. Tosió. Pequeñas gotitas de sangre salpicaron el rostro del chico.

*Berlín, en torno a la Unter den Linden. 30 de abril de 1945, entre las 22.00 y las 0:00 horas.*

Habían perdido mucho tiempo, y Hans lo sabía. En las condiciones de Ilse, cada minuto perdido era vital. Habían caminado por zonas seguras, zonas libres de combates, hasta llegar a las inmediaciones del puente de Weidendamm. Ilse perdía mucha sangre y cada vez caminaba peor. Hans consideró la posibilidad de cruzar el puente Weidendamm para dirigirse a la Charité, pero justo cuando se acercaban al puente, las posiciones que lo defendían fueron atacadas por fuego artillero ruso. Tuvieron que tirarse al suelo, y esperar a que el ataque terminase, parapetados detrás de un caballo muerto, hinchado, un caballo que despedía un horrible hedor a putrefacción. Ilse tosía como una loca. Hans se limitaba a acariciarle la frente y la mano, esperando que la chica se calmara. Mientras permanecían parapetados tras el caballo, Hans distinguió otro puente, un puente metálico que habría a unos trescientos

metros más abajo de donde ellos se encontraban. Cuando el fuego artillero cesó, pusieron rumbo hacia el puente.

Al llegar a él, comprobaron que este estaba defendido por un destacamento de veteranos de las Juventudes Hitlerianas. Dejó a Ilse en un portal, y decidió cruzar hacia la posición defensiva del puente. Intentaría hablar con los chicos y preguntarles, si podían tener el camino despejado para llegar hasta la Charité.

—Ilse, espérame aquí. Sólo tardaré un momento. Les preguntaré si el camino hasta el hospital está despejado. Vuelvo ahora.

Cruzó la calle. Dos chicos de las Juventudes se incorporaron en la posición, apoyaron sus Panzerfaust contra los sacos terreros y esperaron a la llegada de Hans.

—Hola —dijo Hans—. Quiero pedir os una información. Llevo a una chica herida. Quiero llevarla a la Charité...

—¿Es grave la herida? —preguntó uno de los chicos, un chico pelirrojo y pecoso un poco mayor que él.

—Sí. Lleva metralla alojada en el vientre. Está perdiendo mucha sangre...

—¿Dónde la han herido? —preguntó el otro chico.

—En la gran explanada de la Königsplatz, estábamos...

Los dos chicos se miraron.

—¿En la gran explanada? ¿Pero qué coño hacíais vosotros...?

—Es una larga historia. Y no tengo tiempo, la chica se me desangra...

—No podréis llegar a la Charité, durante toda esta tarde ese sector ha sido atacado con fuego artillero. Tendréis que dar media vuelta.

—¿Y dónde la puedo llevar?

—En la Pariser Platz, en el hotel Adlon hay un hospital de campaña, pero está atestado. El del metro de Kaiserhof ha sido atacado. Creo que las SS tienen uno cerca de la Cancillería...

—Sí —dijo Hans—. Ayer un oficial nos dijo...

Ayer. Parecía que hubiera transcurrido un mes, y no hacía de eso ni veinticuatro horas.

—Llévala allí. Pero date prisa. No pierdas más tiempo —dijo el chico pelirrojo.

—De acuerdo. Suerte.

—Suerte —dijeron los dos chicos.

Hans llegó al portal. Ilse tenía ahora peor color. Hans puso la mano sobre su frente. La chica debía tener mucha fiebre. La levantó. Había dejado en el escalón del portal una mancha de sangre.

—Venga Ilse, hay cambio de planes. No podemos llegar a la Charité. Te llevaré a otro hospital.



Les costaba mucho avanzar. Cada vez, Ilse caminaba peor. Estaban aproximándose a la Unter den Linden, intentando llegar al hospital de las SS de la Wilhelmstrasse. Había dejado el hospital de campaña del Adlon como última opción. Había anochecido. A los problemas de caminar arrastrando a una chica herida, se añadía ahora el problema de la oscuridad. No se veía nada, tropezaban constantemente y se guiaban sólo por el reflejo que los incendios proyectaban en las paredes derruidas de los edificios. Una pesada mezcla de humo, hollín y neblina cubría a esas horas todo el centro de Berlín. Eso provocaba que Ilse tosiese constantemente, y Hans observó, que cada vez que lo hacía, quedaba una mancha de sangre en la comisura de sus labios. Cada pocos pasos, Hans levantaba la falda de Ilse, sacaba la bandera, la escurría y la volvía a introducir. Cada vez que la escurría, la sangre caía de la bandera formando un pequeño charco de sangre en el suelo.

Hans pensó, que la fiebre debía estar subiéndole mucho. Sin embargo, observó que curiosamente la chica no tenía ese característico rostro febril que la acompañaba desde que la viese por primera vez en la trinchera del canal. Ahora tenía un rostro distinto, diferente. «El rostro de los que van a morir», pensó Hans.

Llegaron a la confluencia de la Unter den Linden. Se detuvieron en seco. Se miraron. Y miraron la avenida. Por un momento, permanecieron en total silencio, observando el desolador paisaje que se extendía a su alrededor. Hasta Ilse pareció olvidarse del dolor de su herida.

La avenida que en otro tiempo fuera la envidia de las ciudades europeas, estaba completamente devastada. Prácticamente no quedaba ni una casa que no hubiera sido alcanzada por la artillería. Grandes socavones, habían convertido en intransitable la avenida. Los tilos habían sido talados. En ese momento, por segunda vez, Ilse Gruber habló.

—Hans...

Era una voz ronca, la voz de alguien que llevaba muchos días sin hablar. Hans la miró.

—¿Qué pasa, Ilse? ¿Quieres algo?

Los ojos de la chica se cubrieron de lágrimas. Arrugó su nariz. Una solitaria lágrima corrió por su rostro.

—Hans... los tilos...

Hans miró hacia la devastada avenida. Ese lugar, se había convertido en irreconocible para él. Limpió con su mano la lágrima que descendía por el rostro de la chica, y con poca convicción le dijo:

—No te preocupes, Ilse. Cuando esta guerra termine, y echemos a los rusos de Berlín, los tilos volverán a florecer. La Unter den Linden volverá a ser la gran avenida que siempre fue.

La chica debió notar la poca convicción que había en las palabras de Hans,

porque la solitaria lágrima acabó convirtiéndose en un llanto sordo.

Cruzaron la desolada avenida en dirección a la Mauer Strasse.

---

\* \* \*

---

Caminaron por lo que quedaba de la Mauer Strasse. Ilse tenía mucha sed, pero Hans no sabía dónde podía conseguir agua. A Ilse se le habían cuarteado los labios, que la chica intentaba mojar con su saliva. Una saliva manchada en sangre.

En ese momento, Hans se marcó como prioridad conseguir agua. Había entrado en varias casas abandonadas, pero no la encontró. Tampoco vio ninguna boca de riego que no hubiera sido arrancada del suelo. Pensaba en encontrar una casa, algún sótano donde hubiera alguien que les proporcionara una cantimplora. Pero de momento, no la encontraba.

Hasta ellos llegaban los sonidos de la batalla. Llegaban desde el norte, en la gran explanada de la Königsplatz se seguía combatiendo. Del este, posiblemente los combates se desarrollaran en los alrededores del Lustgarten o la Opernplatz, al final de la Unter den Linden. Y del sur. Esos casi podían verlos. Se combatía en la Leipzigerstrasse, en las cercanías de la Cancillería del Reich.

Encontraron otra casa abandonada. Entraron en el patio. Entonces a Hans le pareció escuchar voces. Provenían de debajo de ellos, probablemente de un sótano. Tendrían que bajar.

—Se escuchan voces en esa dirección, Ilse —dijo Hans, señalando una puerta que conducía al sótano—. Bajaremos, les pediremos agua y nos largaremos.

La chica le hizo un gesto afirmativo. Hans abrió la puerta. Comenzaron a descender por unas angostas y empinadas escaleras. Ilse lo hizo con gran dificultad. Conforme descendían, las voces fueron decreciendo en intensidad. Cuando llegaron a la puerta del sótano, el silencio era total. Hans pensó, que los habían detectado. Creerían que eran rusos. Cuando vieran que eran alemanes, se tranquilizarían.

Hans e Ilse entraron en el sótano.

El sótano estaba sumido en la oscuridad, sólo se veía por la luz que entraba a través de un pequeño ventanuco. Agazapados contra una de las paredes, había tres parejas, tres hombres y tres mujeres. Y también le pareció distinguir a tres niñas pequeñas.

—Disculpen, no les haremos daño. Somos alemanes. Sólo queremos que nos den un poco de agua. Bueno, a ella. Está herida.

Uno de los hombres se levantó. Llevaba en la mano un palo o una barra de hierro, Hans no lo distinguió bien. Era más o menos de la edad de su padre. Lo que sí pudo distinguir, era el brazalete blanco que el hombre llevaba en el brazo izquierdo. Eran muchos los civiles de Berlín que lo llevaban. Ante los rusos, era una señal de

rendición. «Los ignorantes se creen que así se protegen de las hordas del Este», pensó Hans. El brazalete del hombre se distinguía claramente de los que llevaban Hans e Ilse. El brazalete en vivo rojo de las Juventudes Hitlerianas con la esvástica negra. El hombre los alumbró con una linterna.

Dos chicos, uno de las Juventudes Hitlerianas y una *Blitzmädel*. Ella con muy mal aspecto, herida.

No fue el hombre el que les habló, sino una mujer que también se había levantado, con un gran moño en su nuca y cara de «bulldog».

—¡Largaos de aquí, malditos hijos de Satanás! —gritó la mujer—. ¡Ni agua, ni nada! ¡Si vienen los rusos y nos descubren con vosotros, nos mataran a todos! ¡Iros con vuestro maldito Führer y pudríos con él!

Hans no sabía qué contestar. Se quedó paralizado. ¿Pero cómo era posible que les hablaran así? Ellos estaban combatiendo en una guerra por su pueblo. ¿Y su pueblo los trataba así?

—No nos han entendido. Sólo les pedimos...

—¡Os hemos entendido perfectamente! —ahora hablaba el hombre que llevaba la barra de hierro—, ¡Gerda os ha dicho que os larguéis de aquí! ¡Volved con vuestro jodido Hitler, y dejadnos en paz! ¡Él es el culpable de todo, de que estemos aquí, de la destrucción de Alemania! ¡Coge a tu putita nazi, y vete de aquí! ¡Nazis de mierda! ¡Y si tenéis sed, bebeos vuestros jodidos meados, malditos hijos de puta!

—Está bien, perdonen. Ya nos marchamos.

Hans cogió a Ilse del brazo. Subieron las escaleras. Mientras subían, escucharon a la mujer gritar.

—¡Espero que *Fraülein* nazi se te muera! ¡Espero que os maten a todos!

Subieron al patio. Hans sentó a Ilse sobre una especie de caja abandonada. Sacó la Walther. Comprobó el cargador. Se dirigió a Ilse:

—Perdona, Ilse. Se me ha olvidado hacer una cosa.

La chica le hizo un gesto negativo con la cabeza. Pero Hans ya estaba descendiendo por las escaleras.

Entró en el sótano. El hombre de la barra de hierro se levantó. Hans les dijo:

—Perdonen ustedes otra vez. Se me ha olvidado algo. Se me ha olvidado matarles.

Hans los apuntó con la Walther, que brilló en la oscuridad del sótano. Apuntó a sus cabezas, haciendo rápidos movimientos con la pistola.

En el rostro de todos ellos se instaló un gesto de sorpresa. Ninguno de ellos creía que esos chicos iban armados, a excepción de esos rudimentarios lanzagranadas que llevaban. Una de las niñas empezó a llorar. El hombre arrojó la barra de hierro al suelo, y dijo:

—Por favor, no nos hagais daño. Te daremos el agua. Pero no nos mates.

El hombre le acercó una cantimplora de agua, que Hans cogió y colgó rápidamente en su hombro. Sin dejar de apuntarlos con la Walther, les dijo:

—Antes de mataros, os voy a contar algo. Esa chica de ahí fuera tiene diecisiete años y se está desangrando por vosotros. Lo mejor de la juventud alemana está muriendo en esas calles, por ratas de alcantarilla como vosotros, que se esconden en sótanos de mierda como este. Os tenía que dar vergüenza hasta mirarnos a la cara. Sois escoria, una vergüenza para la nación. Yo os conozco bien. Vosotros levantabais los brazos y jaleabais al Führer en las calles de esta ciudad, cuando él cosechaba éxito tras éxito. Con la misma facilidad, elevaréis los puños cerrados al cielo si los comunistas ganan esta jodida guerra. Sois gente sin creencias, sin principios, sin ideales, sin códigos, capaces de hacer cualquier cosa por mantener vuestras tristes y mediocres vidas de mierda. El Führer os tenía que haber eliminado a todos hace mucho tiempo. Sois lo peor que ha dado la patria. Sois peor que los judíos. Yo los vi partir al Este desde las estaciones de Berlín. Con dignidad. Ellos por lo menos asumieron el destino que la historia les había reservado. Vosotros ni eso. Os habéis escondido en estos tristes sótanos, como lo que sois. Como se esconden las cucarachas.

Hans hizo una pausa. Estaba muy excitado.

—Junker no tenía razón. No había que mataros para que dejarais de sufrir. Al contrario, lo que tenéis que hacer es sufrir. Mira, no os voy a matar, por dos razones. La primera, porque estoy en una guerra y no quiero malgastar mis balas con cucarachas como vosotros. No os lo merecéis. La segunda razón, porque espero que lo hagan los rusos. ¿Sabéis una cosa? Lo hacen muy lentamente, se recrean con gente como vosotros. Por cierto, a las tres mujeres y a las niñas las violarán. Delante de vosotros. Eso les encanta.

Sin bajar la pistola, Hans abrió la puerta del sótano. Antes de abandonarlo, dijo:

—Ilse no morirá, y si lo hace, lo hará con dignidad. Vosotros a lo mejor sobrevivís a esto. Pero si lo hacéis, viviréis con la indignidad eterna. Y eso no es vida, os lo garantizo.

Hans cerró la puerta del sótano y subió las escaleras. Cuando llegó al rellano, vio que Ilse se retorció sobre su vientre. Hans le acercó la cantimplora. La chica se la llevó a la boca con ansiedad. Ilse bebía, paraba, escupía una especie de baba rosada y volvía a beber.

—Vamos, Ilse, ya hemos perdido demasiado tiempo. Vamos a que te curen.

La chica se levantó como pudo. Lo había escuchado todo. Le acarició la cara. Estaba muy orgullosa de él.

—Vamos, Ilse, ya estamos cerca del hospital.

---

\* \* \*

---

En el interior del sótano había un silencio sepulcral. Hasta la niña había dejado de llorar mientras hablaba Hans. La mujer con cara de «bulldog», a la que llamaban Gerda, estaba ensimismada dándole vueltas a un asunto. ¿Le había parecido a ella, o los ojos de aquel chico brillaban en la oscuridad del sótano como los ojos de un animal salvaje brillan en la soledad de un bosque oscuro y profundo?

---

\* \* \*

---

Mientras descendían por la Mauer Strasse, pudieron ver lo que los chicos de las Juventudes, que montaban guardia en el puente metálico sobre el Spree, le habían dicho a Hans. La boca de metro de Kaiserhof, donde estaba instalado uno de los hospitales, había sido atacada. Los cadáveres calcinados de civiles se encontraban esparcidos en torno a la vieja boca de metro. Hans supuso que habrían trasladado el hospital de campaña al búnker del hotel Kaiserhof. No irían allí. Hans seguía con la idea de ir al de las SS. Cruzaron por una calleja, un poco más arriba del Ministerio de Propaganda, y tras dejar atrás los derruidos muros de lo que fueron los almacenes AWAG, desembocaron en la Wilhelmstrasse, el centro de poder del régimen nazi. Estaba tan destruida como el resto de la ciudad. Al girar su cabeza, Hans e Ilse fijaron su mirada en el mismo lugar:

El edificio de la nueva Cancillería del Reich. Lo primero que le vino a la cabeza a Hans al ver el edificio, es que algo extraño estaba pasando esa noche en Berlín. No podía ser. Se suponía, que en el interior de ese oscuro y semidestruido edificio, se encontraba el Führer dirigiendo la batalla. Sin embargo, no se veía ninguna actividad en torno al edificio. Nadie salía de él, nadie entraba en él. Además, Hans pudo observar que sólo dos tanques Tiger pertenecientes a la *SS Division Nordland*, estacionados en su puerta, servían de protección a la Cancillería del Reich. ¿Esa era toda la protección que tenía el Führer en ese momento de la batalla?

No, algo ocurría. Algo extraño estaba pasando esa noche en Berlín.

Hans Petersen lo desconocía, pero siete horas antes, los cadáveres de Adolf Hitler y de Eva Braun habían sido incinerados en una fosa abierta en el jardín de la Cancillería hacia la que ahora él miraba.

No le dio tiempo a pensar en nada más. Otro ataque artillero, precisamente contra ese sector de la Wilhelmstrasse. Se arrojaron al suelo. Ilse volvió a llevarse la mano al vientre. Desde el suelo, Hans pudo ver el hospital de las SS. Poco antes del ataque, la trampilla que conducía al búnker-hospital había sido cerrada. Dos SS llevaban a un compañero herido. Hans levantó a Ilse a duras penas, y agachados, caminaron hacia su objetivo.

Cuando llegaron frente al hospital de las SS debían de ser alrededor de las once de la noche.

Frente al hospital habían cavado una trinchera. Como pudieron, Hans e Ilse llegaron a ella. Se dejaron caer dentro. La calle estaba absolutamente a oscuras, sólo iluminada por el fuego de los incendios y las explosiones artilleras. En la puerta del hospital, había dos soldados de las SS, parapetados tras sacos terreros. Ellos eran los encargados de golpear la trampilla, cada vez que llegaban heridos, para que esta se abriera y pudieran ser introducidos dentro del búnker-hospital. Hans se dio cuenta, que uno de los soldados de las SS les hacía señales encendiendo y apagando una linterna. Hans se incorporó sobre la trinchera y le hizo un gesto para que se acercara a ellos.

Ante su sorpresa, el SS se dispuso a cruzar la calle, agachado, esquivando las explosiones y con la linterna en la mano. Era muy joven. Saltó dentro de la trinchera y se colocó al lado de Hans.

—¿Qué pasa, chico? —dijo el SS alumbrándolo con la linterna.

—Es ella. Está herida. Necesita que la atiendan —dijo Hans.

—Aquí no puede ser. Mira, nuestros compañeros llegan a cientos, sobre todo de la Königsplatz y de la Leipzigerstrasse. No te voy a engañar, la mayoría muere en los pasillos sin que nadie los atienda. Además, como ves, estamos siendo atacados.

—¿Y qué hago?

—El Adlon. Allí tienen más capacidad.

El Adlon. A Hans le había tocado combatir en el único sitio donde no quería combatir, el distrito centro. Le tocó participar en la única batalla en la que no quería participar, la de la gran explanada frente al Reichstag. Ahora le tocaría llevar a la chica al único hospital al que no quería llevarla. El hospital de campaña situado en el sótano del hotel Adlon.

El soldado de las SS alumbró con su linterna a Ilse.

—¿Es grave? —preguntó.

—Creo que sí —respondió Hans.

—Vale, no pierdas tiempo, llévala al Adlon. Pero no por esta calle, no es segura. Cruzad por allí —señaló una bocacalle—, y subid por la Hermann Göring Strasse. Es muy guapa, chico. No permitas que se te muera.

—No lo permitiré —dijo Hans—. Es lo único que me queda...

—¿Que te queda...?

—De la memoria de noventa camaradas que se están pudriendo en una trinchera junto al canal de Landwehr.

---

\* \* \*

---

Media hora más tarde llegaban a la Pariser Platz. Hans observó la gran mole semidestruida de la puerta de Brandenburgo. Desde allí Hans pudo ver, que los

combates de la gran explanada de la Königsplatz estaban paralizados. Ahora, los combates se centraban sólo en el edificio del Reichstag.

Mientras se acercaban a ella, Hans levantó la vista y miró la mítica puerta. Las columnas estaban completamente ametralladas. Grandes bloques de piedra se habían desprendido del monumento. La cuadriga que lo coronaba, también había sido alcanzada. La lanza de la victoria, con la cruz germánica y el águila, estaba torcida, inclinada. Algunos equinos no tenían cabeza, otros habían perdido las patas. Pasaron bajo ella. Sentó a Ilse en una de las piedras desprendidas, para que descansara. Desde allí veía el ajeteo en torno al hospital de campaña del Adlon. Ya casi habían llegado.

La mente de Hans retrocedió cinco años atrás, durante una fiesta de *Jul*, el solsticio de invierno, cuando desfiló con su antorcha por debajo de la puerta. Estaba nevando. Y Hans lloró al cruzarla. Fue el día, que su hermano regresó de Francia con una sorpresa llamada Katrin Wiltjers. Hans pensaba ahora, que aquello parecía haber pasado hacía una eternidad. Recuerdos de otros tiempos, cuando el Tercer Reich cosechaba triunfo tras triunfo y era dueño de Europa. Los buenos tiempos. Tiempos de gloria.

Hans levantó a Ilse. Caminaron lentamente hacia el hospital instalado en el sótano del hotel Adlon. Al incorporarla observó, que Ilse había dejado otra vez en la piedra un rastro de sangre. «Otros tiempos», pensó Hans. «Tiempos de muerte».

---

\* \* \*

---

Alguien describió la batalla de Berlín, como algo que recordaba a los horrores de la Edad Media o de la Guerra de los Treinta Años. Las escenas que Hans e Ilse pudieron ver aquella noche en el hospital de campaña del hotel Adlon corroborarían, sin duda, esa descripción. Los médicos corrían de un lado para otro, con sus batas cubiertas de sangre, como si fueran carniceros. Las enfermeras igual. Los heridos yacían en el suelo, hacinados en camastros unos sobre otros. La mayoría morían allí, sin ser atendidos. Unas monjas pasaban por las filas de heridos. Se limitaban a cerrar los ojos de los que allí morían. Había un olor repugnante, una mezcla de sangre, vísceras, suciedad, enfermedad y cuerpos en putrefacción. La atmósfera era irrespirable. Hans vio a una enfermera de la edad de Katrin, que dirigía a unos camilleros hacia el lugar donde tenían que colocar a los heridos. Dejó a Ilse apoyada en una columna y se acercó a la enfermera.

—Por favor, podría atender a mi compañera, está herida...

—No puedo, chico —dijo la enfermera casi sin mirarlo—, estoy muy ocupada...

—Por favor, me parece que se está muriendo. Yo...

La enfermera se giró. Era sólo un niño de unos quince años, con un rostro demacrado y cansado. Señalaba hacia una columna, donde había una de esas chicas

de la guerra, una *Blitzmädel*, con un rostro que... la enfermera había visto muchos rostros así. Los rostros de los desangrados.

—¿Cómo te llamas, chico? —preguntó la enfermera. Le habían dado pena los niños.

—Hans. Hans Petersen.

—Está bien, Hans, voy un momento, pero no te prometo...

No la dejó terminar. Hans cogió de la mano a la enfermera y la llevó hasta Ilse.

Una vez allí, subió la falda de Ilse para que viera la herida. La enfermera se agachó y la miró. Bajó la falda de la chica. Cogió a Hans de la mano y lo llevó a parte.

—No podemos hacer nada. Habría que operar. Ya no operamos...

—Amputan, ¿no? —preguntó Hans.

—Sí. Con serruchos de carpintero. Mira, ni tan siquiera puedo darte vendas, no tenemos. No esterilizamos ni los equipos médicos. Cualquier cosa que te diera de aquí, infectaría más la herida que esa bandera que lleváis. Lo siento. No podemos hacer nada por ella. Pero tú sí.

—¿Yo? Dígame el qué, yo haría cualquier cosa...

—Mira, Hans, bien al amanecer, o como mucho a primeras horas de la mañana, esa chica se te va a morir. No la dejes morir aquí, entre toda esta miseria, con este olor a muerte. Sácala de la guerra, Hans. Llévala a un sitio bonito, al Tiergarten, a la zona de la Siegestsäule, es la zona más bella del parque. Allí aún no han llegado los rusos. Tiéndela en la hierba. Que vea los árboles, que escuche el canto de los pájaros, los colores del amanecer. Pero por favor, no la dejes morir entre todo esto. No lo hagas.

—Sabe una cosa, ella es de Baviera. Sé que echa de menos su patria, porque la escuché cantar una canción... creo que sobre todo, echa de menos las montañas. Pero en Berlín no hay montañas, no la puedo llevar a verlas. ¡Si yo pudiera traerle las montañas...!

La enfermera se agachó y acarició el rostro del chico.

—Vuelve con ella, Hans. Llévala donde hemos dicho. Venga, ve con ella.

Hans se marchó y se acercó a la columna donde se encontraba Ilse. Cogió a la chica por la cintura. La chica tenía ahora en su rostro un penoso rictus de dolor.

La enfermera se quedó mirando cómo se marchaban. Cuando estaban a punto de salir por la puerta, llamó a Hans y le dijo:

—¡Hans Petersen, tú lo conseguirás! ¡Conseguirás que ella vea las montañas!

---

\* \* \*

---

Años más tarde, esa misma enfermera escribiría un libro narrando sus experiencias



como miembro del cuerpo de enfermeras del Reich, durante los días del hundimiento en Berlín. En ese libro, relató su encuentro con Hans Petersen e Ilse Gruber.

Escribió esto:

*«Sobre la medianoche de aquel día 30, la situación se tornó desesperada. Los heridos llegaban a cientos. No podíamos dar más de nosotros mismos. La mayoría de los heridos morían allí, sin que pudiéramos hacer nada por salvar sus vidas. Aquella noche pasó algo, algo que yo no he podido olvidar el resto de mi vida. Estaba instalando a unos heridos recién llegados, cuando un niño me llamó. Un niño, un niño embutido en su traje de soldado. Era uno de esos chicos de las Juventudes Hitlerianas. Llevaba un casco de hierro con un águila del Reich dibujada en su frontal; ese detalle lo recuerdo muy bien. Su rostro era la viva imagen del cansancio, el agotamiento y la desesperación. El chico quería que ayudase a su compañera, una de esas chicas de la guerra, Blitzmädel las llamaban por aquellos días. La pobrecita estaba apoyada en una columna, apretándose el vientre con las dos manos. Tenía ese característico color en el rostro de los que se están desangrando. Recuerdo que el niño me cogió de la mano y me llevó hasta ella. Le subió la falda y me enseñó la herida. La chica tenía el vientre reventado. Era una situación muy trágica, porque el niño había intentado cortarle la hemorragia haciendo un torniquete con una bandera de las Juventudes Hitlerianas. Una bandera ensangrentada. La herida tenía muy mal aspecto, estaba infectada. Entorno a la herida se veían esquirlas de metralla, hasta era posible que la chica llevara alojada alguna bala en su interior. Esa herida tenía que ser operada, pero hacía días que no operábamos.*

*Me llevé al chico aparte. Le dije que no podía hacer nada por su compañera, que a lo sumo, le quedaban horas de vida. Le aconsejé que la sacara de la guerra, me apenaba la idea de que esa chica muriera en mitad de todo ese horror. Le aconsejé que la llevara a morir al Tiergarten, en medio de la naturaleza, en un lugar decente en mitad de ese infierno que nos rodeaba por todos lados. El chico me contó entonces una historia muy triste. Me dijo que la chica no era de Berlín, que era de Baviera, que anhelaba ver las montañas. Pero en Berlín no había montañas. Me partieron el corazón. Fue una de las experiencias más tristes que tuve que vivir durante aquellos dantescos días. Los vi partir, aun cuando ellos no me veían, abrazados, cruzando la puerta de Brandenburgo y perdiéndose en la oscuridad de la Charlottenburger Chausse, en busca de ese lugar del Tiergarten donde yo les había mandado. Más allá de la Siegestsäule.*

*Nunca volví a verlos. Supongo que fueron dos de los cientos, de los miles de niños que desaparecieron para siempre entre los escombros humeantes del hundimiento. Lo sé, porque si alguna vez los hubiera vuelto a ver, aunque fueran adultos, los hubiera reconocido. Por sus ojos. Los ojos de esos niños no se pueden olvidar. Había algo en ellos, en su mirada, que yo no he vuelto a ver el resto de mi vida en ningunos ojos, en ninguna mirada. En cierta manera, recordaban a los ojos de Hitler. La determinación, el fanatismo, la creencia ciega y enferma. Quizás los berlineses que vivimos aquellos años, podamos un día olvidar el rostro de Hitler. Pero dudo que olvidemos nunca sus ojos. Por eso sé, que si esos dos niños hubieran sobrevivido, yo los habría reconocido. Habría reconocido sus miradas entre todas las miradas de Berlín.*

*De los muchos crímenes que cometió el genocida régimen nazi, el cometido con todos esos niños fue uno de los peores. En lugar de protegerlos, los mandó a la muerte, armados sólo con esos lanzagranadas que llevaban, combatiendo contra un ejército de verdad, compuesto por soldados de verdad, curtidos en mil batallas. La movilización para la guerra de los niños de las Juventudes Hitlerianas fue un infanticidio indecente. Un crimen monstruoso. Un crimen de guerra».*

*Caminando por la Charlottenburger Chausse, 1 de mayo de 1945, entre las 2:00 y las 5:00 horas.*

Caminaban solos y en silencio a través de la Charlottenburger Chausse, rodeados por los árboles del Tiergarten. Les costaba mucho avanzar y en ocasiones, tropezaban, porque la oscuridad era absoluta. Una vez que todos los aeródromos de Berlín habían

caído en manos soviéticas, se había procedido a la retirada de todas las farolas de la avenida para propiciar así, que las aeronaves del tipo *Storch* o *Focke-Wulf* pudieran aterrizar en la avenida, a la que también se conocía como el eje Este-Oeste.

Hans no le había hablado a Ilse desde que salieran del hospital de campaña del hotel Adlon. En realidad, Hans no sabía qué decirle. Tal como le había dicho la enfermera, la llevaba a morir a las cercanías de la Siegestäule. No era fácil explicarle eso a una persona. Pero Hans sabía que Ilse era una chica inteligente y, pese a la situación en la que se encontraban, ella sabría ya que ese era el motivo de que caminaran por esa parte de la ciudad, alejándose de la batalla.

La batalla. Hans había detectado algo. Hacía rato, desde la medianoche, el fragor del sonido de los combates había decrecido en Berlín. Casi se podía decir, que la guerra se había paralizado en la asediada capital del Tercer Reich. Pero ¿por qué? ¿Qué estaba sucediendo? Mientras caminaban, Hans no hacía más que preguntárselo.

Si Hans hubiese podido verlo, se habría dado cuenta de que los soldados rusos descansaban en las calles de Berlín, recostados contra los portales o sobre las ruinas, durmiendo sobre puertas arrancadas de las casas o de pie junto a los blindados. Mientras tanto, los alemanes estaban intentando recomponer sus defensas, reorganizándose. A excepción del interior del edificio del Reichstag, donde continuaban los combates, la batalla de Berlín estuvo paralizada durante toda aquella madrugada del primero de mayo.

Pero no era casual. Muy pocos lo sabían, pero esa noche, cerca del aeródromo de Tempelhof, el general Hans Krebs estaba intentando rendir la guarnición de Berlín ante los rusos. Aunque la orden dada por el Führer antes de morir era defender a toda costa, hasta el final, la ciudad de Berlín, aun a costa de la destrucción total de la ciudad, a nadie dentro del alto mando alemán le pasaba inadvertido que el Führer había muerto. Hans Krebs se dirigió esa noche en compañía del coronel Von Dufving y de un teniente letón, que haría de intérprete, al cuartel del general Chuikov con el fin de informarle, tanto del fallecimiento de Adolf Hitler, como del interés alemán en firmar una «capitulación honrosa».

Así lo hizo. Tras consultar con el mando mayor de la *Stevka*, Chuikov telefoneó a Moscú y habló con el mismísimo Josef Stalin. Fue ese el momento en que Stalin fue conecedor de la muerte de su gran enemigo. Stalin exigió, que tanto Josef Goebbels como Martin Borman, firmaran ese documento de capitulación. Krebs regresó a la Cancillería del Reich. Chuikov les había dado un tiempo límite que expiraba con las primeras luces del alba, para regresar con la firma de los dos líderes nazis. Pero Krebs no regresó. Con las primeras luces del 1 de mayo, el Ejército Rojo lanzó una tormenta de fuego sobre Berlín. La última tormenta, la definitiva.

Ese alto el fuego temporal en los combates, provocó que Hans e Ilse se hubieran detenido en seco, y contemplaran atónitos cómo una compañía de tanques alemanes

avanzaba a esa hora de la noche por la gigantesca avenida en dirección a la puerta de Brandenburgo. Hans no sabía que les quedaban tantos blindados, la verdad era que a excepción de algunos Tiger camuflados entre edificios en ruinas y los de la División *Nordland* que habían visto ante la Cancillería del Reich, Hans creía que no tenían ninguno. Los blindados que estaban viendo pertenecían a la División *Hermann Von Salza*. Habían estado escondidos en el interior del Tiergarten. Los hombres de los blindados ni siquiera se percataron de los dos chicos de las Juventudes Hitlerianas, que caminaban solos en la oscuridad de la noche. Hans lo comprendió. No se tiene tiempo para fijarte en esas cosas cuando vas a morir. Los tanques se dirigieron hasta la puerta de Brandenburgo, a donde con casi toda seguridad, los rusos se dirigirían ahora, una vez que la batalla en la gran explanada de la Königsplatz había terminado.

Tenían que parar cada pocos pasos, porque Ilse ahora andaba peor. La sangre caía constantemente por las piernas de la chica. Hans sacaba la bandera, limpiaba sus piernas y la volvía a introducir en su vientre, intentando frenar una sangría que no se detenía. Ilse caminaba ahora con la cabeza recostada en el hombro de Hans. A cada minuto, a cada paso, parecía más agotada. Era normal, llevaba muchas horas perdiendo sangre. Y a cada minuto, a cada paso, la vida de Ilse Gruber se le escapaba. Pero pese a todo, Hans estaba decidido a hacer lo que fuera con tal de que la chica no se diera cuenta.

—Sabes Ilse, descansaremos un poco en el Tiergarten. La enfermera me ha dicho que tu herida no es grave, que una vez que deje de sangrar, sanará pronto.

La frase le quedó bastante falsa. Hans no lo vio, pero la chica lo miró con un rictus de gran tristeza en su rostro, no tanto por ella, sabía que iba a morir, sino por el chico, por su patético esfuerzo en querer aparentar que no pasaba nada.

—Mira, en cuanto descansemos un poco y tú te recuperes, volveremos a la batalla. Esos rusos se van a enterar de quiénes somos nosotros, Ilse. Se acabaran largando de Berlín con el rabo entre las piernas. Y ese será el comienzo, el nuevo renacer del Führer. Recuperaremos el Reich, ya lo verás. De momento, tendremos un país en ruinas, pero el Führer sabe que podrá contar con nosotros, con los chicos de las Juventudes Hitlerianas, para reconstruir nuestras ciudades. Piedra a piedra, casa a casa, edificio a edificio. Y entonces, podremos vivir en el mundo que el Führer ha proyectado para nosotros...

Hans guardó silencio unos instantes. Se le empezaba a quebrar la voz y se le habían empañado los ojos.

—Entonces, tú me llevarás a Baviera. Y podremos ver las montañas, Ilse, tú me las enseñarás. A lo mejor, quién sabe, hasta puede que nos casemos y formemos una familia...

Se detuvieron en seco. Ilse miró a Hans, sorprendida, y haciendo un gran esfuerzo, dijo:

—¿Tú te casarías...?

Tosió. Su mano se cubrió de una especie de baba ensangrentada.

—No digas nada, Ilse. Ahora que vuelves a hablar, no puedes hacerlo. Estás muy débil. ¿Quieres saber si me casaría contigo?

La chica hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—La verdad es que no. Eres demasiado fea para mí.

Ilse esbozó una especie de sonrisa. Y volvió a apoyar su cabeza sobre el hombro de Hans.

Estaban llegando a la Siegessäule. Hans levantó la mirada hacia la gigantesca estatua de la victoria. Los rusos la habían apodado «la mujer alta». Para el Ejército Rojo, la victoria dorada que culminaba la columna se había convertido en un punto de referencia para orientarse por la ciudad. Los berlineses la conocían desde hacía tiempo como «la última virgen de Berlín». El chiste se comenzó a popularizar entre los berlineses en el momento en que se comenzaron a conocer los devaneos de los jerarcas nazis con sus amantes, especialmente los que afectaban al ministro de Propaganda, Josef Goebbels, que incluso habían provocado que el propio Führer tuviera que intervenir. La gente comentaba que sólo la victoria de la Siegessäule se había salvado de caer en sus garras, y eso porque los jerarcas nazis no habían podido trepar por la columna.

Mientras caminaban hacia el monumento, un recuerdo de su infancia golpeó en el interior de la cabeza de Hans. La dorada imagen de la victoria alada, aparecía y desaparecía en el oscuro cielo. Este efecto se debía a los potentes reflectores que la Wehrmacht había instalado junto a la base de la estatua. En una de las ocasiones en que estos reflectores alumbraron la dorada figura, Hans recordó que cuando era muy pequeño, algunas tardes de domingo, sus padres solían llevarlo a la explanada de la Königsplatz, el mismo lugar donde él había sentido en su rostro el aliento de la muerte, el mismo lugar donde la muerte había abrazado y besado a Ilse como un acto más de su fúnebre cortejo y donde, hasta 1938, estuvo instalada la Siegessäule. Mientras ellos permanecían sentados en un banco de la plaza, Hans solía quedarse casi en éxtasis, contemplando durante un largo rato la gigantesca imagen de la victoria alada. Le gustaba su rostro, su casco adornado por pequeñas alas, su mano poderosa que sujetaba la cruz germánica, las grandes alas doradas de su espalda. Eso fue antes que viajaran a Núremberg al congreso del partido, antes que la fiebre del nacionalsocialismo penetrara en él. Durante sus años de militancia en el *Jungvolk*, en las largas y oscuras tardes del invierno berlinés, Hans había dibujado en la sede de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem muchos de los lugares que habían sido importantes en su vida: los grandes estadios de Núremberg, donde asistió a los principales actos en el congreso del partido, la Odeonsplatz y el monumento del Feldherrnhalle, donde su hermano juró lealtad eterna al Führer una noche de noviembre de 1938, la puerta

de Brandenburgo, el Reichssportsfeld, etc. Sin embargo, nunca había dibujado la victoria alada de la Siegestsäule. ¿O sí? ¿O sí la había dibujado...?

Hans e Ilse se acercaron a la base del monumento. Allí se escuchaban voces, cantos, los sonidos de una gran celebración. Podía parecer sorprendente, pero lo era, era una celebración. Una de las muchas fiestas que se desarrollaban por todo Berlín, celebrando la última gran orgía, la última, antes de la caída del Tercer Reich. Las voces de los hombres reunidos en la base de la Siegestsäule resonaban en la soledad de la noche.

*Davon geht die Welt nicht unter...*

Era una canción muy apropiada para esa noche, una canción que había popularizado Zara Leander, «Esto no es el fin del mundo». El fin del mundo. Hans pensó, que esa celebración se podía parecer a la que seguramente se produciría, si la humanidad estuviera a las puertas del fin del mundo. De hecho, ellos lo estaban. Estaban a las puertas del fin del mundo. De su mundo.

Mientras cubrían los últimos metros para llegar a la base, Hans pudo observarlos. Había un poco de todo. Soldados de la Wehrmacht, de las SS, algunos veteranos de las Juventudes Hitlerianas y extranjeros de las SS nórdicas. Habían colocado y extendido sus banderas y estandartes entre las columnas de la base del monumento. Estandartes de sus divisiones, banderas del ejército, negras, blancas y negras, con grandes Cruces de Hierro en su centro. Banderas rojas del partido, con el disco blanco y las esvásticas negras. Había incluso una bandera de las Juventudes Hitlerianas, como la que Ilse sujetaba sobre la herida de su vientre. Los soldados bebían, bailaban y entonaban sus himnos. Cuando Hans sentó a Ilse sobre el pie de una de las columnas que sostenían la base del monumento, cambiando de registro, empezaban a entonar la canción de Horst Wessel. El himno del partido sonaba en mitad de la noche como una canción de despedida.

Nadie les hizo caso, estaban demasiado borrachos como para darse cuenta de su presencia. Hans observó que entre los juerguistas también había oficiales, incluso altos mandos del ejército. Uno de los oficiales se acercó a ellos con una botella y les ofreció. Hans la rechazó. El hombre siguió bebiendo y cantando. Ni siquiera se había dado cuenta que la chica estaba herida.

Levantó a Ilse y, muy lentamente, caminaron hacia el interior del parque. Hans ya había planeado cómo sería la muerte de Ilse. Se tumbarían sobre la hierba. Seguramente se dormirían, llevaban más de veinticuatro horas sin hacerlo. Hans esperaba, que al despertar, Ilse ya hubiera muerto. Después, le rendiría una gran despedida, como una combatiente como ella se merecía. Y él, volvería a la lucha. Se lo debía. A sí mismo, a sus ideas, a Ilse Gruber y a sus compañeros caídos en combate. A Hans Petersen nunca le había asustado la muerte, pero si cabe, en esos

momentos mucho menos que nunca. De una manera u otra, había muerto un poco, cada vez que un compañero suyo lo había hecho.

Llegaron a un lugar muy bonito del parque, rodeado de árboles, de setos y de flores. Hasta ellos aún llegaban los cantos de la borrachera que se celebraba en la base del monumento de la Siegestsäule. Hans tendió a Ilse en la hierba. A esa hora de la madrugada, estaba húmeda, muy fría. Ilse temblaba, pero lo venía haciendo ya desde hacía un rato.

—Mira, Ilse, qué lugar más bonito para descansar. Lo haremos un rato, luego, cuando te recuperes un poco, continuaremos.

La chica le sonrió entre gestos de dolor. Apreciaba mucho lo que el chico estaba haciendo por ella. Y sabía que aquel era el lugar que Hans Petersen había elegido para que ella muriera.

Hans se tumbó en la hierba junto a Ilse. Pasó su brazo por debajo del cuello de la chica y acercó su cabeza a la de esta. Se quedaron allí, mirando los árboles, y el cielo, por donde empezaban a filtrarse las primeras luces del nuevo día. Hans tuvo un pensamiento, pero por supuesto, no se lo reveló a Ilse. «Este sí que es un bonito día para morir». Por un momento, se acordó de Astrid Müller.

Estaba amaneciendo. Hans no lo sabía, pero sobre Alemania estaba amaneciendo el primer día después de Adolf Hitler. Hacía menos de trece horas que el cuerpo del Führer había ardiendo en el jardín de la Cancillería del Reich, pero no sólo Hans no lo sabía, en realidad, excepto el círculo más íntimo del dictador, lo desconocía todo el mundo en Alemania. La muerte de Hitler se había mantenido en el mayor de los secretos.

Ilse tosía mucho. Y se llevaba constantemente la mano al vientre. Hans sabía que la chica estaba sufriendo mucho, hacía horas que sufría. Era una muerte lenta y dolorosa. Pero aguantaba bien, era una chica valiente, muy valiente. Hans la había visto en combate. No tenía que envidiarle nada a nadie, a ningún soldado, a ningún combatiente. Hans ya lo descubrió en el canal, cuando la chica se introdujo en su trinchera de posición, en la cabecera de la gran trinchera. Era una lástima lo que había pasado en la Königsplatz. Formaban un gran equipo. Él no la hubiera cambiado por ningún soldado que luchaba en la batalla. Por ninguno.

Permanecieron mucho tiempo allí, en silencio, contemplando las primeras luces del amanecer, mientras bajo ellos y a su alrededor, el rocío comenzaba a cubrir las briznas de hierba. Sería otro día gris y plomizo. Entonces, un pensamiento acudió a la cabeza de Hans. Él siempre había adorado a la naturaleza. Para él, en su mente paganizada, en cada árbol, en cada flor, en cada lago y en cada río, en el fulgor de las tormentas o en los rayos del sol, en la escarcha de la mañana y en la niebla, en lugares como en los que ahora se encontraban, en todos esos sitios, era en los únicos en los que se podía encontrar la auténtica esencia de dios. Del dios que creó a su

pueblo. Pero aquella mañana, mientras yacía allí, en compañía de una chica agonizante, Hans Petersen observó que esa naturaleza seguía su curso. Ajena a la guerra, al sufrimiento, a la muerte, al hundimiento de un régimen, la hierba seguía creciendo, los pájaros cantaban y volaban de árbol a árbol, y las ardillas, Hans las estaba viendo, correteaban. Y un nuevo día amanecía. Y todo seguiría así, aun cuando ellos y su mundo desaparecieran. Simplemente, ellos, como decía uno de sus viejos himnos, llegaron con la tormenta. Y en mitad de una gran tormenta se desvanecerían. En ese momento, Hans sintió que un estremecimiento recorría todo su cuerpo. Porque en ese momento pensó, que el dios que había creado a su pueblo los había abandonado. Ese dios, había abandonado a su pueblo.

El estremecimiento se convirtió en un sobresalto. Había vuelto. Un gran ataque artillero contra el centro de la ciudad. Los pájaros huyeron en manadas de los árboles. Las ardillas se escondieron. Los árboles temblaron. El suelo se estremeció. El propio Tiergarten, en su lado norte, estaba siendo bombardeado. Y el lado sur, donde ellos se encontraban, no tardaría también en serlo. Hans se giró hacia Ilse. La chica se retorció de dolor. Tenían que irse. Buscar un lugar más seguro. En contra de la voluntad de Hans, Ilse Gruber no moriría allí.

—Ilse tenemos que irnos. Buscaremos otro lugar más seguro para descansar.

La chica le hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y Hans la ayudó a levantarse. Levantó la falda para sacar la bandera. Observó la herida. Tenía un aspecto espantoso. Se había abierto, se había hecho más grande. Estaba infectada, llena de pus. Había cambiado de color, ahora tenía una especie de color violáceo. Ilse volvía a tener las dos piernas cubiertas de sangre. Hans las intentó limpiar. Notó que, de entre las piernas de la chica, un pequeño chorrito de sangre caía sobre sus manos. Ilse no se estaba dando cuenta, ahora, aún de pie, cerraba los ojos. Hans intentó limpiar sus manos en la parte interior de la falda. Ahora sangraba por varios sitios. Hans era consciente que, como le había dicho la enfermera, no tardaría mucho en morir. La sangre caía ahora en dos direcciones sobre la hierba, por delante y por detrás. Era una tontería volver a intentar presionar la herida con la bandera, porque la hemorragia había cogido otros cursos y ahora era ya incontenible. Pero Hans lo hizo, no quería que la chica se diera cuenta que estaba llegando su final. Tenían que llegar pronto a un lugar seguro. No permitiría que Ilse se le muriera de cualquier manera.

Echaron a andar. Ahora casi no podían. Ilse temblaba y sudaba, grandes gotas de sudor cubrían su rostro.

Buscaron la salida del parque. No estaban muy lejos. Allí enfilarían una larga calle en dirección a la Lützowplatz.

Mientras caminaban calle abajo, Hans volvió a mirar hacia la celebración de la Siegestäule. Allí, la borrachera continuaba. Los soldados gritaban más con cada nueva explosión, con cada nuevo temblor. Entonaban la triste melodía de *la canción*

de *Lili Marleen*. Hans se acordó de su cuñada, de Katrin. Era su canción favorita. Siempre le recordó a Harald.

*Una calle en las proximidades de la Lützowplatz. 1 de mayo de 1945, entre las 6:00 y las 8:00 horas.*

Avanzaban de manera penosa por una calle que desembocaba en la Lützowplatz, porque ahora Ilse ya casi no podía caminar. Se seguían escuchando las explosiones que llegaban del centro de la ciudad. Ilse se dirigió a Hans y le dijo:

—Hans, ya no puedo caminar más.

Volvió a toser. Se detuvieron. La calle estaba vacía. A mitad de ella, había un cine. Sobre la marquesina de este, aún podía leerse el título de la última película que se había exhibido. Se titulaba *Kolberg*, y trataba de la resistencia de un pueblo prusiano durante las guerras napoleónicas. Era la última película que el Ministerio de Propaganda de Josef Goebbels había financiado.

A ambos lados de la calle, se alzaban lo que habían sido bellos edificios, ahora destruidos y abandonados. Hans, que examinaba la calle, se había dado cuenta que a través de los derruidos muros de las casas, se veían jardines interiores, algunos de ellos cubiertos de plantas y hermosas flores. Pensó, que si la chica no podía morir en el Tiergarten, por lo menos podría hacerlo en uno de esos bonitos jardines. Se sentarían primero en la puerta del viejo cine, porque Ilse no podía caminar más, y luego, la intentaría llevar al interior de una de esas casas, a uno de esos jardines abandonados.

Se sentaron en la puerta del cine. Delante de ellos, se encontraba un vehículo sdkfz 152 abandonado. Entorno a él, por el suelo, había esparcidas varias latas de gasolina medio vacías. Hans se fijó en ellas en cuanto llegaron, porque sabía que en algún momento de esa mañana le harían falta. Se fijó también en una casa abandonada justo enfrente de donde se encontraban. Había sido saqueada, pero aún quedaban numerosos muebles, y lo que era mejor, un bello jardín interior cubierto de plantas y de flores. Un bonito lugar para el final de Ilse.

Ilse estaba medio adormecida. Su cabeza descansaba en el hombro de Hans. Este ya no sabía lo que decirle, era consciente de lo crítico de la situación. Como la enfermera le dijo, la chica estaba viviendo sus últimas horas. Pero no había más que mirar su rostro, para saber que estaba sufriendo mucho.

Hans pasó su mano por el bolsillo de su guerrera y palpó su armónica. Ya no se acordaba de ella. Hans pensó que podía hacerle un regalo a la chica. Un úl timo regalo. Hans no se había olvidado de la melodía de la canción alpina que las chicas habían cantado en la trinchera del canal de Landwehr. Desde que la escuchó, y durante todos esos días, la canción no se había ido de su cabeza. La triste canción que hablaba de las montañas. Hans, al igual que Junker, pensaba que era una canción



estúpida, no tenía nada que ver con los himnos y las canciones de desafío que Hans cantaba en las Juventudes. Pero a la chica le gustaba, así que la tocaría para ella. Haría cualquier cosa que a ella le gustara. La tocaría con su armónica. Como había tocado *la canción de Lili Marleen* para Katrin, muchas noches, en el salón de su casa de Dahlem.

Hans acercó la armónica a sus labios y comenzó a tocar. Ilse se incorporó. Abrió mucho los ojos. La penetrante mirada de Ilse, que tanto le había llamado la atención en la trinchera del canal, era ahora sólo una sombra, un lejano recuerdo. Su mirada ahora resultaba triste, mortecina. Y ante la sorpresa de Hans, con una voz muy débil, muy lejana, como si viniera del más allá, Ilse Gruber se puso a cantar:

*Mi vuelo dorado, llévame lejos,  
llévame a mi querida patria en los Alpes...*

Hans dejó de tocar. Ilse tosió con fuerza.

—No te esfuerces, Ilse. Estás muy débil, ahora no te conviene cantar, ni hablar...

—Sí, Hans. Tengo que hablar. Tengo que decirte dos cosas.

—¿Qué cosas, Ilse?

—Lo primero —volvió a toser—, despedirme de ti...

—¿Despedirte? Ilse, todavía tenemos que...

—Me estoy muriendo, Hans. Pero estoy sufriendo mucho —volvió a toser. Tragó saliva. Hans pensó que en cualquier momento dejaría de hablar, pero esta vez para siempre—. Es una muerte lenta y dolorosa, Hans. No puedo resistirlo más. Sólo pensar que pudiera durar esta agonía media hora más...

Se quedaron en silencio. Hans pasó la mano por su frente. Estaba ardiendo. A la chica le costaba mantener los ojos abiertos.

—Por eso quería pedirte un favor, Hans.

—¿Qué favor, Ilse?

—Quiero que me mates.

La frase explotó en la cabeza de Hans como un obús artillero explota sobre una fachada. Una fachada ya en ruinas. Muchas cosas, algunas ya rotas, volvieron a romperse en su cabeza cuando la chica pronunció esa frase. Una frase que Hans Petersen nunca hubiera querido escuchar de la boca de Ilse Gruber. «Quiero que me mates».

—No puedo hacerlo, Ilse. Yo te...

La chica agarró con fuerza la guerrera de Hans con las dos manos, y acercando su rostro al del chico le dijo:

—Hans, voy a morir. Yo lo sé y tú también. La enfermera te lo dijo. El destino me ha traído aquí, hasta esta calle de Berlín. De una manera o de otra, no saldré de ella.

Pero de ti depende que lo haga con un gran sufrimiento o que termine ya. Te lo pido por favor, Hans. Te lo pido como camarada.

Hans estaba pensando en una lejana noche, una noche de 1940, cuando le contó a Katrin la verdad de lo que sucedió la noche que murió Astrid Müller. Entonces, Katrin le preguntó, si hubiera ayudado a ahorcarse a Astrid si esta se lo hubiera pedido, si hubiera invocado a su juramento, a su compromiso de camarada. Hans le dijo que sí, que sin duda lo habría hecho. ¡Qué fácil era decirlo, qué difícil ponerlo en práctica!

—Sé todo lo que has hecho por mí, Hans. Has dejado la batalla... —tragó saliva. Se apretó el vientre con las manos—. Nadie lo hubiera hecho como tú. Pero tienes que acabar con esto. Tienes que hacer que deje de sufrir de esta manera...

Hans guardó silencio. Levantó la mirada, ahora vidriosa, y la fijó en la casa que había frente a ellos. En el jardín abandonado. El techo de la casa se había desplomado, con lo que estaba a cielo abierto. Y estaba bastante limpia.

—De acuerdo, Ilse, voy a hacer lo que quieres. Pero no aquí, en esta calle, no dejaré que mueras en la puerta de este cine. Dentro de aquella casa hay un bonito jardín.

La chica le contestó afirmativamente con la cabeza, como cuando no hablaba, e intentó levantarse.

Hans le ayudó. Se disponían a cruzar la calle. Ilse se tambaleaba y Hans tuvo que cogerla en brazos para poder acabar de cruzarla.

La casa no tenía puerta, hasta eso se habían llevado. Entraron en ella.

Había sido sin duda, un lujoso domicilio. Cuando entraron en lo que en su día debió ser el salón, Hans observó que sólo habían dejado la mesa, una silla, algunas sábanas y mantas tiradas en el suelo, y unos cuadros caídos. Hans se detuvo en seco. Ilse le preguntó:

—¿Qué pasa, Hans?

—Nada, Ilse. Que he encontrado algo que creía que no iba a encontrar.

Ilse no lo entendió. Dejó a la chica sobre la silla. Cogió una sábana blanca que había tirada en el suelo y salió al jardín. La extendió en el centro de este.

Volvió al salón y cogió a Ilse en brazos. Entró con ella en el jardín y la tendió sobre la sábana.

—Te voy a tumbar aquí, Ilse, estarás mucho mejor.

Hans tenía todo pensado. Se arrodilló junto a ella. Haciendo un gran esfuerzo, Ilse se llevó la mano a la falda, la subió y sacó la bandera ensangrentada que tapaba su herida. Se la entregó a Hans.

—Toma, Hans. Ahora ya no me hará falta.

Hans cogió la bandera, empapada en sangre, y se la colocó pasándola por una de las trabillas de su pantalón. A partir de ese momento, sería su particular bandera de

sangre. Su más preciada posesión.

—Sabes una cosa, Hans, aunque no te lo creas, muero feliz y orgullosa —Ilse hablaba cada vez con más dificultad—, feliz por haberte conocido, Hans. He disfrutado mucho el tiempo que hemos permanecido juntos. No lo cambiaría por nada del mundo. Y orgullosa de haber combatido a tu lado. Sabes, si existe el más allá, cuando llegue, podré decirles a todos que he combatido en esta guerra con Hans Petersen. El mejor soldado de Alemania.

—¿Qué voy a hacer ahora, Ilse? ¿Cómo voy a...?

Ilse posó su dedo, un dedo ensangrentado, sobre la boca de Hans y le hizo callar.

—Seguirás luchando, Hans. Gretl ha caído, pero Hansel, no. —La chica esbozó una sonrisa—. Me hacía gracia ese apodo. Los Hansel y Gretl de los Panzerfaust. Era muy gracioso. Tienes que seguir en la lucha, Hans. ¿Recuerdas? Aún tienes una guerra que ganar.

Hans intentó sonreír. Pero no le salió nada.

—¿Has echado mucho de menos Baviera, verdad? ¿Has echado mucho de menos las montañas, no, Ilse?

—Sí. Yo me crie en ellas. En un pueblecito cerca de Munich. Cuando era pequeña, tenía que andar todos los días dos kilómetros para subir a la escuela. Y durante todo el camino, no paraba de mirar las montañas. A veces, me sentaba sobre una roca y...

No pudo terminar. Otro ataque de tos. Esta vez, sus labios se mancharon de sangre.

—No hables más, Ilse. Cierra los ojos. Vuelvo en un segundo. Tengo una sorpresa para ti.

Hans salió del jardín y entró en el salón. Lo había visto en cuanto entraron. Estaba tirado, en un rincón. Era un cuadro. Se veía un gran ciervo, un ciervo poderoso que bramaba en la soledad de un bosque. Lo recubría una extraña aureola de luz. Detrás de él, se veía la majestuosa figura de las montañas, con sus cumbres de nieves perpetuas. ¡Había conseguido que Ilse viera por última vez las montañas!

Hans cogió la silla en la que había dejado anteriormente a Ilse, y junto con el cuadro, entró en el jardín.

Colocó el cuadro sobre la silla, frente al cuerpo de Ilse, donde ella pudiera verlo. Volvió a arrodillarse junto a la chica.

—Ya puedes abrir los ojos, Ilse —dijo Hans.

La chica abrió los ojos. Una expresión de sorpresa se instaló en su rostro. Miró a Hans.

—Mira, Ilse, te he traído las montañas. Ya sé que sólo están pintadas sobre un lienzo, no son como las de verdad, las de Baviera, pero...

—Gracias, Hans. Era lo último que me faltaba para morir feliz. Es un cuadro

precioso.

Se miraron. Los dos sabían que había llegado el momento.

—Por favor, Hans, acaba con esto.

—Está bien, Ilse. Tú no quites la vista de las montañas. No me mires. No podría hacerlo.

Hans sacó la Walther. El frío acero de la pistola le abrasaba en la mano. Le costó mucho, pero acercó la Walther a la sien de Ilse. Para la chica, sería una muerte rápida, instantánea.

—Adiós, Hans —dijo Ilse mientras miraba las montañas.

—Adiós, Ilse —dijo Hans con la mirada perdida en la nada.

Dos lágrimas brotaron de los ojos de Ilse. Corrieron muy rápido por su rostro, se detuvieron en el mentón, y continuaron descendiendo por su cuello. Su mirada estaba clavada en el cuadro. Y comenzó a cantar:

*Mi vuelo dorado, llévame lejos...*

Hans Petersen acercó su dedo al gatillo de la Walther y lo acarició.

Ilse siguió cantando, mientras miraba el cuadro:

*Llévame a mi querida patria en los Alpes...*

Hans disparó.

Se hizo el silencio. Sólo se escuchaba el sonido de los combates en la lejanía.

No pudo evitarlo. Se arrojó sobre el cadáver de Ilse Gruber. Y lloró. Hacía mucho tiempo, muchos años, Hans juró que nunca lloraría ante el cadáver de un camarada muerto. Le rendiría tributo, si, como haría ahora con Ilse, pero no lloraría. Había roto ese juramento, un juramento que era consigo mismo. Más adelante, se ocuparía de eso. Como en su día hizo cuando no pudo denunciar a Helga, a su madre. Porque sus juramentos, su fidelidad, era lo que mantenía vivo a Hans Petersen. Era el código secreto de su vida.

Sin embargo, en ese momento Hans lloró, abrazado al cuerpo de Ilse. Tal vez fuera una mezcla de muchas cosas, el agotamiento, la falta de sueño, la batalla, las horas pasadas recorriendo con una chica que agonizaba las calles de Berlín, el miedo. Pero sobre el cadáver de Ilse Gruber, Hans lloró como un niño. Como lo que era.

Ilse Gruber no era sólo una chica. Para Hans Petersen, no. Era su hermana de armas. Su compañera en la batalla. El último recuerdo de noventa chicos de las Juventudes Hitlerianas, que con una ilusión y una fe sin límites en sus ideas y en su Führer, iniciaron la batalla de Berlín, en una trinchera junto al canal de Landwehr. Ahora sólo quedaba él.

Ahora, Hans Petersen se consideraba alguien especial.

El último de una estirpe.

Salió a la calle y la cruzó muy lentamente. Los sonidos de los bombardeos retumbaban ahora por todo Berlín. Los sonidos de la batalla. Ya faltaba poco, para que él se volviera a unir a esa sinfonía demoníaca. A la sinfonía de la guerra. Pero primero, debía rendir un último homenaje a su compañera.

Caminó hacia el vehículo abandonado, cogió una de las latas de gasolina, la agitó para cerciorarse de que había suficiente, y volvió a la casa.

Atravesó el salón con la lata y entró en el jardín. La dejó sobre la silla, junto al cuadro.

Desnudó el cuerpo de Ilse Gruber. No quería que la chica abandonara este mundo con esas ropas sucias y ensangrentadas. Le quitó la guerrera, el pañuelo, la blusa y la camiseta de tirantes con el escudo de las Juventudes en el pecho que llevaban las chicas de la BDM. Le quitó también la falda. Plegó con esmero todas las prendas de la chica, como si esta fuera a levantarse y a ponérselas al día siguiente, cuando despertara. Las colocó junto al cadáver, dentro de la sábana. Arderían con ella. Con otro trozo de sábana que había arrancado, limpió las heridas de Ilse. La sangre que le cubría el rostro y que no paraba de manar del agujero que la bala de la Walther había formado en su sien.

Después limpió la herida de su vientre. Sólo en ese momento, al estar el cuerpo completamente desnudo, fue consciente del destrozo que la metralla había causado. De la herida no paraba de manar sangre, así que, armándose de valor, introdujo un trozo de la sábana dentro de la herida. Ilse tenía el vientre destrozado.

Mientras contemplaba el cadáver de Ilse, se dirigió al fondo del jardín. Había visto unas bonitas flores allí. Él no entendía mucho de flores, pero le parecieron lilas. Las olió. Podían ser, olían parecido al perfume de Astrid Müller, al olor que invadió la trinchera del canal de Landwehr antes de la batalla.

Regresó junto al cadáver de Ilse. Con mucha delicadeza, colocó algunas de las flores sobre la cabeza de Ilse, formando en ella una especie de corona. Después, cruzó las manos de la chica sobre el pecho, y depositó entre ellas un ramito de esas flores que parecían lilas.

Se incorporó. Ahora estaba bien. Todavía limpió un pequeño reguero de sangre que volvía brotar de la herida de bala de la sien.

Cogiendo una parte de la sábana, cubrió el cuerpo de Ilse, como si se tratara de una mortaja.

Se dirigió hacia la silla. Dejó en el suelo la lata de gasolina, y el cuadro sobre un trozo del techo desprendido. Agarró la silla de las patas y, dando un fuerte golpe, la rompió contra el suelo. Se quedó con una sola pata en su mano. Utilizando el pañuelo

de Ilse, confeccionó entorno a la pata una antorcha. La dejó en el suelo y cogió la lata de gasolina.

Rodeando la mortaja en la que descansaba el cuerpo de Ilse, vertió parte de la gasolina sobre este. Sólo guardó un poco.

Derramó sobre la antorcha el resto de la gasolina. Sacó del bolsillo de su pantalón una pequeña caja de cerillas del ejército, que formaba parte del kit que les habían dado cuando marcharon hacia el canal. Hans encendió la cerilla y con ella, prendió la antorcha.

Hans Petersen levantó hacia el cielo la antorcha, ofreciéndosela al sol. Un sol que esa mañana no existía, no era visible, un sol escondido tras el cielo plomizo. Pero que estaba allí, porque formaba parte de lo que nunca nos abandona. Parte de lo eterno.

Arrojó la antorcha sobre la mortaja que cubría el cuerpo yacente de Ilse. Este ardió como una gran pira.

Hans se cuadró, dio un taconazo, y levantó su brazo en señal de saludo.

Las llamas crepitaban iluminando su rostro. Formaba parte de una imagen triste, la imagen de la soledad. La imagen de Hansel. De Hansel sin Gretl.

En esa posición, mientras el cuerpo de Ilse se convertía en una gran columna de humo que ascendía hacia el cielo, Hans Petersen comenzó a cantar:

*«¡Alzad altas las banderas!  
Formad filas todos juntos, tropas de asalto, avanzad a paso firme y sereno.  
Camaradas, aniquilado el frente rojo y su reacción,  
marchemos juntos con espíritu en nuestras filas.  
¡Las calles libres por los pardos batallones!  
¡Las calles libres por los hombres de las tropas de asalto!  
Ya vemos en la cruz gamada la esperanza de millones  
el día que se instaurará la libertad y el pan.  
Ahora hemos recibido la última llamada.  
¡Ya estamos preparados para el combate!  
Muy pronto la bandera de Hitler ondeará por todas las calles.  
La servidumbre durará tan sólo poco tiempo...».*

Mientras cantaba la canción de Horst Wessel, Hans seguía con la mirada la gran columna de humo que abandonaba el jardín, rumbo al cielo. Una columna de humo que parecía perderse en ese cielo gris y plomizo, ese cielo que pese a estar ya en mayo, seguía teniendo el color de un cielo de abril. Hans pensó, que esa columna de humo no se detenía allí, en ese cielo grisáceo. No. Lo traspasaba. Y salía de este mundo, para entrar en otro. Y que en ese otro mundo, sí que encontraría su reposo definitivo. En otro mundo, en otro lugar. En un lugar de leyenda. En ese mundo y en ese lugar, por el que cabalgaban las valkirias.

## XIII

### EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES Y LA SÉPTIMA SINFONÍA DE BRUCKNER

*En las calles de Alemania no resonaría más el paso de la oca, marcado por miles de botas, ni las canciones marciales entonadas por las masas vestidas de camisas pardas, ni los ladridos del Führer amplificados por los altavoces. Después de doce años, cuatro meses y ocho días —época de tinieblas para cualquier otro país que no fuera Alemania— el Reich invencible se derrumbaba en una sombría noche...*

William L. Shirer

*La bandera cayó donde él cayó, y cuando él murió, el nacionalsocialismo y el Tercer Reich de los Mil Años murieron con él. Por su culpa, su amada Alemania estaba en ruinas.*

John Toland

*Berlín, una casa en las cercanías de la Lützowplatz, 1 de mayo de 1945, entre las 8:00 y las 14:00 horas.*

El cuerpo de Ilse Gruber ardía en el jardín.

Hans estaba sentado sobre la mesa del salón. Tenía que salir de allí, tenía que volver a la lucha, porque la guerra no había terminado. Como Ilse le había dicho, él aún tenía que ganar una guerra. En el exterior de la casa, en dirección a la zona norte de la Kurfürstendamm, se escuchaba el tronar de la batalla. Hans supuso, que los rusos debían estar intentando tomar el Tiergarten en sus dos sectores. Quizás el objetivo fuera acabar con la torre Flack del Zoo, que a los rusos tanto daño les había hecho.

Hans había ideado un plan. Y ese plan, comenzaba por recoger material del Tiergarten, el material que habían enterrado los días antes de que los rusos cerraran definitivamente el cerco sobre Berlín. Y la presencia de los rusos en esa zona del Tiergarten estropeaba sus planes, porque habían enterrado el material muy cerca de la torre Flack. El plan se le había ocurrido mientras observaba las casas abandonadas, casas como en la que se encontraba ahora. Sería una misión arriesgada, suicida, pero podía ser una despedida a lo grande. Pero antes de todo eso, tenía que hacer dos cosas. La primera con su conciencia y la segunda con su organismo. Con su conciencia, castigarse por haber incumplido el juramento que había hecho consigo mismo, el de no llorar nunca sobre el cadáver de un camarada caído. Esas cosas eran muy importantes para Hans, era necesaria tener la conciencia tranquila antes de afrontar la que podía ser la última batalla. Con su organismo, necesitaba dormir, descansar, aunque sólo fueran dos horas. El cansancio de la batalla y el vagar por las calles de Berlín buscando ayuda para Ilse, le estaban pasando factura. Podía hacerlo allí, pero le desagradaba hacerlo en el mismo lugar donde todavía ardían los restos de

Ilse. Caminaría en dirección al Tiergarten y buscaría otro lugar para descansar.

Pero lo primero, era lo primero.

Mientras el cadáver de Ilse Gruber ardía en el jardín, Hans había recorrido la casa. En lo que parecía una especie de despensa, encontró un viejo botiquín olvidado. Y en la cocina, un cuchillo carnicero. Se le ocurrió algo.

Ahora tenía el botiquín y el cuchillo sobre la mesa del salón. Hans saltó de la mesa. Cogió del suelo una de las patas de la silla que había roto en el jardín, y la colocó entre sus manos como si fuera el tubo metálico de un Panzerfaust. Observó sus manos. Había un dedo que no utilizaba. El dedo meñique de la mano con el que sujetaba el lomo del tubo. Era un dedo inútil. Ese estaría bien.

Hans puso su mano sobre la mesa. Extendió los dedos. Clavó el cuchillo carnicero justo al lado de su dedo meñique. Calibró el descenso del filo del cuchillo, sobre la raja que formaba la primera falange de su dedo. Lo hizo descender y lo subió dos veces.

Fijó su mirada en los últimos rescoldos de los restos de Ilse.

Y bajó a una gran velocidad el cuchillo.

Sintió un dolor horrible. Por un momento, pensó que se iba a desmayar. Salía mucha sangre de la herida. La parte del dedo seccionado quedó encima de la mesa. Hans lo arrojó al suelo con la mano buena. El dolor crecía en intensidad, era un dolor terrible, centelleante. Así aprendería la lección. No se llora sobre el cadáver de un camarada. Se le rinde tributo, como él había hecho con Ilse, pero no se llora sobre él. Los soldados combaten, pero los soldados no lloran. Hans lo recordaría, cada vez que mirara su mano.

Se hizo una primera cura aprovechando el escaso material del botiquín. Colocó una gasa limpia sobre la herida, pero pronto se cubrió de sangre, no podía cortar la hemorragia. Se quitó la gasa y se hizo un pequeño torniquete con un trozo del pañuelo de Ilse, que había sobrado cuando hizo la antorcha. Le sangraba mucho pero daba igual, la hemorragia se cortarían en un momento u otro.

Se dispuso a salir. Allí ya no hacía nada. Miró por última vez hacia el jardín, hacia el rescoldo de la hoguera en que se había convertido el cuerpo de Ilse Gruber. Un esqueleto calcinado.

—Adiós, Ilse —dijo Hans. Y salió a la calle.

---

\* \* \*

---

Deambuló por las calles, intentando encontrar un lugar donde descansar. El ruido de los combates, muy intensos ahora, llegaba del principio de la Kurfürstendamm. Encontró varios lugares, pero en casi todos había alguien. Soldados descansando, durmiendo, incluso preparando sus armas. En una calleja en las proximidades de la



Budapesterstrasse y el canal de Landwehr encontró un lugar para poder descansar. Era muy grande, como si fuera un hangar. Pero una vez dentro, Hans se dio cuenta que era la antigua aula de una escuela. Una escuela abandonada. Entre otras cosas, se veían pupitres volcados por todos sitios, y antiguos mapas del Reich abandonados. La escuela había sido víctima de los bombardeos artilleros, había grandes cráteres formados por el impacto de los obuses. Al fondo del aula, había una pared y una pizarra, como la que tenía el aula de su escuela en Dahlem. Allí estaba muy oscuro, por lo que sería un buen lugar para descansar. Con dos horas bastaría. Luego se dirigiría hacia un rincón concreto del Tiergarten y rescataría el material enterrado. Después, dando un rodeo, intentaría llegar a la Kurfürstendamm, en dirección hacia la Adolf Hitler Platz. Hans conocía esa zona de la ciudad, había ido muchas veces con su madre de compras. Y sabía que había muchas casas grandes, casas que ahora estarían abandonadas. Casas grandes, casas con ventanas, con muchas ventanas. Se acantonaría en una de esas casas, y esperaría. Ese sí que sería su territorio. El del tirador solitario. Un lugar ideal para el camuflaje y el ataque. Y luego, que pasara lo que tuviera que pasar. Ahora ya no le importaba. A lo mejor, caería allí. Pero Hans Petersen se despediría de esa guerra organizando un buen lío.

Se sentó bajo la pizarra, y agachó la cabeza. La escondió entre sus brazos. El dedo seccionado le dolía mucho y le seguía sangrando. Hans pensó, que posiblemente ahora, por culpa del dolor del dedo, no podría dormir. Pero por otro lado, era tanto el cansancio que...

Escuchó voces. Voces que se acercaban hacia él. Voces de borracho. De hombre y de mujer. Estaban en la puerta del aula. Y para disgusto de Hans, entraron.

Eran dos. Un oficial de la Wehrmacht, completamente borracho, y una mujer. Ella era rubia y llevaba un traje negro de noche. ¿Pero qué hacía una mujer con un traje de noche en mitad de una guerra? Esas cosas se empezaban a ver en el Berlín del hundimiento. Las últimas fiestas, las últimas borracheras. Los últimos fastos del Tercer Reich.

Reían y gritaban. Bebían dando grandes tragos a unas botellas. Se agarraban y se besaban. La mujer era una fulana, pensó Hans, se le notaba hasta en la forma de moverse.

El hombre levantó uno de los pupitres caídos y se sentó en él.

—Venga, ven aquí —dijo el hombre con uniforme de oficial—, siéntate aquí, con papáito.

La mujer se sentó en las piernas del oficial, a horcajadas sobre él. Miró hacia el fondo del aula y se percató de la presencia de Hans.

—¿Y este? —dijo la mujer.

—Déjalo, es uno de esos chicos de los lanzagranadas —dijo el oficial—. ¿Quieres un trago, chico?

—No —contestó Hans de forma tajante—. Yo sólo quiero descansar.

—Pues descansa, hijo, descansa. No te molestaremos. Esta y yo vamos a jugar un rato, pero estate tranquilo, somos muy silenciosos. Y muy rápidos. Mira —dijo el hombre mientras subía el vestido de noche de la fulana—. Ya no lleva ni bragas.

La fulana meneó el culo de forma obscena hacia Hans. Los dos rieron, dando grandes y estridentes carcajadas. De pronto, la mujer preguntó:

—Pero ¿dónde está Lorna?

—Viene por ahí, ya se escuchan sus tacones —contestó el oficial.

Una tercera persona entró en el aula. Era una chica muy joven, tendría dos o tres años más que Hans. Era pelirroja, con la cara llena de pecas, y llevaba un estridente y chillón vestido rojo.

—¿Pero es que los rusos no han dejado ni un jodido lavabo en esta ciudad, o qué? —dijo la tal Lorna.

El oficial y la fulana volvieron a reír. La chica, a la que llamaban Lorna, avanzó por el aula dando traspiés. Iba muy borracha, casi no podía ni andar. Buscaba algo por el suelo, Hans no sabía lo que era. La joven miró a Hans, pero ni tan siquiera le hizo caso. Actuó como si el chico no existiera.

No podía descansar. Estuvo tentado de levantarse e irse, pero no lo hizo. Quizás después tendría que lamentarlo.

La joven pelirroja cogió un objeto del suelo. Brilló en sus manos. Hans se dio cuenta rápidamente de lo que se trataba. Lo reconoció al instante.

—¿Qué es eso, Lorna? —preguntó la fulana.

—Un baño —contestó Lorna.

Lorna se lo enseñó. El oficial y la fulana lanzaron ahora grandes carcajadas.

La joven dejó el objeto en el suelo, se subió el vestido rojo, y sin el menor pudor se puso a orinar y defecar sobre él.

Hans levantó la vista. Se colocó bien el casco de hierro. Clavó sus ojos en la chica. El oficial y la fulana seguían con sus risas y sus juegos.

En la oscuridad, los ojos de Hans comenzaron a brillar. Tocó la bandera que llevaba anudada sobre su cintura. Aún estaba húmeda, con la sangre de Ilse. Por gentuza como esa, había muerto su compañera.

Hans se incorporó y, sin quitar la vista de la chica, avanzó hacia ella.

Se situó delante de la pelirroja. Esta miraba hacia abajo, reía como una loca cada vez que veía caer sus excrementos sobre el objeto. Cuando levantó la cabeza y vio al chico, se sobresaltó. Se quedó mirándolo fijamente, y le dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Te gusta como huele?

Hans no contestó. Seguía mirándola, con sus ojos fijos en ella. El oficial y la otra fulana habían suspendido sus juegos. Ahora, miraban fascinados la escena que se desarrollaba entre Lorna y el chico de las Juventudes Hitlerianas.

La chica llamada Lorna bajó su mano hacia el objeto, la sacó llena de excrementos, se incorporó, puso la mano delante de la cara de Hans y le dijo:

—¿Te gusta el olor, eh? ¿Quieres probarla?

Hans seguía sin contestar. Lorna restregó los excrementos por la cara de Hans. Volvió a agacharse y, mirando al oficial y a la otra fulana, comenzó a reírse como una histérica. Los otros la imitaron. Los excrementos de la chica resbalaban por el rostro de Hans. Pero este seguía sin decir nada.

—¿Quieres que te haga un trabajito, chico? —dijo Lorna.

Hans no contestó.

—¿Tienes dinero, algo de valor? Si quieres disfrutar un rato, espera, ahora me limpio y... aunque da igual. ¡Ya llevas toda la cara llena de mierda!

El oficial y la fulana reían ahora de forma estridente, dando grandes palmadas. Pero la chica llamada Lorna había dejado de reír. Ahora más bien estaba asustada. Asustada mirando los ojos del chico. No parecían humanos. Eran como los de un animal salvaje. Lorna recordó, que cuando era una niña, su profesor, que se llamaba Herr Kruger y pertenecía a la liga de profesores nacionalsocialista, les había mandado comprar un libro. Un libro sobre los mitos germánicos. Allí había varias ilustraciones de un animal, un lobo. Tenía los mismos ojos que ese chico. No recordaba bien su nombre, Fraye, Frei, Freki, algo parecido. Era uno de los lobos de Wotan, eso sí lo recordaba. Pero mirándolos bien, también se parecían a los ojos de Adolf...

No pudo pensar más. Hans realizó un rápido movimiento, sacó la Walther de su cintura y disparó a bocajarro sobre la cabeza de la chica. Lorna cayó de espaldas, con un gran agujero en el centro de su frente. De él, comenzó a manar un río de sangre.

El oficial y la otra fulana dejaron de reír. Pero ante la sorpresa de Hans, el oficial empezó a aplaudir, y de pronto, otra vez, los dos estallaron en carcajadas.

—¡Has hecho bien, chico, se lo tenía merecido! —gritó el oficial—. ¡Se había cagado en el retrato del Führer!

Hans miró el cuadro. El mismo que durante años había presidido su aula en la escuela de Dahlem, el mismo que sus padres le habían comprado en una tienda de recuerdos del partido, durante el congreso de Núremberg de 1936. El mismo que Hans miraba todos los días, durante nueve años, colgado en la pared frente a su cama. El retrato del Führer de los tiempos de lucha, de los tiempos de Munich.

Se escuchó otro disparo. Y otro cuerpo caer. Había sido el oficial. Había disparado sobre la otra fulana. Esta se había desplomado estrepitosamente con las piernas abiertas.

Hans apuntó con la Walther al oficial. Y este, apuntó a su vez a Hans.

—¡Hemos hecho bien en matarlas, soldado! ¡Iban tan borrachas que no valían ni para divertir a un hombre!

Hans siguió apuntando con la Walther al oficial. Este bajó su arma dejándola

sobre sus piernas.

—Mira chico, sé inteligente y baja la pistola. Guarda esas balas que te quedan, te harán falta. Para ti. Yo había pensado en divertirme con estas dos, matarlas y luego volarme la tapa de los sesos. Pero te has adelantado. De todas las maneras vamos a morir. Vamos a perder esta jodida guerra. Y luego nos matarán a todos. Cuando el mundo conozca todo lo que hemos hecho, no existirá un lugar en este mundo donde un alemán pueda esconderse. Arderemos, chico. Arderemos en el infierno.

—Yo no he hecho nada —dijo secamente Hans.

—¡Qué más da, tú, yo, el Reich o el Führer! ¡Todos lo hemos hecho! ¡Nosotros los militares y vosotros los nazis! ¿Pero tú sabes lo que hemos hecho, muchacho? ¡A los judíos! ¡A los rusos! ¡Y a los que no eran ni judíos ni rusos! Hemos cometido un crimen imperdonable. Hemos abierto una herida que nunca sanará, chico. ¡Que nunca se cerrará!

—Le repito que yo no he hecho nada —volvió a decir Hans—. Lo habrá hecho usted, y la gente que es como usted. Gentuza. Gentuza que abandona a sus compañeros y a sus camaradas para irse de borrachera con unas fulanas.

Hans seguía apuntando con la Walther a la cabeza del oficial. Este lo miraba fascinado.

—Yo sólo he combatido en esta guerra —continuó Hans—. He acudido a la llamada de mi patria, en defensa de los míos. De mi mundo. Yo no he hecho nada distinto de lo que han hecho esos soldados rusos que caminan por nuestras calles. Yo he intentado matarlos, y ellos a mí. Yo he hecho lo mismo que los soldados americanos, ingleses o franceses que han participado en esta guerra. Defender mi patria. Mi patria es Alemania. He luchado por Alemania. Usted, no sé lo que habrá hecho, pero no me cargue a mí con sus culpas. Acabo de quemar el cuerpo de una chica de diecisiete años que ha muerto por su patria, por sus ideales, y por salvar el culo a gentuza como usted. He visto morir a ochenta y siete compañeros en una trinchera, en una misión suicida. Chicos y chicas, algunos niños. Ninguno de ellos les había hecho nada a los judíos, ni a los rusos, ni a nadie. Estaban defendiendo esta ciudad, su ciudad, de una invasión, intentando ganar una guerra que ustedes estaban perdiendo. Yo tuve un compañero que era como usted. Le llamábamos Junker. Era indigno de usar ese nombre, era indigno de llevar el uniforme de las Juventudes Hitlerianas. Como usted es indigno de llevar ese uniforme. Y esos galones de oficial. Sólo espero que si ganamos esta guerra, el Führer ordene que todos ustedes sean ejecutados, fusilados en el acto. Todos los que han deshonrado el uniforme del ejército alemán...

—¡El Führer! —bramó el oficial—, el Führer ha sido el peor de todos. ¡«Tu» Führer ha sido una farsa, chico! ¡Un asesino desalmado y cobarde! ¡Él nos ha obligado a hacer todas las cosas que hemos hecho, todo eran «órdenes del Führer»!

¡Él será el primero que arda en los infiernos...! ¡Y tras él, todos los demás! Me da lástima escuchar de tu boca todo ese idealismo que os han inculcado durante años. ¡No ha existido nada de épico ni de heroico en nuestras filas durante esta guerra! ¡Sólo nos hemos comportado como lo que somos! ¡Una vulgar banda de asesinos!

—Nosotros no somos ninguna banda de asesinos, sino una organización leal y disciplinada. Nosotros no arderemos en los infiernos. Y el Führer tampoco. Pero usted sí.

No le dio tiempo al oficial de replicar, ni de coger su pistola. Hans disparó.

Una vez.

Dos veces.

Tres veces.

Hans guardó su Walther en el cinto y se dirigió al fondo de la estancia.

Se agachó y recogió el cuadro. Alcanzó las bragas de Lorna, que estaban tiradas en el suelo, y limpió la orina y los excrementos del cuadro, lo depositó sobre uno de los pupitres, dio un fuerte taconazo y realizó el saludo.

Hans caminó hacia la puerta del aula. Al llegar allí, se dio la vuelta. «Vaya forma de terminar una fiesta», pensó. Tres cadáveres. Él sólo quería descansar, pero ellos no lo habían entendido. No lo sentía por ellos. Sólo le producían repugnancia. Sentía todo lo que estaba pasando por Ilse, por los compañeros muertos, enterrados en el canal, que le gritaban desde el más allá que siguiera luchando, que no permitiera que los rusos ganaran la guerra. Que no permitiera que la noche cayera sobre Alemania y sobre Europa. Pero por esos tres, no. Era el tipo de gente que los había llevado a esa situación. A morir en una trinchera abandonada. A desangrarse por las calles de Berlín. Y como a continuación iba a hacer él, a combatir desde casas abandonadas y destruidas. Entre las ruinas.

*Berlín, una casa en la Kurfürstendamm, entre las 14:00 horas del 1 de mayo y las 5:00 horas del 2 de mayo de 1945.*

Hans encontró una casa. Estaba a mitad de la avenida de la Kurfürstendamm, en dirección a la Adolf Hitler Platz. En la zona norte de la avenida, se libraban ahora duros combates. Pero las barricadas resistían. A Hans le entraron ganas de acudir a ellas, de combatir en ellas. Pero se lo pensó mejor. Podía volver a reproducirse la situación de la gran explanada de la Königsplatz. Demasiada batalla para un Panzerfaust como él. Podía no encontrar una buena posición de tiro, y malgastar los cinco únicos Panzerfaust desechables que había rescatado del Tiergarten, y que ahora arrastraba en una bolsa de repuestos. Decidido. Esperaría en el edificio, y pondría en marcha la operación del francotirador fantasma.

Después del incidente con el oficial de la Wehrmacht y las dos fulanas, puso dirección al Tiergarten. Al llegar a la zona donde había hecho el enterramiento de

armamento, se llevó una gran desilusión. La mayoría del armamento había desaparecido. El Tiergarten había sido bombardeado sin piedad esa mañana. Parecía mentira que ese lugar fuera el mismo, donde horas antes él e Ilse habían descansado, esperando que la chica muriera. Los árboles estaban calcinados. Enormes cráteres, gigantescos, en alguno de ellos cabría hasta un tranvía, ocupaban todo el suelo del parque. Hans no lo sabía, pero el ataque había sido un éxito para los rusos. La torre Flack del Zoo, había caído. Y con ella su guarnición, compuesta por trescientos cincuenta hombres.

Hans buscó desesperadamente los árboles donde había dejado marcadas las iniciales de Astrid y de Heinz. Sólo encontró el de Astrid, el de Heinz estaba calcinado. Todo el material enterrado estaba destruido. Sólo pudo salvar cinco Panzerfaust desechables. Hans sabía que había mucho más material enterrado en los alrededores, pero buscarlo le podía llevar todo el día. Y no tenía tanto tiempo. Introdujo los cinco Panzerfaust en una bolsa de repuestos medio chamuscada y abandonó el parque. Tendría que replantear la operación que había preparado, ahora tendría que ser menos ambiciosa. Y el riesgo también sería mayor, aunque en realidad, sabía que era casi imposible salir de esa situación. Ya no le importaba. El reloj de su vida se estaba acercando hacia la hora cero. Pero Hans Petersen lo afrontaría como siempre había afrontado todo. Con una fe ciega en sí mismo.

Dejó atrás el Tiergarten y, dando un rodeo, puso rumbo hacia la Kurfürstendamm, evitando la zona de combates. Se dirigió hacia la Witenbergerplatz, donde se encontraban los almacenes KaDeWe. Hans recordó que, cuando era pequeño, solía ir a comprar allí ropa con su madre. Cogió una calle transversal entre la Witenbergerplatz y la Viktorie-Luise-Platz, y se dirigió hacia la Kurfürstendamm. Su idea era salir a mitad de la avenida, lejos de la zona de combates, y así tener tiempo para preparar su plan. Buscaría su guarida, e incluso si tenía tiempo, podría dormir un poco.

La cabeza de la batalla estaba en la zona norte de la famosa avenida berlinesa, en los alrededores de la iglesia del Kaiser Wilhelm y el café Romanisches. Allí, los blindados soviéticos intentaban abrirse paso entre la defensa numantina de las barricadas que cortaban el acceso a la avenida. La defendían veteranos de la Wehrmacht, las SS y las Juventudes Hitlerianas. Pero era de esperar, que más temprano que tarde, los rusos rompieran las defensas. Avanzarían a toda velocidad por la avenida, previsiblemente, sin mucha resistencia. Pero entonces, se encontrarían con él, con un tirador solitario. Un fantasma que se movería de ventana en ventana. Un fantasma de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem. Un fantasma emergido de un lugar con nombre de muerte llamado el canal de Landwehr.

---

\* \* \*

---

Estaba en la calle, con la bolsa de repuestos Panzerfaust en la mano, contemplando la casa. En la primera planta del edificio, se encontraba un piso con cuatro ventanas hacia la avenida, que tenía aspecto de haber sido un banco o unas oficinas. Las ventanas estaban herméticamente cerradas, habían cruzado tableros de madera en forma de cruz de San Andrés, para impedir la entrada de los saqueadores. Pero en el segundo piso, se veía lo que parecía una vivienda, con tres ventanas sobre la avenida. Sobraba. Tres ventanas cercanas a la calle, cinco Panzerfaust desechables. Se podían hacer cosas.

Hans entró en el edificio. El techo entre el primer y el segundo piso se había venido abajo. Tuvo que trepar entre los escombros, para acceder a la vivienda. La puerta estaba abierta. Entró.

Había sido una vivienda elegante, pero ahora estaba casi vacía. Se habían llevado todos los objetos de valor. Sólo quedaban las mesas, las sillas y algunos objetos personales sin utilidad.

Entró en el salón. Habían dejado algunos muebles. En la pared, había uno de esos relojes de cuco que vendían en las galerías comerciales Karstadt, pésimas imitaciones de los auténticos. Hans se dirigió a la ventana. Era lo que más le interesaba. Eran ventanas desnudas, no quedaban ni los marcos. Tendría una buena posición de tiro allí. Estaba relativamente cerca de la calle. Cabía perfectamente, agachado, entre la ventana y el suelo, para poder esquivar las balas, que sin duda, le dispararían los soldados rusos desde la calle. Las ventanas estaban en tres habitaciones distintas, pero el pasillo, que estaba completamente despejado, le protegería para poder llegar de la una a la otra.

Hans hizo una prueba. Se asomó a la ventana con el Panzerfaust y simuló que disparaba. Bajo la ventana del salón, dejó dos Panzerfaust desechables. Corrió por el pasillo y se asomó por la ventana de la segunda habitación, que estaba completamente vacía. Allí, dejó sólo un Panzerfaust apoyado contra la pared. Salió al pasillo y corrió hacia la tercera ventana, en la tercera habitación. Hans observó que esta debió de ser la habitación de algún niño, porque en un rincón había una cuna abandonada. Se asomó a la ventana con otro Panzerfaust. Allí dejaría otros dos.

Los dos últimos.

Cuestión de segundos. El ataque debía producirse en cuestión de segundos. Aprovechando el caos que crearía atacando al primer tanque, podía intentar destruir al menos dos más. Con eso sería suficiente. ¡Stalin, despídete al menos de tres T-34!

Lo malo sería salir de allí. La verdad, no había escapatoria. O bien los tanques restantes demolerían el edificio a cañonazos, con él dentro, o los soldados subirían y acabarían allí con él, como se acaba con una rata. Eso no lo consentiría. Antes bajaría a la calle y se enfrentaría a ellos con lo que fuera. Con la Walther, o si era necesario, hasta con piedras. Quizás ese sería el lugar. El lugar donde Hans Petersen se

encontrará con la gloria.

Hans regresó al salón y empezó a registrarlo. Se dirigió a un vetusto mueble de madera. El mueble tenía tres grandes cajones. Los dos primeros estaban vacíos. Pero al abrir el tercero, se encontró con dos objetos. El primero, hizo que su rostro se iluminara después de mucho, de mucho tiempo. Una radio de galera. ¡Por fin podría tener alguna noticia, podría saber lo que estaba pasando!

Hans la encendió. Funcionaba. Pero no sintonizaba ninguna emisora. Ni la Radio del Reich, ni ninguna otra. Sólo en una parte del dial, se escuchaba una música lejana. La apagó. A lo mejor en otro momento podría serle de utilidad, aunque sólo fuera para enterarse de cómo estaban las cosas por ahí fuera.

El otro objeto, le trajo recuerdos del pasado. Era un pequeño organillo. Él había tenido uno en sus manos igual que ese, hacía muchos años, en otra vida, en otro mundo. Bajo otro cielo. Fue en una tienda de recuerdos del partido en Núremberg, en septiembre de 1936, cuando viajó con sus padres al congreso anual del partido. Era uno de esos organillos en los que sonaba la canción de Horst Wessel, el himno del partido. Recuerdos del pasado.

Hans se sentó en la mesa. Estaba muy cansado. Los sonidos de la batalla se guían llegando hasta la vivienda que él ocupaba. De vez en cuando, una fuerte explosión sacudía el edificio.

Ahora debía esperar. No le quedaba otra alternativa. Descansaría, dormiría un poco y actuaría después. Cuando llegara su momento.

El del tirador solitario.

---

\* \* \*

---

Durmió mucho. Casi seis horas. El reloj de cuco estaba parado. Por la luz que entraba por la ventana, Hans supuso que debían de ser sobre las ocho de la tarde. La batalla crecía en intensidad cada minuto. Pero milagrosamente, los rusos no avanzaban. Estaban estancados en torno a la iglesia del Kaiser Wilhelm. La parte norte de la Kurfürstendamm estaba ahora en llamas. Estas provocaban un resplandor tal, que aun siendo de noche, parecía que fuese de día. Hans se asomó a la ventana. Las barricadas eran atacadas con artillería de larga distancia. Pero ahora, entre ellas, se encontraban dos blindados Tiger alemanes y un cañón Flack. Hans pensó que aún tendría tiempo.

Se había despertado con dos sensaciones amargas. La primera era, que la estúpida canción alpina de Ilse no se le iba de la cabeza. No quería pensar en Ilse. Ni en sus padres, ni en Katrin, ni en ninguno de los suyos. No en esos momentos. La ausencia de Ilse le había dejado un vacío tremendo. La echaba mucho, mucho de menos. Sólo la había conocido durante siete días, pero parecía que hubiese compartido con ella media vida. Todavía cuando caminaba por la calle, echaba la mano atrás, buscando la



mano de Ilse. Una mano que ya no existía.

Su segundo problema era el dedo. Le dolía mucho. Además, el dolor le descendía ahora por la mano y le llegaba a la muñeca. Eso podía convertirse en un problema cuando buscara posición de tiro. Quizás en ese momento, no había sido buena idea la amputación de su falange.

Hans había colocado la radio de galera y el pequeño organillo encima de la mesa. Cogió entre sus manos la radio de galera y la encendió. Quería saber lo que estaba pasando allí fuera. De la radio sólo salían ruidos estridentes. Encontró una estación. Se escuchaba muy lejana. Música. Sonaba una música de fondo, una música que Hans conocía. Era la música de los discos de su madre. La misma melodía que había sonado la noche que los llevaron a la Ópera del Estado, al acto organizado por Albert Speer. Parecía que de aquello hubiera pasado una eternidad. Era Richard Wagner. La *Trauermarsch*, la marcha fúnebre del final de *El crepúsculo de los dioses*. De pronto, la música se interrumpió.

Hans acercó la radio a su oído. De la misma, salió una voz seria, solemne. Solamente dijo:

*Están ustedes en la sintonía de Radio Hamburgo. En breves momentos, les comunicaremos una importante noticia.*

Hans se quedó helado. No podría decir por qué, pero tuvo un oscuro presentimiento. Tenía la certidumbre que la noticia que iban a transmitir no iba a ser buena para él. No sería buena para nadie.

Sonaba ahora otra música. Era en ocasiones muy triste y trágica, pero en otras ocasiones resultaba heroica. Hans Petersen desconocía esa música. Se trataba del inicio del *II movimiento*, el *Adagio* de *La séptima sinfonía* de Anton Bruckner. «Una bonita música para morir», pensó Hans sin saber bien por qué. Pero lo que sí sabía era que esa música no podía anteceder a nada bueno, a ninguna buena noticia.

¿Qué podía haber pasado? ¿Le habría pasado algo al Führer? ¿Se trataría de una capitulación?

Quiso pensar que no. Que sólo sería alguna alocución grabada del Führer, o de Goebbels, o de cualquier otro dirigente nazi. Una llamada a la resistencia total. Una apelación a la guerra total. A que se comenzaran a realizar acciones como la que Hans iba a realizar. Acciones suicidas. O de sabotaje. Dieter Baumann le había hablado de los comandos *Werwolf*. Dieter le dijo que existían, que en la parte del Reich controlada por los americanos ya actuaban. Seguro que era eso.

Noche cerrada en la Kurfürstendamm. Hans seguía encontrándose muy cansado, como si el sueño le hubiese producido más agotamiento. El dolor del dedo por momentos era insoportable, pero por lo menos, la hemorragia se había cortado. La estúpida canción alpina de Ilse seguía martilleando su cabeza. Sentía un escalofrío

cada vez que pensaba en Ilse. La sintonía de la radio iba y venía, desaparecía y volvía a aparecer. Hans temió que en un momento determinado, la sintonía se perdiera del todo y se quedara sin saber qué había ocurrido, qué importante información era aquella.

Transcurrieron más de veinte minutos. La triste melodía siguió sonando hasta que se interrumpió de golpe. Y la voz solemne de antes, volvió a hablar:

*Transmitiendo Radio Hamburgo. A continuación, vamos a leer un comunicado:*

*Nuestro Führer, Adolf Hitler, que ha luchado hasta el último suspiro contra el bolchevismo, cayó esta tarde por Alemania, en su cuartel general operativo de la Cancillería del Reich. El 30 de abril, el Führer nombró al Grossadmiral Dönitz para que ocupara su cargo. En breves momentos, el Grossadmiral y sucesor del Führer se dirigirá al pueblo alemán.*

Sonaron los acordes de la canción de Horst Wessel. Sobre el himno del partido, se escuchó la voz del *Grossadmiral Dönitz*:

*¡Hombres y mujeres alemanes, soldados de la Wehrmacht alemana!*

*Nuestro Führer, Adolf Hitler, ha caído. En profundo dolor y respeto se inclina el pueblo alemán. Pronto reconoció el terrible peligro del bolchevismo y consagró su existencia a este combate. Al final de esta lucha suya, y de su recta e imperturbable trayectoria vital, está su heroica muerte en la capital del Reich alemán. Su vida fue un servicio único a Alemania. Su compromiso en la lucha contra la marea bolchevique se extendió además a Europa y a todo el mundo occidental.*

*El Führer me ha designado como su sucesor...*

Hans Petersen apagó la radio. No quería oír nada. Y a nadie. Arrojó la radio contra el reloj de cuco y ambos cayeron al suelo entre un gran estrépito.

De su garganta brotó un grito. Un grito que se convirtió en un alarido. Un alarido que por un momento, hizo silenciar los ecos de la batalla.

Se dejó caer de golpe sobre la silla. No hizo nada. No dijo nada. Ni si quiera se movía. Estaba allí, solo, quieto. Con la mirada perdida. En un punto en el vacío. Con una extraña mirada vacía. La mirada de un fantasma.

Sólo cruzó un pensamiento por su cabeza. «Se ha hundido. Mi mundo se ha hundido. Estoy solo. Completamente solo».

Un mundo hundido. La soledad absoluta. Tenía razón. Echemos un vistazo al mundo de Hans Petersen. A lo que conocía de él. Y a lo que desconocía de él:

Sus amistades, Astrid Müller, Heinz Hoeness o Rudi Rausch, se pudrían en el interior de sus tumbas hacía tiempo, mucho tiempo. El pobre Rudi, por ejemplo, en una tumba de un pequeño pueblo de Westfalia, en una tumba que ni siquiera tenía nombre.

Su hermano Harald Petersen llevaba años en el interior de una fosa común para soldados alemanes en algún lugar de Rusia. Unos soldados sin nombre, unos soldados sin gloria, y muy pronto, unos soldados sin recuerdo.

Su padre, Kurt Petersen, se encontraba en otra fosa común. Una que el régimen

había construido para albergar a los que ellos llamaban «desertores, cobardes y traidores».

Los cuerpos de su madre, Helga Petersen, de soltera Badstuber, y su cuñada, Katrin Petersen, de soltera Wiltjers, se descomponían en el interior de su casa de Dahlem. El de Helga, sobre la mesa del salón. El de Katrin, sobre la cama de Hans.

Sus compañeros de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem compartían ahora la trinchera del canal de Landwehr con otros inquilinos. Las ratas. Cuando los rusos llegaron, tuvieron que usar mascarillas sanitarias para acercarse a la trinchera.

Ilse Gruber, la chica de las *Gretchen*, la pequeña Greta, era un esqueleto calcinado y humeante en el jardín interior de una casa en las cercanías de la Lützowplatz.

El Führer, Adolf Hitler, el hombre al que Hans hubiera seguido más allá de la muerte si se lo hubiera pedido, yacía también calcinado en el interior de una tumba abierta en el jardín de la Cancillería del Reich, junto a su esposa Eva Hitler, de soltera Braun. Esa misma tarde se les habían unido el doctor Josef Goebbels y su esposa, Magda, más sus seis hijos: Helmut, Holdine, Heide, Hedda, Hildegard y Helga. Su madre había ordenado que se les suministrase arsénico para, según sus palabras: «liberarlos del mundo que llegaba después del Führer».

Hans estaba solo. Ni una sola de las personas que había sido importante durante su vida, estaba ya viva.

Y su mundo, el eje de su existencia, los lugares que conformaban sus recuerdos, estaba agonizando:

La sede de las Juventudes Hitlerianas de Dahlem, la «otra casa de Hans», era ahora un montón de escombros humeantes. Después de lo sucedido allí, los rusos la habían demolido.

En la Königsplatz, el lugar donde había resultado herida Ilse, se alzaba el edificio del Reichstag. En ruinas. Sobre el edificio, ondeaba una bandera roja con una hoz, un martillo y una estrella amarilla. La bandera de la Unión Soviética.

En Núremberg, sede de los congresos del partido, donde comenzó todo para Hans en septiembre de 1936, esa misma tarde mientras Hans dormía, dos tanques norteamericanos Sherman habían avanzado hacia la *Zeppelintribüne*. La gran esvástica de piedra que presidía el recinto, había sido el objetivo de los tanques. Habían apuntado sus cañones hacia ella y, ante una gran algarabía de los soldados americanos, la esvástica había reventado en mil pedazos.

La propia ciudad de Núremberg, que a Hans se le había presentado como una ciudad de cuento de hadas, era ahora un irreconocible montón de escombros.

En Munich, en la Odeonsplatz, donde una noche de noviembre de 1936 Hans había asistido al juramento de lealtad de su hermano Harald ante el Führer, los norteamericanos cantaban y bailaban celebrando el inminente final de la guerra en Europa. Las banderas nazis que presidían la plaza, habían sido arriadas y quemadas.

Los soldados americanos se hacían fotografías de recuerdo, subidos sobre los viejos leones del Feldherrnhalle, el santuario del nacionalsocialismo.

En todos los lugares, las grandes banderas nazis eran pasto de las llamas. Las grandes águilas de piedra del Reich se desplomaban de las fachadas cayendo sobre las ruinas. Ruinas que caían sobre ruinas. Ruinas bajo las que yacían enterrados los sueños de grandeza del Reich alemán.

Ese era el mundo de Hans Petersen mientras él seguía sentado, con la mirada perdida, en algún punto entre la pared y la nada. La nada, esa era una buena definición.

El mundo de Hans Petersen, había quedado reducido a la nada.

*Berlín, una casa en la Kurfürstendamm, madrugada del 1 al 2 de mayo, sobre las 5:00 horas.*

Hans seguía esperando. Eran alrededor de las cinco de la madrugada, pero los rusos aún no habían conseguido romper las defensas alemanas al principio de la Kurfürstendamm. Ahora se combatía en el interior de la iglesia del Kaiser Wilhelm. El campanario estaba en llamas. Pero los defensores alemanes no deponían las armas, seguían combatiendo. Eran soldados duros de pelar, pensó Hans. O soldados desesperados, como él. Soldados a los que ya no les quedaba nada por lo que luchar. Que no tenían nada que perder. Porque ya lo habían perdido todo.

Hans estaba agachado bajo la primera ventana del piso, la ventana del salón. El corazón le palpitaba muy rápido, como siempre que iba a entrar en acción. La estúpida canción alpina de Ilse no se iba de su cabeza. Le dolía el dedo amputado. Sudaba, aunque no hacía calor. Al no tener cristales, entraba en la casa el frío de la madrugada. Hans ya no pensaba. Había dejado de pensar. Dejó de pensar en el momento que conoció la muerte del Führer. Hitler era Alemania, como Alemania era Hitler. Esa era la lógica de Hans Petersen. Sin Hitler, no había Alemania, ni Reich, ni nacionalsocialismo. Y sin esas cosas, para Hans no había nada. ¿Para qué quería pensar?

---

\* \* \*

---

Aproximadamente una hora más tarde, sobre las seis, las defensas alemanas cedieron definitivamente. Se acercaba el momento de Hans. Su momento supremo. Su gran momento en esa guerra.

Al inicio de la avenida, se escuchaban ahora los gritos de los soldados rusos. Hans no entendía lo que gritaban, pero lo terminaban con un *Kaputt!* que sí que entendía, lo entendía muy bien. Daba lo mismo, los rusos sí que entenderían su lenguaje. Su lenguaje era, por aquí pasaréis, pero el viaje no será gratis. El paseo por

la célebre avenida berlinesa tenía un precio. Ese precio se llamaba muerte.

Ya escuchaba los blindados. Se incorporó. Aún se escuchaban algunos disparos y tableteos de ametralladora en el principio de la avenida. Los soldados rusos seguían gritando, pero ahora eran gritos diferentes, llamamientos a ponerse a cubierto. Francotiradores solitarios, como él. Algunos blindados disparaban ahora sobre edificios de la margen izquierda de la avenida, la contraria a la suya. Las fuertes explosiones hacían temblar el edificio donde se encontraba Hans. Grandes llamaradas iluminaban la calle. Eso es lo que Hans temía, que algún blindado que no alcanzara, disparara contra él y lo reventara dentro de aquel edificio. Él no quería morir allí aplastado por los escombros. Sería como haber muerto en el refugio. Quería morir en la calle, al aire libre, bajo el cielo de Berlín, respirando su aire por última vez. Mientras permanecía asomado a la ventana observó, que en un edificio frente al suyo, los soldados de las SS abandonaban el edificio con las manos en alto. Un blindado apuntaba su cañón hacia la puerta. Los soldados rusos hacían que se arrojasen al suelo y los cacheaban. Así, sí. Eso es lo que él tenía que hacer para poder salir de allí. Ahora, esa era su mayor y única preocupación. Hans escuchó el sonido de la cadena de los blindados sobre el pavimento, acercándose a él. Eran tres. Al principio de la calle había muchos más, pero estaban detenidos. Y los soldados rusos, junto a ellos, levantaban sus armas y volvían a gritar. Estaban lejos, tardarían en llegar. Tendría tiempo de liarla y bajar a la calle antes que llegaran los soldados rusos.

Miró al cielo. En él se distinguían los primeros resplandores del alba. Lo miró por última vez, sabía que lo hacía por última vez y, dirigiéndose a él, dijo:

—Observa, Gretl, observa desde allá arriba. Disfruta. Esto va por ti. Hansel va a liar una gorda.

Hans se volvió a agachar. Ahora sí que había llegado el momento. Dejaría pasar al primer T-34 y dispararía por detrás de él. Eso aumentaría el desconcierto de los dos tanques siguientes. Eran lentos, pensaba Hans. Dijeran lo que dijeran, los T-34 eran lentos.

Los tres tanques avanzaban por la Kurfürstendamm muy lentamente, se podría decir que con tranquilidad absoluta. Hans seguía agachado, acariciando el tubo metálico de su Panzerfaust. Se acordó de Ilse. Se volvió a estremecer. ¡Cómo hubiera disfrutado ella estando allí, junto a él! ¡Los dos juntos, Hansel y Gretl! El dolor del dedo amputado le seguía molestando. Pero no le estorbaría. Los tanques se estaban acercando a su posición. Podía oír el chirriar de sus torretas al moverse, de un lado a otro. Ahora estaban bajo su ventana. A la distancia de tiro perfecta.

Hans suspiró. Cerró los ojos un instante. Sopló, expulsando el aire de sus pulmones.

Y se levantó.

Disparó sobre el primer tanque. Se produjo una enorme explosión. El T-34 se

levantó del suelo por el impacto de la granada antitanque y se incendió. Sus tripulantes saltaron del tanque, envueltos en llamas.

Arrojó al suelo el tubo metálico del Panzerfaust y cogió el segundo. Se incorporó y disparó, intentando rematarlo. Erró el disparo. La granada explotó delante del tanque. Arrojó el tubo y corrió hacia el pasillo.

Entró en la segunda habitación, la que estaba completamente vacía. Allí sólo había dejado un Panzerfaust. Lo cogió y se agachó bajo la ventana. Pensaba rematar al primer tanque, pero vio que tenía justo debajo de la ventana al segundo T-34, porque este se había detenido. Se incorporó y disparó sobre el segundo tanque. Otra explosión. Se escuchaban los gritos de los soldados rusos que bajaban corriendo por la avenida. Habían iniciado la celebración demasiado pronto. La consecuencia: dos tanques ardiendo en mitad de la Kurfürstendamm. Hans arrojó el tubo ya inservible. Todo estaba sucediendo tan rápido como él quería. Alcanzó el pasillo. Corrió hacia el tercer cuarto, hacia la tercera ventana.

Sólo le quedaban dos Panzerfaust, recostados sobre la pared al lado de la ventana, en la habitación donde se encontraba la cuna abandonada. Alcanzaría al tercer T-34 y después, remataría al segundo. Los rusos estarían desconcertados. ¿Pero qué estaba pasando?

Hans volvió a levantarse y disparó sobre el tercer tanque. Sólo lo rozó. Se produjo una pequeña explosión en la torreta, que provocó un pequeño incendio. Pero no quedó inutilizado. Se volvió a agachar bajo la ventana, lanzó una maldición y cogió su último Panzerfaust.

Se levantó, disparó y remató al segundo tanque. Una nueva explosión. Al menos, dos tanques de Stalin fuera de combate.

Arrojó con furia hacia la pared el tubo de su último Panzerfaust. Con furia, porque se maldecía por no haber podido rescatar más material de los enterramientos del Tiergarten. Corrió buscando la protección del pasillo. Los soldados habían llegado a su posición. En segundos, abrirían fuego. El tercer tanque orientó su cañón hacia el edificio, pese a que su torreta seguía ardiendo. Pero no sabía a dónde disparar.

Todo había terminado. Hans se quitó el casco de hierro que llevaba dibujada el águila del Reich en el frontal, y lo arrojó hacia el fondo del pasillo. Ahora ya no le haría falta. Ninguna falta.

En la calle, los soldados rusos gritaban y disparaban hacia todas las ventanas del edificio. Un auténtico vendaval de fuego estaba cayendo sobre el piso en el que se encontraba. Pero Hans estaba protegido en el pasillo, lejos de las ventanas.

Hans sacó la Walther de su cintura y la colocó en su mano derecha. Con la mano izquierda, agarró con fuerza la bandera de las Juventudes Hitlerianas, empapada con la sangre de Ilse Gruber. Todavía estaba húmeda. Bajó la cabeza. Clavó su mirada en el suelo. Acarició su Walther. Había llegado el momento.

Un día, en Núremberg, un reloj fue inoculado en el cerebro de Hans Petersen. Bastó una mirada, una simple mirada, para que una lenta e imparable cuenta atrás se activara en ese reloj. Ese reloj ya sólo tenía ahora dos dígitos, dos dígitos que corrían muy deprisa, buscando convertirse en uno solo, buscando el segundo cero de su existencia.

Hans cerró los ojos, y comenzó a contar:

Diez.

Nueve.

Ocho.

Siete.

Seis.

Cinco.

Cuatro.

Tres.

Dos.

Uno...

¡Cero!

*Berlín, Kurfürstendamm, 2 de mayo de 1945, sobre las 6:30 horas de la mañana.*

Amanecer en la Kurfürstendamm.

Andrei estaba cansado. Cansado de esa maldita guerra. Hacía sólo unos minutos, estaba celebrando con sus compañeros lo que parecía el final de esa pesadilla. El final de la guerra. Gritaban y disparaban al aire: *Berlín Kaputt! Hitler Kaputt! Voina Kaputt!* Y de pronto, apareció uno de esos chicos, porque suponían que era uno de esos chicos. Los malditos chicos de los lanzagranadas. Andrei los odiaba. Habían sido su mayor pesadilla desde que pusieron los pies en esa maldita ciudad.

Un solo chico, porque suponían que era un solo chico, había frenado en seco su avance a través de esa impronunciable avenida.

Ahora estaba otra vez en la batalla, parapetado con su fusil detrás de un blindado que tenía un pequeño incendio en su torreta, apuntando hacia la puerta de un edificio, esperando a que ese chico saliera y se rindiera. Porque había dejado de disparar. Esperaba que no tuvieran que subir, esos edificios eran auténticas ratoneras. Él había visto morir a muchos compañeros en edificios como ese. Porque también era posible que hubiera más de un chico, y que él acabara muriendo dentro de ese apestoso edificio. Ahora que habían ganado la guerra. Ahora que la guerra estaba terminando.

Estaba amaneciendo. La calle estaba en llamas. Dos blindados ardían. Y entonces, el chico apareció por la puerta del edificio.

Era muy joven. No tendría más de catorce o quince años. Era muy delgado, pero no muy alto. Llevaba el uniforme de las Juventudes Hitlerianas. Era muy rubio, y su pelo tenía ese extraño corte que llevaban los niños alemanes, muy corto, con un largo

flequillo que casi le cubría el ojo izquierdo. Tenía las dos manos medio levantadas. En una, llevaba un arma, una Walther. En la otra, una bandera nazi ensangrentada.

El chico se situó en mitad de la calle. Había doce soldados apuntándole, esperando la orden de un oficial, dispuestos a abrir fuego. Andrei se fijó en algo. En sus ojos. Los ojos de un animal salvaje.

Andrei era algo ignorante. Los demás soldados solían reírse de él. Provenía de un pueblo del centro de Rusia. Trabajaba la tierra. Vivía en una cabaña, con sus padres, sus seis hermanos y su abuela. Él respetaba sobre todo a su abuela, era una mujer analfabeta, no sabía leer ni escribir, pero poseía la sabiduría que sólo tiene la gente mayor. Su abuela siempre había sostenido, desde que comenzó la guerra, que Adolf Hitler era el diablo, la encarnación de Lucifer en la tierra. Andrei sabía que su abuela tenía razón, lo supo desde que entró en Alemania y empezó a ver a esos chicos. Sus caras, sus miradas, sus ojos. ¡Dios mío, sus ojos...!

Andrei había vuelto muchas noches del campo atravesando el bosque, y había visto esos ojos brillando en la oscuridad. Lobos. Pero estaba seguro, que si esos lobos se hubieran topado con uno de esos chicos, y se hubieran mirado, hubiera sido el lobo el que, asustado, hubiera desaparecido en el interior del bosque. Por eso su abuela tenía razón. Esos chicos sólo podían ser los hijos del diablo.

Había un enorme silencio. El chico los miraba. Los desafiaba con sus ojos. Es más, Andrei pensó, que se estaba riendo de ellos. ¡Estaba a punto de morir y se reía de ellos! Pero Dios mío, ¿pero qué había pasado en ese país?

Los soldados rusos se miraron entre ellos. Estaban impresionados con la escena. Ese niño, la calle en llamas, esa mirada de desafío, de burla...

Andrei no quería que el chico muriera. No allí, en esa calle, entre las ruinas de Berlín, como un perro. Porque tenía agallas. Porque era valiente. Porque él solo, se había enfrentado al ejército soviético.

El chico hizo un movimiento. Todos apuntaron a su cuerpo. ¿Pero estaba loco? ¿Pero qué iba a hacer? «No hombre no, chico, no hagas eso, ríndete, pero no hagas...».

Pero lo hizo. Apuntó con su pistola hacia el tanque, mientras en esa lengua incomprensible, que Andrei nunca había entendido, que no entendía y que jamás pensaba entender, gritaba:

—*Man kann nie aufhören mir! Auf dieser Strasse für mich der Ruhm!*

Ante el asombro de todos, el chico comenzó a disparar contra el tanque. Balas contra un blindado. Balas que rebotaban y salían despedidas en todas las direcciones.

El chico se acercaba cada vez más al blindado, disparando y gritando esas mismas palabras:

—*Man Kann nie aufhören mir! Auf dieser Strasse für mich der Ruhm!*

El oficial dio orden de disparar.



Abrieron fuego. Lo cosieron a balazos. El chico cayó de rodillas, con los brazos muy extendidos, en cruz, delante del tanque. La pistola cayó de su mano. Pero la bandera no. Se quedó allí, mirándolos, con sus penetrantes ojos azules abiertos, muy abiertos. Ojos de furia. Ojos de odio. El chico los despreciaba. Los despreciaba en su muerte, tanto como los despreció en su vida.

Con la mano en la que antes llevaba la pistola, cogió tierra y piedras del suelo, y las arrojó contra el tanque, mientras volvía a gritar:

—*Man Kann nie aufhören...!*

Cayó de bruces. De su boca brotó un río de sangre. Murió allí, delante de ellos.

Se hizo un incómodo silencio entre todos los soldados. La escena les había causado una gran impresión. A hombres que habían visto muchas cosas. Hombres que llevaban muchos años en la guerra, pero que ahora se miraban entre ellos, como si intentaran comprender, como si intentaran asimilar lo que habían presenciado.

---

\* \* \*

---

Andrei se acercó al cuerpo del chico. Ahora venía el saqueo. La guerra terminaría, Andrei tendría que volver a su pueblo en Rusia. Y la vida allí no era fácil. Buscó relojes, anillos, cadenas, medallas, pero el chico no llevaba nada. Vio que le faltaba medio dedo de una mano. Seguramente lo habría perdido en la batalla. Le dio la vuelta. En un bolsillo de su guerrera llevaba algo. Abrió el bolsillo. Era una armónica y una de esas cruces negras. Andrei ya tenía muchas de esas cruces negras, se las llevaría de recuerdo, como botín de guerra. Arrojó la cruz negra a los escombros. La armónica la guardó. A lo mejor alguno de sus compañeros sabía tocarla. Lo harían a la luz del fuego, tocando esas viejas canciones patrióticas, esas canciones que les recordaban a la *Rodina*.

Mientras buscaba si llevaba algo en su cuello, Andrei se percató que bajo la camiseta parda, en el brazo, el chico llevaba una fea herida, seguramente hecha con un cuchillo. Era un símbolo extraño. Aunque en el Ejército Rojo no podían hacerse esas cosas, Andrei tras mirar a todos los lados para cerciorarse de que nadie lo veía, se santiguó. Eran viejas tradiciones, tradiciones anteriores a los *soviets*, pero Andrei no había renunciado a ellas. Tenía que hacerlo, su abuela se lo habría dicho. Aquel podría ser un símbolo del diablo.

En el bolsillo de su pantalón llevaba algo, algo más grande, como una caja. Andrei lo sacó. Era una especie de organillo o caja de música, con un extraño nombre en alemán. Andrei era torpe por naturaleza. Fue a darle a la pequeña manivela y se rompió. Ahora la caja no dejaba de sonar. Y era ese maldito himno que cantaban los fascistas. Lo dejó al lado de la cabeza del chico. A lo mejor, desde el más allá, el muchacho escuchaba su himno.

Arrancó la bandera cubierta de sangre de su mano. Aún estaba húmeda. Seguramente con esa bandera, había intentando curarse el dedo seccionado. Vio que la bandera tenía bordada una fecha, 1928. Con eso sí que sabía qué hacer. Arrojarla al fuego. Para que ardiera, como arderían todos esos malditos nazis en el infierno. Se levantó y la arrojó sobre uno de los tanques en llamas.

Andrei se quedó observando cómo el fuego consumía la bandera.

En ese momento, un vehículo alemán con dos soldados dentro pasaba por el centro de la avenida. Los soldados rusos ni siquiera lo miraron. Desde esa madrugada, tenían órdenes de no hacer nada contra esos vehículos. Llevaba dos grandes altavoces sobre el techo, y asomaba una bandera blanca de su ventanilla. Uno de los soldados iba leyendo un comunicado. Un comunicado dirigido a los últimos resistentes de Berlín:

*«El 30 de abril, el Führer, al que todos prestamos juramento de lealtad, nos ha abandonado provocándose la muerte. Leales al Führer, los soldados alemanes estabais dispuestos a continuar la batalla por Berlín incluso aunque se hubiese agotado vuestra munición y la situación general hubiera privado de sentido el seguir resistiendo.*

*Ordeno que cese de inmediato toda resistencia. Cada hora que continuéis luchando, aumenta el terrible sufrimiento de la población de Berlín y de nuestros heridos. De acuerdo con el alto mando de las fuerzas soviéticas, os hago un llamamiento para que ceséis la lucha de inmediato.*

*Weidling, general de artillería, antiguo comandante del área de defensa de Berlín».*

---

\* \* \*

---

Había amanecido sobre la Kurfürstendamm.

Había amanecido el primer día de una nueva vida, de una nueva era.

El primer día después de la guerra.

El primer día después del nacionalsocialismo.

## AGRADECIMIENTOS Y ACLARACIONES FINALES

En los momentos más álgidos del Tercer Reich, ocho millones de niños de los territorios de Alemania y Austria formaron parte de las Juventudes Hitlerianas.

En los días finales del régimen nazi, casi un millón de estos chicos se convirtieron en uno de los más activos cuerpos de defensa del Reich. Miles de ellos, como Hans Petersen, desaparecieron para siempre entre las ruinas del hundimiento, otros miles fueron hechos prisioneros. El número exacto de los muertos nunca se cuantificó, aunque algunos testimonios de la época pueden acercarnos a la magnitud real de la tragedia. Dos de los supervivientes del búnker del Führer relataban una anécdota reveladora sobre este asunto. Freytag Von Loringhoven, en su libro *Dans le búnkerde Hitler* y Gerhard Boldt en *Hitler – Die Letzten Zehn Tage* contaban que, durante su intento de huida de Berlín, pasaron unas horas en las posiciones que las Juventudes Hitlerianas defendían en el puente de Pichelsdorf, sobre el Havel. En el momento en que se establecieron los anillos defensivos, 5.000 chicos de las Juventudes defendían esa posición. Cuando Boldt y Von Loringhoven llegaron allí, la madrugada del 30 de abril, sólo quedaban 500. 4.500 de esos chicos habían caído defendiendo un solo puente.

Una vez terminada la guerra, en el sector de Alemania bajo administración de los aliados occidentales, se inició un proceso de «desnazificación» de los miembros de las Juventudes Hitlerianas que fueron hechos prisioneros durante los combates. Un intento por desprogramar los relojes inoculados en los cerebros de todos esos chicos, los relojes que, a diferencia de el de Hans Petersen, no habían llegado a su hora cero. Ese proceso duró años.

Durante los juicios de Núremberg contra el nacionalsocialismo, sus líderes y las organizaciones que lo formaron, las Juventudes Hitlerianas fueron declaradas «no culpables» de todos los cargos que componían el proceso, pese a que se reconoció, que en los últimos años de la guerra, las Juventudes Hitlerianas se habían convertido en un semillero, una especie de cantera de las SS. Así pues, se consideró que las Juventudes Hitlerianas no eran culpables del cargo primero, conjura o conspiración, del cargo segundo, crímenes contra la paz, del cargo tercero, crímenes de guerra y del cargo cuarto, el más importante, crímenes contra la humanidad. Tampoco sus líderes, Baldur Von Schirach y Artur Axmann, fueron condenados por sus actividades al frente de las Juventudes. En el magnífico libro de James Owen, *Evil on trial*, se relata el testimonio de Von Schirach durante la tarde del 24 de mayo de 1946, en la que a preguntas de su abogado el doctor Sauter, el que fuera denominado «Führer de la juventud» hizo un patético alegato en el que defendía la inocencia de la juventud alemana en los terribles crímenes juzgados en Núremberg. Von Schirach manifestó:

*«La juventud alemana es inocente. Nuestra juventud tenía una cierta inclinación al antisemitismo,*

*pero nunca se mostró partidaria del exterminio de la raza judía. Y no se imaginaba ni supo ver que Hitler había llevado a cabo el exterminio, asesinando cada día a millares de inocentes. La juventud alemana, que hoy se alza perpleja entre las ruinas de su patria, no estaba informada de aquellos crímenes, y tampoco los deseaba. Es inocente de todo lo que Hitler ha hecho contra los judíos y contra el pueblo alemán.*

*Me gustaría añadir, en relación con el caso de Hoess, que yo eduqué a esa generación en la fe y la lealtad a Hitler. La organización juvenil que creé llevaba su nombre. Yo creía estar sirviendo a un líder que haría de nuestra gente y de los jóvenes de nuestro país individuos importantes, felices y libres. Millones de jóvenes lo creían conmigo y hallaron en el nacionalsocialismo su ideal último. Muchos murieron por ese ideal. Ante Dios, ante la nación alemana y ante el pueblo alemán, nadie sino yo ha de cargar con el peso de haber formado a nuestra juventud para servir a un hombre al que, durante muchos años, consideré intachable, como líder y como jefe de Estado, de haber creado una generación que lo veía como yo lo veía. Soy culpable de haber educado a la juventud alemana para servir a un hombre que asesinó a millones de personas. Yo creía en este hombre, es todo cuanto puedo decir en mi defensa y para calificar mi actitud. Es culpa mía, de nadie más. Yo era el responsable de la juventud del país. Yo estaba por encima de los jóvenes, y no hay más culpable que yo. Los jóvenes son inocentes».*

Baldur Von Schirach fue capturado en 1945 cuando se ocultaba en el Tirol austriaco haciéndose pasar por escritor. Exculpado por sus actividades al frente de las Juventudes Hitlerianas, fue condenado en Núremberg a veinte años de prisión, pero por sus actividades como jefe de distrito de Viena, cargo que ocupó desde 1940, donde se le acusó de participar en la deportación de los judíos vieneses hacia los campos de exterminio. Fue liberado en 1966. A partir de ese momento, se dedicó a la escritura. Falleció en Kröv-Mosel en 1974.

Artur Axmann, máximo responsable de las Juventudes Hitlerianas entre 1940 y 1945, fue detenido por las autoridades norteamericanas en diciembre de 1945. Artur Axmann es el mismo que visita la trinchera en la que se encuentra Hans Petersen en el capítulo *La batalla del canal de Landwehr*. Tras someterse a un proceso de «desnazificación», fue liberado en 1949. Se convirtió en agente comercial especializado en relaciones Oriente-Occidente (especialmente con la RDA y China). Vivió en España entre 1971 y 1976, año en que regresó a Alemania. Murió en Berlín en 1996.

---

\* \* \*

---

Bajo el Tercer Reich, 14.000.000 de personas fueron exterminadas. Enemigos políticos, comunistas, anarquistas, escritores, artistas, intelectuales opuestos al régimen nazi, pacifistas, católicos, homosexuales y un largo etcétera.

Bajo el Tercer Reich, 6.000.000 de judíos fueron sistemáticamente eliminados en los campos de exterminio. Nombres como Auschwitz-Bikernau, Chelmno, Treblinka, Sobibor, Majdanek o Belzec se convirtieron para toda la humanidad en sinónimos de infamia. El Holocausto puede considerarse el mayor genocidio en masa de un pueblo en la historia de la humanidad.

Los sueños de grandeza de Adolf Hitler y del Reich alemán, provocaron una guerra que causó 60.000.000 de muertos, 50.000.000 de heridos, 20.000.000 de desplazados y 800.000 ciudades y pueblos completamente arrasados.

Los sueños de grandeza de Adolf Hitler dejaron a su patria, Alemania, completamente devastada. Según escribe el historiador alemán Rolf-Dieter Müller en su libro *Der Bombenkrieg 1939-1945*, un libro que ha sido fundamental para que yo pudiera recrear los claustrofóbicos y terribles pasajes de los refugios antiaéreos y los bombardeos, en Alemania fueron destruidos 3.600.000 edificios y casi 7.500.000 personas se quedaron sin techo. 635.000 civiles inocentes perecieron en los bombardeos.

Durante la invasión soviética en Alemania, 2.000.000 de mujeres alemanas fueron violadas. Sólo en Berlín, 110.000 en los últimos días de la guerra. Lo peor no fue lo que le sucedió a aquellas mujeres, que como Helga y Katrin Petersen en la historia, murieron durante la violación. Lo peor, fue que la mayoría vivió toda su vida con ese recuerdo. El alto mando soviético y el propio Stalin fueron concedores en todo momento de este crimen de guerra. Pero poco o nada hicieron por evitarlo.

---

\* \* \*

---

Hay una serie de consideraciones finales sobre la realización de *Los hijos del Führer* que me gustaría aclarar. En primer lugar, quiero dejar claro que tanto el personaje de Hans Petersen como el resto de los personajes principales de esta historia, aunque ambientados en un contexto histórico real, son únicamente fruto de mi imaginación. Cualquier parecido con personajes reales sería producto de la casualidad. Todos los escenarios descritos en la historia son reales, excepto los que he situado en Dahlem: la sede de las Juventudes Hitlerianas, el café Dorfhaus, la escuela de Hans Petersen o la iglesia a la que asisten Helga Petersen y Magda Rausch. Elegí Dahlem para situar la acción de la historia de una forma totalmente aleatoria. Simplemente puse un dedo sobre el mapa de Berlín y allí estaba. Podía haber situado la acción en cualquier otro lugar del gran Berlín de los años treinta, en Friedenau o en Neukölln. Eso era lo menos trascendente. Lo importante era adaptar a la familia Petersen a ese lugar, recrear una sede de la Juventudes como estas eran realmente, una escuela como eran las escuelas de la época, un café con sabor berlinés, etc. Quiero aclarar esto para que luego no puedan existir malos entendidos.

Para la creación de la mente fanática de Hans Petersen, así como para ambientar su vida y la acción de la historia al contexto más real posible, he manejado incalculables fuentes de información. Pero hay algunas, las más importantes, las imprescindibles, las que sin ellas hubiera sido totalmente imposible crear la historia de Hans Petersen, que me gustaría citar aquí.

Para las dos primeras partes, *Iniciación y Formación*, hay dos libros que han formado la base más importante de información para la historia. Dos obras maestras del tema. Se trata de *A social history of the Third Reich* de Richard Grunberger y *The Third Reich in power* de Richard J. Evans. En ellas he encontrado referencias de mucho valor sobre la juventud alemana de aquellos años y las propias Juventudes Hitlerianas (por ejemplo, para la descripción de la sede de las Juventudes Hitlerianas o las actividades que se realizaban en esta). Resaltar, además, *Hitler's empire. Nazi rule in occupied Europe* de Mark Mazower, *Hitler* de Joachim Fest, *Adolf Hitler* de John Toland, *Berlin diary*, de William L. Shirer, *The SS. A history* de Robert Lewis Koehl, así como ese magnífico documento histórico llamado *Life and death in the Third Reich* de Peter Fritzsche.

La descripción de las runas que Hans Petersen hace en el capítulo *Sonnenwende (Solsticio)* y las leyes raciales sobre el matrimonio en las SS que se describen en el capítulo *Julfest/El arco de sables en el Grunewald*, están extraídos del libro *Himmler's black order* de Robin Lumsden.

Los discursos de Adolf Hitler que aparecen en el capítulo *Los ojos del lobo*, corresponden a la traducción que aparece en el documental de Leni Riefenstahl, *Triumph des Willens*. En realidad, esos discursos fueron ofrecidos durante el congreso del partido de 1935, un año antes del que yo sitúo en *Los hijos del Führer*. Pensé que la intemporalidad de su contenido, al tratarse sólo de contenidos programáticos e ideológicos, podría servirme perfectamente para la historia. Lo que realmente me interesaba era dar a conocer el tipo de mensajes que el pueblo alemán recibía de sus líderes.

El discurso de Hitler tras el atentado del 20 de julio en La Guarida del Lobo que aparece en el capítulo *Los largos sollozos de los violines de otoño*, está extraído del libro *Hitler* de Joachim Fest.

Hay un maravilloso libro de Rosa Sale Rose, titulado *Diccionario crítico de mitos y símbolos del nazismo*, que me fue de gran utilidad, por ejemplo, para profundizar en los conocimientos que yo ya tenía sobre la mitología germánica, y entre otras cosas, poder utilizarlo para crear los sueños infantiles de Hans Petersen que aparecen en la primera parte de la historia, *Iniciación*. Lo recomiendo encarecidamente para aquellas personas que quieran descubrir el universo más oculto y misterioso del nacionalsocialismo.

*Auge y caída del Tercer Reich*, de William L. Shirer, en sus dos volúmenes, me ha sido de gran utilidad, una fuente de consulta constante para las tres partes de la historia.

Para la tercera parte, *Hundimiento*, y la recreación de la batalla de Berlín, hubo un libro sin el cual he de reconocer que esta historia y muchas que se hagan sobre este tema serían casi imposibles de realizar. Se trata de *Berlin, The downfall, 1945* de

Antony Beevor, sin duda, la gran obra maestra del género. *The last 100 days* de John Toland, *Berlin 1945: End of the thousand year Reich*, de Peter Antill y *Armageddon, The battle for Germany* de Max Hastings me han sido también de gran utilidad. Sobre la recreación del Berlín del hundimiento, tengo que decir, que he intentado ajustarme lo máximo posible a la situación de los frentes reales de combate en la ciudad, aunque en algún pasaje en concreto he tenido que tomarme alguna licencia en el intento de situar a los protagonistas en aquellos escenarios que quería hacerlo.

Hablando de licencias, hay varios asuntos que me gustaría aclarar. En algunos casos me he permitido activar y convertir en reales algunas leyendas y habladurías que corrieron en su momento sobre las Juventudes Hitlerianas y que aún hoy, setenta años después de la tragedia, continúan envueltas por una cortina de misterio. Así, está el asunto de los rituales de sangre, como sucede en el capítulo *Sonnenwende (Solsticio)* con el caso de Astrid Müller, y en las auto mutilaciones de Hans Petersen. Hoy en día, tanto los supervivientes de las Juventudes Hitlerianas como los expertos en este tema consideran que los rituales de sangre en las Juventudes Hitlerianas son sólo habladurías y leyendas. Es cierto, que por ejemplo, reconocen que en las acampadas y en otras ocasiones se fomentaban las relaciones sexuales entre los miembros de las Juventudes (incluso las relaciones homosexuales), pero niegan enérgicamente el tema de los rituales de sangre. Por otro lado, el pasaje sobre los jóvenes de las Juventudes Hitlerianas que repartían cápsulas de cianuro entre los asistentes al último concierto de la Orquesta Filarmónica de Berlín, en la Ópera del Estado, y que aparece en el capítulo *En las vísperas del fin del mundo*, ha sido novelado por mí, pero es un rumor que muchos testigos confirman como cierto. En el libro de Joachim Fest, *Die unbeantwortbaren Fragen*, Albert Speer, que asistió a ese acto esa noche, reconoce que escuchó rumores de que jóvenes de las Juventudes estaban repartiendo cápsulas de cianuro en las inmediaciones de la Ópera. Preguntado por Joachim Fest si algo así podía ser posible, Speer contestó: «¡Pues claro! Más que posible, ¡probable!». Yo he novelado el pasaje en un intento de hacer comprender la escenificación de «ocaso de los dioses», que muchos jefes nazis realizaron durante los agónicos días finales del régimen, algo que estaba en total sintonía con el misticismo wagneriano intrínseco al movimiento y a su mesiánico líder, Adolf Hitler.

En cuanto a la deportación de judíos que Hans Petersen ve en la estación de Anhalter durante el capítulo *Sonnenwende (Solsticio)*, tengo que aclarar que estas no son las deportaciones masivas hacia los campos de exterminio de 1941 y 1942, sino las deportaciones de los judíos alemanes que procedían o tenían familia en Polonia, y cuya expulsión o deportación comenzó antes incluso de que Polonia cayera bajo el yugo nazi.

El destacamento *Feldherrnhalle* de las Juventudes Hitlerianas no existió como tal, sin embargo, sí que existió un regimiento *Feldherrnhalle* de las SA que fue adscrito a

la defensa de la Cancillería del Reich.

En el pasaje de la noche de los cristales rotos que he descrito en el capítulo *Ragnarök*, me he permitido adelantar unas cuantas horas el que sería uno de los mayores *progrom* de la historia. El objetivo era poder situar a Hans Petersen en él y explicar la activa participación de las Juventudes Hitlerianas en esos dramáticos hechos. En realidad, la ola de barbarie y destrucción que asoló Alemania durante la madrugada del 8 al 9 de noviembre de 1938, comenzó alrededor de las dos de la madrugada.

Para el pasaje de la muerte de Hitler en el búnker de la Cancillería que aparece en el capítulo *La cabalgata de las valkirias*, en el intento de acercarme lo máximo posible a la verdad de lo que allí sucedió, me he basado en los testimonios que han aportado algunas de las personas que estuvieron presentes en ese momento histórico. Rochus Misch, en su libro *J'étais garde du corps d'Hitler* y los testimonios de Otto Günsche, ayudante personal de Hitler, y Heinz Linge, su ayuda de cámara, ante la NKVD soviética, y que Henrik Eberle y Matthias Uhl, editores, recogieron en un magnífico libro, un magnífico documento histórico llamado *Das Buch Hitler*.

Hay varios asuntos más de los que me gustaría hablar. La historia que Hans Petersen le cuenta a su cuñada Katrin en el capítulo *Julfest/El arco de sables en el Grunewald*, sobre las voces y las visiones que Adolf Hitler sufrió durante su recuperación en el hospital de Paserwalk, en las cercanías de Berlín, tras ser gaseada su unidad en el frente de Ypres, es un hecho real, no tiene nada que ver con el lado más «fantástico» de esta historia. De hecho, John Toland en su biografía sobre Hitler lo describe así: «Hitler quedó cegado por el gas cerca de la aldea de Werwick. Recobró la vista sólo para volver a perderla el 9 de noviembre, al enterarse de que Alemania se disponía a rendirse. Pocos días después, oiría voces y tendría una visión».

En el mismo capítulo, hago referencia a otro hecho real, el cielo ensangrentado que cubrió las montañas del Obersalzberg la madrugada que se firmó el pacto de no agresión germano-soviético. Albert Speer, presente en aquel momento en la terraza del Berghof, el palacete del Führer, le contó al historiador alemán Joachim Fest: «El último acto de *El crepúsculo de los dioses* no habría podido ponerse en escena de un modo más eficaz. La luz roja proveniente del cielo nos bañaba el rostro y las manos».

La historia que Harald Petersen cuenta a sus padres sobre lo sucedido la noche de la entrada de Hitler en Viena en el capítulo *Las espadas y la niebla*, está perfectamente explicado y documentado en el libro *The spear of destiny* de Trevor Ravenscroft.

La canción que Hans Petersen escucha en el capítulo *Ragnarök* pertenece a los movimientos de la tercera escena, acto tercero, *Leb Wohl, du Kühnes herrliches Kind! Y Denn einer nur freie die Braut* de la ópera *Die Walküre* de Richard Wagner.



El *Himno de Honor de las SS* que aparece en el capítulo *La noche de la sangre*, está extraído de *La Segonde Guerra Mondiale* de Arrigo Petacco.

En el capítulo *Julfest/El arco de sables en el Grunewald*, aparece la *Canción de Lili Marleen*. La letra es de Hans Leip.

Para la canción que las chicas cantan en la trinchera, y que aparece en el capítulo *La batalla del canal de Landwehr*, y que posteriormente canta Ilse Gruber en el capítulo *La cabalgata de la valkiria*, me he inspirado en una canción popular bávara. Su título original es *Fliege mit mir*.

Durante toda la historia y particularmente en el capítulo *La cabalgata de las valkirias* aparece la *Canción de Horst Wessel*, himno oficial del Partido Nazi. Los versos fueron creados por el propio Horst Wessel, militante de los camisas pardas berlineses, aparentemente asesinado por un militante comunista en 1930. Estos versos habían sido publicados por el diario *Der Angriff*. Los arreglos definitivos fueron realizados por el músico y arreglista Hermann Blume.

Para la recreación del Núremberg de 1936 y del Berlín del hundimiento, quisiera agradecer también a los magníficos centros de documentación histórica que ambas ciudades poseen y a las magníficas publicaciones que editan, y que también me han sido de gran ayuda.

Además de las pequeñas licencias que he tenido casi obligatoriamente que tomarme para novelar esta historia, en el transcurso de la misma podría aparecer alguna incorrección, producto de la información «confrontada» en la mucha documentación con la que he tenido que trabajar para revivir casi una década de vida en la Alemania nazi. En ese caso, la responsabilidad sería exclusivamente mía.

---

\* \* \*

---

En el apartado de agradecimientos, quiero comenzar por la persona más importante de mi vida, María Ángeles. Ella ha sido mi correctora, la primera lectora y la que me ha ayudado con las traducciones de ese idioma que, como Andrei, el soldado ruso que aparece en el final de la historia dice, a los que no conocemos, nos parece ininteligible e impronunciable: el alemán. Ella, sin saberlo, ha aportado muchas de las ideas a esta historia. Agradecerle su paciencia, tener que aguantarme durante todo el tiempo en que la historia de Hans Petersen se iba forjando en mi cabeza, en los múltiples viajes a Alemania y Austria para poder conocer los escenarios reales de la historia, en las muchas tardes, junto a dos tazas calientes de café, escuchando mis largas explicaciones. Ella es la otra mitad de esta historia.

Me gustaría también ampliar mi agradecimiento a todos los autores que he nombrado y cuyos escritos sobre el nacionalsocialismo tanto me han ayudado para crear la historia de Hans Petersen. Algunos de ellos han fallecido, pero otros muchos

siguen vivos y deleitándonos con sus ensayos y escritos. Todos ellos, sin dobleces ni subrefugios, sin arrivismos políticos ni intereses malintencionados, son la auténtica esencia de esas dos palabras tan denostadas últimamente, especialmente en nuestro país, que son «memoria histórica».

También, a Richard Wagner y Anton Bruckner. Su música fue, sin duda, la banda sonora del Tercer Reich. *La valkiria* de Richard Wagner y las sinfonías *N. 4. Romántica* y *N. 7. Heroica* de Bruckner, me acompañaron durante muchas noches mientras escribía esta historia. Fueron una gran fuente de inspiración.

Y a un hombre de Munich. Un hombre solitario sentado en una cafetería de la Orlandostrasse, muy cerca de la Hofbräuhaus. El nunca lo sabrá, pero en un momento delicado, me dio un impulso definitivo para acabar una historia que tenía abandonada dentro de un ordenador.

*Francisco J. Aspas, 16 de noviembre de 2010.*